



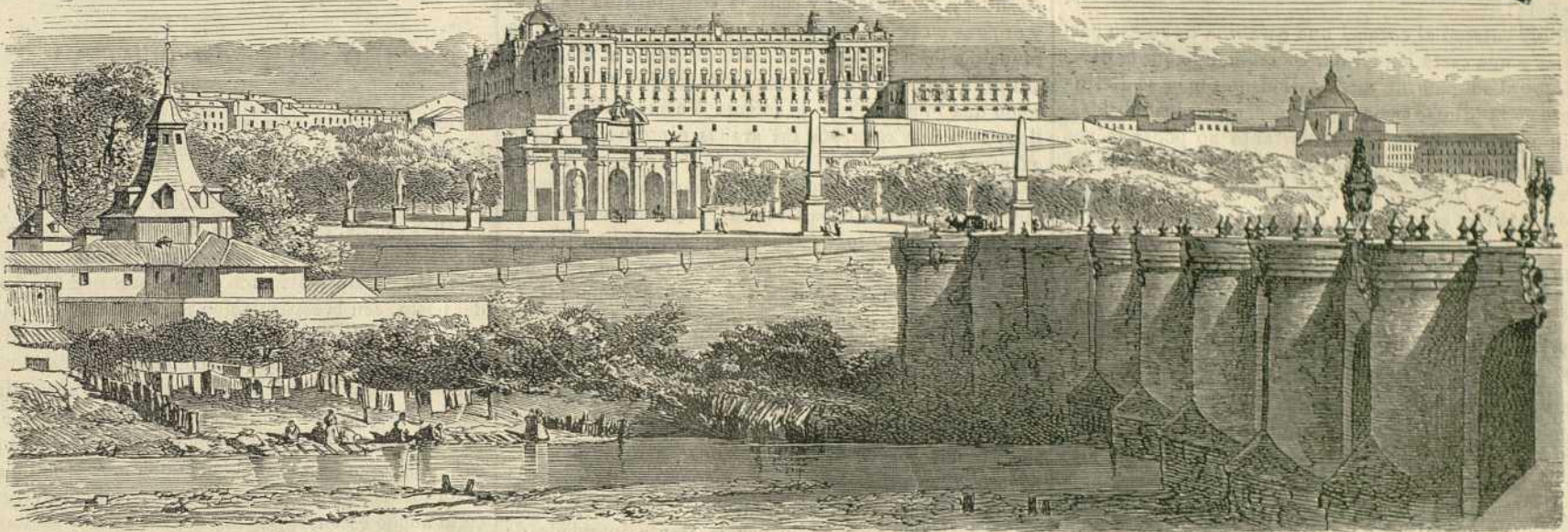
BIBLIOTECA HC	REAL
Sala: <u>B</u>	
Estante: <u>2h</u>	
Numero: <u>31</u>	

<u>B</u>
<u>8</u>
<u>9</u>

4
19-5

11520 R-23.333

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE ENERO DE 1872.

NUM. 49.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Crónica de la quincena, por D. B. Perez Galdos.—Mesa revuelta, por D. Eugenio de Ochoa.—Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal.—El emperador Carlos V, copiado del natural en 1871, por X.—Al Sr. D. Mariano Fortuny, por D. Martin Rico.—Armadura del emperador Carlos V, por X.—Exposicion de Bellas Artes, por D. Peregrin Garcia Cadena.—La Martinica, recuerdos de un viaje, por D. Manuel del Palacio.—Modas, por Doña Maria del Pilar Simués de Marco.—Explicacion del figurin de modas, por Z.—No hay deuda que no se pague... cuento original (continuacion), por D. Alvaro Romea.—La reparticion de la sopa.

GRABADOS.—Excmo. Sr. D. Cirilo Alvarez, fotografia de Laurent, dibujo de D. Alfredo Perea.—La reparticion de la sopa, cuadro de D. Joaquin Agrasot, dibujo del mismo.—Despedida del batallon cazadores de Santander para la guerra de Cuba, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Puerta interior de Justicia en la Alhambra de Granada, dibujo de D. Ricardo Madrazo.—El emperador Carlos V, copiado del natural en 1871, dibujo de D. Martin Rico.—Tipos de la Martinica, dibujo de D. A. Perea.—Plaza de la Marina (Martinica), dibujo de D. N. Domec.—Armadura del emperador Carlos V, tomada de una fotografia del Sr. Laurent.—Figurin de modas, dibujo de D. A. Perea.

ECOS.

El martes 26 de setiembre se embarcó en la estacion del Mediodía para ir á defender en el suelo cubano la honra española y la integridad del territorio nacional el batallon de Santander.

El pueblo de Madrid les hizo una despedida digna de tan entusiastas y patrióticos soldados.

Las calles y plazas por donde debian pasar se hallaban invadidas por multitud de personas de todas las clases sociales, que acudian á darles muestra de su simpatía saludándoles en su camino y despidiéndoles con cariñosas frases.

Al atravesar los soldados la plaza de Santo Domingo, un caluroso ¡viva España! contestado por todos ellos atronó el espacio.

En la calle de Preciados, en la Puerta del Sol, en la carrera de San Jeró-

nimo, en todos los puntos por donde pasó despues el batallon, los vivas á España eran cada vez más nutridos y más ardientemente contestados.

Millares de personas siguieron al batallon por el Prado y el paseo de Atocha, deteniendo á veces á los soldados para estrecharles las manos y abrazarlos.

Al llegar la tropa á la estacion se hallaba ésta invadida por la multitud, que apesar del mal estado del piso, habia corrido allí, tomando cada persona la posicion mejor que encontró para ver á su satisfaccion á los valientes expedicionarios.

Cuando detras del último soldado llegó el rey y atravesando á pié el espacio que media entre la portada de bajada y el edificio de la estacion, estrechó la mano del coronel del batallon, el entusiasmo fué indescriptible.

Los gritos de ¡viva el rey! ¡Viva España! ¡Viva Cuba española! ¡Viva el ejército! se confundieron y mezclaron en un inmenso grito de patriótico entusiasmo.

Se habia anunciado que el rey revisaria las tropas en las proximidades de la estacion. Pero inmediatamente que se supo que por lo estrecho y reducido del sitio y mal estado de su piso, se habia dado la órden de marchar el batallon al anden, se vió en un momento desierto el patio que poco ántes tantas personas ocupaban. En vano los guardias quisieron impedir que la gente se precipitara: la apiñada multitud invadió la estacion y traspasó el anden, rodeando á los soldados y al rey.

Abriéndose paso despues como pudieron S. M. y los que le acompañaban, comenzó la revista. El rey estrechó la mano de los jefes y dirigió sentidas palabras de cariño á los soldados.

Despues, reuniéndoles á todos, en una sencilla arenga les dijo: "que envidiaba su suerte al ir á pelear por la honra y la gloria de su patria, y que solo les pedia que ántes y despues de la victoria y cuando estuviesen en el ardor de los combates, se acordaran de la invicta nacion porque combatian é hiciesen resonar los aires de la hermosa Cuba con el patriótico y sacrosanto grito de "¡Viva España!"

Entusiastas gritos de ¡viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva el ejército! respondieron á las palabras de S. M.

Inmediatamente los Sres. Topete y Sagasta dirijieron tambien su voz á los soldados, alentándolos y deseán-



EXCMO. SEÑOR DON CIRILO ALVAREZ.

doles volviesen victoriosos, despues de haber levantado puro y respetado el pabellon de España.

Antes de marchar el tren, el rey, que seguía con los ojos á los soldados, quiso volver á saludarlos, y coche por coche recorrió toda la larga fila de ellos, estrechando las callosas manos de los soldados y apretando las de los jefes con ardiente entusiasmo.

Al fin el tren partió á las tres entre los vítores y los hurras de los concurrentes, y á los gritos repetidos por los soldados y el pueblo de ¡Viva España! ¡Viva Cuba española!

El rey entregó al coronel una carabina de su uso particular y una carta autógrafa, encargándole que la diese en Cuba al soldado de su batallon que más se distinguiese en la primer accion que riñesen con los rebeldes.

Un acontecimiento tan importante no podia ménos de ocupar el lápiz y el buril de los dibujantes de LA ILUSTRACION DE MADRID. Los lectores y los curiosos encontrarán en este número un hermoso grabado en que se representa esta brillante despedida en uno de sus momentos más interesantes.

D. Cirilo Alvarez, uno de nuestros más ilustres estadistas, nació el año tan famoso en nuestra patria, por más de un concepto, de 1808, en Búrgos. En 1837 fué elegido en ella diputado provincial y vocal de la comision régia encargada de revistar el ejército del Norte por nombramiento de la misma diputacion.

Elegido diputado á Córtes en 1843, nombrado vocal de la comision de Códigos creada en 19 de agosto del mismo año: vuelto á elegir diputado en 1853, diputado á Córtes tambien en las Constituyentes de 1854 á 1856, ministro de Gracia y Justicia en este último año, más tarde consejero de Estado y senador del reino, ha vivido todo ese tiempo lanzado á la vida pública, y ha ejercido poderosa influencia en la gobernacion del Estado por su prestigio, talento y pureza de intenciones, que han hecho siempre necesarios su opinion y consejo. Es uno de los más notables oradores con que cuenta el antiguo partido progresista, y su palabra ha prestado gran impulso á las ideas y al movimiento que han producido la revolucion de Setiembre.

Inútil es decir, que si como hombre político ha conquistado envidiable fama, como jurisconsulto ha llegado tambien al más alto límite de la consideracion y el respeto públicos.

Estas breves palabras son bastantes para justificar la muestra de deferencia que hoy da LA ILUSTRACION DE MADRID al nuevo presidente del Supremo Tribunal de Justicia, publicando su bien grabado retrato.

¡Granada! ¡La Alhambra! ¡La puerta de Justicia! ¡Cuántos recuerdos, cuánta poesía despiertan estos nombres en nosotros, los que luchamos siete siglos con los moros y los lanzamos al Africa cuando eran ya muchos ménos moros que nosotros los cristianos!

«Granada es hoy, dice un historiador árabe del siglo XIV, la metrópoli de las ciudades marítimas, capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros de todas las naciones, vergel perpétuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celeberrima por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres y manantial inagotable de seda y azúcar... La régia estancia de la Alhambra sobresale con admirable perspectiva cual otra segunda ciudad. Altísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes hermocean aquel magnífico recinto.»

Lo que la naturaleza espontáneamente prodigaba á Granada en los tiempos del historiador árabe, aún embellece y embellecerá siempre aquellos campos, aquella vega que él comparaba al valle de Damasco; pero ¡cuán otro se encuentra de como entónces era todo lo que fué creado por la mano de los artifices moriscos! ¡Qué de ruinas amontonadas por el tiempo, que no ha encontrado en muchos siglos, hasta época bien cercana, quien le detenga en su obra destructora.

El lápiz del dibujante es más elocuente que la pluma ante el estrago del tiempo. El dibujo de D. Ricardo Madrazo, hecho con la maestría que parece ser natural herencia de las generaciones de artistas que vienen ilustrando ese apellido, habla con gran energía de la grandeza del pasado y de la decadencia de Granada. Los arabescos de la pared están destruidos: la hermosa luz que baña la pared cae sobre ella como sobre un rostro lleno de arrugas, trazando líneas y manchas caprichosas y desiguales; la puerta por donde ántes cruzaba un pueblo bullicioso está cerrada para siempre quizás, como la era

de su prosperidad, como su historia. Esa soledad, que hacen más patentes una pobre mujer y un humilde aspo, nos habla tristemente de aquellos cortesanos de Alhambra y Bohabdil que entraban por aquel festoneado arco haciendo resonar la bóveda con el trotar de sus corceles, cubiertos como ellos de oro y sederías, de lentejuelas resplandecientes y de bien templado acero; de aquellas princesas y damas granadinas que por allí pasaron con el rostro velado, sacudiendo al mover su graciosa cabeza las dilatadas trenzas, salpicadas de crisolitos, jacintos y esmeraldas; y ceñidas con cinturón de plata y oro que en primoroso esmalte y miniatura copiaba las revueltas inscripciones, los festones, lazos y cintas de afiligranado encaje que visten la Alhambra y la cubren como una inmensa red de colores ó como una maravillosa tela fabricada por las arañas pintoras de algun cuento de hadas.

Pero, ¡oh dolor! en vano cuando desfilan en nuestra fantasía los nobles caballeros Marines, los sacerdotes, los magistrados y los doctores con sus turbantes persas, ó los moros de Africa con sus venablos armados de cuchillas, sus anchas lorigas y sus escudos damasquinados, volvemos los ojos á la realidad buscando bajo los arcos de alicatado y los haces de menudas columnas que los sostienen, tan pintorescos y poéticos séres. ¡Qué es lo que encontramos? Ya lo veis: alguna pobre mujer ó algun prosáico borriquillo. Y á veces tambien algun inglés, paraguas en funda y gemelos en caja, que manifiesta su emocion de la única manera que la patentizan los hijos de Albion en el Generalife y en la Alhambra: pasándose el pañuelo por la frente inundada de sudor y de entusiasmo.

El Sr. D. Rafael Serrano Alcázar ha publicado un nuevo libro de poesías. Dicho se está que quien en estos tiempos de prosa hace versos y los imprime con la esperanza de que los lean y los compren, es un héroe; saludo, pues, al Sr. Serrano Alcázar por su heroísmo.

He abierto su libro por una poesía que se titula *Mi sueño*. Los poetas no perderán jamás la costumbre de soñar, y lo que es peor de soñar en voz alta. Pero el sueño del Sr. Serrano Alcázar es agradable no solo para él sino para los que leen los versos en que lo describe.

El poeta recorre los mundos en busca de una mujer que realice su ideal. No la encuentra en el mundo de los festines y de los placeres, de la vanidad y del amor frívolo.

Por fin...

Se abrió á mi planta un mundo lisonjero
Bañado por el sol; su hermosa luz,
Irisando la atmósfera, fluía
En oleaje nitido de tál;
El suelo recamado por las flores;
Á lo lejos el eco de un laud;
Y allí la santidad de los hogares,
El pudor, los afectos y la cruz;
Madres que entre sus hijos sonreían
Bañando el gozo su pupila azul;
Hijos que enamorados consolaban
De sus padres la honrada senectud.
Como reina, en su trono, presidía
Una mujer hermosa envuelta en luz:
Yo volví la cabeza, miré al trono
¡Y la reina eras tú!

Ya que el poeta ha tenido la suerte de encontrar la mujer soñada, y de describir el hallazgo en tan lindos versos, le deseo que encuentre compradores para su libro, y si esto es mucho desear, que haya quien lo lea, aunque sea de gorra.

Por fin el Ayuntamiento ha dispuesto que tengan un término las obras de la Plaza de la Independencia.

El Municipio hace un llamamiento al patriotismo—palabras textuales—de los artistas españoles á fin de que, en el plazo de dos meses, presenten los ante-proyectos para seis ú ocho estatuas de los héroes más notables de la Independencia Española.

El anuncio de la ilustre corporacion, dice que será aceptado como bueno el proyecto que á mejores condiciones de belleza artística, reuna el menor coste posible.

Bonitas y baratas: hé aquí, pues, las condiciones que segun el Ayuntamiento, deben reunir las estatuas de los héroes.

Yo creo que si lo que la corporacion popular quiere probar con la ereccion de esos monumentos es su falta de dinero, debe sustituir el proyecto de los ocho hombres ilustres de piedra, por un grupo de miga de pan que represente el patriotismo vencido por la economía.

De lo contrario, el Ayuntamiento se va á encontrar con doble número de héroes del proyectado: con ocho estatuas y con ocho artistas que no podrán cobrar sus

golpes de cincel y de mazo, y que vendrán á ser las verdaderas víctimas de la Plaza de la Independencia.

Durante el Carnaval se van á establecer trenes económicos desde Lisboa á Madrid para que puedan venir los portugueses á disfrutar de las diversiones de Madrid.

Sospecho que Madrid con máscara debe parecer á los extranjeros mejor que con la cara propia.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Hechos y nada más que hechos, pura historia contemporánea es lo único que se consiente en estas tres columnas.

En lo sucesivo los que se habian acostumbrado á ver en ellas tantas, tan variadas y bellas cosas de literatura, de ciencia, de arte; los que se extasiaban aquí con el vuelo siempre atrevido y majestuoso de la fantasía del poeta, con la especulacion pacienzuda del sabio y la incansable laboriosidad del erudito, experimentarán un desencanto tan desagradable como inesperado al ver que ocupa el lugar de aquellas maravillas del entendimiento un estéril relato de sucesos, frios, desnudos é insípidos hijos de la observacion, que nadie necesita buscar en estas páginas, porque andan por el mundo á la vista de todos, paseándose con singular desvergüenza en el ancho escenario de la vida humana, y excitando el llanto ó la risa segun se les antoja, y conforme al humor de quien con tales cómicos se divierte.

Parecerá una irreverencia el decirlo; pero es ciertísimo que no puedo contener la risa figurándome al lector de LA ILUSTRACION en el momento de fijar su curiosa cuanto inteligente mirada en este artículo que con tanto trabajo (Dios y yo lo sabemos) estoy escribiendo. El buen lector que nada sospecha y prematuramente se regocija en su interior con las encantadoras creaciones poéticas y las risueñas inverosimilitudes que espera ver, como ántes, en este sitio, mira el papel y ¡oh vil realidad! tropieza de buenas á primeras con una *Crónica Quincenal*, en que no se habla más que de lo que ha pasado ¡de lo que ha pasado! es decir, de lo que él sabe, de lo que él ha visto, de aquellos acontecimientos en que tal vez haya desempeñado papel importante.

Aquí, escondido en mis garabatos, como el gusano en las ramas secas y espinosas de la zarza, le estoy viendo al poner los ojos en la encanijada prosa que escribo y (vuelvo á decirlo) no puedo contener la risa: veo cómo arruga la piel de su cara en avinagrado mohín, cómo frunce las cejas, cómo extiende el labio inferior, cómo lleva la mano á la oreja, cómo sale de su boca una modulacion desdeñosa, vaga fórmula de su enojo, y cómo, por último, haciendo un gesto digno de D. Quijote, cuando vió trocadas en ventas manchegas los castillos de su desvencijada imaginacion, vuelve la hoja y va á buscar en las páginas de grabados alguna cosa que le cure su aburrimiento. ¡Infeliz: le hemos quitado su juguete!

Hechos y nada más que hechos. Despues de todo, esto no es tan malo ni tan feo como á primera vista parece. No hay cosa alguna más hermosa que la realidad, ni nada tan novelescamente curioso como lo que ha pasado. A ningun relato se presta tanta atencion como al de aquellos sucesos que todos sabemos; ni hay comidilla más sabrosa que la de un acontecimiento sobre el cual cada boca humana ha dicho su palabra.

Ademas pasan tantas cosas en el mundo, el hombre dá tanto que hablar de sí, se cuida tan poco del *qué dirán*, provoca con tal descaro la maledicencia pública, que estas páginas destinadas á ser acta fiel de sus travesuras, pueden resultar muy amenas y divertidas sin esfuerzo alguno del narrador. El hombre en la vastísima esfera de su actividad, desde la política internacional que ha inventado la guerra, para ensangrentar á Europa, hasta la galantería íntima que ha inventado el cotillon para enlazar las almas y entretener las lentas horas del invierno; el hombre, que todos los dias encuentra una fórmula nueva del *hacer*, y no contento con trabar crueldad guerras y quemar hermosas ciudades se ocupa en mil entretenidos ejercicios intelectuales y morales; ese actor incansable que ya con su coturno, ya con su pedestre boreguí representa pasos trágicos ó jocosos sobre el apolillado y crujiente tablador de la época actual, nos dará materia abundante para estas crónicas.

Considere el enojado lector si hay tela cortada en los asuntos siguientes:

La política exterior.

La *idem* interior.

Los viajes célebres.

Las grandes conquistas del génio contemporáneo, en el comercio y en la industria.

Los acontecimientos literarios de todo el mundo.

El movimiento intelectual y bibliográfico de España.

Nuestros teatros.

Las notabilidades contemporáneas.

Los salones y espectáculos caseros de importancia para la propagación del arte y del buen gusto.

Las reformas urbanas y las construcciones particulares ó públicas, como palacios, templos, teatros, mercados.

Las exposiciones de artes ó de industria.

Las defunciones célebres.

Noticias anticipadas de obras que aún están en los pupitres y de cuadros que no han salido de los talleres.

Algo de murmuración.

* * *

Nadie negará que los materiales son buenos. El inconveniente consiste en que el artifice encargado de trabajarlos tiene gran propensión al falseamiento de la verdad, aunque no pueda decirse de él que sea mentiroso. Quiero decir que inspirado por un vivo deseo de que todas las cosas sean buenas, y llevado de su natural condición, algo entusiasta y optimista, hará parecer algunos hechos mejores de lo que son. Conozco al tal artifice desde que ambos tenemos uso de razón, y sé que es capaz de trastornar las cosas, haciendo pasar lo blanco como negro, por dejarse arrastrar, según he dicho, de su endiablada fé en la excelencia y rematada bondad de cuanto existe.

Como si lo estuviera leyendo, sé ya lo que ha de decir cuando llegue á aquel peligroso tratadillo de la política exterior. Dirá que reina en todo el orbe una paz, á la cual, por no romper la tradición de ciertos adjetivos venerandos, llamará *octaviana*. Dirá que ya no habrá más guerras, y que cada nación se contentará con lo suyo, sin ir á espigar en la mies del vecino. Celebrará con hiperbólica fraseología la felicidad que goza el mundo civilizado, y al mismo tiempo asegurará no dar crédito alguno á lo que de internacionales y petrolistas se cuenta, aunque se lo prediquen frailes descalzos. De fijo hará mil aspavientos para convencernos á todos de que, ni tarde, ni temprano, ni nunca, volverá la Europa á preocuparse de la que se llamaba *la cuestión de Oriente*, palabra inventada para espantar á las mujeres y á los chicos; y se reirá de los que creen en la existencia del monstruoso y descomunal *panславismo*, personaje legendario en quien algunos ven el nuevo azote de la culta Europa. Por supuesto que ni con tenazas le harán confesar que existe una *cuestión social* que trae á maltraer á todos los políticos del mundo; y encogerá los hombros, sonriendo con desden, cuando se le diga que la propaganda invasora y las pretensiones insolentes del proletariado ofrecen una perspectiva de peligros que exige gran prevision á todos los gobiernos. Como si lo viera. Él seguirá creyendo que todo marcha bien; que Europa es el más afortunado pedazo del globo terrestre, que éste es el mejor y más perfecto de los mundos creados, y que el hombre se encuentra en la plenitud de todas las dichas y en el apogeo de su grandeza intelectual y moral.

Pero cuidado, que el optimismo de nuestro buen cronista rayará en las alturas de una incurable monomanía, cuando se le antoje escribir sobre política interior. Entonces sí que se han de reír de lo lindo los lectores de LA ILUSTRACION al ver que le parece de perlas y de encargo todo lo que ocurre en las regiones oficiales de la mejor nación que existe en el mejor de los mundos posibles. Para él, todos los hombres políticos tienen un sin igual talento, todos son modelo de patriotismo, de virtudes públicas y privadas, todos hacen lo que deben hacer, sin que les mueva otro propósito que el bien del país y la felicidad de sus conciudadanos. Nuestro cronista se reirá de cuantos quieran hacerle creer que la Hacienda pública no va bien y que los grandes asuntos nacionales no marchan á pedir de boca. Nada: por más que se le predique, él sigue en sus trece, él no se apea de su burro; y ya me río al considerar qué grandes aspavientos harán los discretos lectores de este periódico cuando lean sus entusiastas ditirambos, cantando en variedad de prosas las glorias presentes, y la ordenada marcha de la política española.

Pues no digo nada cuando se trata de letras y artes. Para mi amigo, el incurable optimista, todos los libros son buenos, todas las poesías excelentes, todos los cuadros sublimes. En vano se le dice que hay entre nosotros perversos escritores, artistas fermentados y endia-

blados poetas que ponen en tortura á las nueve hermanas y mortifican á la lengua española más de lo que ahora está. Pues ya pueden esperar sentados á que lo vea: él seguirá *erre* que *erre*, encomiando con desafortunadas exclamaciones la extrema dicha de haber nacido en unos tiempos en que la poesía y el arte dan regocijo al triste, entusiasmo al indiferente, consuelo al pobre, esplendor al rico y solaz al melancólico y aburrido.

También se le ha metido en la cabeza, sin que ni todos los Padres de la Iglesia puedan convencerle de lo contrario, que en España ha hecho la librería inmensos progresos, y que hay un público protector para las obras discretas y cultas. No hay quien le cure de esta su principal y más funesta manía, gracias á la cual se le antoja que no ve la luz entre nosotros libro alguno sin que á los pocos días de puesto en los escaparates no ruede por toda la redondez de Madrid, y de España, y del mundo, dando á su autor gloria y riquezas, para que no haya en lo sucesivo, ni escritores pobres, ni laureles deshonorados por la miseria.

Se comprenderá que, dada esta condición entusiasta del ingenuo cronista amigo mío, todos los teatros le parecerán encantadores, todos los dramas sublimes y admirables sobre todo encarecimiento cuantos actores visten fraques, declaman prosas y recitan versos sobre las tablas de nuestros coliseos. Asimismo no se pinta un cuadro que á él no le parezca más hermoso que cuantos dejaron Velazquez y Murillo, ni suena piano, violín ó contrabajo en cualquier salón, sin que él crea oír los divinos instrumentos de Thalberg ó Paganini. En fin, doy punto en esta cuestión, porque no se crea que tengo complacencia en envenenar la existencia de mi buen amigo con ágras censuras de su candoroso optimismo.

Lo que si haré, como caso de conciencia, es poner sobre aviso á los lectores de LA ILUSTRACION para que no hagan caso de los elogios que ha de prodigar á diestra y siniestra repartiendo *urbi et orbi* la gracia de su bendición crítica. Al mismo tiempo ya pueden estar tranquilos todos los personajes de ambos sexos que por cualquier motivo hayan de ser juzgados en estas páginas. Si el hombre arrastrado por la ambición y cegado por su amor propio enciende la horrorosa tea de la guerra; si desempeña el petróleo las tristes funciones de destrucción, nuestro cronista creará muy natural el suceso y lo aplaudirá como lo mejor que podía suceder en el mejor de los mundos posibles. Ya pueden nuestros sabios políticos desbarrar como gusten y hacer lo que se les antoje: todo le parecerá sublime al que tiene el encargo de hacer estas Revistas. Al mismo tiempo ¡oh escritores, poetas y artistas! ya teneis un panegirista ensalzador de vuestras obras, aunque sean peores que las que inmortalizaron á Gerundio en la oratoria, á Rabadan en la poesía y á Orbaneja en la pintura. Poetas: haced versos á montones y enviádselos, que él los encontrará más bellos que los del mismo padre de la poesía. Literatos: escribid libros y más libros sobre todas las cosas divinas y humanas, que él los pondrá por esas nubes, cual si hubieran salido de los inmortales talleres de Cervantes ó de Larra. Cómicos: estirad sin cuidado los brazos y ahuecad la voz descoyuntando versos, sin omitir la patadita en el suelo al llegar á un pasaje fuerte, que en la crónica se dirá que ni Talma, ni Maíquez, ni Romea llegaron al zancajo de vuestra habilidad. Y en conclusion, cada cual puede hacer lo que guste, en la firme creencia de que cuanto peor salga, más alabado y glorificado será en las columnas de la crónica. El sofocante espliego de una lisonja tan pródiga como indiscreta, nos atufará á todos, desde que empiece á ejercer sus funciones el optimista recalci-trante de quien he hablado.

* * *

Y para que sirva de ejemplo (con esto concluiré) y no parezca que exagero, ya vereis cómo al ocuparse de varias obras recientemente publicadas y de otras que verán pronto la luz, las va á poner en las mismas nubes. Apuesto doble contra sencillo á que va á decir que el *D. Juan Ruiz de Alarcón* de Fernandez Guerra es un libro excelente, y que pocas lecturas habrá tan amenas como la del libro de Schack, cuyo tercer tomo ha puesto ya á la venta el Sr. Valera. Como si lo viera. Y cuando Alarcón le envíe las *Cosas que fueron*, entonces ya se sabrá lo que es elogiar sin tasa ni medida. Por supuesto, que si le hablan de los *Cuadros Contemporáneos* de Castro y Serrano, también dará en la flor de decir que son muy bonitos; y qué se yo... tal es su complacencia y benignidad, que doy la voz de alerta á los lectores de LA ILUSTRACION para que no le hagan caso.

B. PEREZ GALDÓS.

MESA REVUELTA.

I.

LA EXPERIENCIA.

Cuando los años han acumulado en el hombre esa multitud de enseñanzas y de escarmentos que constituye lo que se llama el *tesoro de la experiencia*, ¡triste é inútil tesoro por cierto!—ni el corazón, ni aún la misma inteligencia del hombre valen más que antes: yo creo, por el contrario, que valen menos. Dice en una de nuestras comedias antiguas un anciano melancólico, reprimiendo á una jóven:

¡Es un caballo sin riendas
La juventud!

á lo que replica la jóven con poca reverencia, pero con profunda verdad:

Y las canas
Unas riendas sin caballo.

Eso viene á ser la experiencia: unas riendas sin caballo. ¿Puede darse cosa más inútil? La vanidad de la experiencia se demuestra por el hecho de que nunca en el mundo se repiten los sucesos con idénticas circunstancias: la variedad infinita dentro de la unidad es el carácter esencial de la naturaleza. De *triste* la he calificado también, y nadie que haya aprovechado un poco la práctica de la vida negará la verdad de esta calificación.

Suele haber entre los hechos materiales y las verdades morales analogías y aún semejanzas casi perfectas que asombran. Á la manera que en un vaso en que por largo tiempo han estado depositadas sustancias amargas, se cubren su fondo y sus paredes de una especie de amargo barniz que altera y torna amargas también hasta las sustancias más puras que nuevamente se depositan en él; á la manera que un vidrio deslustrado por el humo de una tea ó por otro oscuro baño cualquiera, oscurece y deslustra las imágenes de los objetos que al trasluz de él examinamos, así en la mente y en el corazón de los hombres que han allegado un gran fondo de experiencia, todas las impresiones recibidas, las sensaciones todas experimentadas, se impregnan inconscientemente, casi diría *físicamente* de una dolorosa amargura; todas desde luego padecen una verdadera alteración, todas resultan, por decirlo así, inexactas. De aquí la universal desconfianza de esos hombres, de aquí su dificultad suma, su casi imposibilidad de creer en el bien. Y el bien, sin embargo, se encuentra en este mundo lleno de miserias más prodigamente derramado de lo que se figura el miserable hombre. Á la vista de una acción generosa, unos buscan involuntariamente el móvil ruin que la ha inspirado; otros piensan, sin poderlo remediar, en cuanto ven una criatura hermosa, ya en su posible degradación, ya en su necesario acabamiento, ya en el oculto artificio á que debe su hermosura, que de todo esto y mucho más les ha enseñado casos y ejemplares la experiencia. Siempre, en suma, se ocurre á los expertos, cualquiera que sea el trance de la vida en que se encuentren, alguna *cosa triste é inútil*; triste porque este es, ya lo he dicho, uno de los caracteres esenciales de la experiencia, compañera inseparable de la vejez; é inútil porque nunca tiene aplicación exacta al caso presente. No hay dos circunstancias absolutamente idénticas en la vida del hombre.

Esta es la razón porque la experiencia suele exponernos á errores todavía más lamentables que la inexperiencia misma. Hay en los que ésta engendra mucho de disculpable, en primer lugar, y casi siempre algo de generoso y honrado, por cuanto el inexperto que yerra suele ser la primera víctima de su error y no impone á otros el castigo que él sólo merece, circunstancia atenuante muy atendible. El inexperto, además, rara vez cree en el mal, y al quedar escarmentado por él, merece, cuando menos, compasión, y casi siempre simpatía; no así el que yerra por mal pensado, por muy experto: éste, á más de antipático, se hace ridículo; testigo el *Hombre de mundo* de nuestro inolvidable Ventura de la Vega.

Un gran novelista moderno, Federico Soulié, que no por ser novelista dejaba de ser un discreto pensador, puso muy de relieve estas verdades en su interesante novela titulada *Si jeunesse savait, si vieillesse pouvait*, cuyos primeros capítulos son una obra maestra. Luego el libro decae, bastante parecido en esto al *Montecristo* de A. Dumas, que también empieza admirablemente y concluye como una novela vulgar: empieza con *interés* y acaba con *embrollo*, dos formas del arte muy distintas entre sí.

Á demostrar los peligros de la experiencia y los ma-

les que suele acarrear, tiende también otra novela preciosa, la mejor creo yo de Julio Sandeau, *Mariana*. No se asuste el lector de estas citas de autoridades sacadas de novelas y novelistas: cada siglo tiene su forma literaria predilecta, y así como el XVII adoptó el teatro, el nuestro ha adoptado la novela. En ella se han dicho excelentes cosas que muchos desdeñan sólo porque están dichas en novelas, y que pondrían encima de las nubes si las encontrasen en libros fastidiosos.

En uno de mis antiguos cuadernos de apuntes me encuentro la impresión que produjo en mi ánimo la lectura de esta novela de Julio Sandeau recién publicada,

gaños. El que pierde en el cambio llega á la larga á conocerlo, y esto le hace infeliz mientras ama por primera vez. Si algún día vuelve á amar, probablemente buscará un amor nuevo, al que hará probar las mismas amarguras que él probó cuando el suyo lo era también; y así sucesivamente. — «Mucho habría que retroceder para llegar al origen del mal!» exclama Jorge, el héroe del libro, después de decir tristemente á Mariana:

«Tú te vengarás en Enrique, yo me vengué en tí, y en mí se vengó la mujer á quien amé por primera vez.» El autor esplaya esta idea con raro ingenio. Mariana es, en efecto, sucesivamente víctima y verdugo, y como

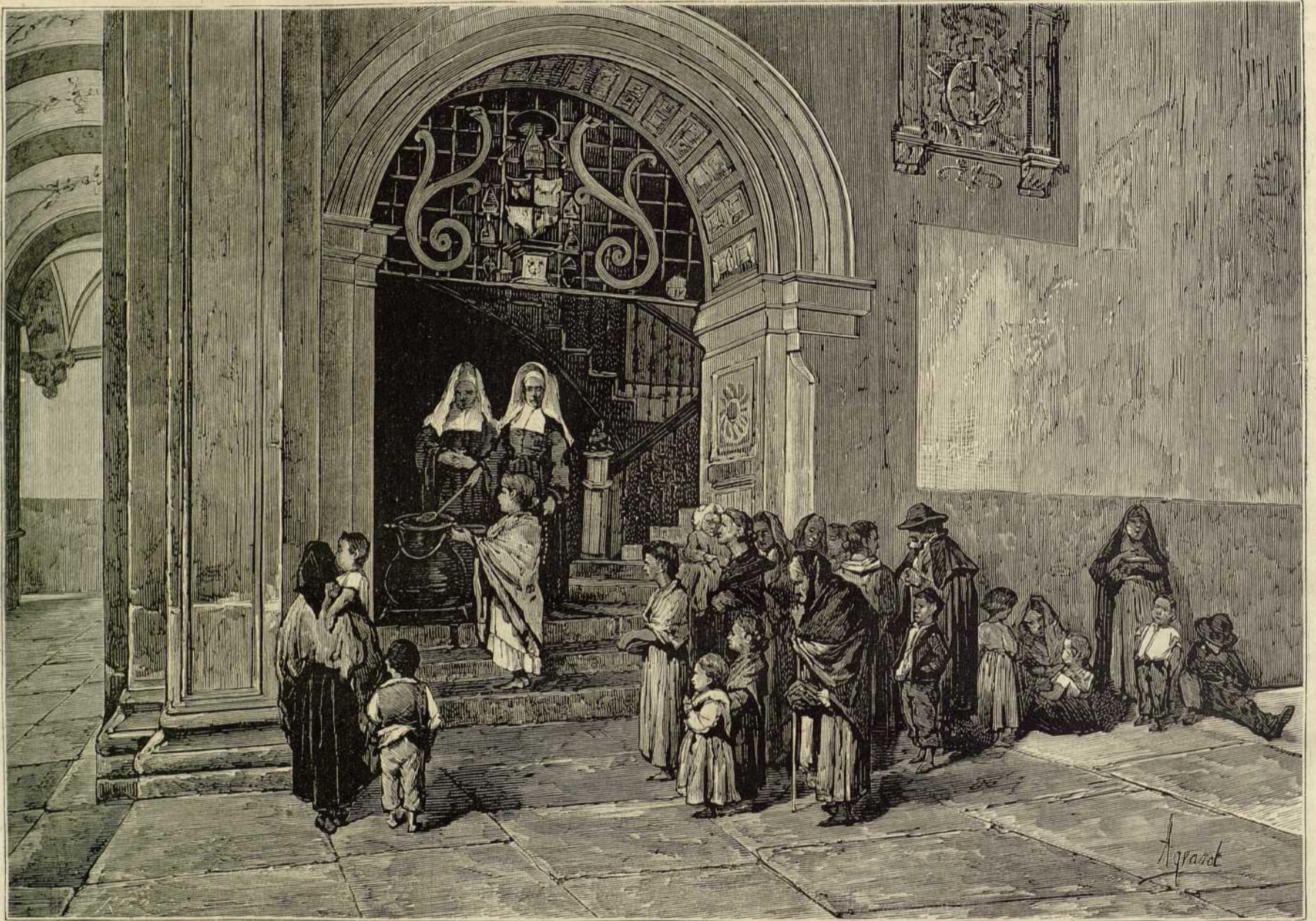
es uno de los más nobles, más dulces y más consoladores espectáculos de la tierra. Las canas en ese caso son una aureola.

El respeto me veda decir lo que pienso de las que no son más que pelos blancos, ó acaso pintados de negro ó de amarillo, imitando, no, *parodiando* más bien el hermoso color rubio de la florida juventud.

II.

EL VALOR.

El valor es de dos maneras: activo y pasivo. Al primero suele darse el expresivo nombre de arrojo, al se-



LA REPARTICION DE LA SOPA.—CUADRO DE DON JOAQUIN AGRASOT.

allá hacia el año 40, época en que ya tenía yo la costumbre, que conservo, de escribir para mi uso particular breves juicios de cuanto leo y veo de algún valor; costumbre que recomiendo á mis jóvenes lectores. De él copio textualmente estas palabras: «La *Mariana* de Julio Sandeau es una de las mejores novelas que recuerdo haber leído. Me parece un estudio admirable de aquella clase de mujeres en quienes la imaginación, exaltada por lo que estas gentes (los franceses, pues yo escribía esto en París) llaman la *reverie*, llega á tomar un ascendiente absoluto sobre todas las demás facultades. Á este ascendiente ayudan mucho el ocio y las delicias materiales de una vida regalada. El pensamiento capital del libro es éste: *Siempre nos vengamos en los que nos aman, de aquellos á quienes hemos amado*. En su sentido recto é inmediato esta proposición parece absurda: aplicada á las pasiones generalmente borrascosas del amor, es de aquellas que aunque no fundadas en una razón de necesidad, resultan casi siempre confirmadas por la experiencia. Rara vez aman dos amantes ambos por primera vez: el hombre ó la mujer han amado ya, y el más nuevo en amor es naturalmente el que pierde en el cambio, pues da un amor virgen, entero, lleno de esperanzas y de ilusiones, por otro desflorado, cauto como muy experto, áun casi siempre enervado por los desen-

siempre es *desgraciada*, demuestra el autor la segunda parte de su proposición, que es ésta: No se debe tomar como objeto ó *asunto* principal de la vida lo que no debe ser en ella más que un *episodio* (el amor).

«Otro pensamiento más grave, más levantado, más moral, sobre todo, resulta de su libro, por lo cual la impresión que deja su lectura es, á más de agradable, muy provechosa. Hé aquí ese pensamiento: «No hay felicidad duradera fuera del deber.»

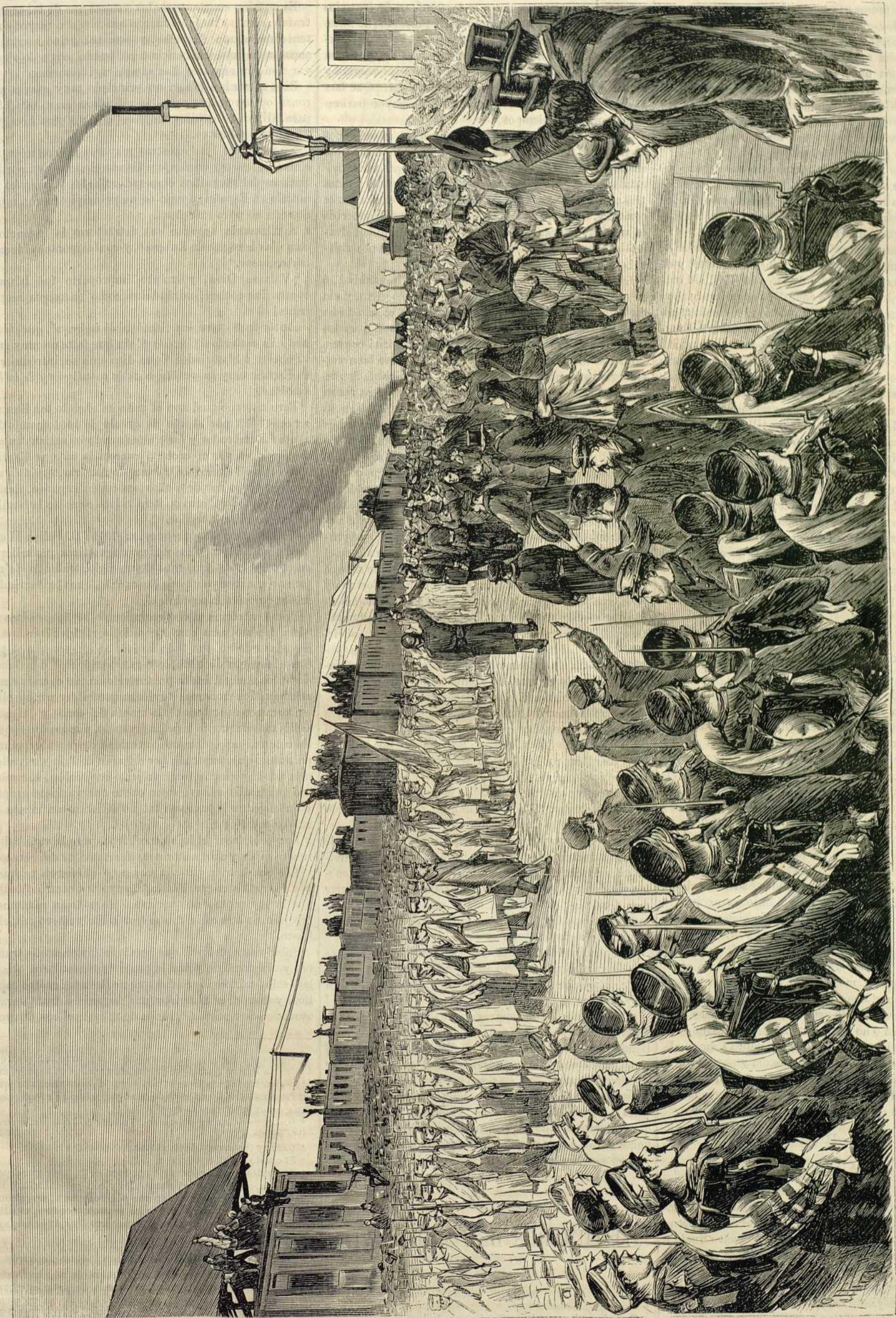
«Por más que se diga, esta misma impresión dejan aún las más tempestuosas y desgredadas novelas de Jorge Sand, la más célebre discípula de Sandeau, con la diferencia de que en éstas el *deber* suele presentarse con colores odiosos, y de que tampoco dentro de él está la felicidad. Jorge Sand no la encuentra en parte alguna, ni en el vicio, ni en la virtud, y ménos aún en la indiferencia. Julio Sandeau la encuentra en el cumplimiento del deber, y sólo allí. Por eso termina su novela con estas sentidas palabras: «¡Allí estaba la felicidad! arrancada del corazón de Mariana en el momento en que al desterrarse para siempre del seno de su familia, contempla la casa de su marido, que no es ya la *suya*.»

Hay casos, aunque raros, en que la experiencia nos hace más indulgentes y mejores. Sólo entonces me parece un verdadero tesoro. Un viejo indulgente y bueno

gundo el de fortaleza. Este es el verdadero valor en la más alta significación, ó sea en el sentido de *virtud*, vocablo con que se expresaba aquella cualidad en la filosófica lengua de los romanos.

En un moderno escritor francés, el marqués de Bouillé, padre del actual embajador en esta corte, leo estas notables palabras: «El arrojo desprecia el peligro, la temeridad le busca, la intrepidez se precipita en él. El verdadero valor se compone de todos estos matices y los emplea según lo reclama la ocasión, y sólo cuando lo reclama.» (*Pensées et réflexions morales et politiques*, París, 1851).

Aquella particular fuerza del alma que nos enseña á soportar con resignación los males de la vida, y aquella otra fuerza impulsiva de las grandes acciones útiles á nuestros semejantes y encaminadas, según la hermosa expresión cristiana, á la *mayor gloria de Dios*, son las más nobles manifestaciones del valor en el sentido de virtud. Después de los mártires y los confesores, los más valerosos hombres cuya memoria registran los anales del mundo son, creo yo, los primeros navegantes y los exploradores de tierras ignotas. Cristóbal Colon, Vasco de Gama, van en punto á valor muy por delante del Cid, no porque su fortaleza aventajara en cantidad, permitaseme la expresión, á la del héroe castellano,



DESPEDIDA DEL BATALLON CAZADORES DE SANTANDER PARA LA GUERRA DE CUBA.

sino porque le aventajaba en calidad. Uno y otro arrostraban la muerte con igual denuedo; pero con cuán diversos accidentes. El héroe de Vivar arrostraba las cuchilladas de los moros. Colon y Vasco de Gama arrostraban impávidos el hambre, la sed, el cansancio, el frío, el calor, horribles padecimientos de que sólo tiene idea quien los ha experimentado. Otra cosa más dura para nuestra flaca naturaleza arrostraban aquellos héroes, y era una muerte oscura, desamparada, estéril tal vez, en un desierto desconocido, con circunstancias eternamente ignoradas: ¡la muerte espantosa de Franklin! Peligro que jamás corrieron los valientes á la manera de nuestro glorioso Campeador.

Á la altura de los valerosos exploradores de este pequeño grano de arena llamado la tierra que habitamos en medio de la inmensidad de los espacios, están los héroes de la ciencia, los descubridores de nuevos métodos de trabajo, de importantes verdades ocultas.

Una inconmensurable distancia separa á este valor de la vulgar valentía de los espadachines de cuartel y de los pendencieros de tertulia y de café; de ellos, sin embargo, suele decirse: ¡Es un cumplido caballero! ¡es un valiente! Alguna vez podrá ser verdad lo segundo; nunca lo primero. Uno de los caracteres esenciales del verdadero valor es no emplearse sino en ocasiones de necesidad y honra: esto significaba la hermosa leyenda puesta en la hoja de algunas de nuestras antiguas espadas toledanas y que ignoro si continúa poniéndose en las modernas: «No me saques sin razon; no me envaines sin honor.» Desnudar la tizona ó amartillar la pistola á cada triquitraque, es propio, no de valientes, sino de locos ó de asesinos. La violencia es siempre el último recurso á que debe apelar el hombre, y el que comienza por él, lejos de dar prueba de valor ó entereza, la da de una debilidad de espíritu miserable; prueba que no sabe dominarse, que no se atreve á luchar contra sí mismo. ¡Cuán superiormente nos presenta de bulto esta verdad Ruiz de Alarcón en aquella redondilla de su comedia *La verdad sospechosa*, tesoro toda ella de máximas profundas, de grande aplicacion práctica á los trances de la vida, como el teatro entero de aquel gran poeta filósofo!

Todo lo habeis de intentar
Primero que el desafío,
Que empezar es desvario
Por donde se ha de acabar.

Es el valor además complemento y corona de todas las virtudes: sin él éstas se desnaturalizan en tal extremo que hasta llegan á dejar de serlo. El valor da fuerza á la caridad para arrostrar la fatiga, el asco, el horror tal vez, que acompañan á la asistencia de algunos enfermos; para penetrar en las viviendas de algunos desventurados á quienes la caridad nos mueve á socorrer, y á quienes sólo por falta de valor no socorren algunas almas débiles; y así de otros cien actos caritativos. Sin él la castidad corre peligro de sucumbir, no á la seducción, sino al miedo; pero ¡á qué insistir en lo que es claro como la luz del medio día?

¿Y á qué decirlo si es tan sabido? añadirán tal vez algunos genios regañones, de esos á quienes ni aun lo bueno les gusta cuando lo dice otro. Yo bien sé que antes y mil veces mejor que yo pudiera hacerlo, han expuesto estas verdades Alejo de Venegas, fray Luis de Granada, Santa Teresa, Malon de Chaide y tantos otros grandes maestros en moral y en bien decir, que son como fuentes abundosas adonde van á apagar su sed los que la tienen de *verdad*, de *amor* y de *justicia*; pero para los que no pueden ó no quieren tomarse el trabajo de ir hasta la fuente, bueno es que haya siempre á mano algunas bandejas con vasos de agua fresca y pura...

Eso quisiera yo que fuesen estos breves estudios morales, insuficientes de seguro, pero bien intencionados; pasatiempos, sin duda, pero mejores que tantos otros.

III.

LA VANIDAD.

Hija raquítica y bastarda de la soberbia, la vanidad trae perdido al mundo. Con profunda verdad el catecismo de la doctrina cristiana pone al frente de los pecados capitales á la soberbia, que perdió á nuestro linaje y contaminó aun á los mismos ángeles; pero la soberbia, la verdadera soberbia satánica, es rarísima en nuestras sociedades achicadas: lo que se ha sustituido á ella es la *vanidad*, plaga casi universal, lepra que más ó menos á todos nos devora, y que sería risible si con harta frecuencia no fuese tan funesta por sus efectos. ¡Quién lo diría! Las más de nuestras miserias sociales nacen de la vanidad.

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dijo el sabio Salomón; pero no es este el sentido en que se toma

aquí esa gran flaqueza del espíritu; aunque considerada en el concepto de presuncion y hasta de orgullo, las tres últimas palabras de la sentencia salomónica la cogen de medio á medio. *Todo es vanidad*, es decir, todos somos vanidosos, todos estamos muy preciados de nuestro propio valer; cada cual de nosotros se cree una excepción de las imperfecciones y miserias de los otros, las cuales conoce perfectamente, y aun se las exagera y abulta como si con eso amenguara las suyas. ¡Qué hablador es Fulano! me decia días atrás el mayor parlanchin de nuestros tiempos.

¡Soberbia! ¡Orgullo! ¡Vanidad! Tres gradaciones distintas de una misma idea, tres formas de un mismo efecto, con diferencias que vienen á corresponder próximamente á las que en el orden literario separan á estas tres manifestaciones del arte: la tragedia, el drama, la comedia, ó mejor aun el sainete, la farsa. La soberbia es trágica, el orgullo puede tener cierta dignidad dramática, la vanidad es siempre y esencialmente ridícula.

La *presuncion* es una mera variante de la vanidad, ó si se quiere una expresion atenuada de este vicio, y sin duda la ménos antipática, tal vez porque el uso la ha vinculado casi exclusivamente en las mujeres y en los niños, como que sólo se aplica ya á expresar el contentamiento algo pueril que suele causar el verse bien vestido y creerse por ello muy guapo. ¡Disculpable flaqueza! Esta tiene á lo ménos muchas veces verdadera razon de ser y no es siempre una ilusion. La vanidad en su acepcion más lata es otra cosa. Su carácter esencial es carecer de todo fundamento: su nombre lo indica. En esto se diferencia tambien de la soberbia y del orgullo, que siempre tienen algo en que fundarse, aunque con un espíritu vicioso. La soberbia es sin duda siempre detestable, su punto de apoyo es siempre el mal; pero el orgullo puede ser legítimo, noble y aun laudable á veces cuando su fundamento es bueno. El padre que presencia los triunfos del hijo á quien ha formado en el amor de la virtud y la ciencia; el ciudadano que salva á su patria de un gran peligro; el que tiene la fortuna y el acierto de descubrir una verdad útil á sus semejantes, bien puede dar cabida en su pecho á un poco de honrado orgullo, aunque mejor le estaria seguramente abrirsele á la humildad. Para lo que nunca hay razon ni pretexto es para envanecerse de cosa alguna: ponerse hinchado con sólo llenarse de viento es propiedad de los globos, y tambien de los majaderos.

Una de las manifestaciones más frecuentes y risibles de la vanidad consiste en creerse uno muy necesario en tal ó cual parte donde no hace maldita de Dios la falta. Los infinitos que padecen este achaque suelen decir muy serios que van á una funcion de corte, ó á un baile, verbigracia, no porque les conviene hacerse ver, ni por divertirse, sino por el afán algo paeril de lucirlo y dar brinquetes, ni por que no los echen de ménos. Se comprende que discurra así, y acierte, un personaje de alta categoría que por pura bondad acepta el convite de un inferior; pero es el caso que los que más suelen ponderar el sacrificio de su asistencia á cualquier casa donde lo pasan mucho mejor que en la suya, son los que ménos falta hacen en todas. La razon suprema con que se llenan la boca es esta:

—¿Qué dirán las gentes si yo falto?—Tentaciones dan de replicarles: —No dirán nada; esté Vd. tranquilo. Si por casualidad advierten la falta de Vd., dirán á lo sumo:—¡Un estorbo ménos!

¡Pero vayan Vds. á convencer de esto á la vanidad, llena siempre de sí misma! El papel de Aquiles en su tienda, será el eterno sueño de la vanidad humana; pero para hacer ese magnífico papel se necesita ser *Aquiles*.

Cada cual pone su vanidad en algo que no siempre salta á la vista de los demas, y por eso hay hombres que no parecen vanos; pero si se mira despacio, ¡cuán pocos no lo son! Humildades exageradas conozco yo que no son otra cosa más que una vanidad inmensa.

EUGENIO DE OCHOA.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

RUAR EL COCHE.

Grande y famoso invento fué el de los coches y, por mi fé, que en vista de lo mucho que en breve se extendió, á causa del universal contento con que fué recibido, cuesta algun trabajo comprender cómo los hombres no dieron antes en el chiste de su invencion.

Ya de muy antiguo venia el uso de las literas, pero

los coches no se habían descubierto, siendo sólo placer de los dioses del Olimpo, que, á pesar de toda su divinidad, no pasaron de carro tirado por alimañas varias.

Es opinion constante de los autores que de tal asunto tratan, que las mujeres fueron quienes con mayor contento recibieron el coche, y este peregrino aserto no encontrará gran resistencia á ser creído, con sólo observar cómo en nuestros dias sucede casi lo mismo.

Bien es verdad que en un principio muy graves varones opinaron que aquellas máquinas eran más bien para alivio de débiles mujeres, que no para hombres fornidos y robustos.

Lo cierto es que nuestros mayores no conocian tal embeleco, hasta que allá, mediando el siglo xvi, por los tiempos del magnífico emperador Carlos V, empezó su noticia en España, donde en un principio fueron mirados con no poca extrañeza.

Á Alemania achacan sus detractores la invencion, como las heregías de Lutero *, y contemporáneas fueron ambas cosas.

¡Válame Dios, y cuánto improprio fué lanzado contra los coches, mirándolos como enemigos monstruos!

Autor hubo que los llamó *vicio infernal*, que tanto daño ha causado á Castilla *, sin que falte un muy grave obispo é historiador * que diga que se introdujeron en España muy en perjuicio de la caballería y de la honestedad.

Pero en vano pusieron el grito en el cielo tan ilustres varones. Era por el año de gracia de 1554 cuando las gentes asombradas y las ciudades enteras salian con admiracion * á ver el coche ó carrociella en que Charles Pubest iba á buscar á D. Juan de Austria, que á la sazón, mancebo de pocos años, crecia en Leganés, desconocido de todo el mundo, teniéndose como de la familia de un humilde labrador.

Veinticuatro años despues, en 1578, D. Felipe II expedía la primera de las varias pragmáticas que salieron en el espacio de algo más de un siglo, tratando de reformar el excesivo uso de los coches, que iba haciéndose pernicioso á la república.

Pocos extremos ni encarecimientos serán precisos en vista de esto para convencer de la rapidez con que la novedad cundió por toda España, supuesto que en tan breve espacio de tiempo se pasó desde ser desconocidos * los coches, hasta presentarse en tan excesivo número que los monarcas tuvieron que intervenir en ello.

Derramóse por todos * la manía del coche y quien no podia tenerle propio le pedia prestado, por gozar de aquella conveniencia, dándose autoridad de persona principal, tanto que para contener ese afán de lujo y estrechar más á los que á costa del prójimo *cochizaban*, se prohibió que nadie anduviese en coche que no fuese propio, y que los que le tuviesen tal no salieran con ménos de cuatro caballos *.

Creyése atacar el lujo con el lujo, pero la vanidad es incorregible y sabe señorearse fuertemente del corazón.

Los que habian llevado coche no quisieron retirarle por eso, ántes enganchando al suyo los cuatros caballos que la ley supuso no querrian ó no podrian mantener, arrojáronse á la calle con mayor toldo y nuevo tropel y boato.

Sabido es aquello de que puesta la ley puesta la trampa, y discurriendo sobre la prohibicion hallaron que la ley sólo vedaba los coches que no llevasen cuatro caballos, y dieron en imaginar una ingeniosa traza inventando los carricoches *, linaje de máquinas con dos rue-

* Se puso á dormir (el emperador) en un carro cubierto, que en Ungría llaman *coche*, que ya son bien usados en España, más de lo que conviene, porque el nombre y la invencion es de aquella Tierra.—Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona.

VIDA DEL EMPERADOR CARLOS V.

* D. Lorenzo Vander Hámnen, *Vida de D. Juan de Austria*, parte primera.

* D. Fray Prudencio de Sandoval.

* El citado Vander Hámnen.

* Cervantes en su *Quijote* dice por boca de D. Rodriguez (parte segunda, cap. XLVIII): «Válame Dios y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache, que entónces no se usaban coches, ni sillars como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos.»

* El mismo Cervantes, motejando graciosamente este immoderado afán de coche, que á todos asaltaba, hace decir á Teresa Panza, en su carta á la duquesa. «Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de meter este buen día en mi casa, yéndome á la corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo» (Parte segunda, cap. LII).

* Cuatro caballos. Dispúolo así Felipe II en las Cortes de Madrid de 1578.

* Esta manera de burlar la ley fué causa de que en 1593 se prohibiese el uso de todo género de carruajes, pero en 1600 Felipe III derogó esta ley, estando en el Escorial, y permitió el uso de coches de dos y cuatro caballos, pero no de seis.

decillas pequeñas delante y dos grandes detras y otras sólo tres, llevando la una delante: estos carruajes iban tirados por dos caballos, con que eludían el mandato, sin temor de incurrir en la pena, que era la de perder coche y caballos.

Dicen, y es verdad muy averiguada, que es la privación causa de apetito, así que cuantas más pragmáticas salían con objeto de poner coto á la vanidad de las gentes, con mayor deseo se tomaba la afición á los coches y se burlaba con nuevas astucias las leyes.

Era de ver el Prado de Madrid en la hora en que damas y galanes, dejando las casas de la villa, salían á respirar las auras de la tarde.

Entonces era cuando los coches se ostentaban en todo su esplendor, paseando graves y con mesura, pues también el uso llegó á canonizar como más principal el andar sosegado de los coches.

Varias eran las denominaciones que segun su forma tenían, encontrándose *carrozas, coches, carricoches, calezas, estufas, furlones* y otros, que el capricho iba sacando á plaza.

Por lo general aquellas máquinas pesadas constaban de seis asientos, siendo de estos los más codiciados los de estribo, ó sean los que iban junto á éste y la portezuela, porque desde ellos se reunía la doble ventaja de ver y ser visto, y las damas, cuando habían de ocupar tan señalado puesto, cuidaban con mayor esmero de sus galas, como que tan buena ocasión de lucirlas habían de hallar*.

Los mancebos salían en los coches, con intención de trabar conversacion, desde ellos, con la damas que en los otros paseaban.

Con este objeto fueron una tarde seis caballeros, presumidos de lindos, que muy lucidos se habían dispuesto á correr aventuras, despues de gastar no poco tiempo en atusar quedejas y jaulilla, en lo que el barbero les había llevado gran parte de la mañana.

Eran todos por su porté gente principal y de buen humor, que con estas calidades, más la de gentiles mancebos, á mucho podían atreverse.

El cochero llevaba despacio su máquina, de cuatro caballos, segun la última pragmática, y de este modo no sólo veían á las damas que tapadas con el manto iban á pié, sino también á las de coche.

—Vaya, don Félix, decía uno de ellos, muy presumido de encajes y un gran cuello de seis anchos, sin la lechuguilla, que de tanto azul parecía un cielo; esta tarde de nada os ha servido haberos puesto en el estribo, no parece el coche de la tapada.

—Dejadle, don Gaspar, que no es maravilla no hallarle en esta Babilonia. Decidnos entre tanto cómo salisteis de aquella aventura del ceceo.

—Admirablemente, dijo el que respondía por el nombre de D. Gaspar; seguí á la dueña, que aun cuando en un principio se hacia de penca, yo conocí el pié de que cojeaba, ó mejor dicho, qué accidente la tenía muda, y desopilando sus labios, no con acero, sino con los escudos de mi bolsillo, cantó luego que percibió los primeros albores; que fué la bolsa aurora de su contento.

—¿Y es para mucho envidiar vuestra ventura?

—Dejadme ser discreto, que no es bien llevar en lenguas nombres de damas.

—Aguardad, ¿no es aquel *birroton* que por allí se arastra de nuestro D. Miguel de Revilla? Ó mucho me engaña ó va siguiendo la pista al otro coche de delante. Corsario es D. Miguel que para dejarse huir la presa ha de llevar ésta muchas velas.

—Reportaos, dijo entonces otro de los mozos, que veo venir por allí al comendador mi tío, y me tendrá por aturdido y casquivano si me vé con mancebos de tan alegre humor.

—¿Aprieta, cochero! dijo en esto D. Félix, y date prisa de alcanzar el coche de las mulas donde van esas tapadas.

—¿Tapadas tenemos?

—Y de medio ojo.

—Son las damas de ayer.

—Ved cómo hacen señas con la mano, que libre del guante y sobre lo negro del manto, parece mosaico de nácar sobre azabache.

Y diciendo esto llegaron á la misma línea del coche en que iban cinco tapadas, cuatro de las cuales parecían mozas, y la quinta, que iba en el medio de la testera, oía de una legua á dueña.

Empezaron los galanes á disparar requiebros, más espesos que granizo, importunándolas para que descu-

briesen el rostro, que las taimadas sólo dejaban ver como luna menguante, en escasa porcion, con medio ojo al paso, que aunque medio, brillaba como todo un firmamento estrellado.

En un principio las tapadas no respondieron á sus importunidades, pero como en el porfiar está el vencer, tanto dijeron y aun obraron, regalándolas con limas y confituras, que á prevención tenían, que sus finezas dieron al traste con aquel inexpugnable recato, y, puesto que cubiertas, entablaron conversacion de coche á coche.

No relataré los requiebros que aquellos mozos dijeron á las damas, apurando la quinta esencia del vocabulario de lo culto, que tanto privaba entonces.

Celebraban las damas el donaire, aunque porfiaban en no descubrirse, cuando un no pensado accidente vino á ponerlas en trance de dar con su misterio en tierra, pues habiendo tropezado su coche con otro, que parado allí estaba, quebróse una de las ruedas, con que las damas estuvieron en peligro de caer, sin que pudiesen huir del de volver á pié á sus posadas, cosa que hubiera sucedido, si los caballeros, bajándose entonces del coche, no les hubiesen rogado con muchas veras que lo aceptasen, como lo hicieron, dejándoles la curiosidad de verlas y juntamente aguado el gusto del paseo, pues el coche pronto se confundió entre los muchos que por allí estaban.

Esta costumbre de andar cubiertas las damas con sus mantos dentro de los coches, hubo de merecer también la censura de las leyes, y para evitar abusos y escándalos, á que debemos creer daban lugar, si en algo tenemos la opinion del citado Vander-Hämmen, que llama á los coches *vicio infernal*, el piadoso monarca D. Felipe III, en la ya mencionada pragmática de 3 de Enero de 1611, solo permitió que las mujeres fuesen *desatapadas*.

Para los que el coche era duro tormento y fiero verdugo de la bolsa, era para los amantes de damas de mucho ruído y no tanto recato, que con mil halagos y marullerías sacaban al amante coche prestado.

Ya he dicho que las leyes se burlaban fácilmente, y nada lo prueba mejor que la repetición de tanta pragmática sobre el mismo asunto.

Por eso, aunque la ya citada señalaba penas* al que daba y al que tomaba prestado el coche, ello es que las damas lo conseguían de ese modo.

No faltaba alguna que se concertaba con la dueña, ó ya tía, que la cuidaba, sobre el modo que habían de usar para sonsacar coche.

Llegaba el amante y topaba con la vieja, que sigilosamente le decía:

—Por mi fé D. Íñigo (supongamos que así se llama) que no hagais ruido, pues habeis llegado en muy mala sazón.

—Pues qué sucede, madre? Ya me teneis ansioso por saberlo.

—Nada, sino que ese cielo toma unas desazones por cosa que no lo vale... y comida de gusanos vea yo á quien se las causa, aunque no tiene ella toda la culpa.

—Hablad, madre Marta, que me anegais en confusiones, ¿qué ha sucedido? ¿quién ha disgustado á mi Laura?

—Quien puede ser, sino esa desuellacaras de Leonela, que envidiosa de que sirvais á la luz de mis ojos, no le dá sino pesadumbres, que temo que me la ha de matar de alguna. Ahí la teneis, que desde anoche no tomó bocado, sino es que se mantiene de sus lágrimas, y de los mordiscos con que ataraza los cinco jazmines de cada mano. Mesándose está sin cesar los cabellos, que tanto de aquel oro se halla esparcido por su lecho que parece nuevo Perú.

—¿Pensais, madre, que yo también fallezca de congoja, no pudiéndoos hacer decir cuál es la pena de Laura?

—¿Ay, señor don Íñigo, que se me cae la cara de vergüenza sólo de pensarlo! De miserable y desarrapada motejó esa trapaza de Leonela á mi tesoro, diciéndole que no podía llegarse á ella, porque nunca lucía más que zapatos de ponlevi, saboyana de rasilla y manto de raja, y que nadie la vió en el Prado en coche; mientras que ella lucía basquiña de chamelote con cola, y guardainfante de seis varas de ruído, enaguas de beatilla con puntas de á terciá, chapin de nueve láminas, manto de humo y estufilla, y sobre todo coche de cuatro caballos, con que llama la atención del Prado.

—¿Y por eso se enojó Laura?

—¿Poco os parece? Pues en mi ánima, que también á mí me tomó un coraje, que por desmentirla estuve á pique de empeñar una gargantilla de perlas de mi con-

tento, que á no ser alhaja que estimo por la memoria del difunto, la hubiera sacrificado á esta estrechez en que ahora nos vemos.

—No os aflijais, Marta madre, que pienso que es fácil remedio el que ese llanto tiene. Avisáraisme antes y Laura escusaría de pesadumbres, pues creo, madre, que esa bolsilla de ámbar hubiera economizado las perlas que vierte.

—¿Ah, señor don Íñigo, cómo sois su ángel tutelar! Bien hace mi Laura en agradecer tantas finezas, que así no os debiera tantas, pues me temo que más de cuatro sequedades de gozo que padece y el soñar fuerte con vuestro nombre se hubiera ahorrado.

—¿Con que sueña conmigo?

—Y aun eso fuera solo, que velando no se la cae vuestro nombre de su boca; y no vayais á decir que os lo he revelado, que se sonrojaria mi medrosilla. Pues ello es, que á vueltas de dos mil suspiros, no cesa de decir: «Como las plumas de aquel caballero llevaba D. Íñigo: que me pareció D. Íñigo aquel que volvía la esquina: que D. Íñigo tiene muy donosa conversacion: que ayer, por estas horas, estaba aquí D. Íñigo: que ese cojin es el que usa siempre D. Íñigo para sentarse en el estrado: y todo el día con la cancion de vuestro nombre; eso sí, que yo le doy por el gusto llevándole la conversacion.

—May en cargo os soy, madre, por tantas encomiendas, y á fé que no sé como pagaros: quisiera no os ofendiérais tomando este rubí, que vea yo mil años brillar en vuestro dedo.

—Por ser vuestro lo tomo, que no puede dar menos la generosidad de tan gran caballero, y como dél lo estimo, no por lo que vale, pues aunque fuese el mismo Potosí, ó no diesen por él un ardite, con igual aprecio lo tomara de vos.

—Vóime, sino puedo ver á Laura, que no quiero turbar sus melancolias, aunque de ellas me pesa.

—Llamaréla, que pues vos se las quitais con satisfacerle ese endiablado antojo de coche, creo que la risa le ha de retozar en la boca.

Y con el canto de aquella vieja sirena iba dejándose hechizar el doncel, quien de buena fé creía en las añagazas de la taimada, que le sacaba los de á ocho para que le tuviese el coche preparado.

Los ojos de la niña venían á rematar la obra, creyendo el incauto que se las había con alguna paloma que aún no había volado del nido, cuando era gavilan que había desplumado de bolsas á más de cuatro que se habían dejado engañar lo mismo.

La niña se le presentó abatida y ojerosa, y él trató de consolar su pena prometiéndole que no tardaria dos días á pasearse en coche.

Promesa era que al galan había de costar algunos apuros, pues comprar coche que ofrecer á su dama, era gasto que no siempre puede sobrellevar la bolsa de un mancebo que anda en otros desvarios.

Pero como si un mozo devanea no es cosa que se vaya muy á la mano en eso de los desaciertos y locuras, el galan trató de cumplir segun su promesa, y como no se le ocurría qué había de hacerse para allegar algunos dineros, pensó en vender una cadena, un cintillo de perlas y diamantes y ademas otras joyas.

Con lo que junto dirigióse á casa de uno que vendía un coche, el cual luego conoció por la prisa del mancebo que le aquejaba la necesidad ó el deseo de comprarlo, y supo hacerse valer.

Nadie hubiera tasado el coche en 500 ducados, pero como el que desea una cosa tiene á mucha merced el encontrarla, siquiera sea con poco provecho suyo, dióse el galan por muy pagado con hacerlo él de 700 ducados que le pidieron.

Esto, escasamente, habría sacado de la venta de las alhajas, que de este modo vió pasar á manos del que le vendió el coche; bien que en pago tuvo el placer de que la dama volviese de la melancolía que la había tomado, y para lo que parecía remedio cierto y acaso único, pues como dice una comedia:

Mujer que no vuelve á coche
No hayas miedo tú que vuelva*.

Al otro día la niña consiguió ajar la vanidad de Leonela, que pensaba que Laura no podría bajar en coche al Prado.

Don Íñigo se quedó sin blanca, y Marta, la zurcidora de todo aquello, tuvo manto y saya, á costa del infeliz doncel.

No muchos días despues, hubo de venderse el coche para tapar ciertas deudas, y pasó á nuevas manos por mucho menos de la mitad.

* «Un mes antes del día del Sotillo está pensando la dama que ha de ocupar aquella tarde estribo en coche, qué gala sacará que embelese los otros coches.» D. Juan de Zabaleta. *El día de fiesta por la tarde* (Santiago el verde).

* Al dueño la pérdida del coche, almohadones y caballos, más treinta mil maravedís, y al que lo llevaba el valor del coche, más diez mil maravedís, y un año de destierro, alcanzando dos al cochero.

* Calderon en los *Bandos de Verona*. (Jornada II.)



Ricardo Madrazo

PUERTA DE JUSTICIA EN LA ALHAMBRA DE GRANADA.



EL EMPERADOR CARLOS V, COPIADO DEL NATURAL EN 1571.

De este modo desaparecieron de poder de D. Íñigo las joyas y el coche, y lo que es peor, la taimada de la moza, que viendo que ya no daba sino buenas razones, le dejó plantado por otro que le traía más ventajas y nuevo coche, cuyas ruedas fuesen las de su fortuna.

Ya dijo un poeta que

Al molino comparó
El coche, un bien entendido,
Que moliendo harina ajena,
Sólo la costa y la pena
Da al dueño, y todo es ruidó *.

Grande lujo empezó á desplegarse por entónces en el adorno interior y exterior de los coches, bien diferente de cuando los príncipes y las duquesas iban, por toda gala, en una carreta de bueyes, y esto era á mediados del siglo anterior *.

También á esto hubieron de ocurrir las pragmáticas; y diferentes monarcas, desde el ya citado Felipe II en 1578, hasta Carlos II en 1674, prohibieron que se farraran los coches con oro ó plata ó telas que los tuvieran, permitiéndose, sí, farrarlos de terciopelo ó cuero.

En lo exterior estaban igualmente prohibidos el oro y la plata, los labrados de los pilares salomónicos ni estriados, ni se permitía llevar escudos, cifras, monstruos ú otras alegorías.

Volvió á prohibirse el uso de más de cuatro caballos por las calles, si bien por el paseo se permitía hasta seis, con tal que los dos que de la regla excedían no los llevasen por las calles, ni aun detras del coche, habiendo de sacarlos fuera de la villa para engancharlos.

Pero todas estas pragmáticas no hacían sino atizar el fuego del deseo de coche, y quien lo conseguía, de tal modo á él se aficionaba que, como dice un festivo escritor * de aquella época, parece que algunos hacían su vivienda del coche, sirviéndoles como al galápago su concha, y hasta hubiesen deseado levantar en él unos desvanes en que alojar á los vecinos para que lo disfrutasen.

Ya he dicho como era el Prado el punto en que todos los gozosos de tener coche, y los que deseaban aparentarlo, sacaban á lucir los suyos ó los prestados, ó paseaban en el ageno, por más que esto también se hubiese prohibido, no habiendo de llevar nadie en su compañía más que á sus deudos más allegados.

Pero de tales mandatos se omitía el cumplimiento.

Eran sobre todo frecuentes los coches de damas, las que en busca de aventuras solían salir á paseo, escoltadas por alguna venerable tía ó dueña; carta blanca para toda licencia, y fiadora, siendo tan poco de fiar, del vidrioso recato de sus protegidas.

Estos coches eran el sabroso pasto de los desocupados, quienes se acercaban con achaque de cualquier excusa, y para más rendir á las que los ocupaban les ofrecían agasajo de conservas y dulces, que hacían traer á sus lacayos *, y mientras engullían y tomaban á buena cuenta lo más que se daba, tratando también de afianzar las promesas en que más liberalidades se hacía, era ocasión de atisbar á cuantos por allí pasaban, lo que acaso daría margen al dicho de *un coche parado*, llamando así el lugar desde donde se disfruta del mucho tránsito de gentes, á la manera que sucedía á los que en aquellos coches y en el Prado se hallaban de observación.

No faltaban damas que hacían parar el coche para ser mejor vistas de este modo y lucir sus atavíos. Véase si no lo que dice Rojas en su comedia *Lo que son mujeres*. (Jornada III.)

¡ Que por ruar un peinado
Día de Angel ó San Blas,
Alquile un coche no más
A estar seis horas parado !

Y aquí de paso diré que el día del Angel era costumbre bajar á paseo por el puente de Segovia, hácia la *Tela*, que estaba inmediata *.

Este ejercicio de pasear el coche bien por calles, bien por paseos, era lo que se llamaba *ruar el coche*, y coches de rua á los que á tal uso se destinaba, siendo ellos el blanco de los rigores de las leyes, porque en cuanto á

* Tirso de Molina, en su comedia *No hay peor sordo...* (Ac. I. Esc. v.)

* El ya citado Vander Hámmer dice en su mencionada historia: «Solo lo que usaban eran carretas de bueyes, y en ellas andaban las personas más graves tal vez. Don Juan de Austria fué muchas veces á visitar el templo de Nuestra Señora de la Regla Loreto de la Andalucía», en una destas, en compañía de la duquesa de Medina. Esto se usaba en aquel tiempo. (Edición de Madrid, por Luis Sanchez, 1627, folio 11.)

* Luis Velez de Guevara en *El Diablo Cojuelo*. (Tranco II.)

* Véase la *Vida del buscon llamado D. Pablos*, de Quevedo. Lib. II. Cap. VI.)

* Véase á Calderón en su comedia, *Cuál es mayor perfeccion* (Jornada I. Es. I.)

los coches de camino, ó los que servían para ese uso, cinco leguas léjos del ámbito de las ciudades, apenas alcanzaban las prohibiciones, permitiéndoles desde luego cualquier número de caballos.

Pero no á todos era lícito tener coche: séres había privilegiados para ello, y otros á quienes este desahogo estaba vedado, por no creerlos dignos de tal esplendidez.

Pero no es extraño que en un siglo que prescribía á cada uno cómo había de vestirse y cuántos criados debía tener en casa, y hasta si por la noche podía acompañarse de dos de éstos, con hachas de cera, ó de cuatro, si era grande de España, no es extraño, repito, que tampoco se dejase á ciertas gentes usar del coche, por no creerlo digno de su condición, y que por ello fuesen á nivelarse con las de cuenta.

Así Carlos II en 1691 prohibía su uso á los alguaciles de corte, escribanos de provincia y número, á los notarios y procuradores, así como también á los mercaderes con tienda abierta, ni de lonja.

Tenían, pues, que contentarse con andar á pié, viendo á los otros conducidos en aquellas máquinas, quedándose sólo el consuelo de hablar contra ellas.

En el afán de prohibir se prohibió ir en coche sin el permiso del presidente del Consejo de S. M. *, y también el construirlos ó venderlos sin igual licencia, bajo severas penas de destierro y multas de 10.000 maravedís, con más pérdida del coche y caballos.

Duraban los paseos hasta el anochecer, hora en que *boqueaba coches el prado de San Gerónimo*, yendo á rendir su aliento en las calles de la villa; esto en el invierno, pero en verano solían estar hasta las diez, disfrutando del venticillo y fresco de la noche.

Entónces era cuando las citas amorosas tenían lugar, validas de la misteriosa sombra de aquellas horas, y los rocines podían dormirse al arrullo de tanta frase de amor como oirían los estribos, á los que estaban sentadas las damas.

Por algo debió decirse lo de que *ya que me lleve el diablo que me lleve en coche*, y sino tanto, denotaba por lo ménos el adagio que allá, por los tiempos en que se inventó, era tal cosa el coche, que casi podía darse por bien empleado el ser uno presa de Satan, con tal que el enemigo malo, al tomarle por su presa, le hiciese la merced de llevarle en coche, y en fin, que, como decía Sancho Panza, *todo otro andar era andar á gatas*.

El afán de coche hacía que algunos también, poco sobrados para sustentarlos con la debida pompa, y más desde que viendo el poco efecto que surtían las dificultades se permitió llevar dos solos caballos, sacasen algunos de ruin construcción, y no fuesen los jacos de mejor catadura.

Destos debió ser alguno el que inspiró á Calderón de la Barca * este gracioso cuento de un coche de tal ralea:

GRU. A un coche que se atascó
En la corte esotro día,
Este coche, Dios delante,
Que arrastrado de dos potros,
Parecía entre los otros
Pobre coche vergonzante;
Y por maldición muy cierta
De sus padres (hado esquivo)
Iba de estribo en estribo,
Ya que no de puerta en puerta;
En un arroyo atascado,
Con ruegos el caballero,
Con azotes el cocheró,
Ya por fuerza, ya por grado,
Ya por gusto, ya por miedo,
Que saliese procuraban;
Por recio que lo mandaban
Mi coche quedo que quedo.
Viendo que no importan nada
Cuantos remedios hicieron,
Delante el coche pusieron
Un harnero de cebada;
Los caballos, por comer,
De tal manera tiraron
Que tosieron y arrancaron,
Y esto podemos hacer.

Esto pinta como había quien por la vanidad de coche, aunque no podía mantener los caballos, sino ahitos de hambre, lucía no obstante su gallardía dando que reír mejor que no que envidiar.

Tales fueron los coches en el siglo XVII: viólos nacer en España el siglo anterior y como á nacidos mimados por la fortuna, todos los acariciaron, y tantos fueron los agasajos, que hubo de irse á la mano con los que mas se extremaron, y tuvieron que echar las leyes el montante, puesto que no mucho servía, contra el inmoderado deseo de lucirlos.

Los hombres graves tuvieron el coche por invento

* En la pragmática 3 de enero de 1611, de Felipe III.

* En *La devoción de la Cruz*. (Jornada I. Esc. I.)

abominable * ensalzándolo las mujeres; los vanidosos lo codiciaron y fué un escollo más en donde tropezaron amantes por merecer y naufragaron recatos de escasa constancia.

Ello es que la costumbre siguió adelante, y es hoy el día que con ellos Madrid parece enjambre de zánganos, que baldíos zumban sin cesar en torno de la colmena, creciendo de tal modo este mal que no hay quien pudiera cortar las cabezas del monstruo del orgullo, porque nacerían multiplicadas.

Hoy hemos perfeccionado el invento, y en lugar de aquellas pesadas máquinas se usan endebles y gallardos cochecillos en calles y paseos, y por los caminos soberbios trenes de vapor corren con una velocidad que deja muy atrás la de los hipógrifos y centauros.

JULIO MONREAL.

EL EMPERADOR CARLOS V,

COPIADO DEL NATURAL EN 1871.

Todo aquello que en la esfera artística ó literaria tiene por objeto recordar las glorias de nuestro país, ha sido siempre, y será en lo sucesivo, objeto preferente de LA ILUSTRACION DE MADRID. Tiempo há que tenemos acreditado este deseo de imprimir á nuestra publicación el carácter de un periódico eminentemente español, en que, al par de los altos intereses de actualidad, se reflejen las grandezas del pasado por medio de frecuentes trabajos de importancia histórica y monumental. Insistiendo en este propósito, tenemos hoy el gusto de ofrecer á nuestros lectores una de las páginas gloriosas de nuestra patria más á propósito para lisonjear el orgullo nacional. Nos referimos á la exacta reproducción de la momia del emperador Carlos V, que ofrecemos al público en el presente número.

Si hay algo que evoque en nuestro espíritu un mundo de recuerdos, es la efigie imponente de ese poderoso monarca español, que duerme el sueño de la gloria en el panteón del Escorial, donde le dió sepulcro digno de su grandeza el sombrío Felipe II. Carlos V, con todas sus flaquezas y con todas sus grandes cualidades de raza, es la gran figura política del siglo XVI, la personificación de un gran período histórico. La altísima ambición, el pensamiento profundo de aquel hombre extraordinario que en medio de una existencia entregada á la lucha de los más complicados intereses, hallaba espacio y entusiasmo para amar y proteger las artes, apenas cabían en los inmensos dominios que reunió bajo las dos coronas que ciñeron su frente, y que hicieron de España la nación más poderosa y la potencia política más influyente de los tiempos modernos. Descendiente de las cuatro casas de Aragon, Castilla, Austria y Borgoña, Carlos V personificó las cualidades de aquellas cuatro razas, y supo llevar al más alto grado las grandezas que la suerte acumuló en su persona. Su vida fué una colosal epopeya en que las grandes empresas se sucedieron con una rapidez y una variedad que nunca lograron fatigar la energía de su espíritu; pues sabida cosa es que, aun despues de la asombrosa abdicación que infundadamente hizo dudar á Paulo IV de la integridad de sus facultades, aquel infatigable político continuó rigiendo los destinos de Europa en el silencio del claustro.

Apénas se concibe una complicación de intereses como la que abarcó el vasto pensamiento del poderoso monarca. Como rey de Aragon tuvo que mantener en Italia bajo su dominio la Cerdeña, la Sicilia y el reino de Nápoles, que le habían legado sus antepasados, y realizar allí su pensamiento político, abriendo el ancho

* Alguna razon debía haber para ello, si algo significa el siguiente pasaje del epigramático Tirso de Molina en *La muerte de Juan Fernandez*. (Ac. I. Esc. I.)

TOMASA. Las ciruelas más sabrosas
Mientras con su flor se están,
En el árbol se aseguran;
Pero al momento maduran
Que á la banasta las dan.
Una doncella en su casa
Ciruela en el árbol es,
Que á veces, de treinta y tres,
Es con flor, ciruela pasa.
Pero en Madrid no hay ninguna
Que sea lo que parece,
Porque en naciendo, se mece
En un coche en vez de cuna
Con que á madurar se basta,
Cochizando de día y noche;
Que, en fin, doncellas en coche
Son ciruelas en banasta.

palenque en que debía humillar á su rival Francisco I: como rey de Castilla le fué preciso continuar la conquista y colonizar la América; la soberanía de los Países Bajos le obligó á defender contra la Francia las posesiones de la casa de Borgoña, al propio tiempo que el cetro del imperio alemán le imponía la mision de protegerle contra las invasiones de los turcos, y la de atajar, como jefe católico, los progresos del protestantismo. En la lucha de tan diversos y complicados intereses, desplegó una actividad incansable; y al deponer á la puerta del monasterio donde acabó su existencia la carga de aquel pensamiento tan gigante por la ambicion como por la variedad de sus aptitudes, quizá se desprendió de un designio más vasto y más irrealizable que los muchos y muy árdulos que habian agitado su infatigable espíritu: el sueño de una monarquía universal.

Esta es la figura histórica cuya efigie auténtica estampamos hoy en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID, y acerca de la cual llamamos la atencion de nuestros constantes favorecedores. Autorizados para realizar este trabajo artístico con todas las facilidades apetecibles, sólo un artista de reconocido mérito podia, sin embargo, llevarlo á cabo con la perfeccion que deseábamos. El conocido pintor D. Martin Rico ha realizado la empresa con un talento y un acierto superiores á nuestros deseos. El dibujo del Sr. Rico, hecho sobre la momia del emperador, tiene un carácter de autenticidad de que carecen las efigies de este personaje conocidas hasta ahora, y un mérito de ejecución que sabrán apreciar nuestros suscritores. Las dificultades que ofrecia este especialísimo trabajo eran grandes por la absoluta falta de comodidad con que tenia que luchar el artista, obligado á estudiar el cadáver y á reproducir su imágen al borde mismo del sepulcro en que reposa; el Sr. Rico las ha vencido todas con singular habilidad y perseverancia, y ha obtenido el más satisfactorio resultado. Hé aquí la sencilla pero expresiva carta que el Sr. Rico dirige á su amigo el eminente artista señor Fortuny, al dedicarle este interesante dibujo.

X.

AL SEÑOR DON MARIANO FORTUNY.

Querido amigo: En el número 49 de LA ILUSTRACION DE MADRID, que tengo el gusto de remitirte, verás un grabado hecho sobre un apunte mio; representa la momia del emperador Carlos V.

Te dedico este apunte; acéptalo como un recuerdo mio. Al hacerlo pensaba en tí y en el amor que profesas á las glorias de nuestra patria, así como en el culto que rindes á la memoria de los grandes varones que la han ilustrado con sus preclaros hechos, entre cuyos varones descuella la magestuosa figura del vencedor de Pavía; amor que tu corazon de artista comparte noblemente con el que sientes por las antigüedades de que tan abundante y rica era España cuando aún no habian nacido esos sus desnaturalizados hijos, que tú y yo conocemos, avaros mercaderes y menguados logreros que venden en tierras estrañas y enriquecen las colecciones extranjeras con las joyas que heredamos de nuestros abuelos. ¡Dios, el presupuesto y una administracion inteligente salven y reunan en el Museo Arqueológico lo que ha podido escapar de la rapacidad de esos codiciosos!

El cadáver del emperador se conserva en muy buen estado, envuelto en una sábana blanca, guarnecida con encaje de unos dos dedos de ancho; un paño de damasco rojo lo oculta todo, cubriendo la momia y la sábana. Apénas han hecho extragos en aquella los tres siglos que han trascurrido desde que fué inhumada, y contra todo lo que habrás leído y oído puedo asegurarte que permanece íntegra, que nada, absolutamente nada la falta; ántes bien sobran algunas gotas de cera que sin duda han dejado caer sobre su pecho las manos temblorosas de los curiosos que han tenido la fortuna de contemplarla las pocas veces que se ha abierto la urna en que reposan estos venerandos restos.

Me ha llamado la atencion que su poblada barba, muy recortada alrededor de la boca, es de color castaño oscuro y no canosa, casi blanca, como aparece en los retratos que existen del esforzado príncipe; del pelo se ve poco á causa del casquete de tisú de oro que cubre su cabeza; sólomente en ambos antebrazos y algo en la parte lateral izquierda del cuello se descubre el hueso.

Nada quiero decirte de la emocion que experimenté y de los sentimientos que agitaban mi espíritu, al fijar los ojos en aquellos inanimados restos del que despues de haber llenado al mundo con su grandeza moria humilde y penitentemente en Yuste, porque me he pro-

puesto no entretener tu atencion mucho tiempo con esta epístola dedicatoria que va saliendo muy larga.

Pero sí debo indicarte para recomendarle á tu indulgencia, que jamás he tropezado con más dificultades, ni trabajado con tanta incomodidad y molestia como al hacer este dibujo, porque ademas de la postura en que es necesario permanecer, postura que convierte al cuerpo en una C perfecta, no media más distancia entre la vista y el modelo que unos 30 centímetros; dejó á tu buen juicio calcular cuán difícil es dibujar así.

Esta indicacion te hará comprender los insuperables obstáculos que han hecho imposible siempre, no nuestra incuria característica, como ligeramente aseguran algunos extranjeros, el uso de la fotografía.

Una he visto, sin embargo, tomada de un boceto; pero segun mis noticias, el autor de éste dispuso de tan corto tiempo al hacerlo, que tuvo que confiar mucho á la memoria, por lo cual no habrá quedado ni el mismo satisfecho de su obra.

Del sepulcro del emperador no he de hablarte en mi carta; porque ¿quién no conoce el panteon de los reyes en el Escorial?

Pongo, pues, aquí punto, suplicándote que aceptes este recuerdo con tanta benevolencia como placer tiene en dedicartelo tu amigo

MARTIN RICO.

Escorial, 12 de Diciembre.

ARMADURA DEL EMPERADOR CARLOS V.

Al describir esta magnífica armadura, que perteneció al emperador Carlos V y estuvo hasta despues de la muerte de éste en el monasterio de Yuste, así como ahora forma parte de la riquísima coleccion que los monarcas de España han reunido en el mejor de los museos, entre todos los que de su clase existen, en la *Real Armería de Madrid*, debemos seguir al autor del Catálogo oficial de los artículos que contiene dicho museo, como hemos hecho en otras ocasiones análogas, y reproducir los datos que nos ofrece en su interesante libro.

Componen la armadura las siguientes piezas: celada cabelluda ó con la apariencia del cabello en relieve. Esta armadura de cabeza tendria indudablemente visera de una pieza de la forma anterior y superior del rostro ó de un perfil humano, con la cual constituiria un verdadero retrato del emperador. Con dicha pieza ó visera formaria lo que se llamaba *yelmo de máscara*, segun puede verse en el *yelmo de Guillermo*, duque de Normandía, muerto en 1147, que indica el *Vade mecum du peintre*, lámina 13, del tomo II, y en el *yelmo del Sr. de Imbercourt*, uno de los compañeros de armas de Bayardo, muerto en Mariñan en 1515, cuya pieza se conservaba, y no sabemos si aún existe, en el Museo de Artillería de París, y copia Mr. Allou en sus *Estudios sobre los cascos* (núm. 43, de la cuarta época).

El barbote ó babera tiene la forma de la barba, boca y orejas, con barbas, las cuales, así como el cabello, son dorados. La sobrevista la forma una laurea. En la parte superior de la gola dice: JAC. PHILIPPUS. NEGROLUS. MEDIOLAN. FACIEBAT. MDXXXIII.

El resto de la armadura se compone de gorjal, peto con una Virgen y espaldar con Santa Clara; del volante penden grandes quijotes terminados en rodilleras; guardabrazos sin faldas, ó sean hombreras, y brazaletes completos con manoplas; le faltan las grebas y escarpes, ó acaso no los habrá tenido nunca, como sucede en muchas armaduras. Todas las piezas están largueadas ó llenas de aristas y grabados dorados.

X.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

VI.

No porque la obra no merezca atencion preferente, sino porque no escribimos estos artículos con sujecion á un orden metódico y deliberado, hemos aplazado hasta ahora el exámen de un cuadro debido al pincel de D. Ricardo Navarrete, que el Jurado de la Exposicion ha considerado con justicia digno de premio. *El marqués de Bedmar ante el Senado de Venecia*, es, en efecto, una obra de indisputable mérito, y en la que brilla el talento reflexivo de este laborioso artista. No se nota en la composicion ni en el estilo de este cuadro el deseo immoderado de causar efecto ni de poner en relieve la personalidad. Todo en el trabajo del señor Navarrete obedece á un pensamiento sóbriamente desarrollado y á una armonía preconcebida, que no

perjudica, sin embargo, al efecto pintoresco, toda vez que la obra se acerca, por la manera, á una escuela eminentemente colorista: á la escuela veneciana. Quizá en esto consista su principal defecto: el pintor ha entrado más de lo que nos parece lícito y conveniente en el estilo especial del Tintoreto, y aunque es verdad que el carácter del interior histórico en que ha colocado la escena, y el de la mayor parte de las figuras que en ella intervienen, ha debido poner necesariamente al señor Navarrete en el resbaladero del plagio, no creemos que esta circunstancia pueda servirle de excusa suficiente. Por lo demas, la composicion está perfectamente entendida y el asunto expresado con nobleza y vigor. La actitud del embajador español es arrogante, digna y gallarda como conviene al carácter del personaje y á la mision que le conduce ante el Senado veneciano, y con el mismo acierto está interpretado el sentimiento de dignidad de que aparecen poseidos los españoles que acompañan á aquel personaje. Un poco largas nos parecen las figuras que componen este grupo del primer término, defecto en que sin duda ha incurrido el artista por no caer en el vicio contrario, á que son grandemente ocasionadas las figuras de escaso tamaño.

Una de las cualidades más apreciables del cuadro del Sr. Navarrete, es su perfecta entonacion. El pintor ha sabido armonizar un conjunto que ofrecia grandes dificultades de acordacion, ya por la índole pintoresca del fondo, ya tambien por las tintas rojas y uniformes que dominan en los trages de los senadores. El escollo ha sido vencido con gran inteligencia de las leyes de la armonía, y ésta es una de las bellezas que más contribuyen á realzar el agradable conjunto del cuadro.

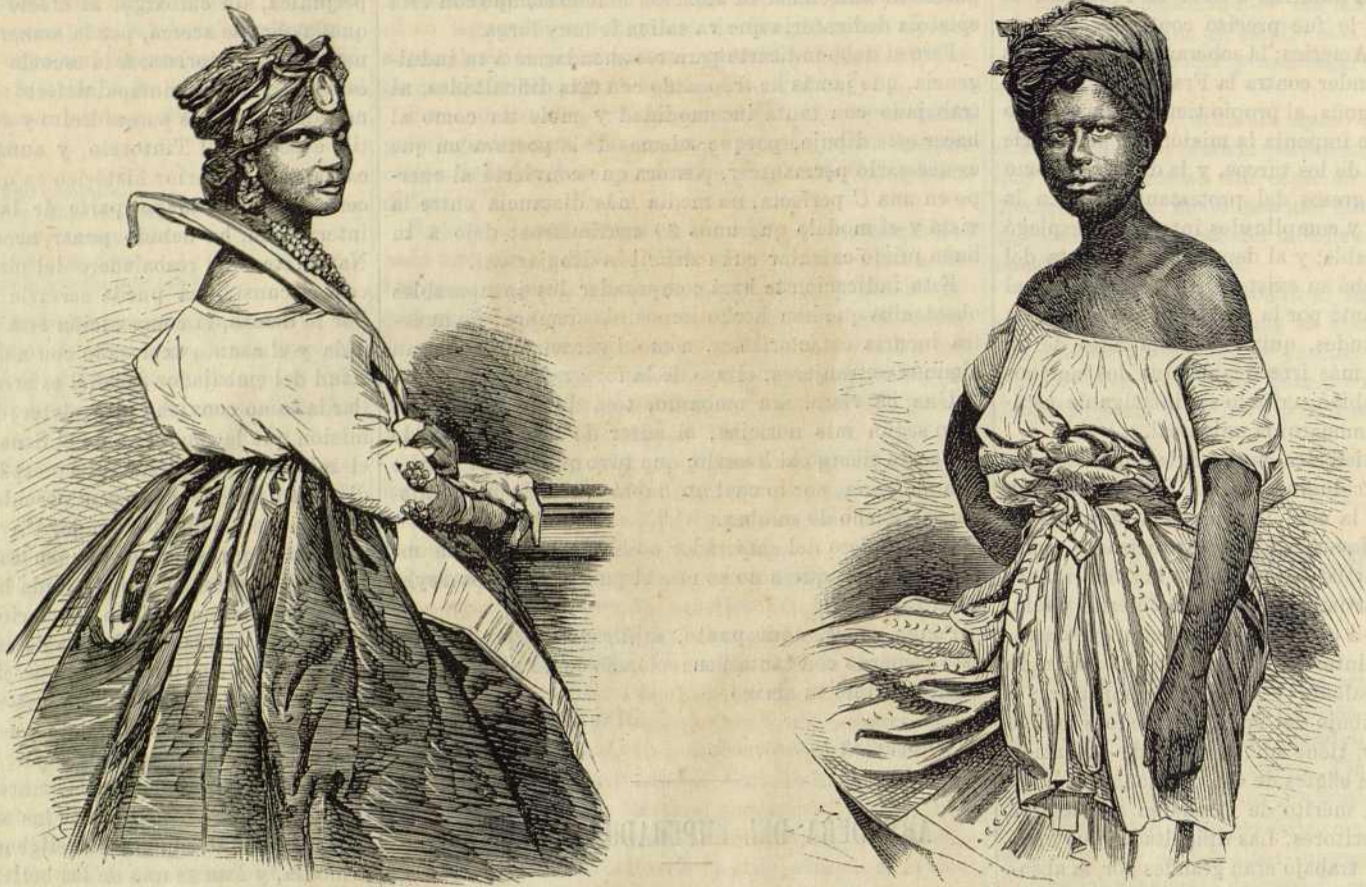
El Sr. Navarrete era un artista conocido, cuyas facultades habiamos tenido ocasion de apreciar más de una vez. Cada una de sus obras nos habia hecho notar un progreso en el camino de este pintor, y no nos maravillamos que en la última haya dado tan claros y brillantes indicios de una inteligencia laboriosa que camina á la madurez.

No revelan tan sólidas dotes, aunque demuestran en su autor una constante aplicacion, los cuadros que ha presentado al concurso el pintor D. Francisco Jover, y entre los cuales el más capital es el que lleva por título *La conquista de Oran*. Esta obra es desigual en el dibujo y en la manera: el pintor ha encontrado á trechos la energía; pero ha pintado con más brío lo secundario que lo principal. Todo nos parece en su obra mejor inspirado y más franco y valiente en la ejecución, que el grupo que forma el punto objetivo de la composicion. Esto no obstante, el cuadro del Sr. Jover tiene condiciones de composicion, bellezas de colorido y rasgos vigorosos, que aunque no constituyen un todo sujeto á las reglas de la unidad, ni acusan un estilo castizo y uniforme, son muy dignos de atencion y de estímulo.

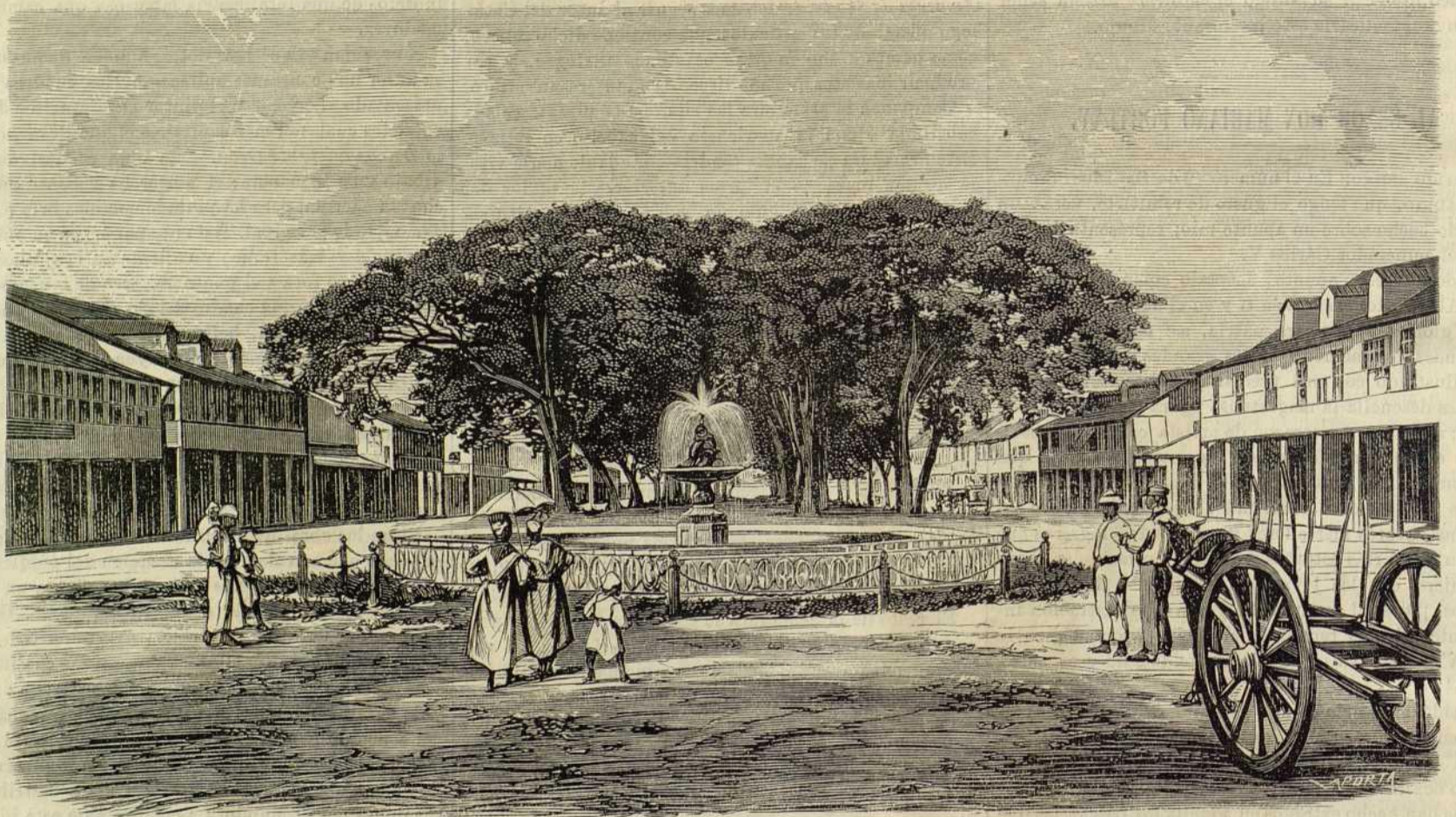
Más débiles que *La conquista de Oran* nos parecen los demas cuadros de este pintor, incluso *El Faruo* (número 241), que no es más que un estudio, no siempre correcto, del natural.

Entre las obras de pequeñas dimensiones y de estilo delicado que han llamado la atencion del público y merecido el aplauso de los entendidos, figura en primer lugar el cuadro llamado *La visita del amigo*. Gracia y correccion en el dibujo; perfecta expresion del asunto; estilo finísimo sin blandura; tales son las cualidades de este precioso cuadro, que unidas á la maestría del toque y de la entonacion, le colocan entre las joyas más bellas del concurso. No nos parece de tanto mérito el cuadro alegórico en que este mismo pintor ha representado á la Fortuna, la Casualidad y la Locura distribuyendo sus dones por el mundo. La composicion está bien pensada; pero el dibujo es un tanto mezquino y el estilo afrancesado. A tener que juzgar por esta sola obra del talento del Sr. Sans y Cobert, no podriamos formar juicio muy aventajado de sus facultades; pero su cuadro *La visita del amigo* le ha colocado en lugar muy preferente entre los expositores, granjeándole un puesto de honor en la pintura de costumbres.

Otro cuadrito notable en este género es *El día feliz* de D. Bernardo Ferrandiz, notabilísimo por el sentimiento con que están ejecutadas las figuras y la notable delicadeza del toque. Despues de *La visita del amigo*, el cuadro de costumbres del Sr. Ferrandiz es de lo más bello que en su clase figura en la Exposicion. No parece del mismo pintor, como no sea por el chiste picaresco de las figuras, otro lienzo de pequeñas dimensiones, titulado *La juera*, cuyo estilo árido y absoluta falta de jugo y de relieve le dan una apariencia extraña y desagradable. Como dibujo, sin embargo, es notable por la vivacidad y la agudeza de la expresion. Merece tambien nombrarse con elogio *El día de San Baldo-*mero de D. Juan Planella. Otro cuadro de costumbres



TIPOS DE LA MARTINICA.



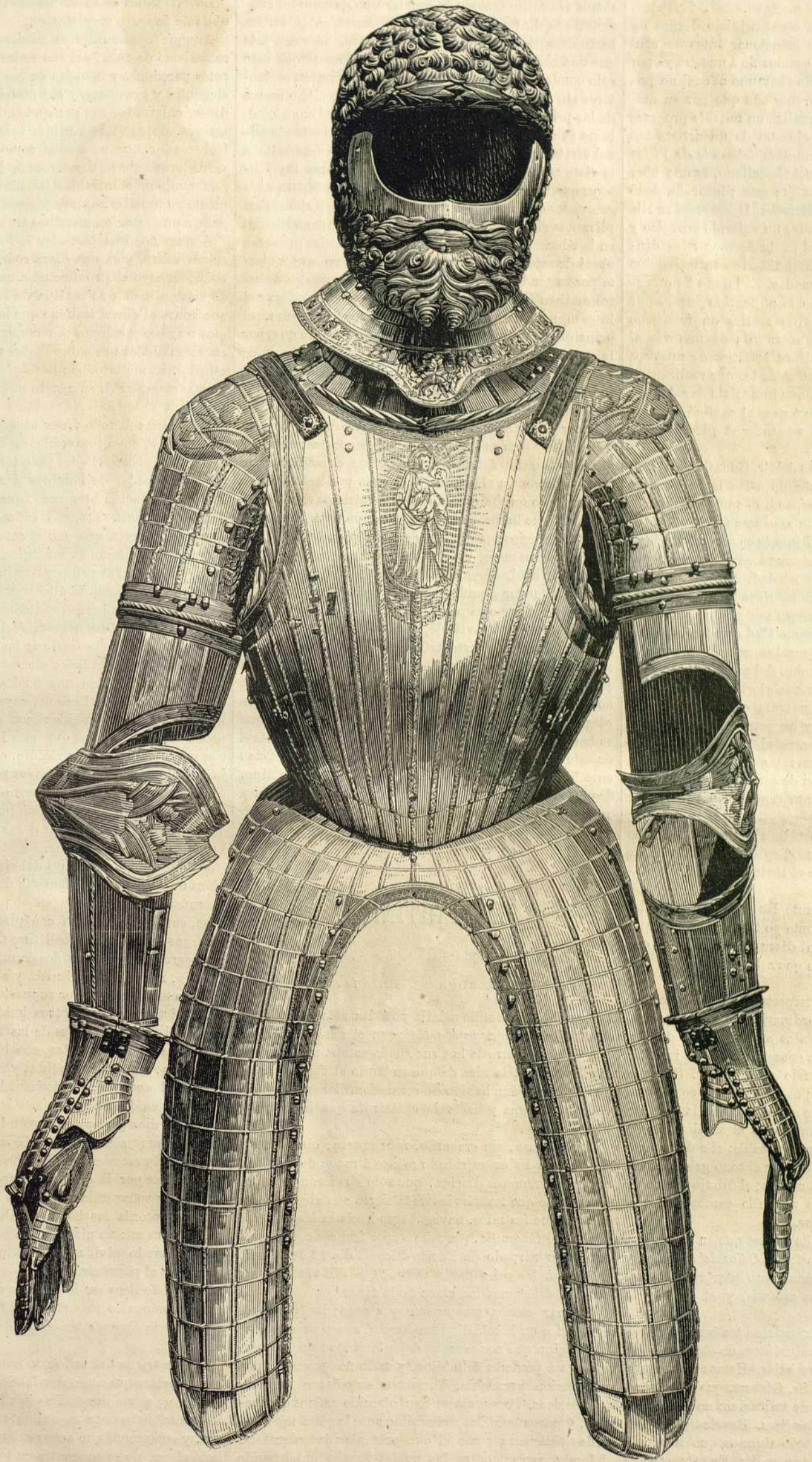
PLAZA DE LA MARINA (MARTINICA).

digno de mencion es *La leccion de solfeo* del jóven pintor valenciano D. Juan Peiró. Aventaja esta obra á *La jura* del Sr. Ferrandiz, en la solidez del color y en la libertad del estilo, si bien no la iguala en la maestría de la composicion y en la intensidad del chiste. También es notable por el colorido y la manera castiza, el cuadro número 373 del mismo autor que representa *Una campesina valenciana*, cuadro que recuerda el estilo del Sr. Domingo. *La cabaña de pescadores* (número 374), ofrece las mismas cualidades de ejecucion que los dos anteriores; pero tiene grandes defectos de dibujo. El Sr. Peiró tiene tendencia á empequeñecer las proporciones de las figuras, y este es el principal defecto de sus pescadores. Esta falta de correccion y seguridad en el dibujo que notamos en el Sr. Peiró, es bastante comun

entre los pintores de la escuela valenciana, cuya cualidad dominante es un gran sentimiento del color y una carencia bastante general de lo que constituye la base y fundamento de las artes plásticas; y hacemos aquí esta observacion, porque creemos que los artistas que tan alta han puesto en la presente Exposicion la bandera de su provincia, se han mostrado en este punto, por regla general, bastante inferiores á sí mismos. No basta poseer un estilo castizo, un instinto superior del manejo de la paleta, un ingenio más ó ménos vivaz en la invencion: todas estas cualidades son insuficientes para disimular el vacío que deja en una obra la falta de un dibujo firme y correcto, y muchos cuadros hemos visto en la Exposicion que, presentando á primera vista el efecto más agradable, pierden mucho de su valor tan

luego como se les sujeta á un atento exámen. No se nos citará en las antiguas escuelas un sólo pintor de renombre que no sea un gran dibujante, que no haya considerado este elemento esencial del arte como la base ineludible de la belleza. En cambio puede citarse más de un gran maestro que sin haber poseido un estilo brillante ni un colorido rico y deslumbrador, han sabido llegar en la forma y en el sentimiento á un grado de sublimidad que difícilmente podrá traspasar el arte. Si se examinan los cuadros de esos grandes pintores, se verá que en ellos la perfeccion del dibujo, el ideal de la línea, va unido, con raras excepciones, al ideal del sentimiento, al ideal moral.

No está, pues, de más que recomendemos á la generalidad de los pintores valencianos la necesidad de com-



ARMADURA DEL EMPERADOR CARLOS V.

pletar en este sentido su educacion artistica, si quieren dar á las brillantes cualidades que en ellos son comunes é ingénitas, todo el valor que merecen.

Pocos son ya los cuadros, á nuestro juicio dignos de examen, que nos quedan que mencionar ántes de concluir este artículo, con que ponemos fin á nuestra ya por demás prolija tarea. Entre ellos hay uno al cual no podemos escusar nuestro elogio, más aún que por su mérito real y positivo, porque realiza un notable progreso en la manera de pensar y de ejecutar de un artista tan modesto como laborioso: *La muerte del conde de Villamediana*, del pintor D. Manuel Castellano, es una obra que lleva mucha ventaja á las que este pintor ha dado á conocer en anteriores exposiciones. Descúbrese en ella una composicion bien ordenada, un colorido enérgico y una notable inteligencia en el modo de vencer las dificultades del claro oscuro, atendida la contraposicion de luces que domina en el cuadro. El jurado ha procedido con justicia premiando la aplicacion incansable del Sr. Castellano, en quien se realiza un fenómeno opuesto al que hemos hecho notar más de una vez al hablar de la deleznable vitalidad artistica de nuestros pintores. El Sr. Castellano no es de los que realizan un esfuerzo gigante para caer en una inmediata decadencia. Por el contrario, recorre paso á paso el camino, avanza por él lentamente; pero se le ve sentar el pié cada vez con más firmeza.

No se puede decir lo mismo del Sr. Gonzalvo y Perez, artista por extremo acostumbrado á los laureles, pero que en esta ocasion ha correspondido muy débilmente á lo que de su gran reputacion se esperaba. Su *Salon de justicia de la Alhambra de Granada* es un trabajo prolijo, en que lo pintoresco degenera en abigarrado por la falta de acordacion y de sobriedad. No son más felices los demas interiores que ha llevado á la Exposicion, ni en sus cuadros de género se descubre otra cosa, dada la importancia de su personalidad artistica, que una visible decadencia. El Sr. Gonzalvo, como otros varios pintores en quienes la costumbre del premio parece haber entibiado la ambicion de una gloria decisiva y duradera, necesita ponerse en guardia contra una inmimente perversion del gusto y un retroceso lamentable. Quizá nuestro consejo encuentre al Sr. Gonzalvo desdeñoso ó rebelde: lo sentiremos, porque en este caso habremos de fiar la resurreccion de este laureado y distinguido pintor á un movimiento espontáneo y salvador de su conciencia artistica.

Dificil empresa ha acometido el pintor D. Benito Mercadé al trasladar al lienzo el episodio de la vida de Santa Teresa á que se refiere el texto citado en el Catálogo, que dice de este modo:

"... En fin, me mandó delante las monjas diese dis-cuento y húbelo de hacer; como yo tenia quietud en mí y me ayudaba el Señor, dí mi dis-cuento de manera que no halló el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar."

Dificil era, repetimos, interpretar la poética exaltacion de aquella mujer extraordinaria en quien el sentimiento religioso tomaba las alas arrebatadoras del genio. El Sr. Mercadé no lo ha conseguido, y ha incurrido, por el contrario, en lo frio y lo vulgar. Su cuadro no da idea del personaje; es una monja como otra cualquiera, rodeada de una comunidad que la escucha con apática atencion. Esto en cuanto al sentimiento de la obra. La ejecucion no es más notable; el color es monotonico, insípido, desagradable por el tono que domina en todas las partes del cuadro; el dibujo carece de vigor, y la manera no ofrece un sello característico y original, es puramente vulgar.

Mejor nos parece un coro de frailes que su autor don Joaquin Martinez de la Vega titula *Ocios del claustro*, y cuyo asunto ligero está perfectamente interpretado. Hay verdad en la expresion de las cabezas, y el color y la manera son agradables.

No han abundado en la Exposicion los buenos retratos, aunque es considerable el número de obras de este género que invaden todas las salas. Hemos hecho una indicacion acerca de los del Sr. Gisbert, que están muy léjos de ser modelos dignos de imitacion: no son mejores los que han presentado los Sres. Rosales y Rivera, y sólo pueden citarse con elogio algunos que llevan la firma de pintores de ménos nombradía. En este caso se halla el retrato número 287 del jóven pintor valenciano y restaurador del Museo Nacional de pinturas, D. Salvador Martinez, y algun otro que hemos nombrado en el curso de esta reseña. Por punto general, las obras de esta clase que se han presentado al concurso no pasan los límites de lo adocenado y lo trivial. La del Sr. Martinez ha obtenido premio, y es, en efecto, digna de tal distincion.

Hemos terminado nuestra tarea, aunque no con la

perfecta seguridad de no haber omitido en esta reseña ninguna obra digna de mencion ó de examen. Si excusamos el prolijo trabajo de señalar uno por uno los cuadros de la Exposicion y de engolfarnos en la crítica harto desagradable de los muchos que no merecen más que una completa censura, es porque creemos que esto sólo conduciría á molestar la atencion de nuestros lectores sin ningun provecho para el arte. Lo dicho acerca de las principales obras que figuran en la Exposicion, basta para poner de relieve el carácter y la tendencia del certámen artistico de 1871. Lo primero que salta á la vista es la gran decadencia que reina entre los pintores que han inaugurado en España el movimiento regenerador de la pintura, decadencia que no podemos explicarnos sino por una falta de base muy trascendental en la educacion del artista. Así vemos que las primeras obras de estos artistas, notabilísimas en su mayor parte por su tendencia á lo sublime y cuyos grandes defectos estaban á lo ménos compensados por la grandeza del intento, no solamente no han sido, por lo comun, el principio de un progreso sólido y positivo, sino que, por lo contrario, han marcado el punto culminante y de hecho imperfectible de sus facultades, condenadas á un inmediato y rápido descenso. Pero al lado de esta decadencia visible, vemos una fuerza nueva que empieza á desarrollarse con más condiciones de duracion y de vitalidad, y este es el hecho que nos importa consignar al poner término á nuestra tarea. Una cruzada parece levantarse contra el convencionalismo y el eclecticismo desordenado que ha reinado en estos últimos tiempos: la juventud que ha probado sus fuerzas en este concurso, ha dado indicios manifiestos de que aspira á fijar el carácter de la escuela, y hacer entrar el arte en un período de virilidad. Hemos dicho repetidas veces que no queremos fundar grandes esperanzas en este sintoma lisonjero, que, por otra parte, no ofrece un carácter bastante determinado y visible, para que en él pueda fundarse una profecía harto halagüeña. Así, pues, sin anticipar un juicio aventurado sobre el porvenir, debemos consignar el fenómeno y esperar el fruto probable que nos anuncia para el certámen venidero. La bandera desplegada puede conducir á la gloria, y los jóvenes que se han agrupado en torno de ella han dado muestras de esforzado aliento: ni es de esperar que retrocedan ante la lucha, ni creemos que se detengan en el camino, despues de las esperanzas que han hecho concebir á los amantes del arte y de las glorias de su país.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

LA MARTINICA.

(RECUERDOS DE UN VIAJE.)

Cuando siendo niño asistia yo á las representaciones de *El Terremoto de la Martinica* en el entonces viejo y hoy difunto teatro de la Cruz, nada estaba más léjos de mi ánimo que la idea de que andando el tiempo habia de conocer, y aún habian de serme familiares, la escena de aquel drama y hasta la catástrofe que le sirve de desenlace.

Y nada era, sin embargo, más exacto: cinco meses despues de haber sufrido lo ménos á razon de veinte ó treinta terremotos diarios, que sólo sirvieron para demostrarme que los nervios de la tierra son algo más delicados que los míos, navegaba yo hácia la Martinica á bordo del *Caravelle*, pequeño vapor francés con el cual habíamos zarpado de Puerto-Rico el día 22 de febrero de 1868 á las ocho de la noche, que allí vienen á ser como si dijéramos las cinco de la tarde.

El mar estaba trasparente y sereno; los pasajeros agrupados en la toldilla fumábamos, acaso para ocultar la emocion que nos causaba dejar la ciudad que comenzaba ya á perderse á lo léjos, y todo nos prometia una navegacion agradable. Y no nos engañaron nuestros pronósticos. Pocos viajes han ofrecido ménos peripecias, y pocos tambien desarrollan ante la vista tan magnífico panorama como el que presentan las cien islas del mar caribe, entre las cuales pasaba culebreando nuestro buque. La noche fué tranquila y sosegada, y despues de habernos detenido al amanecer enfrente de San Thomas para tomar con unas tenazas el correo, pues los huracanes, los temblores y la epidemia habian casi asolado aquella hermosa isla; despues de otra noche bastante agitada al cruzar el canal de la Dominica, cuyas corrientes vertiginosas hacian bailar al vapor como si fuera un trompo, llegamos por fin á la vista de *Fort de France*, en cuyo punto dimos fondo al ama-

necer del 26 de febrero, miércoles de Ceniza por más señas.

La Martinica es en el desierto del mar un verdadero oasis de frescura y vejetacion.

Aunque construidas de madera despues del terrible cataclismo de 1839, del que todavía quedan señales en rotos paredones y bóvedas desportilladas, sus casas son elegantes y graciosas, y sus numerosos y soberbios jardines, cultivados con perfeccion, la hacen aún más pintoresca. Entre estos jardines sobresale el llamado del Gobernador, que se enseña como cosa notable, y que verdaderamente no desmerece de los mejores de Europa. Son tambien admirables las obras ejecutadas últimamente en muelles, diques y arsenal, que hacen de este puerto una estacion marítima de gran importancia.

Apénas nos instalamos en la fonda situada cerca del embarcadero, y en una plaza rodeada de magníficos árboles, en cuyo centro descuella un precioso monumento de mármol con una estatua de la emperatriz Josefina, que honra al cincel italiano que la produjo, nos arreglamos un poco y salimos á recorrer la poblacion que nos contemplaba con asombro, sobre todo á un jóven oficial español, amigo mio, que llevaba uniforme, y que era el primer ejemplar de su género que habia llegado á aquella isla.

Debo antes de todo hacer especial mencion del dueño de la fonda, cuya fotografía es uno de los principales artículos de comercio del país, pues cuanto hayan ustedes oído hablar de hombres gordos palidece ante la realidad de aquel mónstruo, que eternamente sentado detras del mostrador, con su mandil y gorro blanco, sólo puede compararse con el colosal Moisés de Miguel Angel que se enseña en una iglesia de Roma.

Otra de nuestras primeras visitas fué al Casino, donde se recibe y obsequia á los extranjeros por el sólo hecho de serlo, y sin más condicion que la de escribir sus nombres en el álbum del establecimiento. Muchas hojas habia ya llenas, pero creo que los nuestros eran los primeros apellidos españoles que recogia.

Visitamos tambien una bonita iglesia, aún no terminada, y el fuerte Borbon, cuya situacion dentro del mar le da mucha semejanza con el *Castilnuovo* de Nápoles. Entre las cosas que más impresion me produjeron no debo olvidar el presidio, que consiste en un viejo navío desarbolado por cuyas portas enrejadas ven la tierra que no pueden pisar los infelices penados. Habia oído hablar muchas veces de pontones, pero confieso que la realidad es algo más desagradable que cuanto sobre ellos pueda inventarse.

Por la tarde disfrutamos del ejercicio que hacia en la plaza un batallon de infantería de marina, al son de cuya música se reunieron en el paseo todas las muchachas, entre las cuales ví con placer las habia rubias y morenas, y no pocas bellísimas. Además, abundaban los negros y negras vestidos de máscara, pues era, segun ya dije, miércoles de Ceniza, y allí, como aquí, duraba todavía el Carnaval. Por supuesto, que aún sin necesidad del Carnaval, nosotros hubiéramos creído hallarnos en él, pues los trajes de las mujeres del país, algo parecidos á los orientales, con los pañuelos á guisa de turbantes, las túnicas ceñidas y los magníficos aderezos y arracadas con que se adornan, les dan todo el aspecto de judías en día de fiesta.

Cuatro dias permanecemos en la Martinica esperando el vapor que procedente de Méjico debia conducirnos á Europa. En estos cuatro dias no hicimos otra cosa que dar vueltas por la ciudad; comprar un objeto en cada tienda, y soñar cada noche con una mujer: á pesar de esta monotonia las horas pasaban como un soplo, al ménos para mí: un piano y una voz femenina me hacian muy amenudo olvidar lo pasado y pensar con indiferencia en el porvenir.

Pero todo llega en la vida, y como todo, una tarde, cuando ménos lo esperábamos, llegó tambien el vapor *Emperatriz Eugenia*, en el que debíamos marchar al dia siguiente.

No sin tristeza abandonamos aquel paraíso, y por mi parte declaro que al doblar la última punta de sus floridas rocas; al ver por última vez la bandera del telégrafo que señalaba nuestra salida, tuve envidia de Robinson, y comprendí que acaso existe en los bosques la felicidad que no se encuentra en los palacios.

Recuerdo de aquellos breves momentos de ventura y de calma, son los tres grabados que acompañan á este artículo y que representan una plaza y dos tipos de la Martinica.

En cuanto al término de mi viaje y á lo que aconteció despues, no tiene nada que ver con los grabados ni con el artículo: sólo me permitiré llamar la atencion sobre una coincidencia: *Emperatriz Eugenia* se llamaba el vapor que me trajo del destierro; *Infanta Isabel* se leia

en la popa del que me llevó; *Infanta y Emperatriz* han cambiado ya de fortuna: yo sigo siendo el mismo: ¡verdad es que no había escrito mi nombre sobre las olas!

MANUEL DEL PALACIO.

MODAS.

Madrid 10 de enero de 1872.

Nunca ha reinado mayor y más verdadera libertad en el traje femenino: se lleva todo lo que agrada, y la variedad es tan grande, que apenas se pueden señalar reglas fijas.

Sin embargo, lo riguroso de la estación hace preciso el ocuparse sobre todo de dos trajes: del de interior ó de casa y del de sociedad, que sirve también para asistir al teatro de la Opera, este año tan concurrido y tan brillante.

El traje de casa se divide en dos clases distintas: algunas señoras prefieren á todos la bata elegante, y á fé que bajo cierto punto de vista tienen razón: una escritora francesa, á la vez muy bella y muy distinguida, ha dicho: "que quien desconoce las ventajas de la *negligé*, no sabe lo que pierde."

Y en efecto, ¿de qué modo se puede mostrar mejor la abundancia y longitud del cabello mal prendido, la gracia del talle suelto, la pequeñez y curvatura del pié encerrado en una babucha, que con el auxilio de la bata, que hace presumir todas las gracias y no descubre ninguna por completo?

El vestido más rico, empaquetando á la mujer más bella, la impide lucir un sinnúmero de encantadores detalles, que la bata, con una modestia muy bien entendida, permite sólo adivinar: porque la bata da una comodidad que no se halla en ningún otro traje, por có modo que sea.

Hablemos, pues, ante todo de la bata y de la más elegante de las batas que hoy se llevan: es blanca de cachemira, y está forrada de gros, color de salmon: de esta misma tela y color es una ancha vuelta que la guarnece en la parte inferior y la adorna por delante: el gran pliegue Wateau parte del escote, muy alto, y se despliega con una gracia llena de majestad en una larga cola.

El pecho abierto en solapas, que se forran con gros, color de salmon, deja ver un chaleco de la misma tela de la bata, cerrado con botones de seda del color de las vueltas: y las mangas de una regular anchura en la parte inferior, llevan vueltas á la francesa de color de salmon, como todos los adornos.

Esta bata es hoy el *non plus ultra* del género, y la que han adoptado todas las señoras que por su gran fortuna y alta posición, no tienen que ocuparse de ningún cuidado doméstico.

Para las que necesitan más modesto equipo, el merino azul y el color de lila son empleados en batas con un lindísimo afecto: el último pide todas las vueltas y adornos de tafetan rosa, perfiladas con encaje negro: generalmente, todas las batas que no son de gran lujo tienen en vez del pliegue Wateau una esclavina redonda, que llega hasta el talle y queda abierta en el pecho: estas esclavinas están forradas, entreteladas y llevan alderredor una tira ó banda de seda que vuelve del forro, como en el borde inferior de la bata.

Las más espléndidas se abren sobre una enagua bordada y guarnecida de entredoses bordados, de encajes y de bullones de muselina: las hay también cerradas con lazos de cinta del color de las vueltas, y simplemente con grandes botones forrados de la tela que las guarnece.

Como traje esmerado, es decir, de grandes pretensiones, el negro ocupa el primer lugar, y entre estos el de suprema elegancia es el de terciopelo, hecho liso: he visto hace pocos días uno que llevaba una linda y joven señora y que se podía llamar maravilla de elegancia: el terciopelo de que estaba hecho era del más rico que producen las fábricas de Lyon, y quizá por esta circunstancia no le hacían falta alguna los adornos de que por completo carecía: la primera falda llevaba un ancho volante, puesto á tablas profundas y sujeto con una tira estrecha de pasamanería: la segunda se levantaba en los costados con sencillos pliegues interiores, sujetos con grandes botones labrados: una casaquilla con faldones cuadrados hacia veces de cuerpo, y llevaba en los bordes otra pequeña cinta de pasamanería, como la que sostenía el volante de la primera falda: las mangas, casi

ajustadas de la parte superior, llevaban en la inferior una gran vuelta adornada de cintas de pasamanería.

Lo sóbrio del ornato y la espléndida riqueza de la tela formaban un contraste del más esquisito buen gusto.

Un sombrero de terciopelo negro con dos plumas, una negra y otra gris claro, sostenidas ambas con un gracioso lazo, completaban aquel equipo encantador.

Como trajes de ménos pretensiones, merecen el primer lugar el paño y el terciopelo inglés: los colores más lindos en el primero son el azul y el verde bronce, y los adornos más admitidos los bieses de felpa y de terciopelo: todos constan, bien de falda y túnica, ó de dos faldas y cuerpo con aldetas, ya sea ajustado, ya flojo.

Los de terciopelo inglés tienen un aspecto más elegante: los hay color de castaña, preciosos: de este matiz acabo de ver uno que se está terminando para una linda novia de la aristocracia, adornado con retorcidos de raso y felpa de un color más subido que el del traje: estos torcidos están hechos con un grueso roló de felpa y otro de raso, y sirven de cabeza cada uno de ellos á un encañonado de raso: la primera falda tiene tres órdenes de este precioso y nuevo adorno: la túnica dos, y una sólo las mangas y las aldetas.

También están muy en favor las tiras de piel, como adorno de trajes invernales; pero sólo tratándose de las señoras casadas, ó de los niños: las señoritas hacen adornar los suyos con bieses de raso, de felpa ó de terciopelo, lo que es también muy elegante.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

Trage de soirée.—Falda de tafetan azul vivo guarnecido con un volante de veinte centímetros de ancho, en el cual van superpuestos otros tres de seis centímetros, cada uno de ellos, de anchura; el último tiene su correspondiente cabeza y todos están fruncidos y adornados con un rizado de gasa blanca. El cuerpo se hace provisto de aldetas, y la segunda falda, de foulard blanco sembrado de flores azules, lleva follaje silvestre. La guarnición del cuerpo y de la segunda falda se compone de un volante del mismo foulard, de cuatro y cinco centímetros respectivamente; este volante presenta en su contorno ó ribete una franja ó un flequito estrechos, azul, blanco y bosque, sobremontados por un rizado de cinta y gasa azul. En cada uno de los lados de la segunda falda y sobre el volante de las largas y anchas mangas, su correspondiente lazo de cinta azul. La parte inferior de las mangas se guarnece con encajes blancos.

Trage de cachemira granate.—Falda adornada con gran volante en la delantera, plegado y guarnecido con un cordón; este volante se extiende hasta los lados, y allí se enlaza con otros dos pequeños é iguales, que juntos miden la misma anchura que el otro. Cada uno de éstos está montado bajo dos bieses. Túnica doble-falda guarnecida en la orilla con dos bieses y un fleco estrecho, ó una franja, sujeta con pasamanería. Pequeño *paleot-doble* guarnecido, como la túnica, con dos bieses y una franja estrecha. Todo hecho con cachemira granate.

Z.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

Durante este tiempo, la dolencia de Petra había sufrido sus alzas y sus bajas, y cuando el médico supuso que su enfermedad haría una crisis favorable, vino una noche el señor Francisco borracho como una uva y le propinó una tan soberana paliza, pretestando que lo que tenía era mal de conveniencia, que al siguiente día la pobre mujer estaba completamente desahuciada y esperando que de un momento á otro lanzara el último suspiro.

Carmencilla no se dignó acudir la noche ántes á socorrer á Petra, cuando el malvado de su padre la maltrató de una manera tan brutal, porque, según luego dijo, conocía sobradamente aquella máxima que dice:

Nunca en cuestiones ajenas
Eches á espadas tu cuarto,
Pues que ha habido un Redentor,
Y á ese le crucificaron.

Aquel día, que era domingo, bajó á la Plaza, como de costumbre, á retozar un poco con los mozos del pueblo.

Avisaron á Antonia lo que á Petra sucedía, y encomendando al tío Pedro el cuidado de su hija, fuese un momento, á ver si podía aún serle útil á aquella infeliz mujer.

Cuando llegó Antonia, Petra estaba espirando.

Un sacerdote á la cabecera de su lecho rezaba la oración de los agonizantes y aquella infeliz mujer extendía sus yertos brazos, sin que una mano amiga estrechara las suyas, sin que unos labios queridos templaran el frío sudor de su muerte.

Al ver entrar á Antonia sus ojos se reanimaron, y oprimiéndola contra su pecho, regó la frente de su amiga con un torrente de lágrimas.

Incorporóse un poco y su rostro adquirió nueva vida.

¡Eran los últimos destellos de una luz que iba á apagarse para siempre!

Al cabo de un momento, con voz débil y palabras entrecortadas por su fatigosa respiración, la dijo:

—Antonía... ¿ves?... ¡sola!... ¡me muero sola!... ¡sin mi hija!... ¡sin mi marido!... ¡sin nadie!... ¡sin nadie más que tú! ¡Dios te lo premie!

—¡Pues y Carmen? preguntó la madre de María sollozando.

—¡Carmen!... ¡En la Plaza bailando!... ¡Se cansaba de esperar!... ¡Ha sido tan larga mi agonía!... ¡Dios la perdone como la perdono yo!

—¡Ten esperanza, repuso Antonia, aún vives y quién sabe!...

—¡No, Antonia, no hay remedio!... Y por otro lado... es natural,

Desde el día que nacemos
Á la muerte caminamos,
¡No hay cosa que más se olvide
Ni que más cerca tengamos!...

Calló Petra un instante para tomar aliento, y luego prosiguió con voz más débil aún que al principio.

—¡Y á Paco... también le perdono!... ¡Antonía, esta es la muerte!... ¡Mi hija se queda sola en el mundo!... ¡mira por ella!... ¡no la desampares!... ¡hija mía!... ¡no es mala!... ¡aturdida!... ¡su padre será su perdición!... ¡Evita lo que puedas y yo rogaré por tí, para que el cielo te conceda ver al ángel de tu hija tan feliz como merecer!... ¡Yo he hecho cuanto he podido; tengo mi conciencia tranquila!... ¡Adios!... ¡adios!... ¡mi hija!... ¡¡Carmen!... Y lanzando una angustiosa mirada en torno suyo cerró sus ojos, sin que su vista hubiera encontrado á las personas que buscaba, inclinando al propio tiempo su cabeza para no volverla á levantar nunca.

Antonía besó la helada frente de Petra, y salió diciendo:

¡Si los ángeles trasforman
Nuestras lágrimas en flores,
Una corona en el cielo
Tendrás tú de las mejores!

XII.

Inmediatamente que murió Petra fueron á buscar á su marido, y como nadie ignoraba su paradero, no costó mucho trabajo el encontrarle.

Trataron de buscar á Carmen por la Plaza, pero inútilmente.

Había desaparecido como por encanto y nadie al principio hubo de extrañar su ausencia en aquel día, sabiendo que su madre se hallaba moribunda.

Carmen, aprovechándose de la enfermedad de Petra, que era la única que la celaba y sabiendo que su padre no cuidaba mucho de ella, fué á dar un paseo en compañía de Pepe, con quien había vuelto á tener relaciones.

Carmela volvió cerca de media noche á su casa, y al entrar se encontró á su madre de cuerpo presente y á su padre tirado en un banco durmiendo un *constipado*, que tuvo á bien coger aquella noche.

Medio despertóse Francisco al oír entrar á Carmencilla, y haciendo un movimiento para colocarse mejor en el banco en que estaba tumbado, la dijo:

—¡Hola! Muchacha, ¿has parecido ya? Ahí tienes á tu madre, yéte á dormir, que ya no necesita nada; y si por casualidad ocurriera cualquier cosa, aquí estoy yo.

Y quedóse enseguida dormido como un atun.

Carmen detúvose un momento, miró de hito en hito el cadáver de Petra, y salió de aquella habitación sin que los blandones que alumbraban el féretro de su madre hicieran brillar una lágrima en sus ojos.

¡Para qué te adornó el cielo
De tan estrecha hieldad,
Si un alma no te infundió
Capaz de saber llorar!...

Pepe, despues del paseo con su novia, bajó á la Plaza, y como era bastante tarde no encontró ya sér viviente por allí y anduvo dando vueltas por las calles, espe-



FIGURIN DE MODA.

rando llegara la hora de costumbre para ir á pelar la pava con su novia.

Así es que, cuando llegó á casa de Francisco, aún ignoraba la muerte de la infeliz Petra.

En cuanto vió á Cármen, Pepe la preguntó por su madre, y cuál sería su asombro al encontrar á su novia tan serena y ver por una de las rejas que al corral caian, el cadáver de aquella pobre mujer.

Hízole aquello al muchacho tan mala impresion, que estaba violento y deseando encontrar momento oportuno para marcharse.

Cármen notó su frialdad, y le dijo:

—Me parece, Pepillo, que te encuentro cambiado. ¿Serás capaz de olvidarme ahora?...

—No, contestó el interpelado.

—¿Pues por qué estás de ese modo? Dime ¿qué tienes?

—¡Nada!

—Pues entonces, alma mia, ¿por qué no estas cariñoso conmigo? ¿No estás contento aún?

Alma y vida te rendí,
Y todo por adorarte,
¿Qué quieres pedirme á mí
Si ya no tengo que darte?

—No, no es eso, dijo Pepe cada vez más preocupado. Y después de una breve pausa continuó:

—Es que... Cármen... la verdad, me hace mal efecto lo que estoy viendo por esa reja; y señaló á aquella por donde se veia el cuerpo de la mujer de Francisco.

—¡Ave María purísima! contestó la chica incomodada. ¿Salimos ahora con que te dan miedo los muertos?...

—¡Cármen! ¿Qué dices?... exclamó Pepe horrorizado.

—¡Vámos! contestó ésta llena de ira, al ver la indiferencia de su novio, tú quieres que te den de comer y de beber y luégo las gracias encima...

—No tal, replicó el muchacho:

Pues yo cómo lo que quiero
Y bebo lo que me dan...
¡Pero masco algunas cosas
Que no las puedo tragar!

(Se continuará.)

LA REPARTICION DE LA SOPA.

En la página 4 publicamos la copia de este bellísimo cuadro, pintado por el distinguido artista D. Joaquín Agrasot.

El cuadro, lleno de vida y expresion, con un dibujo correcto y excelente colorido, representa el momento

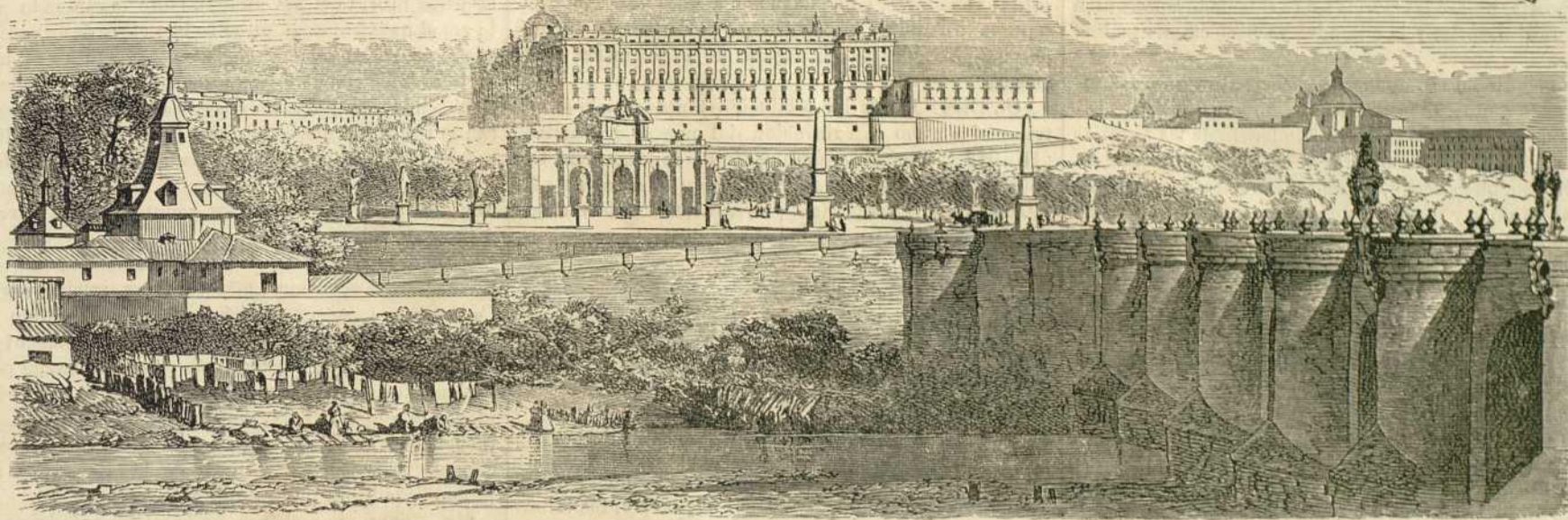
en que una comunidad de monjas de Orihuela, patria del autor, distribuye el cotidiano alimento entre los necesitados que acuden á las puertas del monasterio; fué premiado en la Exposicion de Zaragoza, y lo adquirió un aficionado á las artes, cuyo nombre consignaríamos aquí con gusto sino temiéramos ofender su modestia.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto en Madrid.....	4 »
Un año.....	100 »		

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE ENERO DE 1872.

NÚM. 50.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Flores*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Perez Galdós*.—Los pequeños poemas, por *D. S. Lopez Guijarro*.—El día de San Anton, por *D. Fernando Fulgoso*.—Manifestacion popular celebrada en Málaga el día 1.º de enero de 1872, por *X*.—Dos voces (sonetos), por *D. Antonio Arnao*.—Improvisado en las ruinas del teatro romano de Sagunto (poesía), por *D. Antonio Chocomeli Codina*.—Arco de Trajano en Mérida, por *X*.—La casa de *D. Mariano Monasterio*. Madrid, por *V*.—Revista de los trabajos de las Academias y sociedades científicas, económicas y literarias, por *D. Florencio Janér*.—Fray Ceferino Gonzalez, por *A. S.*—Obras públicas en Madrid. Nuevo depósito de aguas del Lozoya, por *X*.

GRABADOS.—Fray Ceferino Gonzalez, dibujo de *D. A. Perea*.—Exposicion de Bellas Artes. Seccion de Escultura. Friné, estatua de *D. Francisco Barzaghi*, dibujo de *D. A. Perea*.—Arco de Trajano en Mérida, fotografia de *Laurent*.—Obras públicas en Madrid. Nuevo depósito de aguas del Lozoya, fotografia de *Laurent*.—Torre de las Damas y casa en que vivió *Melgarejo*, dibujo de *D. Martin Rico*.—Manifestacion popular celebrada en Málaga el día 1.º de enero de 1872, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Excmo. Sr. *D. Vicente Barrantes*, dibujo de *D. A. Perea*.—Casa de *D. Mariano Monasterio*. (Fuente Castellana; Madrid), dibujo de *don Dantel P.*

ECOS.

Hubo un tiempo en que los hombres para entenderse habian necesariamente de hablarse. Tonia Vd. un amigo en la China y queria Vd. comunicarle sus pensamientos, pues tonia Vd. que echarse al hombro las alforjas y soplarse en el imperio celeste. Por fortuna, algun mudo inventó las letras del alfabeto, dando eterna vida á la fugaz palabra, y redimiendo de su pesada esclavitud á la lengua y los oidos. Entonces se callaron los hombres y empezaron á hablar las piedras, los troncos, las cortezas de

los árboles, las pieles de los brutos, las hojas, el lino, el esparto; y haciendo lengua de la mano hablamos con ella, y metimos nuestras palabras bajo un sobre, y las enviamos á todos los extremos del mundo.

La escritura es una voz que oimos con los ojos, así como la música es una escritura que leemos con los oidos. Quien no tenga más voz que su voz natural, no será entendido ni oido del mundo, y se morirá de hambre si no se mete á cantar óperas. De aquí que en la sociedad se haya dado hasta ahora tanta importancia á la escritura. "Es un hombre que no sabe escribir," decimos para significar que uno cualquiera es la suma ignorancia.

De la palabra á la escritura hay un paso gigantesco; pero de ésta á la imprenta la transicion es natural y lógica, porque el ingenio humano es un obrero infatigable. Vino, pues, el descubrimiento de la imprenta, y la pluma de ganso quedó reducida al servicio particular de cada uno: las ciencias, la literatura, la política, hablaron á la conciencia universal con caracteres de madera, de plomo y de hierro. Hoy escribimos aún con nuestra propia mano los originales de las obras que se imprimen; pero muy en breve la pluma quedará abolida para siempre. Tendremos máquinas de escribir como las tenemos ya de coser. Oid y creed.

El Warigton Guardian, el periódico de mayores dimensiones que se publica en Inglaterra, se compone con una máquina que hace el trabajo de los cajistas. La rapidez de la composicion es vertiginosa. Calcúlase en Inglaterra que un buen obrero de las grandes imprentas puede componer á razon de 1.800 letras por hora. La máquina de que trato compone 12.000 en igual espacio de tiempo. Lo más admirable y característico de este invento es la separacion del obrero y la máquina. La máquina lee el original por sí sola.

No puedo entrar en la descripcion de esta máquina, pues necesaria para ello de bastante espacio; pero si diré que poniéndola en relacion con ciertos tecla-



FRAY CEFERINO GONZALEZ.

dos que la dirigen, podrian seguirse las discusiones de una Cámara desde distintas poblaciones, suprimiendo así no sólo los tipógrafos, sino los taquígrafos.

Gracias á esta máquina, el precio de los libros y los periódicos es susceptible de bajar hasta un tipo insignificante. No habrá autor bueno ni malo que no vea impresas sus concepciones. No habrá ya editores ni obras inéditas. Cada cual tendrá en su casa uno de esos instrumentos, uno de esos pianos impresores, y en vez de tomar la pluma para escribir una novela, ó una carta, ó una poesía, pasará las manos sobre el teclado como quien toca una mazurka y la obtendrá ya perfectamente impresa.

La máquina de componer, perfeccionándose como todos los inventos, llegará á ser un mueble doméstico indispensable. Llevará la correspondencia de las familias y la cuenta de la lavandera. Y habrá máquinas de escribir con buen estilo, especialidad para memoriales, cartas de amor y peticiones de dinero prestado, y hasta las habrá que impriman corrigiendo las faltas de ortografía.

Leo en un diario:

"Ha llegado á Madrid el célebre prestidigitador don Paulino Hanch."

Dice otro periódico:

"Madama Alice y M. Cazeneuve siguen dando sus funciones de nigromancia con aplauso del público."

Y otro añade:

"Se espera dentro de pocos dias á mademoiselle Benita Anguinet."

¿Qué es esto? ¿Qué invasion de prestidigitadores nos amenaza? ¿Es posible que el siglo XIX crea en la nigromancia y se entretenga con los juegos de manos?

No: el siglo décimo nono desprecia la magia y conoce ya cuán poco mérito tiene tragarse una espada ó arrojar llamas por la boca. Su ilustracion le impide creer en nada que no sea filosófica, positiva y palmariamente demostrable. Así es que niega el arte adivinatoria y sólo cree... en el espiritismo.

Una de las obras de escultura que más han llamado la atención del público en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, es la de D. Francisco Barzaghi, *Friné ante sus jueces*, estatua de mármol cuyo autor ha obtenido con justicia por tan bello trabajo un premio de segunda clase.

En una de las planas de este número encontrarán nuestros lectores la copia de esta escultura, propiedad hoy de uno de nuestros más distinguidos pintores.

Ante esa mujer de mármol llena de seducción y de gracia, he comprendido que los jueces en los tiempos presentes se encuentran en situación y circunstancias más cómodas que los antiguos para administrar justicia. El traje del bello sexo contemporáneo no se presta á ese género de exhibiciones, tan agradables para los jueces dotados de sentimientos artísticos como funestas para la razón. Por muy apurado que se encuentre un letrado en la defensa de un reo, hoy no le es lícito desnudarlo para enternecer á los jueces.

Friné ha ofendido á los dioses y debe ser condenada por su impiedad. El tribunal se reúne para juzgarla. Hipérides, famoso jurisconsulto, entra llevando de la mano á la hermosa y opulenta cortesana, á la amante de Praxiteles, al modelo de Vénus, á la suma perfección y resumen de gracia, de hermosura y de elegancia del arte griego. Friné palpita de temor bajo su lijera túnica, que cae en pliegues rectos y pesados sobre el pavimento, como caen en su pecho desmayadas sus esperanzas. Hipérides, por su parte, como buen letrado, no ha leído la causa, para encontrarse más desembarazado en la defensa. Viene decidido á defender á su cliente contra los hombres y contra los dioses. Los jueces están inmóviles, caídos á plomo en sus sillas, entre sí piensan ó duermen. Algunos de ellos miran con el rabillo del ojo á la hermosa cortesana, y sin dejar de aborrecer el delito, comprenden que se puede amar al delincuente.

En tanto Hipérides habla más que un dentista; Friné, exclama arrebatado por la elocuencia, no ha faltado á los dioses: antes bien los ha colmado de beneficios. Vénus vivirá por ella en las generaciones futuras, los nombres de Friné, de Vénus y de Praxiteles vo-

larán unidos en los siglos proclamando la grandeza de Atenas!

¡Pobre Friné! Estas sublimes palabras no conmueven aquellos jueces de estuco. Hipérides comprende una vez más la inutilidad de las razones, y no encontrando al magistrado busca al hombre.

¡Entregad al castigo este cuerpo que envidian los dioses! dice, y derriba con fuerte mano y de un solo golpe la túnica de Friné.

Quedó la cortesana erguida sobre el pedestal de sus caídas vestiduras, como náyade que nace de un copo de espuma, bañada al propio tiempo del rubor de su imprevista desnudez y del orgullo de su magnífica hermosura.

¡Oh Dios! Jamás ha producido tanta sensación en tribunal alguno la exhibición del cuerpo del delito! ¡Hipérides, abogado ramplon, ayuda de cámara de tus pobres defendidos, no es á Friné á quien sacas así públicamente á la vergüenza! ¡Es á la razón, á la verdad, á la justicia, á quien has dejado en cueros!

Los jueces absolvieron á Friné, pensando, sin duda, que no podía haber ofendido á los dioses quien tenía tan buenas formas.

¡Oh respetables magistrados que os quedais calvos estudiando la moral y el derecho! ¿De qué os sirve, decidme, vuestra ciencia y vuestra peluca, cuando el travieso amor cöse á unos autos alguna mujer bonita?

Apesar de la civilización y del miriñaque, los tribunales modernos, como los de la antigua Grecia, en muchos casos hacen con detrimento de la justicia la apoteosis de la belleza.

Y es que á despecho de la filosofía y de la razón, el hombre, siquiera sea procurador, juez ó abogado, siempre es artista.

En el número anterior, LA ILUSTRACION DE MADRID publicó una bella lámina de uno de los más interesantes monumentos de Granada. Hoy ofrece á sus lectores, aumentando así el álbum de esa ciudad, el grabado que representa la Torre de las Damas y la casa en que vivió el pintor Melgarejo.

Es debido al lápiz de D. Martín Rico, y lleno por lo tanto de verdad y de sentimiento artístico.

La empresa del ferro-carril del Mediodía tiene propósito de establecer trenes de recreo entre Madrid y Lisboa, con motivo del Carnaval.

Es una feliz ocasión para viajar en traje cómodo. Recomiendo á los portugueses, con este objeto, el traje de Pierrot ó el de mágico, abstracción hecha naturalmente del cucurucho.

Algun periódico ha criticado el propósito de la empresa del camino de hierro que une las dos capitales de la Península, suponiendo que nuestras pobres mascaradas y estudiantinas, y las vergonzosas orgías del entierro de la sardina, no merecen ser vistas por los extranjeros.

¡Bah! Yo tengo para mí que Madrid con máscara debe gustarles más que con la cara propia.

En el momento en que escribo estas líneas, no se ha celebrado aún el baile de máscaras que debe celebrarse en el teatro Nacional de la Ópera, á beneficio de la Sociedad de Autores y Artistas.

Acaso en mi próxima revista podré contaros algo de lo que ocurra en esta fiesta.

Me apresuro entre tanto á decirlos que el salón estará iluminado por la llama de la inspiración, como alumbrado complementario al del gas, y adornado con flores retóricas.

Se bailará con buena ortografía, y en el ambigú se servirá sopa de ripios, madrigales con setas, berros *al idilio* y epigramas con jamon.

¡Ah! echo de menos al pié de los billetes esta advertencia ceremoniosa:

Los caballeros... de frac... y lira.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

El presidente de la vecina república ha puesto nuevamente en grande aprieto á la Asamblea de Versalles, la cual, despues de gallardear un poco y de armar no pequeña algazara, estremeciendo el frágil edificio de la política francesa, acostumbra renunciar á sus caprichos, pasando por todo con tal de no quedarse sin Poder ejecutivo. El ilustre anciano ya conoce el flaco de aquel Parlamento híbrido y tan viciosamente organizado como lo era el nuestro; sabe que ante la certeza de un conflicto que ponga á la orden del día los pavorosos problemas de la constitucion definitiva, los buenos representantes transigirán con todas las cosas; sabe que no consentirán se retire, porque es el único lazo que liga los dislocados elementos de aquella Asamblea, y confiando en esto, Mr. Thiers pone siempre el peso de su temida dimision en la balanza de los asuntos árdusos y verdaderamente peligrosos.

Y tiene razon el astuto viejo. La Asamblea de Versalles se teme á sí misma, más que á los prusianos y á la *Commune*; se espanta al fijar la vista en su propio seno y ver las terribles pasiones, los atroces antagonismos que bullen en él, y hace cuanto está en su mano por ir viviendo con calma aparente, sacrificando sus principios si es que los tiene, con tal que no se la renueve y turbe; prefiriendo el marasmo de una existencia infecunda y pasiva, á los peligros de la iniciativa y á las probabilidades de un rompimiento.

Mr. Thiers, sin embargo, no habia lanzado hasta ahora su tremenda amenaza sino en las cuestiones políticas, dejando á la Asamblea alguna libertad tratándose de las económicas, para que aquella se haga la ilusión de que no es un cuerpo enteramente inútil.

Pero los viejos, como los niños, suelen ser machacones, y acostumbran pedir la luna, cuando la débil benevolencia de los que quieren mimarles les ha concedido otros objetos más cercanos y más fáciles de coger. El presidente de la república francesa, viendo que al amenazar con retirarse se le concede todo lo que quiere, ha pedido la luna, ha pedido la aprobación del famoso proyecto de impuesto sobre las materias primeras. Apesar de los apuros del Tesoro francés, esta contribucion, que grava directamente sobre las manufacturas de todas clases que produce aquel país, ha excitado vivamente los ánimos en las ciudades fabriles. La irritación ha sido grande, y los periódicos de París y de los departamentos se han espesado en estos dias con una acritud y un desparpajo que recuerdan la prensa de los Estados Unidos. El viejo autor de la *Historia del Consulado y el Imperio*, lo mismo que su comiliton Mr. Pouyer Quartier, no ceden por esto. La Asamblea se pica, se agita, como un pequeño mar que se cansa de una serenidad monotonía y fastidiosa. El *quos ego* de los dioses del Poder ejecutivo no la asusta tanto como en las tempestades anteriores: se vota; habla la representación nacional por la boca elocuente de sus urnas, y ya tenemos al ministerio dimitiendo en masa, y á Mr. Thiers preparándose á volver á sus lares, con lo cual dicho se está que la situación no puede ser más grave, y que los diputados van á pagar cara su indocilidad y rebeldía.

El proyecto de impuesto es rechazado. La Asamblea no se asustó tanto como esperaba el presidente de la república, y por último, despues de tanta agitación, despues de tantas y tan fieras amenazas, resulta que éste no se va. Los Parlamentos tienen recursos para todo, y con una elasticidad y un espíritu acomodaticio que harán célebre á la Asamblea francesa, ésta se apresuró á zurcir de nuevo los poderes legislativo y ejecutivo. Para estos apuros se han hecho las urnas, por cuyo conducto si antes se dijo que el proyecto del Gobierno era inadmisibile, despues se manifestó con cierta generosidad mortífera que éste no merecía la *desconfianza* de la Cámara.

El resultado de todo esto es que el impuesto no se aprueba, ni el gabinete se retira, ni Mr. Thiers se marcha, ni ocurre cosa alguna de gravedad, como no sea la situación comprometida y aeriforme en que quedá monsieur Pouyer Quartier, segundo padre del célebre impuesto, y ahora colocado entre los dos enigmas de un presidente que no dimite y de una Cámara que no vota.

Verdad es que nada de esto ha de causar sorpresa entre nosotros, que vivimos en el país de las cosas raras y no comprendidas. Esto nos trae lógicamente á hablar de nuestros asuntos y especialmente de los políticos, que son los que ocupan la atención con preferencia á todo lo demás. Y crea el lector que de buena gana cerráramos el pico sobre estas cosas, porque las pasiones

están tan vivamente escitadas, que los esfuerzos de todos deben encaminarse á no arrojar ni una astilla más á la hoguera encendida por los partidos. Las dos sesiones celebradas el 22 y el 24 para poner fin á la legislatura, no han podido ser más borrascosas, especialmente la última, en la cual se leyó el decreto de disolución, convocando nuevas Cortes para el 24 de abril próximo. No nos arriesgaremos nosotros á comentar acontecimientos, que entrañan graves cuestiones, prudentemente proscritas de estas páginas. Únicamente narraremos las peripecias de este drama parlamentario, uno de los más violentos que se han representado en el palacio del Congreso. En la sesión del 22 las oposiciones formularon su protesta contra el gabinete, valiéndose de la discusión del acta y del voto de censura al presidente señor Martín de Herrera. Desde la mañana del 24 se susurraba que el Sr. Sagasta leería aquella tarde el decreto de disolución, y apenas el Sr. Becerra abrió el debate, comenzó un tumulto desordenado y vertiginoso que no tuvo fin hasta las seis y media de la tarde. Leyóse el decreto de disolución en el Senado y más tarde en el Congreso; al fin, despues de ardientes discursos y protestas, abandonaron el salon los diputados de todas las fracciones, y la legislatura terminó de un modo bastante ruidoso por cierto, dejando en el ánimo de todas las personas imparciales dolorosa impresion.

Ignoramos aún las modificaciones que podrá tener el ministerio; pero es indudable que las tendrá, con objeto de uniformar su política y regularizar su existencia. Lo que más vivamente deben desear cuantos presencian este espectáculo es que se calmen las pasiones y que los hombres no sean impelidos por otros móviles que por los de sus respectivas ideas y principios.

**

Sin más comentarios, y dejando á quien quiera tocarlas, las trompas sonoras de la política palpitante, vengamos á cosas más apacibles. Los acontecimientos literarios con mayor ó menor importancia no han escaseado dentro ni fuera de España. En Francia la eleccion de Mr. Littré para individuo de la Academia francesa, ha dado origen á sérios disgustos en el seno de aquella antigua y docta corporacion. Monseñor Dupanloup ha creído que su presencia en el Instituto no era compatible con la del que en París es llamado el *Papa de los ateos*, y amenazó con su dimision. Hubo tumulto entre los cuarenta inmortales, y por algunos dias pareció haber entrado en el Areópago apacible de las letras el demonio de la política. El jefe de los positivistas, el propagador de las doctrinas de Augusto Comte, es elegido, aunque por escasa mayoría, y el ilustre obispo de Orleans cumple su oferta. La Academia se conmueve, como si fuera un Congreso de diputados. Mas no hay que temer ningun conflicto: no se extremecerá el Parnaso sobre sus eternos cimientos de granito. Para esta cuestion, como para otras muchas en que desempeñan papel importante las eminencias de nuestro siglo, hay fácil arreglo. Así como monseñor Dupanloup cumple con su conciencia presentando su renuncia, los cuarenta cumplen tambien no admitiéndola; y ni Mr. Thiers se marcha, ni los académicos se marchan, ni nadie se marcha, ni riñen los hombres por un impuesto de ménos ó por un ateo de más.

Despues de todo, Mr. Littré ha sido elegido miembro de la Academia por su célebre *Diccionario Etimológico* de la lengua francesa.

Aquí hemos tenido en la de la Historia la recepcion del Sr. D. Vicente Barrantes, ilustrado publicista y literato, que leyó en aquel solemne acto un notable discurso sobre ilustres varones de Estremadura, siendo contestado por el Sr. Cánovas del Castillo. En el presente número publica LA ILUSTRACION un retrato del nuevo académico; retrato que se añade á la ya larga coleccion de grabados que este periódico viene publicando, con objeto de dar á conocer fuera de Madrid y de España lo que más despierta la curiosidad, tratándose de notabilidades contemporáneas: la cara.

**

Novedades teatrales de consideracion no ha habido últimamente en ésta córte. Pero hemos oído hablar de un estreno en el teatro de la *Gaieté* de París, y si es cierto lo que se cuenta y lo que dicen los periódicos de la capital de Francia, *Le roi Carotte* es una de las más estupendas obras que se han representado, cantado y bailado en teatros humanos. Un célebre autor dramático, Victoriano Sardou, y otro no ménos famoso músico, Offembach, han creado la pieza fantasmagórica que lleva por título *El rey Zanahoria*; pero no... los verdaderos creadores de esta obra son los maquinistas y escenógrafos del teatro, que han hecho sin iguales prodigios é inventado maravillas para sacarla á las tablas.

Hemos leído un extracto del libreto de esta nueva bufonada que la incorregible París arroja á la cara de todos los pueblos de Europa, y no encontramos nada que la diferencie de los mil engendros de la literatura bufa, verdaderas muecas con que Francia se ha reído de sí misma y de los demás durante tanto tiempo. El autor de *Nos intimes* no ha hecho en este zarzuelon nada que no pudiera hacer Hervé. Offembach tampoco parece haber estado muy feliz; pero en cambio ¡oh portentos de la maquinaria y de la iluminacion! la obra se ha puesto en escena con tal lujo, que ha asombrado á los mismos parisienses, ya curados de espanto en materia de desnudeces y de hermosos y pintorescos absurdos.

En la escena de la *Gaieté* se vieron la noche del estreno ejércitos de hormigas, ejércitos de monos, aquellas y éstos del tamaño humano, y representados por centenares de gimnastas de ambos sexos con el vestido y las actitudes consiguientes; se vieron transformaciones extraordinarias, como por ejemplo, huertas de coles y lechugas que en dos palotadas se convierten en ejércitos, como si anduviera por allí la mano de la sabia Urganda; se ve la resurreccion de Pompeya, despojada de su sudario de ceniza y reanimada con la vida y el esplendor romanos, con sus tiendas, sus vecinos, sus damas, su mundo estacionario ó ambulante; se vé un festin dado por las hormigas, y al que asisten todos los séres de la creacion, excepto el hombre. En fin, la representacion de *El rey Zanahoria* es un espectáculo asombroso, superior á cuanto hasta hoy habian inventado los parisienses para embohar á los extranjeros.

Por lo visto, París no parece dispuesta á abdicar la majestad de ésta clase de fiestas del sensualismo, á que muchos atribuyen, juntamente con otras causas análogas, el actual enervamiento y los pocos bríos de la nacion vecina en ideas y en acciones. Estas obras informes como arte, absurdas y perversas como intencion moral, ataviadas con los arreos de una escenografía delirante y desenfadadamente lujosa, á manera de monstruos que se visten con magnificencia para parecer ménos feos, se representan en una capital que se halla en estado de sitio, aún ensangrentada y sin reponerse de su espanto; ante las Tullerías, que parecen humear todavía; ante los escombros producidos sucesivamente por los que Paul de Saint-Victor llama *bárbaros y bandidos*.

Apostamos á que no faltará quien haga la maleta y vaya á París con objeto de ver tantas maravillas. Pero no se apuren nuestros lectores, que no faltará entre nosotros traductor que la traduzca, arreglador que la arregle, decorador que la decore y sastre que la vista, para que los madrileños puedan divertirse en el próximo verano con el *Rey Zanahoria*. De otras virtudes dudamos; pero de la diligencia de los bufos españoles para arreglar las cosas más inarreglables, no es permitido dudar. Paciencia, pues, que faltarán muchas, muchísimas cosas; pero zarzuelas bufas, pantomimas puestas en letra y puestas en música, no han de faltarnos, mientras haya hilvanador literario que las aderece y público que las pague.

**

La Sociedad de escritores y artistas parece que no será uno de tantos proyectos vanos é ilusorios como se ven en nuestro país. No se han fijado aún de un modo definitivo las bases, y hay divergencia de pareceres sobre los fines de institucion tan necesaria: lamentable sería que despues de tantos esfuerzos la Sociedad no se constituyera sólidamente por no haber podido aclarar de antemano el enigma de sus funciones. Sean los fines puramente caritativos, sean literarios, lo principal es que la sociedad exista. Principiando por aquellos, pronto puede pasar á éstos; pero poco á poco y sin demasiadas pretensiones. La sociedad nacerá muerta, si en el dia de su trabajoso alumbramiento aspira á cambiar rápidamente la triste existencia que arrastran en España las letras y las artes.

**

Como prueba de aprecio á determinadas personas, no podemos pasar en silencio la concesion que en favor de dos ilustres individuos, pertenecientes el uno á la familia real de Bélgica y el otro á la aristocracia española, se ha hecho de los dos toisons vacantes, dando el uno al conde de Flandes y otro al duque de Fernan-Núñez. El tercero está destinado al Sr. D. Cirilo Alvarez, presidente del Tribunal Supremo, pues es costumbre que la primera dignidad de la magistratura lleve en señal de honra y gerarquía las insignias de la condecoracion más ilustre que ha legado la historia y han respetado las revoluciones.

B. PEREZ GALDÓS.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

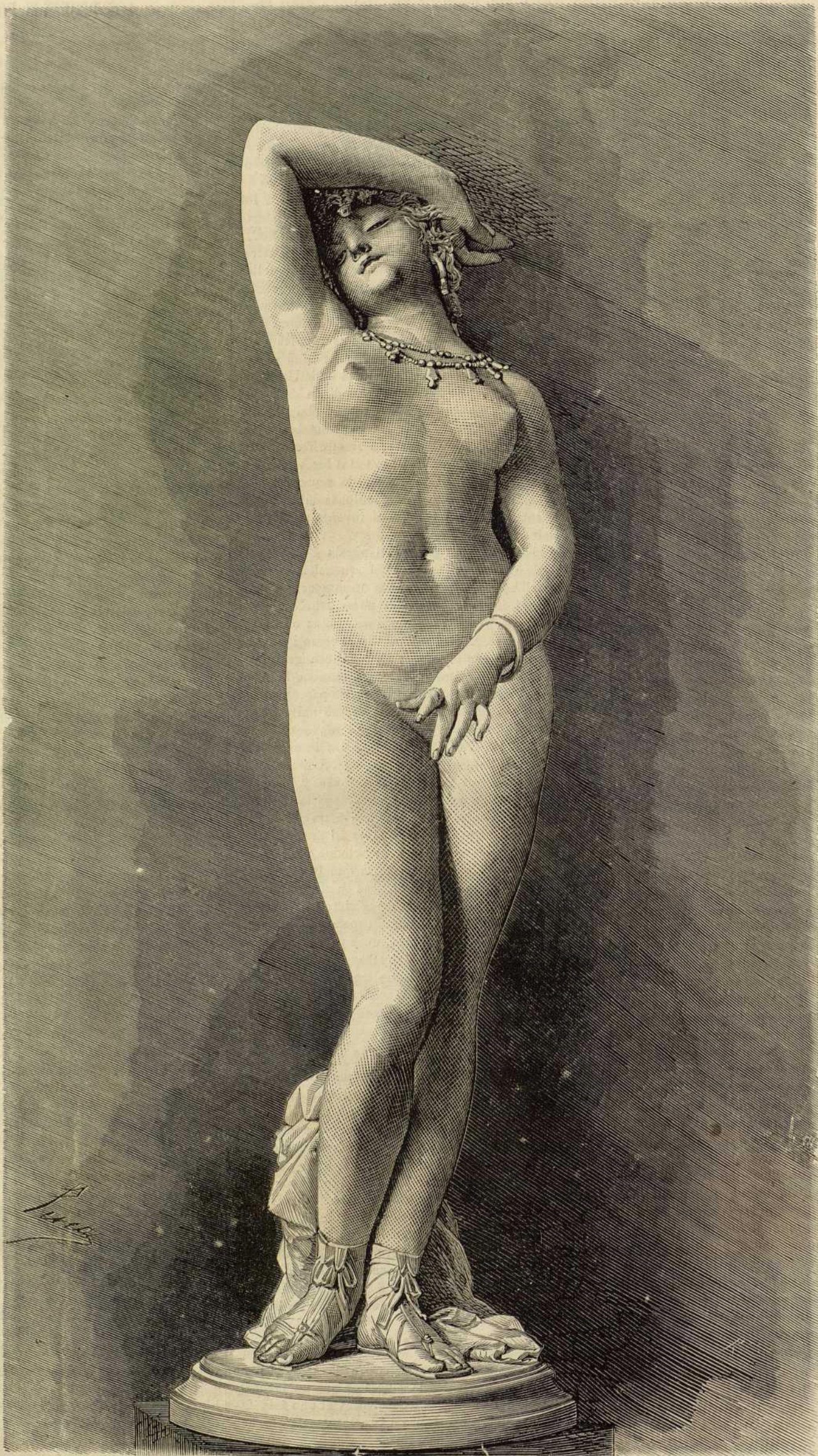
Sr. D. Ramon de Campoamor.

Amigo mio ilustre: Ya se lamentaba Quinto Curcio, al narrar los grandes hechos del gran Alejandro, de lo tardío que suele ser el humano arrepentimiento. Súframe Vd. este rasgo de erudicion; pero el texto dice: *quod plerumque non futura, sed transacta perpendimus*, y me parece que la cosa no puede estar más clara. Por lo demas, este desahogo del docto historiador, y otros análogos, se deben á las genialidades del magno conquistador del Asia. El hijo de Filipo no era tan habitualmente colérico como el papá, pero solia tambien alterar un poco, en sus frecuentes banquetes, el orden normal de sus ideas y sentimientos. Y resultaba de ello que á las veces decia ó hacia en sus sublimes chispas cosas de que tenia que arrepentirse, como buen sugeto al fin, cuando la accion alcohólica pasaba: como por ejemplo, dar un testarazo mortal á un su hermano de leche, para tener que ponerse luego á llorar sobre él como en los dias de la comun lactancia.

Pues bien: á mí me sucede, al empezar á escribir este articulejo, algo semejante á lo que Alejandro sentia despues de echar una cana al aire, y á lo que han debido sentir despues de aquel grande hombre otros no tan grandes, pero más parlamentarios, que han debido tener ocasion de arrepentirse de lo que no han hecho: yo deploro profundamente no haber escrito ántes sobre alguna bella produccion de Vd. Lo he querido hacer sobre *El drama universal* y sobre *El palacio de la verdad*; y el miedo de la inexorable insuficiencia, la avaricia del tiempo, el periodismo y otras plagas de mi vida me lo han impedido. Hoy vienen *Los pequeños poemas* á tentarme, á recordarme la deuda de la admiracion y del afecto, á decidirme. ¿Qué necesidad tendria yo de acometer ahora lo que es superior á mis fuerzas, si ya lo hubiese hecho? Pero está visto que mi horóscopo es hacerlo todo tarde y mal. Con decirle á Vd. que llegué á la union liberal cuando el ilustre O'Donnell, el cada dia más irremplazable O'Donnell, habia vuelto ya de Africa, le digo bastante.

Sr. D. Ramon: Vd. es un gran poeta, un gran poeta lírico, y ademas es Vd. notable filósofo y prosista. Señor D. Ramon: sus *fábulas* de Vd. me han hecho muchas veces bendecir la patria de Samaniego y Hartzensch, sus *doloras* me han hecho negar la decadencia de nuestra originalidad, su estudio sobre *lo absoluto*, sus *polémicas* conservadoras me han quitado el sueño. Sr. D. Ramon: Vd. es un pensador de primera fuerza, de viril y profundo estilo, de inspiracion sistemática. Y todavía es Vd. más que eso, Sr. D. Ramon, porque es Vd. una excelente persona, un corazon de oro, una sensibilidad exuberante de simpatías irresistibles, hasta el punto de que conocerle y quererle suelen ser actos simultáneos. Literaria y socialmente, Vd. lo ha conseguido ya todo; á Vd. se le cree un académico de la lengua por derecho propio, y Vd. tiene amigos. Y sin embargo, Sr. D. Ramon, Vd. es un gran perturbador de su época y de su patria. La laboriosidad asidua de Vd. desentona tristemente, en sus resultados, del cuadro de nuestra situacion nacional. ¿Qué tiene hoy que hacer nuestra buena literatura, en el seno de una generacion dedicada á nivelar á su modo el presupuesto? Hoy se escriben zarzuelas, ó novelas por entregas, ó villancicos del *carrascelás*, ó se procura ser ministro; pero, ¿con qué derecho se dedica Vd. al trasnochado género sério intelectual, y cuando ménos lo pensamos, y cuando los partidos están ménos contentos, se nos viene con algo que así Dios sostenga mi fé liberal como está llamado á vivir entre los futuros españoles? Sr. D. Ramon: á Vd. le falta la conciencia contemporánea; Vd. quiere que no se nos olvide en el porvenir. Hace Vd. mal.

Sr. D. Ramon: Vd. fué en cierta ocasion á París, huyendo de las penas de un amor *tan infausto como suyo*, tan infausto como todos, si á Vd. le parece. París es, ó era en realidad, ántes de la excursion prusiana, la mitológica fuente del olvido. Vd. bebió sus aguas saludables; Vd. llevaba dinero, y lo gastó bien; y cuando sintió la cicatrizacion de su pericardio, dijo Vd. como Breton: A Madrid me vuelvo. Ya en esto existia nuestro ferro-carril del Norte, y se metió Vd. en un wagon. En ese wagon habia una tísica preciosa y adorable, y usted la adoró. Hizo Vd. bien: primero, porque era *alta, delgada y muy graciosa*; segundo, porque tenia los piés sumamente pequeños y bien calzados, supongo; y tercero, porque debia morir pronto, y desde el punto de vista de la prevision éste es un gran género. La pobre criatura le vió á Vd. prestarle su manta zamorana, que debe Vd. conservar, le creyó á Vd., é hizo



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.

FINÉ.—ESTÁTUA DE DON FRANCISCO BARZAGHI, PROPIEDAD DE DON CÁRLOS DE HAES.

bien, digno hijo de *la patria del honor y de las flores*, y le confesó que venia á morir en la frontera, á expiar fuera de su patria el delito de haber amado en ella á un perillan que se habia casado con otra. La infeliz no tenia valor para aborrecerle, ni en rigor podia deseárselo mayor castigo, puesto que le veia casado; y en su virtud, cuando le fué á Vd. preciso declarar la su atrevido pensamiento, le dió á Vd. palabra de que, pasado un año, ó le amaria ó se habria muerto. Y el año pasó, y usted volvió, y en efecto, los malhadados tubérculos habian resuelto la cuestion en un sentido eterno; la inverosímil francesa de los piés bonitos no existia; una carta, digna de la Elvira de Espronceda, se lo hizo á usted saber, y Vd. se fué otra vez á París á curarse otra herida del alma.

La historia es peregrina, y de un perfecto patético espiritual. Yo nada tengo que decir sobre ella; y respecto á la heroína, sólo me permitiré dos observaciones, á saber: primera, que tuviese la pretension de creer al lucero de la tarde una estrella *que siempre fué suya*, cuando existimos tantos, no del todo tísicos, que creemos lo mismo; y segunda, que quisiera exigirle á usted la promesa de no mirar en lo sucesivo á ninguna otra mujer. Esto, aparte de su carácter absurdo, me parece injusto en lábios que van á cerrarse para siempre. Cuando se toma el partido de morir, no se exigen á un poeta ciertas cosas. De la forma de la historia, de los versos, del enjambre de pensamientos bellísimos que pueblan sus páginas, ¿qué he de decir á usted? Demasiado sabe usted los puntos que calza en la materia. Aquellas descripciones soberbias del tren, del *leon con melena de centellas*, del *gran reptil que se mete en su agujero*, ó sea en la estacion, aquella *mezcla de sueño y de montaña* en que se confunden cielo y tierra á los ojos del via-

jero nocturno, me parecen incomparables. Pero en cambio, sobre el fondo de la relacion se me ocurre una protesta, y es, que ni eso es un *pequeño poema*, ni su modestia de Vd. ha debido sacrificar al título la verdad esencial de la concepcion.

¡Cómo! ¡Se le ocurre á Vd. cantar la metamorfosis de dos desesperaciones en una esperanza que luego defrauda la burlona eterna, la muerte; se le ocurre á Vd. el asunto de los asuntos, el amor curado por el amor, resucitado por sí mismo, fénix inmortal del pobre barro humano; se le ocurre á Vd. cantar un himno soberbio aunque indirecto al ferro-carril, al gran devorador de la distancia, á la grande obra de la ciencia moderna, que debe sernos tan cara á todos los que no hemos sido

accionistas, y sólo porque, á diferencia de ciertos escritores que deliberadamente escriben largo para tener este motivo más de no ser leídos, sólo porque los versos en que canta Vd. esos dos asuntos son pocos y buenos, califica Vd. de poema *pequeño* su trabajo! Ya se conoce que ha sido Vd. hombre político; estoy seguro de que más de una vez ha hablado Vd. de su *humilde*

¡Ah! Sí; tiene Vd. razon; no hay como el abril para poner pensativas á las Isabeles en general; no hay como la estacion de los deshielos para pensar en la mision de los nidos; cuando la creacion entera es un inmenso nido regenerador. ¿quién no siente entre abril y mayo el deseo de piar como un desesperado hasta que alguien le oiga, y de que le nazcan alas para ir á ocultarse en buena

compañía al fondo de una habitacion sin casero? Isabel, pues, abrió la ventana; y como era tan inocente que, por ejemplo, en punto á cónyuges, sólo sabe haber visto en los paseos las vides con los olmos enlazados; al ver entrar en su cuarto dos golondrinas que tienen la costumbre de hacer su nido en su techo, á Isabelita se le ocurre preguntarse: ¿para qué sirve un nido?

Y aunque se lo preguntaba sonriéndose, y aunque su boca parecia al sonreirse *una risa en el fondo de una rosa*, la verdad es que la pregunta le pareció desde luego trascendental y grave, y que empezó á trabajar su ánimo de una manera atroz. Y sabe Dios el tiempo que hubiera estado pensando y dudando, quizá toda la primavera y parte del estío, si no hubiera dado la casualidad de que Isabelita habia ya aceptado *el novio que escogió su abuela*, y se iba á casar. Y vea usted por dónde la idea del matrimonio empezó á hacerle comprensible la idea de esos cóncavos y pequeños recintos donde los alados reyes del espacio ponen sus huevos. Isabel tenia los ojos azules (y esto explica lo raro del tipo: Isabel no debia ser española). Isabel tenia de esas pupilas tras de las cuales cree usted que nada puede ocultarse (¡Ah! D. Ramon: el Evangelio nos aconseja no juzgar temerariamente), y en los ojos de Isabel se enciende al fin y al cabo *un fulgor desconocido*, que poco despues le hace *arder la sangre hasta en sus huesos*, y aunque siempre pura y siempre muy ruborosa,

conoce al fin y al cabo que puesto que los dos pájaros no son más que dos esposos, y puesto que su canto es, en rigor, *una música de besos*,

Es forzoso
Dar la mano á un esposo,
Querer y ser querida,
Hacer como los pájaros un nido,
Cantar á Dios, y bendecir la vida!

Y dicho y hecho, Isabel se levantó al otro dia dispuesta á casarse, á pasar, como Vd. dice elocuentemente, *de capullo á rosa*; y llora, y se mira al espejo, y luego forma en sus lábios un *maridage de perlas y de flores*, es decir, se rie, y va y viene, y baja y sube, *con una vaya ondulation de nube*, y hasta se permite hacer



ARCO DE TRAJANO EN MÉRIDA.

persona en cierto sitio. Es la modestia convencional de nuestros días, lógica y justa hasta en muchos que la fingen; pero indigna, créame Vd., del amante de Constanza. Hay que ser sinceros, hasta para idealizar la tísis.

Y lo mismo digo del segundo bellísimo poema *La novia y el nido*. Hay una Isabelita, cuya descripción física no nos hace Vd., limitándose á decir que era tan sencilla como hermosa, por lo cual sospecho que debió ser un personaje de otros tiempos. Pero, en fin, ya se lo contará á Vd. su abuela, ó alguna biografía antigua, lo cierto es que hubo una Isabel que se asomó pensativa á su balcón una mañana de primavera. Y ante todo, felicito á Vd. por la elección filosófica de la temporada.

con su traje *un ruido de alas* (¡quién lo oyera!); y por último, se decide á perder *la gracia de ignorar que es bella*, se deja coronar de jazmines, va á la iglesia, vuelve teóricamente desposada, siente *accesos de calor y frío*, y acaba, en fin, por considerar los puntos de contacto que entre un nido y una alcoba pueden existir. ¡Oh! amigo mio: ¿cómo llama Vd. *pequeñez* á este asunto? Ese poema es un verdadero tratado de historia universal. Las perplejidades de la inocencia, defendidas malamente por el ángel ideólogo de la juventud, y derrotadas al fin por la deidad práctica y realista del amor legal: ¡Qué inmenso asunto, qué poemazo, qué belleza! ¿Los hay mayores en la vida?

En *Los grandes problemas* ha sido Vd., loado sea Dios, más franco con el público y consigo mismo: el título de este poema es digno calificativo de su asunto; y el lector de este artículo va á juzgarlo en seguida. Figúrese el lector que unos lábios femeniles, dignos de hacerlo, le preguntan á quemarropa, sin preparación, sin atenuación de ningún género: *el de'arse besar ¿es malo ó bueno?* Y díganme las almas imparciales si esa no es una pregunta capaz de hacer creer al más empedernido en las matemáticas, en los más áridos é intrincados problemas. Pues esto, esto mismo, le pasa en cierta ocasión á un señor cura. ¡Y qué cura! Parece extraído de las profundidades del propio Evangelio. Sólo en el *Bienvenido* de Víctor Hugo, ó en el *Jocelyn* de Lamartine, se encuentra algo parecido. Baste decir que es un cura que nada tiene, porque *todo lo da*; que para él la grandeza única es *el amor que se tiene á la pobreza*; que sólo se preocupa de los grandes de la tierra desde el punto de vista de las flores; y por último, que en toda su vida sólo ha tenido una *sotana nueva*.

Pues bien: á este señor cura, que lo era del Pilar de la Oradada, pueblo fundado en cierta llanura *más grande que la palma de la mano*, y que tiene una iglesia más grande que la escuela, y cuya escuela, es *más chica que un granero*, se le presenta un día una Teodora divina (Vd. lo asegura, D. Ramon), divina á los diez años, y le pide confesión bajo el pretexto de que ya empieza á sentir *su inmersión en las brumas de la vida*, y le cuenta que tiene un primo (qué plaga la de los primos; yo he de escribir, cuando sea filósofo, un libro sobre ellos), un primo que, vamos, para decirlo de una vez, se empeña en besarla, y la persigue con esta intención desde la cueva hasta el granero. Con cuyo motivo la pecadorcita conviene á su confesor que está dispuesta á evitar los besos del pariente, obedeciendo á su madrina; pero que lo que es el deseo de parecer bella cuando el malhadado primo la mira, eso no puede evitarlo; por lo que, resumiendo, insiste en que le haga el favor de decirle si un beso es cosa buena ó mala.

Naturalmente, sólo un cura de aquel bendito jaez puede salir del apuro. Cualquiera simple mortal irreflexivo hubiera reprendido á la semi-mujer en cuestión, por el sólo hecho de haber dudado un punto de la bondad del ósculo en general. ¡Qué sería, gran Dios, del género humano sin ese sonido del corazón cuyo secreto tienen los labios! Pero el santo presbítero no puede ser víctima de ninguna fórmula de la naturaleza, y se limita á ordenar á la niña que imite á su señora madre para ganar la gloria, que rece una Salve y tome agua bendita. Después de lo cual la da una almendra, la despide y se queda, sin embargo, murmurando ante la pavorosa trascendencia de aquel problema:

«¡Son el diablo estos ángeles de niñas!»

Problema segundo: Teodora tiene ya veinte años, y lo que es mucho más, tiene *pupilas de horizontes llenas*, y tiene todo el año flores en sus cabellos de primer orden. Pues bueno; el célebre primo de Teodora es marino, y como se dan casos de que algunos marinos tienen el alma como el mar inmensa, resulta que, decididamente, Teodora ama á su primo, apesar de haberse éste ido á Londres, un lugar *más allá de los montes y los mares*; pero no importa, porque él volverá, ó al menos así se lo dice á Teodora *el monólogo eterno de las olas* que le vieron ir, y así, además, se lo prometió él mismo en la aurora, al medio día, por la tarde y por la noche, jurándose en abril

Por todos sus jazmines y azucenas;
Por los árboles todos, en estío;
Por todos sus cristales, junto al río;
Cerca del mar, por todas sus arenas.

Pero hay la complicación de que la madre de Teodora quiere casarla con un hombre de bien sin gracia alguna (y es verdad que no suelen tenerla; alguna cosa había de faltarles), muy buen sugeto, inteligente, rico y jóven, pero á cuyo lado no puede impedir la doncella que se le ponga cierta fría tristeza en el corazón; mientras que el otro, ¡ah! el otro, con gorra de oro y sable á

la cintura, el otro es una gran cosa; con decir que *jeuando mira al pasar de luz se baña!* ¡Qué hacer, pues? Teodora llegó hasta á asegurar que si no se casaba con su deudo marítimo, se moriría. Mas el cura, apesar de la gravedad del nuevo problema moral que se le presenta, cumple como bueno, y conjura á su febril oveja á moderar el ardor de los sentidos, por aquello de que

Siempre nos ven, desconocidos,
Dos ojos desde el fondo del espacio;

que es cosa terrible.

Tercer problema: Teodora, apesar de haberse casado con el hombre de bien, se muere; se muere porque el dichoso primo ha vuelto de Inglaterra, porque tiene *necesidad de sueños de inocencia*, y la pobre va á ver si se los da el sepulcro; se muere porque apesar de ser *materialmente virtuosa*, y apesar de sentir en sí misma una energía capaz de levantar una montaña, la infeliz se persuade que no tiene otro remedio que *ó perder la virtud ó dar la vida*; se muere porque al señor cura le parece que *en los actos del deber, la duda es sólo una pregunta vil que hace la muerte*. Y dicho y hecho: Teodora, después de incorporarse una última vez sobre el lecho, y de extender sus brazos como para estrechar á una sombra, y de declarar que aquella sombra *¡es él, que pasa!* devuelve su alma al Dios de la misericordia, que ya debe estar acostumbrado á esta especie de dramas humanos.

El buen cura, que no lo está, se queda batallando con un tropel de buenos y tristes sentimientos. Aquel homicidio hecho por la juventud, por una gorra de oro y por una complexión poderosa, llega á parecerle en un momento obra suya, obra de su austeridad inexorable. Por fortuna, la duda se disipa en breve. El ministro del Evangelio no ha debido ni podido obrar de otro modo. Entre la tumba de una mártir y un lecho conyugal profanado, la religión no vacila y pone su Cruz sobre la primera. El cura del Pilar lo conoce, y

Después de un negro batallar tan rudo,
A recoger volvió su santa calma
Como recoge un gladiador su escudo.

¡Qué cuadro, qué cosa tan bella! ¡Ah! Sr. D. Ramon: si como es posible, aunque no probable, la afición á los buenos libros se despierta en la España radical antes de que Vd. y yo dejemos de ser; si algun librero conocedor de sus intereses hace una nueva edición de *Los grandes problemas*, concédame Vd. una gracia; dedíqueme los; ponga Vd. mi nombre en su portada. Aparte de que yo no veo otro camino para hacerme constar en el porvenir, ¿quién sabe si para entonces seré yo personaje? En épocas de revolución no es esto difícil; y además, yo estudio, es decir, yo leo periódicos.

Y vamos, en fin, á la cuarta *pequeñez*, á las *Dulces Cadenas*. Cierta Jacinta, extremadamente rubia (está visto que prefiere Vd. el tipo; no va Vd. descaminado; de ser rubia á ser blanca no hay más que un paso, y la blancura es primera materia de la belleza), tenía un canario, casi tan rubio como ella, con el cual había pasado en dulce intimidad los largos días de su doncellería. Llega, empero, el último de éstos: el altar, el novio y los padrinos esperan, y Jacinta tiene una idea; la de dar libertad al pajarillo, previendo que sus nuevas ocupaciones no la han de permitir mudar el alpiste con la debida periodicidad, ni colocar la grata hoja de lechuga en el metal de las doradas rejas. Y en su consecuencia, Jacinta abre la jaula, acaricia una vez más al alado prisionero, llora sobre sus plumas y lo deja ir, *bebiendo luz*, por esos espacios de Dios.

Era en marzo, mes tormentoso; y mientras Jacinta, llevando sobre su frente *el cántaro inmortal de la lechera*, se casa como una simple mortal, el pajarillo, después de volar como un loco, empezó á echar sus cuentas y á comprender lo penoso que es eso de tener que buscarse por sí mismo casa y sustento; por otra parte, se convence de que en el aire no hay nada en rigor, y ¿qué hace? vuelve grupas, es decir, pico, y torna á la ventana de su ex-propietaria, como si esta le hubiese recitado el soneto de Lope, como si le llamase el inmenso poder de una mujer que llora. Y no hay que extrañarlo: es la tiranía del hábito. No hay como acostumbrarse á una cosa, para no saber prescindir de ella; por eso los españoles estamos hace algunos siglos en tan mediano estado gubernativo. Se dan, sin embargo, sus excepciones entre esas cosas capaces de resignarnos: la suegra, por ejemplo.

Pero ¡ah! la ventana estaba cerrada, cerrada á causa del mal tiempo, porque hay que advertir que llovía y granizaba á satisfacción del huracán; y además, era de noche, y era una noche de bodas... ¿comprenden ustedes?... ¡Sí, sí; bonita estaba Jacinta para acordarse del avecilla pajiza! ¿Qué había, pues, de pasar? Que

miétras la desposada hablaba á su nuevo dueño *con voz del tiempo en que era niña*, el granizo mató al canario, apaleándolo como quien dice, en el quicio de la ventana; y cuando Jacinta se levantó al otro día, un poco tarde, con la impresión de esa noche que nos deja *el recuerdo más grande de la vida*, se encontró al pájaro muerto, y tuvo que enterrarlo al pié de un limonero!...

Pasaron meses; el marido de Jacinta empezó á recogerse tarde; la pobre jóven empezó á sentir *de la ilusión el lúgubre deshielo*, empezó á divisar esa *grande humareda de visiones* en que se convierte todo al fin y al cabo; y Jacinta, sola, abandonada y llorosa, se vuelve, como buena cristiana, al cielo, á la religión, y se acuerda de aquel canario que murió por ella después de cantar en su ventana su última endecha, como un amante de la Edad media; y como es de esas valerosas (y algo raras) mujeres

Que del deber por la terrible senda
Van á través del fuego y de la muerte,

en vez de componerse, y de irse á la Castellana á ofrecer algo nuevo á los que viven de lo que cae, se pone á filosofar como una bendita, y á echar la sonda en el corazón humano. De cuya aflictiva ocupación saca por último esta axiomática sentencia:

El esclavo que es fiel nos causa hastío,
Y amamos al tirano que nos mata;
Siempre es y fué la libertad más grata
Tener presa en otra alma el albedrío.

Yo no digo lo contrario, Sr. D. Ramon. Pero, ¿conviene decir esto en letras de molde, para que toda una generación lo sepa? Eso no es más que la apoteosis del cesarismo, hasta en el amor; y si eso es una verdad, que se cierren las puertas del Parlamento, que el mundo moderno de la autonomía se avergüence de sí mismo, y sobre todo que empiece el reinado de derecho de las faldas. ¡Oh! ¡Ha pensado Vd. en lo mucho que la inconstancia representa hasta como necesidad social? ¿Qué va á ser de los hombres el día en que las mujeres se convengan de que no pueden vivir sin ellas? Hasta hoy la garantía de poder hacer un cuarto de conversión ha salvado á muchos solteros, y á otros que no lo son. Horroriza el pensar que el corazón se declare esclavo de nacimiento.

De todos modos, amigo mio, vuelvo á mi esencial tema crítico: Vd. ha escrito cuatro poemas, pero no pequeños, ni quien tal vió; Vd. es un gran poeta, un gran pensador; pero Vd. flaquea por el título de sus obras. Si yo no le quisiera á Vd. tanto, le adularia guardando silencio sobre este punto; pero Vd. sabe, Sr. D. Ramon, que hay una moral hasta para la amistad literaria; y esta moral me lo impide. Titule Vd., pues, sus escritos en lo sucesivo con más exactitud. El nombre, digan lo que quieran los clásicos, importa mucho al objeto. Yo recuerdo que en cierta ocasión leí un libro titulado *Ideas*, de un escritor criollo, y al cerciorarme de que no había una sola en sus páginas me puse malo. Además, ya sabe Vd. lo dados que los españoles de la decadencia somos á dar ó injustos ó falsos nombres á las cosas: aquí se llama amigo á cualquiera que presta, y hombre á un necio, y liberal á un internacionalista, y señora á un vestido de seda con dos ojos tiernos, y conservador á un absolutista. No contribuyan, por lo tanto, Vds., los elegidos de la inteligencia, á inveterar y solidificar ese defecto patrio.

Siempre de Vd. afectísimo,

S. LOPEZ GUIJARRO.

EL DIA DE SAN ANTON.

¡Del Santo! ¡Del Santo!

I.

Hay en Madrid una calle, larga y de regular anchura, para la que suelen tener las de la corte, que, por parecerse á las demas tambien, no va muy derecha, aunque tampoco es de las que tuercen con exceso el camino. Comienza casi en el centro de la población y concluye en una cárcel, que antes era *Saladero* de cerdos, y ahora tiene, sino en salazon, en conserva, no pocos desventurados. De éstos los hay que, por ser presos políticos, serán mañana héroes, si antes no mueren de hambre ó fusilados, que tal suerte depara España á los que la quieren bien; los hay que entran punto menos que inocentes y salen depravados y más negra el alma que el infierno en donde, para daño suyo y vergüenza de nuestro nombre, han caído; los hay... pero no vamos á hablar de la cárcel de Madrid, y pues ya hemos nombrado á los moradores del Saladero más dignos de verda-

dera compasion, deshagamos en parte lo andado, teniendo el paso ante la modesta fachada de una iglesia.

Más modesta pareciera aún, si enfrente no tuviese la modestísima entrada del convento de las Recogidas, con la cual corren parejas el pequeño átrio que tiene delante, y la morada del capellan que se ve á la izquierda. De allí no debemos apartar los ojos sin advertir que, en tiempo de Carlos IV, era capellan de las monjas el buen poeta Iglesias, tan insigne por su gracejo como por la noble entereza con que se mantuvo siempre apegado á su humilde y honrado cargo, desdeñando las ofertas y agasajos sinceros del monarca.

Y ya que ante las Recogidas nos hallamos, bueno será advertir que el nombre no le llevan ni merecen en modo alguno las santas moradoras del convento; pero habia ó hay aún en éste una sala para recoger á las mujeres á quien sus parientes envian ó enviaban por castigo. En cuanto al verdadero nombre no es sino el de Santa María Magdalena de la Penitencia, cuya imágen se ve en el altar mayor. No nos detengamos; y poniendo la vista en frente, levantemos algo más los ojos, por ser necesario para abarcar de arriba abajo el edificio que tenemos delante.

El templo no es de grande importancia por su arquitectura; mas tiene en una de sus puertas las siguientes palabras del Salvador:

Sinite parvulos venire ad me.

«Dejad que los niños vengan á mí.» Pocas iguales á esta inscripcion hallará en el mundo el más insigne y antiguo epigrafista. En lo interior tampoco habria nada que llamase la atencion del artista ó curioso, si no estuviese en el altar del lado de la epístola un cuadro pintado por Goya, donde se vé el santo aragonés José de Casalan, fundador de las Escuelas Pías, comulgando y rodeado de multitud de niños, cuyas infantiles cabezas presentan notable contraste con el venerable aspecto del anciano. Lástima que el hermoso cuadro no tenga siempre la luz necesaria para verle bien. Sólo lo dicho basta para que nadie pueda considerar perdido el tiempo empleado en ir á la iglesia de San Anton, como la llama todo el mundo, en vez de San Antonio Abad, como deberia llamarla.

Por lo demas, y apesar de que la calle de Hortaleza viene á correr casi paralela, perdone el matemático que tal lea, á la de Fuencarral, no compite con ésta en alegría ni en buen aspecto. Con todo eso, tambien tiene cómodas casas y de buen parecer, que no es justo se ofenda de ver preferida la otra; sin contar con que hay un día en el año en que de tal suerte rinde parias todo Madrid á la calle de Hortaleza, que la de Fuencarral, con todas sus glorias reunidas, casi viene á quedar eclipsada.

Ya el 16 de enero comienzan á ornar esquinas, y no pocos portales de la primera, colchas y colgaduras de percal de diversos colores, señal en Madrid de alguna cosa extraordinaria, de las muchas que en él acaecen, desde una fiesta real hasta un pronunciamiento.

No llega á tanto lo que va á suceder, aunque vale mucho más, pues se trata de una fiesta popular en que toman parte de buen grado, altos y bajos, grandes y pequeños, todos los moradores de la córte. Ni es decir que todos vayan á pasar el día siguiente por delante de la iglesia de San Anton; pero son tantos, así bípedos como cuadrúpedos, los que á ella acuden, que bien podemos considerar íntimamente relacionada con el suceso á toda ó casi toda la poblacion, desde la buhardilla hasta el piso bajo... decimos mal, hasta la cuadra.

Á bien que, desde el día anterior, alegre clamoreo de campanas anuncia á la villa algo extraordinario. Vénse ya por todas partes panecillos del Santo, blancos, amarillos y encarnados, sin contar los montones de dulces que, bajo forma tambien de panecillos, acumulan los confiteros en sus escaparates. Esta clase de aprestos es mayor conforme se sube por la calle de la Montera ó se pasa por la de Fuencarral.

II.

Si poco tiene que ver la calle de Hortaleza en días ordinarios, todo cambia el 17 de enero. Es San Antonio Abad uno de aquellos bienaventurados á quien el vulgo ha solido aplicar más consejas, amen de su verdadera historia. Sus tentaciones, que no dieron poco que hacer y aún que inventar á los pintores flamencos, están representadas, ó digámoslo, resúmidas con el cerdo, animal inmundo, que ponen los artistas cabe su imágen; pero como al mismo tiempo es santo á quien suele mirar el vulgo con más cariño que respeto, vénganse las muchachas, amigas de paseo, del mal

tiempo que trae casi siempre consigo, repitiendo aquello tan sabido, y que nosotros modificamos un si es no es, en aras del hablar pulcro y decente:

«San Anton,
Viejo lloron,
Mete á las niñas en un rincon.»

Como si el buen santo tuviese la culpa de haber llegado á viejo y de no morir asaeteado de la manera que el hermoso y jóven, de quien las niñas cantan:

«San Sebastian,
Mocito galan,
Saca las niñas á pasear.»

Bien que á veces suele cansarse San Anton de llover siempre, y hay años en que manda despejar las nubes, aunque entonces la pulmonía se encargue de avisar á los hijos de Madrid que están en enero, y Guadarrama coronado de nieve á muy poca distancia. Con todo esto, los confiteros y vendedores de panecillos prefieren el sol y la pulmonía, que orillas del Manzanares no andan léjos uno de otra en invierno, al tiempo húmedo y templado, que siempre van juntos tambien, como nos está sucediendo al presente.

Por lo demás, llueva ó mate el cierzo serrano, el madrileño ha de dar su vuelta por la calle de Hortaleza, que fuera quitarle la vida el estorbárselo. La mañanita temprano despierta ya á los perezosos madrileños con los gritos: ¡del Santo bendito! ¡del Santo!!! con que los vendedores de panecillos pregonan su mercancía.

Gritos que arrecian conforme van pasando las horas, y no acaban sino bien entrada la noche. Gente de todas clases, pero en especial del pueblo, acude hácia la iglesia de San Anton. Los hay que se contentan con entrar, si pueden, y volverse; mas tambien son muchos los que emplean el tiempo en dar vueltas por la calle. El gentío aumenta por la tarde, de suerte, que aún en las calles inmediatas son grandes el movimiento y ruido.

Pero acaso los personajes de más representacion en la fiesta son los animales irracionales (perdonen los que por racionales se tienen); caballos, mulas y pollinos, que todos, dispuestos y enjanzados con aparato de fiesta, son llevados á la calle de Hortaleza y deteniéndose en la esquina de la calle de la Farmacia, allí reciben sus ginetes ó conductores la cebada bendita, por una reja abierta para el caso. Estas y otras cosas vió, no sabemos si con la debida conformidad cristiana, Juan Diente, natural de Távara, pueblo de la provincia de Zamora, que atraviesa la carretera de Orense y Vigo, y que rodean deleitosos prados y aún algunas arboledas, cosas todas raras, increíbles y casi pecados mortales por las regiones de Leon y Castilla. Lo que vió, sintió y padeció el tocayo de nombre y apellido del tan célebre balletero de maza de Pedro el Cruel, consta en la siguiente carta, que, despues de escrita á su señor padre, echó en el buzón que en la redaccion del periódico titulado *Justicia para todos*, habian puesto á la entrada del portal. Juan Diente, al ver el buzón debajo de un letrero que decia: *para todos*; no dejó de reírse de los madrileños, á quien tuvo por gente de menguado entendimiento y para poco, pues necesitaban ver encima del buzón del correo la advertencia de que servia para todos; con lo que echó su carta, sintiendo solamente no contar á su padre, honrado labrador de Távara, lo necios que, por semejante causa, le habian parecido los cortesanos. No era Juan Diente incapaz de sacramentos, aunque sí indiscreto, y de esa manera, algo le escoció no haber leído antes de echar la carta en el buzón otro letrero, que alguna buena alma habia puesto, como para completar el de *Justicia para todos*, y decia: *Menos por mi casa*. Paróse el hijo de Távara, y rascándose la cabeza, como que experimentó cierta duda acerca de si habia hecho bien ó mal en confiar la carta á semejante buzón. Más era jóven, rico para su pueblo, que su padre tenia tres yuntas de bueyes, y aunque no dejaba de escocerle la aclaracion de: *menos por mi casa*, al cabo se dijo:

«Si pusiera *menos para mi casa*, claro era que rezaba conmigo. Ahora bien: *por*, no es *para*, y la carta bien echada está.»

No exclamó con más valentía el romano: *¡Alea jacta est!*

Pero la *Justicia para todos*, ó mejor dicho, su redaccion, se habia declarado en quiebra aquella misma mañana; y, por lo tanto, se quedó un acreedor con el referido buzón; vendió al peso los papeles que habia dentro, y á mí me los trajo la cocinera, la cual suele tener de mi parte semejantes encargos para las tiendas en donde compra. Así vino á mi poder la carta de Juan Diente á su señor Padre.

Véisla aquí:

III.

Mi más querido padre: me alegraré que al recibo de ésta se halle Vd. con la más cabal salud. La mia es buena para lo que Vd. guste mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, etc., etc.

Perdone el lector, que no hay nada más difícil en este mundo que las *entradas y salidas*, así en las cartas, como en todos los demas actos y sucesos de la existencia. Y sigue Juan Diente:

El Sr. D. Protasio, por quien Vd. y yo hicimos tanto á fin de sacarle diputado, no sólo no fué á la estacion á recibirme, como Vd. me dijo que lo haria á luégo de recibir la carta en que le anunciaba mi llegada á la córte, sino que se debe de andar escondiendo, pues no le hallo en ninguna calle, apesar de que he andado por ellas seis horas de las ocho que llevo en Madrid. Con eso, me determiné á verle en su casa, calle de Hortaleza, número... uno de los sitios más apartados de este demonio de pueblo, pues no sé cuánto tardé en llegar desde el meson de la calle de Segovia en que vivo, y adonde volví para preguntar y que me enseñasen el camino mejor.

Creí que D. Protasio, tratando siempre de que yo no le viese, habia armado por su calle algun pronunciamiento. Figúrese Vd., padre, que aquello era un mar de gente, que si la viera Távara, se habia de preguntar dónde habia pan para tantos. Ello fué, que, sin darme por entendido, ni decirle á nadie lo que de D. Protasio sospechaba, llegué á la entrada de la calle de Hortaleza, no sin verme empujado, llevado y traído cien veces, ni hallarme expuesto á cada paso á ser atropellado por la multitud de caballerías, la mayor parte más lujosa y alegremente enjaezada que sus ginetes. Ya entónces me dije que aquello era demasiado para D. Protasio, y aunque no me afea nadie de que dicho señor se ha olvidado ya de nuestros servicios, pues ni contesta á nuestras cartas, ni ha ido á recibirme á la estacion del ferro-carril, con todo eso, mucho dinero hubiera tenido que emplear para hacer que tanto madrileño se agolpase á la entrada de la calle para cerrarme el paso. Demas que nadie daba muestras de conocerme, ni de saber que yo, Juan Diente, he estudiado latin en Zamora, y sé donde me aprieta el zapato.

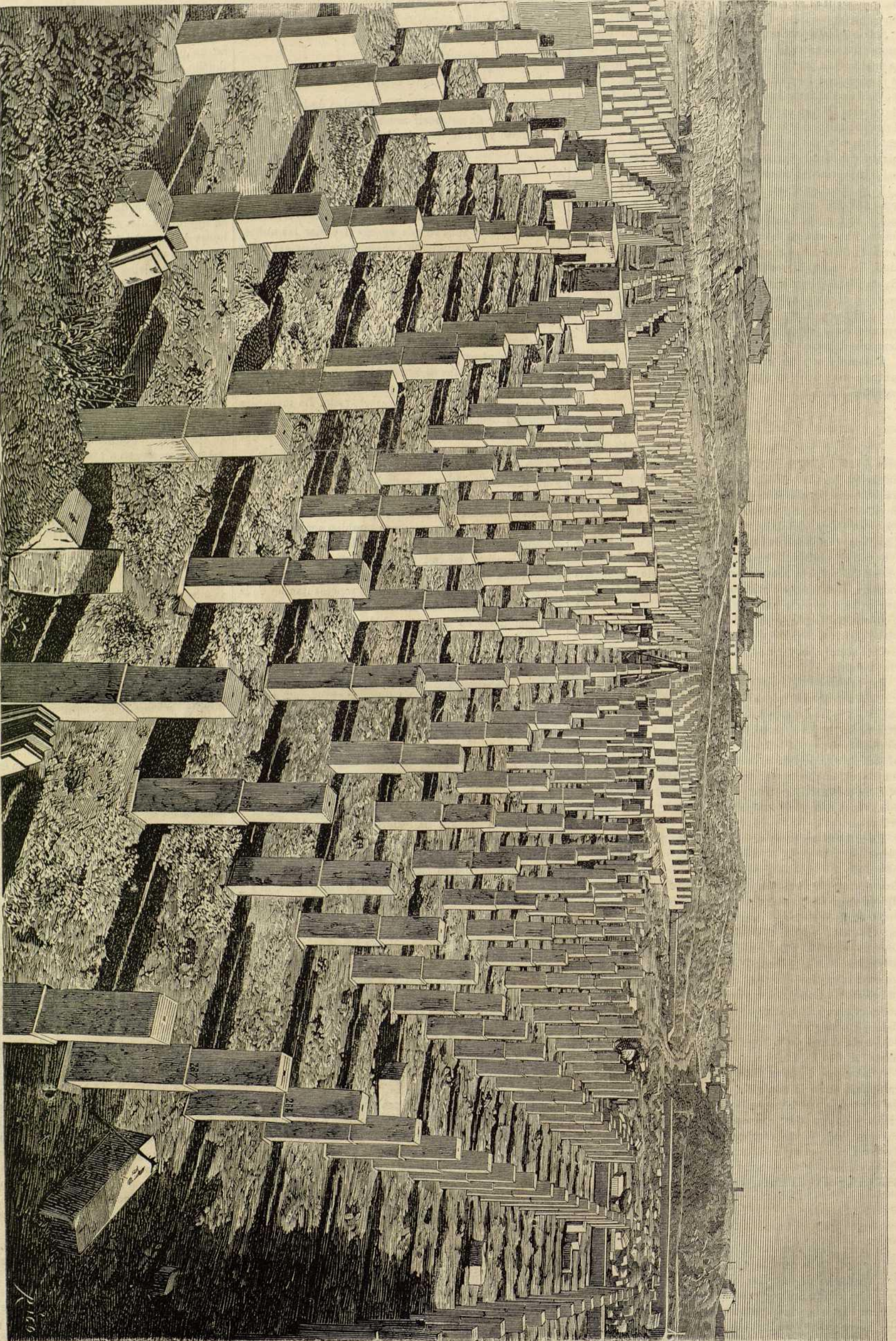
Pues bien: D. Protasio no hizo semejante cosa, pero debió de mudarse con tiempo á fin de que no pudiesen dar con él. La verdad era que yo habia ido á parar á una romería, ó cosa semejante; pero así recordaba el lodo de la calle de Hortaleza á los alegres prados y huertas de mi Távara, como el mes de diciembre al de mayo. Gente sí que habia más de la que era menester, gritos más de los que podia sufrir un cristiano, empujones más que pienso llevar juntos en toda mi vida, caballos, mulas, borricos de todos tamaños y edades, tantos que no cabrian entre Távara y Pozuelo.

Ello fué que yo iba mareado, sin saber qué era de mí, ni dónde pararme ó seguir, pues la gente hacia con el hijo de mi padre lo que tenia por conveniente. Ya llevaba andado buen trecho, y la gente me apretaba por todas partes de manera que no habia más remedio sino estarse á veces parado y mirar no se le viniese á uno encima tal cual récua de mulas, con más campanillas de las que debe de tener el bueno de D. Protasio desde que es diputado, gracias á lo mucho que trabajaron por él los Dientes de Távara. Algo más sereno, fui mirando enderredor, y me pude ir haciendo cargo de que toda aquella gente, aquel dejar desiertas todas las caballerías de Madrid y aquel vocerío continuo ¡del Santo! ¡del Santo! era en honra de San Antonio Abad, á cuya iglesia, que está en la calle de Hortaleza, se encaminaba todo el mundo.

Perdone el Santo, pero yo tenia que ver á nuestro diputado, y al llegar al núm... traté de entrar, y lo logré al cabo, no sin verme pisado, estropeado y aún maldiceido por todos aquellos dichosos madrileños, que tan á pechos toman el divertirse, y no querian les estorbára el paso. Ello fué que pude entrar en un portal de buena apariencia, donde, sin duda por aquel día solamente, habian permitido á un bollero tener su puesto de panecillos; que los pregonaba, señor y padre, con tan buenos pulmones, que aún tengo sus gritos descompasados en los oídos.

Se conoce que el día de San Anton es para los madrileños, y en especial para los que viven en la calle de Hortaleza, dedicado al Santo en todo, y más que nada, en tratándose de vender y comer panecillos, porque yo pasé sin que nadie me dijera nada, apesar de que dicen son tan poco tratables los porteros y porteras de Madrid. La del número... en que yo entré, estaba sin duda pensando en el Santo, pues nada me dijo, ni yo supe qué era de ella.

Seguro ya de hallarme en casa de D. Protasio, dije para mí: en cualquier habitacion habrá alguno de su



OBRA PUBLICA EN MADRID.—NUEVO DEPOSITO DE AGUAS DEL LOZOYA.

P. 1110



TORRE DE LAS DAMAS Y CASA EN QUE VIVIÓ MELGAREJO (ALHAMBRA DE GRANADA).

familia; pues aunque yo sé, y lo he visto en Zamora, que en Madrid viven casi todos por pisos, no es posible que hombres de la representación de nuestro diputado deje de tener por suya toda la casa. Pero estos madrileños se guardan que es maravilla, y cierran sus puertas á piedra y lodo. Llamé, pues, en el piso principal, pregunté por el señor, y díjome un criado:

—Adelante, en el balcon está.

Y entré, quedándome por el momento á oscuras. El criado abrió una puerta, que inundó de luz el oscuro recibimiento, y vi una sala primorosamente alhajada, en donde apénas me atreví á entrar. Pasé al cabo, pero... como iba diciendo, padre, los madrileños estaban aquel día consagrados al Santo á su manera. Dos señoras mayores que ví hablando á solas, y en sendos sillones, eran las únicas personas que habia en lo interior de la habitacion. Todas las demas estaban en los balcones, viendo pasar la gente y comiendo ricos panecillos del Santo.

Quedéme parado á la mitad de la sala, sin saber qué decir ni qué intentar, hasta que me llamó la atención un hombre que, en frente de mí, hacia exactamente lo que yo hacia. Un tanto repuesto, le miré más despacio, y hallé que era persona de buena estatura, color triguño, poquisima barba, larga levita abrochada y pantalón, ambos negros, y sombrero hongo en la mano. En resolucion, la misma cara, el propio aspecto, la *vera effigies* de su hijo de Vd. Juan Diente, como cuando se viste en Távora para el día del Corpus, la Asuncion, y alguna otra solemnidad por el estilo. Era yo, que jamás habia tenido delante de mí un espejo del descomunal tamaño como el que habian puesto en aquella sala.

—¡Rico debe de ser D. Protasio, dije yo, cuando tales espejos gasta!

Pero, padre, así se acordaban de su hijo de Vd. como de las nubes de antaño. Entónces, y no sin cierto disgusto de mí propio, al ver que mi traje y presencia, que yo tenia por superiores á toda alabanza, desmerecian un tanto en medio de los primores que me rodeaban, lleguéme al balcon más inmediato, y á un caballero, ya entrado en años, y de buena presencia, que me dió más confianza, le dije:

—¿Está el amo en casa?

—¡El amo soy yo! repuso el caballero con placentera sonrisa.

—Usted será amo de su casa, no lo dudo. Pero de ésta es amo D. Protasio...

Miróme el caballero, no sin sorpresa, y luégo dijo:

—Usted está equivocado. Aquí no hay tal D. Protasio. Hace pocos días que se han mudado los del piso segundo, y quizá en él esté el D. Protasio que Vd. busca.

Habia tal formalidad y firmeza en las palabras del buen señor, que hube de pedirle me dispensase, pues sin duda estaba yo equivocado, y haciendo una reverencia en redondo, busqué como pude la puerta del recibimiento. Allí oí un sonido semejante al son de aviso de la estacion telegráfica de Zamora, que debia de ser para llamar á un criado. Presentóse éste, como nacido del suelo; abríóme la puerta, salí, y dando nuestro diputado á Satanás, trepé por la escalera.

Llamé en el piso segundo, y aunque se oían voces de niños, idas y venidas en lo interior de la casa, nadie me abria la puerta, de suerte que me hicieron llamar no sé cuántas veces. Abrieron al cabo, y ántes de decir yo una palabra me dijo un hombre:

—Gracias á Dios que ha llegado Vd... Vamos, entre pronto, que estamos esperando.

—Eso es otra cosa, dije yo para mi capote. Esta es la casa de D. Protasio, y me esperan en ella.

—¿En qué está Vd. pensando que no entra? ¿Qué hace usted ahí, hombre de Dios? ¿Qué tales son?

—Estan buenos, repliqué; no dudando se trataba de mi padre y demas familia.

—Pues vengan pronto, vamos, ¡qué pesado es Vd.! Como este recibimiento es tan oscuro no se ve nada. ¿Están ahí?

—No señor, dije yo; no han podido venir, pero si Vd. se empeña, volveré.

—¡Volveré, volveré! Pero este hombre no sirve para nada. ¡Cuando le estábamos esperando como al santo advenimiento!

—Bien: lo que haré será dar la vuelta en seguida... Abrióse en aquel momento la sala y una señora exclamó:

—¿Han traído ya los panecillos?

—Qué panecillos, ni qué ocho cuartos, repuso el hombre que me habia abierto la puerta. Figúrate, mujer, que cuando yo mismo salgo á abrir á este majadero... creyendo que los traía consigo, se nos viene con que volverá por ellos.

El hombre, que era persona muy bien vestida, me

volvió en aquel instante la espalda; pero la señora, que desde que habia abierto no dejaba de poner en mí los ojos, dijo al cabo:

—Pero, Juan, ¿á que se ha puesto Vd. esa levita tan larga y tan fea para la calle?... ¿no le tengo dicho que para eso tiene la que le ha dejado el señor?

—¿Señora, qué está Vd. diciendo? exclamé fuera de mí. Díganme Vds. qué es de D. Protasio, y déjense de bromas, que apesar de mi nombre, no soy ningun Juan Lanás, y si hecho un voto, pardiez, ha de retemblar el suelo.

Quedáronse los dos mirándose, y de pronto la señora dijo:

—Mira, Antonio, no te incomodes. Págame su cuenta, y que se vaya... es lo mejor que podemos hacer.

—Señores, Vds. me quieren hacer perder la paciencia, dije, adelantándome hácia la puerta de la sala.

—Aquí están los panecillos, señorita, me oí decir á mí propio; sólo que no lo decia yo... Ello era, padre, que la voz aquella parecia la voz del mismo Juan Diente.

Si sorprendido y casi muerto de miedo estaba yo, lo mismo les sucedia al señor y á la señora que de tal manera me acababan de tratar.

—¿Quién es aquí Juan? preguntó el caballero.

—¡Yo!

—¡Yo!

Dijimos á un tiempo el de los panecillos y su hijo de usted. Entónces la señora, acercándose á nosotros, exclamó:

—Es que son tan parecidos... que, francamente... el ademán, la voz... sólo en los ojos, que los tiene más grandes Juan que este señor... En fin, y ¿á Vd. se le ofrece alguna cosa?

—Señora, exclamé; ó me dicen Vds. dónde está don Protasio, ó me desespero de veras.

—Sin duda viene Vd. equivocado, dijo el caballero, tomando un descomunal cucurucho de panecillos de manos de mi tocayo y parecido. Aquí no hay tal don Protasio. Entérole Vd., Juan, si puede, y cuide de cerrar bien la puerta.

En aquel momento entraron cuatro ó cinco niños y niñas, gritando:

—¡Los panecillos! ¡Los panecillos!

Rodearon al señor y á la señora, entraron todos en la sala, cerraron la puerta, y la algarazca fué prontamente cediendo, señal de que todas las bocas iban tapándose con panecillos del Santo.

Quedé sólo con mi tocayo, á quien le costó no poco trabajo el convencerme de que allí no estaba D. Protasio, por la sencilla razon de que se estaba muriendo en la buhardilla.

—¿En la buhardilla... D. Protasio? ¿Es posible?

—Suba Vd. y lo verá; me respondió.

A saltos trepé por la escalera, y al llegar jadeando á la puerta de un largo corredor que habia en el piso más alto de la casa, fuí á llamar, cuando hallé que la puerta cedia al más leve impulso.

—¿D. Protasio! ¿Está D. Protasio? exclamé, creyendo que todavía se me iba á escapar.

—¡Silencio, por Dios! Calle Vd., buen hombre, que está descansando un poco. Déjele reposar, ya que tan poco le queda de vida; me dijo una hermana de la Caridad, que se habia levantado para ver quién entraba de aquella suerte en la habitacion de un moribundo.

—¡Ahí está D. Protasio!

Lleguéme á él, y hallé un anciano de rostro enjuto y venerable, á quien no pude mirar sin mezcla de temor y respeto. Allí no me engañaban, aunque aquel no era el mal amigo que yo iba buscando. Díjome la hermana de la Caridad que el anciano habia vivido con una hija, muerta hacia tres meses, desde cuya época el desventurado se habia ido quedando poco á poco sin fuerzas y sin vida.

Subia el sordo rumor de la gente; oíanse á cada momento los gritos: ¡del Santo! ¡del Santo! y mientras la multitud desocupada y loca por divertirse se agolpaba en la calle, el buen anciano comenzó á murmurar entre dientes el nombre de su hija. Entónces, padre, me pareció que un rayo de luz divina iluminaba su rostro. Abrió los ojos, quiso hablar de nuevo, pero sólo le oí el nombre de Dios y el de la Virgen Santísima. Despues, todo quedó en silencio. Caímos la hermana de la Caridad y yo de rodillas á los piés de la cama. No sé cuánto tiempo pasó. Cuando me levanté, el ruido del mundo llegaba hasta el cadáver, ya helado.

Le miré de nuevo, y ántes de despedirme no pude ménos de exclamar:

—De seguro ha mirado el Santo por él. ¡Este sí que es del Santo!

FERNANDO FULGOSIO.

MANIFESTACION POPULAR

CELEBRADA EN MÁLAGA EL DÍA 1.º DE ENERO DE 1872.

No habrán olvidado nuestros lectores los tristes sucesos sobre los cuales no se ha hecho aún la luz que su importancia reclama, acaecidos en Málaga el día 1.º de enero del año 1869; sucesos que ensangrentaron las calles de aquella hermosa ciudad y causaron no pocas víctimas, muchas de ellas inocentes, llevando el luto y la consternacion al honrado vecindario y á todas las clases sociales.

La *Gaceta* del sábado 4 de dichos mes y año, daba cuenta en los siguientes términos de aquellos penosos acontecimientos:

«MINISTERIO DE LA GUERRA.—*Sucesos de Málaga.*—

Desde la madrugada del día 30 de diciembre, que se tuvo noticia en Málaga de la llegada del general Caballero de Rodas con las fuerzas de su mando á la ciudad de Antequera, se manifestó la Milicia ciudadana de aquella poblacion en actitud hostil, ocupando puntos importantes y formando barricadas. El brigadier Pavía, gobernador militar de la plaza, que llegó á las doce de la noche del 29, tomó el mando en la madrugada del 30, y en vista de la actitud de la Milicia adoptó sus disposiciones, colocando las tropas del ejército en puntos convenientes por si llegaba el caso de tener que acudir á la fuerza para someter á los que se habian rebelado.—

Antes de que llegase el caso de tener que apelar á tal extremo, el brigadier Pavía dirigió su voz á los Voluntarios armados, ordenándoles que se retirasen á sus casas abandonando las barricadas y evitando con su obediencia la declaracion del estado de guerra. Las exhortaciones del gobierno militar fueron escuchadas por algunos honrados milicianos que se retiraron á sus casas, en tanto que otros en gran número, cerca de dos batallones, se ponian á disposicion del alcalde popular; pero los revoltosos, que eran la mayoría, se fueron reconcentrando en los barrios de la Trinidad y del Perchel, que erizaron de barricadas. La noche del 30 pasó en la mayor tranquilidad, agotándose por las autoridades todos los medios posibles de persuasion, sin conseguir que desistieran de su actitud rebelde, pero sin que las hostilidades se rompiesen.—En la madrugada del 31 el general en jefe del ejército de Andalucía llegó con sus tropas á la estacion del camino de hierro de Málaga, y pocas horas despues, enterado del estado de insurreccion que dominaba en gran parte de la poblacion, publicó el siguiente bando*. En tanto el brigadier Pavía con las tropas de la guarnicion de Málaga ocupaba la Aduana, Alcazaba, baterías de San José y del Espigon, Banco, Ayuntamiento, San Agustin, palacio episcopal, catedral, cuarteles de Levante, Capuchinos, Merced y Trinidad.—El bando del general en jefe produjo por el momento una impresion favorable en los más obedientes; pero los discolos y perturbadores, al ver abandonar á sus camaradas algunas barricadas, hicieron correr voces alarmantes como la de que habian proclamado la república en varios puntos de Andalucía, con lo que consiguieron animar y enardecer á los incautos que volvieron á las barricadas preparándose para la lucha.—Con este objeto se dirigieron algunos á la batería del Espigon por cañones. Un comandante con dos compañías del ejército fué enviado á dicha batería con instrucciones sensatas y persuasivas, á fin de aconsejar á los insurrectos que desistiesen de sus propósitos, pero fueron recibidos á balazos; el fuego se rompió de ambos lados cesando despues de hora y media, y tomando parte dos goletas de guerra surtas en el puerto.—Al propio tiempo, es decir, en la tarde de dicho día 31, el batallon cazadores de Barbastro, que durante todo el día habia podido circular libremente, era hostilizado en Capuchinos, empeñándose la lucha, en la que tomaron parte contra los rebeldes el regimiento Iberia y dos compañías de Voluntarios mandadas por el primer jefe de su batallon, tomando á la bayoneta siete barricadas y poniendo en fuga á los revoltosos.—Á las nueve de la noche y apesar del bando del general en jefe se participó á los cónsules que al amanecer del siguiente día deberia atacarse enérgica y decisivamente, si los insurrectos no deponian las armas.—El coronel Búrgos, en las primeras horas de la mañana del día 1.º, salió á publicar el bando del general en jefe, siendo recibido por el fuego de los sublevados que contestó por su parte sin trabar lucha.—A las nueve se presentó al gobernador militar un jefe insurrecto anunciando la entrega de armas, exigiendo un plazo y proponiendo condiciones inadmisibles que se desestimaron por la autoridad militar, intimán-

* Suprimimos la reproduccion de este bando en obsequio á la brevedad.

dole la entrega, dándole un cuarto de hora de término, trascurrido el cual empezaron las hostilidades, rompiéndose el fuego por el castillo y los buques de la escuadra contra el barrio de la Trinidad, donde se hallaba reconcentrada la rebelion. Una hora más tarde el ataque fué dado por las fuerzas del general Caballero, que despues de una prolongada lucha dentro del barrio citado, sostenida hasta el anochecer, dió por resultado apoderarse de los barrios de la Trinidad y Perchel, y de los puentes de Tetuan y Santo Domingo sobre el Guadalmedina, tomando seguidamente la Alameda y barrio hasta la mar, plaza del Mariscal, paseo del Huerto de los Clavales, y todas las casas situadas en ambas márgenes del rio.—El brigadier Pavía, que aguardaba en su posición el momento de operar para proteger el ataque del general en jefe, formó una columna al ver tomado el puente de Tetuan y avanzó con intento de apoderarse de la puerta de Mar y calle Nueva, desistiendo de su propósito por haber encontrado las tropas del general Caballero que marchaban con el mismo objeto, por lo que retrocedió entónces por la calle de Santa María, y dirigiéndose hácia la plaza de la Constitucion se apoderó de las casas contiguas ya anochecido, y despues de sostener un vivo fuego, cogiendo un buen número de prisioneros. Más de 600 han caido en poder de las tropas, que se han batido con la mayor bravura y han rivalizado en arrojo y serenidad. Las barricadas han sido tomadas á la bayoneta, sin que los disparos de metralla á quemarropa detuvieran un momento á los valientes soldados."

Tal es el relato oficial de aquellas terribles jornadas, que nosotros no hemos de completar con el exámen de sus causas generadoras, ni con el recuerdo de sus cruentas consecuencias.

Al cabo de dos años el pueblo de Málaga ha presenciado la conmemoracion de aquellos sucesos, la manifestacion que con este objeto ha tenido lugar el día 1.º de enero y las exequias por el eterno descanso de los que perdieron la vida en aquella lucha fratricida, cuya responsabilidad, si los hechos se depuráran, tal vez alcanzara á todas las parcialidades que la provocaron y la sostuvieron.

Nosotros, que pedimos al cielo no se repitan esas catástrofes, cumplimos hoy con el deber que nos hemos impuesto de reflejar en las planas de nuestro periódico todos los sucesos importantes de actualidad, publicando el grabado que aparece en la página 28, hecho sobre un precioso croquis que nos ha remitido nuestro amigo y corresponsal artístico en Málaga, el distinguido pintor D. Emilio Ocon.

La manifestacion celebrada el 1.º del corriente mes, debió ser imponente. Poco despues de las doce partió de la Alameda la fúnebre comitiva ordenada por distritos, cada uno de los cuales llevaba una bandera negra con su corona de siemprevivas y laurel. Delante iba una música, y por acuerdo de la comision rompió la marcha el estandarte que la redaccion de *El Amigo del Pueblo* dedicaba á los que sucumbieron en el infausito día 1.º del año 1869. Una carretela enlutada conducia, en el centro de la manifestacion, una magnífica corona, y las cintas que partian del carruaje eran llevadas por varios de los que mandaron barricadas en aquellos tristes sucesos. Seguian al carruaje, vestidas de luto, algunas viudas, madres y huérfanas de los que perecieron en el combate, y no pocos de los heridos en el mismo.

Al llegar al cementerio formarian la comitiva ocho ó nueve mil personas. Colocadas las coronas sobre las tumbas, rodearon el carruaje los comisionados de los distritos, y el pescante de aquel sirvió de tribuna á los oradores Solier, Carrion, Torres, Gilabert y Sarmiento, que dirigieron la palabra al pueblo.

La reunion se disolvió pacífica y ordenadamente.

X.

DOS VOCES.

(SONETOS)

I.

LA DEL ILUSO.

Reinan aquí las dichas que ambiciono:
Seductor el placer, á sí me llama:
Tambien me espera clamorosa fama:
Mírame la ambicion desde su trono.

Ofréciéndolos plácida en mi abono,
La tierra fiel sus dones desparrama:
Cuanto soñó la fiebre que me inflama
Sabré gozar en lánguido abandono.

Reir con la esperanza el alma quiso,
Y me brinda sus plácemes la suerte,
Y alegres flores por do quiera piso.

¿Qué más puedo anhelar? — Párate ¡oh muerte!
No me arranques del nuevo paraíso
Donde, siendo feliz, me espanta verte.

II.

LA DEL DESENGAÑO.

¡No está en el mundo la ventura mia!
Todo en mi derredor causa tristeza:
Hasta el mirar la gran naturaleza
Redobla mi fatal melancolía.

De los hombres la pérdida falsa
Me despedaza el alma con crudeza:
Del tenaz infortunio la aspereza
Tiene á mi corazón en agonía.

Amo un bien infinito que deseo
Mas no puedo lograrlo en parte alguna,
Aunque claro en mi espíritu lo veo.

¿Se vive con tan bárbara fortuna?
Ven presta ¡oh muerte! Pues sin dudas creo
Que de vida mejor la huesa es cuna.

ANTONIO ARNAO.

IMPROVISADO

EN LAS RUINAS DEL TEATRO ROMANO DE SAGUNTO.

El viento de los siglos que derrumba
La torre, la cabaña y el palacio,
Ha rozado sus alas destructoras
Sobre tu mole, ¡augusto anfiteatro!
Tus piedras desgastadas por el tiempo
No marcan ya las huellas del romano;
El viento que agitó las cabelleras
De sus hijas gallardas, hoy callado
Entre las yerbas que salvajes cubren
Tus gradas ruinosas, pasa rápido.
El tiempo ha sumergido en sus abismos
Los séres que tus ámbitos poblaron
De animacion y vida, y en las ondas
Del olvido, perdidos van flotando
Los ecos de las risas que el gentío
Al histrión prodigó con sus aplausos.
Hoy el silencio augusto de las tumbas
Desploma en tu recinto solitario
La sombra de sus alas. Ya tus muros,
Al peso de los siglos inclinados,
Doblegan su alta frente á las injurias
De la lluvia y el viento. Pronco acaso
Rodarán por el suelo confundidas
Las negras piedras de tus régios arcos,
Y el pasajero pensativo y triste,
Dirigiendo la vista hácia el pasado,
Levantará en su mente tus ruinas
Que el peso de la gloria soportaron.
Tal vez un pié profane indiferente
El cariñoso musgo que su manto
Arrojará, cubriendo tus escombros;
Pero la Historia vengará, grabando
Tu nombre en letras de oro, tal ofensa,
Que si el tiempo arrebatara despiadado
Y los vientos del cielo airado arrojan
Tu mole, convertida en leves átomos,
Sobre el tiempo la Historia se levanta,
Y ella en su frente llevará grabado
¡Oh Sagunto! tu nombre, al remontarse
Brillando eterna como ardiente lampo
De una llama inmortal, sobre los siglos
¡Que al desplomarse su escabel formaron!

ANTONIO CHOCOMELI CODINA.

Junio 1871.

ARCO DE TRAJANO EN MÉRIDA.

Pocas ciudades alcanzaron la importancia que llegó á tener, durante la dominacion romana, la célebre Mérida (*Emerita Augusta*), á la que Prudencio llamó *Clara Colonia Vettoniae*, elogiándola con los siguientes versos:

*Nunc locos Emeritæ est tumula,
Clara Colonia Vettoniæ,
Quam memorabilis amnis Ana
Præterit, et viridante rapax
Gurgite, Mænia pulcra levat.*

Tantos y tan magníficos monumentos, que competian con los de Roma, contenia esta ciudad, considerada en tiempo de Pomponio Mela como la primera y más ilustre de la provincia lusitana, y á la que Cayo Plinio concede tambien prioridad entre todas las colonias, que no es raro dijera el moro Rasis, *que non ha home en el mundo que cumplidamente pueda contar las maravillas de Mérida*, ni es de extrañar que hayan llegado hasta nuestros días y se conserven en mejor ó peor estado numerosos y venerables restos de su antiguo esplendor, siendo objeto de estudio y de admiracion de las generaciones presentes.

Uno de esos monumentos que han resistido á la accion destructora del tiempo, y sobre el cual han pasado dieziocho siglos, impotentes contra su gallarda fortaleza, es el arco triunfal erigido en honor de Trajano, de cuya soberbia obra publicamos hoy una copia en la página 21 de nuestro periódico: fabricado con enormes sillares, presenta en el corte y distribucion de las piedras, en la pureza de sus líneas y en sus bien entendidas proporciones, todos los caracteres que revisten las construcciones de su género y de su época; pero no ofrece peculiaridad alguna que merezca una descripcion especial.

Se mantienen igualmente en pié el famoso puente sobre el Guadiana, algunos pilares, entre ellos varios con tres órdenes de arcos, unos sobre otros, del Acueducto; las ruinas del Circo; restos del templo de Diana con no pocas arosas columnas de cuarenta piés de altura, y otros muy curiosos y de inapreciable valor á los ojos del arqueólogo, entre los cuales ocupan el primer lugar los de la Naumáquia, que hoy llaman vulgarmente *Baño de los romanos*, y que era en los tiempos de éstos un grandioso estanque sostenido por robustos muros en que se daban vistosos espectáculos de combates navales.

X.

LA CASA DE DON MARIANO MONASTERIO.

(MADRID.)

Entre las lindas construcciones que se levantan todos los días en la Fuente Castellana, fija la atencion de los curiosos por la novedad de su forma, y de las personas reflexivas por el nombre grabado en sus muros, una casa de las últimas del paseo.

Su dueño ha querido dar una muestra del partido que se puede sacar de la madera convenientemente preparada para la ornamentacion de los edificios, y debe estar satisfecho del elegante mirador central, en el que sobresalen la atinada combinacion de los adornos y proporcion de las líneas.

Obrero inteligente, el Sr. Monasterio ha distribuido su casa conforme á las necesidades de una familia, y nada falta en ella para satisfacer las exigencias que reclaman los adelantos de la época presente. En la parte de atrás tiene estensos almacenes y espaciosos taller; pero lo que más llama la atencion es una palabra esculpida en el muro de la azotea como nombre ó emblema de este bonito edificio levantado á fuerza de trabajo. *Ponos* (trabajo), es esta palabra con la que, sin duda, ha querido indicar el propietario de tan bella construcion que el trabajo es una de las fuentes más copiosas de la riqueza, uno de los medios más legítimos y honrosos de adquirirla.

V.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,
ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Entre las solemnidades literarias que van teniendo lugar, á medida que reanudan sus tareas académicas las corporaciones sábias de nuestro país, merece mencion distinguida la apertura de las cátedras del Ateneo Científico y Literario de esta corte. Celebróse la sesion que para tan importante acto fijan sus estatutos el día 25 de noviembre próximo pasado, y no sólo sirvió de grata complacencia á los que asistieron observar el número y escogido concurso que á sus salones atraia la académica fiesta, y saber que eran muchos los hombres notables que pensaban abrir cátedras durante este invierno, sino que se congratularon sobremanera por haber escuchado el notabilísimo discurso que pronunció el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Ateneo. Bien es verdad, que, sabiéndose de



MANIFESTACION POPULAR CELEBRADA EN MÁLAGA EL DIA 1.º DE ENERO DE 1872.

antemano que iba á pronunciar el Sr. Cánovas el discurso de inauguración de las tareas anuales, pudo suponerse por los concurrentes que podían admirar una vez más la facilidad de lenguaje, la alta corrección de estilo, la galanura y atractivo de la frase, la profundidad de pensamiento, la belleza y la importancia, en fin, que sabe dar á la idea y con que reviste la forma de sus discursos este joven orador político. No obstante, el discurso del Sr. Cánovas excedió á lo que en una mera reunión académica podía exigirse de su propia reputación y del objeto de aquel acto literario. Bellísimo como discurso académico, profundo como disertación filosófico-política, no sólo se vió allí al presidente de la distinguida Corporación que reanudaba sus tareas y á quien era fácil cumplir en breves palabras con su cometido, sino al historiador, al filósofo, al hombre de Estado, á quien la inestabilidad de las cosas humanas,

la incertidumbre del porvenir y lo providencial de los grandes acontecimientos de la sociedad, preocupan y dedican á serias, muy serias meditaciones.

Las graves preocupaciones que inspiraban un año há sus palabras debieron ser compartidas, dijo el Sr. Cánovas, por los profesores y los socios más asiduos del Ateneo, cuando tal y tan eficaz atención han prestado después, lo mismo en las secciones que en las cátedras, á los peculiares problemas de nuestra época, sin desatender por eso las fundamentales y serenas especulaciones que son igualmente propias de todos los siglos. Muchas de las fáciles predicciones de su discurso anterior, añadió el Sr. Cánovas, se ven ya cumplidas. "Rendida está la Francia, dijo con solemne entonación el señor Cánovas del Castillo; restaurado el imperio germánico, y aquella edad que sucedió á la intitulada Edad Media, ostentando el título de Moderna, desde el si-

glo xv hasta ahora, puede darse por terminada." ¡Quién sabe, pensábamos nosotros, si con más acierto merece todavía nuestro siglo hallarse en plena Edad Media! Pues qué, ¿son tales sus virtudes y su civilización, han sido en él tan escasas las traiciones y las guerras, han sido mayores en número los días serenos que los destinados á inmensos cataclismos?

"Los últimos acontecimientos, añadía el orador, han dado lugar á que el organismo del género humano, bien poco diferente en su esencia desde la formación de los reinos y repúblicas griegas hasta ahora, experimente así en sus formas como en la distribución de sus fuerzas una modificación durable y honda. Básase tal organismo en la histórica existencia de las naciones, las cuales constituyen la mayor sociedad y la más extensa familia, y la más poderosa y respetable persona jurídica que el hombre produzca ó cree, al propio

tiempo que establecen una division geográfica y natural del inmenso trabajo humano. Dentro luego de cada nacion, aparece dicho organismo envuelto en las formas complejas y distintas que recibe la indispensable y comun institucion del Estado. Y claro es, señores, que tamañas alteraciones como todo esto acaba de experimentar en Europa, tenían que estimular, ya que no engendrar por sí solas, cual en otras parecidas ocasiones, movimientos, tanto y más graves, en la totalidad y las profundidades del órden social. Han venido así á juntarse, por consiguiente, difícilísimos problemas sociales con las cuestiones políticas, harto complicadas ya de la edad presente, acrecentando por todo extremo la confusion y la alarma. Manifestó acto continuo el Sr. Cánovas cómo puestos por tierra los más de los antiguos tronos latinos, abolido el poder temporal de los Papas, desbaratado el imperio francés y nuevamente alzado el germánico, de esperar era en verdad, que suspendiese la Providencia sus duras lecciones; y lejos de eso, las guardaba más ásperas! Pero, ¿á qué referirlas menudamente, exclamaba el presidente del Ateneo, cuando todos por igual las conocemos? "Ya el año pasado anticipé aquí la idea de que la grave crisis que estaba atravesando la Europa, por causa de la guerra pendiente entre Alemania y Francia, consumaría el descrédito del sistema político que impusieron los revolucionarios de 1789 á su nacion, y tomó de allí el resto de la gente latina; y por cierto que no me desmienten los hechos. Baste, no obstante, con recordar ahora que mientras luchaban entre sí desigualmente los más fuertes de los Estados, los más belicosos de los soberanos, los más acreditados de los ejércitos de la tierra, la demagogia comunista, natural é irreconciliable enemiga de todo Estado, de toda soberanía, de todo ejército, como de cualquiera agrupacion ó fuerza disciplinada, ha logrado otra vez cambiar sus tenebrosos antros por la luz del sol, ofreciéndose á nuestra vista con más siniestro aspecto aún que en 1848 presentara." Recordando en seguida el señor Cánovas las huellas todavía humeantes de sus pasos por la gran capital del mundo civilizado, por París, cuyos recientes horrores son más convincentes que todos los artificios retóricos, declaró que ni era pesimista ni le espantaba la contemplacion de los sucesos contemporáneos. "Para ello, dijo, seria menester que no confiase tanto cuanto confío en la intervencion de la Providencia en la historia, y no siendo pesimista, de nada debo especulativamente espararme. Para mí todo tiene en el tiempo su razon manifiesta ó latente; y todo espero que á la postre ha de servir para mejorar en esta vida la suerte de los hombres y hacerles ganar el bien eterno. Impensados, y dolorosos, y grandes son muchos de los actuales sucesos, á no dudarlos; pero la historia del humano linaje los ofrece tamaños, que nadie que á fondo la conozca, puede desesperar del porvenir, ni extremar en lo presente su espanto. Mayor que la de los sucesos es la magnitud de los problemas sociales hoy planteados y no resueltos; y como quiera que semejantes, y acaso idénticos, y tanto ó más difíciles los ha hallado ya y resuelto la especie humana, ni ellos tampoco deben poner miedo en el alma. Pero son muy costosos, engendran sobrados padecimientos y producen harto irreparables yerros los experimentos y tanteos de reforma social, encaminados á un fin químérico, para que sea posible, ni lícito tratar de ellos friamente; y de aquí procede tan sólo la vehemencia de algunas de mis frases."

Declaróse con estas frases el Sr. Cánovas, una vez más, no sólo filósofo y político, sino político cristiano,

y aún adelantaba más en su discurso, cuando aseveraba que no cabe buena política, ni puede haber seguro progreso en las ciencias morales, *sin un justo concepto de la vida y de la muerte.* "Porque lo profesan muy errado los pesimistas, percibiendo sólo en el hombre lo malo que tiene, suelen entristecer y aún achicar la vida; más, al cabo y al fin, no la corrompen. Los optimistas, añadió, por el contrario, falsificando la naturaleza y el objeto real de la vida, la corrompen primeramente, y, mal su grado, la llenan tambien luego de desengaños y, por consiguiente, de tristeza. Fácil me fuera, sin salir de la esfera abstracta y teórica, en que, por deber como por voluntad, encierro aquí mi pensamiento, determinar los



EXCMO. SEÑOR DON VICENTE BARRANTES.

errores de optimismo, que tanto agravan hoy las endémicas enfermedades del cuerpo social; más ya que no lo consienta el principal asunto de mi discurso, por lo ménos, he de desvanecer cuantos al paso encuentre. Que en suma, señores, ya que se deba huir cuidadosamente del impío pesimismo, por una parte, más hay que huir, por otra, si cabe, del insolente y superficial optimismo. Para quien seriamente piensa en los grandes y eternos conceptos de Dios y del hombre, del individuo y de la especie, de las naciones y de las razas, del Estado y de sus miembros, de la libertad y de la autoridad, del cuerpo físico y del alma espiritual é inteligente; para quien contempla en su admirable suma y conjunto todos estos vários é irreductibles elementos, que constante y necesariamente tienden y caminan á concertarse en el espacio y el tiempo; para quien dilata su conciencia por las regiones serenas de la verdad indagada, demostrada y elevada á científica, ni uno ni otro falso sistema de estimar la vida, puede ó debe tener crédito alguno."

"Es, sin duda, imposible, añadió el orador más adelante, que como algunos pretenden, reemplace á Dios en sus funciones dentro del órden moral, el espíritu humano, ni aún considerado abstractamente. Porque él así y todo es contradictorio, falible, variable; y lo mo-

ral y lo justo, si una vez se admiten, por fuerza hay que admitirlos, y guardarlos, como conceptos idénticos, universales y eternos. Todavía ménos podrá sustituirse nunca con la divinizacion del alma en cada hombre, cual otros intentan, el concepto universal de Dios, puesto que á despecho de la teoría de lo absoluto inmanente y del optimismo panteísta, que es su inmediato engendro, la tendencia al bien, y la tendencia al mal, libran batallas continuas en el fondo de cada individuo; y lo inmaterial, lo moral, lo bello, se ven allí disputado el campo, á todas horas, por lo material, lo inmaterial y lo feo, triunfando el mal, ó el bien, en unas personas mismas, alternativamente. Y si es verdad,

señores, que la libertad del hombre la afirman sus propios errores, no lo es ménos que ellos afirman y prueban al tiempo mismo, la existencia de algo por separado que no puede errar, como con efecto existe y no yerra. Negar esto último, y de consiguiente á Dios, es negar la realidad de cuanto dentro de sí tiene el hombre para sobreponerse á la imperfeccion de su propia naturaleza, y de cuanto fuera de sí necesita para no contentarse con satisfacer sus gustos ó pasiones individuales, y ejercitar ó hacer ver, cuanto tiene de peculiar y excepcional entre los seres. Y en resolucion, señores: cuando en las *Lecciones de Teodicea popular*, se afirma aquí á Dios, se afirma por de contado y con eso sólo la realidad de todo el órden moral, así como al formular semejante afirmacion racionalmente, se afirma tambien la razon, es decir, el poder y la excelencia del libre espíritu del hombre. Tan grande es, pues, el alcance de la enseñanza de la *Teodicea*, nunca quizá tan oportuna, como en los tiempos presentes. Nadie negará tampoco que sea oportuno, continuaba el Sr. Cánovas, el tratar concienzudamente en el Ateneo, del Estado y sus relaciones con los derechos individuales y corporativos. El estudio de la naturaleza propia del Estado, la determinacion de su esencia durable, y de sus atribuciones y formas contingentes, dan hoy dia lugar á cuestiones no ménos afanosamente planteadas, que constante y profundamente debatidas. Y no hay que tornar la vista, dándonos ligeramente por hastiados, en cuestiones, de cuya diversa apreciacion en tanta parte provienen las inquietudes, los peli-

gros, y las perturbaciones contemporáneas. Diré aquí más, aunque no sea ya la vez primera que lo digo, y es, que, a medida que la incredulidad y la duda adelanten (mientras vayan adelantando por el mundo), mayor será la necesidad de tal estudio, porque ha de ser tambien mayor la necesidad de dotar á la humanidad de propios organismos, con que se baste á sí misma, en cuanto es posible, durante la ausencia de lo sobrenatural, de lo trascendental, de lo extramundano, que nunca será completa, ni muy larga."

Fácil es concebir como abordando cada vez con más profunda intencion el Sr. Cánovas éstas tan importantes como espinosas cuestiones, aumentara de grado en grado el interés de los oyentes, en quienes podia haber, muy enhorabuena, creyentes y escépticos de diversas escuelas, de muy variada tendencia; pero manifestábase de un modo general el interés con que todos oian su fácil, su viva, su religiosa palabra. Por esto como nunca ha llamado la atencion el discurso de inauguracion del Ateneo; porque en una época de profundas escisiones y de osadísimos propósitos filosóficos, atraen y obligan á meditar, aunque no á todos conviertan, los pensamientos de los hombres aplicados que dedican sus vigiliás á tan serios estudios.

La Economía política, buscando su complemento en

la Moral y la Religión; la influencia del Estado en el bienestar de los asociados ó de las sociedades, y la importancia práctica de ciertos problemas políticos de hoy día, ofrecieron al Sr. Cánovas vasto campo para lucir sus conocimientos históricos, manifestar sus dotes de filósofo y sus creencias como político. «No satisfacen ya, exclama, según sabéis, á la escuela igualitaria de estos tiempos, el derecho común y la democracia, es decir, la libre concurrencia, en todos los países latinos establecida ya, para disputar y obtener imperio, honores y bienes de fortuna. No les basta á los novísimos reformadores con que ya no se herede en muchas partes el poder público, ni tampoco se hereden las funciones, las dignidades y los altos lugares del mundo, sino que aspiran á destruir el medio orgánico de la continuidad social y el único vínculo que reste entre las generaciones sucesivas, para mantener la completa solidaridad humana al través de los siglos; el único, digo, y siempre el más indispensable, que es la herencia individual de la tierra. Mal defiende á la herencia y á la propiedad misma esa escuela política y económica que, contentándose con que la humanidad viva al día, va paulatinamente desterrando del mundo el antiguo y fecundo principio de continuidad ó sucesión, que ántes informaba todo el órden social. En lo económico, apenas ha producido otro argumento importante dicha escuela, que aquel conocido sofisma de Bastiat, tan enemigo de los ajenos sofismas, por medio del cual intentó demostrar vanamente, que el dominio y posesión individual de la tierra la dejaban tan libre, tan inagotable y tan por igual á la mano de todos, como están los inapreciables agentes naturales, que se llaman luz ó aire. La propiedad de la tierra, que en virtud de la herencia prolonga más allá del sepulcro la familia, y con la familia la patria, y con la patria el órden social todo entero, no puede explicarse ni defenderse por nada actual y pasajero, sino que hay que derivarla por fuerza de lo que es permanente en la vida. Ni la propiedad individual, ni la familia misma, serían ciertamente indispensables para una limitada vida de hombre: donde lo son con evidencia, es en la sucesión y proceso de la historia. Sin elevar, pues, el principio de continuidad y sucesión á la ley fundamental humana, nada se explica satisfactoriamente en el órden civil, y mucho deja de explicarse bien asimismo en el órden político. Con él, por el contrario, hallan al punto razón suficiente la propiedad, y la familia y la patria; y aun aquella forma del poder político, que en mi opinión lleva á todas ventajas, que es la hereditaria, la monarquía.»

Con no menos elevación de ideas pretende penetrar el Sr. Cánovas en los arcanos del por qué de las revoluciones, y dice que ni la historia, ni la economía política, ni el derecho público, desvanecerán jamás los errores sociales del comunismo. Halla imprescindible la religión para conservar y mejorar la suerte de la especie humana, y cree que sólo el Estado puede hacer inviolable la propiedad y la familia. Pero aquí entra la vacilación y la duda, y en cierto modo preguntaba el orador si podría perecer el Estado. «El Estado tendrá que salvar á la larga á los individuos, ó para decirlo con más exactitud, los individuos mismos buscarán desalados y ciegos su salvación en el Estado, cuando ya les falte el aliento para seguir nadando en el mar de la anarquía.» De aquí es que dando tanta importancia al Estado, no podía por menos de estudiar el digno presidente del Ateneo la eficacia de las diversas formas que recibe, y si bien á grandes rasgos trazó el actual modo de ser de Inglaterra, explicó por qué aquella nación poseyó en gran parte la libertad política, cuando las otras naciones no la sospechaban siquiera. «La república disfrazada que allí se llama monarquía, propende, sin duda alguna, á quitarse la máscara.» Como quien ha hecho profundos estudios sobre las diversas constituciones políticas que rigen la sociedades europeas, decía el señor Cánovas: «pero la marea del sufragio sube, y sube, en Inglaterra también constantemente. Y el día en que de verdad cambie el poder de manos, pasando por completo de las de los ricos á las de los que nada poseen; el día en que la envidiable excepción que donde quiera constituye la riqueza no esté mantenida por una fuerza política igualmente excepcional y predominante, en el organismo constitucional, proporcionada á la importancia de la excepción misma y á la intensidad de la envidia que ya en el proletariado excita; el día en que poniéndose de moda la retribución de los cargos públicos, deje de haber, cual hay ahora, con consentimiento común y utilidad general, según he dicho, una clase gobernada y otra gobernante, por heredada y adquirida sabiduría previsora, prudente, conservadora; el día, por fin, en que la especie de superstición monárquica que tanto ayuda allí todavía á la espontánea obediencia, se

desvanezca ó considerablemente se aminore, por el creciente y maléfico contagio de las ideas continentales, la Inglaterra pasará también amargas horas, como las ha pasado otras veces. Porque las razas, señores, producen distintas aptitudes é inclinaciones sin duda; pero ni la diferencia de aptitud, ni la de inclinación entre los hombres pasan de cierto límite, por lo cual son todos los hombres capaces de unas cosas mismas, ántes ó después, y en mayor ó menor grado.» Estas mismas consideraciones tan profundamente políticas y filosóficas del Sr. Cánovas, nos traían á nosotros á la imaginación, otras reflexiones más vulgares, más prácticas; pero no ménos atendibles y consoladoras para cada tendencia política. Es indudable que al empuje del comunismo podrán desaparecer otras instituciones, hundirse los troncos y perecer las monarquías, pero la historia de la humanidad ha presentado millares de veces el ejemplo de estos vaivenes, de estas variaciones. Del cansancio de las monarquías nacen las repúblicas, y del abuso de las repúblicas vuelven á surgir las monarquías. Versando el discurso del Sr. Cánovas sobre tan importantes cuestiones, ¿qué mucho que fuese oído con interés por los concurrentes, y que luego haya sido comentado, ora á favor de las ideas en él emitidas, ora en contra, por la generalidad de la prensa política. Es lo cierto, de jando aparte la mayor ó menor simpatía que puede infundir á cada uno la escuela política en que milita el señor Cánovas, que su discurso llamó sobremanera la atención, y que fué digno de la brillante reputación literaria del elocuente presidente del Ateneo.

También la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación celebró sesión inaugural el 18 de noviembre, leyendo el presidente de la misma, Sr. D. Cristóbal Martín de Herrera, un notable discurso que fué oído con vivo interés, porque versaba sobre un asunto crítico, muy crítico hoy, por rozarse con la política palpitante, con la política revolucionaria de nuestro país, que según se dice vulgarmente, viene constituyéndose desde 1812; pero que no acaba de constituirse nunca. Tomó el Sr. de Herrera por tema la siguiente pregunta: *¿Qué efectos debe legítimamente producir en las relaciones del Estado con la Iglesia la libertad de cultos, tal como ha sido consignada en el artículo 21 de la Constitución de 1869?* «No cabría dentro de los límites de este discurso, dice el presidente de la Academia, el juicio crítico de las reformas civiles y penales ya verificadas, aunque con carácter provisional: sólo expondré como indicación preliminar del punto de vista desde el cual examinaré luego la cuestión que me propongo tratar exclusivamente, que la importante ley del matrimonio civil no está, á mi modo de ver, inspirada ni en la recta inteligencia del artículo 21 de la Constitución, ni en el verdadero sentimiento católico que hubiera sido tan fácil hermanar en la materia con las exigencias de la libertad religiosa. Al obligarse la nación á mantener el culto y los ministros de la religión católica, garantizando, sin embargo, el ejercicio público ó privado de cualquiera otro culto á todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho, garantía extensiva á los españoles si algunos profesaren otra religión que la católica, la Constitución proclamó altamente un hecho que de día en día adquiere mayor notoriedad y consistencia: el de la universalidad del sentimiento católico en España con excepciones raras, y éstas no en favor de ninguna otra de las religiones conocidas; y consiguientemente declaró la continuación del deber en que por los más justos y solemnes títulos, venía constituida la nación, de subvenir á todos los gastos del presupuesto eclesiástico. Ahora bien: en un país donde esto sucede ¿qué necesidad, ni qué conveniencia, ni qué razón había para obligar á los católicos, esto es, á la casi totalidad de los ciudadanos, á reiterar la celebración del matrimonio ante un juez municipal? ¿No ofreció durante muchos siglos al legislador civil plena confianza la forma canónica del acto ante el párroco, sin que jamás perjudicase á ninguna de las condiciones que la ley requiere en él, para calcar sobre el mismo todos los derechos y obligaciones de la familia en cuanto á las personas y á los bienes? Y si lo que se quería era secularizar el registro, Alemania, Inglaterra y Portugal, en donde el registro civil existe al lado del matrimonio religioso, enseñan que para ello no era necesario imponer á los católicos un gravamen tan considerable, ni inferir á sus creencias la ofensa de no tener por válida ni suficiente la forma sacramental que siempre había sido respetada por la legislación española. Esto sin considerar por otra parte lo que aquel gravamen y esta ofensa se aumentan al hacer necesario para los que sólo ven autoridad y jurisdicción en la Iglesia respecto á las graves y delicadas cuestiones matrimoniales, un juicio doble ante los

tribunales eclesiásticos y civiles en tales asuntos. Todos estos males se hubieran evitado facilísimamente y sin perjuicio de la verdadera libertad de cultos, adoptando el sistema que prevalece en Inglaterra y en la mayoría de los Estados de Alemania, en virtud del cual el poder civil reconoce la validez y eficacia del matrimonio religioso para todos sus efectos en la familia y el Estado, y al mismo tiempo tiene establecido un matrimonio puramente civil para aquellos ciudadanos que no pueden celebrarlo por ningún rito, á causa de no profesar ninguna religión positiva. En España hubiera bastado, como en Portugal, seguir respetando el matrimonio católico con todas sus consecuencias, estableciendo como supletorio el civil, una vez que ninguna otra religión ha tomado ni probablemente llegará á tomar carta de naturaleza en este país, confirmándose la opinión de los que creen que en general la raza latina está destinada á no ser sino católica ó racionalista. Pero por aplicar á cuestión tan interesante el criterio radical, cuya condición es no atender lo bastante á la tradición; á los sentimientos y á los hábitos del pueblo para quien se legisla, trasladando crudamente las teorías desde los libros á los códigos ó de una nación á otra, se ha hecho una ley difícil de encarnar en las costumbres del pueblo español, dando lugar entretanto á un estado de cosas gravísimo, en el cual se encuentran en incierto muchas uniones conyugales con todas sus trascendentales consecuencias, y en suspenso las cuestiones más urgentes y graves relativas al lazo matrimonial, al estado civil y á los derechos é intereses familiares.»

Con tan importantes premisas raciocina el Sr. de Herrera, apoyándose en consideraciones filosóficas de no poco peso, en la historia, en las legislaciones antiguas, y al fin en la misma libertad de la Iglesia y del Estado, concluyendo con desaprobar la manera como ha sido establecido el matrimonio civil, y haciendo un apasionado elogio, como jurisconsulto, del sistema, relaciones concordadas entre el Estado y la Iglesia, debido á Covarrubias, Salcedo, Cañada, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos y tantos otros.

«Ese sistema», dice el Sr. de Herrera, terminando su discurso, es el liberal, sí, en el más recto y verdadero sentido de la palabra, pues ¿qué sería de la libertad en nuestra amada patria si no hubiese puesto sus cimientos con la emancipación de la sociedad civil, la escuela jurídica de que aquel procede? Es también liberal bajo el aspecto de la justa protección que dispensa á la Iglesia; pues, ¿acaso no fué la Iglesia la que esparció en el mundo las primeras semillas de la moderna libertad, tan diferente de la que con este santo nombre se conocía en el mundo antiguo? ¿No tiene la idea liberal encarnada en su dogma, en su moral y en sus instituciones? ¿No es ella la que emancipó al esclavo, dió dignidad á la esposa y á la madre y mejoró la suerte del hijo de familia suavizando la patria potestad? ¿No elevó la condición del ciudadano que en las antiguas repúblicas desaparecía en la personalidad absorbente del Estado? ¿No fundió la civilización romana con el carácter y costumbres germánicas estableciendo el equilibrio entre el elemento social y el individual, sin el cual no pueden existir el órden y la libertad política? ¿No salvó la civilización y la ciencia en la Edad Media? ¿No ayudó á reconstruir las monarquías sobre las ruinas del poder feudal? ¿No ha transigido después con los principios modernos y con las nuevas formas de Gobierno? Y si por desgracia una bastarda escuela, afectando defender sus espirituales intereses, la perjudica hoy con funestas exageraciones é intransigencias, debemos esperar que muy pronto sobrevenga una saludable reacción hácia la política tradicional de la Iglesia, restableciendo una vez más su saludable concordia con el poder civil.»

El Sr. vizconde de los Antrines, secretario primero de la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación, leyó en la misma sesión inaugural una Memoria ó Reseña de los trabajos en que tan útil corporación se ha ocupado durante el año académico de 1870-1871. Hemos hecho mal en calificarla, como modestamente se califica esta reseña, de *memoria*. Es un libro, es la historia detallada, verdadera, razonada y concienzuda de todos los estudios, disertaciones, discusiones públicas y demás trabajos habidos en la Academia. Y no se crea que los trabajos de este cuerpo literario y científico se reduzcan meramente á la ilustración de alguno que otro punto relativo á las leyes por que se rige nuestra patria. En su recinto se han abordado todas las cuestiones, se han pronunciado discursos notabilísimos, y al lado de eminentes repúblicos y de jurisconsultos consumados, han esgrimido las armas de la oratoria notabilidades ménos conocidas aún, pero no ménos prometedoras de estudio, de reflexión y de talento. Ora se discutiese la *libertad de imprenta*, ora sobre las *artes liberales y artes*

serviles en el terreno del derecho, ya fuese el divorcio civil y canónicamente considerado, lo que llamase la atención de los académicos, ya la interpretación de la ley 29 de Toro, ó la reforma del Código penal español en lo relativo á delitos de imprenta, siempre supieron dar los diversos individuos que tomaban parte en las cuestiones interés á la discusión y belleza á las formas oratorias. El concienzudo y bien escrito análisis de los trabajos de la Academia hecho tan magistralmente por el vizconde de los Antrines, á quien no tenemos el gusto de conocer, prueba dos cosas: que la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación ha prestado notables servicios en el año que acaba de transcurrir á los buenos estudios, objeto de su instituto, y que en tan notable centro científico obtendrán nuevos laureles no pocos de los jóvenes más distinguidos de esta época. Acostumbramos á hablar el lenguaje de la verdad: cuando hallamos dignos de aplauso los actos de nuestras corporaciones, los aplaudimos: cuando no, los relegamos al olvido ó trasladamos á nuestras revistas, lisa, clara y llanamente, nuestras censuras.

Pero no podemos terminar esta ya sobrado estensa revista, sin añadir que el día 14 del actual ha tenido lugar, con la solemnidad de costumbre, la recepción del nuevo académico de la Historia D. Vicente Barrantes, que ha entrado á ocupar la vacante del Sr. D. Modesto Lafuente. Después de tributar el Sr. Barrantes en su discurso un recuerdo y un elogio del ilustre académico finado, describió con interesantes datos y oportunas consideraciones el estado social, político y filosófico de Extremadura en el siglo XVI, y, en medio de escogida concurrencia, le contestó á nombre de la Academia el Sr. Cánovas del Castillo, con otro discurso también notable y erudito.

FLORENCIO JANÉR.

FRAY CEFERINO GONZALEZ.

Fiel LA ILUSTRACION á su propósito de dar á conocer á los hombres más notables de España, así en las esferas de la política como en la de las ciencias y las artes, saca hoy á luz de las ignoradas filas de los misioneros de Asia un filósofo ilustre, cuya reputación y sólidos conocimientos nos envidian las naciones extranjeras, habiendo merecido en más de una ocasión que las *Revistas* europeas le comparen con el célebre Balmes, á quien si no iguala en actividad literaria, quizás exceda en criterio filosófico.

Fray Ceferino Gonzalez es un joven fraile dominico, educado en la Universidad de Manila, aunque nació en Villoria, provincia de Oviedo, en 28 de enero de 1831. Habiendo hecho sus primeros estudios en el colegio de Santo Domingo de Ocaña, alistóse para las misiones de Filipinas, siendo aún tan niño que sólo tenía diecisiete años de edad, tres de estudios mayores y el orden de acólito. En Santo Tomás, que así se llamaba la Universidad de Manila, aunque recientemente le ha variado el nombre un espíritu revolucionario y algo peor, que no escarmienta con lo que sucede en la Habana, donde las nuevas generaciones están siendo filibusteras desde que se suprimió la Universidad de San Jerónimo, en Santo Tomás completó sus estudios el P. Gonzalez con tanto lucimiento, que pasó en seguida desde los bancos á la cátedra y á regentar la de filosofía, donde le esperaba envidiable reputación.

Escitado por los superiores de la Orden de Santo Domingo y por hombres eminentes de Europa, á quien había llegado la fama de sus profundos conocimientos teológicos, dió á luz en 1863 sus *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, en tres tomos en 4.º, obra que apenas publicada le valia unánimes aplausos del mundo científico y era traducida al italiano y al francés, honor que desde Balmes y Donoso no habían vuelto á alcanzar los filósofos españoles. S. S. Pio IX había dicho al leerla: «De estas obras quisiera yo que se imprimiesen muchas.» Las más acreditadas *Revistas* extranjeras hicieron justicia al indisputable mérito de un libro, que aunque escrito por un fraile misionero y sobre asunto que pudiera prestarse á las más rancias elucubraciones, rebosa en todas sus páginas liberalismo ilustrado y racional, que dista tanto de la vetusta casuística como el día de la noche. Los que hayan leído recientemente en el preámbulo de un deplorable documento oficial, que en la Universidad de Manila sólo se aprende una filosofía escolástica propia de los peores tiempos del oscurantismo, deben examinar la obra del P. Gonzalez, fruto de los estudios recibidos y de las lecciones dadas en aquella casa, para convencerse de que los des-

varios reformadores de que está siendo víctima Filipinas, tienen la misma razón de ser y producirían los mismos resultados que la reforma de la Universidad de la Habana. Ciertamente que la filosofía escolástica es la más apropiada para preparar al estudio de la teología dogmática; cierto que este es el procedimiento científico adoptado por la Orden de Predicadores en la Universidad de Manila y en todas sus casas de estudios; pero no es cierto, como suponen los reformadores superficiales que acaso no saben lo que es filosofía, que la dogmática sea obstáculo para que se estudien también todas las teorías modernas, como demuestran elocuentemente los *Estudios de Santo Tomás*, del P. Gonzalez. Al contrario: en esa obra, que viene á ser un exámen comparativo de las diversas soluciones que las escuelas filosóficas han dado á los problemas capitales de la ciencia, muestra su concienzudo autor plenitud de conocimientos sobre la filosofía moderna, desde Condillac hasta Krause, y va uno por uno examinando sus aciertos ó sus errores. Ni se muestra en ella el P. Ceferino admirador indiscreto y exclusivo de lo antiguo, ni desdeña los legítimos adelantos de la ciencia moderna, ántes bien él cree que no en vano pasan los siglos, y no en vano la humanidad salió perfectible de la mente de su divino Autor; pero tampoco desconoce, como ningún filósofo liberal y verdaderamente racionalista en el buen sentido de esta palabra, que el materialismo, el positivismo y otras escuelas modernas han desbarrado tristemente al tratar cuestiones capitales que la filosofía cristiana desde los primeros tiempos de la Iglesia y de la ciencia había elevado á la categoría de verdades absolutas.

Entre los más notables encomios tributados á la obra del catedrático de la Universidad de Manila, debemos recordar los de Mr. Veuillot en el *Univers*, y los de la desdeñosa y aristocrática *Civiltà Cattolica*, para quien las esferas de la ciencia casi nunca se extienden más allá de las lenguas latina é italiana. En nuestro país, por no extendernos demasiado, recordaremos sólo las lisonjeras palabras que en pleno Congreso dedicó al autor y á su bello libro el ministro de Ultramar don Manuel de Seijas Lozano, en 1865.

Tres años después, y ya en España, adonde había traído al P. Gonzalez esa enfermedad cruel que el trabajo acarrea en Filipinas al hombre, máxime si al intelectual agrega el del púlpito, el del confesonario y la cátedra, como aconteció al ilustre pensador, sacó á luz en Madrid su *Philosophía elementaria*, en tres volúmenes en 4.º, que el primero comprende la Lógica, la Psicología y la Ideología; el segundo la Ontología, la Cosmología y la Teodicea, y el tercero la Ética y la Historia de la filosofía. Dejando á un lado los dos primeros volúmenes, cuyo mérito es relevante, el tercero comprende un estudio sintético, no sólo de la filosofía española desde los hebreos y los árabes, sino de toda la ciencia moderna, incluso las escuelas inglesa, escocesa, alemana, comunista, socialista, etc., etc., que en nuestro concepto aventaja á cuanto se ha escrito sobre este asunto en nuestro país.

La circunstancia de haber usado el ilustre profesor la lengua latina, que ha contribuido á vulgarizar extraordinariamente su obra entre los sábios extranjeros, produce en España el efecto contrario, en esta España donde el latin era hasta el siglo XVIII el único lenguaje de la ciencia. Para obviar este inconveniente el P. Ceferino está traduciendo al castellano su *Filosofía elemental*, y ampliándola y ensanchándola, con lo que esperamos que muy pronto corra vulgarizada en nuestras Universidades, como ya corre en las de Alemania é Italia y en casi todos los seminarios del mundo católico.

Restablecido de sus penosas dolencias, el joven filósofo de la Universidad de Manila se halla actualmente en Madrid, dedicado al estudio y al trabajo, por haberle sido admitida la renuncia de su último cargo. La Orden le había encomendado la dirección del colegio de misioneros de Ocaña, donde ha introducido las más trascendentales reformas para poner aquellos estudios á la altura que ya tienen de una floreciente Universidad, dotando entre otras la sección de física y química, hasta de un gabinete fotográfico, organizando su copiosa librería, procedente de los conventos dominicos suprimidos, y llevando á las cátedras el más brillante personal de la Orden; y así los misioneros que hoy salen para Filipinas de aquella casa, tienen todos los conocimientos que exige la civilización y la dificultad de los tiempos que corren para nuestras provincias ultramarinas. Sensible es que fray Ceferino Gonzalez haya levantado la mano de tan noble tarea; pero la filosofía y la literatura española están en cambio de enhorabuena, que su último escrito sobre *La Infallibilidad pontificia*, más vigoroso y pintoresco de estilo, más robusto y generalizador de ideas, revelan ya al hombre que ha refrescado su her-

mosa inteligencia, quizás demasiado caldeada por el sol de los trópicos, en las corrientes vivificadoras del mundo, que llevan también, entre mucho cieno, puros y cristalinos raudales.

Sin temor de errar puede pronosticarse que el autor de los *Estudios de Santo Tomás* y de la *Philosophía elementaria* está destinado á dar á su patria muchos días de gloria.

A. S.

OBRAS PUBLICAS EN MADRID.

NUEVO DEPÓSITO DE AGUAS DEL LOZOYA.

No han transcurrido catorce años desde que las aguas del Lozoya llegaron á Madrid y entraron por primera vez en el Depósito de la Pradera de Guardias, y ya se levanta en la inmediación de esta obra y con mayores dimensiones, otra construcción destinada, como aquella primera, á acumular á la entrada de la población el agua que el canal conduce para el surtido de Madrid. Y el público, curioso de suyo y mucho más en asuntos que tan de cerca y profundamente le interesan, preguntará: ¿Por qué existiendo un primer depósito que durante tantos años ha llenado su objeto, se construye ahora un segundo de mucha más importancia? Y ¿por qué si esta nueva obra es necesaria, se ha dejado transcurrir tan largo plazo ántes de emprender su realización? Preguntas son éstas muy oportunas y á las que conviene dar cumplida satisfacción: interesa á todos los habitantes de Madrid saber por qué se están invirtiendo algunos millones en el nuevo depósito del Campo de Guardias, y qué ventajas van á conseguir en compensación de aquel sacrificio; y no deja además de merecer por sí alguna atención cuanto se relaciona con el difícil problema de suministrar aguas potables á una ciudad tan populosa como la capital de España.

Para comprender toda la importancia de la nueva obra del Campo de Guardias, es indispensable conocer, si quiera sea ligeramente, los servicios que en toda población, cualesquiera que sean las condiciones en que se halle colocada, ha de prestar un depósito general de aguas potables.

El abastecimiento de aguas de todo gran centro de población, se hace siempre de una manera uniforme y continua: es decir, que las obras de conducción de las aguas, bien sean acueductos ó cañerías, las traen á la inmediación de la ciudad durante las veinti cuatro horas de cada día, y conducen la misma cantidad de agua en cada una de estas veinticuatro horas; áun en aquellas poblaciones en que el servicio no es continuo, como sucede en algunos puntos donde se eleva el agua por medio de máquinas de vapor, la alimentación se hace sólo durante cierto número de horas en cada día, es verdad; pero en esas horas el volumen de agua elevado es invariablemente el mismo. Por el contrario, el consumo del agua en el interior de las poblaciones varía extraordinariamente en los diversos momentos del día, habiendo intervalos en los que se emplea una cantidad de agua muy superior á la que en el mismo tiempo llega á la población, al paso que en otras ocasiones el consumo se reduce á proporciones insignificantes, y puede en ciertos momentos anularse completamente. Y esta variabilidad es inevitable, porque se funda en la simultaneidad de las necesidades de los habitantes que utilizan el agua. Es evidente que la necesaria para los usos domésticos se emplea en ciertas y determinadas horas del día, y que el consumo por este concepto ha de reducirse notablemente en las demás, si es que no desaparece. Inútil sería dejar correr durante las altas horas de la noche y las primeras de la mañana las fuentes de adorno; y el riego de la vía pública, que exige enormes cantidades de agua, se hace en un breve plazo por mañana y tarde. Otro tanto sucede con el riego de los jardines, y hasta hay servicios y atenciones que no es posible sujetar ni á días ni á horas determinadas y que demandan sin embargo masas considerables de agua empleadas en breve tiempo: tales son la extinción de los incendios, el barido de nieves y el de lodos, y otros que sería prolijo enumerar. En una palabra; si las cañerías de distribución en el interior de una ciudad arrancasen directamente del canal ó acueducto que conduce el agua, escasearía ésta durante ciertas horas del día para cubrir los servicios de la población y sobraria durante otras de la noche; de manera que apesar de llegar cada día el agua necesaria, quedarían sin cubrir atenciones importantísimas que bastarían por sí solas para motivar la ejecución de las obras de abastecimiento. Y aquí se presenta con la mayor claridad el primer servicio que puede prestar la construcción de un depósito interpuesto entre las

obras de conduccion y las de distribucion. Porque si en vez de introducir directamente el agua á su llegada á la poblacion en la red interior de cañerías, se vierte en un depósito de cuyo fondo salgan ó nazcan estas últimas, es evidente que cualquiera que sea la irregularidad con que se tome el agua de las cañerías interiores para los usos urbanos, se encontrará previamente acumulada y en cantidad suficiente, con tal que se le haya dado al depósito que la recibe una capacidad interior igual cuando ménos al volúmen que la poblacion consume cada día. Sirven, pues, las obras de esta clase de regulador general del sistema y permiten atender á necesidades muy variables, con una alimentacion constante; son, por decirlo así, como el volante de una máquina de vapor que almacena las cantidades de trabajo mecánico, desarrollado por el vapor de una manera cons-

En resumen: en toda distribucion domiciliaria de aguas potables hace falta un depósito para los dos objetos siguientes:

1.º Atender á las exigencias del consumo (variable en cada momento del día) con el caudal invariable de alimentacion.

2.º Asegurar la continuidad del servicio de distribucion apesar de las interrupciones que sufra el de alimentacion.

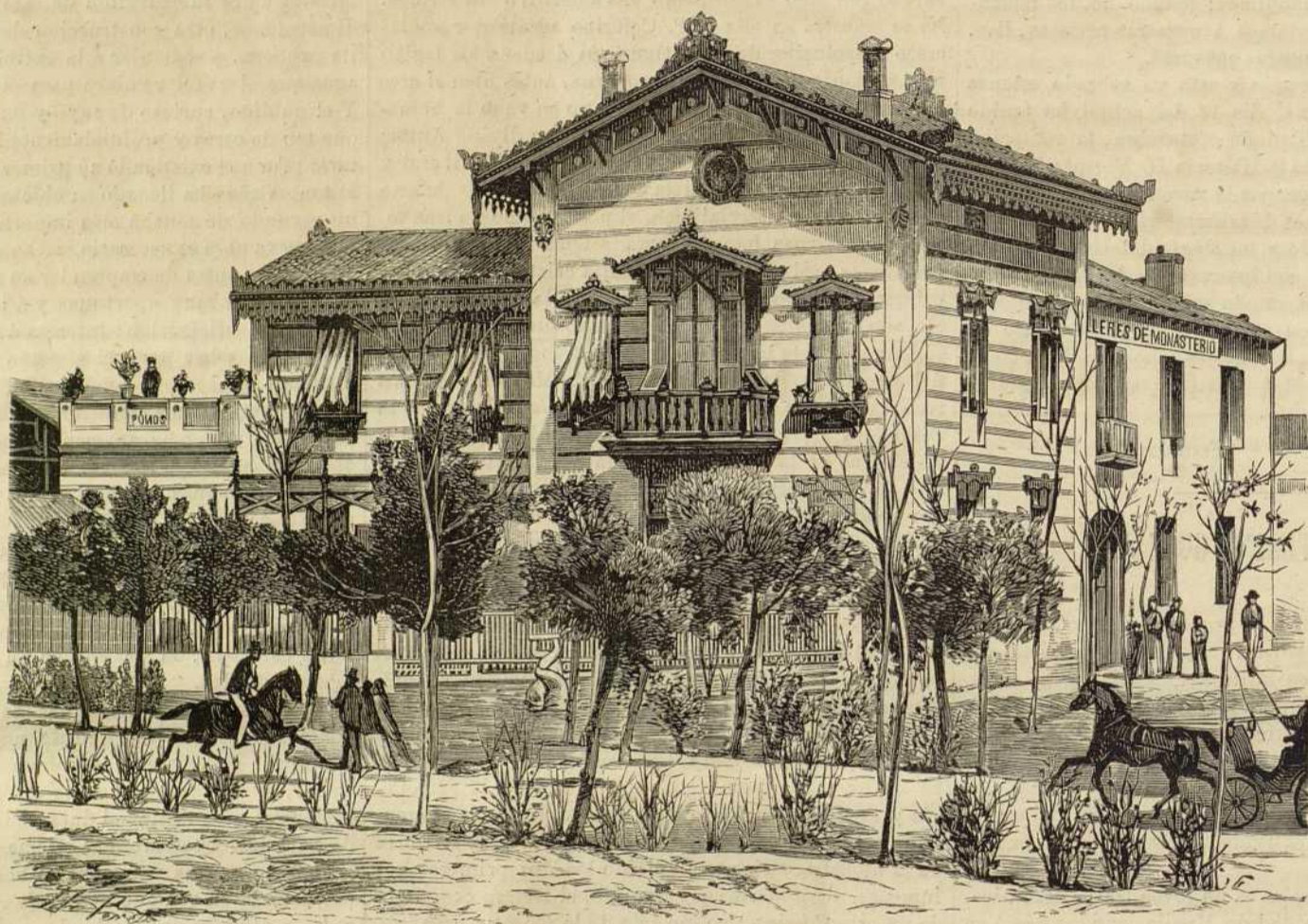
Mas si estas son las dos causas generales que motivan la construccion de los depósitos de aguas potables, hay en cada localidad circunstancias especiales que modifican el tamaño de estas obras, y sobre todo los servicios y funciones que han de desempeñar. Madrid se halla en este caso, y precisamente por eso se está construyendo el nuevo depósito de la Pradera de Guardias. El que

en aclarar ántes de distribuir las que naturalmente están turbias en el punto donde se toman.

No es esta ocasion oportuna de analizar los diversos procedimientos que se han ideado para conseguirlo; baste decir que en la práctica no se emplean más que dos: el reposo y la filtracion. Por desgracia ambos son ineficaces para devolver su completa pureza y diafanidad al agua que se ha enturbiado y sólo se consigue, y eso á costa de enormes sacrificios pecuniarios, quitarle la parte terrosa más gruesa y abundante.

(Se concluirá.)

X.



CASA DE DON MARIANO MONASTERIO. (FUENTE CASTELLANA: MADRID.)

tante y uniforme para devolverlas al operador en los momentos y en las cantidades precisas en que las necesita.

Pero no es este el único, ni tal vez el más importante de los servicios que prestan los depósitos de agua. Por cuidadosa y esmerada que haya sido la ejecucion de una obra, no hay medio de evitar las degradaciones que ya por el servicio mismo que está llamada á desempeñar, ya por la accion de los agentes atmosféricos, ya por otras muchas causas que es inútil indicar, se verifican siempre, y que si no se reparasen producirían su ruina y por lo ménos la dejarían fuera de servicio en muy corto plazo, y esta consideracion es de suma importancia tratándose de obras hidráulicas que encierran un poderosísimo elemento de destruccion. Hay por ello que tener en cuenta que si en el estado normal del servicio el agua llega al depósito de una manera continua y uniforme, habrá ocasiones en que será absolutamente indispensable cortar su curso en el interior del canal ó de la cañería de alimentacion, sea para practicar algun reconocimiento, sea para hacer alguna reparacion ó reconstruccion; é inútil es añadir que en semejantes casos, del depósito, y sólo del depósito, depende la continuacion del surtido de la poblacion. Hay aquí un segundo servicio que exigir á esta clase de obras, y para llenarlo cumplidamente no basta con que su cabida sea igual al consumo de un día. Necesitan contener el agua indispensable para surtir á la poblacion durante el número de días máximo en que pueda estar interrumpido el curso del agua en el interior de las obras de conduccion; número que nunca puede fijarse con toda precision y que depende de condiciones puramente locales.

hoy existe y está funcionando desde la inauguracion de las obras en 1858 ha llenado cumplidamente los dos objetos señalados. Su capacidad no es grande relativamente á la poblacion de la corte; apenas si contiene el consumo de tres ó cuatro días; pero la buena ejecucion de las obras del canal ha hecho que las interrupciones del servicio de alimentacion no lleguen á aquel número de días. Se vé, sin embargo, que no es una situacion completamente satisfactoria la de hoy. Disponer únicamente del agua necesaria para cuatro días á lo sumo, cuando el Lozoya está separado de Madrid por una línea de obras de 76 kilómetros de largo, situada al través de terrenos muy quebrados y cuajada de acueductos, túneles y sifones, es tener una amenaza pendiente y estar espuesto á carecer de agua durante varios días, si llegase á ocurrir un siniestro de alguna importancia.

Esta consideracion bastaria por sí para motivar la nueva obra del Campo de Guardias, si no existiese otra que actúa hoy ya con suma fuerza y que exige dar á aquella obra mayores proporciones.

Todo el mundo sabe que una de las condiciones que han de reunir las aguas potables es la de no tener materias ningunas en suspension, que siempre alteran su transparencia y diafanidad. De aquí el gran aprecio que se hace de las aguas de manantial que, con muy contadas excepciones, sufren una filtracion natural y salen á la superficie más claras y agradables á la vista que las de cualquiera otro origen ó procedencia, si bien en cambio suelen cargarse en su trayecto subterráneo de materias en disolucion, que sin alterar su transparencia, las hacen ménos propias para la bebida y demas usos domésticos é industriales, y de aquí tambien el empeño

ADVERTENCIA.

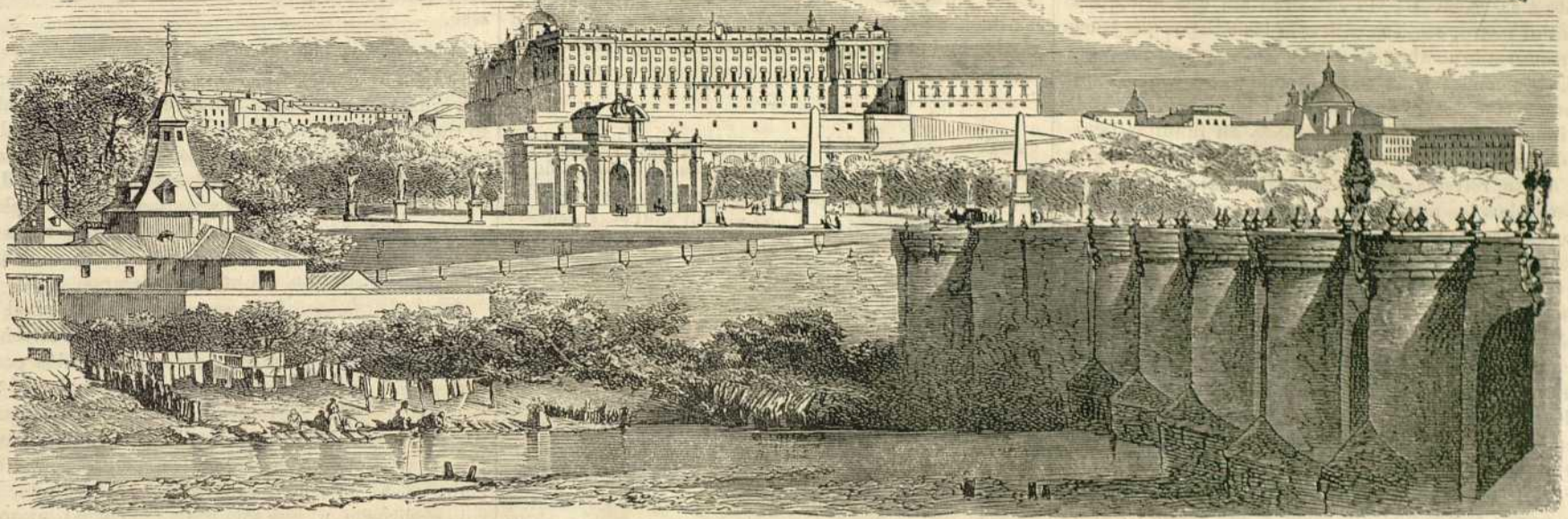
Existen ejemplares de los tomos 1.º y 2.º de LA ILUSTRACION DE MADRID, que se darán al precio de SESENTA REALES uno, á todos los que se suscriban á esta publicacion cuando ménos por seis meses.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.	Medio año.	85 »
Medio año.	42 »	Un año.	160 »
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.	30 »	Un año.	240 »
Seis meses.	56 »	Cada número suelto	
Un año.	100 »	en Madrid.	4 »

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE FEBRERO DE 1872.

NÚM. 51.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Eскурiones castellanas, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—La almoneda, por Z.—El faro del Caballo.—Mesa revuelta, por D. Eugenio de Ochoa.—Las siete casacas, por D. Peregrin Garcia Cadena.—Obras públicas en Madrid. Nuevo depósito de aguas del Lozoya (conclusion), por X.—“Quien mucho abarca poco aprieta”, por D. Francisco Perez Echevarria.—Bibliografía española, por D. Florencio Janer.—Viaducto de la calle de Segovia, por X.—Modas, por doña Maria del Pilar Simoes de Marco.—Borrasca en el mar del Norte, por X.—Explicacion del figurin de modas, por E.

GRABADOS.—Excmo. señor marqués de Sardoal, dibujo de don A. Perea.—Inauguracion del viaducto de la calle de Segovia (Madrid), dibujo de D. J. L. Pellicer.—Perfil del viaducto de la calle de Segovia (Madrid), dibujo de D. Eugenio Barron.—Faro del Caballo (Santander), tomado de una fotografia del Sr. Laurent.—La almoneda, dibujo de D. Francisco Domingo.—Exposicion de Bellas Artes. Seccion de pintura. Una borrasca en el mar del Norte, cuadro de D. Rafael Monleon, dibujo del mismo.—SS. MM. los emperadores del Brasil, dibujo de D. A. Perea.—Figurin de modas, dibujo de D. Dantel P.

ECOS.

Acababa yo de afirmar en mi última revista que nosotros los felices séres del siglo XIX no creemos en la magia, cuando hé aquí que un hecho vino á probarme lo contrario. Siempre me sucede lo propio: no hay afirmacion que yo haga que resulte con fundamento, ni profecía mia que se cumpla, ni esperanza que se me realice. Como al desdichado de quien habla un cuento chino, las rosas se me vuelven hórtigos y los diamantes carbones.

Pues es el caso, que en una ciudad importante de Espa-

ña, dos gitanas, de las muchas que al aire libre dan las funciones que Mr. Cazeneuve ó Mad. Anginet dan en nuestros teatros, se acercaron á dos jóvenes conocidas de la poblacion, y despues de decirles la *buena-ventura*, les hicieron creer que por medio de cierto filtro obtendrian una gran fortuna.

Les dijeron que rezando algunas oraciones á la Santísima Trinidad y á los Santos Reyes, llevando una moneda de cinco duros en cada mano y en cada pié, se les presentaria un caballero montado en un soberbio alazan, con herraduras de oro y riendas de brillantes, el cual aparecido las traeria un dote de princesas.

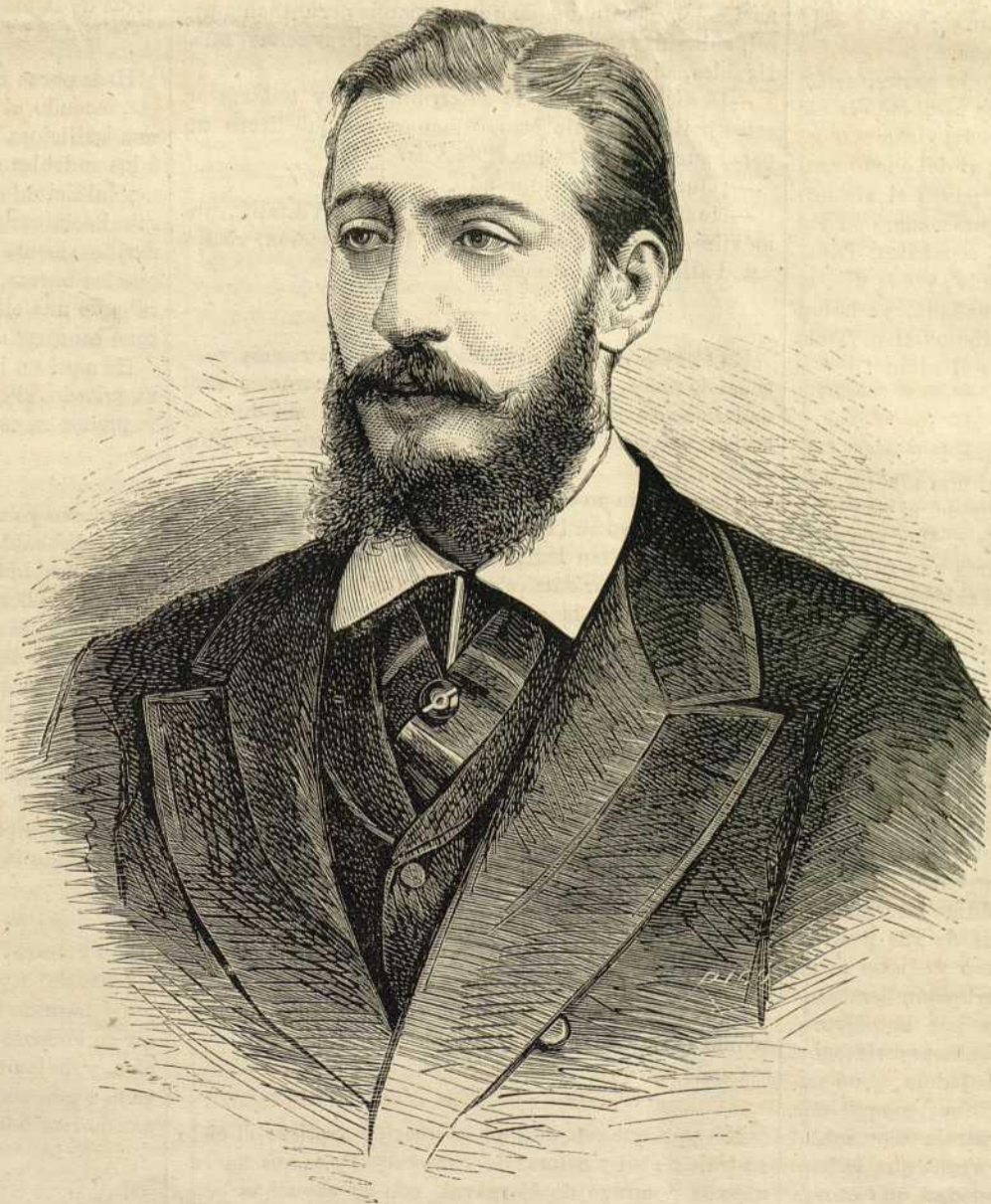
¿Qué era preciso para fabricar este filtro? Casi nada. Unos cuantos miles de reales; que hoy como ántes los encantamientos de amor se hacen y se rompen con el dinero.

Las jóvenes, ya se ve, *probecitas*, ¡ahí se encuentra un novio de esas circunstancias todos los dias! dieron los pocos cuartos que tenían ahorrados, y que hubieran sido gastados en polvos de arroz, vinagrillo de tocador y otras recetas contra la naturaleza y la hermosura; pero en vano: ni el caballero, ni el dote, ni las gitanas han parecido.

Lo único que hay en el mundo eterno, inmutable; lo único que resiste á todas las revoluciones sociales, que se sucede de generacion en generacion con idénticas costumbres, idioma, sentimientos y fisonomía, es el gitano.

Las leyes le han escupido siempre al rostro con desprecio, los hombres le han negado el nombre de prójimo, las poblaciones le arrojan de sí, la sociedad, en fin, le repele, le humilla... y le teme.

La vida del gitano es un viaje sin descanso: su madre le parió en un despoblado, cuando ella y sus compañeros iban, como siempre, perseguidos por la justicia. Puesto desde el nacer fuera de la ley, aprendió á despreciar á la sociedad y la devolvió el mismo desde que sobre él lanzaba. Viviendo siempre en el campo bajo un toldo de lienzo,



EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE SARDOAL.

junto á las poblaciones, como la zorra que hace su madriguera al lado de los gallineros, la astucia es su fuerza y el robo su pasion y su oficio; y en lucha incesante con la sociedad la considera y trata como á un enemigo contra el cual son lícitas todas las agresiones y todas las asechanzas. Así vive y muere vagabundo de rancho en rancho y de lugar en lugar, con su ajuar al hombro y llevando sus hijos de la mano: su única posada es la cárcel, y cuando muere, sus compañeros hacen un hoyo junto á su cadáver y lo entierran sin que allí quede señal ni rastro, como se entierran los cuerpos que jamás han encerrado un alma.

La sociedad, por su parte, tampoco se acuerda que existe y vive dentro de ella misma una raza, dividida en innumerables tribus, diseminada en infinitas familias, que vive inconscientemente en el seno del vicio y del delito, refractaria á los adelantos de la civilizacion, insensible á las revoluciones, indiferente á la ruina y resurreccion de los imperios, rebelde á toda ley y desligada de las gentes de otro color y de otra raza. Alguna vez vemos, con ojos asombrados, cruzar delante de nosotros por calles y plazas una mujer de aspecto extraño... Ni es alta ni es baja: su tez es bronceada, le caen por las sienes hasta las mejillas dos rizos de ondulantes cabellos de un negro mate que lanzan reflejos azulados cuando al mover la cabeza los sacude voluptuosamente. Ajusta su breve talle con un corsé de pana negra, y viste falda acampanada de tela roja. Anda con la ligereza de la corza, y sus movimientos, y sus palabras y sus gestos tienen una atraccion y una gracia irresistibles... Si nos mira con sus hermosos ojos de azabache sentimos despertar y rugir las pasiones dentro de nuestro pecho, y si los abre... y los entorna... y los cierra... creemos que de ellos sólo viene la luz que baña el mundo, pues pasamos en un instante del relámpago á las tinieblas. Todo en ella respira amor y placer; pero amor y placer que baña esa sublime melancolía de los desterrados. Canta, y el alma asoma á los oídos por escucharla; baila, y formamos corro embelesados; nos habla, y sabiendo que ha de engañarnos, la dejamos hablar y que nos engañe. Es el pájaro que canta su libertad de rama en rama; es la hoja del árbol que va sin saber á dónde, arrastrada por el viento; es la mariposa que va dejando el oro y los colores de sus alas entre las manos de sus perseguidores; es la mentira que se ha hecho mujer y conoce el lenguaje de las estrellas y descifra las inscripciones que el destino nos graba al nacer en las palmas de las manos; es, en fin... la gitana.

Sí, la civilizacion, esa lima que todo lo gasta, se ha mellado en el gitano; esa fuerza que ha cambiado la faz de la sociedad y del mundo, no ha podido cambiar ni la forma de su puntiagudo sombrero, ni del ancho cuello de su camisa. Las gallinas que se ponen al alcance de su mano están hoy tan poco seguras como en los tiempos de Faraon y de los moriscos españoles. Pasarán los siglos y vendrá el fin del mundo, y ese día, si la gran catástrofe no ocurre muy de mañana, ya habrá el gitano robado y esquilado su cotidiano burro. ¡Todo cambia, todo muda, todo pasa menos el gitano!

Estuve, en efecto, en el baile dado por la Sociedad de Escritores y Artistas, y yo no diría ni una sola palabra sobre una fiesta hace tantos días celebrada, si no lo hubiera así ofrecido en mis pasados *Ecos*. Mas ¿que importa? Hablar de un baile de máscaras que fué, es lo mismo que hablar de los que no han sido aún y serán.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que este baile se diferencié mucho de los demas de igual índole, y principalmente en que no se bailó.

Yo comprendo perfectamente que no se baile en cierta clase de bailes. El baile entre gentes cultas es sólo un pretexto. En la alta sociedad bailan los diplomáticos, es decir, las naciones; los títulos, es decir, la nobleza; los generales, es decir, el ejército; los empleados, es decir, la administracion. Ved aquel general cargado de cruces y medallas, que deja asomar entre la camisa y el chaleco, á manera de prenda de abrigo interior, una banda de múltiples colores, arco iris de sus pasadas batallas; ¡cuán respetable, cuán severo y digno es su rostro cubierto de gloriosas cicatrices! ¡cuán fieramente retuerce sus bigotes chamuscados por la pólvora! Pues, ¿haría nuestro héroe contorsiones tan ridículas bailando ese rigodon con aquella embajadora, si no creyera tranquilizar así en sus temores de ser conquistada por él á la nacion que su ilustre pareja representa? Cada vuelta que da con ella, cada cortesía que le hace es una garantía que ofrece, una seguridad que otorga en favor de la autonomia é independencia de la nacion con quien baila. Es de suponer razonablemente que á no estar convencido de que llena bailando una mision

sublime, no haría gestos y ademanes tan grotescos y tan extraordinarios. Resulta, pues, que las personas de buen tono no bailan por bailar, sino por deferencia á las demas. En un baile público donde las señoras tienen el rostro cubierto, nadie que vea en la danza algo más que una série de piruetas ó un simple ejercicio gimnástico, puede lanzarse á valsar sin mengua de su decoro.

Comprendo, por lo tanto, que no se baile en ciertos bailes públicos; pero ya que esto va haciéndose costumbre, propongo que la orquesta, en vez de tocar polcas, habaneras y redowas, ejecute algunas piezas del repertorio de los buenos operistas. No haya bailes sino conciertos de máscaras.

—Pero, ¿ha visto Vd. cosa más insulsa é irritante? me decia aquella noche uno de los dignos individuos de la orquesta del baile, despues de haber soltado su complementario instrumento. ¿A qué vienen aquí esas gentes? ¿A qué venimos nosotros á este sitio? ¿Por qué llaman baile á esto? ¿Quién les da derecho para ultrajarnos de ese modo? ¿Usted no sabe cuán amargo es para un artista serio el verse maltratado por un público caprichoso é informal! Hoy he estado cien veces á punto de guardar mi violin para no volver á tocarlo jamás, y que su caja le sirviera de ataúd. Desde el principio de la fiesta estamos aquí polca viene, mazurca va, variando los tonos, mudando los compases, cambiando de autores, templando y destemplando los instrumentos, abrazados á ellos, vertiendo gotas de sudor, agitados por la desesperacion y el genio, y nada, nada les gusta á esos señores, nada les hace perder la rigidez de sus pantorrillas... ¿No cree usted, con franqueza, que los músicos hacemos aquí un papel muy desairado?

—La verdad es que el público está poco deferente con Vds., contesté al desventurado rival de Paganini.

—Y vea Vd. lo que son las cosas: seguro estoy, prosiguió, de que la mayor parte de las personas que hay en el salon está rabiando por bailar; pero... el qué dirán, el querer darse aires de gentes distinguidas les paraliza las piernas cuando, arrebatados por las olas musicales de la orquesta, van á lanzarse en vertiginosos círculos sobre la alfombra.

—Tiene Vd. razon, pero hay que respetar las preocupaciones del público.

—Es verdad. Así es que yo cerraba los ojos y tocaba, haciéndome la ilusion de que las parejas cruzaban ante mí, enlazadas amorosamente, ardientes, revueltas, infatigables, admiradas... aplaudidas...

—Despues de todo, le interrumpí, hay todavía en estos bailes sin baile otros funcionarios que hacen un papel aún más triste que el de Vds.

—¿Quiénes? No comprendo.

—Hombre, ¿quiénes han de ser? Véalos Vd. allí... inmóviles, aburridos, avergonzados de su inaccion, véalos usted allí... ¡los bastoneros!

En el baile á que me refiero habia dos personas vestidas de moro, con trajes sencillos de un carácter verdaderamente oriental: no llevaban careta; sin duda se creian bastante disfrazadas y no esperaban ser conocidas.

Al principio no faltó quien les creyera máscaras; pero despues se cayó en la cuenta de que eran moros real y efectivamente, tan legítimos, por lo menos, como los que suelen vender dátiles en Madrid.

Sin embargo, la generalidad les creia hombres de buen humor que habian adoptado aquel traje en atencion á las circunstancias. No es extraño; un moro con su traje habitual en un baile de máscaras, se parece á cualquiera menos á sí mismo.

Estos dos moros, segun mis noticias, son ricos é ilustrados comerciantes de Tierra Santa. Deseando conocer nuestras costumbres sociales, habian ido aquella noche al baile de la Ópera.

Una máscara de capuchon se acercó á ellos y les preguntó con tonillo burlon.

—¿Cómo os encontráis, moritos, cómo os encontráis?

—Muy bien, hijo, muy bien, contestó uno de ellos; ¡cómo si estuviéramos en Belhem!

Hé aquí que este año no ha querido vestirse el cielo su traje de sol y colores de otras veces, y se nos ha venido en domingo de Carnaval, con un capuchon gris, triste y de mal gusto.

¡El cielo! Ved la primera máscara del Carnaval, el director y presidente de las locuras humanas de estas

saturnales. Él da la señal de la fiesta, y si aparece con su traje de luz, la humanidad en vistosas y animadas mascaradas, con disfraces espléndidos y alegres, se precipita por calles, plazas y paseos llena de frenética alegría; pero si sale á regir el Carnaval con su dominó de nubes, salpicado de cuentas de cristal que el viento hace caer en copiosa lluvia, ved como hasta el hombre más falto de sentido comun y menos grave deshace su traje de Pierrot ó de diablo, y renuncia á ser loco en los tres días del año en que la sociedad le permite vivir sin seso.

Era domingo de Carnaval, y sin embargo llovía; apénas cruzaba una máscara por las calles; no se oía el grito tradicional de *¡te conozco!* ni se veía chico alguno correr tras de los perros sacudiéndoles vejigazos; alguna estudiantina tocaba su música ratonil improproductivamente, pues los balcones y ventanas de la poblacion estaban desiertos. Nunca se habia conocido tanta cordura y sensatez en el bullicioso vecindario de Madrid. El Carnaval se habia venido sin máscaras.

Pero, ¡oh fuerza de la costumbre! Allí en el Prado, desde la fuente de Cibeles al paseo de Atocha, se veía una larguísima fila de carruajes tirados por sus correspondientes troncos, y ocupados por damas y caballeros curiosos; carruajes que avanzaban y retrocedían y daban vueltas como en los hermosos días de Carnaval en que las máscaras llenan aquel paseo. Y sin embargo, ni un solo disfraz se veía en el Prado, ni un solo cucurueho, ni una sola nariz fenomenal, ni un solo caballero de Felipe IV, ni una sola beata, ni una sola persona, en fin, que llevase otra cara que la suya.

Las máscaras no habian querido acudir á la cita, sin duda porque los que allí les esperaban no se habian acordado de enviarles su coche.

Algunos periódicos han hecho una proposicion de medicina urbana (llamémosla así), que ha sido desatendida hasta ahora por los industriales á quienes la dirigen.

Han propuesto... el asunto es tan trascendental que reclamo toda vuestra atencion... han propuesto á los repartidores á domicilio de leche de burra, que la distribuyan por la noche en vez de hacerlo en las primeras horas de la mañana.

Hace pocas mañanas salia yo de un baile de máscaras, cuando al doblar una esquina fui embestido por una bulliciosa burra de esas que sirven de amas de cria á los endebles madrileños.

¡Maldicion! exclamé yo, como Claudio Frollo, y recogí mi sombrero que rodaba por el arroyo, y me apliqué cariñosamente las manos á la parte dolorida, en tanto que las burras, y el burrero, hábilmente sentado en el rabo de una ellas, desaparecieron con horrible y monotonó cencerreo.

Hé aquí un incidente desagradable que yo me hubiera evitado, si hubiesen sido atendidos los consejos de la prensa en este gravísimo asunto.

Conozco yo una dama—y vosotros tambien la conoceréis probablemente—mujer de singular hermosura, que no usa de otro líquido para lavarse que la consabida leche de borrica, imitando en esto á las damas romanas, que la atribuian la virtud de quitar las arrugas del rostro y de prestarle blancura. Popea, la mujer de Neron, tenia quinientas asnas paridas en su palacio, y se bañaba en leche: donde ella iba la seguian sus quinientas favoritas.

Si Dios me hubiera dado la volcánica imaginacion del inventor del aceite de bellotas, yo aprovecharia esta ocasion para demostraros que la humanidad perecerá cuando falte la leche de burra.

Los retratos del señor marqués de Sardoal, nuevo presidente del Ayuntamiento de Madrid, ilustrado jóven y distinguido hombre político que ha empezado á ejercer su honroso y difícil cargo bajo los mejores auspicios, y de los emperadores del Brasil, cuya próxima llegada á esta corte se anuncia, aparecen hoy en las planas de esta notable publicacion.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

ESCURSIONES CASTELLANAS.

(APUNTES ARQUEOLÓGICOS.)

Hallazgos romanos: Palencia, Husillos.—Restos bizantinos: San Juan de Baños.—Monumentos románicos: Frómista, Carrion, Villamuriel.—Construcciones ojivales: Palencia, Támara, Villalcázar de Sirga, Santa María de la Vega.—Recuerdos del Renacimiento: claustro de San Zoil de Carrion, Grajal, Resimén.

En esas horas de ocio mortal, de eterno aburrimiento que abruman á los desocupados en las pacíficas capitales de provincia, suele buscar el ánimo esparcimiento fácil, yéndose las más veces á soñar por los espacios imaginarios ó reduciéndose otras á distraer la inercia contemplando cualquier fútil suceso ó cosa rara que la casualidad nos ponga por delante. Soñar en el ayer, con lo pasado, verlo y palparlo, es asunto de sobra entretenido y agradable para el que en los olvidados vestigios que el tiempo nos ha dejado quiera encontrar distracción.

Y ¡dónde como en Castilla la Vieja, la region histórica por excelencia, el país de los recuerdos y de las grandes tradiciones! ¡Dónde como en sus inmensos campos, en sus tranquilos valles y en sus tierras peladas, hallará el investigador curioso, ruinas y más ruinas, polvo de tanta grandeza y resto de tanta miseria á un tiempo; templos derruidos que aún pregonan la pujanza de la Iglesia en los pasados días, y el gusto de desconocidos alarifes de tantas épocas artísticas; almenas y torres que coronan todos los picos, que circundan las ciudades y las villas y con cuyos soberbios y vetustos sillares, marcados aún con el estigma feudal, llenos de símbolos, coronas é inscripciones, rellena nuestro siglo sus carreteras y caminos vecinales, echa el fundamento de sus fábricas y alza do quier sólidos recintos para la instruccion y la caridad!

Castilla muda y triste está, en sus años de miseria, unas veces; risueña y potente se muestra otras con sus feraces campos de espigas y vides; pero triste ó risueña, pobre ó abundante, Castilla siempre está llena de elocuencia y poesía para el que va á arrancar á sus castillos una leyenda, á sus sepulcros un recuerdo, á sus templos una leccion y á sus casas señoriales una página de la vida feudal.

Admirable cátedra es esa region sembrada de ruinas de donde más que de los capítulos filosóficos puede deducir el observador saludable y clara enseñanza.

Husmeando así de piedra en piedra y de aldea en aldea, no para deducir filosofía de lo que no entiendo, sino para estudiar algo de lo mucho que no sé, dí motivo al aburrimiento mio para que se huyentara, y con tal excusa, en unos cuantos meses en que mi casual destino me lanzó á los pueblos castellanos, peregriné como Dios me dió á entender, en alas del vapor unas veces, en el antiguo carro vaceo otras, á caballo bastantes, y las más, por ser muy cómodo y autonómico, á pié y andando, con una barra de sepia, algunos pinceles y lápices en el bolsillo y un librote á medias embadurnado y á medias limpio debajo del brazo.

De diez ó doce excursiones hechas ya, he reunido un puñado de ligeros croquis y he publicado otros tantos artículos más ligeros aún. Ha de ser el presente trabajo un sucinto resumen que como promesa y prueba de esas aficiones dedico á mi amigo, el docto académico é infatigable investigador D. José Amador de los Ríos.

Palencia, la capital de la provincia donde aquellas se han verificado, es por sí sola un interesante capítulo del arte arqueológico. La ciudad no ostenta hoy en pié ningun vestigio que se remonte más allá del siglo XIV; pero la casualidad ó más bien la necesidad en que se han visto muchos pobres de su vecindario, ha hecho que salgan á luz muy antiguos recuerdos.

De la antigua *Pallantia* que entre las poblaciones romanas del país de los vaceos se señala entre Tela, Pintiam, Lacobriga y Camala, á medias de los dos primeros puntos, sobre la vía de Asturica á Cluniam, muy leves recuerdos se conservaban en la capital castellana, hasta que casuales hallazgos hechos en estos últimos tiempos han venido á excitar vivamente la curiosidad de los arqueólogos. En los solares de una casa que se reconstruyó, dentro del perímetro actual de la poblacion hallóse hace poco tiempo un curioso mosaico de gran tamaño, que hoy figura dignamente en lugar escogido del Museo arqueológico nacional. Antes de esa época y desde hace muchos años figuraba tambien entre los restos romanos una lápida que se colocó entre los sillares de la muralla cerca de la Puerta del Mercado, dedicada á Gneo Pompeyo Severo. Sabíase, además, que muy amenudo al cavar la tierra en cualquier lugar de la poblacion se habían encontrado monedas romanas.

Vino el tiempo de la construccion de la vía férrea, y entónces, extendidos los trabajos de removimiento de tierras en toda la zona N. E. y N. de la ciudad, se hallaron multitud de restos romanos, y entre otros dos lápidas sepulcrales dedicada una á la memoria de Valeria Rufina y la segunda á la de Ana Codina, hija de Antonio Flavio Allaino.

Hallóse otra al hacer la estacion del Noroeste con esta inscripcion: D. M. A. METVSANVS ANNE. AN. LV. VXORI. PIENTISSIMÆ. F. C. S. T. T. L. (Á los dioses manes. Aulo Metusano procuró poner esta memoria á su mujer piadosísima Ana, de cincuenta y cinco años de edad. Séale la tierra ligera.)

Hiciéronse algunos otros descubrimientos, pero cesaron por algunos años, hasta que obligados los pobres de la poblacion á buscar huesos entre las tierras para venderlos y trabajando dentro de la extension de la zona indicada, que está extramuros y muy inmediata á Palencia, se multiplicaron los hallazgos de todas clases. He tenido ocasion de ver en poder de algunos aficionados más de mil objetos, y entre ellos fibulas de bronce de cien formas distintas y de raras labores; adornos circulares, asas, brazaletes, cadenas, una pulsera serpiente de plata; anillos de bronce, de vidrio, hueso, de oro y plata. En estos últimos se halló uno con un Mercurio grabado en hueco en una ágata fina; y otro en bulto figura una mano cerrada á la manera en que están los falos. Agujas crinales de hueso y bronce abundan mucho, así como estiletos de escribir de muchas formas. La abundancia de Priapos en esta localidad es extraordinaria, habiéndose hallado de varios dibujos, sencillos, duplicados, triples, y de todos tamaños. Puntas de flecha y hojas de lanza han aparecido varias.

Cuidadosamente cubierta por grandes piedras se halló junto á un enterramiento una ánfora de vidrio y un platillo azulado de la misma sustancia. En presencia mía y poco despues de haber recogido un precioso Calígula de bronce, con la marca cesaraugustana, sacaron un trozo de vidrio recubierto con una especie de barniz ó esmalte dorado.

Vasos lacrimatorios de barro, lucernas sepulcrales y estrellas de piedra con notables dibujos, se encuentran siempre que se da con un sepulcro cualquiera. En el fondo de los vasos saguntinos se leen entre otras marcas: *Materni*.—*OFILVci*.—*Flavini*.—*Of. sempro*.—*cmvri*.—*Dicen*.—*S. Venusti*.—*Val. Firm*.—*Caivo*.

Los sepulcros hallados son de diversas formas: unos rectangulares, con gran lápida encima, y entre cuyos despojos óseos se encuentran los adornos, las fibulas, las bolas rayadas y otros objetos de madera, de bronce y de asta; otros cerrados por baldosas de barro en forma de cubierta triangular con tejas en la arista; otros sin cerco, sin amazon de adobes y todos ellos colocados entre capas de tierra arable y de cenizas y escombros que ocupan grande extension, tendidas paralelamente á las sinuosidades del terreno. En las lápidas recogidas que aún se conservan en Palencia he visto las inscripciones siguientes:

LATTO PROLO CÆSARAVGVSTANO. AN XXXX ATTAS YRN.

(Á Lucio Alto ó á Lato Prolo, natural de Zaragoza, de cuarenta años de edad.)

SEMPRONI AE ACAE CI ITONIS TIVS SEMPRONIVS ET VETTIA SEMPRONILIA MATRI FG.

(Vetio Sempronio y Vetia Sempronila mandaron poner esta memoria á su madre Sempronía Azza.)

D. M. S. GL REBVRRO CASSIVS REB. P. F. F. C.

(Á los dioses manes. N. Cassio Reburro mandó poner esta memoria á su hermano piadosísimo Eneo Lucio Reburro.)

M VRIO CANTABRO SIBI.

(Marco Vrio Cántabro la hizo para sí.)

Si para la determinacion de las épocas de estos enterramientos se atiende á las deducciones numismáticas, hay que decir que es grande el número de monedas romanas imperiales de plata y de bronce que se han hallado, y que todas ellas corresponden á los cuatro primeros siglos del imperio. Hay entre ellas excelentes ejemplares de plata y cobre de Octavio y Tiberio; grandes bronces de Neron, Vitelio, Trajano, los Antoninos, Helio, Gordiano, Treboniano, Galo y Valeriano. Aunque no en tanto número como las imperiales, se hallan bastante número de colonias y municipios y entre otras de Zaragoza, Tarazona, Cascante, Celsa y Leptis, así como alguna que otra familiar.

Como recuerdo de tiempos anteriores se han hallado tambien algunos objetos más antiguos que estarian aún

en poder de los romanos, como hachas de piedra y monedas celtiberas; así como no es extraño el encontrar en las capas más superiores, casi en las superficiales, algunos Alfonsos y Sanchos de cobre.

La comision de monumentos de Palencia está pobre, muy pobre; jamás ha tenido un real para sus trabajos, así es que estos descubrimientos, debidos á la casualidad, no han podido continuarse científicamente, y mucho ménos han podido aprovecharse recogidos en un Museo provincial, porque no lo hay. En poder de algunos entusiastas é ilustrados anticuarios, amigos míos, están aún casi todos ellos; y el resto ha sido ya adquirido por algunos recolectores madrileños que de cuando en cuando hacen viajes de no poca utilidad.

Las investigaciones de esos lugares funerarios, de esos campos llenos de despojos, no ofrecerán al arte los resultados ni las maravillas de las famosas tumbas columbarias; ni los de la villa Corsina; ni los que el triunviro Craso dejara en la tumba (*Capo di bove*) de su esposa Cecilia, al lado de la vía Appia; pero para ilustracion de la historia de estas provincias castellanas, para mayor desarrollo del arte arqueológico y para satisfaccion de los hombres dedicados á estos estudios, la antigua *Pallantia* aún tiene bajo su extenso perímetro mucho que descubrir y bastante que estudiar.

Á un paso de la ciudad, entre unas místicas hileras de chopos que adornan la orilla del Carrion, está la olvidada poblacion de Husillos, de donde ha tomado el Museo arqueológico nacional una de sus mejores joyas: el sepulcro romano de la época de Adriano.

En una triste tarde del mes de noviembre pasado, fui á verlo, despues de visitar el magnífico castillo de Luna, que se alza en la villa de Fuentes de Valdepero. Husillos, la antigua *Fuselis*, bajo cuya advocacion se conoce todavía su actual parroquia, tiene un curioso templo, tres ó cuatro veces restaurado y que en su forma y vestigios generales conserva el sello de las construcciones del último período románico.

(Se concluirá.)

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

LA ALMONEDA.

En el presente número ofrecemos á nuestros lectores un notable trabajo artístico del laureado pintor don Francisco Domingo, con cuya colaboracion se honra desde hoy LA ILUSTRACION DE MADRID. Escusamos encarecer la belleza del dibujo á que nos referimos y en el que nuestro amigo ha trazado en la madera con la espontaneidad, el vigor y la fuerza de expresion que le son característicos, una escena de costumbres llena de animacion, de carácter y de verdad. El dibujo del Sr. Domingo es un cuadro; no se echa de ménos en él ni la maestría de la composicion, ni la adecuada agrupacion de las figuras, ni la expresion caracterisca de los tipos que se ha propuesto reproducir.

El Sr. Domingo es una de esas entidades artísticas cuyo genio fecundo no se desmiente ni desfallece nunca, cualquiera que sea la forma, ó mejor dicho, el medio material de que se vale para traducir su inspiracion. El lápiz es en su mano tan expresivo y tan enérgico como el pincel, y de ello es buena muestra la obra acerca de la cual llamamos en estas líneas la atencion del público.

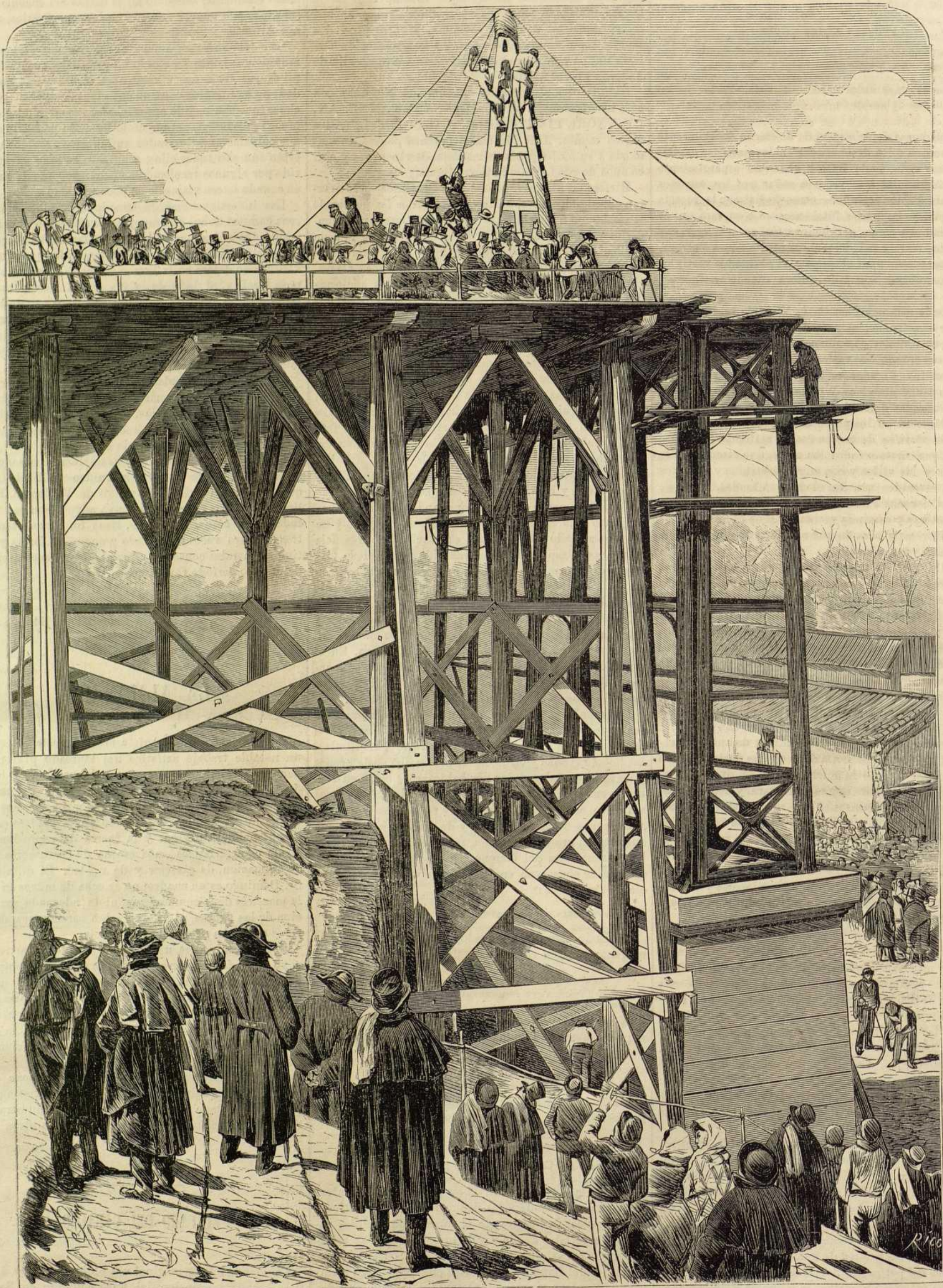
Nos complacemos en repetir que *La almoneda* no será la última página artística con que el distinguido pintor valenciano honre las columnas de nuestra publicacion, ofreciendo á nuestros suscritores otras ocasiones de admirar su privilegiado talento.

Z.

EL FARO DEL CABALLO.

La abundancia de original nos obliga á retirar á última hora la descripcion del Faro colocado en Santonña, provincia de Santander, en la punta llamada del Caballo.

Nuestros lectores pueden apreciar lo pintoresco de la situacion en que está construido este faro, examinando el grabado que publicamos en la página 40.



INAUGURACION DEL VIADUCTO DE LA CALLE DE SEGOVIA (MADRID).

MESA REVUELTA.

IV *

LA MALEVOLENCIA Y LA ENVIDIA.

Son estas dos malditas hermanas gemelas las dos grandes plagas de nuestra miserable humanidad. La primera suele inducirnos á caer en un error curioso: nos creemos personalmente objeto de la ojeriza de alguno, y no hay semejante ojeriza personal; compartimos,—tenemos el honor de compartir con todo el linaje humano la ojeriza, ó sea la *malevolencia* cuyos efectos son los únicos que advertimos, porque son tambien los únicos que nos lastiman.—De los que lastiman y aun hieren á otros nos curamos poco, por lo general. Una de las cosas á que más fácilmente se resigna el hombre es á la desgracia ajena.

Contrapuesta á la malevolencia está la *bondad*, ó más bien la *benevolencia*, la cual no es otra cosa que una dulce y natural propension á obrar y pensar bien, cierta instintiva tendencia á todo lo bueno, que es como el rudimento de la bondad: la bondad es un resultado de la benevolencia; es, por decirlo así, la benevolencia condensada. La una es el efecto, la otra la causa. Del mismo modo la *malevolencia* no es la maldad: el meramente malévolo puede á fuerza de estudio, de prudencia, de miedo al Código, que es la moral de muchas gentes, proceder como si no fuera malo; nunca procederá como si fuera bueno, esto es, como si sus obras fuesen efecto de una condicion bondadosa.

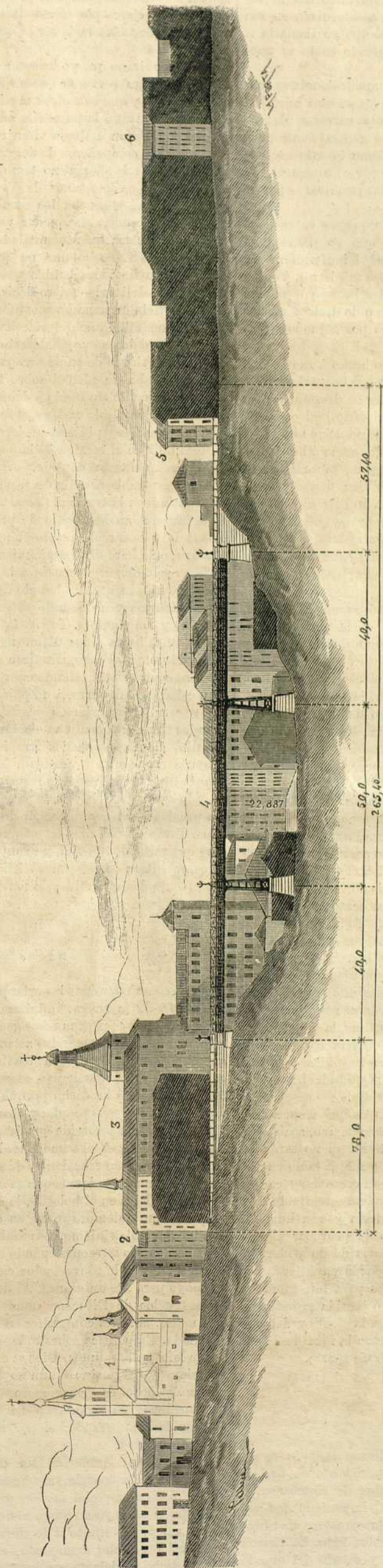
¡Bendita mil veces la bondad! ¡Más bendita aun, si cabe, la benevolencia!—(y perdóneseme el pleonasma).

Lo más odioso de la malevolencia es que suele confundirse con el talento; por manera que en vez de aversion profunda, única cosa que merece, suele inspirar cierto respeto, y da por lo comun en el mundo grandes resultados. Hombres conocemos todos que deben única y exclusivamente lo mucho que figuran, en política, *verbigracia*, á su natural malevolencia, ó en otros términos, al miedo que inspira su venenosa lengua, su venenosa mirada, la venenosa atmósfera que arrastran en pos de sí. Universalmente detestados, son no obstante muy atendidos. De ellos se dice: *tiene talento*.—¡Mentira y cobardía! Debiera decirse de cualquiera de ellos:—Es mal bicho; puede hacer mucho daño; pongámonos bien con él.

—“Piensa mal y acertarás.”—“Haz mal y no mires á cual.”—“El que siembra un beneficio, recogerá un ingrato”, etc., etc. Estas y otras mil vulgaridades por el estilo forman el catecismo del malévolo. No acierto yo á explicar el menosprecio y la indignacion que me inspiran los mantenedores de esa filosofía de pacotilla que consiste en volver del revés las máximas del Evangelio y en hacerse el hombre para su uso particular una doctrina conducente á satisfacer todas las malas pasiones, todos los perversos instintos de nuestra pobre humanidad. Nada requiere ménos talento, porque nada hay en realidad más falso que esa filosofía malévola:—Cabalmente los más de nuestros errores y las más de nuestras miserias, de tejas abajo, nacen del empeño de buscar soluciones tortuosas y malévolas á cosas que la clara luz del sentido natural explica admirablemente, con sólo que se atenga á las dos más sencillas, y por lo mismo más sublimes nociones que es capaz de concebir la mente humana:—El amor á Dios; el amor al prójimo. Toda la sabiduría se cifra aquí, en el sentido de que, fuera de esta gran base, no hay sabiduría posible.

La malevolencia estúpida niega radicalmente esta doctrina en la teoría como en la práctica; por eso es estúpida. No se limita á querer mal á su prójimo; tambien quiere mal á Dios.—Le zahiere, le critica en sus obras, se tiene por muy superior á él. ¿Cabe estupidez mayor?

La *malevolencia* puede ejercerse en todas las condiciones de la vida con rasgos evidentes; pero su verdadero teatro, el terreno donde brilla con más esplendor es, á no dudarlo, la vida oficial. Un refran muy usado en Aragon lo expresa con gran verdad:—“Si quieres conocer á Juanico, dale un empleo.”—Con honrosas, y sea dicho en honor de la verdad, con numerosas excepciones, el oficinista en general no es benévolo; considera al público como un enemigo natural de la administracion, se precave contra él con sobrado rigor, y suele hacerle sentir más de lo justo el peso de su propia importancia. Pocos séres, sin embargo, más que el empleado español deberian conocer toda la profunda filosofía del *Sic transit gloria mundi*,—pues pocos pasan



PERFIL DEL VIADUCTO DE LA CALLE DE SEGOVIA (MADRID).

1. DERRUIDA IGLESIA DE SANTA MARÍA.—2. CALLE MAYOR.—3. EDIFICIO DE LOS CONSEJOS.—4. CALLE DE SEGOVIA.—5. CALLE DE LA MORERÍA.—6. CALLE DE LOS YESEROS.



* Véase el número 49 del 15 de enero.

más rápidamente que él por las dulzuras del presupuesto, si bien hay algunos que se eternizan en sus puestos y con razón, pues tienen lo que yo llamaría *el genio de la oficina*:—se nace empleado como se nace poeta ó conquistador.

Por regla general, un poquito de malevolencia es condición precisa para perpetuarse en los puestos oficiales, como para abrirse camino en todas las carreras. Es triste decirlo; pero la bondad es dote generalmente poco apreciada en el mundo; por lo mismo es más meritoria. La malevolencia y la maldad, por el contrario, ya lo he dicho, suelen alcanzar grandes premios:—por lo mismo son doblemente odiosas.

Rara será la oficina del Estado en que no se encuentre algún curioso *specimen* de lo que yo llamaría el hombre *perro de presa*, que á todos indistintamente ladra y muerde, ménos al amo (*vulgo* ministro), á quien lame las botas á punto de sacarles lustre por mucho barro que tengan. Muchas veces he oído decir á ciertos infelices pretendientes maltratados por alguno de esos hombres perros de presa:

—Pero, señores, ¿qué le habré yo hecho á ese D. Tal ó D. Cual...? Porque es de advertir que esos tales personajes, predestinados desde el nacer á desempeñar en una oficina (por ejemplo, un ministerio) el oficio de *perro de presa*, tienen el raro privilegio de que no se les designe comunmente por su apellido, como á los demás empleados, sino por su nombre de pila, precedido respetuosamente del inevitable *Don*. Una figura y unos modales algo perrunos no son cosa indiferente para la conquista de una plaza de perro de presa, que es lo que hay que ser en un gran centro administrativo; pero lo que importa para conservarla es tener jefes algo memos y un tanto holgazanes que á todo se avienen con tal de que se lo den *todo hecho*.

Este Don... X*... que ligeramente acabo de bosquejar es uno de los verdaderos tipos de la malevolencia. El día en que no hace daño á ninguno, digiere mal y duerme peor; porque ese día siente él decrecer algunas líneas su importancia.—Yo pienso, luego existo, dice el filósofo.—Yo hago daño, luego soy un hombre importante, dice el hombre perro de presa. Devorado del afán de darse importancia, ha calculado que para adquirirla y sostenerla es preciso hacer algo; y como es más fácil hacer mal que hacer bien, se dedica exclusivamente á lo primero, impelido *aún* más por el estímulo de una natural *malevolencia*. No es otro el origen de muchas maldades en este mundo.

La envidia es cosa muy distinta, aunque parienta cercana de la malevolencia. Esta es esencialmente *activa*; aquella es de suyo *pasiva*. «Tristeza del bien ajeno», la define admirablemente el catecismo; y en efecto, es eso, nada más que eso; pero *eso* es acaso lo más horrible que existe en el órden moral. Todos los pecados capitales tienen su explicación; casi me atrevería á decir (¡Dios me perdone!) su disculpa. Sólo ese no la tiene. ¡Sentir el bien! Desear el daño ajeno áun á costa del propio... mentira parece. Cuenta una ingeniosa fábula india, que viajando una vez juntas la Avaricia y la Envidia, se encontraron á la Fortuna, la cual dijo á la segunda: «Pide lo que quieras y te será concedido, á condición de que el doble de lo que tu pidas y obtengas se ha de dar á tu compañera. ¿Qué pides?... —Que me saquen un ojo, contestó la Envidia.»

Lo peor de este horrible vicio es que empezando, como he dicho, por ser esencialmente pasivo, acaba casi siempre por hacerse *activo*; el envidioso no tarda en aborrecer de muerte al envidiado, y sucede también una cosa singular y contraria á la comun creencia, y es que no siempre éste es ó parece ser persona envidiable.

No hay posición social, por modesta y aun humilde que sea, que nos ponga á cubierto de provocar alguna envidia,—tal vez de un rico, tal vez de un poderoso. Imagínese el vulgo que sólo se puede envidiar á los grandes de la tierra; pero yo tengo para mí, como un axioma, que la envidia inspirada ó sentida es independiente de la posición social del que la siente y del que la inspira. Sucede con esto lo que con la idea de la *tiranía*,—pero el asunto merece párrafo aparte.

V.

LA TIRANÍA.

¿Quién no se representa á un tirano sentado en un soberbio trono, vestido de púrpura, rodeado de barbuca feroz guardia, entre un enjambre de cortesanos, ó cuando ménos en una rica morada, imponiendo su voluntad tiránica á una muchedumbre prosternada? Idea falsa si las hay; idea incompleta sobre todo. La tiranía es independiente de la situación y estado del que la

ejerce: en todos los grados de la escala social se puede ejercer, y se ejerce por cierto de odiosa manera; y la más odiosa de todas suele ser la que se encuentra más abajo.

El mayor tirano que yo he conocido, fué (ya no existe), un mendigo perverso que se fingía ciego teniendo ojos de lince, y que con otros muchos pobres pedía limosna años atrás á la puerta de una iglesia: más duramente que Neron á Roma tiranizaba aquel andrajoso tunante á sus compañeros de desgracia, los cuales temblaban delante de él, cual no temblaron jamás delante de Luis XIV los cortesanos de Versalles. Unas cuantas sangrientas riñas con los otros pobres en que había tenido la suerte de quedar vencedor, dejando algunos de ellos cruelmente mutilados, le había asegurado en la miserable colonia un predominio absoluto. Aquellas mutilaciones habían quedado impunes como tantos otros delitos:—quiero decir, impunes en la tierra. La justicia humana no acostumbra descender á esas bajas regiones de la pobreza: hay allí poco que ganar. El pobre de que voy hablando era, pues, el señor, el sultan, el tirano de su desarrapada grey: cobraba el barato, zurraba sin piedad sobre todo á las mujeres y á los niños, nadie era osado á denunciarle á la justicia por temor al infalible castigo, y se pasaba la vida fumando cigarillos y pidiendo ochavos con voz plañidera, más feliz en el escalón de la puerta de su iglesia que Cambises en el trono de Asia.

Aquel execrable mendigo era, pues, un tirano; pero no el último en la tremenda escala sin fin de la tiranía. Es seguro que no hay patio de presidio ó calabozo de presos de una cárcel, que no tenga su Pisistrato; no hay grupo de harapientos granujas de esos que venden fósforos y la *Correspondencia* á la puerta de los cafés, que no acate el sultánico mando de un andrajoso Dionisio de Siracusa y no tiemble ante un Ivan el Terrible, descalzo y con montera. Tal es la dura ley de la fuerza que alcanza hasta á los últimos grados de la creación. Estos déspotas, al cabo, tiranizan á criaturas humanas: otros se contentan, á falta de cosa mejor, con tiranizar á un caballo, á un perro, á un pájaro. Entre los cocheros y carreteros, (*idurum genus!*) suelen encontrarse grandes tiranos: toman una ojeriza estúpida á un pobre caballo, cien veces ménos irracional que ellos, y le martirizan por pura brutalidad. Esta odiosa casta de tiranía justifica la razón con que en Inglaterra primero, y luego en Francia y otros países, se han dictado leyes penales para la protección de los animales domésticos. Tampoco estarían de más en España, pero es el caso que tales leyes serían un contrasentido entre nosotros, mientras conservemos el bárbaro y repugnante espectáculo de las corridas de toros.

VI.

DIOS.

Padre comun de todas las criaturas, criador supremo del cielo y de la tierra, infinitamente bueno, sabio y poderoso; Dios es para muchas gentes, además de todo esto, un artículo de comercio bastante lucrativo, una cosa que ciertos mortales afortunados llevan en el bolsillo del gaban para su uso particular, como se llevan los guantes ó la petaca. Cosa he dicho porque no se me alcanza en este sentido voz más propia, y observaré de paso que no hay palabra más socorrida que ésta en el Diccionario ni más elástica. Desde el sumo Hacedor, hasta la más ínfima criatura, todo cabe dentro de ella. Volviendo, pues, á nuestro tema, añadamos que esos que tienen la suerte de llevar á Dios en el bolsillo, le sacan á relucir á cada triqui-traque, siempre para su conveniencia propia, con incalculable cinismo. Los malos predicadores sacan el Cristo en sus sermones cuando se ven apurados: estos sacan á Dios en la conversación cuando necesitan cierto apoyo para sus opiniones. Al decir de ellos, sus intereses y los de Dios son unos mismos. Dios opina como ellos: si se les contradice en lo más mínimo, Dios se enfada. En política sobre todo, Dios tiene aplicaciones preciosas: para unos, Dios es carlista; para otros, es notoriamente alfonsino y aún no falta quien le tenga por sospechoso de situacionero. ¡Profanación de las profanaciones! Si obran así por ignorancia, no conozco simplicidad más grande: si por malicia, no discuro mayor impiedad.

Regla general. Hablar de Dios para cosa que no sea bendecirle ó implorarle, me parece gran necesidad en quien no tiene especial misión para hacerlo pertinentemente. Y como yo no tengo semejante misión ni cosa que lo valga, me limito á lo dicho, con el escozor de haber tal vez dicho demasiado, en cuyo caso téngase por no dicho y adelante con los faroles.

VII.

EL EGOISMO.

El egoismo, que en castellano debería llamarse el *yoismo*, es un sentimiento exagerado, ó si se quiere un excesivo desarrollo del natural amor que todos nos tenemos y nos debemos á nosotros mismos. Ama á tu prójimo como á ti mismo, dice el precepto divino, con lo cual se nos impone en cierto modo el deber de amarnos mucho, para amar también mucho á nuestros semejantes. Pero ese amor que debemos tenernos aunque no sea más que por respeto al sumo autor de la vida,—debe estar siempre templado y como regido por el que debemos tener á los demás, y el rompimiento de este equilibrio en beneficio propio es lo que constituye el repugnante vicio del *egoismo*,—así como ese mismo rompimiento en beneficio ajeno, ó sea del prójimo, constituye la hermosa y santa virtud de la abnegación y de su natural consecuencia: la caridad. La doctrina nos enseña que es esta en cierto modo la antítesis de la envidia, y como el egoismo lo es también, dedúcese de aquí que entre estos dos feos vicios existe (como entre todos, creo yo,) un parentesco muy estrecho; pero á la verdad no son el mismo. La envidia es peor.

Hay en el egoismo muchos grados y no se debe confundir el egoista con el egoísta. El primero puede ser un personaje pasadero y hasta amable: Alcibiades es el tipo inmortal del hombre que posee el *arte* de sacrificarlo todo á su bienestar; porque este es todo el secreto de la diferencia arriba indicada. El egoísta no es un mero aumentativo del egoista. Gramaticalmente, no es más que eso, pero no hay duda que llegado á ese punto máximo, el vicio del egoismo se adultera y degrada y adquiere en especial un carácter *grosero* que de todo punto falta en el meramente egoista. El egoismo culto es un arte y puede tener su mérito; el egoismo grosero y cínico del egoísta, es una función meramente animal,—casi diría bestial. Sólo debe inspirar repugnancia. El primero, requiere un profundo estudio, talento, gracia y habilidad, y á este precio se le perdona todo; dicho se está, pues, que no puede practicarle un cualquiera. Para ser un egoísta sólo se necesita *echarse el alma atrás*, como vulgarmente se dice, abdicar todo pudor, y arrostrar las consecuencias de vivir como un salvaje en plena civilización. El egoista culto se parece al elegante *Pick-Pocket* de Londres que le escamotea á uno el reloj sin sentirlo; el egoísta, es semejante al bárbaro saltador que se lo arranca poniéndole al pecho una pistola ó amenazándole con un garrote. Ambos en el fondo hacen lo mismo; pero ¿qué diferencia en la forma!

Otras diferencias esenciales hay entre estas dos variedades de un mismo tipo antipático, salvo que es infinitamente más antipática la una que la otra, para mí á lo ménos. Sabido es que la vida social nos impone ciertas cargas en cambio de los beneficios que nos proporciona. El egoista á secas procura buenamente eludir esas cargas, pero al cabo acepta algunas cuando es preciso, no acaso por sentimiento del deber, sino por cálculo; hasta suele practicar el bien, no por virtud, sino por egoismo. Caza largo, prevé las contingencias de esta vida y quiere pasarlo bien mañana como ayer y hoy. El egoísta no acepta carga alguna, prescinde en redondo de todo lo que no sea él; se pone el mundo por montera, y ni se acuerda de que hubo un ayer ni piensa en que habrá un mañana: sólo conoce el momento presente. En esto, como en otras cosas, su ideal es el... (lo diremos con decencia) *el rifado de San Anton*.

En cambio (y aquí entra la parte odiosa de este tipo, y en lo que es muy inferior á su modelo el de *San Anton* que no abriga á lo ménos cálculos interesados), si no acepta ninguna de las cargas sociales, reclama imperiosamente y aun se exagera en provecho propio los beneficios que las compensan. No hay ser más exigente cuando necesita de alguien: todo sacrificio hecho en su obsequio le parece poco. En donde quiera que se halle coge sin reparo el mejor puesto, se adjudica la mayor ración: el prójimo no existe para él más que en concepto de natural servidor suyo. Por un pavo bien asado daría él la mitad del género humano; por una botella de Jerez y un buen cigarro encima daría la otra mitad.

Todos somos egoístas, pero son contados los egoístas, aunque todavía sobra con los que hay. Los denuncio como una plaga social.

EUGENIO DE OCHOA.

LAS SIETE CASACAS.

Yo, con perdon de Vds., me llamo D. Fulano de Tal, y no digo más claramente mi nombre, porque el que quiera saber á punto fijo quién soy no tiene sino dar un paseo por esas calles, seguro de que ha de topar con un ejemplar de mi proteiforme persona, que no negará la casta.

Me llamo D. Fulano de Tal, y soy más hijo de mis obras que de mi padre; porque aquí donde Vds. me ven soy mozo muy abonado para renegar del autor de mis días, si el autor de mis días se pone en contradicción con mi segundo padre, que son mis obras.

El primero que me engendró, en el orden cronológico de los tiempos, me dejó por todo patrimonio una ignorancia perfecta; esto es, una capacidad perfectamente desprovista de inútiles conocimientos, á fin de que yo pudiera llenarla á mi gusto, segun las circunstancias de tiempo y lugar: porque decía mi padre que una inteligencia en blanco puede aceptar en la ocasion oportuna, y sin tener que destruir añejos rudimentos y molestas preocupaciones, aquellos axiomas fundamentales más apropósito para cimentar una filosofía de resultados prácticos y tangibles.

No se limitó á esto la herencia de mi padre, quien me legó además siete casacas de diferentes colores, que, andando los días, habian de ser los signos visibles y progresivos de mis conquistas intelectuales y morales.

Difícil me sería explicar satisfactoriamente por qué fueron siete las casacas con que plugo al autor de mis días completar mi legítima: siempre que he tratado de profundizar el secreto cabalístico de este número, se me han venido á las mientes, no sé porque, las siete plagas de Egipto y los siete pecados capitales. Un maldito zumbon con quien despues consulté la duda, la resolvió maliciosamente asegurando que el guarismo aludía á las siete nodrizas cornudas de la parábola, y me anunciaba un porvenir de inextinguible succion en los pingües biberones del siglo.

Pero lo que me importa consignar, sobre todo, es que en el vacío de mis capacidades moral é intelectual fluctuó desde muy temprano, y en estado rudimentario, una tendencia innata al desarrollo económico-político de mi entidad consumidora, y un gran instinto de *variedad*, atributo distintivo del genio. ¡Oh! nunca se borrarán de mi mente los recuerdos de mi inocente niñez. Entre mis gracias infantiles era la más frecuente despreciar el modesto puchero de mi madre por adular la opípara mesa del vecino acaudalado. ¡Con qué candoroso entusiasmo renegaba de la sopa que me habia dado la mujer del alcalde, para ganarme el bollo que, á condicion de llamar á aquella respetable matrona zafia y mal criada, me prometia la mujer del escribano!

Recuerdo que el maestro de escuela, que era hombre de mucho mundo, solía decirme siempre que, por casualidad, me encontraba en la calle:—«Niño, tú puedes hacer gran carrera: eleva á la quinta potencia ese instinto que te enseña á vivir de todos y con todos, y desde aquí te aseguro un próspero porvenir.»

¡Sabio profesor! ¡Qué bien me conocía sin haberme tenido nunca bajo su inteligente direccion!

Así llegué de despensa en despensa, y de cocina en cocina, á la antesala de la razon, y sin anuncio ni recomendacion de ningun género metíme resueltamente en el salon de recibo de este pícaro mundo. Era yo, como dije al principio, un cuarto por amueblar, y pronto se brindaron á llenar el vacío la amistad, el amor, el patriotismo, todos esos afectos cuya primitiva diafanidad desaparece de día en día bajo la accion condensadora del positivismo. Recibí *sub conditione* todos estos artículos de lujo, con ánimo de cambiarlos, venderlos ó refundirlos á mi gusto, segun los tiempos y las circunstancias, y andando los días me persuadí de que no eran baratijas tan inútiles como al principio me parecieron. El patriotismo y el amor, en particular, me prestaron en ocasiones dadas servicios importantes que, á decir verdad, no encontraron jamás en mi corazón un átomo de agradecimiento; porque debo confesar ingenuamente que la gratitud no es condicion normal, ni aun siquiera contingente, de mi carácter.

Una vez constituido en el seno del cuerpo social, fuéme preciso discurrir los medios de conquistar lo que se llama una posicion, y para ello me dispuse á aventurar mi barquilla sin lastre por el piélagos azaroso de la vida. Me asomé á la ventana para ver de qué lado soplaban el viento, y sus ráfagas me trajeron rugidos de tempestad. El horizonte estaba encendido; oíanse por todas partes gritos de patria y libertad; el pueblo levantaba sobre sus hombros no sé qué ídolos improvisados... De pronto sentí palpar mi espíritu bajo la presion de una idea:

habia llegado el momento del Génesis: la nocion fecunda del patriotismo acababa de surgir en mi mente con asombrosa limpidez. No habia tiempo que perder; la ocasion era solemne para estrenar una de las siete casacas que me habia legado mi padre, ¡qué casaca, señores! roja y alborozada era como la amapola entre los trigos, y como ella merecia gallardearse entre las doradas mieses de la patria. ¡La patria! ¡matrona fecunda y amorosa cuando hace á sus hijos los honores de la madre tierra! Yo siempre me la imagino, desde aquel día, armada de una hoz de oro, segando para mí la rubia espiga.

Mi casaca hizo prodigios; sus vistosos faldones ondearon gloriosamente sobre aquella muchedumbre entusiasmada, y al terminar la fiesta me encontré á la sombra del árbol frondoso de la libertad. Tendíme panza arriba bajo sus ramas fructíferas, y ví que Newton, en situacion parecida á la mia, habia desarrollado incompletamente su talento de observacion. Los sabrosos frutos que del árbol se desprendian no sólo me dieron una idea suficiente de las leyes de la gravedad, sino tambien una nocion clara y trascendental de las del equilibrio. Comprendí que era preciso conservar á toda costa mi posicion supina, si habia de recibir en la boca, sin soluciones de continuidad, el sabroso maná de la patria, y entonces descubrí en mi organismo una nueva aptitud: comprendí á Blondin.

Pero andando los días comenzó á descender el termómetro: el horizonte político perdió sus encendidos colores, y el entusiasmo político experimentó una considerable depresion. Encerré la casaca encarnada en el fondo del cofre, y me asomé segunda vez á la ventana para ver de dónde venia el aire. Era uno de esos remusguillos intermedios que escarcean insidiosamente entre los cuatro fuelles cardinales, y cuya exacta direccion sólo puede marcar una finísima veleta; pero el instinto de *variedad* de que he hablado al principio me permitió apreciar en su justo valor aquel cambio de temperatura y ajustarme á sus condiciones.

Me puse una casaca tornasolada; velé en mi semblante la fogosa coloracion del entusiasmo, y dando á mi fisonomía una expresion reposada, salíme á culebrear por los nuevos y sinuosos senderos que delante de mí se presentaban. Á medida que avanzaba en mi camino sentia correr por mis venas un inefable espíritu de transaccion; el término medio se ofrecia á mis ojos como la meta de las aspiraciones humanas, y me parecia que aquella casaca tornasolada era el símbolo propio de toda moral, de toda filosofía.

¡Admirable poder de la voluntad subordinada! Desde entonces rechacé con horror todo aquello que lleva en sí los caracteres de lo absoluto; comprendí que en el mundo inteligente, como en el mundo moral, no hay más que el accidente, la relacion, el matiz, y me representé la voluntad bajo la forma de una culebra que se plega á todas las alteraciones del suelo por donde se arrastra.

La casaca tornasolada fué recibida en los círculos influentes con un murmullo de benevolencia.—Muy bien, dijeron todos; ese jóven rectifica, quiere entrar en el buen camino; tendámosle una mano protectora.

Me tendieron, en efecto, la mano, y me tomé el brazo. Reforcé con destreza el edificio de mi fortuna, y navegué por espacio de mucho tiempo con un ojo atento á mi pacotilla y otro al horizonte. La ocasion me parecia oportuna para tomar estado. Era hombre de posicion; pertenecía á varias asociaciones benéficas; ejercía, digámoslo así, en la sociedad una mision paternal, y debia dar á mi persona un complemento de respetabilidad, subordinada, por supuesto, á la base primordial y predominante de mi existencia social: esto es, debia escoger por compañera una mujer que entrase de lleno en mis intereses y contribuyese al logro de mis deseos.

Me casé con una muchacha pobre y de humilde cuna, á quien la naturaleza habia indemnizado ampliamente de la falta de estos condimentos sociales con una belleza no comun, y en quien residia, en el grado conveniente, una tendencia á la *variedad*, que combinada con el principio neutro de no intervencion, que, en ocasiones dadas, podia encontrarse entre los elementos constitutivos de mi sangre, habia de producir fenómenos de la mayor importancia en el seno de una sociedad conyugal fundada bajo el pié de la más perfecta mutualidad de servicios.

Y los produjo tales y de tal cuantía, que no tardé en convencerme de que no es tan exacto como parece el vulgar apotegma que dice: «No hay hombre sin hombre;» porque la verdad es que si éste necesita completarse de alguna manera para llenar los fines de su existencia sublunar, el complemento más natural es la mu-

jer. Sin embargo, hay una obcecada mayoría que se empeña en ver las cosas de otro modo, y que quisiera abrumar á los filósofos de mi escuela bajo el peso de su altivo desden. ¡Niñerías, señores, niñerías! Bajo el punto de vista de la economía política, ciencia destinada á reconstruir bajo otras bases la moral, hay preocupaciones fundadas en un lujo improductivo de la conciencia que esterilizan el capital y matan la produccion. Yo no he dado nunca en esas aberraciones: espíritu eminentemente práctico, no concibo el principio sin la aplicacion, ni admito más principios aplicables que aquellos que conducen á un resultado tangible y positivo.

Caséme, pues, con la mujer que me convenia, y mi luna de miel se estacionó en el firmamento bajo la forma puntiaguda que ha dado origen á comparar esa fase del satélite con los medios de defensa de un animal que me abstengo de nombrar, por no dar pretexto á vulgares aplicaciones y adocenadas analogías. En este estado de cosas me sorprendió otro cambio atmosférico que me obligó á sacar por segunda vez del cofre la casaca encarnada, y que apesar de esta precaucion hubiera puesto en grave riesgo mi flotante navecilla, á no ser por la maña de mi consorte, que habia enderezado ya su vigilante proa á una farola de la situacion, grangeándome la amistad de un poderoso protector.

Con esta ayuda volví á respirar los aires libres del progreso, y otra vez tuve que felicitarme de sus benéficos efectos. Los amigos de la vispera, que aún no conocian mi temperamento, pusieron el grito en las estrellas; los periódicos de oposicion dirigieron contra mí sus saetas más envenenadas. Pero yo me rei de todo: la hora de la independencia aún no habia sonado para mí, y era preciso seguir hasta el fin el sendero anguiforme que habia de conducirme á la última meseta de mi posicion social.

Andando los días tuve que sujetar mis principios, en moral como en política (porque para mí la política es una cosa muy distinta de la moral), á una alquimia incandescente y complicadísima. Mis evoluciones no tuvieron limite; el insigne Proteo parisien, el famoso Cartouche*, el genio del *travestiment* no ha cambiado más casacas que yo. ¡Lástima grande que aquel ingenio tan eminentemente vario se dejase envolver en las redes de la justicia, ó no hubiera venido al mundo en tiempos en que sus aptitudes camaleónicas encontrasen más elevada, más fecunda y ménos azarosa aplicacion! Las mias llegaron sin tropiezo al más alto grado de desarrollo. En pos de la casaca roja vino otra vez la casaca tornasolada, y á esta siguieron la casaca de mezcla y la de medio color, que fué reemplazada, en último análisis, por la casaca negra.

¡La casaca negra!... la última del guarda-ropa, la destinada á imprimir un carácter de venerable inmutabilidad á las conquistas del pasado. Al llegar á esta meta me detuve: mi posicion social estaba labrada. Entonces volví la vista atrás, y examiné el intrincado camino que acababa de recorrer. Habia andado en política desde los Jacobinos al Escorial; en administracion desde Andújar á Villena*, pasando por el Pinar de la Mancha; en moral, desde Gomorra á Jerusalem; sólo en lealtad no habia pasado nunca de la venta de Judas.

No estuve nunca preso ni procesado.

Considerando, como he dicho, que era llegado el momento de reposar de mis fatigas, rasgué las seis casacas que habian labrado mi posicion y me puse para siempre la última. ¡La casaca de la independencia, la gran casaca de la independencia!... Paño negro de lustre con botones de oro. Mi Génesis estaba completo: al llegar á la sétima casaca descansé y ví que todo lo que habia hecho era bueno.

Ahora no tengo más que una opinion; pero invariable, definitiva; hija tardía, y por lo tanto más amada, de una larga y laboriosa experiencia. Soy ante todo hombre de orden, de mucho orden, de la mayor suma de orden que pueda alcanzar una nacion; porque, no hay que darle vueltas, señores, sin orden no hay sociedad posible; en el seno del orden florecen y prosperan todos los gérmenes de vida; bajo su égida poderosa los pueblos desarrollan su actividad; la industria pone en movimiento los cien brazos de Briareo; el comercio tiende por donde quiera sus raudas alas; las fuentes de la riqueza abren á porfía sus grifos múltiples, derramando sus inagotables tesoros; el escuálido rostro del pauperismo se cubre con las rosadas tintas que produce el suave calor del estómago satisfecho, y la felicidad corre inútilmente de puerta en puerta en busca de una miseria que remediar.

* Célebre criminal.

* Célebres bandidos españoles.



FARO DEL CABALLO (SANTANDER).



LA ALMONEDA.—DIBUJO DE DON FRANCISCO DOMINGO.

El orden, señores, es un bien inapreciable, cuyo valor no puede comprender el hombre hasta que ha llegado á todas las plenitudes. Ahora que me considero completo es cuando alcanzo la importancia de esa ley admirable. Y esto se explica fácilmente: para crear ha sido preciso el caos; para conservar se ha necesitado el equilibrio.

Pues bien: aquí teneis el fin de mi epopeya, y la síntesis de mi fluctuante filosofía: soy hombre de orden y tiendo platónicamente en política al sistema de gobierno que mejor realice mi ideal. Mi hermosa casaca negra me da un aspecto venerable, que á la verdad no está en perfecta armonía con los pujos mundanos de mi consorte: para ésta no ha llegado, ni creo que llegará en mucho tiempo, el séptimo día de la creación: es más; creo que el orden no será nunca el santo de su devoción.

Por lo demás, oigo misa todos los días; pertenezco á varias asociaciones benéficas y escribo un libro trascendental sobre la extinción de la miseria por el Estado. Hago la *descansada vida* que recomienda el poeta, salvo algunas alteraciones importantes en aquello de la *pobrecita mesa de amable pan bien abastada*, y me paseo en coche.

Algunas veces, por la calle, suelen llegar á mis oídos frases parecidas á estas:

—Ahí va un truan, ¡qué lástima de presidio!

Pero yo no paro la atención en estas niñerías. ¡Estoy tan distraído!

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

OBRAS PUBLICAS EN MADRID.

NUEVO DEPÓSITO DE AGUAS DEL LOZOYA.

(Conclusion).

Fácilmente se comprenderá la insuficiencia de uno y otro sistema, si se reflexiona un poco sobre el principio en que respectivamente se fundan.

El primero, la clarificación por el reposo, estriba en que la densidad de las tierras es mayor que la del agua. Claro es, por lo tanto, que desde el momento en que ésta se halle encerrada y tranquila en un depósito, aquellas caerán y se reunirán en el fondo ó solera del vaso á causa de su mayor peso relativamente al agua. Teóricamente, este raciocinio es exacto, pero en la práctica presenta una dificultad casi insuperable: el largo tiempo que exige. Las arcillas, que son las tierras que generalmente producen las turbias, gozan de la propiedad de dividirse en el agua casi indefinidamente, y la teoría, de acuerdo con la experiencia, nos dice que la velocidad con que cae un cuerpo al través del agua es tanto menor, á igualdad de las demás condiciones, cuanto menor es su tamaño. Así resulta que, aun en las localidades más favorecidas, las aguas tardan quince, veinte ó treinta días en comenzar á clarificarse; en otras es necesario el reposo durante muchos meses, y hay algunas, como en Versalles, donde las aguas conservan el color opalino despues de varios años de inmovilidad. Los que hemos habitado en Madrid ántes de la llegada del Lozoya podemos formarnos una idea de la tenacidad con que el agua retiene las tierras en suspensión, recordando lo que acontecía con la atmósfera de las calles en que la circulación era un poco activa. Una nube de polvo, que desde el suelo se elevaba y gradualmente se desvanecía á la altura de ocho ó diez metros, enturbia-ba el aire, haciéndole perder su transparencia, y estaba como suspendida y sin movimiento alguno durante la mayor parte del día. La tierra muy dividida que forma el polvo caía, es verdad, y se depositaba sobre las ropas de los transeúntes, pero lo hacía con tal lentitud que apenas si en las primeras horas de la mañana lograba despejarse algo la atmósfera ántes de que empezase la turbia del siguiente día. Pues si esto acontece con el aire, cuya densidad es más de mil veces menor que la de las tierras, júzguese lo que pasará cuando se trate del agua, que pesa poco menos que la arcilla y que la divide con mucha más eficacia. En definitiva, la clarificación absoluta por el reposo exige el establecimiento de depósitos de sedimentación de tan excesivo tamaño que se hallan fuera de las condiciones racionalmente admisibles de las obras de esta clase, y sólo se han construido en algunas localidades para privar al agua de las partículas terrosas más gruesas y menos admisibles en la distribución.

El mismo inconveniente, aunque por causas distintas, presenta la adopción de los filtros. Para obtener por su medio agua completamente clara, es indispensable que la den gota á gota, y si se han de reunir de esta manera los muchos miles de metros cúbicos que diariamente consumen las grandes ciudades, es necesario dar

á aquellas obras dimensiones extraordinarias. Y cuenta que al par que son de muy costosa edificación, no pueden los filtros funcionar sin dar origen á un gasto continuo: porque las capas de arena, que en rigor son las que clarifican el agua, se hacen rápidamente impropias para este uso y deben ser reemplazadas por otras nuevas en muy cortos intervalos de tiempo.

Se vé, pues, que no hay que acudir á la clarificación artificial del agua sino como á un remedio heróico, y que para huir de esta solución conviene aprovechar los recursos y condiciones especiales de cada localidad. Afortunadamente Madrid se halla favorecido bajo este punto de vista y puede disfrutar de una distribución de aguas que, así por su composición atómica, como por su diafanidad, reúnen todas las condiciones apetecibles, sin necesidad de acudir á aquellos procedimientos.

El Lozoya es un río excepcional. Su lecho está formado, casi exclusivamente, de rocas insolubles (granito, gneis y squistos arcillosos) y las aguas se conservan puras y claras en todo su curso. Pero al fin y al cabo, como todas las corrientes superficiales, sin excepción alguna, el Lozoya experimenta crecidas ó avenidas que, en éste como en los demás ríos, son de agua turbia. Pocos días consecutivos suele durar la alteración del estado normal de la corriente; pero como el agua se toma de continuo para el surtido de Madrid, evidente es que, en semejantes ocasiones, ó hay que clarificarla, ó hay que darla turbia, á menos que se adopte una tercera solución indicada por las condiciones del río. Puesto que las turbias duran pocos días, posible es almacenar á la entrada de la población el agua necesaria para su consumo en aquel período, y bastará en tal caso cerrar la entrada del río en el canal siempre que ocurra una avenida. Precisamente ha servido para este fin hasta hace algunos años el depósito primitivo del Campo de Guardias. El consumo de agua era entonces menos de la mitad del que hoy tiene lugar, y el repuesto que encerraba dicha obra bastaba para alimentar á Madrid durante ocho ó nueve días, término á que rara vez llegan las turbias. Así es que, en los primeros siete ú ocho años de la distribución, el agua se mantenía constantemente clara en las cañerías, al paso que en la actualidad y cuando éstas se han extendido por todas las calles, plazas y paseos de la corte, el depósito construido se vacía ántes de que el Lozoya haya vuelto á recobrar su acostumbrada transparencia; y hé aquí el por qué de la edificación del nuevo depósito, que hubiera debido terminarse hace cinco ó seis años si las atenciones del Tesoro público lo hubieran permitido, y que por su gran capacidad (tres veces mayor que la del primitivo) mejorará, por más de un concepto, la situación de la corte, respecto al servicio de aguas potables.

En efecto; terminada la nueva obra, Madrid podrá almacenar á sus puertas el consumo de ocho días, aun suponiendo que éste haya llegado á todo su desarrollo: y si se reflexiona que cuando se corte el agua en el canal se pueden sin dificultad suprimir ó al menos amornar algunos servicios públicos, como el surtido de las fuentes monumentales, el de la limpieza de alcantarillas, el riego de una parte de la vía pública, etc., etc., se ve que en rigor se dispondrá de la alimentación de doce ó catorce días; tiempo suficiente para que el río se aclare, ó para habilitar un paso provisional á las aguas si un accidente cualquiera produjera la destrucción de alguna obra del canal.

Responde, pues, la construcción del nuevo depósito á dos consideraciones de primer orden, á saber: á la mejora de la calidad de las aguas y á la seguridad del servicio. Es por lo tanto una obra de suma importancia para los habitantes de Madrid y de preferente atención para ellos, y sólo falta, conocidos ya los servicios que ha de desempeñar, exponer algunas breves noticias acerca de su edificación, con lo que daré por terminado este ya excesivamente largo escrito.

Está situado en el Campo de Guardias, frente á frente del primitivo, y separado de él por la carretera de Francia, que pasa entre ambos. La forma de su planta es la de un rectángulo, cuyo lado mayor, paralelo á la carretera, es de 207 metros y medio, y el menor de 137 (medidos interiormente), de manera que el agua vendrá á ocupar una extensión de tres hectáreas próximamente. Un medio sencillo de formarse exacta idea del tamaño de la obra consiste en recordar que la Plaza Mayor de Madrid tiene muy poco más de una hectárea, y que por lo tanto el nuevo depósito es cerca de tres veces mayor, en superficie, que la citada Plaza. Sobre los cuatro lados de la planta se levantarán gruesos muros de ladrillo para contener las aguas: todos quedan enterrados bajo la superficie del terreno, excepto el contiguo á la carretera, que aparecerá sobre el suelo, formando fachada en su mitad superior. Una gruesa capa de hormi-

gon hidráulico (mezcla de piedra machacada y argamasa) recubrirá todo el suelo para impedir los escapes de agua por esta parte de la obra, y con los muros formará el vaso enorme en que ha de encerrarse el agua. Si el clima de Madrid lo permitiera, á esto, ó poco más, se reduciría el depósito; pero ni es prudente dejar al descubierto y á las puertas de una gran población, formando un inmenso estanque, el agua que ésta ha de consumir, ni la temperatura del estío permite, no sólo en Madrid, pero ni en países mucho menos cálidos, exponer impunemente á la luz y al calor del sol un depósito de aguas potables. Ha sido preciso resignarse á cubrir toda la planta de la obra, á fin de encerrar completamente el agua y conservarla con las mismas condiciones de pureza hasta el momento de distribuirla, y esto ha motivado la ejecución de una de las partes más costosas de toda la obra. Se trataba, en efecto, de construir una cubierta de tres hectáreas de extensión, impenetrable á la luz y al calor, y cuyos apoyos han de estar constantemente sumergidos en agua; y era además preciso realizar esto, dando á los diversos elementos de la obra el carácter de solidez é indestructibilidad que tienen los demás y que exigen imperiosamente las edificaciones de esta naturaleza. Hé aquí la solución que se ha adoptado.

Paralelamente á los lados del rectángulo de la planta se han trazado dos series de líneas á la distancia invariable de cinco metros, y en cada uno de los puntos de intersección de estas dos series se ha levantado un pilar de piedra berroqueña. De esta suerte se han situado mil cuarenta pilares en el interior de la obra, que suministran otros tantos puntos de apoyo para la cubierta. Cada pilar consta de tres piedras, todas de base cuadrada y de una altura en junto de cuatro metros. Sobre estos pilares y paralelamente á la carretera, se voltearán arcos de medio punto, que trasdosados de nivel, suministrarán los planos de arranque de una serie de bóvedas escarzanadas de cañon seguido. Los arcos y las bóvedas son de ladrillo y sostendrán una capa de tierra que formará el piso superior del depósito. En una palabra, el espacio ocupado por el agua queda totalmente encerrado por las fábricas siguientes: en el fondo por una capa de hormigón hidráulico, en los costados por los muros de ladrillo, y en la parte superior por una serie de bóvedas de ladrillos recubiertos por una capa de tierra. La disposición de la obra no puede ser más sencilla, y su importancia depende de su tamaño y del esmero que es indispensable dar á su ejecución.

Inútil parece añadir que estos son los elementos esenciales, y que á ellos hay que agregar una multitud de detalles y pormenores sin los que no podría funcionar convenientemente. Así, hay que establecer la entrada del agua y el medio de graduarla. Un acueducto que arranca del canal de conducción y penetrará en el nuevo depósito por el ángulo N. O., servirá para la alimentación; y su regulación se hace en el interior de un pequeño pabellon construido en el mismo punto de entrada. La salida para Madrid se efectuará por dos grandes cañerías de más de una vara de diámetro interior (0,85 metros), que se enlazarán en la carretera de Francia con las dos de igual capacidad que salen del otro depósito. En los casos en que sea preciso practicar alguna limpieza ó reparación interior, puede dejarse en seco medio depósito, porque un muro trasversal lo divide en dos compartimentos iguales; para ello se ha establecido en el fondo de cada uno de estos departamentos un gran tubo de desagüe que lo comunica con una alcantarilla construida bajo la carretera y que se prolonga hasta enlazar con las del interior de Madrid. En el estado normal del servicio, los dos compartimentos comunican libremente y forman un sólo y mismo vaso. Por último, la misma alcantarilla recibe por medio de un pozo vertical toda el agua sobrante que por un descuido entre en el depósito, despues de estar completamente lleno.

Basta añadir, para terminar la descripción de la obra, que la altura de agua será de 6,67 metros, y la capacidad de unos 180.000 metros cúbicos. Por su tamaño y por sus condiciones de ejecución, el monumento hidráulico del Campo de Guardias será digno de figurar en primera línea entre todos los de su clase en Europa.

El grabado que acompaña á este artículo está tomado de una vista fotográfica, ejecutada por el excelente artista Sr. Laurent, en el mes de agosto último, y muestra la parte de los muros y de los pilares que en aquella fecha estaban ya colocadas.

X.

Madrid, 14 Enero 1872.

QUIEN MUCHO ABARCA POCO APRIETA.

Nadie más conocido que D. Calisto Trajin y Polvorosa.

Insecto inquieto y zumbon que se posa en todas las ramas; planeta que gira en todas las órbitas; estrella errante que brilla en todos los espacios; onda que aparece y reaparece en el océano de la vida, tal es, en resumen, el prototipo de la volubilidad humana.

No esperéis que D. Calisto acaricie una idea más de veinticuatro horas. Don Calisto es un compuesto de hombre y pólvora, y á cada instante estallan sus pensamientos, que son otros tantos cohetes más ó menos vistosos, pero que no duran nada, ni significan nada, ni dejan nada tras su estrepitosa aparición.

Vivir con D. Calisto es vivir en el caos. Sus palabras son un mundo que nunca acaba de aparecer. Por ellas brotan las grandes creaciones, los grandes planes, las grandes maravillas. Todo se lo piensa y todo se lo dice; pero hasta el presente no sabemos que haya descendido de los espacios imaginarios para entrar en el terreno de las realidades.

En D. Calisto hay algo del meteoro, algo de la ardilla y mucho de Juan Palomo. Por él se dijo que no era posible *atar dos ochavos de cominos* y por él salió á colación aquello de la *cabeza de chorlito*. Nadie se acordaba de ser *tarambana* hasta que vino al mundo D. Calisto, ni mucho menos pensaba nadie en tener la *cabeza como una olla de grillos* hasta que al bendito señor le dió la gana de comunicarse con el prójimo.

El comercio, la política, la industria, la agricultura, las ciencias, las artes todas, son encantados edenes para el bueno de Trajin y Polvorosa, en los cuales planta sus infinitos proyectos que le rinden otras tantas cosechas de desengaños.

Con la misma facilidad establece una fábrica de velas esteéricas, que se queda con la contrata de la plaza de Toros, que traduce un drama de Sardou, que abre una buñolería en la calle de Toledo. Para él todo es accesible, fácil y sumamente beneficioso. Las gangas se inventaron para él, que tiene la dicha de verlo todo de color de rosa. Las sombras ejercen poca influencia en el ánimo de D. Calisto, que siempre vive en la luz. Y si alguno supone que un hombre así no debe tener la cabeza llena de humo, le haremos presente que el humo de la tontería no tiene nada de sombrío, como la risa del estúpido no tiene nada de aterradora.

Verdaderamente, D. Calisto Trajin y Polvorosa es la desesperación de las personas que tienen la desgracia de no delirar. La experiencia es una carga pesada que jamás ha doblado la frente de los visionarios. Vivir con un hombre que siempre tiene saldada su cuenta con el pasado y abierto su libro de *caja* para el porvenir, es andar del brazo con la envidia. No se puede ver con serenidad un fortunon semejante, y el que más y el que menos se juzga acreedor de ser un tonto de capirote de la especie de Trajin y Polvorosa.

Cierto día de Navidad le encontré en la plaza de Santa Cruz, orondo y fresco como una lechuga. Jamás humanas pupilas lucieron con más luz de felicidad que las suyas. Era aquello un lujo de alegría que contrastaba horriblemente con mi pobreza. Confieso que la ruin pasioncilla del despecho vino á apoderarse de mi alma.

Calisto vino á mí con los brazos abiertos. El encuentro fué atlético, la carejada homérica y la rociada de verano. Yo eché de menos el paraguas, y tuve que resignarme á sufrir la nube. ¡Qué hacer...!

Don Calisto comenzó á escapir palabras.

—Soy el más feliz de los mortales, me dijo.

—¿Vives en paz con tu conciencia? le contesté.

—No: comienzo á ser rico.

—¡Ah! Te doy la enhorabuena. ¿Á cuál de tus empresas debes tus fortunas, á la exportación del esparto?

—No.

—¿Á la asociación de las amas de cria?

—No.

—¿Á tu tragedia *Soy Bruto*?

—No.

—¿Á la remesa de pieles de cabrito?

—No.

—¿Á cuál de tus proyectos, pues?

—Á ninguno.

—¿Cómo! ¿No has realizado ninguno de aquellos...?

—De aquellos, no; pero pienso realizar otros...

—¡Ah, vamos! ¿Tú tienes ya otros proyectos?

—Figúrate, amigo mio, me dijo Calisto, descosíndome media solapa del gaban, figúrate que yo he lle-

gado á ese punto culminante de la vida en que el hombre vence ó es vencido. Todos tenemos semejanza con el filósofo griego, y llega un momento en que dándonos un puñetazo en la frente, decimos: *Eureka*. Ese momento ha llegado para mí. Mira, ¿ves este chichon? este chichon indica que yo tambien he resuelto el problema.

—Veamos, contesté yo con voz que quería decir: ¡qué no te diera un torozon!

—Ante todo, me dijo Trajin y Polvorosa, hay que sentar la base de que estamos en España. Comprende la razón que me asiste para ser político.

—¡Ah! ¿Con que ahora vas á ser político?

—Justamente, voy á fundar un periódico.

—Muy bien pensado.

—Seré representante de la patria.

—Me place.

—Canalizaré mi distrito electoral.

—Ajaja.

—Y estableceré muchos molinos harineros que me hagan el primer contribuyente.

—No está mal pensado.

—Con esto y con una granja-modelo en la que Flora, Fauna y Egea luzcan sus más esquisitos tesoros, podré ser iniciador de una exposición nacional precursora de la universal, cuyas bases ántes de poco he de someter á la aprobación del gobierno de S. M., para que España se eleve á la altura de Inglaterra, Francia, Alemania, etc., etc., etc., etc.

—Por supuesto, dije yo, ¿que contarás con dinero para empezar?

—Hombre, precisamente con dinero, no; pero cuento con otro proyecto.

—¡Ah! ¿Con otro proyecto?

—¡Sí, pienso casarme con una mujer millonaria!

—¡Ya, de ese modo! ¿Y ella, te quiere?

—No lo sé; pero tengo un plan...

—¿Otro plan? Vaya, hijo, me alegraré que te salga á pedir de boca. Abur.

Y ligero como un rayo me deslicé entre la gente dejando á D. Calisto en actitud declamatoria, diciéndome:

—¡Ya verás! ¡Ya verás!

¡Pobre Calisto!

Pasaron muchos años.

En vano leía todos los periódicos. En vano seguía el curso de las elecciones para diputados á Cortes. En vano buscaba noticias de canalizaciones. En vano esperaba oír hablar de granjas-modelos y exposiciones universales. Nada; el soñador sempiterno, el proyectista universal no daba señales de vida.

—Se habrá ido allende los mares á plantear alguna de sus gigantescas concepciones, me dije. Quién sabe si á estas fechas será el primer plantador de la Virginia, ó si su ingenio habrá acaparado los *ingenios* cubanos, ó si habrá dejado sin piedras preciosas el Brasil, ó habrá extraído hasta el último quilate de las minas de California.

Haciendo estas reflexiones llegó á mis manos una carta que me hizo estremecer.

El contexto era tan lacónico como desgarrador.

Decía así:

«Ven. Te espera tu amigo,

CALISTO.

Hospital General.»

Las señas de la morada de mi amigo me hicieron comprender todo lo espantoso de su situación.

Cuando llegué hasta su lecho estaba dulcemente resignado á morir. Me acogió con una de esas miradas posteras que resumen en un punto toda una existencia. Aquella mirada era la evocación de nuestra antigua amistad.

—¡Ingrato! le dije. ¿No haber pensado en que mi lecho es de mis amigos!

Trajin y Polvorosa perfiló en sus labios una sonrisa indefinible, y atrayéndome hácia sí, murmuró á mi oído con voz débil.

—¡Perdóname!

Esta fué la última palabra que pronunció. Cuando las lágrimas me dejaron ver con claridad, observé que Calisto había dejado un papel entre mis manos.

¡Pobre amigo mio, murmuré, no atreviéndome á creer la espantosa verdad que tenía delante de mis ojos! ¡Pobre amigo mio! Tú, heredero de una fortuna tantas veces deshecha y tantas veces salvada del naufragio en el inmenso mar de tus proyectos, ¿es posible que yazcas aquí, en miserable lecho, sin más compañía que mi compasión?

Instantáneamente quedó desdoblado ante mi vista el papel que acababa de legarme la muerte. En su centro

había escrito en gruesos caracteres el siguiente adagio, que daba cumplida respuesta á mis tristes reflexiones:

«*Quien mucho abarca poco aprieta.*»

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

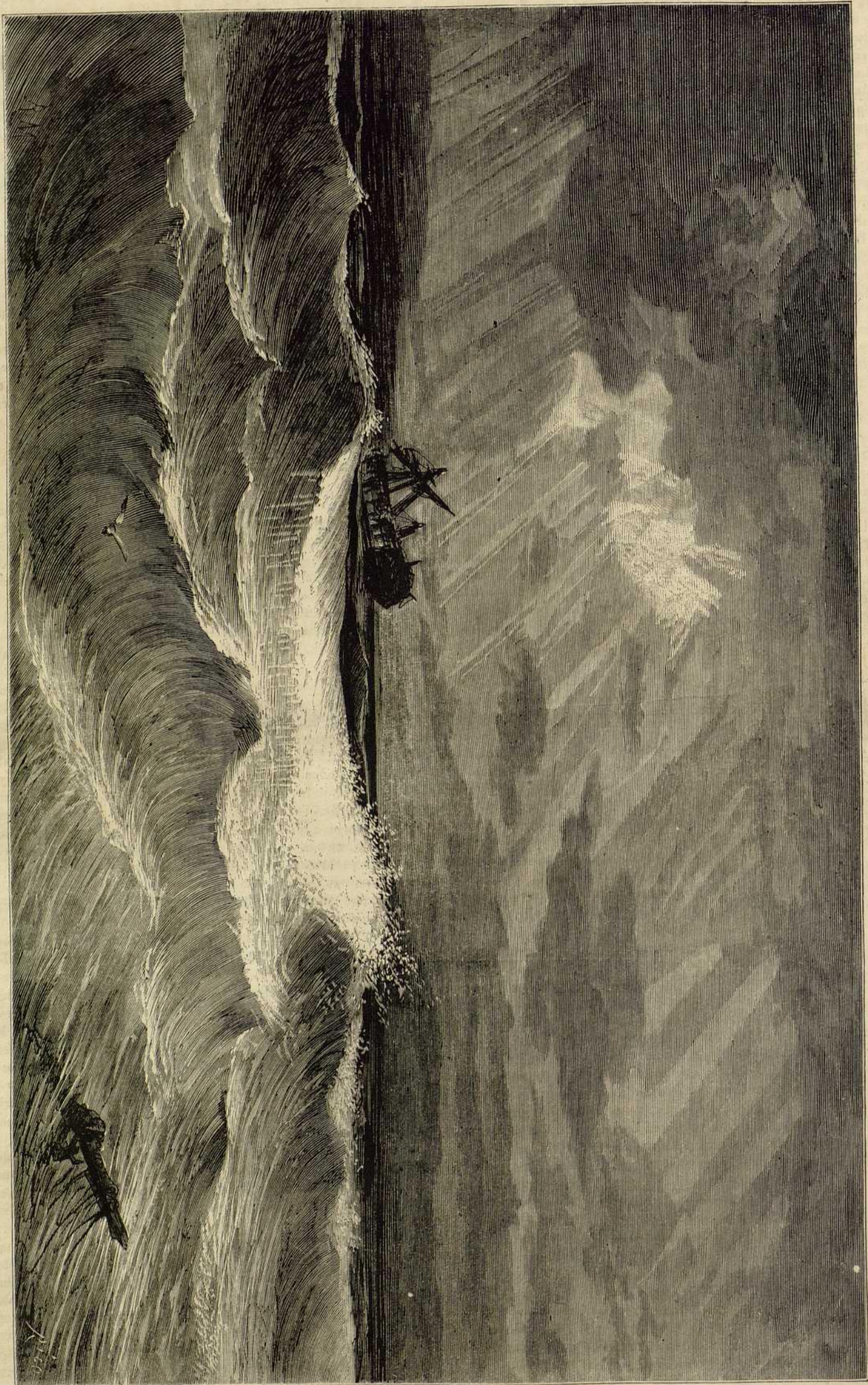
HISTORIA Y JUICIO CRÍTICO DE LA ESCUELA POÉTICA SEVILLANA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII, POR DON ANGEL LASSO DE LA VEGA Y ARGÜELLES.

Madrid, imprenta de Galiano, 1871. — Un tomo en 4.º mayor, de más de 350 páginas.

Admíranos, y no poco, que un libro escrito con la abundancia de datos, con la fijeza y el acierto de juicios, con la galanura y corrección de estilo que el debido á la erudita pluma del Sr. D. Angel Lasso de la Vega; libro que fué premiado por *voto unánime* de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en concurso público, y conceptuado por la Española digno de ser publicado á costa del Gobierno, lleve en su portada el modesto dictado de *memoria*, cuando resplandecen en él todas las condiciones de un libro, y de un buen libro, todas las dotes de una obra, en su género, perfectamente concebida y llevada á cabo. No suponemos por cierto que el dictado de *memoria* que aparece en la portada de este interesante libro, sea debido á la exagerada modestia del demasiado modesto autor de tan precioso volumen, sino más bien al natural temor de la Academia Sevillana de que no hubiese hoy escritor alguno bastante capaz para presentar un libro, si un libro se pedía en el programa del concurso. Pidióse, pues, por aquella docta corporación indudablemente una *memoria*, un breve ensayo sobre la historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVI y XVII, y respondiendo el Sr. D. Angel Lasso de la Vega á tan patriótico y levantado llamamiento, no se contentó con presentar una *memoria* sino que escribió un *libro*, y su libro fué premiado por *voto unánime*. ¿Por qué, pues, no se estampaba en la portada OBRA PREMIADA, en vez de *memoria escrita*?

No sólo traza el Sr. Lasso de la Vega la historia de la poesía sevillana en los siglos XVI y XVII, sino que trayendo á sus páginas interesantes precedentes, examina el estado de cultura y prosperidad que había alcanzado anteriormente la nación española, las vicisitudes porque pasaron las letras desde la época de los Césares hasta su renacimiento. No se detiene demasiado en los tiempos primitivos, porque no lo requiere el tema que se le ha dado, ni el plan que de antemano trazara para su libro; pero nos dice lo bastante para recordar la influencia del imperio romano en la cultura española. Tampoco entra en detalles, que no son por cierto de su propósito, al ocuparse de las tres centurias en que avasallaron al pueblo hispano las razas septentrionales, pero nos manifiesta cómo en tan calamitosa época permaneció encendida en el retiro de los claustros la autoridad del saber humano. Atestiguan el prestigio de las ciencias y de las letras, Yuvenco, Prudencio, Draconio, Orencio, Leandro, Isidoro, Eugenio, Ildefonso y otros vates, celosos defensores de la Iglesia, y fundador alguno de muy docta escuela literaria. Así recorre el autor aquellos primitivos períodos, y llega á la invasión africana que asegura influyó favorablemente en nuestra literatura. «En los últimos años del siglo XII y los primeros del XIII comenzaron, dice el Sr. Lasso de la Vega, á tomar un carácter más genuino las letras castellanas. En el segundo de aquellos ocupó el trono de Castilla y de Leon Alfonso X, llamado justamente el Sabio, cultivador de las ciencias y de la poesía y su digno protector, siendo de notar el aprecio que hizo de los productos del ingenio de sus enemigos en las armas, estableciendo en Sevilla cátedras donde se estudiaran las obras escritas en lengua árabe, y disponiendo la traducción de éstas al idioma castellano, menos distante ya de su perfeccionamiento.» Pero si bien despues de la muerte de Alfonso el Sabio cayeron en decadencia las letras andaluzas, parece que la musa castellana quería reanimarse en el último tercio del siglo XIV.

Al llegar á este punto, nos pinta el autor la renovación del gusto literario por la influencia ejercida en Italia por el Dante; enumera los lisonjeros resultados que obtuvo la poesía castellana; nos dice lo que hizo el célebre trovador miser Francisco Imperial, que aunque natural de Génova, *moraba en Sevilla*; ocupase de la escuela literaria seguida con ardor por los ingenios que florecieron en las cortes de D. Juan I y Enrique III,



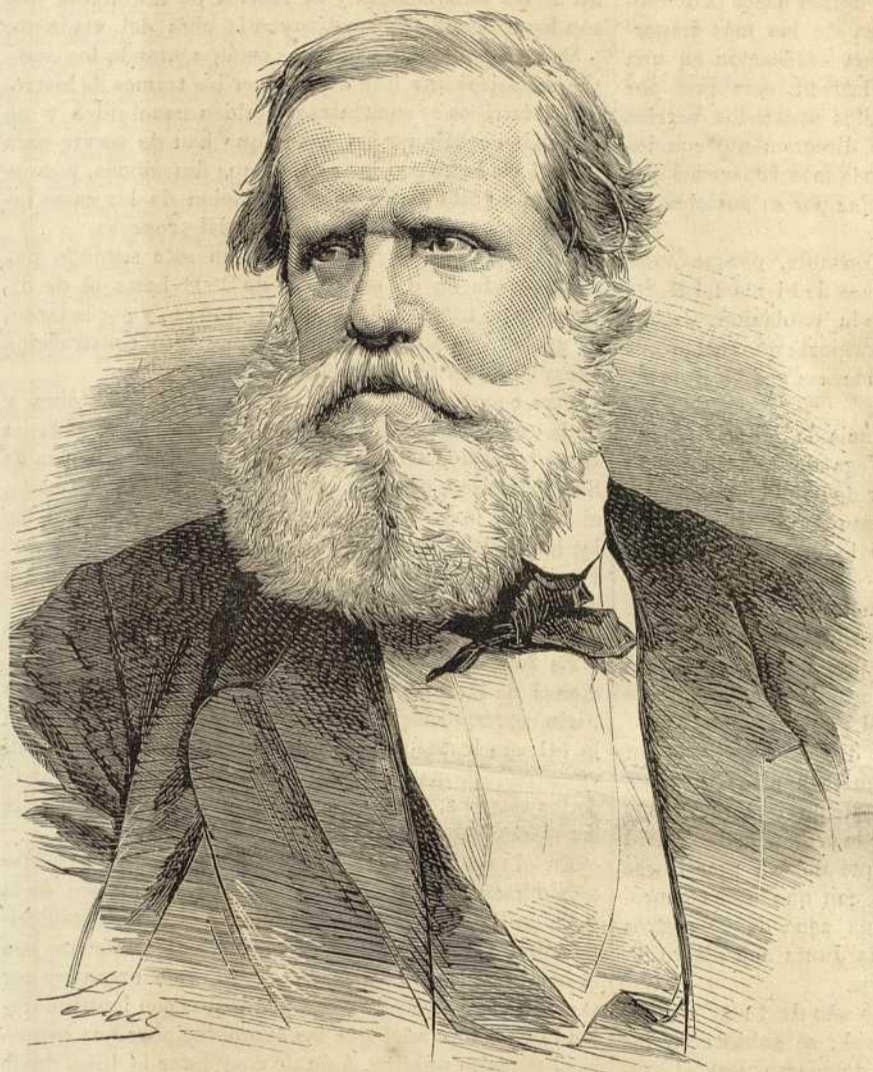
EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

UNA BORRASCIA EN EL MAR DEL NORTE.—CUADRO DE DON RAFAEL MONLEON, DIBUJO DEL MISMO.

y citándonos mil diversos y eruditos poetas sevillanos, nos cuenta sus laudables hechos, y nos expone sus literarias bellezas. Así llega el autor al siglo xv, en que "la afición al arte de trovar, se extendió rápidamente hasta el vulgo." El siglo xv estaba destinado, en efecto, á ejercer una gloriosa revolucion en el arte.—"Grandes elementos, dice el Sr. Lasso de la Vega, se reunían en él para este fin: por donde quiera cundía el sentimiento poético en nuestra Península. Los trovadores de Aragon, Cataluña y Mallorca, tan cultivadores del *gay saber*, emulaban en ardor con los de Castilla. Desde esta época parte el gran desarrollo de la literatura patria. El siglo xv, precursor del de oro, deja á éste una

líneas de este artículo, siguiendo al Sr. Lasso de la Vega, el genio de los vates sevillanos, tan variado, tan profundo, tan clásico, que cultivó todos los géneros? "Ya, dice el autor, arranca de su lira los dulces acentos de la égloga; ya los melancólicos de la elegía; ya los vehementes y apasionados de la oda; ya los graves y majestuosos de la epopeya. Muéstrase en el Parnaso de la hermosa ciudad que es madre de la inspiración, el poeta filósofo, el elevado, el religioso, el agudo y festivo, el popular autor de romances, el dramático innovador y aquel que en los mejores tiempos de la escena patria consigue alcanzar el aplauso y un renombre merecido. En casi todos ellos se admira la espontaneidad,

"Los rasgos más característicos de esta escuela, continúa el Sr. Lasso, son además del buen gusto que preside en todas sus obras, esa propensión de las imaginaciones ardientes y meridionales de sus discípulos, á idealizar, á revestir con las más brillantes galas los cantos que le inspira la naturaleza, á la que, como dijimos, tan apasionados parecían. El sentimiento religioso que tanto predomina en los artistas del suelo sevillano, que se hace casi exclusivo en el *pintor del cielo* y los seguidores de su célebre escuela, se advierte también de un modo notable, en los vates paisanos suyos, que en más de una ocasión alternan en sus himnos, ora arrebatando sus acentos á la lira del clásico pagano,



SS. MM. LOS EMPERADORES DEL BRASIL.

magnífica herencia de gloria, y anuncia ya las grandes conquistas del saber y de la inteligencia que han de caminar unidas al poderío y esplendor nacional, y simboliza toda la grandeza y audacia del carácter español en una augusta princesa, llamada por sus virtudes y corazón magnánimo á ocupar un lugar eminente en la historia patria.—Fácil es comprender que se refiere el Sr. Lasso á la celebrada por tantos conceptos doña Isabel I, y así es que después de manifestarnos el impulso dado á las letras durante el reinado de D. Juan II, nos pone de relieve con mil diversos datos y acertadísimos juicios la influencia que el reinado de los monarcas Católicos tuvo también en los buenos estudios. Refiérenos el historiador el nacimiento de las escuelas salmantina y sevillana, y su emulación entre ambas; las controversias escolásticas á que dieron lugar; las tendencias de la última, influida por el elemento poético oriental, y por fin entra á ocuparse de lleno de los insignes vates que ocupan distinguido puesto en la escuela poética de Sevilla durante los siglos xvi y xvii. Herrera, Rioja, Alcázar, Jáuregui, Cueva y tantos otros esclarecidos poetas, dan motivo al Sr. Lasso para extenderse en numerosas comparaciones, prudentes juicios y acertada crítica de todas sus obras y composiciones. Imposible es seguir al autor á tan vasto campo, y más imposible dar aquí idea de la manera fácil y brillante como marca las bellezas de tan diversas producciones poéticas. ¡Cómo es posible quilatar en las breves

la viveza de imaginación, el estilo brillante innato en los hijos de tan fecunda comarca, apasionados de la naturaleza que estudian, en que se inspiran, y que con tanta verdad y galanura retratan.—"El carácter de la poesía sevillana se manifiesta con su mayor sublimidad y fuerza en sus dos mejores representantes, á quienes consideramos fundadores de su escuela: en el *divino* Herrera y en el tierno y filósofo Rioja. El primero crea una entonación vehemente, enérgica y expresiva, establece un dialecto poético que arrebató y seduce; y ya cante con menos pasión que grandilocuencia á la hermosa Eliodora, ya emule á los clásicos de la antigüedad en su acertado lirismo, ya celebre la victoria de Lepanto, siempre aparece como el padre é iniciador de aquella famosa escuela. Rioja es el poeta privilegiado que perfecciona su obra admirable: es el varón docto que camina con pié seguro por la senda indicada por aquel genio, enseñando á sus compatriotas hasta dónde es susceptible de mejora y regularidad el estilo literario de su insigne antecesor, con su delicado gusto y su clara inteligencia. Al hablar de la escuela poética sevillana, no es posible dejar de nombrar unidos á estos dos vates ilustres; porque entrámbos la personifican y le prestan los timbres más gloriosos. Ya hemos visto el número no escaso de sobresalientes ingenios que siguieron sus huellas y dieron honra y prez, no sólo á la ciudad hispalense, sino á otras del suelo andaluz y de las demás provincias de nuestra España."

ora sus bíblicas melodías al arpa del poeta hebreo. Muéstrase una tendencia marcada en la escuela de Sevilla á formar y fijar la dicción y el estilo poético, con laudable estudio; perfeccionándose de tal modo, que no sólo consigue caracterizarse por ello, sino que alcanza el honroso triunfo de verse imitada y reconocida como maestra por esta circunstancia, por muchos ingenios que son la prez de otras provincias españolas. La vigorosa entonación de lenguaje poético, su riqueza, su pompa, su galanura en la forma llena de majestad, su armonía encantadora, ya cante á la divinidad, ya al amor exaltado ó apacible, ya á la naturaleza fértil y fecunda de un suelo alfombrado de flores, bien con los acentos de la pasión, de la melancolía, sean vehementes, tiernos, filosóficos ó cristianos, resaltan siempre en la buena y genuina escuela sevillana, exenta de falso brillo y amaneramiento, y ganosa de sobresalir por su originalidad. Por todo esto, pues, ha sido tan notable la influencia que ha ejercido en general sobre la poesía castellana."

De propósito hemos querido copiar estos párrafos del Sr. Lasso de la Vega, no sólo para que se vea cuál es su criterio en el tema que forma el asunto de su importante libro, sino también la facilidad, la inteligencia, mejor dicho, la maestría con que el lenguaje está manejado por este joven autor, de quien las letras patrias pueden esperar con fundamento nuevos y no menos sazonados frutos. Pero no es sólo la historia y

juicio crítico de la escuela poética sevillana lo que contiene la obra del Sr. Lasso: forma en ella una segunda y curiosísima parte el Diccionario crítico, biográfico y bibliográfico de los poetas sevillanos de los siglos XVI y XVII, en que se da cuenta de la vida, obras y trabajos literarios de más de ciento cincuenta de aquellos, con gran copia de noticias, trozos de sus poesías más notables y juicio de su respectivo mérito. Repetimos, en suma, que no es una memoria, sino un libro, lo que ha escrito el Sr. Lasso de la Vega, acudiendo al patriótico llamamiento de la Academia Sevillana de Buenas Letras; y si el autor de la obra que nos ocupa merece nuestros sinceros plácemes por el acierto con que ha desempeñado su tan delicado como difícil trabajo, no menos debe darse la más cumplida enhorabuena á la referida Academia por su gusto en difundir las bellas letras, patrocinando obras dignas, y promoviendo concursos públicos en que los cultivadores de los estudios literarios puedan alcanzar envidiables aplausos.

FLORENCIO JANER.

VIADUCTO DE LA CALLE DE SEGOVIA.

El pensamiento de este gran proyecto se remonta á la segunda mitad del siglo pasado. Con las variaciones que trae naturalmente consigo el tiempo transcurrido, el aumento de poblacion, los diferentes usos y costumbres de la sociedad actual y el adelanto de las ciencias y las artes, en el año de 1859 el ingeniero D. Eugenio Barron presentó el proyecto que se está llevando á cabo. A las antiguas y costosas obras de ornato y embellecimiento que, por medio de un puente de piedra en la hondonada de la calle de Segovia, tenia que servir de base para prolongar la galería del Real Palacio hasta las Vistillas, limitando por aquella parte la villa de Madrid, sucedió la idea, más provechosa para los intereses generales y la pública viabilidad, de prolongar la calle de Bailén desde la plaza de San Marcial hasta la San Francisco, para continuar luego esta interesante arteria, terminando en la puerta de Atocha frente á la estacion del ferro-carril.

Los cálculos para el establecimiento del viaducto se hicieron en primer término, proyectando uno de piedra como tipo y dos clases de construccion de hierro; resultando preferible el moderno sistema del empleo de este último material que, bajo la forma de una hoja de metal que se enlaza y une por medio de otros hierros de figuras especiales, abraza grandes amplitudes. Así se proyectó atravesar desde la calle Mayor hasta la de la Morería con un viaducto de palastro de tres tramos, de 50 metros el central y 40 los dos laterales; que con los muros de sostenimiento miden una longitud total de 200 metros. Este sistema fijo y de una rigidez á toda prueba, es mucho más económico y tiene la ventaja de unir las dos expresadas calles, sin necesitar más que dos ligeros apoyos intermedios, que nunca podrán servir de obstáculo para las alineaciones y construcciones que quieran establecerse más adelante.

En los estudios hechos para el establecimiento del viaducto de hierro que constan en la memoria del proyecto á que nos referimos, se detallan las dimensiones de las partes componentes, de modo tal, que el hierro, como máximo esfuerzo, no sufrirá más que el que prudentemente se ha asignado como límite, siendo una de las condiciones del contrato que ha de aguantar la carga de 400 kilogramos por metro cuadrado, lo cual, atendido el tránsito que ha de experimentar el puente, es una carga de prueba excesiva, que queda, sin embargo, muy inferior al máximo de resistencia de la unidad superficial de la materia.

La latitud del viaducto es de 13 metros, de los que 8 se destinan para la circulacion de los carruajes y los 5 restantes se distribuyen en dos andenes de dos y medio metros á cada lado de la vía para el tránsito de las personas. El pavimento se eleva sobre la calle de Segovia 23 metros.

El sistema empleado, como el más resistente y recomendado en la época de la formacion del proyecto (año de 1859), es el de palastro, esto es, de pared vertical formada por la chapa de hierro que une la cabeza superior é inferior de la viga ó cercha, con cuya disposicion se proporciona grande rigidez y se equilibra, digámoslo así, en cada seccion el esfuerzo de compresion con el de traccion. En aquella época el sistema de puentes de celosía, aunque sin disputa más ligero y elegante, inspiraba algunas inquietudes, llegándose á decir que en el célebre puente de *Britania*, en el estrecho de Menai

y en otras atrevidas construcciones que entonces eran recientes, se observaba en los roblones, que son los elementos resistentes del sistema, que la seccion circular del taladro tendia á ser elíptica, afectando el eje mayor de la figura la posicion vertical. Esto manifestaba que el roblonado iba cediendo al esfuerzo, é indujo á temer del sistema; hasta que despues el tiempo que ha transcurrido y la constante observacion de los efectos del tránsito, ha venido á aclarar esta incertidumbre. Por estas consideraciones ha dicho el autor del proyecto, que si bien entonces quedó satisfecho proyectando el viaducto con chapa, despues de pasado este tiempo y desvanecida la duda, si le hubiera sido posible hoy hacer un nuevo proyecto en lugar del *contratado y ya construido*, hubiera estudiado un viaducto del sistema de celosía ó enrejado, ó hubiese hecho con preferencia aplicacion del moderno sistema inglés conocido con el nombre de Bow-Strings.

La prolongacion de la calle de Bailén hasta la de San Francisco, será, á no dudarlo, una de las más importantes vías de la córte. La moderna edificacion en una anchurosa calle de 20 metros de latitud, cambiará por completo el mal aspecto de aquellos apartados barrios de la poblacion, comunicándolos directamente con los del centro, de quienes están todavía más separados por sus costumbres y modo de vivir que por su posicion topográfica.

La línea es ademas hoy indispensable, porque enlazando las estaciones de los caminos de hierro del Norte y Mediterráneo por el interior de la poblacion, desmenuve y facilita los medios de trasporte que reclama el movimiento mercantil de los almacenes y depósitos situados en el Oeste de la córte.

Siendo gobernador de la provincia de Madrid el excellentísimo señor marqués de la Vega de Armijo, y alcalde corregidor el Excmo. señor duque de Sexto, tuvo efecto el proyecto de este pensamiento, debido á la iniciativa y decidido apoyo que le prestaron siempre tan dignas autoridades.

Tropezando, sin embargo, con entorpecimientos de distinto género que no es del caso enumerar, y apesar de los más constantes deseos, no pudo obtenerse hasta agosto de 1861 la aprobacion superior, y la consiguiente declaracion de la obra de utilidad pública.

Este fué, pues, el primer paso dado en la ejecucion práctica del proyecto, al que siguieron otros trámites en el expediente, hasta que en 20 de noviembre de 1862 se publicó en el *Boletín oficial* de la provincia de Madrid el estado de las expropiaciones que debian practicarse para construir la obra, contando con que dicha expropiacion habia de comprender una zona de 20 metros aprobada para la nueva vía por la Junta consultiva de policia urbana y edificios públicos.

En fin de diciembre del mismo año de 1862, ante el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, se subastaron las obras de fábrica y el material de hierro para el viaducto.

Se efectuaron dos actos separadamente, y con la oportuna anticipacion se mandaron los proyectos de la parte metálica del viaducto y los pliegos de condiciones facultativas á los representantes de España en Francia, Bélgica é Inglaterra, á fin de que, llegando á noticia de los constructores de aquellos países, pudieran interesarse en su ejecucion. Este medio fué tan eficaz, que se presentaron el dia de la subasta venticuatro proposiciones, nueve de ellas eran de fabricantes y comisionados españoles de Madrid, Barcelona y Sevilla y las demas de reputadas fábricas de Francia, Bélgica é Inglaterra, quedando adjudicado el remate á la conocida constructora de Parent Schaken, Caillet y compañía y F. F. Cail en París, que tantos y tan atrevidos puentes tiene establecidos en nuestras líneas de caminos de hierro.

No fué ménos feliz el éxito de la subasta de las obras de fábrica; se presentaron veinte proposiciones y quedó admitida, como la más beneficiosa para los intereses municipales, la de D. Anastasio Abascal.

La casa constructora prodeció á la ejecucion del viaducto de hierro, y aunque no se apresuraron los trabajos porque se veía que la tramitacion de los expedientes de expropiacion marchaba con suma lentitud y se dificultaba su resolucien, estando ya concluida la obra metálica en los talleres, se expidió en el año 1864 el certificado del primer plazo del pago de la contrata.

En tanto que se vencian las resistencias pasivas que con constante insistencia se iban presentando, para poder comenzar los cimientos de las pilas y estribos del viaducto, se practicaron algunas expropiaciones de las casas situadas en la línea de la nueva calle, que importaron más de cuatro y medio millones de reales, resultando que hasta fin de setiembre de 1868, se habian in-

vertido en esta obra 5.202.890 reales por todos conceptos.

Desde el siguiente mes de octubre, y por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento popular, comenzó el segundo periodo de ejecucion de esta obra, al cual cabe la gloria de terminarla. Se practicaron los derribos de los edificios que impedian la construccion de los cimientos de las pilas y estribos del viaducto, los de las casas de la plaza de la Armería y de la iglesia de Santa María, y acometiendo el desmonte de la calle en la parte posible, se indicó la explanacion de la vía proyectada, conforme hoy se halla, convirtiéndose en un bonito jardín las desigualdades del terreno inmediato.

Primeramente se empleó en los trabajos de desmonte el peonaje por administracion; pero pronto se organizó el sistema de contrata, por cuyo medio se han hecho luego los desmontes de la plaza de la Armería, la escavacion de los cimientos, la saca de las tierras procedentes de las escavaciones y la fábrica de hormigon, que son los trabajos que constituyen la obra del viaducto.

Sobre las pilas de sillería se están sentando los apoyos metálicos que han de sostener los tramos de hierro.

Los estribos se encuentran tambien concluidos y no se pueden continuar los muros que han de servir para unir el viaducto con las calles á que desemboca, porque todavía no está hecha la expropiacion de las casas inmediatas á quienes afecta la línea del proyecto.

El importe de las obras hechas en este segundo periodo desde fin de setiembre de 1868 hasta el de diciembre de 1871, asciende á 1.717.110 rs., y por lo tanto, lo gastado por todos conceptos en esta construccion suma en la última fecha 6.920.000 rs.

Para conocimiento de la importancia de esta obra y de la expropiacion que ha de practicarse para obtener la prolongacion de la calle de Bailén hasta la plaza de San Francisco, diremos que, según cálculo aproximado, el total de la expropiacion ascenderá á Rvn. 16.616.730

De los cuales hay satisfechos.	4.739.890
Pendientes de abono.	3.362.960
Sin expropiar y que se calcula alzadamente en.	8.513.880

Es indispensable efectuar desde luego las expropiaciones de las casas números 1 de la manzana 443, la parte correspondiente señalada en la manzana 191 y en la 141, sin lo que ni puede prolongarse la nueva vía, ni tampoco terminar los muros laterales que, arrancando de los estribos, tienen que elevarse hasta empalmar con las rasantas de las calles Mayor y Morería.

En el estado actual de las cosas es urgente terminar esta obra; al ménos debe hacerse la prolongacion de la calle de Bailén hasta el viaducto, dejándola establecida sobre sus apoyos para comunicar directamente con el barrio de las Vistillas. Practicado este urgente y por tanto tiempo deseado paso, puede irse con lentitud dejando para más adelante las expropiaciones que requiere el tránsito público, á fin de completar la línea desde las Vistillas hasta San Francisco.

La casa constructora, en cuanto cobró el segundo plazo, dispuso que el material de hierro del viaducto, que desde el año 1864 se hallaba en los talleres de Fives-Lille, se condujera á España al pié de obra, lo cual se ha verificado, llegando al puerto de Alicante un peso bruto de más de 700 toneladas de distintas clases de hierro.

A consecuencia de varias dificultades motivadas por el abono de los derechos de importacion, que reclamó la administracion de Aduanas de Alicante y que el Ayuntamiento de Madrid creyó no debía satisfacer, fundado en las condiciones del contrato aprobado por el ministerio de la Gobernacion, por tratarse de una obra que no envuelve ninguna clase de especulacion, sino únicamente la mejora y embellecimiento de la capital, estuvo detenido el material en el puerto, sin poder llegar á su destino, hasta que las Córtes, por medio de una ley especial en 8 de julio de 1871, facilitaron esta cuestion arancelaria.

Reunido el material al pié de obra, el Excmo. señor Alcalde primero dispuso que se verificase el pago del 20 por 100 de la contrata, con arreglo á las condiciones estipuladas, y desde este momento el representante de la casa constructora, con toda diligencia, ha empezado á acopiar y labrar las maderas que han de formar el andamiaje para colocar el tramo metálico del lado de las Vistillas, á armar los hierros que sobre las pilas de fábrica constituyen los apoyos del puente.

La operacion del montaje continúa con gran actividad; es posible que en fin de marzo próximo se hallen colocados en su sitio los tres tramos del viaducto, y en disposicion de servir para el paso público.

El dia 31 del pasado mes de enero, y en virtud de la atenta invitacion que nos habia dirigido el Sr. Alcalde

popular de Madrid, presidente del Ayuntamiento que acaba de cesar, tuvimos el gusto de asistir al acto oficial de la colocacion en la pila izquierda del viaducto de la calle de Segovia, de la primera gran pieza de hierro ó cojinete de los que deberán servir de apoyo inmediato al gran tramo central de la obra.

El celoso Alcalde primero, Sr. Galdo, se habia propuesto, ántes de cesar en su cargo, reunir á los concejales salientes con los nuevamente electos para componer el Municipio que al dia siguiente habia de funcionar en Madrid, y hacer una visita á las obras del viaducto, de despedida para los primeros y de inauguracion para los segundos. Sirvió de motivo para la reunion de ambas corporaciones la colocacion de una de las piezas de hierro que acabamos de indicar y que consiste en un paralepípedo sólido, como de unos dos metros y medio de longitud, correspondiente al tramo del viaducto entre el estribo y la elegantísima pila ya levantada del lado de la Morería. Este primer tramo tiene una luz ó claro de 40 metros de longitud, y á éste seguirá luégo el central de 50 metros y el otro lateral como el primero y de 40 metros tambien, que se apoya en el estribo inmediato á la casa del marqués de Malpica.

El Alcalde primero habia invitado para esta ceremonia, ademas de los señores concejales de los dos Ayuntamientos referidos, á los señores arquitectos municipales y empleados facultativos del Municipio; á los Excmos. señores marqués de la Vega de Armijo y duque de Sexto, Gobernador de Madrid y Alcalde corregidor que eran respectivamente en la época en que se formuló el proyecto y que lo apoyaron con decidido empeño; al Ilmo. Sr. D. Carlos María de Castro, ingeniero autor del proyecto de ensanche y presidente de la Junta consultiva de Obras públicas; al Ilmo. Sr. Mesonero Romanos, distinguido cronista de Madrid, y á los señores directores de los periódicos políticos y científicos que se publican en esta córte.

Favorecida por un hermoso dia, pudo la lucida concurrencia que asistió á este acto pasar desde el estribo á la pila metálica, por un espacioso piso enmaderado, el mismo que ha de servir de andamio resistente para armar el primer tramo del viaducto. A uno de los lados, y en el pretil de madera que limitaba el andamio, estaban expuestos los planos de la obra en conjunto, con el rompimiento de las manzanas que formarán la nueva via, los del viaducto contratado con la acreditada casa de M. Parent y compañía, y todos los detalles necesarios para formar un cabal juicio de la obra; completando la idea las explicaciones que el ingeniero autor del proyecto inspector general del cuerpo de caminos D. Eugenio Barron, y director de las obras municipales, daba en el acto á cuantos le preguntaban, así como tambien lo hacia con fina atencion el representante de la casa constructora M. Laville.

Después de colocada en breves momentos la gran pieza de hierro, el Alcalde primero se dirigió á los circunstantes refiriéndoles los grandes obstáculos que ha tenido que vencer el Municipio hasta ver las obras en el estado en que se encuentran, tributando un recuerdo de gratitud al Ayuntamiento de 1859, que reformó el proyecto primitivo iniciado en el siglo anterior, y escitando al futuro Municipio á que contribuya cuanto le sea posible á la terminacion completa de tan importante vía; terminando por dar las gracias á todos los concurrentes por su asistencia. Tambien manifestó el Sr. Galdo que el Ayuntamiento entrante sólo tendrá que satisfacer 500.000 rs. cuando se termine el montaje, por estar satisfechos los demas plazos de la contrata.

El Sr. marqués de Sardeal, en nombre de los concejales electos presentes, usó de la palabra para dar las gracias por su celo y actividad al Ayuntamiento que venia presidiendo el Sr. Galdo, ofreciendo continuar y aun terminar, si posible fuera, las mejoras iniciadas.

El ingeniero Sr. Barron manifestó que todas las dignas corporaciones municipales que desde el año 1859 en que formuló el proyecto se habian sucedido han contribuido al éxito de esta obra, conforme las exigencias de otros servicios importantes lo permitian. Sin embargo, el pueblo de Madrid tiene que recordar con gratitud dos fechas: la del año 1862, en que el Municipio dispuso la subasta de la construccion de las pilas y estribos del viaducto, y la de la parte metálica del mismo, dando el primer paso con este acto en la ejecucion práctica del proyecto; y después la de 1868, en que el Ayuntamiento popular ha prestado su activa cooperacion á esta obra construyendo lo que hoy existe, y muy especialmente el que presidia el digno Sr. Alcalde presente, á cuya enérgica decision se debe el haber efectuado, salvando grandes dificultades, el pago del tercer plazo al contratista, para comenzar el montaje que se está llevando á cabo.

«Cumpro gustoso, dijo al concluir el Sr. Barron, un deber de justicia y de gratitud, al manifestar con lealtad la verdad de los hechos, y lo hago con tanta más satisfaccion, cuanto que en este género de ideas cabe siempre gloria para las corporaciones que inician el pensamiento, para las que las desenvuelven y realizan, y para las que, como sucederá al nuevo Ayuntamiento dentro del plazo de tres meses, verificarán la verdadera inauguracion del viaducto, realizando el por tanto tiempo deseado momento (en que sea un hecho la comunicacion directa de los barrios del centro con los del Oeste de la córte, enlazando más tarde, como complemento del pensamiento, las estaciones de los ferrocarriles del Norte y Mediodía.»

X.

MODAS.

Madrid 8 de febrero de 1872.

Empiezan ya á hacerse salidas de baile y de teatro más ligeras que las usadas hasta el dia y en los meses de noviembre, diciembre y enero: lo riguroso del invierno ha pasado, y el paño, el castor y las pieles han perdido algo del favor que en los tres últimos meses han disfrutado.

Una de las creaciones más lindas para la bella estación primaveral que no tardará en aparecer, es una tálama de merino blanco, adornada de plegados de gros, blanco tambien: el borde está guarnecido de un volantino ligeramente fruncidos; la pegadura está cubierta con un plegado de gros, sujeto por la mitad con un pequeño bies: bajo el volante de merino se cose un ancho fleco de seda blanca, torcida.

Esta elegante confeccion lleva un gran cuello cuadrado y guarnecido de plegado y fleco: se puede forrar con florecia de color; pero el forro blanco es mucho más elegante: en el medio del cuello, por detrás, lleva un lazo de cinta blanca con largas caidas.

La misma confeccion se hace tambien de merino grana, adornada con plegados y flecos del mismo color, y negra, bordada con sedas de colores fuertes.

Para la primavera se preparan trajes de visitas y paseo, que constan de primera falda de gros negro, adornada sólo de un volante muy ancho, y de segunda falda y paletot de raso de lana verde-mirto ó castaño subido; el paletot, un poco entallado y no muy corto, tiene una forma elegantísima, y la manga casi ajustada.

Tambien se hacen trajes completos de gros negro y estampado de margaritas, pensamientos y otras flores steltas: el género Pompadour vuelve á estar en gran favor.

En París está haciendo gran fortuna la joya llamada Alsacia-Lorena; es una alhaja con las armas de las provincias que han pasado á ser de los alemanes, y con emblemas simbólicos.

Dicha joya tiene diferentes formas: he visto un broche ó alfiler que acaban de remitir de allí para una amiga mia recién casada, y que es un conjunto deslumbrador de brillantes, rubíes, esmeraldas y turquesas; una guirnalda de hojas de hiedra, que en el lenguaje de las flores quiere decir—«me muero donde me apoyo»,—está formada de esmeraldas, y se mezcla á otra guirnalda de myosotis, hecha con turquesas, y que significan—«no me olvides»:—las flores de lis de Francia, trabajadas en brillantes, se destacan sobre fondo de oro, y los escudos de las dos provincias Alsacia y Lorena están esmaltados de colores, enriquecidos de pedrerías y superados por una corona ducal.

Hay tambien medallones alegóricos: me hablan en una carta de uno de esmalte negro, enriquecido de pensamientos y de myosotis en pedrerías, y que tiene por ambos lados los escudos de las provincias perdidas para la Francia: este medallón está pasado en una ancha cinta verde, con esta divisa en letras de oro:—«¡Francia... espera!»

Otra joya en forma de corazón me describen, de una belleza extraordinaria: sobre fondo negro, y rodeada de hiedra y myosotis, se ve esta leyenda:—«Nada podrá romper el lazo que nos une»;—el corazón está superado por el monograma A. L. formado con gruesos brillantes.

Todas las jóvenes desposadas de la Alsacia y la Lorena hacen comprar en París una alhaja de esta clase: hay ademas de los grandes broches y medallones, más grandes que se han usado jamás, para que lleven todos esos emblemas, brazaletes, botones de mangas y sortijas adornadas en el mismo estilo: yo no sé si admirar más la sangre fría con que los franceses esplotan su des-

gracia, ó el tierno recuerdo y el inmenso pesar que estas joyas expresan: como todas las cosas de la vida, la invencion de las joyas simbólicas tiene dos fases completamente distintas, y cada uno puede apreciarla á su manera y segun su modo de pensar.

Hablemos del más delicioso traje de visita que se puede imaginar, y que sirve tambien para convite y recepcion de confianza.

Es de piqué de seda gris-tórtola: la primera falda, que tiene sólo media cola, está adornada con un gran volante, puesto á tablas profundas, y sostenido por un bies de terciopelo azul subido; de este bies sale una cabecilla tambien encañonada.

Segunda falda, adornada con dos volantes pequeños, separados cada uno con dos bieses de terciopelo azul: esta falda está cortada en pico por delante y por detrás, y el adorno sigue la misma forma.

Chaleco de terciopelo azul, escotado por delante, y formando largo peto.

Casaca de la tela del vestido, con grandes solapas de terciopelo azul, y adornada al derredor con volante y bies: esta casaca forma en el pecho un escote redondo, del gusto más nuevo y elegante, y se cierra con un lazo de terciopelo azul.

La manga, ajustada hasta el codo, lleva desde éste un ancho volante plegado y sujeto con dos bieses de terciopelo azul, de los que sale una cabecilla.

Mangas plegadas y camiseta interior de tul blanco, y lazo azul de terciopelo en el peinado.

En uno de los más aristocráticos bailes que van á tener lugar pasado carnaval, se lucirá un maravilloso traje de terciopelo amatista, raso del mismo color y encajes blancos, que han sacado de la inmensa caja en que lo ha entregado la modista, para que yo lo vea y pueda describirlo á mis amables lectoras.

La falda es de raso y de gran cola: en la parte inferior, el adorno consiste en un ancho volante, y sobre éste en grandes arcadas de encaje Chantilly, prendidas con los lazos de terciopelo color amatista, como el raso de la falda; la túnica, toda de terciopelo, es doble; la primera parte forma delantal, vuelve detras en largos picos, y se anuda como las puntas de un chal: los bordes están guarnecidos de un rico encaje de Chantilly.

La segunda parte cae, igualmente guarnecida de encaje, en una espléndida drapería, y se oculta bajo el delantal.

El cuerpo, escotado en cuadro, se prolonga en largas aldetas formando picos delante y detras, y se abrocha en el pecho con botones de perlas finas: en vez de berta, lleva este delicioso traje un fichú de Chantilly, prendido y drapeado en la espalda bajo un lazo muy grande de terciopelo, y en el pecho con un grupo de rosas de musgo, salpicadas de brillantes.

Un tufo de rosas iguales, mezcladas asimismo de brillantes, está preparado para los cabellos rubios de la encantadora jóven que ha de llevar este traje.

El collar tiene quince vueltas de perlas gruesas: es decir, que llega desde formar corbata hasta el talle, y lleva por delante suspendido de cada sarta un medallón guarnecido de brillantes: las dos últimas vueltas no tienen este adorno.

El traje, aun sin contar las joyas, ha costado una suma fabulosa, á causa de la inmensa cantidad de encaje que ha entrado en su confeccion.

De otro equipo de baile sé, que está destinado para una jóven y que es tan sencillo como encantador: consta de un vestido de tarlatana blanca, salpicado de lunarcitos de plata: la falda está toda bullonada: la túnica, ornada al borde con una blonda blanca, se levanta en el costado izquierdo con una rama de rosas y de lirios acuáticos: una cinta rosa, en la que hay pasado un medallón de oro guarnecido de perlas, constituye el sólo adorno del esbelto cuello de la jóven, y otra rama de rosas se mezclará á los sedosos rizos de su hermosa y abundante cabellera, de matiz castaño, con reflejos dorados.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

BORRASCA EN EL MAR DEL NORTE.

Publicamos en la página 44 la copia de este bellissimo cuadro dibujada por el autor del mismo, el artista valenciano D. Rafael Monleon.

Esta obra figuró con el núm. 321, y obtuvo un premio en la Exposicion de Bellas Artes celebrada recién-



FIGURIN DE MODAS.

temente en Madrid; en el día pertenece al Excmo. señor D. Ignacio Bauer.

Nada tenemos que añadir á lo que ya hemos dicho en otra ocasion acerca del mérito indisputable y de la composicion, dibujo y color de esta marina, pintada por el Sr. Monleon en 1868, despues de dos años de asíduos y especiales estudios en Holanda, en Bélgica y en Inglaterra; pero no nos parece fuera de propósito revelar á nuestros lectores un dato en el que se encierra toda la historia del cuadro. Navegando el Sr. Monleon de regreso para su patria, le sorprendió en el Canal de la Mancha un temporal deshecho y tan duro, que hubo de emplear todo un día con su noche en hacer aquella travesía, para la que es sabido que ordinariamente bastan dos horas; en aquella tempestad se inspiró el entusiasta artista, y tan pronto como llegó á su estudio puso manos á la obra y comenzó á pintar ese cuadro que con justicia ha llamado la atencion del público inteligente, y singularmente la de cuantos conocen los mares del Norte, cuyas amarillentas aguas (color que acusa el arenoso fondo de los mismos), están representadas con escrupulosa verdad y con una energía de tonos admirable.

X.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

Saya de satin negro, completa y perpendicularmente plegada. Vestido de terciopelo sin guarnicion ninguna. Casaca de lo mismo (con chaleco idem), guarnecida con un rizado de satin negro; los botones del chaleco son tambien de satin negro; las mangas de la casaca muy anchas; debajo de estas van otras del mismo terciopelo y ajustadas. La saya sólo se deja ver al levantarse el vestido.

Vestido gris, color de malva, de Persia, guarnecido á treinta centímetros de su borde inferior, con un volante de encaje negro, puesto liso por delante. Este volante se inclina desde los costados, de modo que por detras viene á quedar á cinco centímetros solamente del borde inferior; dicho volante va fruncido. Encima de él un rizado de la misma tela del vestido. Segunda falda de igual tela abierta por delante y recogida hácia atras, guarnecida como la primera con su volante de encaje con un rizado sobrepuesto. Cuerpo con aldetas cortas por delante y muy largas por detras, guarnecidas igualmente con encaje; este cuerpo, abierto por delante, se guarnece con un encaje estrecho negro, debajo del cual va otro blanco. Las mangas, medio largas, se adornan con un ancho encaje negro, y debajo de éste se ve la manga blanca de muselina plegada. En la cabeza un lazo de encaje sostenido con un broche de perlas.

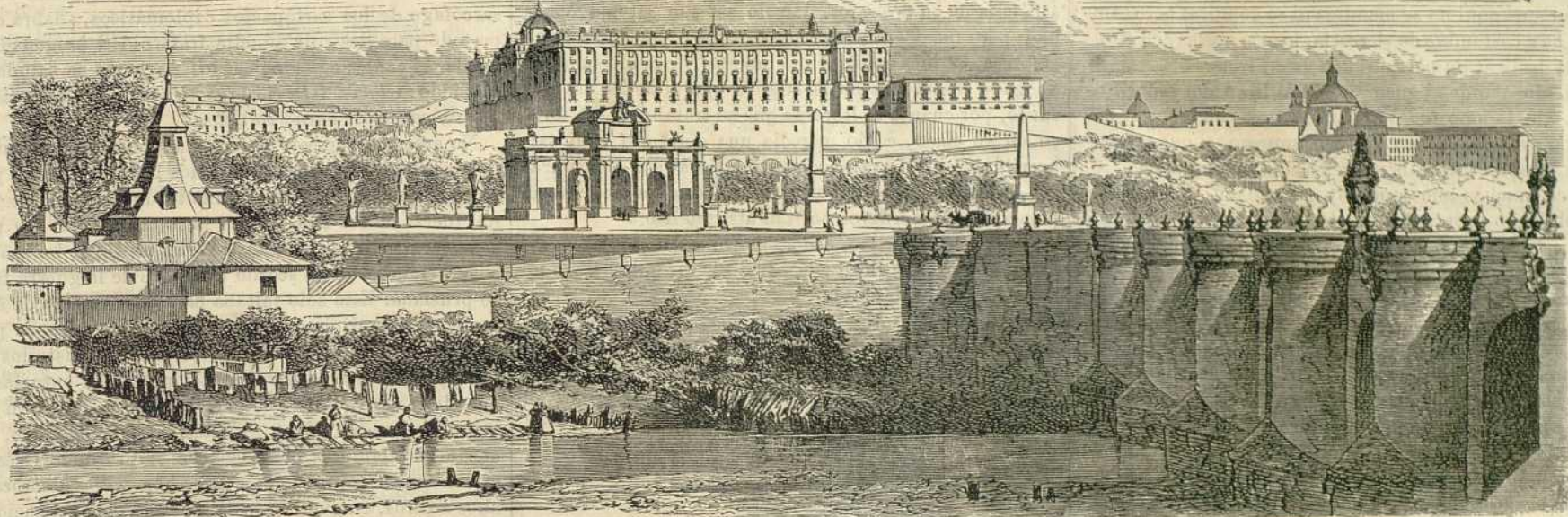
E.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto en Madrid.....	4 »
Un año.....	100 »		

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 29 DE FEBRERO DE 1872.

NÚM. 52.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—Crónica de la quincena, por D. B. Pérez Galdós.—El héroe de Santa Engracia, por D. Luis de Eguilaz.—En el álbum de la malograda niña Clotilde Domingo (soneto), por D. Luis M. de Larra.—El acueducto de Segovia, por D. Ricardo Villanueva.—Taller de fundición, por X.—Monumento celta, por X.—Inundaciones en la provincia de Palencia, por B.—Teatros, por D. A. Sánchez Pérez.—Corona sepulcral de Castañón, por X.—Escursiones castellanas: apuntes arqueológicos (conclusion), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—Don Saturnino Alvarez Bugallal.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuación), por D. Alvaro Romea.

GRABADOS.—Excmo. señor marqués de Miraflores, dibujo de D. A. Peñera.—Monumento celta. La Piedra del Diablo (Olot), dibujo de don J. Vayreda.—Punta de saeta de la edad de Bronce y hacha de la edad de Piedra, dibujo de D. J. Vayreda.—Fundición catalana, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Acueducto de Segovia, tomado de una fotografía del Sr. Laurent.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Sitio de Zaragoza, cuadro de D. Alejandro Ferrant, dibujo del mismo.—Inundaciones de la provincia de Palencia, dibujo de D. R. B.—Don Saturnino Alvarez Bugallal, tomado de una fotografía del Sr. Laurent.—Cartela del acueducto de Segovia, dibujo de D. Joaquín Góngora.—Corona sepulcral de Castañón, dibujo de D. Daniel P.

ECOS.

¿Qué es un libro?

"Terreno moral adonde agarra todo linaje de sembradura; él es en unas ocasiones flor que huele, en otras espiga que alimenta; en éstas arbusto que acompaña, en aquellas árbol que cobija; él es jardín y huerta, y prado y bosque; él con la poesía nos encanta, con la cien-



EXCMO SEÑOR MARQUÉS DE MIRAFLORES.

cia nos enseña, con la historia nos alumbra, con la filosofía nos embelesa. El hombre ha hecho de su libro la historia natural de las almas. No teniendo que crear nada para su cuerpo, creó un mundo en abreviatura para su espíritu, y de tal modo se amalgamaban ambas ideas, que ya uno de los más grandes pensadores de los siglos, Cicerón, dejó consignada esta admirable síntesis: *El ideal de la vida humana es una biblioteca en un jardín.*

¡Ah! esta admirable definición del libro, llena de verdad, de elegancia y sentimiento, ya lo habreis recordado, ó ya lo habreis conocido, no es mía—y harto lo deploro. Es el último párrafo del primer artículo de la obra que recientemente ha publicado Castro y Serrano, con el título de *Cuadros contemporáneos*; artículo consagrado por el autor á examinar y explicar lo que es el libro como fuerza social, como elemento civilizador, como propagador de la idea: artículo que sirve como de introducción á los que le siguen y con el que me ha pasado á mí algo parecido á lo que le aconteciera al pintor Wilkie, el cual, habiendo venido de Inglaterra para conocer las obras de Velazquez, empleó todo su tiempo en estudiar la primera en que puso los ojos: el cuadro de *Los Borrachos*. Y sin embargo, ni este lienzo del insigne pintor es la mejor obra de sus pinceles, ni el artículo á que me refiero es el más selecto de la colección contemporánea de Castro y Serrano.

Después de haber leído los *Cuadros contemporáneos*, me dije: En tu calidad de colabora-

dor de una Revista importante y de redactor de una sección literaria especial, me parece que estás en la obligación de decir algunas palabras respecto á esta obra, primero para que sepan que la has leído y segundo para que no ignoren que te ha gustado. Pero...

Hé aquí la opinión que Castro y Serrano deja estampada en su libro respecto de lo que es la crítica en nuestra desgraciada patria.

¿Será posible? se pregunta. ¿No hay crítica en España? ¿Es cierto que hay que mendigarla ó retribuirla? No; por fortuna aquí no se mendiga ni se compra; pero tampoco hay costumbre de ejercerla: lo más que se acostumbra es deslizar un parrafillo en esta forma:

«Hemos tenido el gusto de ver el libro del señor Fulano. Sin tiempo todavía para saborear su lectura, nos limitamos á decir que está bien impreso, y que se vende en tales ó cuales librerías. Ni una palabra más.»

Hace muchos años que soy periodista, y reconozco que el juicio formulado por Castro y Serrano respecto de la crítica literaria, tiene más de retrato fiel que de caricatura.

Pero he aquí que yo había tomado la pluma con objeto de escribir algunas líneas acerca de los *Cuadros contemporáneos* y me encuentro ante el siguiente dilema:

O he de llenar con la crítica de un libro todo el espacio, hoy bien menguado, de esta Revista, ó incurro en la censura lanzada por el autor de aquella obra sobre los críticos literarios.

Teniendo en cuenta, héme dicho, que los *Cuadros contemporáneos* en sus artículos *El libro, Las exposiciones universales, El baile, letras y artes é historias vulgares* abarcan los más importantes problemas sociales, industriales, filosóficos, científicos, artísticos y literarios; considerando que tú, aunque quisieras ser crítico de obra tan notable, no te encuentras á la altura del libro, y considerando igualmente que aunque te encontrases á cien codos sobre él, no tienes espacio ni aun para desflorar la ménos importante de las importantísimas cuestiones de que trata, debes, como el prudentísimo Cide Hamete, colgar la pluma de la crítica de la más próxima espetera y de hilo de alambre más cercano, dejando sabiamente por terminada tu tarea ántes de haberla dado, no ya felice término, sino desventurado principio. Al fin y al cabo el autor es hombre discreto y sabrá agradecértelo.

De la raíz originaria *Biblia*, ó sea libro de los libros, han brotado diferentes ramas que en el mundo intelectual se conocen con las denominaciones de *bibliotecario*, ordenador y conservador de libros; *bibliógrafo*, escogedor de buenos libros; *bibliófilo*, amante de los libros como libros; *bibliómano*, buscador de libros raros; *bibliótafo*, acaparador y ocultador de libros.

Castro y Serrano, segun él nos dice en el magnífico artículo consagrado á *El libro*, ha ingertado otra rama en ese árbol literario con el título de *bibliórrapo*, ó sea secuestrador y rapiñador de libros.

El retrato á la pluma hecho por Castro y Serrano de cada uno de estos diversos tipos, es inmejorable, es perfecto. Decidido á no ser crítico, me reduzco á ejercer la modesta profesion de *cicerone*. Ahí tienen Vds. el retrato del bibliómano:

«En manos del bibliómano, el libro permanece casi siempre cerrado: ¿qué importa lo que dice? ya se lo supone. Lo interesante del libro es su fecha, es el lugar de su origen, el nombre de su impresor, el papel de sus hojas, el estilo de su cubierta, el hierro de su marca, la alegría de su antiguo dueño, las apostillas ó anotaciones del que lo ha leído. Se cuenta de un inglés que reunió trescientos sesenta y cinco Ovidios, uno para cada día del año; no contento con esto, mandó que le imprimieran un Ovidio en seda blanca y se hizo amortajar con él. Lo que calla la historia es si el inglés había leído á Ovidio. Si no lo leyó, puede pasar por el apóstol de la bibliomanía.»

Quiero también que conozcan Vds. á los *bibliórrapos*, por ser la especie clasificada y descrita originalmente por Castro y Serrano.

«A sus arcas afluye y en sus arcas se oculta todo lo selecto que poseen los otros, porque profesan la doctrina de que es lícito robar lo que en buenas condiciones no puede adquirirse, y de que es útil esconder lo que perdería su mérito si se vulgarizase. Sus dispendios y sinsabores, que suelen ser muchos, no van encaminados al lustre de la literatura ni á los progresos de la ciencia: su única satisfacción consiste en estas frases:—«Yo lo poseo.—Nadie lo leerá.»

Como se vé los rasgos son característicos, el dibujo franco y seguro y está puesto el color con admirable

valentía. El original parece escaparse del lienzo y muchos seguramente exclamarán viéndole.—Yo conozco á este bibliórrapo.

Pero falta en este retrato la pincelada señal, esa pincelada que en las obras de los grandes maestros es el rayo de sol que ilumina el cuadro.

Aquí el último toque es una anécdota.

«Se cuenta de un bibliórrapo de Barcelona, dice Castro y Serrano, que cansado de ofrecer dineros y combalaches por un libro, decidió robarlo y pegarle fuego á la casa de su poseedor. Hizolo así con salvaje frialdad; pero fué descubierta en todos los pormenores de su empresa. El juez condenólo á muerte; y cuando su hábil abogado justificaba en la súplica que el delito era absurdo, por cuanto el libro de que se trataba no era único en su clase, como merecía una determinación tan horrible, el bibliórrapo comenzó á llorar con amargura:

—«Celebro, dijo el magistrado, que la conciencia principie á recorderos por tan atroz delito.»

—«No lloro por eso, señor, murmuró el acusado ahogándose de pena; lloro por saber que mi pobre libro no era el único de su clase.»

Bien sabe Dios que trataba de decir algunas palabras sobre cada uno de los artículos que forman los *Cuadros contemporáneos*; pero está visto que he consumido gran parte del espacio de esta Revista y aún no he salido del primero.

«Pues sabrás, Inés hermana, que el portugués cayó enfermo. ¡Las once dan... yo me duermo; quédese para mañana!»

Acaso otro día tenga ocasión de referirme á esta obra; acaso transcriba algunos de esos párrafos de brillante, suelto y castizo estilo que brotan de la pluma de Castro y Serrano en ondas luminosas como los relámpagos de una tempestad... Os prometo, sin embargo, no hablaros ya del primer artículo.

Un lector.—Señor articulista, yo veo que Vd. no ha hecho ni crítica, ni *Ecos*. Sólo se ha permitido Vd. copiar algunos bellos trozos literarios del autor de las *Cartas trascendentales* y de *La novela del Egipto*.

El articulista.—Señor lector, cálese, y no sea tonto, que eso se va ganando.

Habíamos tenido noticia de huelgas de peluqueros, de tahoneros, de silleros, zapateros, sastres, cigarreras, sombrereros, albañiles y enterradores; pero no habíamos sospechado siquiera que los médicos pudieran también negarse á recetar y ayudar á morir á los enfermos.

Parece que en Valparaiso la intendencia publicó un decreto reglamentando el servicio de los médicos, y á consecuencia de esto los Esculapios decidieron dejar los enfermos al cuidado del intendente.

—El que tan admirablemente decreta en cuestión de medicina, se dijeron sin duda, puede también decretar la salud á los enfermos.

Un médico francés decía á sus clientes:

«Haced ejercicio, despreciad las penas, no hagais excesos y... reiros de mí.»

Otro médico dejó escrito en su testamento:

«Muero tranquilo: ni he curado, ni he matado á ninguno de mis enfermos. El que sanó fué porque pudo, y el que se murió porque quiso.

Si mis colegas, en vez de ser adversarios de la enfermedad, se contentasen pura y simplemente con ser testigos de ella, no habría oficio más descansado que el de sepulturero.»

Historia tan verídica como inverosímil. La escena pasa en Zaragoza y en casa de una señora que tiene 10.600 reales en la cómoda de su cuarto.

Es de noche: entran varios ladrones, puñal en mano, y arrancan á la infeliz señora la citada suma.

Pero ella les dice con terrible acento de dolor que aquel dinero es su única fortuna, y que no la dejen totalmente abandonada á la miseria.

Entonces los ladrones se consultan y convienen en regalarla 176 duros.

Vamos, esto consuela: aún no se ha acabado en España la raza de los bandidos *generosos*.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

¿Pero es cierto? ¿No será una de tantas ruidosas algaradas con que las naciones poderosas y formales se complacen en aterrar al mundo? ¿Será posible que *Thon Bull* y el hermano *Jonathan*, tan serio y práctico el primero, tan positivista el segundo, comprometan en una guerra marítima su inmenso comercio y su colosal industria? La cuestión del *Alabama*, que dormía en el sarcófago de los cartapacios diplomáticos, ¿habrá despertado para destruir aquella fraternidad pregonada al tender el cable, cuando las dos naciones se saludaron diciendo: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*?

No creemos que esto pase á vías de hecho, apesar de las exageradas pretensiones de los Estados-Unidos y de su negativa á todo acomodamiento. La misma descomunal fuerza de los dos rivales hace esperar que no presenciaremos una gran catástrofe en medio de los mares, cuando aún no se ha secado la sangre de la guerra franco-prusiana. Esto sólo faltaba para que acabara de des-acreditarse la diplomacia contemporánea, incapaz para impedir las luchas más violentas que han visto los siglos; y razón habría para que templaran su entusiasmo los admiradores de la generación presente, que con una mano agujera los Alpes, canaliza el istmo de Suez, sumerge los alambres eléctricos en el profundo Océano, mientras con la otra impele á los hombres á destrozarse unos á otros, en guerras estériles para la civilización y para el derecho.

Motivos hay para creer que los norte-americanos han puesto sus ojos en el Canadá, y si así fuera, el alboroto del *Alabama* y el conflicto á que diera lugar no tendrían otro resultado positivo que una espoliación injusta y vandálica, con lo cual los principios anexionistas de Bismark se verían consagrados como el código internacionalista de los tiempos modernos.

Pero también es cierto que los dos rivales se tienen miedo el uno al otro, y que á esta especie de fuerza negativa deben Europa y América el no presenciar un nuevo espectáculo bochornoso para el siglo y la civilización.

El el último número de LA ILUSTRACION vieron nuestros abonados los excelentes retratos del emperador y la emperatriz del Brasil. En verdad, por la sencillez de su trage aparentan ser simplemente un caballero y una señora, el uno un poco serio y de mirada perspicua y penetrante, la otra de rostro afable y bondadoso. Si hay algun rasgo de orgullo en estas expresivas fisonomías, está en la frente de D. Pedro; pero aquel rasgo de orgullo, que no es expresión de una enfática vanidad, como sucede en otros, sino la forma exterior de una superioridad intelectual que ántes seduce y encanta que humilla y mortifica, caracteriza el busto del noble principe de un modo admirable. No sé qué hay en él de la figura de Guttenberg, de Tiziano, de Carlomagno, de Galileo.

Don Pedro II tiene actualmente cuarenta y siete años, y es de todos los soberanos del mundo el que por más tiempo ha vivido en paz con sus súbditos; inaudito ejemplo, y más raro por que lo da la republicana América á la monárquica Europa. Esta paz, que casi nos parece inverosímil á los latinos de aquende el Atlántico, la ha conseguido el soberano del Brasil por su profundo respeto á la Constitución jurada, y por haberse anticipado siempre á los partidos en la iniciación de las reformas políticas, no permitiendo que el espíritu público se divorcie de la corona, no dando lugar al terrible advenimiento de las revoluciones. Su actividad para el gobierno no ha impedido á este ilustre principe consagrarse al estudio, y por tal motivo es persona que no necesitaria ciertamente de ceñir corona imperial para distinguirse en el mundo.

Como político, América le debe la abolición gradual de la esclavitud; y como sabio ha podido dotar á su patria de corporaciones é institutos científicos que han desarrollado extraordinariamente la cultura en aquellos países.

Don Pedro II se casó en 30 de mayo de 1843 con la princesa Teresa, Cristina, María, hermana del rey de Nápoles, y de esta union han nacido dos princesas, de las cuales la primogénita, heredera de la corona, está casada con el conde de Eu, hijo del duque de Nemours.

De trato afable y simpático, sencillo y franco en sus maneras, el emperador del Brasil cautiva á cuantos le tratan, y admira al mismo tiempo por sus vastos conocimientos en todos los ramos del saber. Cuéntase que uno de sus recreos favoritos, cuando se halla en compañía de literatos ó artistas, es hacerles escribir las respuestas que á cada uno sugiera su genio en un álbum

donde ya están impresas ciertas series de preguntas que se repiten en cada hoja. Estos libros están muy en boga en Inglaterra y se llaman *Albums confesionarios*. En el ejemplar que D. Pedro posee se hallan escritas de su puño y letra las siguientes respuestas:

—¿Qué poeta preferís?

—Byron.

—¿Qué músico?

—Beethoven.

—¿Qué pintor?

—Rafael.

—¿Dónde deseariais estar si no estuviérais donde estais?

—En mi patria.

—¿Cuál es, á vuestro juicio, la primera de las virtudes?

—La prudencia.

—¿Y el mayor defecto?

—La mentira.

—¿Y la mayor felicidad?

—La caridad.

—¿Y el mayor pesar?

—El que nos causa un amigo.

Estas cuatro palabras muestran mejor que nada lo que siente y lo que piensa el ilustre monarca á quien Europa entera ha recibido con afecto y con admiracion. Es natural que despierte tantas simpatias, porque rara vez se unen tantas coronas en una misma cabeza.

De vuelta á su imperio, D. Pedro se detiene algunos dias en nuestra península. Al llegar á Madrid su primera visita fué para una corporacion literaria de que es miembro corresponsal, la Academia Española; y apesar del elevado carácter del personaje, la solemnidad fué modesta y sencilla como cosa de literatos. Ningun boato oficial ensordeció la calle de Valverde, y aquella casa oscura, sólo abierta hasta hoy para los príncipes del entendimiento, no puso en sus ventanas y balcones ninguna de esas señales de fastidioso regocijo con que se marca el paso de los huéspedes régios. Nuestros inmortales no estarian poco asombrados al verse en familiar compañía con un académico que tiene seis millones de súbditos. Todos los literatos españoles del presente siglo es seguro que no han tenido igual número de lectores.

La misma noche visitó D. Pedro II á D. Manuel I (Breton de los Herreros) emperador de la comedia española, y es fama que ambos soberanos conversaron sobre asuntos internacionales, tales como *El pelo de la dehesa*, *El tercero en discordia*, *A Madrid me vuelvo*. Al día siguiente pasó S. M. I. á Toledo acompañado de D. Pedro Antonio de Alarcon, otro príncipe de la sangre, cuya principal hazaña, *El diario de un testigo de la Guerra de Africa*, conoce aquel perfectamente.

En suma, el emperador del Brasil es persona tan llana, tan amable, y al mismo tiempo tan instruida, que su presencia en Madrid dejará un grato recuerdo en cuantos han tenido la dicha de tratarle.

Sigamos hablando de literatos.

¡Qué ingeniosa idea ha tenido la junta directiva de la naciente Sociedad de escritores y artistas! Deseando reunir la mayor cantidad posible de fondos, ha imaginado un espectáculo que por su novedad atraiga considerable número de curiosos, no sólo de Madrid, sino de toda España y aún de Portugal, Francia é Inglaterra.

Una corrida de toros pura y simple, no es ciertamente espectáculo propio para fundar sociedades literarias; pero una corrida de toros del tiempo de Goya, restableciendo los trages de aquella época, no sólo en la cuadrilla, sino en el público, es en realidad una verdadera fiesta histórica capaz de dejar memoria en Madrid por muchos años.

Regla general: no entra en la plaza persona alguna, cualesquiera que sean su edad y sexo, sin llevar el traje correspondiente á los últimos años del siglo pasado y primeros del presente. No habrá excepcion ni tolerancia de ningun género en favor de nadie.

La época no es muy lejana, por lo cual es seguro que no faltarán elementos para tan brillante mascarada. Principien á registrar los madrileños los olvidados y archivados equipos matrimoniales de sus abuelas, y de fiyo han de encontrar alguna peineta de teja, algun broche de plata cuajado de diamantes y otras muchas prendas, que si no podrán ser usadas hoy á causa de su irremediable deterioro, podrán servir de modelo para hacer otras enteramente iguales, verbigracia: el guante hasta el codo, el zapato con tacón de seis pisos, el guardapiés de raso amarillo ó blanco: el *petibú*, el *ridículo*, la *escusabaraña* y otros muchos objetos que, á falta de museo indumentario, existen para asombro de esta generacion

en las estampas colgadas junto á las puertas de alguna prendería hácia la calle de Tudescos ó hácia el Rastro.

Los hombres todos que quieran presenciari esta sin igual corrida, vayan preparando su peluca empolvada, su espadín, su casaca y chupa, rematando el disfraz con el sombrero tri-pico, prenda elegantísima de que, segun nuestras noticias, están haciendo ya gran acopio algunos sombrereros de Madrid. Habrá diversidad de trajes, segun el gusto y carácter de cada uno. Las personas graves irán de abates, los elegantes de *increibles*, los rumbosos de manolos, los despreocupados de chisperos, los estudiantes de *idem*: y para dar á la fiesta un carácter esencialmente histórico, los republicanos deben vestirse de convencionales, los alfonsinos de vendeanos, los carlistas de *chuanes*, y todos los demas que formen la masa del público con el traje burgués, cuyos inmortales figurines pueden ver sastres y parroquianos en la Academia y en el Museo del Prado.

Cada dia nos visita un nuevo libro y una nueva publicacion periódica. Entre los primeros haremos mención de las *Obras póstumas de D. Obdulio Perea*, joven poeta alavés que bajó al sepulcro en lo más florido de su edad y cuando principiaba á recoger el fruto de su laboriosidad y talento. Es la eterna historia de los Becquer, de Zamacois, de Monroy, de Bernardo García, enriquecida con un nuevo capitulo.

El Sr. Perea era un verdadero poeta, y su composicion de *Poeta y el mundo*, aunque dada á la estampa sin corregir, contiene grandes bellezas de forma y un sentido moral harto raro en las musas contemporáneas.

Hemos recibido tambien un pequeño volúmen en lengua portuguesa que contiene varios cuentos de Trueba, traducidos á aquel idioma por el Sr. Castro Monteiro. Este libro parece formar parte de una coleccion que se titula *Primores da litteratura hespannola*. Celebramos que los esfuerzos hechos de algun tiempo acá para entablar buenas relaciones entre ambos países, den por resultado la comunicacion literaria que tanta falta hace y que no será una verdad miéentras no haya muchos traductores, ya españoles, ya lusitanos, que imiten el ejemplo del diligente é ilustrado Sr. Castro Monteiro.

Tambien han llegado á nuestra redaccion dos revistas, la una ilustrada y procedente de Nueva-York, la otra puramente política y de noticias, impresa en Londres. Ambas están escritas en español.

La América Ilustrada es una publicacion de excelentes condiciones materiales, consagrada á poner en comunicacion á todas las nacionalidades de la América latina. El objeto es laudable, si no sirve de pretexto para una propaganda filibustera contra España, como parecen indicar algunos de sus artículos. *El Eco de Ambos Mundos* nos parece mejor en su confeccion y en sus fines, pues trata de enlazar todos los pueblos latinos de ambos continentes, destruyendo absurdos antagonismos y señalando á nuestra raza un alto ideal no realizado todavía.

La falta de espacio impidió en el último número de *LA ILUSTRACION* acompañar el retrato del señor marqués de Sardoal con una noticia biográfica. El nuevo alcalde de Madrid es persona que goza aquí de generales simpatias. Joven y perteneciente á una de las principales familias de la nobleza, ha conquistado un buen puesto entre los hombres contemporáneos, no necesitando ciertamente de la condicion de prócer para distinguirse.

A los treinta años no puede tenerse una historia muy larga. La del marqués de Sardoal principia con mucha honra suya en la memorable campaña parlamentaria que sostuvo en el tristemente famoso Congreso de 1867, postrera legislatura del último reinado. Entónces, representando la union liberal en compañía de los señores Cánovas del Castillo y Gisbert, sostuvo el joven diputado ante una mayoría que servirá eternamente de modelo para los Parlamentos unánimes, los fueros de la justicia y de la opinion pública. Antes gozaba de buena reputacion como estudiante aventajado, y su discurso de grado leído en la Universidad en junio de 66 dió á conocer un publicista concienzudo que busca en las instituciones liberales de Inglaterra el secreto de la ciencia y el arte del gobierno.

Pero donde principalmente se ha dado á conocer ha sido en las Cortes Constituyentes de 1869 y en las ordinarias de 1871. En ambas legislaturas ha puesto su palabra y su voto al servicio de las soluciones liberales, y aún recordamos la extrañeza que causó una discusion sobre materias económicas, en que se veía el caso

singular de terciar en un mismo debate el diputado de quien nos ocupamos y el obrero republicano Sr. Alsina, sosteniendo cada cual opiniones aparentemente contrarias á su posicion social y á sus antecedentes. Era, si mal no recordamos, una cuestion de reforma arancelaria: el señor marqués de Sardoal, monárquico y aristócrata, defendia la libertad, y el Sr. Alsina, republicano, obrero é hijo del trabajo, los privilegios.

El sufragio universal ha llevado al señor marqués de Sardoal al primer puesto del primer Ayuntamiento de España. El pueblo de Madrid espera del nuevo alcalde la realizacion de las muchas reformas administrativas, higiénicas y de ornato público iniciadas por su activo antecesor y reclamadas por el vecindario. La situacion del municipio es ménos grave que cuando el Sr. Galdo fué nombrado alcalde primero; y ya que la corporacion cuenta con recursos permanentes, aunque aplicados aún al pago de un gran déficit, mucho se puede hacer, y mucho se hará seguramente, dadas las condiciones de carácter é inteligencia del actual alcalde primero.

No concluirémos este párrafo sin saludar expresivamente al Sr. Galdo, á quien debe la villa de Madrid una administracion entendida y celosa, así como el restablecimiento de los consumos, imprudentemente suprimidos en 1838. El vecindario le debe todas aquellas mejoras que han sido compatibles con la apurada situacion del municipio, y la prensa de Madrid le agradece la solicitud con que siempre ha tenido en cuenta sus indicaciones en materias de ornato y de policia.

Aconsejamos á nuestros lectores que no tomen en serio el descubrimiento de la direccion del globo aereostático, que segun la prensa francesa es debido al astrónomo Mr. Dupuy de Lome. La circunstancia de haberse encargado al *Gaulois* la propagacion de este prodigio, hace que todo el mundo lo tenga por una de las muchas *filfas de boulevard* de que son órgano oficial aquel y otros diarios callejeros, cuyo lenguaje desenvuelto é inexcusable frivolidad parecen insultar constantemente á la Francia humillada y cubierta de luto.

El globo de Mr. Dupuy de Lome no es esférico, no tiene la forma de *bola* que le cuadraba perfectamente, sino afecta la figura de un pez aéreo, con un timon á manera de cola. En la barquilla va un hélice que tornilla en el viento, como el de un vapor tornilla en el agua, y la rotacion de esta pieza movida á brazo, determina, es decir, quiere determinar la marcha horizontal de la máquina. Inútil es decir que esta invasion de los piélagos celestiales la quiere hacer el aereonauta francés á cencerros tapados y por sorpresa, sin contar para nada con las corrientes atmosféricas, ni con las tempestades, á quienes se quiere jugar una mala pasada.

No: más vale que no se molesten los crédulos madrileños mirando al cielo con la esperanza de ver aparecer á Mr. Dupuy de Lome, caballero en su globo. No vendrá; que al ver preconizada por el *Gaulois* la navegacion aereostática, parece como que este problema ha dejado de ser cosa seria. Esa gente cree que se vuela con el cnerpo tan fácilmente como con la imaginacion.

París, á falta de asuntos graves, se ha ocupado por algunos dias de este acontecimiento (llamémosle así) y de la representacion de *Rabagas*, comedia política infamatoria de Victoriano Sardou. Es probable que nuestros lectores tengan noticia de ella. Sí: aquel príncipe de Monaco llamado Florestan, que no sabe cómo contentar á sus súbditos; aquel agitador plebeyo que predica una libertad desenfundada, y en cuanto es llamado al poder manda ametrallar al pueblo; aquella princesa que aconseja al monarca..... en fin: esto es viejo, viejísimo, y sin duda de puro conocido ha llamado la atencion. Es imposible negar que la obra está escrita con ingenio y enérgico sarcasmo; pero es profundamente escéptica, y de ella se deduce que no hay más forma de gobierno aceptable que el absolutismo. Esta teoría, ya bastante desacreditada en las regiones de aquende el telón, lo está tambien bastante en el escenario, y por este error sin duda *Rabagas* no es otra cosa que una mala comedia.

Esto en París. En cuanto á Londres, lo que principalmente entretiene la atencion es el famoso pleito Tichborne, en que dos individuos de una misma familia se disputan un nombre ilustre y una fortuna colosal. Aquel será alcanzado sin disputa por uno de los contendientes; pero en cuanto á ésta, es segurísimo que se quedará toda entera pegada á las manos de la gente de curia. Se han hecho venir testigos de la Australia, de la América del Sur, de la India, de los puntos más lejanos del globo. Los abogados ganan diariamente sumas

fabulosas; se ha hecho una suscripción nacional para ayudar al demandante en sus fabulosos gastos; se han escrito millones de pliegos de papel. Todo es colosal, todo es inglés en este pleito, que puede ser llamado el *Leviathan* de los pleitos.

De buena gana haría una reseña de este complicado negocio; pero me falta espacio. El lector se hará cargo de él al saber que es un asunto parecido al famoso de Fontanellas, que tanto dió que hablar hace unos ocho ó nueve años.

La creencia general en Inglaterra es que el reclamante, á quien la familia *Tichborne* no quiere reconocer y á quien acusa de usurpador de estado civil, ganará el pleito.

La circunstancia de escribir esta crónica durante el desarrollo de la penosa crisis que ha dado por resultado el ministerio que actualmente preside los destinos del país, nos obliga á dejar para lo último el párrafo referente á la política interior. Indicada la crisis á causa de las disidencias ocurridas en el seno del gabinete presidido por el señor Sagasta, tardó muchos días en ser resuelta, y pasó por varias alternativas que mantuvieron al público en constante indecisión. Creyendo algunos que era indispensable dar participación en el poder á los elementos conservadores procedentes de la union liberal, se planteó resueltamente el problema de la fusion, algo temeroso sin duda para algunos hombres del antiguo partido progresista. El *memorandum* leído por el rey en el Consejo del 17, y la reunion de notables verificada en palacio el 18, contribuyeron á acelerar la fusion, que por último pudo realizarse el 20, formándose un ministerio compuesto de hombres de ambos partidos, continuando en la Presidencia el Sr. Sagasta y saliendo de sus antiguos compañeros los Sres. Topete, Angulo, Gaminde, Groizard y entrando los señores Camacho, Rey, Romero Robledo y Martín Herrera.

El tiempo y los acontecimientos dirán si tiene ó no elementos de consistencia y estabilidad el nuevo gabinete.

No es ésta época de grandes alegrías.

La actual generacion no está muy abundante de hombres notables por sus altas prendas de carácter, para que la pérdida de uno de ellos no sea ocasion de tristeza y luto. La muerte del señor marqués de Miraflores, acaecida á las nueve de la mañana del 20, ha producido general impresion en Madrid y en España. Pocas veces se ha presenciado tan unánimemente de las diferencias políticas para expresar el sentimiento producido por tal pérdida, aunque el ilustre anciano de quien nos ocupamos no ha necesitado de la muerte para que se hiciera justicia á su probidad y rectitud: siempre desinteresado, movido siempre en los negocios públicos por motivos patrióticos, ha figurado en la historia parlamentaria de la España contemporánea desde los primeros albores de la vida constitucional.

En la diplomacia, en la administracion, en la política, ha desplegado las más raras dotes de prudencia y patriotismo, dotes no muy inherentes por cierto al carácter de nuestros hombres públicos. Ocupando el poder se ha mostrado conciliador y recto, así como en la oposicion siempre templado y cuerdo. Por estas razones, así como la afabilidad y amena cortesía de su trato en el mundo y sus virtudes domésticas, el marqués de Miraflores ha bajado al sepulcro sin haber sido objeto

durante su larga vida del ódio de persona alguna. Su muerte ha sido apacible y cristiana, como correspondia al que en un discurso memorable dijo: «Mi única ambicion es que en mi sepulcro se puedan grabar estas palabras: *aquí yace un hombre de bien.*»

Sentimos que la falta de espacio no nos permita pu-

turas y erigiendo para conservar su memoria monumentos en que el mármol y el bronce, más duraderos que el papel y el pergamino, á través de los siglos la perpetúen. Sólo los españoles, en todo singulares, olvidamos las victorias que tantas veces han coronado nuestros pendones, para recordar siempre con entusiasmo y orgullo las derrotas gloriosas en que los hijos de este noble suelo han lanzado el último aliento peleando por la patria y por la justicia. Por cada vez que nombramos á Lepanto, á Pavia ó á Otumba, brotan mil veces de nuestros labios los santos nombres de Numancia, Sagunto, Trafalgar, Zaragoza y Gerona; que el triunfar obra es en ocasiones del acaso, y el morir como bueno es siempre resolucion segura del ánimo entero y levantado, que sabe que de la patria es la vida que de ella se recibe.

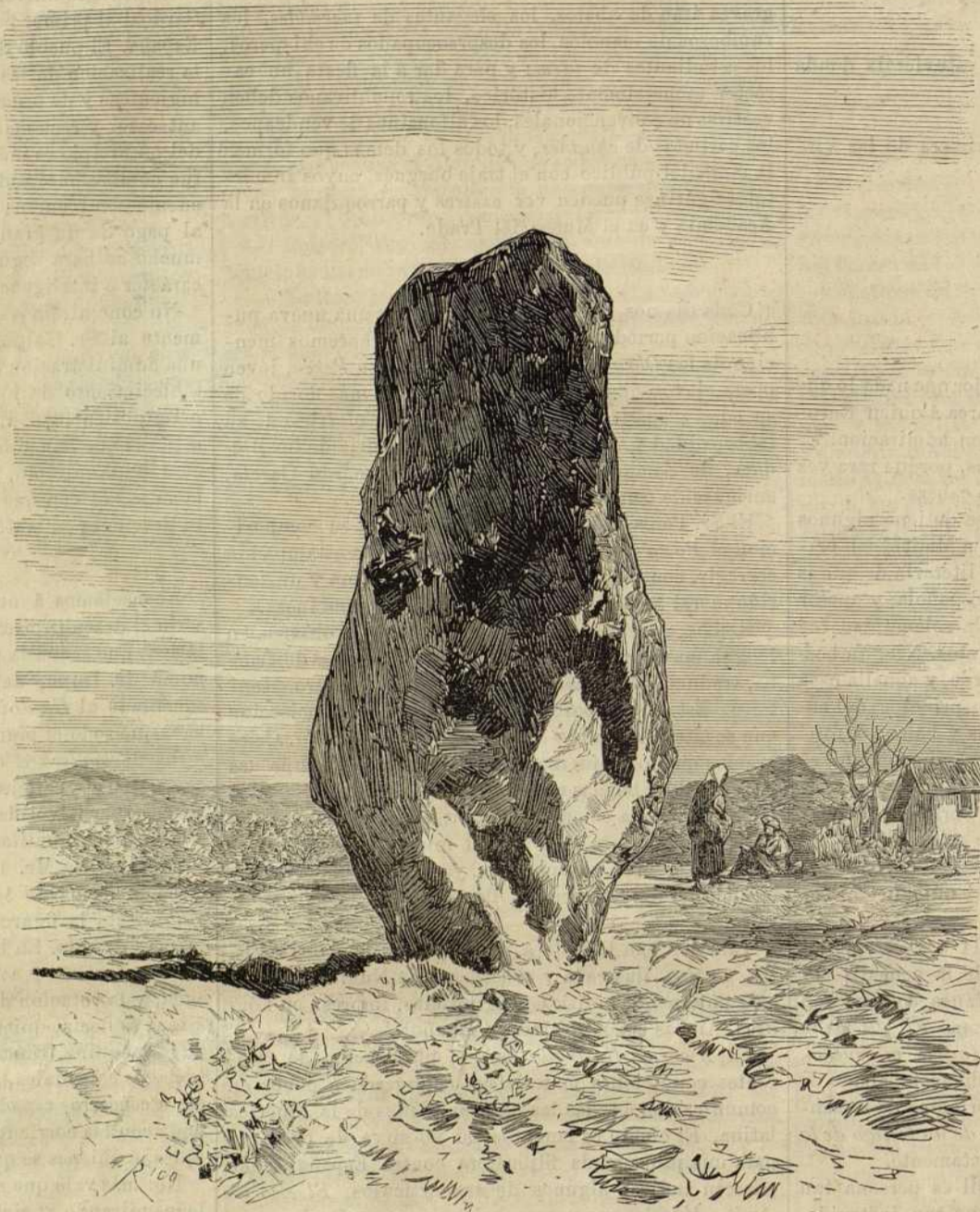
Decrete en buen hora la victoria una Asamblea francesa: en España, cuando de librarla de extranjero yugo se trata, todos los españoles han decretado la muerte. El espíritu español está entero en el bando del gran hombre de Gerona, del sublime mártir de la Independencia, del glorioso don Mariano Alvarez, cuya memoria nunca honrará bastante la patria: «El que pronuncie las palabras capitulacion ó rendirse, será pasado por las armas.» — «¿Adónde me retiro, mi general, en caso de derrota?» le pregunta un jefe encargado por él de una mision peligrosa. — «Al cementerio,» contesta el héroe.

Esta manera de considerar la guerra es la que nos hace invencibles dando sér y vida á ese general bravo y entendido cual ninguno; que ningún pueblo ha tenido y que todos nos envidian: el general *No importa*. Cuando él nos manda, para conquistar á España es preciso esterminar á todos los españoles; porque mientras quede uno á vida, ese levantará nuestra bandera entre los escombros de Santa Engracia, como la levantaba el noble brigadier Quádro en aquella gran jornada del 4 de agosto.

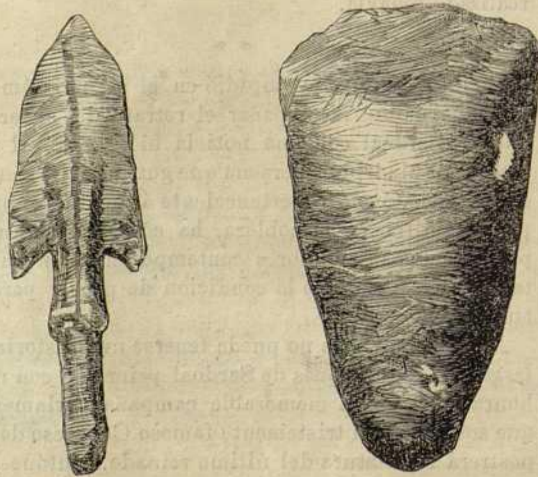
¡El brigadier Quádro! ¿Quién era ese bravo soldado, cuyo nombre no cita Toreno, y de quien apenas hace mencion Alcaide en su historia de los dos sitios? Quádro es sencillamente un caballero español: es noble, es rico, es venturoso al lado de una esposa amada y de tres hijos pequeñuelos; manda en Teruel y ninguna obligacion militar le corre de ir á buscar la sepultura en aquella inmensa tumba que se llamaba Zaragoza: honrosamente podia permanecer en la ciudad y distrito confiados á su mando, gozar allí sin peligro de su ventura y riqueza; pero ya os lo he dicho: era español y caballero, y entre la dicha, que en Teruel le rodeaba, y la muerte por la patria, que desde Zaragoza le sonreía, no vaciló un instante y decidió correr á desposarse con la muerte.

Estábamos entonces en plena epopeya. Daoiz, Ruiz y Velarde habian hecho unas Termópilas del Parque de Madrid; y los nombres de los nuevos Leónidas, al llegar de boca en boca hasta la ciudad del Ebro, decidieron á sus nobles hijos á escribir en la historia al lado de la santa fecha del *Dos de Mayo*, la no menos memorable del *Quince de Junio*. En verdad que ni el tío Jorge, ni Mariano Cerezo, ni Zamoray, ni Calvo de Rozas eran hombres de espada ni tenian idea de la ciencia militar; pero... ¡si no se trataba de vencer!... ¡Pensábase sencillamente en morir, y Zaragoza es la ciudad de los mártires!

Lidióse bien aquel dia, y el dios Éxito coronó al general *No importa*, acaso por mano de la brava Agustina



MONUMENTO CELTA.—LA PIEDRA DEL DIABLO (OLOT).



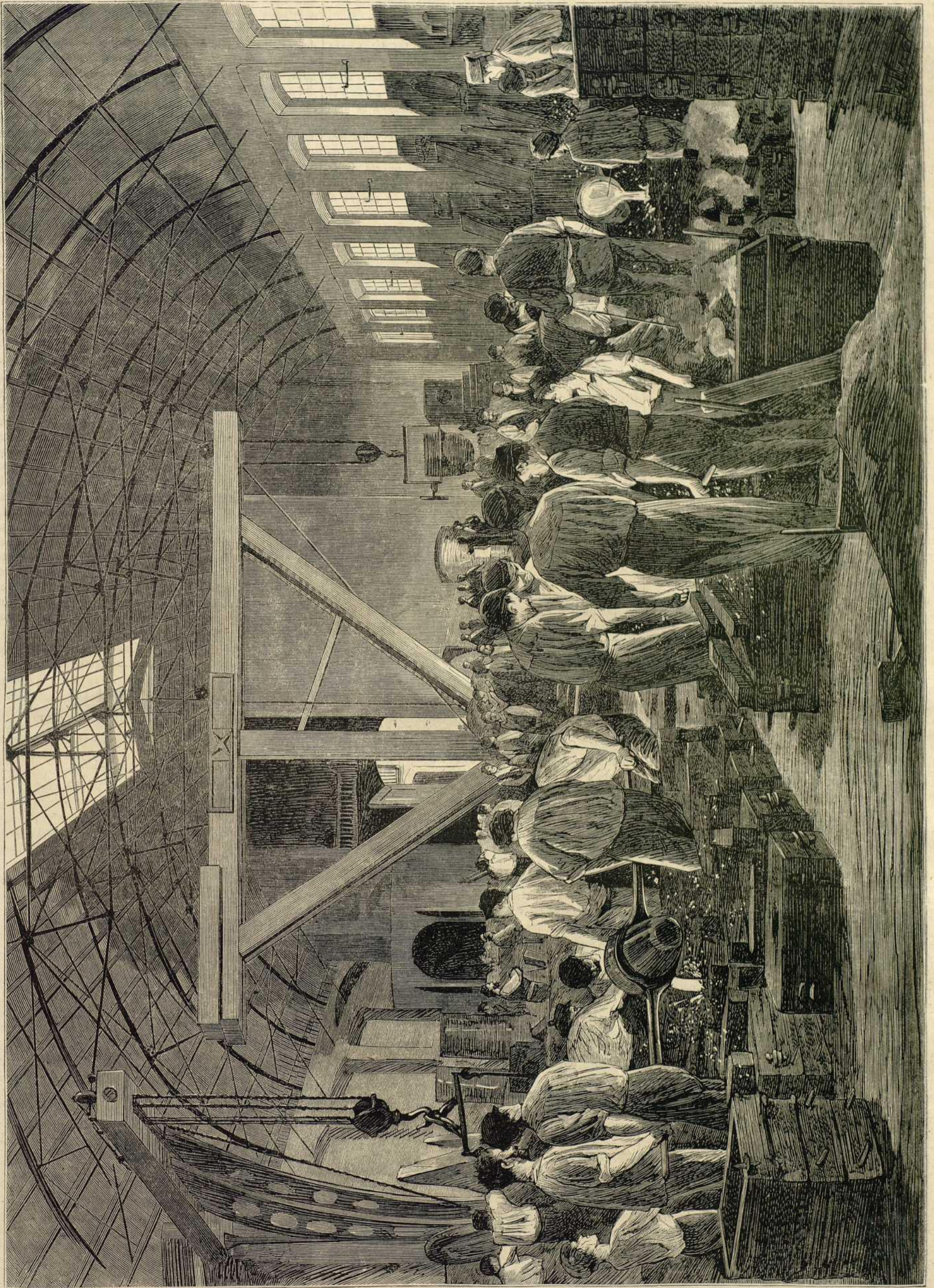
PUNTA DE SAETA DE LA EDAD DE BRONCE Y HACHA DE LA EDAD DE PIEDRA.

blicar hoy la biografía de este ilustre hombre de Estado; pero no hemos querido dejar de escribir estas líneas, tributo de respeto á su memoria.

B. PEREZ GALDÓS.

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA.

Todos los pueblos del mundo, así los antiguos como los modernos, celebran y encomian sus triunfos guerreros afanándose en transmitirlos á las generaciones fu-



FUNDICION CATALANA.

na, cuyo patriotismo barrió una columna francesa. Estábamos entonces, repito, en plena epopeya; y el viento de la guerra llegó á Teruel impregnado en humo de pólvora extranjera y en vapores de sangre española. Aspira Qüadros aquel aire; cíñese la espada; reúne cien soldados y trescientos paisanos en breves instantes, y al frente de aquel puñado de bravos marcha á buscar la muerte á Zaragoza, donde penetra pasando el Ebro, apesar de estar la ciudad cercada por los primeros soldados del mundo. Lo que Qüadros hacia, valiéndome de la espartana frase del gran Alvarez, era emprender la retirada al cementerio.

Era el día 3 de julio de 1808. El refuerzo llevado á la ciudad inmortal por el gobernador de Teruel fué en verdad exiguo; pero, como muy luego se vió, con solo su persona llevaba á los zaragozanos un fuerte socorro; que, como en tiempos remotos decia el buen alférez Gutierrez Diez de Games, á las veces un caballero vale por toda una gran hueste. Era, como decíamos, el 3 de julio de 1808; y la defensa que tan heroicamente habian comenzado los paisanos el 15 de junio, despues de las sangrientas derrotas de Tudela y Mallen, y cuando los militares no creian la poblacion en estado de resistir un sitio, se habia ya militarmente organizado, por más que la poblacion en masa cooperase á ella y en ocasiones tomara la iniciativa en salidas y sorpresas. Los franceses, por su parte, convencidos despues de la batalla de las eras, en la que fueron batidos por nuestros paisanos, de que aquellas débiles tapias de la ciudad las convertia en muros inespugnables el patriotismo de los habitantes, renunciaron á tomarlas de rebate, y apoderados de Torrero, decidieron sitiárlas en toda regla.

El ojo militar de Napoleon el Grande (grande únicamente en esto, que en lo demás no), vió desde París lo que Lefebre no habia visto sobre el terreno: que el punto vulnerable de Zaragoza estaba entre la puerta del Cármen y la de Santa Engracia, y no en la Aljafería, que inútilmente habian atacado los generales franceses. Cambiado el plan de ataque y tomando á Santa Engracia por objetivo, Palafox se apercibió á la defensa de este punto, entonces el más importante; y siéndole imposible aumentar sus trincheras, artillería y guarnicion, fortificólo del único modo que le era dado, poniendo por su comandante general al gobernador de Teruel D. Antonio Qüadros, coronel á la sazón de Guardias Españolas, cuyo valor y pericia habia ántes probado en varias comisiones peligrosas que le fueron confiadas desde que á Zaragoza llegó, segun consta de documento original, por él firmado, que se conserva en la Academia de la Historia, y del que tengo á la vista copia testimoniada.

¿Qué proezas habia hecho Qüadros para que allí, donde cada casa era un fuerte y cada habitante un héroe, se le confiara el primer puesto? Lo ignoramos: fuera de haberse perdido los partes y diarios del sitio, eran tiempos aquellos más para manejar la mecha y el fusil que la pluma, y ocupados todos en hacer, nadie se ocupaba de escribir lo que los otros hacian; mas para descollar entre tanto bravo y merecer el lugar primero, gran bravura debió de mostrar.

Para comprender bien la gloria del mártir de la Independencia, cuyo nombre intento robar al olvido, hay que fijarse en una serie de hechos que he de apuntar ántes de proseguir los desaliñados renglones que á tan noble propósito consagro. Es para nosotros, y con razon, la guerra de la Independencia el más preclaro timbre de la nacionalidad española; con razon tambien fijamos el punto culminante de esta gigantesca lucha, que resucitó á la Europa, muerta de espanto, en la defensa de las débiles tapias de Zaragoza; y de los dos sitios que la inmortal ciudad sufrió, citamos con mayor orgullo el primero, porque supo resistirlo desprevenida, cuando para el segundo se previno cuanto posible le fué de todo aquello que los tiempos permitian. Pues bien: las venerables, las sagradas ruinas de Santa Engracia, á cuya sola vista palpitan de entusiasmo los corazones españoles y de admiración los extranjeros, esas ruinas que invocan como alto ejemplo todas las naciones que ven peligrar su independencia, inclusa la misma que las causó, son la epopeya de la epopeya, son lo más grande, lo más sublime de todo lo sublime y lo grande, y en aquella ciudad donde lo heroico era lo natural y corriente, admiró á los mismos á quienes todos admiramos. ¿Qué se hizo allí el cuatro de agosto para que sobreponiéndose á todo lo que en los dias anteriores y aun en aquel mismo se hacia en Zaragoza por todas partes, se sintiese en aquel monton de escombros toda la gloria de una lucha sin igual en la historia del mundo? Y si es así, ¿qué lugar merece en los anales pátrios el nombre del ilustre caudillo del puñado de varones esforzados que con su sangre amasaron allí el más gran-

de monumento que elevarse pueda á la gloria de España?

No voy á historiar sus hechos, porque como en Zaragoza se moria y no se escribia, fáltanme los datos para ello. Si los hubiera, años há que el nombre de Qüadros figuraria al lado de los de Daoiz y Velarde, como apesar de la injusticia de sus contemporáneos figura hoy el del glorioso Ruiz. Este artículo es un canto á la memoria del héroe de Santa Engracia y no una crónica de proezas que la carcoma del olvido ha robado á nuestra admiracion y á nuestro respeto. Basta á la gloria de Leónidas haber muerto defendiendo la puerta de la Grecia: basta á la de Qüadros haber caido con la última piedra de Santa Engracia, regando con su sangre el polvo de las ruinas, donde, por ella abonado, se ostenta hoy el más hermoso laurel que la guerra ha dado á nuestra patria.

Lucia en el horizonte la aurora del increíble cuatro de agosto. Desde la noche anterior el ilustre Palafox habia anunciado al inmortal Renovaes que el momento era llegado. Sesenta bocas de fuego, muchas de ellas colocadas á tiro de pistola, hacian llover el hierro en el espacio que media entre la puerta del Cármen y la de Santa Engracia, asestando 30 de éstas sus tiros contra la batería que Qüadros mandaba. Húndense á su impulso las débiles defensas; caen desplomados los muros de Santa Engracia, sepultando al caer en la cripta de los mártires del cristianismo á los mártires de la Independencia; pero aún vive Zaragoza incólume, porque vive Qüadros con algunos de sus compañeros, y separando los escombros que cubren sus cañones, vuelven hierro por hierro al enemigo, sembrando en sus filas la muerte que sobre los nuestros lanzan. Era el día del juicio en Zaragoza; y los que aún no habian exhalado el último aliento en las baterías, aguardaban luchando por la patria el momento de comparecer ante Dios, parapetados trás de los cadáveres de sus compañeros. Así lo pinta Toreno, así Alcaide y el marqués de Lazan, hermano de Palafox, que presenciaron los sucesos y que en ellos fueron actores. Hay un momento en que nuestros fuegos matan á todos los defensores de una pieza avanzada más que las otras delante de Santa Engracia. Qüadros, con su vista de general, lo ve, y exclama dominando con su voz el infernal estrépito:

—«Una charretera al que clave aquel cañón!»

Un soldado oscuro — Ruiz se llamaba como el héroe del 2 de mayo — salta del parapeto, corre al cañón en medio de un diluvio de balas y metralla; lo clava, y vuelve ileso á la batería. ¿Qué fué de Ruiz? Nadie se ha cuidado de decirnoslo. Tal vez su sangre se mezcló algunos minutos más tarde con la sangre generosa del entonces ya brigadier Qüadros.

No sé qué admirar más. Si el valor del soldado que clava la pieza, ó la confianza del jefe que cree ó adivina que hay entre los que manda hombre capaz de semejante proeza. Bien es verdad que jefe y soldado, dignos el uno del otro, ambos eran españoles, y que el 4 de agosto es el día de lo increíble.

Ya no queda piedra sobre piedra en el sepulcro de los innumerables mártires, que en este legendario día han recibido tantos nuevos compañeros: Qüadros vive aún, y con los pocos bravos que le rodean ha hecho una barricada en medio de la calle adonde á brazo trasportan la artillería y las municiones, en medio de torrentes de metralla y á pecho descubierto. ¡Lo mismo se combate detrás de sacos de arena que guarecido de tapias de tierra cuya elevacion en algunos puntos no excedia de cuatro piés! Comienza de nuevo la lucha: Alcaide, Lazan y el mismo Palafox, en el documento original ántes citado, nos hablan del impertérrito Qüadros, poniéndole por modelo á las generaciones futuras. Las treinta piezas de los franceses destrozan la barricada; hay que repararla; y Qüadros, que no tiene ya soldados á quienes mandar, porque está sólo entre cadáveres ó moribundos, sale con una saca de tierra á cubrir un cañón que aún espera poder disparar. El plomo francés le hiere en la frente y muere cuando debia morir para el mundo y empezar á vivir para la gloria; en el momento mismo en que destruidas todas las fortificaciones, agotada la pólvora y concluidos casi los víveres, la defensa militar de Zaragoza habia terminado, y penetrando el enemigo en el Coso y calles comarcanas, empezaba un nuevo 15 de junio.

Hay en España un militar instruido y sabio, don José Gomez de Arteche, tan sabio y tan instruido que apesar de ser autor de la *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, libro que colocan sobre su cabeza cuantos conocen la ciencia guerrera en España y en el extranjero, apesar de ser un soldado noble y caballero, y de haber tenido á su cargo la subsecretaría del ministerio de la Guerra, no ha pasado de brigadier en

este país de los mariscales de campo y los teniente generales. Este caballero, no obstante no haberme yo honrado nunca con estrechar su mano, ha tenido la bondad de facilitarme por medio de nuestro comun amigo el celebrado escritor científico D. Angel Rodriguez Arroquia, coronel de ingenieros, algunas cuartillas inéditas del 2.º tomo de su *Guerra de la independencia, historia militar de España de 1808 á 1814*, referentes al 4 de agosto y á la muerte del héroe de Santa Engracia, de las que he tomado algunos de los pormenores referidos; pero respetando la virginidad de un libro destinado tal vez á la inmortalidad, aparto de mí el deseo vehemente de dar á conocer las líneas que á este objeto consagra. El primer volumen de esta obra, publicado tiempo há, me causó un placer tan grande cuando á mis manos llegó, que no quiero privar á los que como yo esperan con ansia la aparicion del segundo, del aliciente de la novedad. En otra nacion que no fuera España, el señor Arteche gozaria de inmensa reputacion; pero, ¿de qué me quejo? ¿No he necesitado yo mismo ver en la última Exposicion de pinturas el notable lienzo que el Sr. D. Alejandro Ferrant y Fischermans ha consagrado á la memoria de Qüadros, para pensar que esta memoria, para nosotros tan sagrada, estaba en el olvido más completo? El grabado que reproduce esta bella obra de arte, propiedad de los señores marqueses de San Miguel de la Vega, nietos del héroe, hablará más elocuentemente que la pluma de un poeta, poco avezada á tratar los asuntos con la severidad del historiador, de los altos hechos que son objeto de este artículo.

Hoy, tras tantos años de olvido, empieza á hacerse justicia á la memoria de Qüadros. Corporaciones respetables, entre otras los ayuntamientos de Madrid, Zaragoza y Baeza, donde vió la luz primera; la real Academia de la Historia y los directores de Artillería é Ingenieros en los museos de sus respectivas armas le consagan recuerdos, y acaso no esté lejano el día en que la nacion le honre como debe, que así se honrará á sí misma. ¡Feliz yo si estas pobres líneas, que el corazon hace trazar á mi pluma, pueden contribuir en poco ó en mucho á que la patria deje de mostrarse ingrata con hijos tan preclaros é ilustres como el héroe de Santa Engracia!

LUIS DE EGUILAZ.

EN EL ALBUM

DE LA MALOGRADA NIÑA CLOTILDE DOMINGO *.

Dos momentos en mi vida
Tu nombre han visto mis ojos;
Entre vítores el uno,
Entre lágrimas el otro.
Si estos dos momentos fueron
De tu vida el plazo corto,
Y apenas viniste al mundo
Cuando huíste de nosotros,
Justo es que estos dos instantes
Yo te pague como todos,
Con mis aplausos el uno,
Con mis lágrimas el otro.

LUIS M. DE LARRA.

Madrid, febrero 10 de 1872.

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

Poco es el espacio que un periódico como LA ILUSTRACION DE MADRID puede ofrecer para tratar del acueducto de Segovia, porque pocos son los monumentos que tienen un nombre tan universalmente conocido, y muy raras son las obras de los mortales que despues de diez y nueve siglos pregonan la grandeza de los que las construyeron prestando la mismísima utilidad que el primer día.

Si cupiera alguna duda de los adelantos del pueblo romano, se disiparia al pensar las dificultades previstas para que haya durado nada ménos que mil y ochocientos años este magnífico acueducto, apesar de la intemperie, de las injurias de los hombres y de conducir por su cima la destructora corriente de las aguas, con sus peligrosas filtraciones y más peligrosos hielos.

* ¡Pobre niña! Apenas habia cumplido siete años, cuando voló al cielo este ángel, este prodigio de precocidad que admiramos en Madrid y admiraron en Valencia cuantos asistimos á la representación de la bellísima obra dramática del Sr. Blasco, *El Pañuelo Blanco*.

El velo misterioso con que el tiempo le ha cubierto dále un tan respetuoso carácter, que no puede mirársele sin sentir una profunda veneración. No es extraño, pues, que las generaciones posteriores, anonadadas ante su grandeza, confesaran su admiración y su impotencia creyéndole de origen semi-divino.

Aún es hoy, y el espíritu del pueblo, encantado con tanta maravilla, ya que no puede explicarse su construcción por una mitológica fábula, dice en todos los tonos que el Puente de Segovia—es una cosa del diablo,—que por arriba va el agua—y el vino pasa por bajo.

Pero entre las curiosas tradiciones que se cuentan, voy á permitirle el gusto de copiar una, la más antigua, y cuyo fondo se repite en casi todas, aunque con las variantes de las épocas en que se inventaron. Parece ser que la hubo del gótico, el obispo de Orense, Seguíno, confesor del rey D. Fernando II el año 1191.

Hablando de los lugares poblados por el rey Hispan, parece que la historia gótica, en su capítulo VII, decía: «E junto á la penna é cova encantada, que deixou Hercoles chamada Gobia, pobon alí cibdade... Este Rey «habie unha filla mouto linda é fermosa, é habia nome «Iberia, é pedéronla por mulher os Reis de Grecia, «Egipto é Africa, é non querió casar con ningun fasta á «pedirles un don, que os pidió, que ó primeiro acabase «á sua parte é pont po ende os homes entrasen á vila, é «el que primeiro acabou foé Pirros príncipe de Grecia, «que acabou á pont é cano de agua, é foise á la infanta «é dixol toudo seir de ver, é foé contenta ela, é dixol «que casaria co él, é que deixase facer á suas partes á «os outros. E fet alí cabeza de regno.»

Hé aquí la fábula al gusto de las gentes godas, que tanta consideración tenían á la mujer, y hé aquí el origen de la cabeza de mancebo que sobre los más altos pilares coloca la ciudad en su escudo de armas.

La crítica moderna no puede conceder á esta fábula ningún crédito. De ella sólo puede deducirse que la ciudad de Segovia es antiquísima, como lo da á entender su situación y algunos vestigios de remotísima antigüedad, entre los que se cuentan el Hércules de Santo Domingo el Real y los ídolos celtas llamados vulgarmente *marranos de piedra*.

Pero viniendo al origen del puente, bien puede sentarse y á simple vista se conoce, que el acueducto es romano, por encontrarse en él todos los caracteres peculiares á la construcción romana, y su magnificencia advierte la que en aquel tiempo había ya logrado la antigua *Cueva de Hércules* á que surtía de aguas.

Mas tampoco es ménos cierto que en los historiadores latinos se encuentre indicación alguna sobre la época de su construcción, ni el personaje á que se dedicaba, como era costumbre en aquel entonces; lo que presta motivo para asegurar que la ciudad por sí y para sí hizo su puente, sin adular á ningún Mecenas, cuya protección hubiera extendido la fama, que para eso tenía siempre mil trompas dispuestas la antigua capital del Lacio.

Un vestigio queda, que acaso pueda disipar estas dudas. Sobre los tres más elevados arcos hay una cartela ó sotabanco que sirve de base á los dos nichos en que debieron colocarse dos estatuas. Esta cartela conserva aún hoy, los agujeros en que se fijó la inscripción que conmemoraba los nombres de los que le construyeron y la época en que se verificó. Las letras han desaparecido.

A principios de este siglo, el ilustrado canónigo don Andrés Gomez Somorrostro, los coroneles de artillería D. Joaquín de Góngora y D. Juan Lopez Pinto y mi querido abuelo D. Víctor Villanueva, quienes se afanaron en detenidos trabajos sobre el acueducto y antigüedades de Segovia, quisieron restaurar la inscripción, deduciendo, por los agujeros en que estuvieron fijas, las letras que la componían, con cuyo procedimiento se logró restaurar otra inscripción en Nîmes; pero fueron inútiles sus afanes.

Sin embargo, consiguieron sacar á fuerza de mil peli-gros una copia exactamente proporcional del número y colocación de los agujeritos, que con su escala hoy reproduce LA ILUSTRACION DE MADRID, para que otros más ilustrados ó tenaces contribuyan al esclarecimiento de la historia patria.

Las aguas que conduce el puente tienen su nacimiento en el pinar de Balsain, en la falda de la Fuenfria, y buscando artificiosamente su nivel con mil rodeos, marchan por cañera abierta como unos veinte kilómetros, hasta llegar al arca de sedimento llamada «Caseta de los Cañuelos». Aquí empieza el puente, que mide 17 piés castellanos de altura, é insensiblemente van creciendo sus pilares hasta medir 102 piés en la plaza del Azoguejo, que es la parte que representa la vista que acompaña, tomada desde el punto en que penetra en la muralla de la ciudad. La distancia ocupada por las arcadas es de

2.921 piés, entre los que se embeben 29 piés de inclinación que cuenta su cauce para dar celeridad á las aguas y evitar el que se hielen con su rapidísima corriente.

Los arcos dobles, segun se ve por el plano y dibujo que con sus escalas hizo el referido mi abuelo en 1818, el único exacto hasta aquella época, y cuyo original conservo, ascienden á 42, y el total de arcos hasta la muralla es de 119, que con los 42 dobles suman 161, sin contar los cuatro que aún tienen luz y otros mampos-teados desde la muralla hácia la plaza de Avendaño.

Las sinuosidades del terreno obligaron á que el acueducto trazara tres ángulos para variar de dirección y poder alcanzar el muro, entre los que el último, en donde empieza la atrevida doble arcada y termina la vista que ofrece la lámina que se acompaña, es de un mérito relevante, como se comprenderá al saber que es casi recto, que con la Peña de la muralla sostienen el largo espacio de la doble arcada y que varia la corriente de Poniente á Norte con una pasmosa facilidad y en cortísimo trecho.

Los pilares más altos están fundados sobre arena y tienen de cimiento 14 piés soterrados; de fondo 12 piés por 8 de frente, dando de luz al arco 16 piés.

Por más detenidamente que se examinen los arcos y pilares de este maravilloso acueducto, no se notará diferencia alguna entre ellos. Tal ha sido el arte de su construcción, que solamente se advierte haciendo una minuciosa medida que los arcos y pilares son de diferentes dimensiones. Los arcos varían entre 14 y 16 piés de luz, y los pilares entre 7 1/2 de fondo por 4 1/2 piés de frente, y 12 por 8 piés, es decir, casi una mitad.

La piedra empleada es el granito sin desvastar ni afinar, tanto que sobresalen bastante unas piedras de otras, sin que interrumpan la pureza de las líneas. «Esto, dice Bosarte, que en un principiante sería un crimen, debe mirarse como gala del arquitecto que hizo el puente.»

Los sillares son tan grandes que todos presentan algún frente al exterior, de modo que pueden contarse hasta las piedras de que se compone, y cuando al choque de un cañon de grueso calibre se movió un sillar de su sitio, todos vieron al colocarle que en el interior no contiene cal, mezcla ni hierro alguno que sirva de trabazon.

En su pesadumbre consiste su fortaleza, y la gravedad es su sencilla argamasa.

Tal es el sencillo al par que elegante monumento que lleva el agua á cada casa de esa ciudad caballeresca que facilmente podría improvisar fuentes y jardines por doquier, prestando así nuevos alicientes á los que en estío la visitan para admirar su catedral y su alcázar, sus castillos y tradiciones feudales.

No me cansaré de repetir el magnífico efecto que produciría en la plaza del Azoguejo un surtidor que se elevara á la altura que el acueducto mide en su mayor arcada frente al pilar de la Cruz. ¿Pensará en ello la municipalidad?...

Tengo derecho á esperarle de un pueblo que no ha perdonado gasto ni escatimado trabajo para la mejor conservación y mayor lucimiento del puente que ha elegido por escudo y que tiene en mucho poseer.

La historia así lo demuestra.

En tiempo de Enrique IV se arreglaron las cacerías.

En tiempo de Isabel la Católica se gastaron *doscientos, trescientos cuarenta y cuatro mil trescientos ochenta y un maravedises*, en componer los arcos que se destruyeron en esa titánica lucha de la reconquista.

A principios de este siglo también se gastaron gruesas sumas en aislarle, abriendo las dos anchas calles en toda su extensión.

Estos últimos años se ha gastado una buena cantidad en reponer lo restaurado en tiempo de Isabel la Católica, como si eso sólo fuera la obra de los hombres, en que el tiempo imprime su pesada huella.

Conservemos, pues, y embellezcamos esta maravilla, y así cumpliremos un deber de honra, é imitando su ejemplo, respetaremos la memoria de nuestros padres.

RICARDO VILLANUEVA.

TALLER DE FUNDICION.

Damos á la estampa en la página 53 del presente número una vista del taller de fundición de que son propietarios los Sres. Comas, hermanos, y el cual se halla establecido en Barcelona.

La fundición es de hierro y está organizada con arreglo á los últimos adelantos de esta importante industria, de modo que no puede temer la competencia con ninguna otra fábrica de su clase, ni aun con las de sus

proporciones que funcionan en el extranjero, y produce piezas de gran tamaño y de extraordinario peso, como columnas, tornapuntas y cartelones para la construcción, desde el pesado martinete ó el colosal volante hasta los más pequeños objetos destinados á la ornamentación.

Este vasto establecimiento, uno de los más acreditados entre los de la capital del antiguo Principado, ocupa una gran superficie de terreno, está edificado con sujeción á las reglas y exigencias de la industria que explota, cuenta además del taller de fundición con otro no ménos importante destinado á la construcción de máquinas, da ocupación á un número grande de obreros inteligentes y laboriosos, y produce muestras que patentizan el estado de nuestra industria, no tan decaída como algunos suponen, las cuales dejan entrever lo que sería ésta en nuestro país, tan rico en mineral de hierro, si el laboreo y explotación de las cuencas carboníferas respondiesen á sus apremiantes necesidades.

X.

MONUMENTO CELTA.

LA PIEDRA DEL DIABLO (CERCANÍAS DE OLOT).

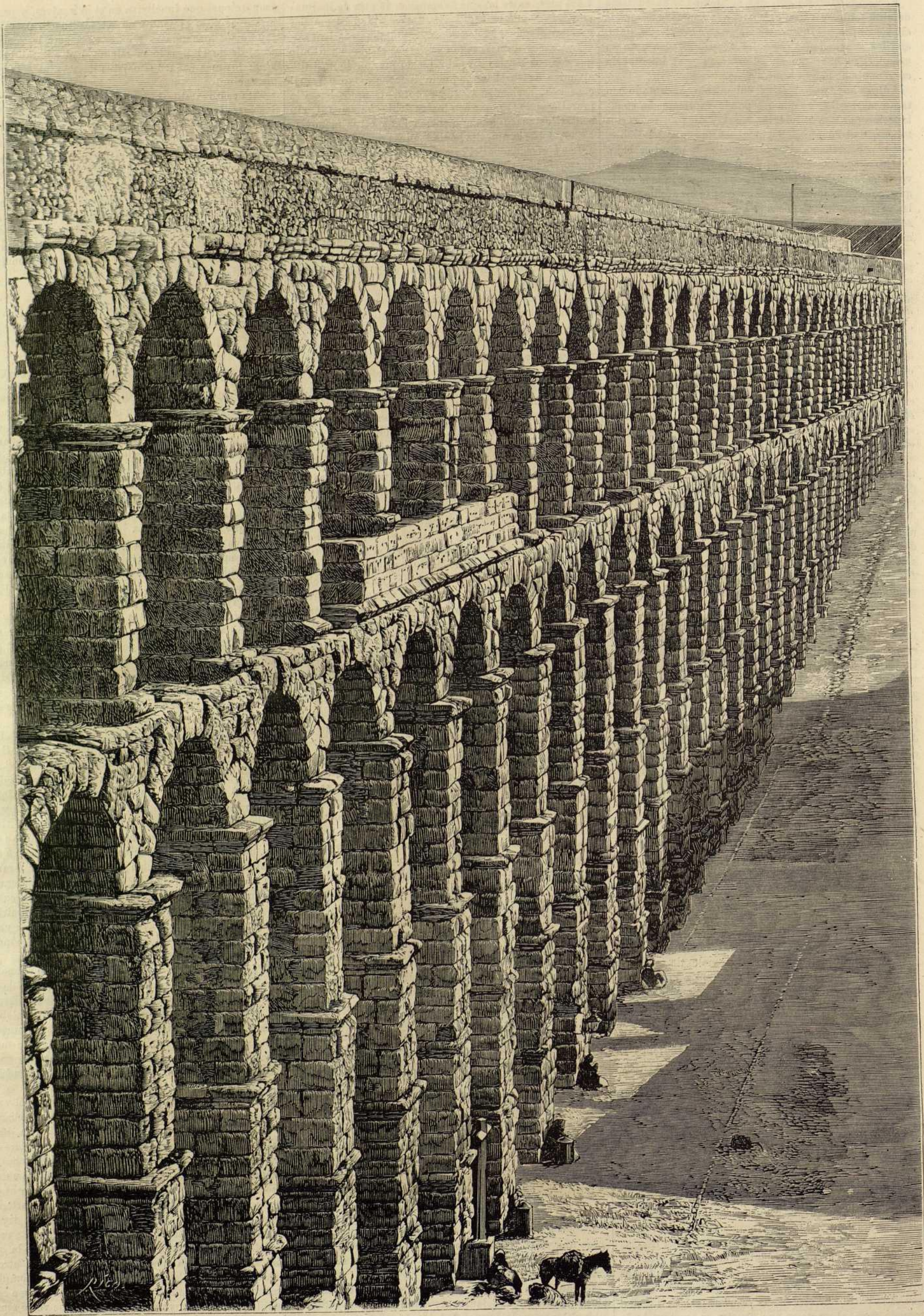
Publicamos hoy en la página 52 las copias de la llamada *Piedra del Diablo*, que no es otra cosa que un men-hir celta, de una punta de saeta de la edad de Bronce y de un hacha de la de Piedra dibujadas por nuestro amigo y colaborador artístico el hábil pintor Don Joaquín Váyreda, á cuya ilustración se debe en gran parte la fundación del *Centro Artístico de Olot*, cuya sociedad en los tres años que cuenta de existencia ha hecho importantísimos descubrimientos, y es la única de que tenemos noticia que, habiendo nacido de la iniciativa particular, viva y prospere sin el auxilio de protecciones oficiales, fomentando con incansable celo y protegiendo el arte por cuantos medios están á su alcance: su fin principal se cifra en la enseñanza del mismo en sus diversos ramos y aplicaciones.

Consagrados también los dignos individuos de esta distinguida corporación, de la que no sabemos haya hablado hasta ahora ningún periódico de Madrid, al estudio de los monumentos antiguos, no perdona sacrificio alguno para enriquecer con el fruto de sus investigaciones el museo que han formado, en el que se coleccionan y ponen á salvo cuantos objetos, no pocos de ellos preciosos, logran descubrir.

Hubo de llegar á conocimiento de la sociedad que existía á unas dos leguas de Olot, por la parte de Santa Pau, cierta piedra de forma y colocación especial, conocida por los naturales del país con el nombre de la *Piedra del Diablo*, é inmediatamente dispuso diputar una comisión para que averiguase los caracteres y naturaleza de la misma y pusiese en claro las distintas opiniones que se venían sustentando acerca de su origen, pues áun entre los socios del *Centro Artístico* esas opiniones aparecían en completa discordancia; y mientras unos suponían que la *Piedra del Diablo* era un monumento celta, otros, teniendo sólo en cuenta los datos que de simple palabra se habían adquirido, creían que podía ser un aerolito caído en tiempos ya lejanos, dando con su caída origen á la tradición popular que luego referiremos.

El día 4 del pasado mes de enero desempeñó la comisión su encargo, esmerándose los cinco miembros de que ésta se componía en el examen meditado de la cuestión que debían resolver y que resolvieron con el debido acierto; analizada minuciosamente la piedra, opinaron por unanimidad que la *Piedra del Diablo* es un men-hir celta, opinión que, en virtud de los dibujos y datos recogidos, ha confirmado después el docto anticuario é ilustrado arqueólogo D. Fidel Fita.

Este monumento está situado en el centro del valle de Santa Pau, á dos leguas de la villa de Olot, hácia el S. E. y contiguo al camino que ántes conducía desde esta población á Gerona. Mide desde la superficie del terreno, pues la parte que se halla enterrada debe ser mucha, 2,80 de altura y 0,80 de anchura, y tiene un espesor de 0,20 á 0,30. La forma afecta un rombo y se conoce que fué arreglada simétricamente por su parte inferior. Está colocado casi verticalmente con una ligera inclinación al O. y sus cuatro caras perfectamente relacionadas con los cuatro puntos cardinales; pero la que mira al Oriente es la más lisa y esmerada. Encuéntrase enclavado sobre un lecho de escorias volcánicas completamente distintas de la materia de que se compone esta notable piedra, de cuya calidad tampoco se ve ninguna otra en el país sino es á larga distancia del sitio en que ésta ocupa y en puntos ménos elevados.



ACUEDUCTO DE SEGOVIA.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.
SITIO DE ZARAGOZA.—CUADRO DE DON ALEJANDRO FERRANT, DIBUJO DEL MISMO.

En cuanto á su naturaleza, baste decir que es de basalto puro muy pesado, igual á las formaciones de la misma índole que existen en varios puntos de la provincia. En la superficie no se descubre signo alguno ni otra cosa que unos surcos de poca profundidad que corren á lo largo de su extension, quebrados y sin orden, pero paralelos unos de otros; esto parece indicar que aquella masa fué trasportada hasta el lugar en que descansa por medio de arrastre, toda vez que esos accidentes no se ven en otros fragmentos del mismo basalto.

Su parte superior está cubierta con tres clases de líquenes; el *parmetia parietina*, el *lecanora parella* y el *lichen sufuraceus*; los que extendiéndose en una capa muy considerable, singularmente en lo más alto, suponen en su formacion, dada la posición de la piedra, una larga serie de siglos.

No se ha averiguado, y conviene que para conseguirlo continúen los estudios y exploraciones comenzados, si este men-hir es funerario, conmemorativo ó religioso; nos inclinamos á creer que será conmemorativo de alguna batalla, ya por alzarse en un sitio sumamente extratéjico, sobre la confluencia de dos arroyos profundos, ya por la circunstancia no desatendible de haberse recogido en sus inmediaciones y en todo aquel valle, sílex con forma de hachas, y puntas de flechas de bronce.

Entre las innumerables tradiciones en que la fértil imaginacion del vulgo encuentra el origen misterioso de la *Piedra del Diablo*, corre más generalizada y áun creída la siguiente: Cuentan los sencillos campesinos que en las inmediaciones de Gerona, una jóven y bella pastora ofreció su alma al diablo si ántes de las doce de la noche la pasaba á la ribera opuesta del rio Ter, dejándola sana y salva de todo peligro en el sitio en que la esperaba su amante; aceptado el pacto por el ángel malo, construyó, sin perder momento, un puente que aún existe, empleando en la obra enormes piedras que tuvo necesidad de trasladar nada ménos que desde la cima de los Pirineos; pero al llegar con el último peñasco sonaron las doce, y produciendo un estruendo tan horrendo que parecia conmovirse toda la tierra, lo dejó caer en el punto en que hoy se halla.

Concluiremos estos brevísimos apuntes excitando el celo fecundo y patriótico de los sócios del *Centro Artístico de Olot*, y pidiéndoles continúen con el que hasta ahora han demostrado, las noble tareas que tan provechosas son en aquella comarca y áun en toda España. Sabemos que uno de los miembros de aquella corporacion describió unos sepulcros celtas, abiertos en la peña, en el valle de las Planas, y nos congratulamos con la esperanza de que no serán éstos los últimos descubrimientos que les deba la ciencia, y de que llegarán á reunir muchos é interesantes datos, que indudablemente servirán de base firmísima para conocer la primitiva historia de aquellas hermosísimas regiones.

X.

INUNDACIONES EN LA PROVINCIA DE PALENCIA.

Los copiosos aguaceros que sobrevinieron en esa rica comarca de Castilla la Vieja durante los días 4, 5 y 6 del actual, ocasionaron el desbordamiento de gran parte de los ríos y arroyos que, ganando sus naturales límites, inundaron gran parte de aquellos campos, llevando el terror y la consternacion consiguientes á los habitantes de los pueblos.

Durante el día 5, sobre todo, el rio Carrion engrosó considerablemente su caudal y lo mismo el Ucieza y sus arroyos afluyentes. Las aguas rodearon casi por completo el pequeño pueblo de Piña, cuyos vecinos alarmados pidieron socorro á Palencia y abrieron paso á las aguas al través de la vía férrea que se dirige de esta capital á Santander.

Desde mediados de la tarde se supo que en una de las casetas de los guardas de la vía se hallaba una familia rodeada por las aguas y en inminente riesgo de perecer. El torrente se habia desbordado por un lado de la vía, interceptando el paso de la caseta, cuyos infelices habitantes pedian socorro.

Vanos fueron los primeros esfuerzos de algunos que se atrevieron, en medio del temporal, á aproximarse y echarles una gruesa maroma de cuerda y áun á tender algunas tablas que el agua arrastró. Cuando el gobernador de la provincia tuvo noticia de este peligro, envió al señor oficial de Fomento D. Manuel Martinez Gurrea, acompañado del inspector de vigilancia y de algunos individuos de policia, para que marchando en una máquina especial procurasen salvarlos.

El Sr. Martinez Gurrea pidió una barca pequeña (úni-

ca acaso que existia en Palencia en poder del Sr. Romero Herrero), y la hizo colocar sobre un wagon para emplearla para la salvacion.

Brindóse á tripularla y dirigirla el celoso empleado D. Francisco de la Muela, portero del gobierno civil, y persona cuya bravura y decision son conocidas en la capital.

Llegados al sitio en que se hallaban aquellos infelices, despues de haber marchado con harto peligro y cuidado por la vía, á la que rodeaba casi en toda su extension un mar de agua, la máquina se detuvo y el intrépido Muela se lanzó sólo en la barca, desafiando á la impetuosa corriente, al diluvio de agua que caía y á la casi completa oscuridad que reinaba.

Agarrado al cable que desde la caseta llegaba á la vía, se dirigió animoso á salvar á los desgraciados que hacia algunas horas pedian socorro y esperaban de un momento á otro ser arrastrados con el débil edificio que les amparaba.

Eran los que estaban en tan grave situacion, el empleado de la caseta, su esposa con cuatro niños pequeños y embarazada, y un pariente de ellos; en suma, siete personas.

Cuando Muela llegó á la puerta, que ya inundaba la corriente, los infelices se negaron á entrar en la barca; tan imponente y terrible era el espectáculo que las aguas ofrecian! Su salvador, para demostrarles que con la barca no corrian peligro, fué y volvió dos veces hasta la vía, animándolos con sus palabras, y entónces los hombres se determinaron á embarcarse y decidieron á la mujer y á los niños á que hicieran lo mismo.

A la una de la noche, cuando las aguas crecian considerablemente y sufriendo un verdadero vendabal acompañado de una horrorosa lluvia, el valiente empleado llevó á la vía en su ligera barca á todos los que se hallaban en la caseta.

Tan heroico rasgo ha producido inmensa satisfaccion en el vecindario palentino, que durante algunas horas estuvo esperando con penosa ansiedad la terrible nueva de que el agua hubiera arrastrado á los infelices.

El Sr. Muela, modesto y antiguo empleado y padre de una numerosa familia, ha recibido los plácemes y felicitaciones de sus convecinos, y creemos que en el mismo dia el Sr. Gobernador debió poner en conocimiento del Gobierno un hecho tan notable, que justamente merece ser recompensado.

Tambien el Sr. Martinez Gurrea ha tenido la satisfaccion de recibir muchas enhorabuenas por su cooperacion y excelentes disposiciones en esa noche.

El rio Carrion se ha desbordado considerablemente en la ciudad de Palencia, inundando las huertas, pero no ha habido desgracias que lamentar.

B.

TEATROS.

CIRCO.—*Nobleza obliga*, drama en tres actos y en verso, por don Antonio Garcia Gutierrez.—*La mujer compuesta*, comedia en tres actos y en verso, por D. José Marco.—Otros sucesos teatrales.

Un acontecimiento literario de verdadera importancia ha logrado interrumpir la marcha uniforme y monótona del arte dramático español en la presente temporada.

Cuando las ocasiones que para aplaudirlos con justicia nos proporcionan nuestros escritores son en tan escaso número y tan de tarde en tarde aparecen, natural es que cuantos se ocupan en asuntos de esta índole celebren el merecido éxito del drama *Nobleza obliga*, y con alborozo sincero y cariñoso interés lo estudien y lo analicen.

Que *Nobleza obliga* es muy inferior á otras obras de Garcia Gutierrez, nos parece verdad indiscutible. Muchas obras de Calderon son inferiores á *La vida es sueño*; inferiores á *El desden con el desden* son casi todas las de Moreto; esto, sin embargo, y apesar de tal inferioridad, las citadas obras son como de Moreto y como de Calderon; así, *Nobleza obliga* es, con todos sus defectos, como del autor de *Juan Lorenzo* y de *El rey monje*.

Entiéndase, ante todo, que no colocamos entre esos defectos la falta de originalidad, que es para muchos en cuestiones literarias capital pecado, y que en nuestro juicio ni aun por venial debe tenerse. Un pensamiento no es obra de arte, ni una situacion constituye un drama.

Nadie ignora, si no es ya que por completo desconoce la naturaleza especial de las obras de arte, que para el poeta el asunto concreto, el pensamiento desnudo de una comedia ó de un drama, representa casi siempre insignificante trabajo. En el misterioso y aún no estu-

diado desenvolvimiento de la creacion artistica, la idea primordial aparece en la mayor parte de los casos espontáneamente y sin esfuerzo alguno. Una frase aislada, un suceso inadvertido para la generalidad, ora una ilusion, á las veces un sueño, fijanse tenazmente en el cerebro del artista; el espíritu dócil recibe sin explicaros aquellas impresiones, y con esto la concepcion está realizada.

Hasta aquí el artista nada ha puesto de su parte; hasta aquí puede y debe ser considerado como extraño á su obra; desde aquí comienza su tarea. Dar forma á ese pensamiento; hacer que la idea encarne, si así puede decirse, en un acontecimiento; comunicar al asunto vida real, existencia propia, esto constituye su verdadero trabajo.

Si la existencia de un pensamiento fuese lo esencial á las bellas artes, ¿quién acertaria á decirnos cómo un asunto mismo escogido por distintos escritores puede producir un trabajo excelente ó una obra insufrible?

Entreguemos—no ya una simple idea, no ya una situacion sola—un plan completo para cualquier trabajo artistico á varias personas; concedamos á cada una el tiempo que juzgue necesario para concluirle, y ántes de conocer el resultado, puede asegurarse sin vacilacion, sin temor alguno, que, pareciéndose todas las obras en el fondo, siendo idénticas en la disiribucion de sus elementos, se diferenciarán unas de otras en ese *quid divinum* que los artistas habrán comunicado á las suyas y que faltará en todas las demas.

¿Qué es, pues, ó qué significa esa pretendida originalidad en las obras literarias? ¿Era acaso nuevo en tiempo de Byron el pensamiento de *Don Juan*? ¿No se habia predicado ántes de Alarcon la doctrina que encierra *La verdad sospechosa*? ¿Puede sostenerse la originalidad del asunto de *La divina comedia*? ¿No hay en el plan de la *Vida es sueño* reminiscencias de algun escritor latino?

Dejemos, pues, al poeta coger sus asuntos dónde, cómo y cuándo á sus propósitos y á sus aspiraciones convenga; y cuando despues de hacerlo así, cuando despues de encerrar en su espíritu una idea propia ó agena, por obra y gracia de su elaboracion inexplicable, la devuelva al mundo embellecida y trasformada en *El alcalde de Zalamea*, en *Hamlet* ó en *Faust*, no procuremos investigar lo que sobre ser difícil siempre y á veces imposible, nada nuevo nos diria despues de averiguado.

Por esto hemos dicho que la circunstancia de ser ya sobradamente conocida una de las principales situaciones y sin disputa la más dramática de *Nobleza obliga*, no disminuye á nuestros ojos su valor, ántes creemos que lo aumenta, pues desnuda del efecto — poderoso siempre para el público — de la novedad, se presenta en más desfavorables condiciones.

Para los que buscan en el teatro enseñanza directa, lecciones morales expuestas en fastidiosas pláticas que los interlocutores se dirigen mutuamente, *Nobleza obliga* ha de ser por precision un drama incompleto, pues apesar de lo que su título mismo parece prometer, en efecto la obra carece de un verdadero pensamiento. En nuestra opinion, el fin único del poeta en este caso ha sido presentar un cuadro histórico de las costumbres españolas en el siglo xvii, siendo la accion que en la obra se desenvuelve, no el propósito principal, si sólo el medio práctico de llevar el cuadro á la escena.

Si otra cosa se ha propuesto el autor; si á exponer un pensamiento capital aspiraba, declaramos con franqueza que para nosotros no lo ha conseguido.

Creyendo, pues, firmemente, como creemos, que *Nobleza obliga* es — nada más, nada ménos — un cuadro de costumbres de la citada época, y aceptando este punto de vista, único que á nuestro parecer le conviene, entendemos que es un cuadro bellissimo, bien que en él, como en casi todos los retratos, aparezca demasiado favorecido el original. Felicísimas pinceladas, rasgos magistrales y hasta sabor de época hay en *Nobleza obliga*, que, prescindiendo ahora de otras galas simplemente formales, bastarian para dar importancia no escasa y gran precio á su aparicion.

No son, sin embargo, todas las figuras que en el cuadro aparecen dechado de perfeccion artistica; y si es cierto que en situaciones determinadas de la obra se ofrecen á nuestros ojos vigorosamente dibujadas y definidas con claridad, casi todas — ya que no todas ellas — cambian en ciertos casos más de lo que á la verosimilitud convendria; y ¡cosa extraña! la que puede llamarse figura principal, la que sin duda se ha delineado con más cariño, es la que, en efecto, ha resultado más incorrecta; doña María del Barco, anciana virtuosa, — segun pública voz y fama, y segun tambien lo que de sus prácticas religiosas y de sus proceder es nobles se

desprende—es un conjunto anómalo de buenos instintos y de pasiones malas, de humildad cristiana y de satánico orgullo, cariñosa en un caso, altanera en otro; vengativa á veces, generosa en ocasiones; ni sabe quejarse sin ofender, ni perdona sin ser engañada.

En la desconsolada madre, cuyo hijo único acaba de morir, todo es admisible; ninguna pasión puede sobreponerse al amor maternal. Si las leyes de la hospitalidad inquebrantables para un noble, la obligan á ocultar al matador de su hijo, cumplido este deber, y cuando ya el techo hospitalario no cobija al que huye, la madre, gritando desde el balcón: «¡al asesino! toda mi hacienda será del que se apodere de él

Sobre todo si lo mata,»

es un carácter real. Hay verdad en esta situación, y si los partidarios de un idealismo exagerado recuerdan otras escenas parecidas en las cuales una madre se ha mostrado digna competidora y émula de Guzman el Bueno y de Bruto, nadie que vislumbre siquiera lo que es el corazón de una madre podrá desconocer que la tratada por García Gutierrez en esta situación del drama es la que más se aproxima á la verdad.

Pero si hallamos justificado, más todavía, bellísimo, este rasgo en que el poeta pinta magistralmente el arrebato ciego de la madre herida en lo más sensible de su alma, creemos que la persistencia en su deseo de estéril venganza ni es natural ni está en lo verosímil.

Los dolores muy agudos, las penas intensísimas, nunca son duraderas; ó matan; ó el tiempo mitiga y atenúa ineludiblemente sus efectos. A la ceguedad de la ira, al movimiento irreflexivo de la impresión primera, suceden necesaria, precisamente, la calma y la serenidad; y entonces, si es natural, si es justo que la madre, sola y desconsolada, permanezca sumida en triste y melancólico llanto, lo es también que trate con dulzura y no con dureza á sus parientes y allegados. El pesar nos hace egoístas, es cierto; pero cuando llega á colocar nuestro ánimo en el estado de *resignación humilde* en que el poeta presenta á doña María del Arco, cuando se llega hasta el extremo de aceptar la desgracia como providencial castigo, entonces el hombre más obstinado se siente inclinado á perdonar, la mujer perdona.

Si hay en el cuadro cierta viuda un si es no es varonil y algo desenvuelta para el fingido recato que por entonces se estilaba, y aún para la honra que *le sobra*—según sus palabras mismas;—si hay un D. Luis excesivamente celoso y más atrevido de lo que las conveniencias de su posición exigen; si no aparece del todo explicada la presencia de un delicioso criado, tal vez demasiado hablador; ni hemos de dilucidarlo ahora, ni en todo caso serían éstos otra cosa que insignificantes lunares, compensados con exceso por bellezas innumerables.

El desenvolvimiento del plan no justifica ciertamente el título de la obra; título que, cuando más, puede convenir á dos ó tres escenas del acto segundo. La verdad es que *la nobleza*—la natural como la heredada—influye muy poco en la conducta de doña María del Arco, *obligándola* únicamente á no delatar al hombre á quien ha ofrecido hospitalidad; por esto, en concepto de muchas personas, el drama termina en el acto segundo.

En el tercero, doña María se niega obstinadamente, con una tenacidad cruel é injustificada, en no perdonar, y sólo perdona cuando el criado á que ya hemos aludido inventa una *mentira piadosa*, en la cual creen con idéntica fé todos los personajes del drama. Que la desconsolada madre, cuyas facultades intelectuales es dable suponer algo alteradas, se deje embaucar y acepte como cierta la fábula inventada á última hora por el criado, cabe en la verosimilitud; pero que la narración—autorizada solamente por la palabra del criado—sea creída de la misma manera por todos los demás actores, parece muy violento. Violento, y mucho, es asimismo todo lo demás que en el tercer acto acontece. Dígase cuanto se quiera sobre la *fuerza de la sangre*, un cariño de muchos años no puede tornarse animadversión y aborrecimiento en pocos minutos; el hermano de doña María, por consiguiente, pretendiendo matar al que consideró siempre como hijo, no puede aceptarse, aunque para aceptarlo nos traslademos á la época en que la acción se verifica: más verosímil en esto el carácter de doña María, no cambia bruscamente en amor el odio que antes abrigaba.

La elevación de los pensamientos, la belleza de la forma, hacen, no obstante, estimable este acto tercero, que sin estas condiciones no habría conseguido salvarse, apesar de las prodigiosas muestras de habilidad y de ingenio que en su preparación ha dado el eminente poeta D. Antonio García Gutierrez.

No de tanta importancia literaria, pero sin duda de más positivos resultados para la empresa y para el autor, ha sido—y continúa siendo—la comedia en tres actos y en verso *La mujer compuesta*. Pertenece el nuevo trabajo del Sr. Marco á ese género inofensivo y honesto que podría llamarse sin gran impropiedad *Teatro de las familias*. La colegiala inocente, el imberbe mancebo, la esposa honesta, la recatada viuda, cuantos tienen todavía pudor en nuestra sociedad pervertida, pueden asistir sin desconfianza á la representación de *La mujer compuesta*: nada hallarán en sus tres actos que pueda alarmar la susceptibilidad nerviosa de una esposa de Jesucristo.

Dícese que cuando recorría los teatros de Alemania el drama de Schiller titulado *Los bandidos*, dieron los jóvenes de aquel país en la manía de hacerse ladrones. Preseindiendo de este dato histórico, cuya exactitud es problemática, lo que nuestros padres han conocido y aún hemos nosotros vislumbrado, son los efectos perniciosos del romanticismo: está, pues, fuera de duda que los poetas atrevidos son perjudiciales á la sociedad; de aquí la precisión de inventar otra poesía *discreta*, de aquí la absoluta necesidad de crear *poetas de las familias*, que ni por descuido incurran en delito de originalidad, y á quienes jamás ocurra la idea de dar á sus cuadros un colorido que pueda ofender nuestra vista delicada, ni ofrecer alimento demasiado fuerte para nuestros estómagos enfermizos.

En este género *La mujer compuesta* es un verdadero modelo. Sosegada y tranquilamente dicen varias personas cosas muy juiciosas y muy sensatas en el primer acto: continúan diciéndolas en el segundo; prosiguen diciéndolas en el tercero: insisten en repetir las en el... no, en el cuarto no las repiten, porque la comedia concluye con el tercero; pero podrían sin dificultad volver á repetir las indefinidamente sin que la obra estuviera mejor ó peor acabada.

La enseñanza que de la comedia resulta no está bien definida, y es lástima en verdad, porque cuando la intención del poeta es dar consejos, desconsuela no poder recibirlos.

¿Qué debo hacer? se pregunta quizás una joven esposa, ¿qué debo hacer para no disgustar á mi marido? Y el poeta responde presentando en escena dos esposas con *sendos* esposos.

Margarita no cuida de componerse y hasta al marido; Julia se compone, y... también le hasta. ¡Horrible perspectiva!

Cierto es que el poeta mismo, disfrazado de cuñada de Margarita, pronuncia diferentes discursos en que se celebran las excelencias de un justo medio; pero ya es sabido que los sermones producen muy poco efecto en el teatro.

En la acción ha de hallarse el consejo, de la acción ha de brotar la enseñanza, y en la acción de *La mujer compuesta* hay dos mujeres que fastidian á sus maridos respectivos, la una por componerse y por no componerse la otra.

Hay más: cuando Julia no se componía, Juan, su esposo, era dado á obsequiar á las *surripantas*, y hasta compró—en día aciago—un par de botitas á una de ellas; pero abandonó tan feo vicio viendo que su mujer principiaba á gastar lujo. Viceversa, mientras Margarita se presenta sin aliño y sin galas, contentase Enrique, su esposo, con aburrirse; pero luego que Margarita se arregla, éntrale á Enrique la manía de buscar aventuras en los Bufos. ¡Y aún habrá quien sostenga que las mismas causas producen los mismos efectos! ¿Pero y después de todo, continuará preguntando la joven esposa, conviene ó no conviene que yo me componga?

En esto nosotros sólo podemos decirle que no están conformes los autores ni parece estarlo consigo mismo el autor de *La mujer compuesta*.

Que Enrique es un grosero, excesivamente grosero, no puede negarse; que en el mundo hay hombres groseros, es exacto; lo que no es exacto y por consiguiente sí puede negarse, es que una persona culta y medianamente educada diga á su mujer delante de personas extrañas que se aburre en el hogar doméstico y que le hasta la dicha conyugal; lo que puede negarse también es que ese hombre medianamente educado diga á sus huéspedes que los ha reunido en su casa para que le diviertan, y lo que puede negarse todavía con más razón es la existencia de un *curioso impertinente* de nueva índole que pretenda, no ya probar en la piedra de toque de la seducción la virtud de su esposa, sino hacerla pecar cuando menos con el pensamiento: ¡famoso marido! Tal es Juan.

Por fortuna, Juan como Margarita, Julia como Enrique, son personas de buen componer, y todo se arregla cuando parecía más desarreglado.

La versificación algo descuidada; no muy poética, ni excesivamente culta la locución; pobres los recursos escénicos—reducidos en su mayor parte á escuchar detrás de las cortinas—y verdadera gracia en algunos chistes, hacen que la parte formal de la comedia sea, como su fondo, un trabajo discreto, digno de estimación, ya que no de aplauso, y... nada más.

No hemos de dar punto á nuestras observaciones sin recordar que entre los dos acontecimientos literarios de que hemos dado noticia, se verificó en el teatro Martín la representación de *El matrimonio y la ley*, drama en tres actos y en prosa, original de D. Mariano Ballesteros.

Si nosotros dijésemos que el drama nos había parecido muy bueno, faltaríamos á la verdad, y sobre no ser esta nuestra costumbre, queremos demasiado al autor para no hablarle con entera franqueza. *El matrimonio y la ley* es la obra de un poeta, el que ha concebido aquellos caracteres y los ha dado vida, el que ha sentido aquellas situaciones y las ha hecho sentir, tiene estro poético y tiene inspiración; esto es justamente lo que no se adquiere. La práctica, el conocimiento del teatro, la oportunidad en el empleo de los recursos y el tacto en la elección del asunto, fácilmente se alcanzan con la experiencia.

El asunto no es dramático; el primer acto resulta monótono, el tercero violento; pero el segundo tiene bellezas de primer orden, que revelan en el autor buen gusto y trato frecuente con nuestros clásicos.

Ménos disertaciones y más acción; más movimiento y ménos perfiles, y sobre todo elección de un asunto dramático, proporcionarán, lo esperamos así, al señor Ballesteros triunfos legítimos y merecidos aplausos.

A. SANCHEZ PEREZ.

CORONA SEPULCRAL DE CASTAÑÓN.

Nuestro corresponsal de la Habana nos remite la copia de la magnífica corona dedicada á la memoria del infortunado é ilustre patriota D. Gonzalo Castañón, asesinado en Cayo-Hueso por cinco refugiados cubanos en el mes de febrero de 1870.

En el número de LA ILUSTRACION correspondiente al día 12 de marzo de dicho año publicamos el retrato de Castañón, pagando así el merecido tributo de estimación y respeto á las virtudes del que fué modelo de patriotismo y víctima de su confiada caballerosidad y ejemplar abnegación; hoy, uniendo nuestros sentimientos á los de los nobles hijos de Cuba, nuestros hermanos, que acaban de consagrarle esta ofrenda, demostramos una vez más que si hay algo imprecadero es el recuerdo de los mártires de la patria, el recuerdo de los que sacrifican su vida á la más santa de las causas, á la defensa de la honra y de la integridad de España.

X.

ESCURSIONES CASTELLANAS.

(APUNTES ARQUEOLÓGICOS.)

(Conclusion).

En una de las capillas de su pared lateral izquierda y al lado de otro enterramiento vulgar de tosca figura, estuvo el famoso romano siglos enteros; el actual párroco lo trasladó á una capilla situada en el lienzo opuesto, de donde lo examiné y dibujé, mientras un concurso grande de aldeanos rezaba el rosario con monótono son. La contemplación de tan singular resto me dejó maravillado y desde luego me convencí al verlo de que, ni el asunto que supuso Morales que representa su hermoso relieve, ni el que posteriormente dijo que era algun académico que visitó el templo, estaban muy conformes con lo que aquellas múltiples figuras quieren representar. Es el sepulcro una caja rectangular de mármol, sin cubierta alguna, que tiene en las caras frontal y laterales hasta unas veinte figuras admirablemente esculpidas, aunque de trazado un poco rudo, y en muy buen estado de conservación. Desde luego las opiniones de las personas que he indicado, ni la primera que dice ser el combate de los Horacios y Curiaeos, ni la segunda que se inclina á creer que fuera la última noche de Troya, podían satisfacerme. Consultélo á mi vuelta á Palencia con un estudioso sacerdote, la persona más ilustrada que en estudios romanos tiene la población, y á vuelta de algunos cortos debates sobre ciertos detalles, convinimos en que el relieve del famoso sepulcro representa la tragedia de Orestes.

En el frente lateral de la derecha hay un soldado griego que conduce prisioneros á dos troyanos, simbolización gráfica de la guerra de Troya, en que Agamemnon tomó tanta parte. Su hijo, el valeroso Orestes, indignado por la conducta de Clitemnestra, su madre, que vivía en criminal consorcio con Egistos, y atemorizado por el proyecto que ambos tenían de matarle, se ha expatriado con su esposa, y ambos aparecen en el primer grupo de la cara frontal, á la derecha, lamentándose, y se indica que están en el destierro por el dios Término que separa esta escena de la siguiente. En esta se vé fielmente representada la catástrofe: Orestes, acompañado de Pilades, mata á Clitemnestra y á Egistos,

Nada más he sabido ni he visto de estudios romanos; sin embargo, tal vez ántes que termine el año habré hecho algunas investigaciones entre las antiguas Lacobriga (Carrion) y Dessobriga (Osorno), en Poblacion y Frómista, donde se han encontrado, labrando las tierras, algunos vestigios notables; y por donde pasó la famosa vía de Astorga á Burdeos.

De la época visigoda nada he podido encontrar sino el preciosísimo resto *bizantino* de la ermita de San Juan de Baños.

Baños es un pueblecito situado á dos leguas S. de Palencia, que da nombre á la estación del ferro-carril del Norte, en la que bifurca la línea que más adelante

con la cruz griega en la clave, algunos arranques exteriores y una imposta sencilla que adorna las paredes, y algunos sillares exteriores.

Con tan curiosa joya del arte se ha salvado al través de los tiempos otra de no ménos valor.

Es la estatuita bizantina de San Juan Bautista, tallada en alabastro y como de unos setenta centímetros de altura; raro y precioso ejemplar, que conservando aún muchos detalles, el colorido y el dorado, se presta á un detenido estudio iconográfico, la cual, cuando la ermita se rehabilitó para el culto, fué colocada en el centro de un altar churrigueresco que trajeron de algun templo cercano. Encima de él, en el centro de un arco de herra-



INUNDACIONES EN LA PROVINCIA DE PALENCIA.

que yacen á sus piés, viéndose aún á este último pendiente del lecho usurpado; las furias perfectamente caracterizadas y medio veladas se ven también allí atormentando á Orestes.

En el grupo inmediato Eleutra, su hermana, y varios individuos de la familia, lloran y se muestran horrorizados por el crimen.

La escena representada en el lienzo lateral de la izquierda es Orestes reconciliándose con su hermana en el templo de Diana Táurica.

Tal opinion ha sido posteriormente admitida, á lo ménos en el fondo, por el ilustrado académico que recientemente ha escrito una monografía sobre esta joya artística, y la cual aún no he tenido ocasion de leer. Cuando visité la aldea, sus vecinos estaban acojados por la noticia de que muy pronto su incomparable sepulcro sería llevado á Madrid.

Allí dejé en aquella pobre iglesia, una bellísima Virgen del período ojival primitivo; sentada, con su niño sobre las rodillas, con las armas de abad en su peana, y que habiendo sido por algunos siglos Virgen titular, fué relegada á un rincón, por su antigüedad, y sustituida en el altar más privilegiado por una Virgen litografiada con vivos colores de la casa de V. Turghis de París.

se vuelve á dividir en los ramales de Santander, Leon y Galicia.

Y da nombre al pueblo, á la venta y á la estación una fuente natural de saludables aguas medicinales, situada en un repecho ó pequeña ondulación del terreno al Oeste del vecindario, en cuyo olvidado manantial parece que halló salud y alivio de sus achaques el rey godo Recesvinto. Agradeció á Dios la cura, y en memoria de su agradecimiento alzó aquel rey, casi sobre la fuente, un pequeño santuario dedicado á San Juan Bautista.

Al hablar del monumento bizantino no crea el lector que ha de encontrarse con una obra rival de Santa Sofía de Bizancio, de San Vidal de Rávena, ó de San Márcos de Venecia.

San Juan de Baños, aunque más moderna que las dos primeras, lleva más de tres siglos á la última, y si en su trazado no hubo artistas como Antemius de Trales ó Isidoro de Mileto, aún pueden verse en los magníficos capiteles de sus columnas de mármol los puros y dulces perfiles que caracterizan también á aquellas suntuosas é inmortales construcciones.

Es una ermita pequeña, horrorosamente restaurada (1) hace pocos años, que aún conserva de lo que fué la forma general, las tres naves, las columnas, los arcos, el característico arco de entrada en forma de herradura

dura y entre cuatro sostenes en forma de concha, hay una lápida con esta inscripción notable:

PRECURSOR. DOMINI. MARTIR. BAPTISTA. JOANNES.
POSIDE. CONSTRUCTAM. ETERNO. MVNERE. SEDEM.
QVAM. TIBI. DEVOTVS. REX. RECESVINTVS. AMATOR.
NOMINIS. IPSE. TVI. PROPIO. JURE. DICAVIT.
TERCIO. POST. DECIMVM. COMES. INCLITVS. ANNO.
SEXAGIES. DECEM. ERA. NONAGESIMA. NONA.

(661.)

La fuente ó manantial que dió origen á la construcción, debió tener en lo antiguo alguna respetable obra de fábrica que la adornara y protegiera y de la cual hoy, completamente incrustados en el terreno, se conservan dos arcos y toda la capacidad interior donde se contiene el abundante caudal.

Poco tiempo despues de estas excursiones cercanas, con objeto de visitar el campo de batalla de Támara, donde segun todas las conjeturas probables y á juzgar por los datos que la historia suministra, debió darse la batalla (1038) en que Bermudo III de Leon perdió á un tiempo con la vida la corona, tuve ocasion de contemplar un hermoso templo románico de la época más pura.

Volvia por la tarde de aquellos inmensos llanos que cruza el Uzieza, y me detuve en la villa de Frómista á

esperar el tren. Mientras venia recorri los templos de la poblacion, habiendo tenido el placer de ver, en Santa María, un altar ojival admirable, con muy buenos lienzos; en San Pedro, un San José, de Cerezo, y una notable copia de un Cristo, de Alonso Cano; y en San Martin toda una construccion románica, que diz que hizo elevar la reina doña Urraca (1115). El observador puede estar agradablemente entretenido sin penetrar en el templo, contemplando el desarrollo completo de sus tres ábsides y de los cuerpos superiores que sobre el central se elevan.

Aquellas fenestras de múltiples jambas y archivoltas redondas; aquella imposta ajedrezada que recorre todos los cuerpos; aquellos capiteles que coronan las cortas columnitas, llenos de raras y estrambóticas figuras; aquellos canecillos que circuyen la parte superior de los ábsides y de los cuerpos altos, en los que los artistas esculpieron lo más monstruoso, lo más raro, lo más obscuro que se ocurría á su supersticiosa imaginacion; todo aquello es una bella página del arte, que encanta al aficionado y que le trae á la memoria el significado de las especulaciones cristianas de aquellas apartadas centurias, en que casi espontáneamente brotaron del seno de todos los pueblos castellanos admirables templos, refugio y guarida de los espíritus atribulados que creyeron llegado el fin de los siglos.

En el interior la construccion es idéntica á todas las de la época. Una nave central alta y estrecha, formada por arcos circulares que arrancan desde caprichosos capiteles, por encima de los cuales corre la imposta característica, y dos naves laterales más bajas que terminan en los ábsides pequeños. Delante del mayor, la indicacion del crucero, con su domo elevado, que rasga el espacio y cuyas estrechas lucernas se abren entre las bóvedas cruzadas que arrancan desde los cuatro ángulos, adornados con los símbolos de los cuatro Evangelistas. El arco de triunfo con una inscripcion bíblica trazada en raros caracteres sobre las dovelas; y en el conjunto general, el arte cristiano tendiendo á elevar sus naves por el espacio, indicando ya la ojiva, decorando sus columnas, sus frisos y sus arcos con cien creaciones distintas, que en nada se parecen á las del arte clásico pagano de las primeras épocas, ni á las creaciones del gusto bizantino.

Hubo en esta villa una de las antiguas *aljamas* de Castilla, y como recuerdo de los infelices judíos, aún se conserva en esta iglesia un *milagro*; aún se enseña en una plaza el balcon de Pilatos y aún se llama *Cedron* el arroyo que cruza la poblacion.

Sobre un repecho del Támara y al lado de su hermosa iglesia ojival de que luégo hablaré, hallé tambien un resto románico de remota época, de los primeros alzados tal vez, y que hoy está convertido en almacén de depósito. Es sencillísimo el adorno circular que forma la imposta de su pequeña nave, y en un rudo capitel de característico trazado distinguí entre varias figuras una tendida como muerta. ¿Es aquel resto contemporáneo ó inmediato á la batalla?

La villa de Carrion de los Condes conserva vestigios de dos iglesias románicas. Una, Santa María, completamente remendada en el interior, tiene una bellísima portada; pero no es de carácter tan admirable como la preciosa puerta y el friso ó imafrentis que ostenta la de Santiago. Fné este templo presa de las llamas en la guerra de la Independencia, pero felizmente se conservó lo que hemos indicado.

El arco de la puerta es circular, sostenido por dos esbeltas columnas cuyos fustes están admirablemente labrados y en cuyos capiteles se ve la característica escena de los leones devorando á los niños. El dovelaje del arco está formado por una serie de estatuas de delicado y correcto trabajo, que figuran todos los oficios y artes populares. Sobre la puerta se eleva un gran friso que ocupa toda la fachada y en cuyo centro se ve al Padre Eterno sentado y rodeado de los símbolos de los cuatro Evangelistas. Lateralmente por ambas partes se ve una serie de variadas ornacinas con doseletes, en las cuales están casi todas las figuras del apostolado limbadas.

El grupo central es precioso en detalles.

Como ejemplo de una construccion románica de transicion he visto en Villamuriel, á una legua S. O. de Palencia, un templo de curiosísimas formas. Fué en lo antiguo fortaleza y templo y aún conserva de ambas cosas algunos vestigios.

Tiene tambien tres ábsides y ostenta en el arco de entrada un gracioso juego de hojas de vid y racimos que corre todo á lo largo de sus dovelas acanaladas. En el interior la forma de las bóvedas y los arcos de sus naves son ojivales, pero aún conserva el domo poligonal con sus símbolos característicos.

Del período ojival, de ese arte que llena tres siglos con sus incomparables creaciones, de esa admirable escuela que ha elevado su genio hasta las nubes entre las primorosas labores de sus afiligranadas agujas, tambien hay en estos pueblos castellanos buenos recuerdos.



DON SATURNINO ALVAREZ BEGALLAL.

En Palencia misma, San Miguel con su portada, con sus ábsides, con sus múltiples columnas empotradas y con su atrevida torre monumental, marca los primeros pasos del gusto ojival; el bonito templo de Santa Clara y la pobre nave de San Pablo, marcan la segunda época; y su espléndida catedral con sus dobles maravillas esculpidas en el trascoro, con sus grandiosas puertas ojivales rellenas de adornos platerescos, con sus ventanas anchas y cortas en las que la ojiva va á desaparecer, marca el último paso de ese arte, las postrimerías del período florido.

No es de un apunte ligero como éste el indicar detalladamente lo que en estos templos puede verse.

En Támara existe otro notable templo ojival; fué elevado á principios del siglo XIV bajo la advocacion de San Hipólito, y si es curioso por lo anchuroso y esbelto de sus naves y por la severidad y grandeza general de la construccion, no lo es ménos por la variedad de los ricos detalles que encierra. Su púlpito es de piedra tallada en afiligranada labor y digno de una catedral. Los aldeanos lo han pintorroteado todo; y muy de veras rogué al párroco en la visita que lo mandara raspar, si queria que luciera cual merece. La pila bautismal es grandiosa; compónese de un inmenso vaso de dos metros de diámetro y de una sola pieza, en cuya superficie esterna hay esculpidas en muy buenos relieves varias escenas de la vida de Jesús, entre ricas labores ojivales. Hay además dos pilas lustrales más antiguas que el templo y llenas de notables labores por la época que revelan.

En las paredes del coro hay una bellísima decoracion en donde se ve el apostolado, bajo notables doseletes y entre una ornamentacion delicada y florida. Toda está enlucida de cal.

La fachada del templo era muy buena tambien, pero se hundió con parte de la fábrica en el siglo XVII y en su lugar elevaron una torre, notable por su altura, que está adornada en la parte central con el escudo real de los Reyes Católicos y con la imagen de San Hipólito. En todo el templo se ostentan las armas de Castilla y Leon. ¿Fué en memoria de la batalla de Támara, que unió ambos reinos?

Á dos leguas de la histórica villa de Saldaña hay un vestigio raro que me apresuré á visitar en cuanto supe que existia. Está entre los hermosos campos que riega el Carrion, y se llama Santa María de la Vega.

Fué en lo antiguo un convento construido en el siglo XIII, hecho todo de ladrillo y con visibles muestras ó resabios de la influencia románica. En el siglo XVII le agregaron un claustro, y hoy del templo y del claustro sólo quedan en pié el ábside, que es establo de ganado, ruinas de la nave, que es estercolero, y una casa de labor arrimada á lo que fué lienzo oriental del claustro.

Frente á la casa de labor y arrimado al brocal de un pozo hay un bebedero de piedra. Si se observa el bebedero se ve, en una de sus caras, un señor muerto rodeado de su esposa, de sus hijos, deudos, criados y plañideras que lloran, y en este cuadro hay tambien el caballo del señor, llevado del diestro y con el escudo vuelto hácia abajo en señal de duelo. En el lado opuesto se ve al difunto tendido en su lecho rodeado de un obispo, varios abades, muchos monjes con cruces, cirios, hisopos y libros, todo ello entre arcadas ojivales almenadas, y en el lado estrecho que une á los dos primeros, por la parte en que no está arrimado al brocal, hay un caballero cristiano peleando con un moro, ambos á caballo.

El bebedero en cuestion es una caja sepulcral de notables labores, correspondiente á principios del siglo XIII, y en la que, segun la tradicion apunta, estuvo enterrado algun conde de Saldaña. Cuando yo llegué bebían en él algunos caballos y mulas:

*¿Donde antes reposó tanta grandeza
Hoy meten los borricos la cabeza!*

La cubierta sepulcral yace enterrada entre la basura, á la derecha del ábside en el templo.

No era uno sólo el sepulcro que en él hubo. En una tejavana inmediata, sosteniendo los adoves de la pared, hay hasta tres cubiertas sepulcrales de gran tamaño, cada una con su estatua yacente y en buen estado de conservacion.

Para ver buenos sepulcros de la misma índole artística, si bien de algunos años más adelante (segunda mitad del siglo XIII) me trasladé otro dia á Villarcázar de Sirga, en el camino de Frómista á Carrion.

Hay en esta villa una hermosa iglesia ojival del segundo período, que ostenta tres grandes naves, una portada llena de figuras algo rudas, una capilla lateral con un altar del renacimiento y con un enterramiento de un abad ó obispo, y varias tablas de la época de la construccion en su altar mayor y en otro del lado del Evangelio. Debajo de dos arcos que sostienen el coro se ven las dos magnificas cajas sepulcrales del infante D. Felipe, tercer hijo de San Fernando, y de su esposa doña Inés de Castro.

Estas dos suntuosas construccion, dignas de figurar en los mejores museos, están perfectamente conservadas. El asunto que representan sus preciosos relieves es, segun la costumbre de aquellas épocas, el duelo y el entierro de los personajes yacentes, y son casi idénticos en la composicion á los que he indicado que se ven en los sepulcros anteriores. Las estatuas de ambos esposos son todo lo buenas que podían ser en los tiempos en que se labraron y están régicamente decoradas en su atavío. Viste el infante de armamento guerrero y sobrevesta de gala, con birrete en la cabeza, la espada en la mano, y tiene la pierna derecha cruzada sobre la izquierda y apoyados los piés en los leales canes que reposan en la orilla. En la cara del testero hay una inscripcion que recuerda el objeto de la obra. La infanta está representada vestida de toda gala, con riquísimo tocado, y son muy delicados todos los trabajos de su ornamento. Consérvanse las momias en muy buen estado, y de los antiguos atavíos con que fueron enterrados,

se llevaron allá hacia 1828 la espada, y en estos últimos años se han llevado el birrete y algunos trozos de los mantos, que hoy pueden verse en el Museo arqueológico.

Admirables obras son ambos sepulcros, porque revelan con todos sus detalles el carácter del arte en el siglo XIV.

Si el lector va alguna vez á Villarcázar de Sirga, no se contente sólo con ver los sepulcros; al lado del de la infanta, entre lo más oscuro de la nave y entre un montón de piedras y maderos, hay una Virgen de piedra de tamaño algo mayor que el natural, sentada, con su niño sobre las rodillas, contemporánea de la primitiva fundación del templo y muy digna de ser estudiada. Es otro hermoso resto de esa época, que estaría muy bien en el Museo provincial palentino, cuando se funde.

Para contemplar una de las mejores producciones del arte del renacimiento que hay en España, es preciso volver á Carrion. Llevado allí con una comisión científica, pude á mi placer recorrer y detenerme en los solitarios claustros y dependencias del convento de San Zoil, antiguo monasterio benedictino, convertido en colegio por los jesuitas en estos últimos años antes de la revolución, que los expulsó de aquel sagrado recinto.

La primitiva construcción fué románica, de la cual aún puede verse alguna señal; el claustro es del renacimiento primitivo; la fachada de la iglesia es de la época de Herrera, y las obras del colegio con su gran patio son recientes.

El antiguo convento y el colegio están hoy olvidados, silenciosos, sin objeto y sin esperanzas en medio de un bosque de hermoso arbolado, en uno de los sitios más frondosos de la vega de Carrion. Allí, sentado en el claustro lleno de maravillosas labores, entre los espinos y rosales silvestres que crecen entre las piedras, y sin que nada turbara el silencio que reinaba, escribí estos cortos párrafos destinados á completar una relación de viajes para una publicación literaria de Vitoria:

«Solitario, abandonado, con una decoración natural de yerbas y arbustos silvestres, pregonando la magnificencia artística de la época del emperador de ambos mundos y la triste fortuna que por su objeto le ha cabido en estos tiempos, está el claustro de San Zoil.

«Como conjunto artístico es pesado; es una de tantas construcciones ahogadas de aquel período de transición que, habiendo renegado del esplendor y tendencias del arte ojival florido, mendigó al capricho reglas que en vano quisieron tener sanción secular, y que vino á morir, al fin, ahogado por el imperio del arte clásico que Bramante y Miguel Ángel restauraron, al buscar una idea entre las cenizas de la ciudad donde vivían. Aún son ojivales los arcos que componen sus fachadas; pero no hay proporción ni armonía entre el primer cuerpo, donde las labores primorosas de la escultura están, y el segundo formado por la galería de enanas columnas caprichosas, cuyos arcos recortados cierran hoy modernos armazones de madera y de cristal. Grandes apoyos ó pilares prismáticos avanzan desde el claustro al patio, y son tan pesados en su estructura y tan sencillos en su labor, que quitan á la maravilla interior mucha parte de su belleza.

«En las paredes y en los claustros nada hay de particular: son lisos y severos como el resto de la fábrica, pero desde la imposta al techo, desde los capiteles y ménsulas hasta la clave central de la bóveda, se admira ese capítulo del arte que ha dado nombre al convento y constituye el motivo de la fama con que anda rodando por el mundo esta maravilla.

«No es el lujo de San Marcos de Leon, pero es un espléndido capricho de la misma época, digno de ser admirado.

«¿Qué se trató de representar en aquellas figuras para cuya observación, como para mirar al cielo y pensar en Dios, hay que echar atrás la cerviz y clavar los ojos en lo alto?

«Pues nada más que mirar al cielo y elevar á él á los genios y santos de la orden benedictina.

«Allí están todos los personajes del Antiguo Testamento; en aquel cielo de caliza reluciente, entre aureolas y adornos y figuras raras de raros animales, están los patriarcas, los profetas, los jueces y los reyes de la antigua ley; y los apóstoles y los santos de la ley nueva; y los benitos egregios, sus prebostes, sus sabios, sus santos, sus mártires, sus papas y sus *monjes negros* que tanto brillaron en las letras y en las ciencias.

«La ejecución es esmerada; el dibujo en las alegorías y adornos es todo lo más correcto y delicado que puede pedirse, y el estado de conservación completo.

«Don Gomez Diaz y doña Teresa Muñoz, condes de Carrion, cuyo enterramiento está en el claustro, debieron ser los iniciadores y fundadores de esta hermosa

obra, en la que, según las memorias que se conservan, trabajaron sólo alarifes y escultores del país.

«Juan de Badajoz, el autor de la fachada de San Marcos de Leon, trazó la obra y empezó á dirigirla en 7 de marzo de 1537; fueron sucesivamente directores de los trabajos, Pedro Castrillo, que hizo el lienzo de Oriente, y Juan de Zelaya Palentino, que hizo desde el lienzo de Occidente al de Castrillo; esculpieron esas primorosas creaciones para eterna memoria de sus nombres y de la patria en que nacieron Espinosa, Antonio de Morante, de San Cebrian (1175), Juan Bello, de Sahagun (1544) y Bernardo Ortiz, de Palencia (1581).

«Es una magnífica portada que corresponde á un libro vulgar; una frente admirable adornada de ondulantes rizos que corresponden á un cuerpo pobre; una corona de gran valor artístico puesta en una ruda estatua de barro; un bovedaje incomparable y riquísimo pegado á un claustro sombrío y á un convento ordinario; un alarde de genio y de magnificencia, en fin, hecho con un edificio sencillo y olvidado.

... Aquí he visto, en el huerto, entre sus cuadros llenos de follaje, avanzando sosegadamente con paso tardo, inclinada la cabeza sobre el pecho, vestido el ropaje oscuro, con su sombrero de monje, su palo y su rosario, al viejo abad de San Zoil, único resto vivo y perenne del claustro benedictino. Aquí está pegado á su querido convento, con el amor del molusco á su concha; con la fé del cristiano en su cruz, con la filosofía del monje verdadero, para quien nada son las galas ni los ruidos mundanos, el abad á quien ni la guerra, ni el olvido, ni la innovación jesuítica, ni el boato y el movimiento del colegio, ni las conmociones de la revolución, ni el frío de la inercia actual han bastado á arrancar de su retiro. ¡Ah! ¡Habría para él tantos amores en aquellos recuerdos, en aquellas vetustas paredes donde el sol se refleja todas las tardes, en aquellas campanas que suenan como en los días de su noviciado y en aquel aire de la sierra que trae las tempestades y que á un tiempo gime en las grietas del convento y refresca su arrugado rostro ya caído por la edad y la pesadumbre! La misericordia de Dios es grande, dirá, como la esperanza de los justos, que es inmensa; y, ¿quién sabe si aún volverán aquellos suspirados días en que las puertas de San Zoil se abran para dar paso á la comunidad entera! Y si no vuelven, ¿quién puede quitarle la ilusión tiernísima de pensar en ello!

Tratando de visitar una fortaleza rara que rodea á una colina pequeña, tal vez artificial amontonamiento de ruinas y escombros, sobre cuyas chatas almenas, á las que no puede subirse sino por una oscura escalera espiral á que da paso una escondida poterna, se ostenta aún una culebrina de hierro; en Grajal, provincia de Leon, inmediata al límite de Palencia, ví también un palacio del renacimiento con todo el aire señorial y toda la esplendidez que caracterizan á esas construcciones aristocráticas del siglo XVI. Fué erigido por los antiguos condes de Grajal y pertenece hoy al marqués de Alcañices. Su patio sencillo de dos cuerpos es de piedra sillar, el resto del edificio es de ladrillo. Sus tabiques son todos dobles, de modo que en su interior hay un verdadero palacio escondido, el cual tiene comunicación con el castillo por debajo de la villa. En su régia escalera es donde se conservan algunas labores platerescas.

Cocinas inmensas, múltiples departamentos cuyos techos han perdido casi en totalidad sus bonitos artonados, largos corredores llenos de celdas y habitaciones, torres abiertas donde anidan los gavilanes, todo está sólo, mudo, empolvado, como esperando á una legión de convidados que acompañen al señor, y sin mas habitantes que el administrador que ocupa un reducido departamento. Desde la reja del palacio que cae sobre el lienzo izquierdo del altar mayor de la iglesia del pueblo vimos el templo, que nada tiene de particular.

Aún quedé en mis últimas excursiones con el deseo de ver el gran claustro románico de un arruinado convento que hay en Aguilar de Campó y la curiosísima colegiata de Guardo, de los que me han hecho gran ponderación.

Sensible es que esta provincia, que tan curiosos restos posee en toda su extensión, no haya planteado ya en la capital un Museo donde en metódica y ordenada exposición se guardaran mil de los restos movibles que se han perdido y se perderán, y donde en una extensa colección fotográfica pudieran el curioso y el hombre ilustrado ver todos los monumentos que aún quedan en pie y que constituirían una verdadera historia artística del país. Las comisiones de monumentos como cuerpos colectivos nada pueden hacer, porque les falta el elemento principal: el dinero.

Palencia, tan rica en recuerdos, tuvo una Diputación provincial que al recibir un oficio de la Comisión en el que se le pedía algunos recursos para empezar á trabajar, contestó: «Que en la provincia no había monumentos artísticos que estudiar, ni restauraciones arqueológicas que hacer.»

¡Dios se lo perdone!

Mientras tanto, para el que busca recuerdos de lo pasado, en Palencia y en el resto de España hay mucho que estudiar particularmente.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

DON SATURNINO ALVAREZ BUGALLAL.

Publicamos en la página 61 el retrato del Sr. Bugallal; la abundancia de original nos obliga á retirar la biografía de este distinguido hombre político; la insertaremos en el número próximo.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación).

—¿Y qué es lo que mascas?...
—¡Nada, mañana hablaremos!
—¿Pues qué, te vas? preguntó Carmen palideciendo.
—Sí, repuso Pepe.
—¡Sí! ¿Con que es decir que estás harto de mí?...
—¿Quién dice eso!...
—¡Tus obras!
—¡Hasta mañana! exclamó el muchacho dirigiéndose hacia la puerta del corral.
—¡Hasta mañana, hijo! contestó Carmen incomodada, y luego continuó diciendo al ver el despego de su novio:

¡Nadie en su amante confie,
Que en amores y manjares,
No hay desde estar satisfecho
Á estar harto, dos instantes.

Y sin hablar más palabra cerró de un golpe la puerta del corral y fuése á su cuarto, sintiendo una cosa en el fondo de su corazón que no acertaba á explicarse si era rabia ó si era pena, aunque parecía tener de las dos cosas.

Pepe, por su parte, en cuanto se vió lejos de casa de Francisco respiró con más anchura, á pesar de que en un rincón de su alma sentía una incomodidad bastante desagradable.

Hablando iba para sí, y aunque me acerqué á oír lo que murmuraba sólo pude entenderle lo que sigue:

—¡Hay cosas que se ven y no se creen!... Pero no puedo echarle á nadie la culpa,

¡Todos mis cinco sentidos
En tí los quise poner,
Cayóme tierra en los ojos,
Por mi mano me cegué!

Claramente resonaban en su oído aquellas frases que olvidó en otro tiempo, achacándolas á envidias de sus amigos:

Nunca compres mula coja
Pensando que sanará,
Pues si las sanas cojean,
¿Las cojas qué es lo que harán?

Pero Pepe era de fácil contentar, y nunca le preocupó mucho tiempo una pena, de modo que al llegar á su casa ya estaba algo más tranquilo.

XIII.

En la continua duda, que casi era ya una certeza, de la muerte de Manuel, María no cesaba un punto de llorar, y cada instante que trascurría se acrecentaba su dolor, lejos de mitigarse.

Siempre que el tío Pedro y su madre la aconsejaban que no se abatiera, ni perdiera nunca la esperanza, el último de los bienes que deben perderse sobre la tierra, respondía la muchacha anegada en llanto:

¡Qué poco supo de penas
Quien llama bien la esperanza,
Porque no es dicha una dicha
Que es duda mientras se tarda!

No habiendo camino para consolarla, el tío Pedro no creía tampoco oportuno fomentar en el alma de María

una ilusion que probablemente habia de desaparecer dentro de breve plazo.

Por eso muchas veces la predicaba la resignacion, y sobre todo que caso de que á Manolo le hubiera sucedido una desgracia, sino por ella, al ménos por la pobre Antonia, que sufría mucho al verla de aquel modo, tratara de olvidarle, pues con poco que ella pusiera de su parte, el tiempo, la resignacion y sus pocos años, harian lo demas.

Á lo cual contestaba la niña:

Me aconsejan que te olvide
Y no te podré olvidar...
¡Como no saben querer
Me vienen á aconsejar!

Al dia siguiente de morir la mujer de Francisco, Antonia y otras personas caritativas del pueblo tuvieron que sufragar los gastos de su entierro, pues si no corria peligro de que la arrojaran á la fosa comun.

El señor Francisco no se privó por eso de ir á la taberna continuamente, dejando á su hija encomendado el arreglo de la casa.

La chica tampoco se tomaba muchos dolores de cabeza, y como generalmente no habia que cuidar mucho de condimentar la comida, fbase á la calle unas veces por cuenta propia, otras con achaque de vender algo de la ropa que quedó de su madre para poder vivir un dia.

Si por casualidad su padre se enteraba de que la chica tenia en su poder algunos cuartos, siguiendo sus antiguas costumbres se posesionaba de ellos y entregábase los al tío Ramon, para ir saldando la cuenta que con él tenia, y que entretanto le dejaban ir *bebiendo sobre su palabra*.

Cármen, al poco tiempo de la muerte de Petra, estaba ya harta de su señor padre, y aunque ella, hasta entónces, habia tenido el alma bastante espaciosa, se consumía al ver que su novio cada vez se mostraba más indiferente con ella.

Una tarde, en fin, al salir Cármen de su casa se encontró á Pepe recostado en una esquina de la calle.

—¿Qué haces ahí? le preguntó Carmela.

—Aguardándote estaba: contestó el muchacho.

—¿Á mí?... ¡Pues sabias por ventura que yo saldria á esta hora?... repuso la primera.

—No; pero te esperaba por si te daba la ocurrencia de salir.

—¿Y para qué?...

—Para decirte que no extrañes no verme esta noche.

Cármen comprendió por el acento con que Pepe dijo aquello, que su respuesta encerraba otra intencion. Y aún sin atreverse á explicársela le preguntó:

—¿Y puedo saber, al ménos, el por qué?

—Carmela, repuso Pepe muy cortado, ¡yo te he querido con toda mi alma, pero tú no me has querido á mí!

—¿Eso dices ahora! exclamó Cármen palideciendo. Y despues de una breve pausa, continuó:

—¿Haces bien, déjame, lo tengo bien merecido!... ¿Y en qué te fundas para decir eso?

—¿En que no tienes corazon! replicó Pepe fuera de sí.

—¿Y que lo digas tú! murmuró Cármen temblando como una azogada.

Calló un instante, pero pasada la primera impresion, dijo con amargura:

¿En qué, dime, te he faltado
Que con tal rigor me tratas?
¡Si esto logra quien te sirve,
El que te ofenda, qué aguarda!...

Á pesar de que Pepe no habia oido nunca en los labios de Cármen un acento tan parecido al dolor como con el que acababa de pronunciar aquellas frases, la contestó muy áspero y cada vez más lleno de ira:

—¿No puedo creer en tu cariño aunque me lo jures de rodillas!

Yo no te he visto llorar
Ni aun viendo á tu madre muerta;
Ojos que llorar no saben,
No tapan un alma buena*.

Inmutóse completamente la muchacha al oír las últimas palabras de su novio, y haciendo esfuerzos por dominar su turbacion, le dijo:

—¿Que no me has visto llorar? ¡No quisiera más que un dia de ventura por cada lágrima que me has hecho verter!

—¿Lágrimas de soberbia, que son lo mismo que maldiciones; pero lágrimas de ternura que son el emblema del cariño, no las has vertido jamás!...

Cármen apenas podia tenerse en pié, y sin embargo trataba de aparecer serena á los ojos de Pepe. No se atrevia á hablar y deseaba, sin embargo, concluir á todo

trance una situacion tan violenta. Despues que se tranquilizó un poco, preguntó al muchacho:

—Y bien, José, ¿qué es lo que quieres de mí?...

—¿No es que quiero, contestó el interpelado, es que no quiero volverte á ver en la vida!

Carmela, al oír esto, tuvo que sostenerse contra la pared; un denso velo pasó por sus ojos y la dejó sin vista por un instante.

Pepe conoció el efecto que sus palabras habian hecho en su novia, pero no por eso cedió su cólera.

Cármen, sin poderse ya dominar, contestó balbuciente:

—¿Estás en tu derecho, déjame; pero aunque no me creas, óyeme! ¡Por juego empecé tus relaciones y hoy no me explico por qué siento que me dejes!...

—¿Sí, es cierto! exclamó Pepe. Si es cierto que me quieres y que sufres al separarte de mí para siempre, ese cariño que ahora brota en tu pecho, será la maldicion de tu madre que cae sobre tu alma, por lo infame que con ella fuiste!...

—¿Pepe de mi vida! murmuró Cármen de modo que no pudiera oírlo el muchacho.

—¿Adios! añadió José. ¡Tú no me puedes convencer! El pasado te lo perdono, y en adelante

¡Por agravios que me hagas
Tampoco me vengaré,
Pues que te vale el sagrado
De haberte querido bien!

Y continuó:—Pero léjos de tu lado... *me das horror!!!*

Acabado que hubo de decir esto, hizo un movimiento como en ademán de marcharse.

Cármen le contuvo y le alargó una mano diciéndole al mismo tiempo:

—¿Siquiera por última vez!

Pepe alargó la suya y estrechó débilmente la de Cármen. Al sentir ésta la mano de su novio entre la suya, alzó sus ojos y le miró...

Desasíóse Pepe de la chica y echó á andar.

Al ver que el muchacho se alejaba, dos lágrimas rodaron por las mejillas de Cármen.

¡Los ojos á los veinte años, por seco y podrido que esté el corazon, tiene que llegar por fuerza un momento en que se acuerden que son espejos del alma!

XIV.

—¡Maruja! ¡Maruja!... gritaba el tío Pedro radiante de alegría, entrando por la puerta de su casa. ¡Alégrate, chiquilla!... ¡Mira, mira lo que traigo aquí!...

—¿Qué es! ¿Hay noticias?... preguntó la muchacha.

Y el tío Pedro dándole un papel que en la mano traía, la dijo:

—¡Lee!...

María pasó rápidamente la vista por él, y loca de contento exclamó:

—¡Madre, madre, carta... letra de Manolo!...

Antonia al oír las voces de su hija corrió en su busca, y cuando estuvo á su lado leyó María una carta de Manuel dirigida á sus padres, en la cual les decia que á su llegada á Madrid habíale dado un accidente, de resultados del cual habia estado á la muerte, y que no habiendo podido escribirles él mismo, le encomendó á un compañero suyo el cuidado de que les mandara noticias suyas, y que, segun luégo supo, cumplió bastante mal con su encargo, pues sólo les envió tres cartas, aunque decia que los escribia muy amenudo.

Decíales, ademas, que ya estaba fuera de peligro, y encargaba que todas estas noticias llegaran á oídos de María, la hija de la señora Antonia.

Cuando acabó María de leer la susodicha carta, reía y lloraba al mismo tiempo. Antonia y el tío Pedro estaban atónitos mirándola, y la chica sin poder contenerse abrazaba al uno, besaba á la otra, y su corazon enviaba á sus ojos, envuelto en lágrimas de placer, el primer rayo de alegría que sintió desde la ausencia de su novio.

Despues, y como recordando sus penas pasadas y presentes, se puso á cantar entre alegre y triste:

¡Quien diga que los amantes
Están divertidos siempre,
Ni debió de tener celos
Ni estuvo jamás ausente!

Callaba un momento y luégo proseguía:

Lo que más idolatraba
De mi vista se ausentó.
¡Ya no he de querer á nadie
Pues que todo me faltó!

Cada vez más asombrado estaba el tío Pedro al contemplar la pasion de aquella niña que vió nacer y aún podia decirse que no habia despertado á la vida.

No se explicaba cómo su corazon amaba tan de veras teniendo tan pocos años.

Generalmente he notado que cuando los hombres llegan al último término de la vida, olvidándose completamente de su juventud, se empeñan en medir la intensidad del amor por el número de dias que cuenta el alma.

¡No parece sino que el sentimiento nace con la vejez!...

El alma siente en los primeros albores de la vida, con un corazon lleno de fé, lleno de esperanza; poco á poco el tiempo enturbia el purísimo cristal de nuestras ilusiones, y llega un dia en que la luz del desengaño deja casi agotadas las fuentes del cariño.

La juventud es fuego; la ancianidad es nieve; echad fuego al fuego y hallareis un incendio por resultado: echad nieve al fuego y encontrareis sólo agua.

Así no es extraño que al contemplar el tío Pedro la pasion de María, se redujera á agua su entendimiento y no comprendiera cómo cabia un amor tan grande en un corazon tan niño.

Aunque la noticia del restablecimiento de Manolo aminoró las penas de María, sin embargo continuaba triste, y su madre la oyó suspirar como todas las tardes, cuando se ponian á coser á la puerta de su casa.

Antes, aquel era el momento en que veia á su novio, y ahora, por más que miraba á lo largo de la veredita, por donde antes subia corriendo Manolo, á nadie veia llegar... y entónces, dejando escapar un suspiro, murmuraba por lo bajo:

¡Ay! ¡Dulce suspiro mio,
No quisiera más de tí,
Que hallarme donde te euvio
Cuando te apartas de mí!

Y luégo añadía:

¡El único consuelo
Que tengo ¡ay! triste
Es ver la veredita
Por donde fuiste!...

Despues, fijando la vista en el cielo, como si esperara ver en él grabada la imágen de su amante, brotaban dos lágrimas de sus ojos, que corrian silenciosas por sus pálidas mejillas.

La madre, al verla llorar, trataba de consolarla, y reprendiéndola cariñosamente la preguntaba la causa de aquel llanto intempestivo.

El pobre ángel respondía:

—¿No sé, madre mia, por qué lloro, no tengo más motivos ahora que antes, pero...

Cada vez que miro al cielo
Las lágrimas se me saltan.
¡No sé por qué, ni de qué,
Pero lloro con el alma!...

XV.

Tres meses han trascurrido desde la muerte de la infeliz Petra, y el señor Francisco y su hija viven en un cuartucho indecente y mal aparejado, que tuvieron que alquilar, á consecuencia de haber vendido la casa en que vivian para no morir de hambre.

Su estado era ya el más precario, y el señor Francisco estaba ademas tachado por la gente honrada, pues se le supuso cómplice de un robo que se efectuó en un pueblo inmediato al en que él vivía, y si bien no se pudo poner en claro fuese criminal, estuvo más de un mes en la cárcel, y moralmente todos estaban convencidos de su culpabilidad.

En Cármen se habia efectuado un cambio completo.

No salia de su casa, las rosas de sus mejillas habian perdido su encendido color, triste la mirada de sus ojos de cielo, mustio el ántes hermoso color de sus labios, apenas era una sombra de aquella Carmencilla tan loca y vivaracha que en otro tiempo conocimos.

Su padre la tenia completamente olvidada, y no teniendo á su mujer para desfogar sus borracheras, la pegaba aquel monstruo con su hija, á quien estaba dándole los mismos tormentos que dió á su infortunada madre.

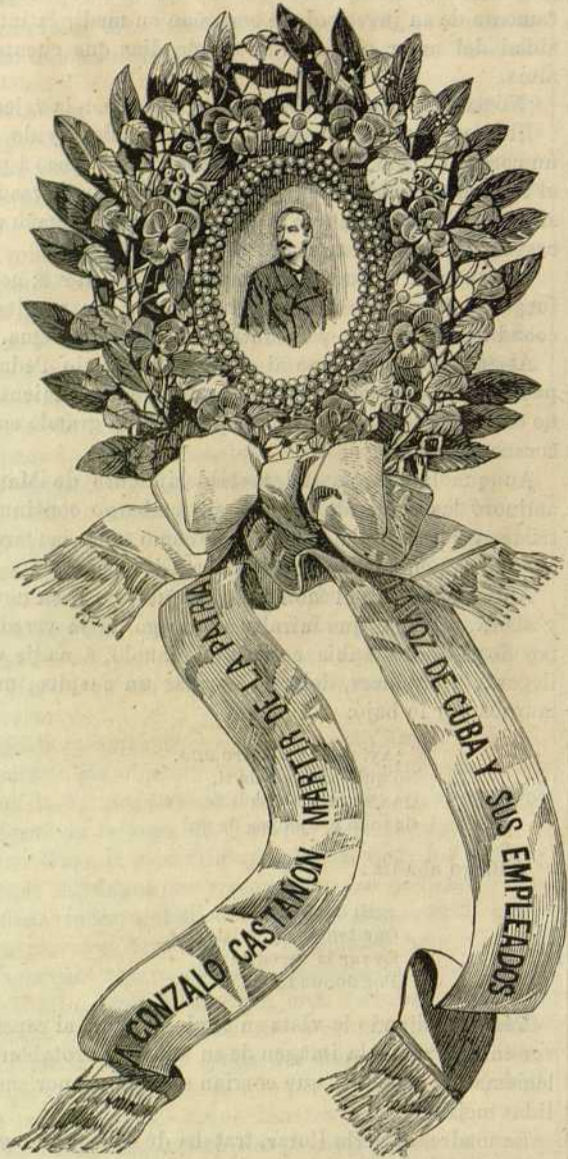
Antonia habia ido mil veces á socorrerla, procurando, por supuesto, ir á hora en que no estuviera su padre, y estaba muy complacida de ver el cambio radical que se efectuó en el carácter de la chica, ó si bien no pudo nunca conseguir que pusiera los piés en su casa.

Los inmensos ratos que Carmencilla pasaba sola en aquel chiscon, que por casa tenia, se los pasaba diciendo:

Ojos que en turbia corriente
Formais con el llanto un mar,
Si la culpa ha sido vuestra
¿Por qué os cansais en llorar?

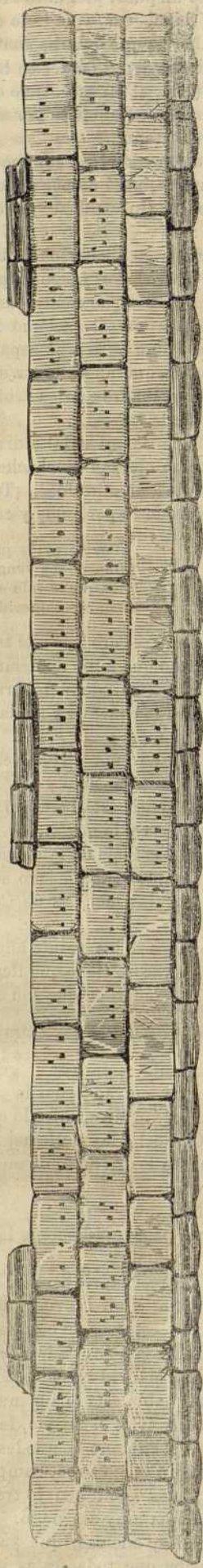
* Inédito de D. Julian Romea.

* De D. Miguel de los Santos Alvarez.

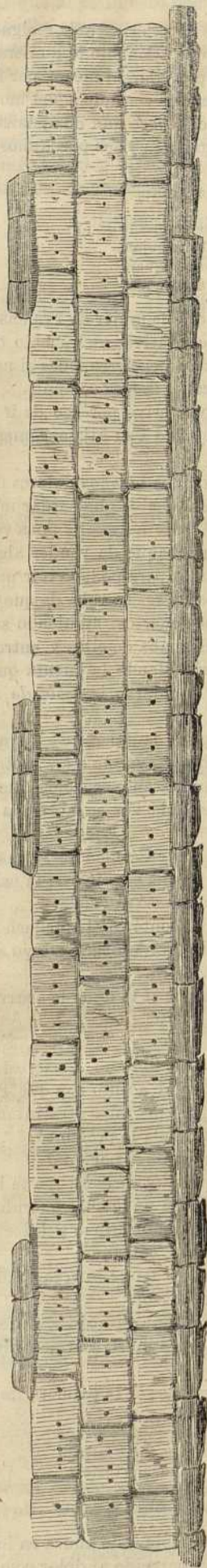


CORONA SEPULCRAL DE CASTAÑON.

CARTELA DEL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.



VISTA DEL SOTABANCO POR LA PARTE QUE MIRA Á ORIENTE.



VISTA DEL SOTABANCO POR LA PARTE QUE MIRA Á OCCIDENTE.

Escala de Pies Castellanos.

Y luego continuaba ahogada por el llanto:
 —«¡La maldicion del cielo ha caido sobre mí! ¡Todo lo he perdido el dia que murió mi madre!... ¡Tarde lo he conocido!... ¡Y Pepe!... ¡Ingrato!
 «¡Creiste que mi corazon era de hiena!... ¡Aún resue-
 nan en mis oidos sus palabras!...»

«¡Yo no te he visto llorar
 Ni aun viendo á tu madre muerta,
 Ojos que llorar no saben
 No tapan un alma buena!...»

Pepe, por su parte, sufrió unos cuantos dias; pero como quiera que *habia tomado horror á Carmela* y en él no se efectuó cambio ninguno en su carácter, seguía enamorándose el lunes y buscando amor nuevo el sábado y domingo. La pasion que más le preocupó fué la de Carmen, pero hizo la *intencion de olvidar* y lo consiguió de veras.

Una noche, despues que Francisco se hubo acostado y dormido como un liron, Carmela salió silenciosamente de su casa, cuidando de no despertar á su señor padre.

¡Cármén iba á esperar á José cerca de una ventana adonde acudia todas las noches!

Esto era otro tormento horrible para la muchacha, pues si deseaba verle tenia que buscar al hombre que idolatraba al lado de otra mujer: era muy cierto que la pobre niña

Yendo y viniendo
 Fuese enamorando;
 Empezó riendo,
 Y acabó llorando.

Al llegar Cármén cerca de la ventana de la nueva novia de Pepe, distinguió un hombre arrimado á ella, y comprendiendo que fuera su antiguo amante esperó á que concluyera de pelar la pava.

¡La situacion de aquella pobre muchacha no tenia nada de envidiable!

La suerte la reducía á que su deber de hablar á Pepe la llevara á aquel extremo, pues Carmela habia agotado todos los recursos para que él fuera á su casa, sin que nunca lo hubiera podido alcanzar.

Concluyó Pepe su amorosa tarea y echó á andar en dirección del sitio donde se hallaba Cármén aguardándole.

Cuando estuvo cerca, la muchacha pronunció el nombre del chico en voz alta, de modo que aquel pudiera oirlo.

Al oirse nombrar Pepe volvió la cabeza y Cármén le hizo señas de que se acercara.

Así lo hizo aquel, y cuando estuvo frente á ella exclamó asombrado:

—¡Cármén, eres tú!

Esta, que hubo de comprender el efecto que su vista le causara, le contestó amargamente:

—¡Qué, ya no me conoces! ¡Tan olvidada me tienes!...

¡Y vamos, replicó José eludiendo la contestacion á la pregunta que le acababa de hacer, ¡qué traes tú por aquí á estas horas!...

—Venía á buscarte.

—¡Á mí!...

—Á tí.

—Pues dí lo que me querias, dijo Pepe en tono algo brusco.

—Quiero recordarte una cosa.
 —¡El qué? preguntó el muchacho.
 Y Carmencilla temblando y con voz entrecortada, le dijo.

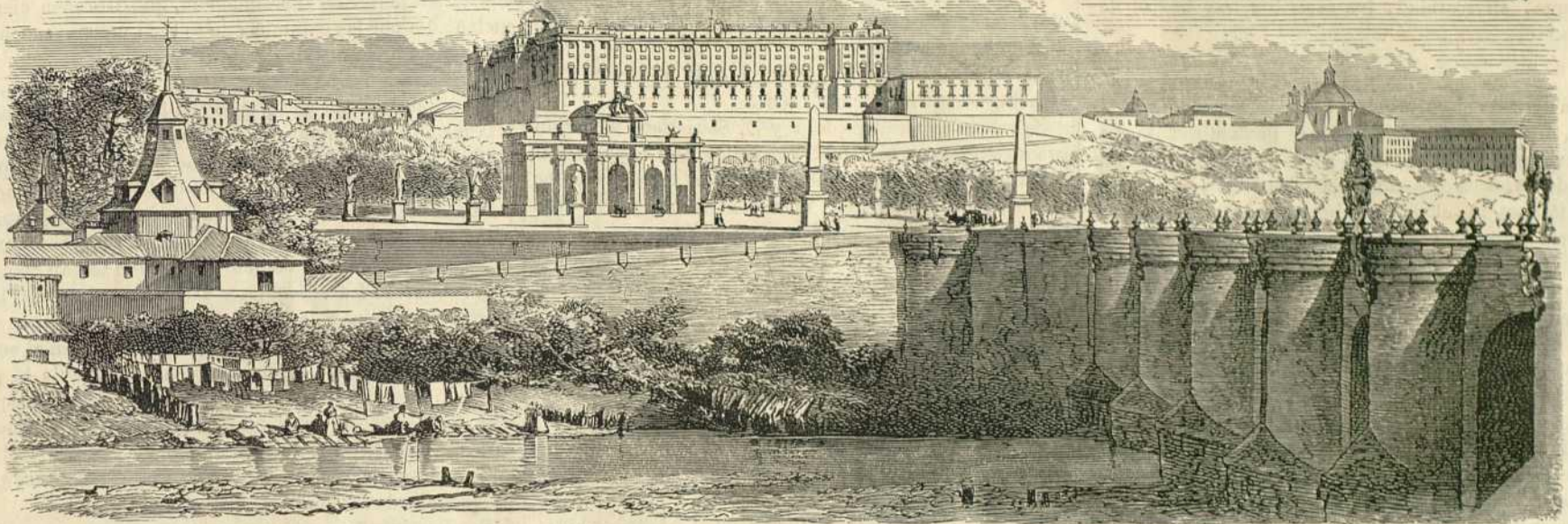
(Se continuará.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.	Medio año.	85 »
Medio año.	42 »	Un año.	160 »
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.	30 »	Un año.	240 »
Seis meses.	56 »	Cada número suelto en Madrid.	4 »
Un año.	100 »		

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE MARZO DE 1872.

NÚM. 53.

SUMARIO,

TEXTO.—Ecos, por *D. José Fernández Bremon*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Perez Galdós*.—Algunos breves rasgos para la biografía del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa, por *D. Pedro de Madrazo*.—Una novela por entregas, por *don Peregrin García Cadena*.—Don Marcelino García Obregon, por *X*.—Explicacion de los peinados, por *E******.—Puente del Diablo, por *X*.—La seccion cuarta del Museo Arqueológico Nacional, por *D. Fernando Fulgoso*.—Arco de Santa María, en Búrgos, por *X*.—Los conciertos y el cigarro, por *D. Antonio Peña y Goñi*.—La visita, por *M*.—El murciélago (poesía), por *D. Manuel del Palacio*.—Modas, por *Doña Maria del Pilar Sinués de Marco*.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuacion), por *D. Alvaro Romea*.

GRABADOS.—El teniente coronel D. Marcelino García Obregon, dibujo de *D. Alfredo Perea*.—Puente del Diablo en Martorell, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Excmo. señor D. Eugenio de Ochoa, copia de un retrato pintado al óleo por el Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo, dibujo de *D. Alfredo Perea*.—Arco de Santa María, en Búrgos, dibujo del Sr. *Avendaño*.—La visita, cuadro pintado por *D. José Casado del Alisal*, dibujo de *D. N. Mejia*.—Una sala del Museo Arqueológico de Madrid, dibujo de *D. N. Fuster*.—Museo Arqueológico de Madrid. Puteal; Amphora; Oxybaphon; Hydria, dibujos de *D. N. Fuster*.—Modas: últimos peinados, dibujos de *D. Daniel Perea*.

ECOS.

Preocupado mi espíritu por la lectura de grandes y continuos descubrimientos, he llegado á vivir en una alarma permanente. El vuelo de la mosca, el murmullo del agua, el aroma de un frasco, las últimas boqueadas de una lamparilla ó cualquier otro fenómeno de los más vulgares, parece que tratan de revelarme una ciencia nueva, ó un fluido no descubierto, ó los perdidos misterios de la magia: creo que todos los seres de la creacion me están haciendo señas para que observe sus movimientos, estudie su reposo, analice su estructura ó tome la medida de su sombra: figúrome que se rien de mi ceguedad, y pasan á mi lado, ó se detienen ante mí, resolviendo problemas científicos, publicando secretos, revelando la clave de la vida y ofreciéndome la felicidad, mientras

mi turbia inteligencia sólo distingue en torno mio, insectos que se arrastran, pájaros que trinan, hombres que cruzan, flores que se marchitan y nubes que se alejan.

Y sin embargo, un solo instante de atencion, convierte en famoso al hombre más oscuro, en pobre al rico, en sabio al ignorante: Allan-Kardec habia pasado su vida rodeado de seres sutilísimos que seguian sus pasos, se sentaban á su mesa ó retozaban en su cama, sin sospechar la existencia de aquellos espíritus diáfa-

nos: un momento de lucidez bastó á aquel hombre para ponerse en comunicacion con el mundo desconocido de las almas, y formar la secta espiritista. Desde entonces, los espíritus más graves visitaron su casa y escribieron con su lápiz; sus mesas y veladores volaron sin alas por el cuarto; sus amigos descansaron apoyados en el techo como globos, y una guardia de honor, invisible, protegió sus cristales contra las pedradas de los espíritus dañinos.

Predicado el espiritismo de pueblo en pueblo, imprimió libros, redactó periódicos, abrió cátedras y sostuvo discusiones. Doncellas epilépticas, impresionadas por los fenómenos más extraordinarios, juzgaron hallarse en íntimo contacto con los seres misteriosos: en el viento que penetraba por las rendijas, creyeron sentir el beso frio de un cadáver, y tomaron la opresion de su corsé por los abrazos brutales de un espíritu lascivo. Los mediums se introdujeron en las casas, sirviendo de intérpretes á los padres, y mirando de reojo á las muchachas. San Agustín, San Luis, Santa Teresa, Newton y Cervantes, se expresaron en términos democrático-modernos, asegurando tener más sabiduría que los hombres, aunque sus respuestas jamás lo demostraban. Cervantes, por ejemplo, no se atrevió á contestar en su clarísimo lenguaje, temiendo no ser comprendido, y dió respuestas nebulosas en las frases más ambiguas. Los apóstoles de la secta, prometieron, en fin, completa moralidad á los iniciados, no obstante la intervencion continua de espíritus malévolos, y conservaron su seriedad apesar de las travesuras de otros espíritus burlescos é informales, que unas veces hacen saltar el tapon de las botellas para beberse el contenido, otras echan la zancadilla á una persona para que ruede por el suelo, ó descargan el fusil de un centinela para alarmar al vecindario, ó llenan de pasquines las esquinas, ó se colocan cerca del que sólo tiene un fósforo para apagarlo con un soplo.

Hubiera sido humillante para España no organizar una asociacion que rindiese culto á la religion de los



EL TENIENTE CORONEL DON MARCELINO GARCÍA OBREGON.

incrédulos. Felizmente poseemos el *circulo espiritista* que ha inaugurado sus discusiones públicas hace pocos días. Al leer la noticia en los periódicos, no pude ménos de lamentar que las antiguas y olvidadas brujas no encontrasen en sus tiempos defensores tan ilustrados y elocuentes: á ser así, los que hoy se llaman medium videntes ó mecánicos, se llamarían simplemente brujos; y en vez de manchar cuartillas todas las noches, saldrían los sábados por las ventanas del círculo montados en sus lápices.

Porque, en realidad, los espíritus son brujas decentes.

Para salir de ciertas dudas, quisiera ser medium vidente, ó lo que es lo mismo, tener la facultad de distinguir á esos innumerables seres que pasan por delante de nuestros ojos sin hacer impresion en la retina, más diáfanos que el cristal é impalpables como el aire.

Sabría entónces positivamente, sorprendiéndolos en la falta, qué espíritus glotones ó traviosos merman el aceite en las despensas, quitan á la olla la sustancia, divulgan las conversaciones más secretas, llenan de barro las botinas que no se han estrenado, revuelven los papeles guardados bajo llave, introducen en las casas correspondencias amorosas y cometen otros actos que el vulgo ignorante atribuye á los criados.

Vería á quién contestan los que pasan hablando solos por la calle; qué visitas reciben las mujeres á quienes sus maridos dejan encerradas; quién persigue á los pájaros cuando revolotean asustados dentro de la jaula; y qué espíritu de fabricante de cristal rompe tan á menudo los tubos de las lámparas.

Cotejaría, si no con el original, con su representación más autorizada, todos los retratos que se suponen de Cervantes. Observaría cómo deciden las elecciones los espíritus ministeriales que se esconden en las urnas. Vería las espaldas que reciben todos los golpes de Estado, y los duendes que intervienen en las crisis misteriosas.

Me asomaría al taller donde se labran reputaciones literarias, para conocer los secretos de esa industria, y averiguaria quiénes son los espíritus que imponen silencio á los aplausos legítimos. Vería el mundo fantástico de donde toman sus composiciones el pintor, y el poeta sus imágenes. Y volvería la espalda á esta vida de tristes realidades, para mirar en otra vida de ficciones halagüeñas.

Pero acaso todos somos mediums videntes, cuando dormimos; las almas de los amigos, los héroes de las novelas y los personajes de la historia, se unen entónces á nosotros, nos acompañan y nos halagan, ó nos mortifican y persiguen.

Por esta razón creo, pensando piadosamente, que los mediums verdaderos han soñado todos los prodigios de que hablan sin reirse.

Cuando un medium, lápiz en mano, traza renglones en un papel, asegurando que Hipócrates le dicta sus cuartillas, es preciso creer en el milagro, ó faltar á la cortesía volviéndole la espalda.

Sucede lo mismo en este caso, que cuando los indios enseñan una de sus reliquias más sagradas: introducen al devoto en un aposento sin ventanas ni rendijas, asegurando que la oscuridad del santuario es la sombra del gran Buddha conservada entre paredes.

Dirán algunos que el milagro indio desaparecería con sólo encender una cerilla: yo creo que los monges hallarían argumentos para insistir en el milagro.

Evóquese á Hipócrates con la intervencion de un medium que no sepa medicina, y seguramente, en vez de contestar aquel famoso griego, responderán en su nombre los espíritus burlones.

Estos espíritus son tan socorridos como los cajistas en la prensa. Falta un escritor á la ortografía ó comete un barbarismo, y se atribuye la falta á los cajistas.

Se congratulan los espiritistas de haber triunfado en muchas discusiones.

Si los que habitan en el Nuncio de Toledo, propusiesen á los cuerdos un debate acerca de sus delirios y manías, y el mismo Pico de la Mirandola resucitase para combatir tales extravíos ante un concurso de monomaniacos, saldría triunfante el abogado de los locos.

En dos categorías pueden dividirse los oradores que defienden el espiritismo.

Oradores sin fé, á los cuales no es posible conceder aquello en que no creen.

Y oradores de buena fé, de los cuales no es fácil ex-

plicarse cómo Dios los ha concedido el don de la palabra.

Pero bien mirado, no hay manera de discutir seriamente con los espiritistas, porque la polémica debería sostenerse en nombre del sentido comun ó en nombre de la ciencia.

Y resulta este círculo jocoso: el espiritismo se burla de la ciencia y el sentido comun se rie del espiritismo.

Es lamentable el divorcio del espiritismo y la ciencia: á no existir entre ámbos semejante abismo, podrían auxiliarse mutuamente.

El espiritismo no tropezaría á cada instante y la ciencia resolvería muchas dudas.

Se sabría el paradero del rey D. Sebastian; se harían grandes podas en los árboles genealógicos; se averiguaria si hay consanguinidad entre los hombres y los monos, y el medium más mecánico resolvería la cuadratura del círculo sin vacilar y en un instante.

Desgraciadamente, Franklin no ha indicado sobre la electricidad ninguna idea nueva, hoy que nos servimos de ella hasta para llamar á los porteros. Necker no se ha servido dar un buen consejo á nuestros hacendistas para salir de sus apuros. Copérnico no se ha dignado señalar un nuevo planeta, cuando hoy los descubre cualquiera que posea unos gemelos de teatro.

Lástima grande que no podamos leer en *La Correspondencia* un suelto de este género:

"Mañana, miércoles, por la intervencion del medium D. Fulano, Hipócrates explicará en el Ateneo las primitivas causas de la tisis, y el reputado Pero Grullo dirá lo que hay de verdad en la política española."

La penúltima palabra del progreso para los procedimientos criminales es el jurado. Falta todavía dar un paso y pedir el jurado espiritista: es indispensable añadir en el Código penal un artículo redactado en estos términos:

"Cuando no sean habidos los autores de un crimen, todos los mediums videntes se considerarán como encubridores."

Y creo muy razonable que en el círculo espiritista haya siempre un medium de guardia, para prevenir toda clase de delitos: esto daría un nuevo triunfo al alma sobre la materia; al espíritu del medium sobre el cuerpo de policía. Los malhechores se abstendrían de todo crimen; las arcas de hierro se convertirían en picos y azadones; las cárceles en falansterios; las conciencias en hojas de periódicos.

Oigo ruido: el aire ondula en mi alcoba: siento roces suaves en mi cuerpo.

Todo me anuncia la presencia incorpórea de seres sobrenaturales.

Mis cabellos se erizan: mentalmente pido perdón á los espíritus.

Pero el ruido aumenta y vuelvo la cabeza con espanto: mi gato sale pausadamente de la alcoba abriendo la boca y levantando el espinazo.

Si no hubiera vuelto la cabeza sería espiritista.

Bien mirado el asunto, casi estoy decidido á retraerme de todo lo que he escrito.

No es conveniente indisponerse con los espíritus dañinos, que pueden dar un asalto á mi despensa, ó disparar en mi alcoba piezas de artillería, ó darme una serenata de sartenes, ó imitar en mi casa un terremoto, y hacerme sufrir interminables vejaciones. Ni es prudente combatir á los que tienen el poder de evocar mi espíritu mientras duermo, y pasearle desnudo por las calles.

Y es más agradable y provechoso tener confianzas espiritistas con las damas, servir de amanuense á Numa Pompilio y Galileo, recibir favores mundanos á cambio de servicios espirituales, y guiar á gentes impresionables y sencillas.

Acaso me decida: tal vez llegue á ser medium, y cuando vayan á visitarme los amigos, me encuentren pegado al techo, violando la ley de gravedad impunemente.

Concluyo haciendo una advertencia: por indisposicion de mi querido amigo Florez, el lector se vé privado en este número de sus *Ecós* interesantes é ingeniosos. Si los míos no agradan, como creo, conste que me los han dictado los espíritus burlones.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Es triste que habiendo terminado nuestra última crónica con el desagradable comentario de una muerte, tengamos que comenzar ésta con el de otra. Está de Dios que estos artículos no puedan ser tan alegres como al principio nos propusimos, contrariedad ocasionada no sólo por la muerte, sino por acontecimientos públicos de tan peligrosa trascendencia, que difunden cierta melancolía por las columnas de toda la prensa española, lo mismo la política que la literaria.

Pero dejaremos para despues este segundo punto, y nos quedaremos por ahora sólo con la muerte, trayendo á la memoria la persona y las obras del Sr. D. Eugenio de Ochoa, cuyo fallecimiento, acaecido en los últimos días de febrero, fué motivo de verdadero luto, no sólo para los que le trataban y habian tenido ocasion de apreciar sus virtudes y eminentes prendas así morales como intelectuales, sino para aquellos que sólo tenían con él esas relaciones impersonales y vagas que establecen los escritos literarios y la mútua lectura. Si las letras no fueran tan gran cosa porque cultivan y depuran el sentimiento de los pueblos, haciendo más agradable la vida y quitando al hombre gran parte de su natural aspereza, ¡qué nobles no serían por establecer tan íntima y cariñosa fraternidad, aun sin que medie el trato social, entre los que se dedican á ellas, con más sinsabores que provecho, sobre todo en nuestra España!

En el gremio literario hay aquí mucho que no merece gran estimacion: *Bohemia* infecunda que ha olvidado la gracia sin mejorar de costumbres, y es tan inútil para la sociedad como para la literatura. Pero al mismo tiempo hay individualidades tan simpáticas, tan apreciables y venerables por todos conceptos, que cuando la muerte viene impensadamente en busca de alguno, no es posible reprimir un sentimiento de angustia, como si nos unieran con ellos lazos más estrechos que los de la admiracion.

El Sr. Ochoa era hombre de esta clase. Su talento era de esos que convencen al pronto y conquistan un amigo en cada lector, por la insinuacion amena de su forma, por la sinceridad de sus opiniones, por cierta entereza de pensamiento, mezclada de la dulce modestia que le ha sido siempre propia. Resplandece en todos sus escritos una encantadora afabilidad, libre de afectacion cortesana; y ya escribiendo crítica, ya disertando sobre temas de moral, de costumbres ó de filosofia, siempre nos ha cautivado aquel reposo inefable, no turbado por la duda; aquella bondad, aquella honradez, cualidades todas que, haciendo uno solo del sér moral y del escritor, imprimian un sello de indeleble personalidad á cuanto producía su pluma. La claridad observando, la reposada vehemencia sintiendo, la rectitud al pensar, todo lo que constituía su persona de literato y de hombre, era fuerte motivo para que se sintieran inclinados á quererle cuantos le leían. Y no digo esto fundándome en impresiones propias, pues no parecían imparciales en quien, gracias á la tolerancia crítica del Sr. Ochoa, tuvo motivos para quedarle constantemente agradecido. El juicio que precede es el juicio unánime del público, y resulta de observaciones hechas ántes de que aquel eminente escritor escribiera en este mismo periódico palabras dictadas por su extremada bondad y su grande amor á la juventud, de que siempre fué consejero y guía.

Muerto en edad madura, pero no tan alta que no pudiera contar aún con muchos años de trabajo y de gloria, el Sr. Ochoa ha dejado una multitud de obras, entre las cuales las hay de pura invencion, como poesías y dramas; traducciones admirables del francés y del latin, como la monumental traduccion de Virgilio, y por último producciones de crítica literaria, de viajes, artículos varios, compilaciones, prólogos y trabajos de erudicion amena.

Romántico en su juventud, más por la influencia de la época que por propio temperamento, escribió varias poesías, y poco despues el drama *Incertidumbre y amor*, que alcanzó gran éxito, representado por Julian Romea y Matilde Diez. Establecido en París en 1837, emprendió traducciones varias y difícilísimas, pues empeñado en comunicar literariamente ambos países, lo mismo traducía del francés al español que de éste al francés, empresa en extremo difícil, que sólo podía llevar á cabo dignamente quien tan á fondo conocía ambos idiomas, siendo para él igualmente fácil expresarse en uno ó en otro. Él compiló además las obras de Figaro; dió á conocer en la América latina las mejores obras de la España moderna, y haciendo en París lo que aquí por lamentables causas no era preciso hacer, dió gran impul-

so al comercio de libros españoles con las repúblicas hispano-latinas del Nuevo-Mundo.

Pero su obra maestra en este linaje de trabajos es la traducción de Virgilio, la más bella y concienzuda de cuantas se han hecho en España por laboriosos humanistas. Es indecible el encanto con que se lee en prosa castellana los mejores trozos de elocuencia épica que escribió el gran mantuano, y dadas las relaciones de nuestra lengua con su antigua y noble madre, conocidas las diferencias esenciales que entre ambas existen, no es posible decir mejor y más llanamente en español lo que se ha pensado con tanto vigor en latín. Además del mérito literario de esta versión incomparable, el Sr. Ochoa ha hecho en ella una depuración esquisita del texto, adoptando la edición cuarta de Heyne, publicada en Leipsique desde 1830 á 1841, y que pasa entre los eruditos por la más conforme á la ortografía virgiliana. En esta ILUSTRACION se ha publicado un artículo, en el cual su actual director ha juzgado estensamente la obra del Sr. Ochoa *.

Una multitud extraordinaria de artículos críticos y literarios completan la corona literaria de este eminente escritor, cuyos trabajos en tan varias materias merecen ser coleccionados para que no se pierdan en el *mare magnum* de confusión y de olvido que constituye la prensa periódica, y para que la posteridad forme idea acabada y concreta de quien con tanto talento y asiduidad cultivó las letras.

* **

Pasando de esta fúnebre memoria á los sucesos presentes de la vida pública, no es probable que pierda esta crónica el tono melancólico y la expresión sombría con que ha comenzado. La coalición es el tema principal en todos los círculos, y ha de observarse, decimos esto con toda imparcialidad, que hablando de ella, se ponen igualmente ceñudos y tristes los que la combaten y los que la defienden. No haremos ni lo uno ni lo otro, respetando y conservando la dulce neutralidad de estas páginas donde las apacibles artes tienen su asiento, y donde ningún discordante ruido de la política debe hacer su habitación. Únicamente nos será permitido una pequeña referencia histórica, diciendo que aquel acontecimiento, grave bajo cualquier aspecto que se le mire, fué llamado primero *coalición nacional*, por cierto con tendencias tan pavorosas, que ponían miedo en los corazones de los más despreocupados y aventureros. Más tarde la coalición ha descendido de aquel tripode misterioso y trágico en que al principio se sentó, para ser tan sólo un convenio electoral. No censuraremos este repentino achicamiento de máquina tan terrible, y ya fuera la conveniencia, ya fuera el patriotismo, el móvil que determinó un cambio por el cual se quita parte de su fuerza y alcance á aquel proyecto, no debemos entristecernos porque las cosas se encierran en sus naturales límites. La agitación pública es grande en Madrid y en provincias, y hasta que la urna electoral, la temida y siempre consultada esfinge, no hable con lenguaje solemne para aclarar todos los enigmas y disipar todas las dudas, debemos esperar, sin dar gran importancia al estro profético de los vaticinadores.

* **

Hace poco el telégrafo nos trajo la noticia de un atentado contra la reina Victoria, persona que nosotros creíamos libre de esta clase de sustos, no sólo por su carácter, sino por la cordura y espíritu monárquico del pueblo inglés. La cosa no ha sido más que una de esas bromas pesadas que suelen tener los locos, pues después de haberse ocupado el telégrafo en conmover á todos los países que disfrutaban de los beneficios de la electricidad, resultó que ni la pistola del desaharrapado joven irlandés estaba cargada, ni aunque tuviera todas las metrallas de la guerra franco-prusiana, habría podido hacer fuego, á causa de estar tomada de orin y en estado de completa ruina.

Sin embargo, apesar de que esto no ha sido cosa de fundamento, Inglaterra está y estará siempre muy alerta con la cuestión feniana, y más aún con la propaganda republicana del partido que capitanea mister Dilke, partido cuyos ruidosos *meetings* han conmovido recientemente la vasta capital de la Gran Bretaña. Si las instituciones tan liberales como antiguas de aquel ilustre país fueran imprudentemente modificadas, y se apoderaran del gobierno clases sin representación territorial ni verdadera capacidad moral para tan gran fin, no sería difícil que las gravísimas complicaciones que afligen el continente aparecieran más formidables en

la hasta hoy afortunada y siempre envidiada isla. La cuestión social, el tremendo enigma del porvenir, no alzará la cabeza en ninguna parte de un modo tan aterrador como en la fabril Inglaterra, donde la miseria y los dolores del proletariado, que tanto exageran los propagandistas de la *Internacional*, tienen un fondo de verdad no disimulado por el lujo y el sibaritismo de la ciudad que merece con mejores títulos que París el nombre de Babilonia.

* **

En París están en pleno anacronismo literario. ¡Ruy Blas! ¡Cuántos recuerdos habrá despertado la exhumación de esta antigualla del romanticismo! ¡Cuántos corazones hoy viejos y gastados por la pasión política habrán latido con un resto de entusiasmo al ver el drama de los buenos tiempos, de aquellos tiempos en que había partidos literarios como hoy los hay políticos, y en que se trababan entre la gente de pluma guerras tan encarnizadas como las que sostuvieron Vacquerie, Planche y otros más ó menos fanáticos en su respectiva escuela. El romanticismo, desenterrado en el Odeon de París, tiene ya pocos adeptos, y nadie toma como cosas serias aquellas reinas que se enamoran de los lacayos, aquellos bandidos que se matan en cumplimiento de una palabra, las Lucrecias regeneradas y los Tribuletes convertidos en arcángeles. Sin embargo, según dicen de París, Ruy Blas continúa llamando la atención, no siendo ajenas á este éxito las alusiones ó aplicaciones que el público hace de algunas elocuentes frases, que parecen hechas para personajes modernos, tan buenos patricios como los cortesanos de Carlos II. El drama en sí contiene falsedades y bellezas de consideración, extráneos é inspiraciones de gran bulto, siendo además notable por la falta absoluta de verdad histórica, pues ni aquella es la corte de España, ni aquella dama es María Ana de Nebourg, ni los personajes llamados don Sallustio, D. Guritan y D. César han vivido jamás entre nosotros. Sobre la falsa base de un asunto violento y de unos tipos concebidos con la exagerada intención moral propia del gran poeta, éste ha tejido una tela admirable en los monólogos, en los coloquios, impregnados de cierto lirismo alucinado, que si en algunos momentos fatiga y mareta, en otros produce verdadera fascinación.

No se olvida nunca aquel incomparable verso que pone en boca de la reina, cuando ésta, no sabiendo cómo vencer su abatimiento, se decide después de grandes vacilaciones á leer la carta de Ruy Blas, que guarda en el seno, y exclama:

*Quant l'ame a soi, il faut qu'elle se désaltère
Fût-ce dans du poison!*

* **

Aquí, apesar de que la gente anda un poco preocupada, no se ha perdido la higiénica costumbre de buscar distracción en los espectáculos públicos. En honor de la verdad, los teatros principales han puesto en escena obras notables, descollando el teatro Real con *Dinorah*, una de las creaciones más hermosas del gran Meyerbeer. Comparada con el *Profeta* ó la *Africana*, esta ópera, por las proporciones y la importancia, casi se puede llamar modesta. No hay aquellos concertantes que pueden llamarse monumentales; ni aquellos trozos de instrumentación que evocando en nuestro ánimo recuerdos de otro arte y de otro orden de cosas, nos parecen tallados en colosal granito; ni aquella severidad religiosa que trae al pensamiento la antigua liturgia y la soledad de los claustros clunienses. Pero sin dejar de ser una música festiva la de *Dinorah*, tiene la misma profundidad, la misma expresión de vago naturalismo, el mismo encanto de las grandes óperas del célebre berlinés.

Pero en cuestiones de música y en la presente estación, no es probable que nadie le quite al Circo de Madrid y á sus conciertos clásicos la supremacía del arte y el favor del público. En estos conciertos, el último parece siempre el mejor; y si no fuera porque accidentales marcadismos del público y del local indican sin género de duda que estamos en Madrid, los esfuerzos de nuestros admirables profesores músicos nos harían creer que estamos en Munich, en Dresde ó en aquel clásico rincón de Alemania, el pequeño reino de Sajonia Weimar, donde el Norte tuvo su Atenas por la poesía y por la música.

La sinfonía *Struensee* de Meyerbeer; la cuarta en la de Mendelsohn, la grandiosa ópera de *Coroliano* de Beethoven, y el *andante* del cuarteto en *sol menor* de Haydn, son las piezas que parecen alcanzar más éxito en esta temporada. La Sociedad de conciertos no desmaya, y sin dejar de comprender que esta clase de solemnida-

des musicales no es de las que viven exclusivamente de la novedad, procura renovar todos los años su repertorio. Apesar de todo, no creemos que deba volver la espalda á las cosas viejas, y ya es tiempo de que oigamos de nuevo la inolvidable *sinfonía pastoral* de Beethoven, cúspide del arte, obra que vivirá mientras haya un violín y un arco sobre la tierra. Respecto á lo novísimo, no estará de más recordar á la Sociedad de conciertos la última producción de Gounod, titulada *Gallia*.

Y en tanto continúan los síntomas de una completa invasión musical. Habrá ópera italiana en el Circo de Rivas, ópera italiana en la Zarzuela, ópera bufa en todas partes, y como si no fueran bastantes los locales de distinta belleza y capacidad que tiene Madrid en su recinto, en la calle de Alcalá se construye un soberbio teatro, el cual se dá tanta prisa por concluirse, que milagro será no lo veamos terminado en el próximo otoño. Esto es bueno, y ya que de construcciones urbanas hablamos, conviene indicar que nunca se ha visto en Madrid tal furor por edificar, hecho poco conforme ciertamente con la penuria en que al decir de algunos vivimos. Se edifican casas, palacios, mercados, teatros y hasta iglesias. Esto, unido al portentoso lujo de este invierno en los saraos y salones, nos obliga á no dar completo crédito á los que, sin duda con doble intención, nos pintan con terribles colores el mísero estado de los jornaleros y de los que viven de la pequeña industria. La verdad es que si prescindiendo de lo que un día y otro nos dicen sus entrometidos defensores, nos acercamos á ellos para preguntarles por su suerte, sacaremos en limpio que no les va tan mal.

B. PEREZ GALDÓS.

ALGUNOS BREVES RASGOS

PARA LA BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. E ILMO. SEÑOR D. EUGENIO DE OCHOA.

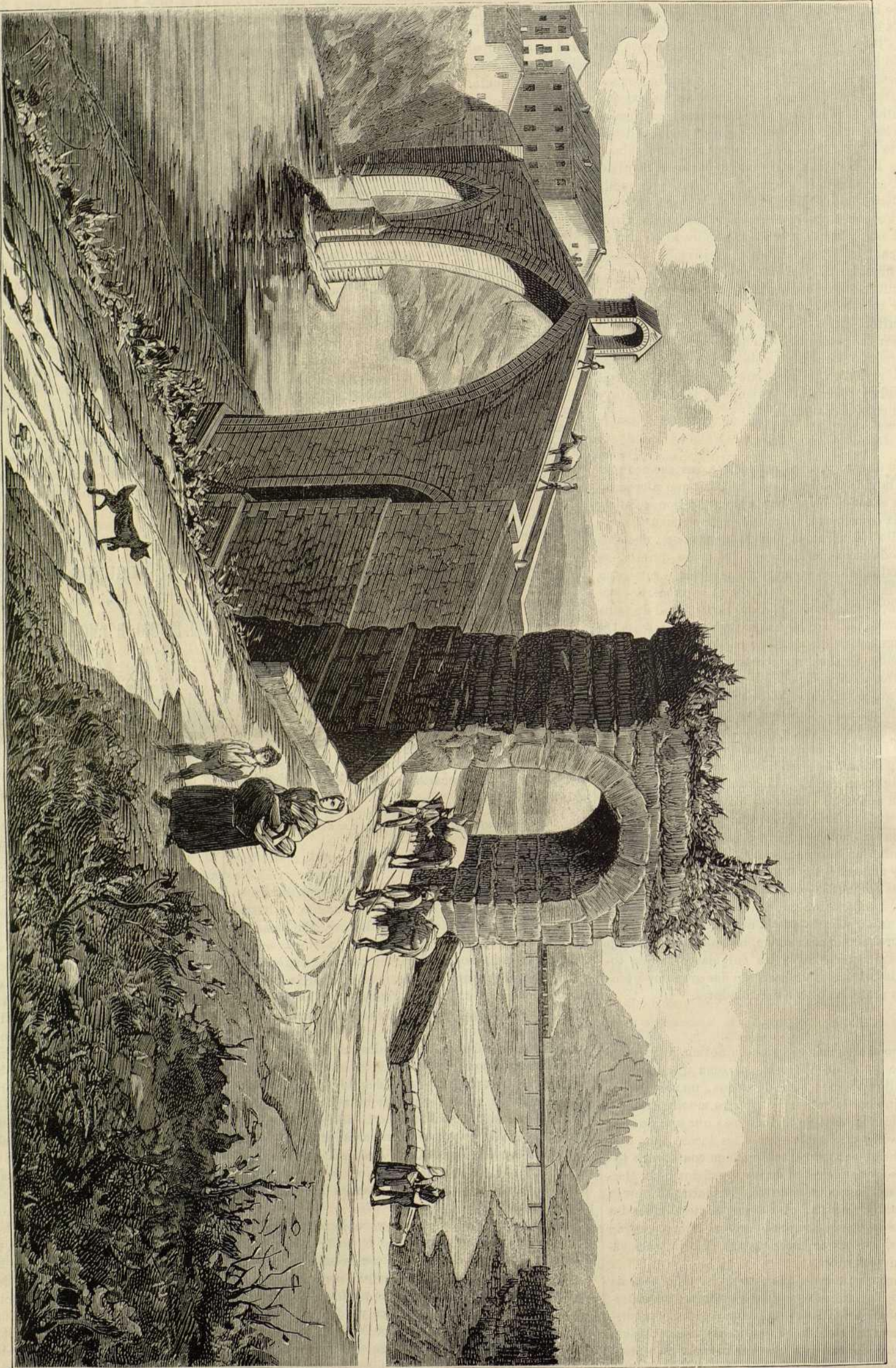
Sr. D. Bernardo Rico:

Muy señor mío, de mi consideración y aprecio: Ha tributado Vd. un generoso homenaje á la memoria de mi amado hermano político D. Eugenio de Ochoa grabando el retrato para la acreditada ILUSTRACION DE MADRID, y ha tenido Vd. además la delicadeza de enviarme á pedir algunos renglones que acompañen á su excelente obra.

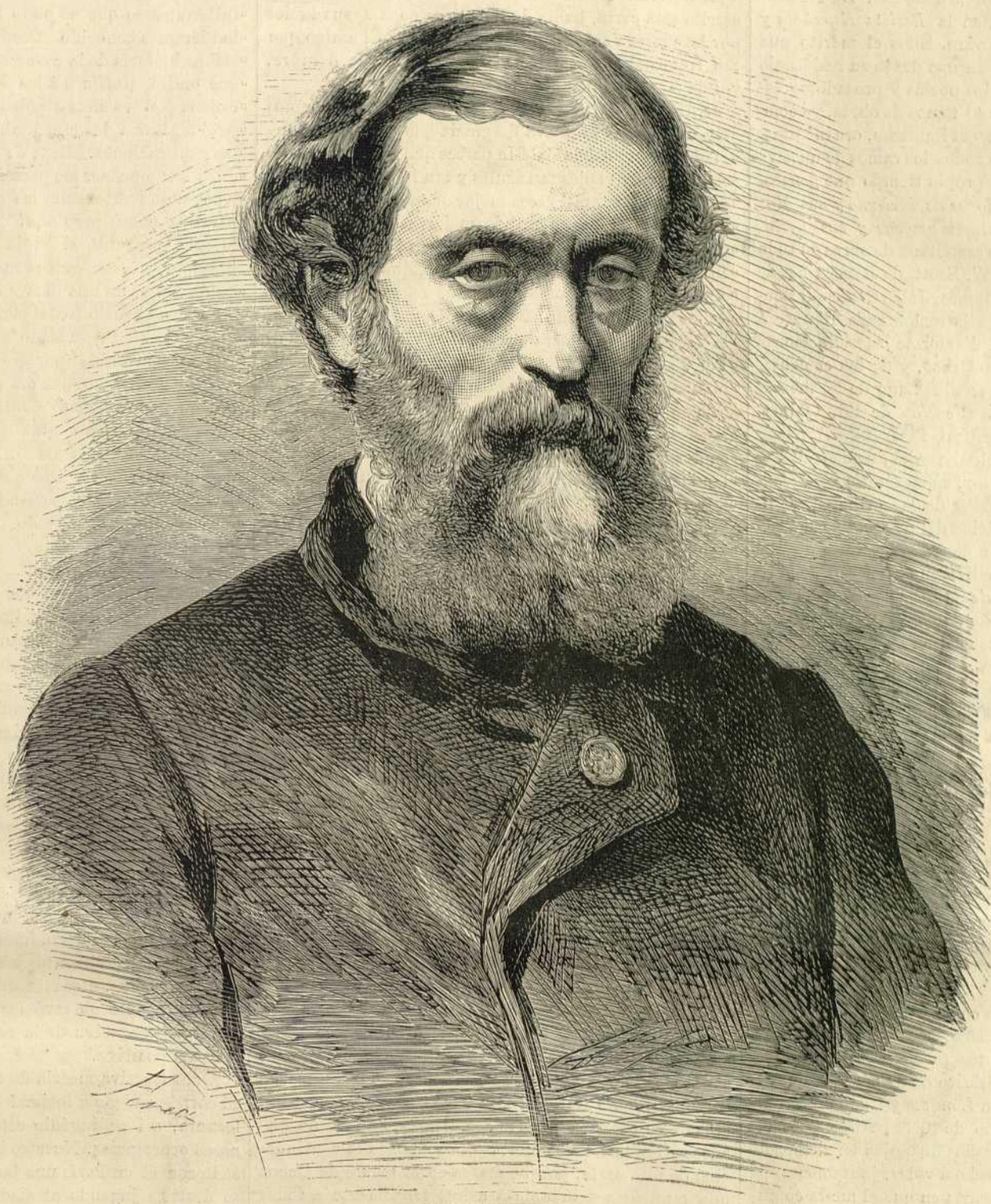
Agradeceré toda mi vida uno y otro obsequio, y pronto á coadyuvar desde luego al bondadoso propósito que le anima al dar á los lectores de esa revista la semblanza de uno de los hombres que más han contribuido al florecimiento de las modernas letras españolas, me presto gustosísimo, pasados los primeros días del vivo dolor en que á todos sus allegados nos ha sumido su muerte, á reconcentrar mi memoria para allegar algunos rasgos característicos que, pintando al sér intelectual y moral, completen el retrato corpóreo trazado por el hábil hierro que ha de dar á Vd. duradero renombre.

Agradezco á Vd. además que, al imponerme tan cortesmente la precisión de evocar antiguos recuerdos, alegres unos y melancólicos otros, me haya arrancado de la escena desgarradora á que estaba tenazmente adherido mi pensamiento. Usted, que presencié algo de aquel tristísimo cuadro; Vd., que fué testigo del estupor de toda aquella familia en el momento de helarse en sus labios la sonrisa de una ciega confianza con la horrorosa certidumbre de una catástrofe de súbito desplomada á impulsos de una dolencia traidora; Vd., que supo después que una sombra fatídica había invadido aquella morada, hasta pocos días antes templo de la poesía, de la música, de la felicidad, y que la pérdida absoluta de la esperanza había puesto fin á la desconcertada actividad de la esposa, de los hijos, de las compasivas Hermanas de la Caridad que le asistían, y de los buenos amigos, y aun á la generosa solicitud de los médicos; que Ochoa recibió la visita del Dios de paz transubstanciado, lleno de emoción y de consuelo; que durante el religioso acto, la numerosa comitiva que llenaba su aposento y cubría la misma escalera escuchó con edificación inefable palabras de unción y de fé que articuló el paciente; y que por último, solemnemente demudado su semblante en una larga agonía, todos los que con lágrimas regábamos su lecho buscábamos en vano en aquellos alterados lineamentos la expresión cariñosa de toda la vida y la luminosa inteligencia que había mitigado todos nuestros infortunios; Vd. comprenderá cuán grande es el beneficio que me hace al obligarme á ahogar, siquiera por breves momentos, esas dolorosas

* Véase LA ILUSTRACION DE MADRID, número 5, 12 de marzo de 1872.



PUENTE DEL DIABLO, EN MARTORELL.



EXCMO. SEÑOR DON EUGENIO DE OCHOA.

impresiones, para embalsamar mi mente con la brisa primaveral de las pasadas memorias.

No me es posible en el brevísimo plazo que las exigencias tipográficas de LA ILUSTRACION DE MADRID me prefijan, trazar una formal necrologia del que fué siempre para mí, más que otra cosa, dulcísimo hermano; ni semejante tarea puede corresponder á quien, por la misma causa, habria de parecer, no su biógrafo, sino su panegirista. Yo deseo, mi apreciado amigo, pues ya no titubeo en dar á Vd. este nombre, dejar correr á su antojo el raudal de los afectos que en esta ocasion se me agolpan, y prescindir de todo método de rutina para decir á los que personalmente no trataron al sagaz escritor público, al aplaudido autor dramático, al que habiendo sido en su primera juventud ardiente propagador de la *escuela romántica* en España, fué luego en su edad madura felicísimo intérprete de Virgilio; al erudito anotador y comentador del *Cancionero de Baena* y de casi todos los poetas líricos y dramáticos españoles; al académico discreto; al prudente Director de Instrucción pública; al juicioso Consejero; al hombre de Estado y al leal servidor de la corona, y sobre todo al ele-

gante y persuasivo poeta, que más que otro ninguno ha tenido el derecho de llamar á sus versos *Ecos del alma*, quién fué este literato y estadista en su vida íntima, en lo recóndito de su santuario psicológico, tal como él mismo se retrataba en sus más espontáneas producciones.

Escritores más aventajados, y de seguro menos apasionados que yo, dirán al público todo lo que Ochoa hizo por la literatura patria, en que se cifra su más hermoso timbre, durante una vida de trabajo incesante que, apesar de haber concluido á los 56 años, resulta larga y llena de acaecimientos, por haber comenzado en los mismos umbrales de la adolescencia. Ellos preparan ya, si no un juicio crítico, imparcial y maduro, al ménos un sumario exámen de las muchas obras que Ochoa dió á luz desde que en 1834 se preparaba con ensayos literarios, dramáticos * y líricos, siempre mati-

* Antes de esta época, y á la edad de 14 años, habia ya escrito, entre muchas composiciones de toda especie, una graciosa comedia titulada *D. Carlos marqués en la Habana*, que varias veces nos proporcionó accesos de verdadera risa convulsiva en nuestros ratos de ocio y fraternal abandono.

zados de gracia é ingenio, á fundar con su cuñado Federico de Madrazo *El Artista*, periódico de perdurable memoria, que fué en nuestro país el despertador de los más preclaros ingenios. Acaso no tengan noticia los dignos escritores que se ocupan en esa biografía, de algunas obras que yo conocí, como por ejemplo el drama *Matilde*, lastimosamente extraviado en el teatro del Príncipe con una bella traduccion que hizo del *Kean*, de Alejandro Dumas; otro drama titulado *Jeanne la olle*, que escribió en París en correcto idioma francés, en 1838, en la misma mesa donde yo hacia mis estudios de legislacion penal, mi preocupacion constante en aquel tiempo; un *Manual de literatura* que redactaba en 1868, y que compaginaba con tan portentosa facilidad durante su residencia en *Eaux Bonnes* aquel verano, que llenaba diariamente al pié de 38 cuartillas, segun él mismo me manifestaba en una carta fechada allí el 20 de agosto. Pero unas cuantas flores más ó ménos no cambian la naturaleza de la planta. Ellos, pues, se harán cargo de lo que significan y valen las producciones de Ochoa en *El Artista*, en *El Español*, en *La Abeja*, en la *Revista Enciclopédica*, en *El Católico*, en

El Domingo, en *La España*, en *El Herald*, en la *Revista Hispano-Americana*, en el *Semanario Pintoresco*, en *El Amigo del Pueblo*, en *El Orden*, de Buenos-Aires, en el *Correo de Ultramar*, en el *Journal des Débats*, en el *Moniteur*, en la *Revue de Paris*, en *La América*, en la *Revista Española de Ambos Mundos*, en *La Ilustración Española y Americana*, en la *Revista Española* y en *LA ILUSTRACION DE MADRID*. Ellos el mérito que contrajo quien difundió por Europa desde su residencia de París el conocimiento de los poetas y prosadores españoles por medio de más de 40 tomos de obras, ya completas, ya puramente selectas, ora impresas, ora inéditas, y de *Tesoros* en que encerró todos los ramos de nuestra fecunda literatura patria, al propio tiempo que generalizaba en España con sus *Horas de invierno* y sus *Mañanas de primavera*, sus *Lecturas amenas* y sus *Lecturas morales*, y con la versión castellana de obras de todo género, de David Hume, de W. Scott, de Lamartine, de Poujolat, de Víctor Hugo, Dumas, Jules Sandeau, Bouchardy, etc., la afición á la más renombrada literatura extranjera. Ellos quilatarán el valor de las traducciones de obras científicas que hizo Ochoa, y de los comentarios con que las enriqueció, en el tratado de *Economía Política* de Garnier, en la *Creación* de Ed. Quinet, en las *Formas de gobierno* de Hyp. Passy, en el *Tratado de Física* de Privat Duchanel; el caudal de su erudición literaria, sólida y de buena ley, en su *Catálogo razonado de los manuscritos españoles* de las principales bibliotecas de París, en su edición del *Cancionero de Buena* y en su clásica traducción de todas las obras de Virgilio; y por último, ellos analizarán al escritor exegético en su sabrosa *Miscelánea de literatura y viajes*, en sus estudios críticos titulados *París, Londres y Madrid*, en su bello prólogo á la reciente edición de la Corona poética de la reina María Cristina; al escritor dramático sin ambiciosas pretensiones, en las comedias *Incertidumbre y amor* y *Un día del año 1823*, y al poeta *cormentalista* * y profundo en los encantadores *Eclos del alma*.

Dejo, pues, ese vasto campo, y vengo á mi terreno.—Era Ochoa un hombre amante de la paz y de la concordia, idólatra de lo justo, de lo racional y ordenado; en sus sufrimientos resignado y humilde, en los dolores agenos tierno y compasivo. Nadie mejor organizado que él para sentir la que me atrevería á llamar *poesía de la benevolencia*. Algunas deformidades morales le contristaban profundamente; pero nada como el ceño inmotivado, la cólera estrepitosa, y la crueldad con los pequeños.

Para los que sufrían tenía consuelos llenos de persuasión. Me reservaba para mí sólo, como un aficionado á perfumes recela avaricioso una preciosa esencia que no se vende: la noticia de un librito de 32 páginas que mi querido hermano compró en Londres y traducía á ratos perdidos en París en el otoño de 1855, cuando Dios me arrebató á mí por mis pecados dos hijas en el espacio de doce días; pero ahora la echo á volar, juntamente con otros secretillos, porque la carta en que él me la comunicaba es una de las que he elegido entre el grueso mazo de cartas que conservo suyas, para dar á conocer su hermosa alma y una de las más interesantes fases de su talento, cual es la facilidad, originalidad y tersura de su estilo epistolar.

«Con vivo dolor (me escribía desde París en fecha del 25 de octubre) hemos sabido por un parte telegráfica de P... la cruel desgracia con que Dios ha querido probaros. Mucho valor necesitáis para sobrellevar ese duro golpe; pero tal está el mundo y tan triste es el porvenir que se presenta á los vivos, que, aun prescindiendo de consideraciones más altas, la suerte de los que se van, lejos de causarnos aflicción, debe parecer-nos la prueba de un especialísimo favor de Dios.—Ahora cabalmente estoy entretenido á ratos ociosos en traducir un admirable cuadernito que compré en Londres, titulado: *To a christian parent on the death of an infant*. Son páginas escritas con el corazón. A fuerza de leerlas, encantado de encontrar en ellas á cada nueva lectura alguna nueva belleza, he llegado á aprenderlas de memoria, y de buena gana te las enviaría si tuviese más de un ejemplar. Todas las verdades (vulgares ya sin duda de puro repetidas y que por lo mismo no producen efecto), todas las verdades que deben consolar-nos en la pérdida de los hijos, especialmente de los pequeños, adquieren allí la fuerza de una demostración matemática. El tratadito está en prosa, pero contiene además frecuentes y muy breves sentencias en verso, tan encantadoras como esta:

Our hearts are fastened to the world
by strong and various ties;
but every sorrow cuts a string
and urges us to rise.

* Expresión de Maroncelli que juzgo muy feliz.

«Nada es más útil en las grandes penas que ocupar el espíritu en cualquier cosa: yo lo sé por una larga experiencia: tres veces he bebido la amarga copa que ahora estás tú apurando: ya ves que puedo hablarte con autoridad de maestro.»

El horrible trance en que se vió á los seis años de escrita esta carta, había de llevar esa copa á sus labios por la cuarta vez!—Quisiera olvidarlo.—El amigo que tan fraternales consuelos me daba en 25 de octubre, volvía á escribirme en 11 de noviembre:

«No sé cómo expresarte la gran pena que todos hemos tenido al saber la nueva desgracia que Dios os ha enviado. ¡Pobre Adelaida! Me parece que la estoy viendo, con sus grandes ojos tan azules y tan inocentes... Mejor está que estaba, mil veces mejor que estamos nosotros. En estas ocasiones es cuando mejor se siente toda la dulce poesía, ó más bien toda la verdad que se encierra en la antigua costumbre de España, que aún conserva el pueblo, de celebrar con danzas y regocijos la muerte de los niños pequeños. Bajo otra forma lo mismo hace la Iglesia. La primera vez que yo ví, en el puente de Toledo, una porción de mujeres y niñas, vestidas de blanco y llenas de flores, bailando alrededor de una caja en que iba descubierto el cuerpo de una criaturita muerta, me escandalicé; ahora me parece que no puede expresarse de un modo más tierno ni más significativo la alegría de tener en el cielo un ángel que mire por nosotros.»

Peró estos consuelos no podían ser eficaces para él cuando en 1861 padecía el grande infortunio que había de acibarar los diez años postreros de su vida. Aplazo por segunda vez el entrar en esta horrible fase, cuyo recuerdo me hace aún erizar el cabello, para poder dar á Vd. y á los lectores de ese periódico que tienen la bondad de leer esta carta, una leve idea de las demas cualidades que resaltan en el estilo familiar de Ochoa en los pocos años que, hasta esa funesta fecha de 1861, le quedaban aún de felicidad á medias.

Su benevolencia no era aquella virtud egoísta que tiene por único objeto el bien de la propia familia; se extendía á todos, especialmente á los que sufren: era la verdadera y genuina caridad cristiana, y su ternura con sus amigos desgraciados no tenía límites.—La primera y bella esposa del distinguido escritor y jurisconsulto D. J. F. P. falleció en París víctima de una enfermedad que hace dolorosos estragos entre las personas de aquel sexo, y escribiéndome Ochoa acerca de este triste suceso, me decía: «Ha pasado tu hermana la noche velando á la pobre Dolores P..., que desde anteayer está en la agonía con todos los Sacramentos recibidos, y que regularmente no saldrá del día de hoy. Padece de un cáncer, y su calentura ha tomado desde ayer un carácter tifóideo, por manera que ya no tenemos esperanza alguna. ¡Pobre Dolores! Conserva toda su razón, y habla de su próxima muerte con alegría, aunque no parece ni el más leve dolor.»—Y es curiosa la continuación de esta carta, porque marca en la mente de Ochoa una tendencia saludable á asirse tenazmente á todas las revelaciones y manifestaciones de la vida futura del espíritu contra el materialismo volteriano.—«Asegura que ha visto á Dios y á la Virgen y que su única pena nace de la compasión que nos tiene á todos los que nos quedamos en este valle de miserias. Habla y conoce á todos, y á todos nos llama de tú. ¡Es cosa singular! A la cuenta nos mira á todos como hermanos. Creo evidente que en los límites de la vida el alma tiene percepciones sobrenaturales, que en nuestra ignorancia calificamos de delirios, y que, bien observadas, podrían darnos mucha luz sobre las cosas de este mundo y las del otro.—Aunque con la frialdad propia de mi carácter y con el poco tiempo que me dejan libre ocupaciones preferentes, sigo en mis ratos ociosos estudiando teóricamente la cuestión del *mag-netismo espiritual*. He asistido como mero espectador á dos sesiones del baron Du Potet, y mi asombro ha subido de punto, aunque el incrédulo G..., que me acompañó á una de ellas, dice que todo es farándula. Se engaña, ténlo por cierto. Allí hay algo: el tiempo lo aclarará.»

Y ya que nos hemos metido en pleno *espiritismo*, no quiero que quede inadvertida la formalidad y buena fé con que tomaba Ochoa estas novedades en su sed de apurar la verdad de todo.—«Voy á contarte una cosa (me escribía por aquellos mismos días) que me tiene asombrado y que creo te sorprenderá: nos pasó ayer á tu hermano F... y á mí. Ni uno ni otro creemos, como ya supondrás, en lo que llaman los *espíritus*, que tienen trastornado el seso á casi toda la América del Norte; pero instados por S... y por D. P. R... á quienes tiene fanatizados esa doctrina, asistimos ayer á las dos á una sesión espiritista en casa de un es-

pañol, amigo mio, persona muy respetable. Eramos entre todos siete, y en este número entraba L. P..., tan incrédulo, ó más bien predisuelto contra esas locuras, como F... y yo. No voy á juzgar, por supuesto, sino á referirte lo que vimos, advirtiéndote que tengo (tal vez me engañe) una absoluta convicción de que allí no hubo fullería; creo que no pudo haberla; P..., F... y yo lo hubiéramos conocido. Después de una larga y curiosísima historia de la *conversion* de S... en Nueva-York, que omito, pasamos á los experimentos. Formada la cadena por los siete alrededor de una mesa, ésta empezó á girar á los cinco minutos, sin que ninguna de las explicaciones físicas de este fenómeno que he leído, y son muchas, me pareciese aplicable á aquel caso. Apoyando fuertemente las manos y los piés, hicimos parar la mesa; pero aquí empezó lo realmente notable. S... preguntó si había acudido algun espíritu al influjo de nuestra cadena magnética, y la mesa, levantando dos veces una pata y dando con ella dos fuertes golpes en el suelo (señal convenida para afirmar), contestó que sí. Preguntado su nombre, contestó de la manera convenida (por golpes correspondientes á las letras del alfabeto) que era el *espíritu de Octavia*. Del mismo modo contestó á varias preguntas, siempre con acierto; mas como estas eran fáciles de contestar y además estaba presente S..., que me inspiraba cierta desconfianza, te confieso que poco ó ningun efecto me producía aquello. Mas cuando se fué S..., por tener una cita urgente, y sobre todo, cuando pregunté al espíritu insidiosamente cosas que ninguno de los presentes sabía, ni aun el mismo F...; cuando éste á su vez hizo la misma prueba, y ví que siempre las respuestas de la mesa eran exactas y limpias, es decir, exentas de toda anfibología y titubeo, francamente, no diré que me convertí (mi espíritu rebelde perseveraba en su incredulidad burlona), pero sí que me quedé asombrado. En dos palabras te formularé mi situación: si ayer mañana, ántes del experimento, me hubiera contado alguno lo que yo te cuento ahora con la mejor fé del mundo, de seguro le hubiera juzgado impostor ó loco; naturalmente si me lo contase hoy, no le juzgaría ni lo uno ni lo otro; me abstendría de juzgar. Por de pronto hoy voy á comprar la obra clásica del marqués de Mirville, y ya te diré qué efecto me produce su lectura. ¡Habrá algo en esto, ó será todo ello pura farándula? Verdaderamente el mundo camina derecho á volverse loco, como decía nuestro Donoso.»

Aquellos experimentos y estudios no volvieron á preocupar á Ochoa, dígame muy alto en honor de su buen seso, en cuanto observó la tendencia del nuevo *pitonismo* á la negación de la religión revelada y de toda religión positiva.

¡Qué atractiva mezcla de cariño y de gracejo hay en su correspondencia íntima! Como su corazón rebosaba ternura, así su ingenio estaba siempre brotando donosos ocurrencias. Nuestro hermano L..., que había pasado con él en París una larga temporada, y con quien se divertía jugando al ajedrez, interesado siempre en las partidas con la fé de un niño, regresaba en enero del 56 á Madrid.—«No puedo expresarte (me decía con aquel motivo) la pena que tengo por la ida de L... Me parece como que se rompe con ella el último vínculo que nos une á vosotros, que sois mi verdadera patria... Pero te diré en confianza que su marcha es una verdadera fuga: se vá impulsado del horroroso miedo que me tiene al ajedrez, efecto natural pero exagerado de las despiadadas zurras que le doy todas las noches, después de comer *, á ese noble juego, que nunca poseerá á fondo porque se obstina en no ver en él más que una lucha ruin de triquiñuelas, en vez de seguir los elevados principios de mi escuela, toda de hermosas y trascendentales combinaciones.»

Habiame preguntado varias veces el número de mi nueva casa, sin resultado por distracción mia, y en su carta de 17 de marzo de dicho año 56 me escribía esta postdata: «¿Cuándo querrá Dios que me digas el número de tu casa? O es que no les tiene? (remedando oportunamente la grotesca locución de cierto individuo de Aranjuez). Lo habré preguntado unas cuarenta veces, y os obstináis en callármelo, como si fuera algun misterio nefando... Por lo demas, no quiero ser imprudente: si teméis que el saberlo me ha de producir demasiado efecto, no me lo digáis: por Dios, no me lo digáis!!!»

Omito centenares de ocurrencias que se me vienen á la memoria aún más graciosas que las precedentes, por no hacer interminable esta carta.

Pensé dejar para el fin la narración de la espantosa

* L... niega el hecho, y sostiene que era él quien daba las zurras á Ochoa.

tortura que sufrió el paternal corazón de Ochoa en el año 1861 y de las delirantes excursiones que su razón, medio extraviada por el dolor, hizo entonces por las regiones sombrías de lo desconocido y del infinito. No me siento con fuerzas para renovar con sus pormenores aquel suplicio á su desolada familia. Diré solo la ocasión de aquel solemne suceso: fué primero un baile en que se fingía un Eden y una fantástica primavera; fué luego que en ese mismo baile una hija de Ochoa de 21 años, hermosa como las flores, inteligente como los ángeles, se vió de súbito envuelta en llamas por haberse comunicado á su vestido el fuego de un fingido tulipán de gas; y fué por último, que al cabo de un purgatorio de cuatro meses largos, durante los cuales se sucedieron desgarradoras emociones, alaridos de dolor, contorsiones, carcajadas convulsivas, cantos de esperanza, gritos de desesperación, éxtasis magnéticos, apariciones celestiales y santas revelaciones, aquella criatura, que de ángel de belleza paró en sangriento y denegrido espectro, rindió su espíritu al Criador, dejando á su familia sumida en un abismo de confusiones é indescriptibles dolores.—¿Qué mucho que llevase el semblante de Ochoa en estos últimos diez años la majestuosa estampa de la melancolía? Con ella recorrió la Europa y parte del Oriente... pero creemos que la esperanza de reunirse á su adorada mártir endulzó al morir su penosa agonía.

En la emoción que me domina, no acierto con las acostumbradas frases de despedida; adjudíquelas Vd. á su gusto, con tal de que sean las más cordiales y delicadas.

De Vd. amigo y seguro servidor Q. S. M. B.

PEDRO DE MADRAZO.

Madrid, 7 de marzo de 1872.

UNA NOVELA POR ENTREGAS.

I.

Dígame lo que se quiera en alabanza del poderoso instinto de sociabilidad que ennoblece al género humano, yo creo que de día en día va siendo más difícil el trato y comunicación del hombre con el hombre, y que á medida que más se ensanchan los horizontes de lo que podemos llamar civilización al por mayor, más y más se dificulta el comercio social en detalle y á la menuda. Ello podrá parecer una paradoja; pero de mí sé decir, que desde el día que abandoné las soledades adonde me llevaron desengaños del mundo y melancolías de soñador, no he salido una sola vez á la calle sin recibir una impresión desagradable, sin encontrar en el trato con mis semejantes un motivo de disgusto, de hastío ó de repulsión. Maravilla ha sido que á las primeras de cambio no haya dado con un descortés que me ha saludado con una grosería, ó con un pedante que me la ha echado de padre maestro, ó con un tutor y curador que me ha querido gobernar á su gusto, ó con un impertinente que me ha corregido el lazo de la corbata, ó con un barbilampiño que me ha querido examinar de calavera, ó con un chismoso que me ha contado, con el aumento del 5 por 100 de corretaje, lo que de mí se murmuraba: en una palabra, con una de las plagas innumerables que pueblan los paseos, los teatros, los salones, todos los centros de reunión donde se practica ese comercio de mala fé que se llama trato social.

No se crea por esto que soy misántropo... ¡oh! eso no; libreme Dios de caer en ese abominable estado del alma y del espíritu que podría definirse la nostalgia del estado salvaje en el seno de la sociedad. ¿Qué especie de monstruo sería el hombre si se despojara de la benevolencia, de ese atributo superior que le permite ensanchar el círculo de la simpatía más allá de los estrechos límites concedidos al bruto?

No, yo no soy misántropo; creo, por el contrario, que es una excesiva benignidad de carácter (si se me permite la inmodestia) la que atrae sobre mí las plagas sociales de que me quejo, á la manera que, según la opinión vulgar, la sangre ricamente adularada es causa de predilección para los mosquitos. Si así no fuera, ¿cómo se explicaría la inefable beatitud de que me veo poseído siempre que al acostarme no siento el corazón dolorido, aporreado el entendimiento ó contuso el sentido común? Los días que tal sucede, que por desgracia son muy raros, el mundo me parece una mansión de delicias; el júbilo me hace ver en los homoplatos de mis semejantes las alas incipientes del querubín, y, á diferencia de un famoso tirano, quisiera que la humanidad tuviera un solo cuello para confundirla en un abrazo universal. Todo en esos momentos de inexplicable ilusión me parece bello y sonrosado como la aurora de una ansiada

felicidad: veo la criatura labrando la felicidad de la criatura; la política realizando los fines de la moral; la palabra sirviendo de vehículo á la verdad y de difusor maravilloso á la universal simpatía... ¿Qué más diré? Hasta la novela por entregas me parece en esas horas de deliquio un pecado soportable y venial.

¡La novela por entregas!... Inagotable manantial de penosas emociones, cuando, por rara fortuna, no me encuentro bajo la influencia anodina de un candoroso optimismo! ¡la más irremediable de todas las plagas que acibarán mi vida! Irremediable digo, porque de ella no me es posible huir: la veo en todas partes, y me atrae como el vacío. Cuando mi mala suerte no encuentra á mano un pedante, un mal criado, un perillan con que torturar mis nervios, nunca la falta una entrega de novela que ponerme en emboscada detrás de una puerta... ¡Y qué entrega! La más subversiva del buen sentido, la más disparatada de cuantas en busca de acomodo corren diariamente de casa en casa. La ingeniosa, la entretenida, la que disimula sus faltas bajo las galas con que la adereza una imaginación lozana, esa raras veces se me viene á la mano: la inevitable para mí es aquella en que se trastornan las leyes del planeta, ó se insinúan estupendas teorías políticas y sociales, ó se entregan á la más desatada anarquía las reglas de la gramática. Cuando cae en mis manos uno de esos fragmentos de libro destinados á entretener el ocio de mis amables conciudadanas, apodérase de mí una curiosidad salvaje, una comezon irresistible. La viñeta estampada en las cubiertas del cuaderno á guisa de señuelo me fascina; el vértigo se apodera de mi cerebro, y déjome arrastrar por una fuerza irresistible semejante á la que subyuga al gorrion imprudente en la atmósfera magnética del mochuelo cazador.

II.

El otro día, al volver de mis soledades, creí por un momento que durante mi ausencia el mundo había experimentado una sensible transformación. Me hallaba en la ciudad, y había recorrido impunemente sus calles sin recibir ninguna de las desagradables impresiones que poco antes me habían obligado á abandonarla. Creí de buena fé que era llegado para mí uno de esos días que la supersticiosa antigüedad marcaba con piedra blanca, y sentí retozarme en el corazón un no sé qué de falansteriano que volvió á despertar en mí los apagados instintos de sociabilidad.—Haré una visita, dije con ánimo resuelto y valeroso.

Era tentar al diablo; pero quise ver hasta qué punto era durable el manso cefrillo que por tan fácil y desusado rumbo guiaba aquel día mi barquilla. Anduve dos calles más sin tropiezo, y me encontré sano y salvo en casa de una señora, antigua amiga mía, á quien no había visto en mucho tiempo. Su hija Rosita, niña de quince años que se ocupaba con abinco en borrar las gracias de la adolescencia bajo un peinado abrumador y una capa compacta de blanquete y arrebol, se mecia, cuando llegué, en una butaca de verano, como se mece la flor de su mismo nombre acariciada por las brisas primaverales: tal me pareció, á lo ménos, bajo el prisma que en aquellos momentos embellecía á mis ojos todos los objetos. Mas ¡ay! bien dice el adagio: no hay rosa sin espinas; al pasear una mirada cariñosa alrededor de aquel tallo esbelto y de aquella flor delicada, observé que las hojas de que estaba rodeada eran las de unas entregas de novela, profusamente esparcidas sobre dos sillas que flanqueaban la butaca; y hubiérame de jado arrastrar de la invencible curiosidad que en mí despierta esa literatura trashumante, á no recordar por los títulos y viñetas de las cubiertas que ya otra vez había recogido en aquellas páginas el amargo fruto de la tentación. Confíe, sin embargo, en que la discreción de Rosita, que acababa de salir del colegio con fama de muy instruida, y la amabilidad de su madre, neutralizarían la desagradable impresión que acababa de recibir, y con esta esperanza me dispuse á pasar un rato agradable en su compañía.

Hablamos del calor, y el tema nos condujo naturalmente á discurrir sobre los placeres del campo; pero á las primeras de cambio Rosita se enfrascó en la improvisación de un idilio, cuyo estilo afectado y empalagoso comenzó á ponerme en consternación, y al cabo de un cuarto de hora de cháchara me preguntó como por vía de corolario de su bucólica lucubración:

—¿Es Vd. aficionado á pescar con caña?

—No conozco ese arte, la respondí.

—¡Oh! replicó Rosita poniendo los ojos en blanco; entre los placeres del campo yo no encuentro ninguno comparable á la emoción que experimenta el pescador de caña al prender un cetáceo en el anzuelo.

—¡Maldición! exclamé para mis adentros; ese cetáceo no me es desconocido; le he visto por primera vez en una de esas entregas de novela popular que estaba leyendo Rosita. Soy perdido: esa niña rumiaba la flor y nata de la literatura popular.

—¿No es Vd. de mi opinión? me preguntó Rosita, viéndome suspenso y distraído.

—Sí, sí, en efecto, respondí; confieso que ese cetáceo pescado con caña debe producir la más imponderable de las emociones.

—¡Yo la he experimentado más de una vez! añadió Rosita haciendo asomar á sus labios la sonrisa del amor propio satisfecho. ¡Oh! No comprendo cómo hay almas insensibles á esos placeres sencillos. ¿Es Vd. aficionado á emigrar en la canícula?

—En la canícula y en cualquiera estación, Rosita. ¿Y usted?

—¡Oh! yo no estoy por los viajes de verano al extranjero, ni comprendo cómo hay quien prefiera otros países á las pintorescas comarcas de España. La moda en este punto es exagerada y ridícula. ¿Qué irá Vd. á buscar á Francia ó á Suiza, que no se encuentre más cerca y más barato en este privilegiado país? A mí me parece hasta criminal ese prurito de rebajar á los ojos del mundo todo lo que es español. ¿Qué incalificable monomanía! Yo creo, como un escritor popular, que á ser ménos enorme la distancia, la gente acomodada se iría á pasar el verano al Congo ó á la Zona Tórrida... ¿Ha estado Vd. alguna vez en el Congo ó en la Zona Tórrida?

—Sí, respondí con profundo desaliento; los visité antes de su divorcio.

—¿Antes de su divorcio? ¿qué quiere Vd. decir?

—No, nada; quería decir que cuando yo estuve allá, el Congo no era todavía una cosa distinta de la Zona Tórrida. Verdad es que en aquellos tiempos la novela por entregas estaba aun en su período de incubación, y por consiguiente la geografía no había dicho la última palabra.

—Puede ser, dijo Rosita con la distracción propia de las personas que se escuchan á sí mismas mientras hablan los demás; pero supongo que Vd. será de los míos, yo soy muy intransigente en esa materia, y he declarado guerra sin tregua á esa incalificable manía de gastar el dinero fuera de España. ¿Dónde vamos á parar? A ese paso llegará día en que se cumpla el vaticinio de un novelista popular.

—¿Y qué es lo que vaticina ese novelista, Rosita?

—Lo que es muy natural: que siguiendo en progresión ascendente esa deplorable manía, la gente de posibles no se dará por satisfecha hasta que consiga pasar el verano en el polo frío y el invierno en el polo caliente.

Al oír estas palabras se me enfriaron los pies, y mi cabeza ardió como un volcán. Mis extremidades reprodujeron con una detestable fuerza de simpatía los dos polos de Rosita. Me refugié en lo más recóndito de la butaca, y me eché un punto en la boca para no dar pié á que la niña llevase más allá de los fuegos del Sur su erudición cosmográfica.

La madre de Rosita guardaba silencio y me miraba, radiante de orgullo, buscando en mi semblante señales visibles de la admiración que la cultura intelectual de su hija, su talento y su discreción debían causarme.

Rosita esperó un minuto, y viendo que yo seguía silencioso y cabizbajo, me dijo:

—La interrupción de nuestro diálogo me recuerda una frase muy bonita que acabo de leer en esas entregas: «Hay pausas que la prolongación de ellas es un martirio.» ¿No es verdad que es un rasgo feliz?

—Si el apotegma, respondí, es cierto en la forma, como puede serlo en el fondo, lo siento por la gramática.

—No comprendo lo que quiere Vd. decir, repuso Rosita.

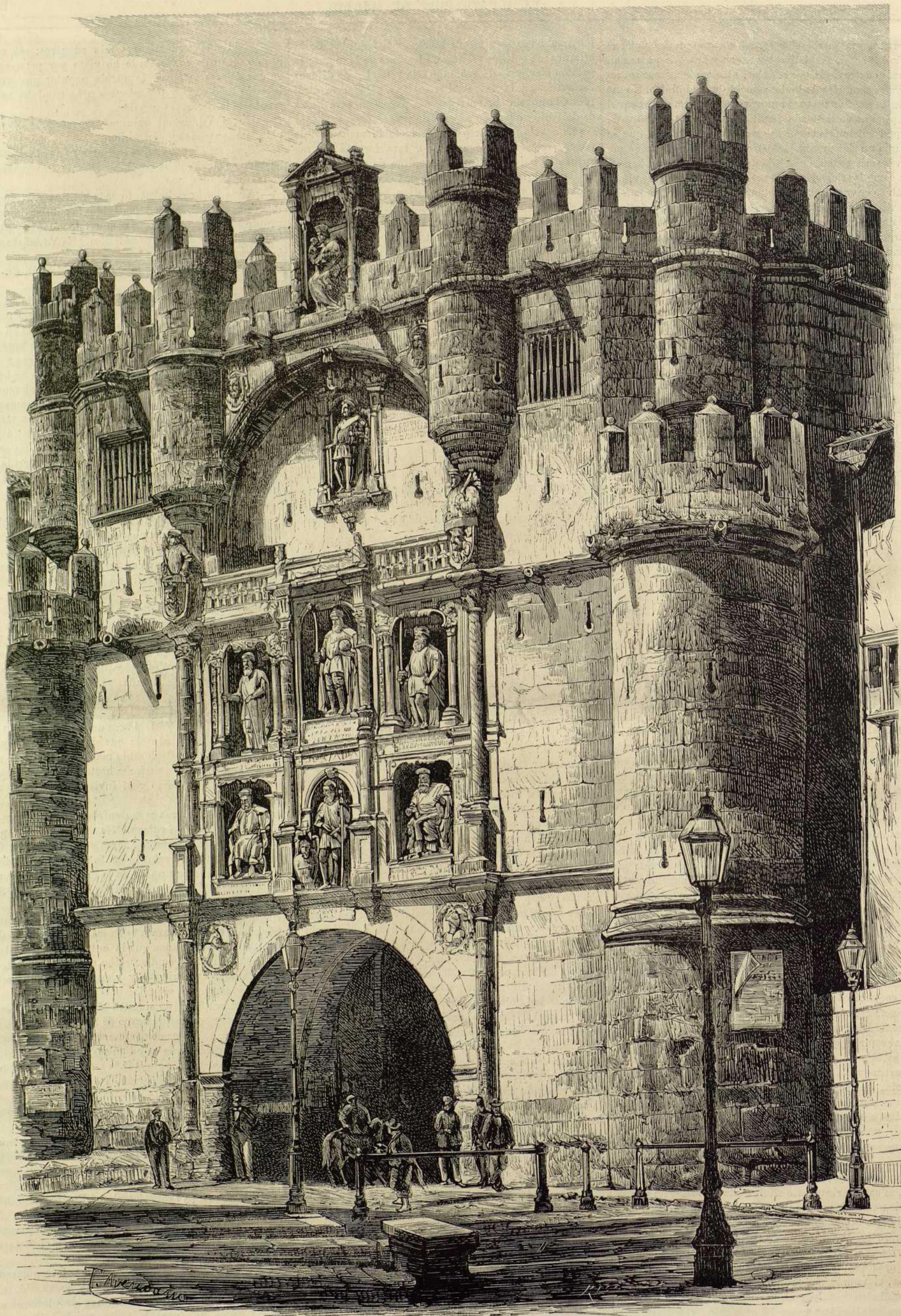
—No, nada de particular: quiero decir que el aforismo que Vd. ha citado con maravillosa oportunidad, podrá ser muy bueno en lo que tiene de absoluto; pero no me lo parece tanto en lo que tiene de relativo.

—¡Ah! vamos, ¡ya caigo! exclamó Rosita con ironía; usted es purista y ha pescado en esa frase algún defectillo gramatical que le ha puesto en consternación.

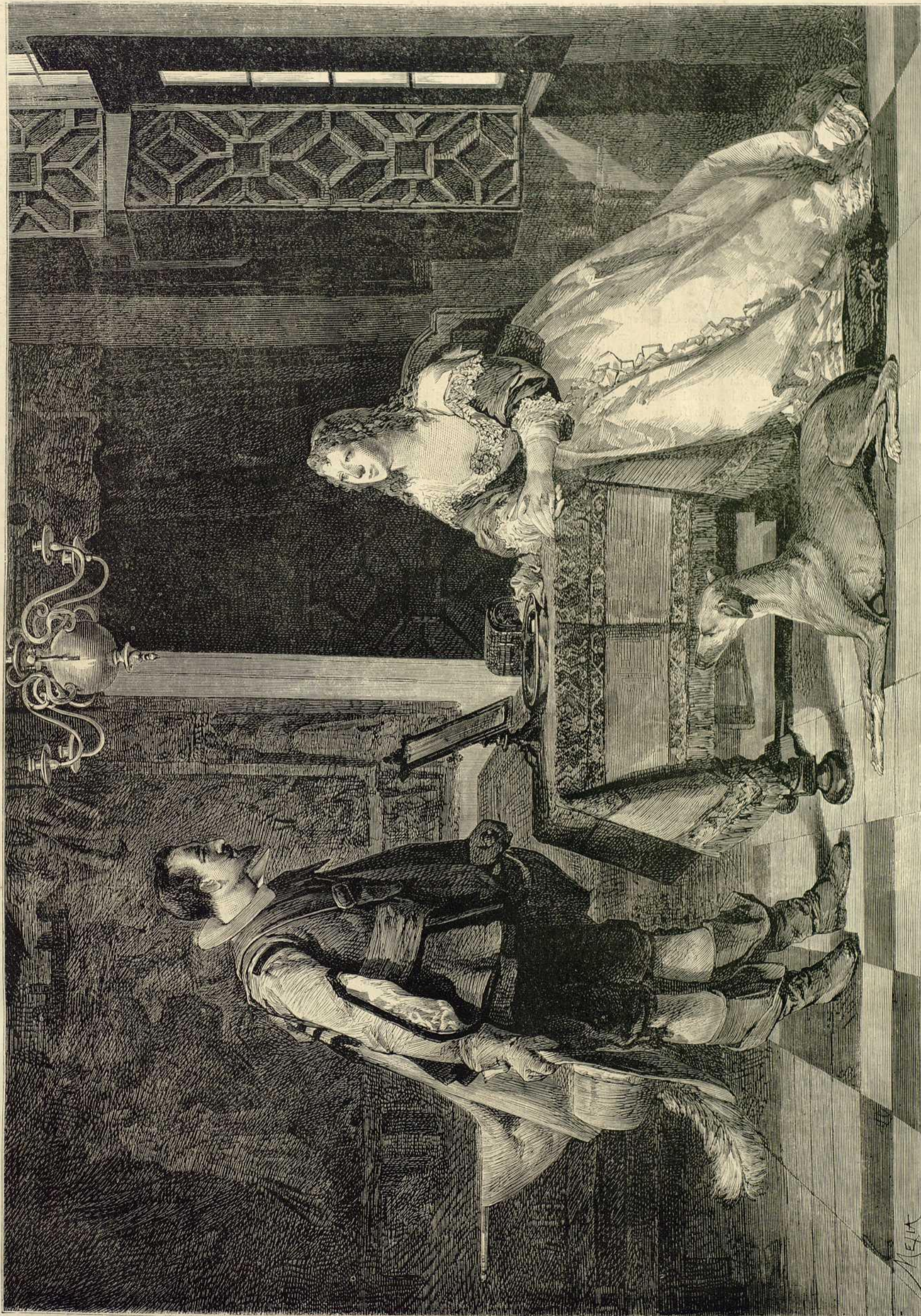
—No diré que no, Rosita; y eso que en materia de pesca debía estar curado de espanto.

—¡Vaya, vaya! qué melindroso y qué descontentadizo vuelve Vd. de sus soledades. ¿Se ha hecho Vd. misántropo? (La mamá dió un respingo de placer al oír en boca de su hija vocablo tan revesado.) ¿Qué mala yerba ha pisado Vd. en el campo?

—Ninguna, Rosita; el campo es la felicidad: el trinar de las aves, el murmullo de los riachuelos, el suspiro de las brisas, y hasta el canto de la cigarra, tienen para



ARCO DE SANTA MARIA, EN BURGOS.



LA VISITA.—Cuadro pintado por D. José Casado del Alisal.

mi un atractivo de que carece por lo comun la voz humana. Esos susurros de la soledad no tienen palabras, y puedo escucharlos y traducirlos á mi placer, sin temor de caer bajo el yugo del sonido articulado.

—¿No lo dije? Vd. se ha vuelto misántropo... Todo eso es bilis, nada más que bilis. ¿Ha tenido Vd. algun disgusto grave, alguna pérdida sensible, algunos amores desgraciados? ¡Oh! el espíritu de contradicción es hijo de la adversidad. Pero otros tiempos, otros pensamientos: pasará la causa de ese mal humor un poco salvaje que predispone su ánimo contra todo lo que es bello, culto y amable, y entonces volverá á parecerle de color de rosa lo que hoy se presenta á sus ojos negro y aborrecible. No hay bien ni mal que cien años dure: *el equilibrio social es tan grande y tan sólido, por más que algunos digan lo contrario, que no hay mal que no tenga fin en este mundo.*

—Basta, Rosita; no diga Vd. más para convencerme; esa máxima profunda tiene la fuerza de veinte caballos. ¿Es Vd. quien la ha discurrido?

—¡Oh! no raya tan alto mi pobrísimo ingenio. Esa reflexión del autor de esas entregas de novela que estaba leyendo.

—Lo imaginaba: ese equilibrio social cuya maravillosa virtud es causa de que los males de este mundo acaben en este mundo, me parece en el orden moral una solución tan asombrosa, como lo es en el orden físico la que resuelve el problema de suspender de la punta de una caña un tiburón ó un cachalote.

—¡Oh! exclamó Rosita poniendo otra vez los ojos en blanco; problemas más trascendentales resuelve el autor de esas entregas. ¡Si Vd. viera con qué talento zanja la cuestión del clero parroquial; con qué elocuencia definiendo á esa clase respetable tan injustamente postergada, y con qué buen sentido propone los medios de mejorar su suerte!

—¡La suerte del clero parroquial!... ¡Ah! ¡Rosita, por piedad, no aumentemos las tribulaciones de esa desventurada familia!

—Muy desventurada, sí, señor, y por eso mismo debían seguir al pié de la letra los consejos de ese autor popular. Oiga Vd. como discurre en esta materia: *El hombre por ley natural tiende á la conservación del individuo. Cuando su escasa fortuna no presta más que para él escasamente, el egoísmo le dicta esta reflexión: primero soy yo.*

—La inflexibilidad de esa regla no es un título de gloria para la humanidad... Pero no importa, adelante; alguna ventaja nos han de llevar los brutos.

—Ahora bien, prosiguió Rosita, que se moría de impaciencia por lucir el fruto de su lectura; *un cura es un hombre; esto es incuestionable: como tal, tiene las mismas necesidades que nosotros; esto se cae de su propio peso.* Pues bien; el autor observa muy oportunamente que la corta asignación destinada á cubrir sus necesidades, no le permite alargar el brazo como no sea para coger algo.

—¡Ah, Rosita! ¿Con que ese brazo que se extiende para bendecir, no es más que una garra de cernícalo ó gerifalte? Los términos en que ese autor popular plantea la cuestión, serán muy ingeniosos, pero no me parecen por extremo caritativos.

—Pues ello es indudable, repuso Rosita, que la escasez en que vive el clero parroquial es la causa de que se cometan algunas veces abusos que desacreditan á la clase.

—¡Ah! vamos, algunas veces... De manera que todas aquellas desconsoladoras promesas del hombre aplicado por ley natural á la conservación del individuo, y obedeciendo por cálculo á los estímulos del egoísmo, no tendían á establecer la regla, si no la excepción? Muy bien, Rosita; eso ya me parece menos irreverente. Con lo que no estoy de acuerdo, es con eso de que los abusos que se cometen algunas veces desacrediten á una clase tan respetable. Pero esa es *peccata minuta*; vamos adelante, que ya está Vd. en buen camino de arreglar al clero parroquial.

—Pues bien, la cosa se cae de su propio peso: el clero parroquial no puede llenar su misión si no está mejor retribuido. Vd. debe saber que en los pueblos, por lo general, se acude al cura en todos los conflictos de la vida. *Si el cura le dice á un feligrés: No puedo remediarle; soy más pobre que tú, la inmediata es calificar al pobre hombre de cura sin entrañas y de mal sacerdote.*

—¿Aunque sea un santo varón? ¿Qué picardía! ¿De manera que el cura más virtuoso del mundo puede tener por seguro que apacienta un rebaño de lobos, mientras no tenga medios de socorrer á sus feligreses en todos los conflictos de la vida? El caso es grave, en efecto. ¿Y cómo se remedia eso, Rosita?

—Del modo más sencillo. ¿No se le dan á un escribiente de Hacienda ó de Gobernación 25 duros al mes para que haga y gaste su sueldo como quiera?

—Poco á poco: en que lo gaste no hay inconveniente; pero en que lo haga puede haberlo, y muy grande: la ley persigue á los monederos falsos.

—¡Oh! ¡Si Vd. se para en niñerías!... El autor así lo dice: no hago más que citar sus propias palabras.

—Adelante.

—Pues bien: *supongamos al cura párroco en la misma categoría que al escribiente, y démosle otros 25 duros.*

—Con mil amores; ya los tiene.

—No, poco á poco; para eso se ha de tomar parecer de su conducta á los pobres del lugar..

—¿Para qué? ¿Para saber si se le han de dar los 25 duros que gana el escribiente?

—Cabal.

—¡Ah! ¿Con que esos mismos pobres que ponen al cura como chupá de dómene, y le tratan de mal sacerdote y de hombre sin entrañas cuando no puede socorrerles, son los que han de informar sobre su conducta?

—Justamente, replicó la imperturbable Rosita; si ellos dicen: el cura es bueno, el cura es nuestro amigo, el cura es nuestro protector, indudablemente el cura es bueno.

—Asombroso: ya tenemos arreglado al clero parroquial.

—Por supuesto, y á los feligreses; y el arreglo no será completo hasta que ningun infeliz pise el dintel de la casa del cura sin encontrar socorro.

—No, poco á poco; si los infelices, para ser socorridos, han de pisar el dintel de la casa del cura, trabajo les mando. El umbral querrá Vd. decir.

—Dintel llaman á eso el autor de esas entregas y otros afamados escritores, replicó Rosita, cuyas mejillas empezaba á encender el enojo.

—¡Ah! pues si lo dicen esos señores, todo el mundo cabeza abajo: aunque si el *equilibrio social* tiene virtud para curar los males de este mundo, también le tendrá para evitar que se rompan el bautismo los que anden patas arriba por las vigas.

—¡Jesús! ¿Qué delicado de paladar ha venido Vd. de sus soledades! me dijo la niña avanzando el labio inferior para significarme el más soberano desden; y volviéndome la espalda se enfrascó en la lectura de su autor favorito.

La mamá había comprendido al fin que yo no rendía culto muy respetuoso á las dotes intelectuales de su hija, y había tomado la actitud imponente y severa de una deidad ofendida en su criatura predilecta. El silencio adquirió en pocos segundos una elocuencia irresistible: tomé el sombrero y me despedí de aquellas señoras, dejándolas en libertad de morderme á su sabor.

Al salir de la casa topé de manos á boca con el cura de mi parroquia; que es un buen sacerdote.

—A Dios, hijo mio, me dijo al pasar por mi lado; Dios te libre de una calumnia.

—Y á Vd. de una defensa por entregas, señor cura.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

DON MARCELINO GARCÍA OBREGÓN.

Dulce et decorum est pro patria mori.

No siempre hemos de llenar las planas de LA ILUSTRACION DE MADRID con los retratos de los hombres que han llegado á las más distinguidas posiciones por el camino de la política, ó en alas de la fortuna, de las ciencias y de las artes; nuestro periódico, que sigue con vivísimo interés el curso de la guerra parricida provocada y mantenida en Cuba contra la patria comun por algunos de sus desnaturalizados hijos, da hoy á la estampa el retrato de un mártir ilustre sacrificado en los campos de batalla que riegan con su sangre generosa tantos valientes, y se cree en el deber de consagrar algunas líneas á la memoria de D. Marcelino García Obregon, muerto gloriosamente en servicio de España, defendiendo sus derechos y su bandera.

Este bizarro militar comenzó su carrera en Africa, donde recibió el bautismo de sangre peleando á las órdenes del ilustré general O'Donnell, y se distinguió por su valor unido á una grande serenidad y presencia de espíritu; terminada la campaña de Africa, fué, poseído del mayor entusiasmo, á la de Santo Domingo, y en esta dió á conocer también las nobilísimas y nada comunes dotes que formaban su carácter, combatiendo como ayudante del general Alfán y conquistando nuevos ascensos, premio éstos y todos los de su breve carrera de una serie no interrumpida de sacrificios y de hechos militares distinguidos.

Hallábase en la isla de Cuba de profesor de la Escuela de cadetes cuando resonó el grito de Llara, lanzado por un puñado de ambiciosos; grito que encontró eco en el corazón de algunos ilusos y que conmovió dolorosamente los ánimos en las más ricas comarcas de nuestra hermosa Antilla. Obregon fué inmediatamente destinado á mandar, como segundo jefe, el batallón movilizad de España, con el cual corrió presuroso á salvar la ciudad de Holguin del furor de los insurrectos, que desde los primeros tristes albores de la lucha todo lo han llevado á sangre y fuego, huyendo con frecuencia de nuestros soldados y combatiendo al abrigo de la manigua ó asolando la floreciente provincia en que han nacido; al frente de su batallón, y luégo como teniente-gobernador de aquella jurisdicción, prestó muchos y señalados servicios, entre los que tal vez sobresale el heroico ataque de la Cuaba; más tarde se le confió el mando del aguerrido batallón de Colon, con el que llegó á ser el terror de los enemigos, que ni con fuerzas triplicadas se atrevían ya á empeñar combates en campo abierto, sino que le hacían una guerra de emboscadas y sorpresas que le ofrecieron ocasiones de dar á conocer su pericia é incansable celo, siendo siempre el primero en la fatiga y en los peligros, el último en el descanso y en rodearse de las precauciones que adoptaba para sus soldados.

Su escasa confianza, su valeroso arrojo le hicieron víctima de una de esas emboscadas enemigas, y la patria ha perdido uno de sus mejores hijos, el ejército un jefe pundonoroso, bizarro, entusiasta, instruido y de una actividad á toda prueba.

Marchaba el bravo Obregon á la cabeza de cien hombres de su batallón, reconociendo por Monte-aguada la huella del enemigo, y habiéndose borrado esta, retrocedió con su fuerza hácia una vereda que marcaba un rastro muy reciente.—Siguiendo su costumbre y los impulsos de su fogoso espíritu el malogrado jefe se adelantó al trote, con un capitán de voluntarios, tres prácticos asalariados y su asistente, quedando la infantería un poco retrasada, cuando á poco se oyó una nutrida descarga del enemigo que hizo avanzar á la carrera al capitán Ediger con los cazadores. Entónces hallaron éstos á su teniente coronel muerto de dos balazos y su caballo con tres, muertos asimismo por varios proyectiles el capitán de voluntarios y los tres prácticos, y herido dos veces el asistente, que espiró al siguiente día.

Inmediatamente cargó el capitán Ediger al enemigo, que emboscado trataba de envolver nuestra fuerza, y lo hizo retirar, causándole 13 muertos, bastantes heridos y dos ó tres prisioneros.

Si en nuestra patria hubiera llegado el día de estimular la abnegación de los vivos, premiando la memoria de las virtudes de los muertos, no dudamos que la angustiada esposa é hijos de este ilustre mártir de nuestra gloriosa enseña obtendrían una recompensa especial digna de la gratitud nacional.

X.

EXPLICACION DE LOS PEINADOS.

NÚMERO 1.º Todo el pelo levantado hácia la parte posterior de la cabeza; una trenza gruesa y colocada á manera de diadema, da vuelta hácia atrás para abarcar un manojo de bucles; *esprit* negro y blanco, y una pluma azul pequeña.

NÚM. 2.º El cabello de delante va puesto en *rouleaux* hácia atrás, con una armadura poco voluminosa; el pelo se distribuye de arriba abajo, teniendo cuidado de que la parte mayor ó más gruesa quede detras de la otra, y de que forme también *rouleaux* hechos con armadura de tul; el pelo de atras se coloca así mismo sobre dos armaduras, sujeto con un cordón que va á unirse con los *rouleaux* de delante. Castaña lisa cayendo sobre la espalda con dos tirabuzones no muy largos. Una barba de encaje rodea la castaña. En medio de la cabeza una pluma blanca y otra rosa. Lazos de este último color.

NÚM. 3.º Todo el pelo echado hácia atras descendiendo en tirabuzones no muy largos, en medio de los cuales serpentean hilos de perlas sujetos de trecho en trecho con broches de myosotis.

NÚM. 4.º El peinado con que están representadas en el grabado estas señoritas, y que es propio de las muy jóvenes, se reduce á echar el cabello hácia atras despues de haberlo separado en dos mitades por delante, y se recoge con una cinta de *moire* encarnado; el pelo poco rizado flota libremente.

ULTIMO. Es el mismo peinado visto por detras.

E*****.

PUENTE DEL DIABLO.

A la entrada de Martorell, antigua villa sitiada en la provincia de Barcelona, se levanta al pié de una elevadísima montaña el artístico monumento llamado Puente del Diablo, cuya copia nos ha remitido nuestro amigo y colaborador D. Eduardo Reventós, y publicamos hoy en la página 68 de LA ILUSTRACION.

¡Puente del Diablo! Tal denominacion no cabe explicarla sino por la extraordinaria y fantástica osadía de su grande arco, cuya construccion no acierta á comprenderla el vulgo sino atribuyéndola á un poder sobrenatural y dando crédito á las curiosas invenciones y consejas que ha conservado una no interrumpida tradicion, que ejerce su imperio entre las gentes sencillas de aquella comarca, aun en estos tiempos de escepticismo y descreimiento.

Aunque la destructora accion de los siglos ha borrado de la clave y de los muros ornatos ó inscripciones, échase de ver, estudiando detenidamente la diabólica fábrica, que la obra es romana y que cometen un grave error los que suponen pertenece á la época de la dominacion de los cartagineses, error en que incurren cuantos se fian y dejan llevar de la absurda inscripcion que se lee en el nicho central del referido puente, cuyo deplorable epigrafe puesto para conmemorar la reparacion hecha en 1768, consigna que el puente se construyó por el grande Anibal en el año 535 ántes de J. C., y que el arco triunfal erigido á la entrada de aquel lo fué tambien por este caudillo en honor de su padre Amilcar. Los autores de la inscripcion ignoraban, sin duda, que Anibal nació 288 años despues de aquella fecha, ó sea en el de 247 ántes de J. C., si la memoria no nos es infiel, y no recordaron tan poco las hazañas de Anibal en España, á las cuales puso término la destruccion de Sagunto, tuvieron lugar por los años 216 al 219, ni consideraron que como los cartagineses miraban la conquista de este país solo como una necesidad para invadir otras tierras, no habian de detenerse á fabricar monumentos de reconocida importancia en territorio que no era suyo, segun sus propios tratados solemnemente ajustados y confirmados por Asdrúbal.

El arco de triunfo es magestuoso; el puente se alza severo, imponente y sencillo, sirviéndole de base recios estribos y causando admiracion su extraordinaria gallardía y aquella atrevidísima ojiva, verdadera concepcion del diablo, tan sutil que parece ha de llevarla el viento, y tan sólido, sin embargo, que mira imposible hace 2.000 años y desafía inmóvil á la corriente del Llobregat y del Noya unidos, cuyas furiosas avenidas han arrasado en algunas ocasiones no solo edificios sino poblaciones enteras.

Cuando la vía férrea de Barcelona á Valencia terminaba en Martorell y la estacion provisional correspondiente á esta villa se hallaba emplazada en la márgen izquierda del Llobregat; cuando aún no se habia tendido el magnífico puente de hierro que se divisa en segundo término en nuestro grabado, puente que sirve para el paso de los trenes, entónces nos causó más de una vez profunda emocion ver los coches-diligencias que hacian la carrera de Igualada, arrastrados por un tiro brioso de seis ú ocho caballerías y atestados de viajeros, cruzar el Llobregat por el Puente del Diablo, emocion que se convertía en verdadero terror en el momento en que el carruaje llegaba á la parte superior del puente y aparecía como suspendido sobre aquel abismo. Por fortuna las autoridades no tardaron en adoptar medidas dictadas por la prudencia, que acabaron con estas temeridades, pues la trepidacion conmovia los pretiles é hizo necesaria su reparacion; mas apesar de aquellos excesos, que seguramente no hubieron de prever los que construyeron el famoso puente, éste no se resintió nunca en su masa general.

Desde este airoso monumento, que está en uno de los puntos más agrestes, en el abrupto Congost, se descubre un paisaje bellissimo, limitado por los picachos del característico Monserrat, cuya falda lame serpenteando el Llobregat, que sigue deslizándose perezosamente por los términos de Olesa y Esparraguera, pasados los cuales recibe las aguas del Noya para acometer con brioso empuje al Puente del Diablo.

No deja de ser notable que en todas las comarcas de Europa existan puentes que llevan el nombre del Diablo. Concretándonos á Cataluña, pues que de ella hablamos ahora, se puede citar, además del que hemos descrito en estas líneas, otro con igual denominacion construido sobre el Segre y tambien en uno de los sitios más agrestes que conocemos, entre Organá y la Seo de Urgel.

X.

LA SECCION CUARTA

DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

Ya en otra ocasion, no há mucho, pusimos á la vista de los lectores de LA ILUSTRACION algo de lo bueno que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. Hoy, á la ligera tambien — que otra cosa no consienten la ocasion ni el espacio de que disponemos — rogamus á quien no tema perder el tiempo en nuestra compañía, que la acepte, mientras le vamos haciendo honra y poniendo á la par ante sus ojos algunas cosas de las más notables que posee la Seccion Cuarta del Museo, ó como generalmente la suelen llamar, el Salon Etnográfico.

Bien mirado, nada extraño tiene que los museos se hallen en ciudades ó barrios que jamás soñaran en darles albergue. Cabalmente esta clase de establecimientos tienen, aunque no siempre, por objeto conservar restos y preciosidades de antigüedad ó procedencia remotas. Con todo eso, siempre llamará la atencion hallar entre el barrio de Embajadores, el Rastro y las Penúelas, el Museo Arqueológico, establecido en el Casino de la Reina, no por razon alguna científica, histórica ó tradicional, como el de Cluny de París, en el edificio levantado sobre las Termas romanas, mas porque no habia otro lugar á donde llevarle. Ciertamente que esta razon vale por treinta mil, como la del que no iba á los toros por no tener un ochavo; mas siempre se hallará el Museo Arqueológico como extraviado por sitios que le envidian, y, no si razon le disputan, la escuela industrial ó la de veterinaria.

Todo se andará, y pues las obras del edificio para museos y bibliotecas sigue, aunque no muy aprisa, cabe las alamedadas de Recoletos, Dios querrá que á la postre halle en la nueva fábrica sitio más céntrico y cómodo abrigo el Museo Arqueológico Nacional.

Así sea.

I.

En la antigua estufa del jardin; al presente dividido en dos partes, de las cuales ha tomado una para sí la Veterinaria; estufa hoy convertida en hermoso salon, se hallan conservados cuantos objetos no pertenecen al arte europeo, ó mejor dicho, al clásico, en lo antiguo, y al arte en manos de la raza ariana, en lo presente. Todavía esta clasificacion no es exacta; mas válganos la falta de espacio y de tiempo, que á decir verdad, no es infundada, y pasemos adelante.

Al entrar en el grandioso salon, dos figuras de indios de Otaíiti, de buen arte y agradable aspecto, como que se adelantan á dar la bienvenida al recién llegado. El aspecto de aquella seccion del Museo, es, con toda verdad, agradable y hasta grandioso. Los bronces que á primera vista llaman la atencion; los haces de armas, en especial de América y Oceanía; las panoplias de armas blancas malayas, que á entrambas cabezas del salon se divisan; la multitud de objetos, que á la par llaman la atencion y la distraen, mantienen el ánimo indeciso, si ya no es que toma la buena determinacion de empezar á ver por la derecha lo que más á mano se halla.

Así haremos nosotros; que en todo, y por ligera que sea la visita que nos proponemos, se necesita caminar con algun orden.

Lo primero, y de lo más digno de atencion en que nos podemos detener, son los restos de Palenque. Figuras humanas, adornos y signos, hechos de relieve en piedra, hablan á la vista y traen á la imaginacion el recuerdo de aquellas inmensas ruinas, halladas mucho despues de la conquista española, y en las cuales, como que se vé el último lamento del pueblo Tolteca, superior al Azteca en civilizacion y cultura, segun lo acreditan los restos de sus artes. Y ya que de las ruinas de Palenque hablamos, diremos que en pocas cosas de América se hallará mejor indicado el origen asiático de su civilizacion que en aquellas. Como puede verse en la obra del abate Bresseur de Bourbourg, por ejemplo, á cada paso se hallan motivos de ornamentacion que parecen indios y aún egipcios, siendo de notar la frecuencia con que están representadas cabezas de elefantes, como si se tratara de monumentos de la India, y no de América, en cuyo hemisferio no recuerdan la historia ni la tradicion la existencia de aquellos animales.

Armas con puntas de piedra, lanzas, flechas, venablos, macanas y porras, que no son á veces sino gruesas ramas de árbol apenas desbastadas por la parte que sirve de asidero ó mango, ocupan buena parte de los armarios siguientes, ó de los que podemos llamar trofeos, y no se hallan entre cristales. Tambien se ven, de igual

manera dispuestas, algunas armaduras hechas de placas de bronce unas, y otras de asta, sujetas con anillas del metal ya mencionado, las cuales son por el estilo de las que forman las cotas de malla.

Despues, paseando la vista por los armarios, se ven los temibles lazos y bolas de los Gauchos de Buenos-Aires, así como las descumunales espuelas y raros estribos que usan. A la par están los calzones, que no son sino los de *correal* ó *estezado*, tan usados acá en España, en especial por cazadores y gente que se ocupa en rústicas faenas.

II.

A vista y vuelo de pájaro vamos viendo el salon, de suerte que sólo nos detendremos breves instantes en los sombreros que se ven más allá, de hechura por extremo singular, tanto los que usan algunos indios de América del Sur, como el útil y pintoresco *salacot*, harto conocido en Filipinas, donde ha servido de grande utilidad á nuestros soldados, con gran ventaja para su comodidad y salud. De igual manera merecen especial mencion algunos sombreros del finísimo tejido llamado en algunas partes de América *jipijapa*; despues de los cuales ofrece contraste curiosísimo un armario lleno de trajes, verdaderos *water-proofs*, como si dijéramos, impermeables, pues la materia de que están hechos, y proviene de ciertos pescados, al propio tiempo que es transparente á la luz, preserva, cuando se halla sin rotura, de toda humedad. Cabalmente, encima de este armario se puede ver la manera que tienen los indios de imitar el arte europeo, en unos cuadros que representan asuntos religiosos, y tienen á trechos pedacitos de nácar embutidos.

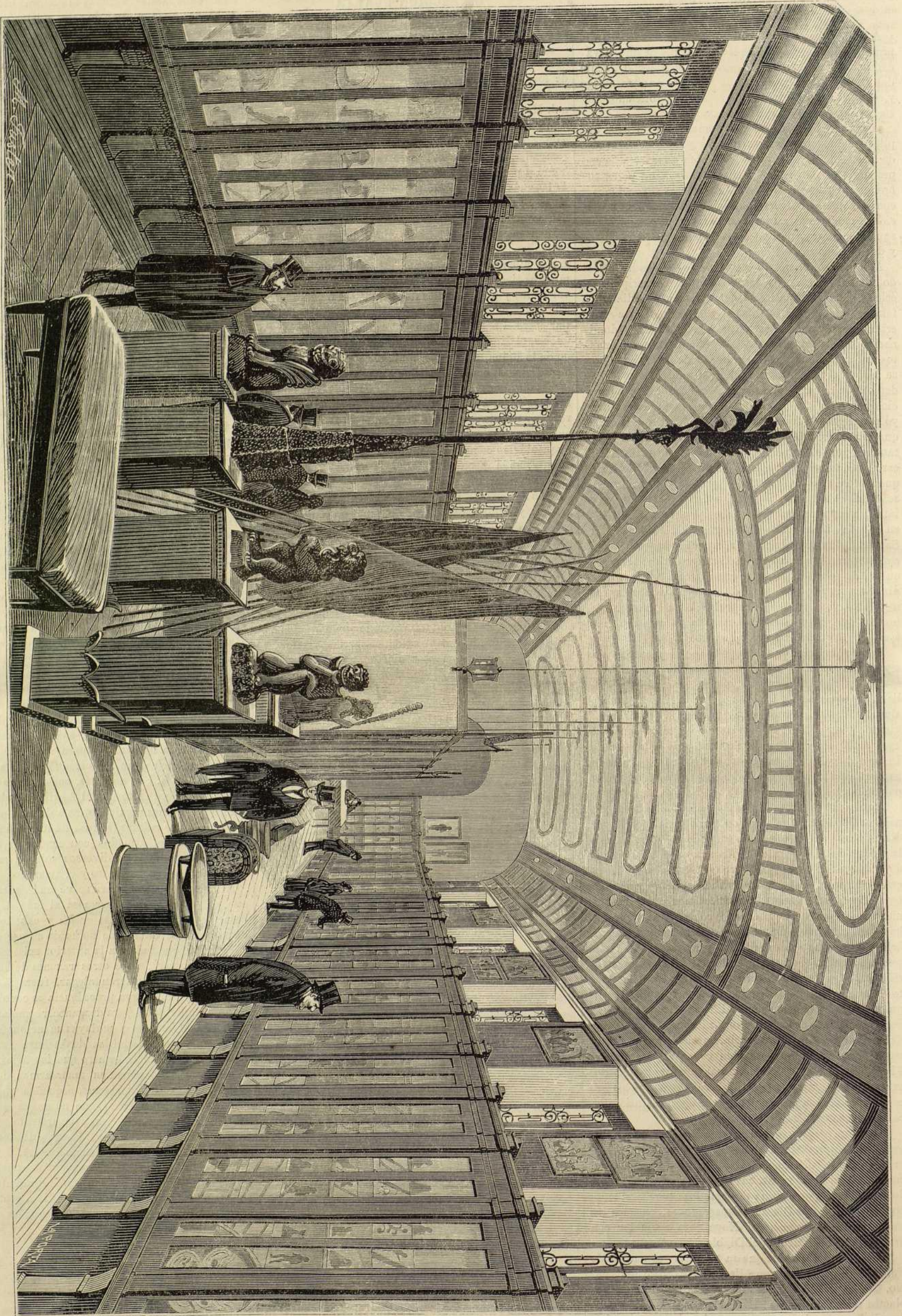
Al llegar aquí, titubean los ojos entre detenerse en la hermosa panoplia — que tal la podemos llamar — de armas malayas, y unas figuras de extrañas formas, sobre las cuales se alza y descuella la representacion del Aguila Garudda. Allá, en lo alto, aletea, y parece como dispuesto á combatir aquel sér tan venerado de los indios, á quien representan, como se ve en nuestro Museo, en parte águila y en parte hombre. La disposicion en que está, como apercebido á la pelea, nos lo muestra, sin duda, en el momento en que acude á Vichnú. En efecto, á éste, en su sétima encarnacion, y siendo el niño Rama, le salvó el ave sagrada de una sierpe que el gigante Ravana habia sacado de su propia frente, enviándola en seguida para que matase al hijo del cielo, que siendo dios conservador, como Brahma es criador, habia bajado á la tierra, sometiéndose á todas las miserias de la humanidad para salvarla. Aquel ídolo y demas que le rodean, provienen de la isla de Bali, inmediata á Java. Son notables, por su extrañeza, las figuras que se ven en torno del Aguila Garudda. Unas representan jóvenes zagalas, otras animales monstruosos, y otras son los *reichas* (rukuss de los indios), ó custodios del templo, armados con sendas clavos. Unos y otros están pintados de diversos colores, entre los que predominan el verde oscuro y el amarillo.

Al lado de estas figuras se ve una cabeza de Buda, que, en verdad, parece hermosa al lado de aquellas, á pesar de sus desmesuradas orejas y cabellos en forma de pasas. Háse dicho que no habia en parte alguna de Java rastro que indicara la anterior existencia del culto de Buda, pero, entre otras razones de señalada importancia que se pudieran alegar, fuera la cabeza que posee el Museo, y cuya procedencia es conocida, una de las más importantes para desvanecer semejante opinion.

Debajo de las armas malayas mencionadas há poco, cuyas hojas, en especial las de hechura flamígera, demuestran el cuidadoso esmero que los hijos de aquella parte de Oceanía ponen en tener armas de mortífero efecto, hay en los estandartes, pequeños objetos, algunos de mérito singular. Como no nos es posible tener el paso, y lo que ha de ser este artículo no consiente otra cosa, mencionaremos, además de unas pinturas chinas en cristal, de procedencia dudosa, á nuestro entender, tres figuritas, preciosa y artísticamente talladas en sendos dientes de caiman, que representan mujeres, una de ellas, dama lujosamente vestida, y otra graciosa nodriza, cuyo rostro, apesar de la pequeñez de la figura, es de bella expresion y proporciones.

III.

Siguiendo para dar la vuelta al salon, dejando en medio los armarios centrales, de igual hechura y disposicion simétrica que todos los que corren á lo largo de las paredes, se ven diversos instrumentos de música chinos, desde la flauta hasta una especie de salterio, y desde los platillos, que ya al presente tienen carta de naturaleza en Europa, hasta los que podríamos llamar ascendientes de nuestras bandurrias y guitarras, sin



UNA SALA DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MADRID.

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE MADRID.



PUTEAL.

contar con uno muy singular, en que cada platillo es una nota. Venian á usarle apoyado en la cadera, como los griegos la lira, á la cual se parecia sólo en esto, que en nada le puede recordar el modo de tañerle.

No léjos de los instrumentos músicos, véanse otros de guerra, entre los que fuera imperdonable no mencionar las espadas, ó mejor sables de la verdadera India; esto es, de la Asiática, que por creer Colon habia dado con ella cuando descubrió el Continente Americano, dió el nombre de indios á los hijos de éste. Y áun despues, nosotros hemos hecho lo propio con los hijos de Filipinas, ménos fundados todavía que el gran descubridor. Los sables de que hablamos tienen notable, además de la forma singular del puño, la pequeñez de éste, que le hace muy poco apropiado, y aun punto ménos que inútil para manos europeas.

Pero la ley ineludible á que estamos sujetos nos hace pasar adelante con harta premura. Pinturas, objetos de adorno y utensilios de China, ocupan buena parte de los armarios que vamos recorriendo, en los cuales se pueden ver filigranas muy delicadas y dignas de admirarse. Despues, y como para contraste á la vista del arte de un pueblo en gran manera adelantado, se hallan objetos de uso diario de los pueblos salvajes, desde el adorno de la cabeza, hasta el calzado. Más allá se ven instrumentos de música; despues artes de pesca, luégo... Sólo mencionando todos los que hay á la vista, llenáramos varios artículos, harto más extensos de lo que un periódico

menzamos hoy nuestra muy agradable tarea publicando en la página 72 la copia del magnífico Arco de Santa María.

Sabidas son las dificultades y la tumultuosa resistencia que opusieron las ciudades castellanas al reconocimiento y jura del jóven príncipe-rey Carlos de Gante y las turbaciones que con este motivo en sangrentaron el suelo castellano apénas el monarca, recien venido á España, acababa de hacer su entrada pública en Valladolid al espirar el año de 1517.

Congregados los procuradores de las ciudades en el convento de San Pablo de dicha ciudad en el mes de enero de 1518, hizose ya intérprete del general disgusto que sentian los reinos, el celoso y enérgico diputado por Búrgos, el doctor Juan Zumel, disgusto que provenia de la preponderante influencia que empezaban á ejercer los flamencos en los destinos y gobernacion de España y de otras causas de todos conocidas.

Nuevas alteraciones del órden vinieron en 1519 y 1520 á servir de protesta contra los exorbitantes impuestos votados por las Córtes, contra la desvergonzada ambicion de los extranjeros que se habian apoderado de todos los más importantes empleos y dignidades, contra la venalidad de los oficios y cargos públicos, y contra la no interrumpida emigracion de la moneda española á los Países-Bajos; pues todos los dias se veian salir conductas de oro, de plata y de objetos preciosos en cantidades tan grandes que casi desaparecieron de Castilla los doblones llama-



AMPHORA.



OXYBAFHON.



HYDRIA.

de la indole de LA ILUSTRACION consiente. Mas no dejaremos de mencionar los sombreros cubiertos de preciosas plumas, algunos en muy buen estado de conservacion.

Armas y utensillos de piedra, ídolos y hachuelas de cobre, ocupan notable espacio, y bien merecen, por lo singulares, que se detenga en ellos un poco la atencion. Tambien se hallan de trecho en trecho objetos de arte y de uso diario, que imitan al arte europeo, pero con notables modificaciones en la ornamentacion algunos, que demuestran haber sido hechos por raza distinta de la nuestra. Antes de llegar al fin del salon, por esta parte, mencionaremos un tabor de gran tamaño, de porcelana, cuya excelencia acrece la pena en quien le mira, de verle roto, si bien se halla restaurado de la mejor manera

que ha sido posible. Otro vaso, de tamaño casi igual, mencionaremos, digno por su forma y adorno de mencion especialísima. Viene de Méjico, y es, además de su belleza relativa, notable por no haber muchos objetos en el Museo Arqueológico procedentes de la hermosa y desventurada Nueva-España.

(Se concluirá.)

FERNANDO FULGOSIO.

ARCO DE SANTA MARÍA, EN BÚRGOS.

Deseamos ir dando á conocer en las planas de LA ILUSTRACION las joyas arqueológicas y artísticas que se conservan en la monumental ciudad de Búrgos, y co-

dos de á dos, moneda la más estimada, por lo cual se hicieron populares estos apóstrofes con que se saludaba al extraviado doblonaje que venia á parar á las manos de alguno de nuestros antepasados:

«¡Doblon de á dos! Norabuena estedes
Que con vos no topó Xevres.»

«Sálveos, Dios, ducado de á dos
Que monsieur Xevres no dió con vos.»

Entónces salió nuevamente de su quietud Búrgos, asociándose al movimiento insurreccional de Toledo, Segovia, Zamora, Madrid, Guadalajara, Soria, Cuenca, Toro, Avila, etc., ensañándose con el procurador Ruiz de la Mota y tomando una parte muy activa en los acontecimientos.

tecimientos que precedieron á la guerra de las Comunidades.

Esta misma ciudad de Búrgos, que con tan enconado empeño se habia alzado en armas contra los derechos que el emperador Carlos V tenia á la corona de Castilla, erigió despues en honor del monarca y dedicó á su mayor gloria el hermoso monumento llamado *Arco de Santa María*, que se halla situado á la entrada de la capital en la cabeza del puente que reúne las descuidadas calzadas de Madrid y de Valladolid.

Mucho se ha escrito sobre este soberbio monumento; nosotros quisiéramos decir algo nuevo y describirle menuda y extensamente; pero la falta de espacio nos obliga á renunciar á esta gratísima empresa; por fortuna basta examinar nuestro grabado para apreciar todos sus detalles.

El arco de Santa María está flanqueado por seis torreonos almenados de buena piedra de Ontoria y se compone de tres cuerpos: el arco de tránsito, dos columnas grotescas que le sostienen y en las enjutas dos medallones con bustos de guerreros en relieve forman el primer cuerpo. Seis ornacinas ó nichos compartidos por estípites, contienen en el segundo otras tantas estatuas que representan, empezando á contar por el lado izquierdo inferior, á Nuño Rasura, juez de Castilla; al conde Diego Porcello, repoblador de la ciudad, y al famoso Lain Calvo; por encima de estas tres siguen el mismo orden las imágenes de Fernan-Gonzalez, conde soberano de Castilla; la de Carlos V, colocada sobre un pedestal más eminente que los otros, y la del Cid, que es de labor muy tosca: en el tímpano del arco semicircular realizado en el centro de esta segunda zona, se vé la estatua del Angel Custodio tutelar y compatrono de la ciudad. Corona el edificio un ático de gusto romano que contiene una Virgen sentada y con el niño sobre las rodillas. A los extremos del andén que forma la línea divisoria, entre las zonas superiores, se encuentran dos heraldos armados de mazas con el blason de la ciudad en los correspondientes escudos. En el centro de la banderilla se levantan las columnas del *Plus Ultra*.

En esta hermosísima fachada se leen las inscripciones que siguen, dispuestas en los pedestales de las estatuas.

Cerca del Angel Custodio, en una cinta aparente de pergamino arrollada por los extremos:

TE CVSTODEM VRBIS STATVIT QUI CUNCTA GUBERNAT
TV TIBI COMMISSOS POPVLVM TOTARE PATRESQVE.

La de Fernan Gonzalez dice así:

FERNANDO GONZALVI FORTIIS CIVIVELORVM
FVLGORI ET FULMINI.

La del emperador,

D. CHAROLO V. MAX ROM. IMP. ANG. GALL. GER.
AJRICANOQVE REGI YNVICTIIS.

y más abajo se lee:

S. P. Q. R. AL.º D. C.º

La del Cid,

CYD RVI DIEZ FORTISS. CIVI MAVRORVM PAVORI TERRORISQVE.

La de Nuño Rasura,

NUÑO RASURÆ CIVI SAPIENTHIS CIVITATIS CLIPEO.

La de Diego Porcello,

DIEGO PORCELLO VIRI PRÆCLARIIS QIRIO ALTERI,

y en el escudo de armas que Porcello tiene á su derecha: CIVITAS QVÆ REGES PEPERIT ET REGINARE RECUPERAVIT.

Por último, Lain Calvo tiene el elogio que sigue:

LAINO CALBO, FORTIIS CIVI GLADIO GALEEQVE CIVITATIS.

X.

LOS CONCIERTOS Y EL CIGARRO.

Con el mismo brillantísimo éxito que en años anteriores, han comenzado en el presente los conciertos por la Sociedad de profesores que, con beneplácito general, dirige el celebrado artista D. Jesús de Monasterio. El espacioso y elegante coliseo, propiedad del opulento banquero D. Simon de las Rivas, es insignificante para contener el numeroso público que llena por completo todas las localidades, sirviendo muchas veces de refugio los pasillos, para aquellas personas cuyo nervio auditivo sufre tormento bajo la impresion de un calor muy elevado ó de las azuladas espirales del humo de los cigarros que confeccionan, *passer-moi le mot*, una deliciosa neblina, capaz de amortiguar un organismo musical ménos delicado que la fina epidermis de las bellas damas que ostentan sus galas en palcos y butacas.

La prensa de Madrid, á fuer de galante, ha tomado la defensa del bello sexo, pidiendo con insistencia la desaparicion del cigarro durante el corto tiempo que dura la ejecucion de las obras que anuncia el programa. ¡Vano empeño! Cuando la Dartaux, Puget y Troy hacian las delicias del público, las representaciones de *Mignon*, *Le songe d'une nuit d'été* y *Freyshütz*, salian envueltas en una densa atmósfera de humo. ¡Qué importaba que Mignon ó Titania, Sheakespeare ó Falstaff, Marx ó Gaspard se vieran expuestos á un mal rato á consecuencia de aquella aspiracion forzosa de nicotina? Nada; el público fumaba tranquilamente, sin ocuparse lo más mínimo de la laringe de aquellos apreciables artistas.

¡Un gallo! Y ¿qué importa un gallo? Un gallo se chichea y vamos andando. Pero la voz se quiebra con mucha facilidad, y una de las causas puede ser precisamente...—Y ¿á mí qué me cuenta usted? Yo fumo porque hay muchos que hacen lo mismo. Que todos esos señores apaguen sus cigarros y yo apagaré en seguida el mio.

Y los periódicos insistían en que no se fumase, pidiéndolo, como es natural, en nombre de las señoras; pero sus ruegos se estrellaban ante el estoicismo de gran número de espectadores que seguían impávidos su *humeante* tarea, tal vez por eso mismo, porque habia quien suplicase la desaparicion de esta fea costumbre.

Hoy el escenario presenta un aspecto bien distinto del que presentaba en la época á que nos referimos. El palacio incendiado de *Mignon*; la taberna, lugar de las hazañas de Falstaff y refugio de la reina Isabel de Inglaterra en el primer acto de la creacion de Sheakespeare y Ambrosio Thomas; el antro infernal en donde Gaspard fundía sus célebres balas; todo ha desaparecido; el gas que alumbraba aquellos espectáculos inclusive.

Hoy los conciertos se verifican á las dos de la tarde; Monasterio se coloca muy cerca del sitio asignado al apuntador en las funciones de noche. A derecha é izquierda de Monasterio, un bosque de arcos; en frente tres divisiones; tres líneas paralelas. En la primera los violones; en la segunda madera y trompas; en la tercera Verdi; el metal de grueso calibre con sus adyacentes de timbales, bombo y platillos, triángulo y caja viva. Total noventa y siete instrumentos que suponen otros tantos profesores. A excepcion de una celebrada artista, para la que el público ha tenido siempre respeto y admiración y cuya presencia se hace muy notoria cuando se dejan oír los argentinos acordes del arpa en las overturas de *Mignon*, *Struensée* ó el *Pardon de Ploermel*; á excepcion de la eminente profesora señora Roaldés, todo el personal restante pertenece al sexo feo; todos son hombres.

La clara luz de las primeras horas de la tarde; el aspecto varonil y la hora crítica de las dos, todo predispone al suicidio para el que se ve precisado á fumar cigarrillos nacionales de los de á siete cuartos la cajetilla; y al placer supremo para el que, bastante afortunado, puede saborear la plácida calma de Haydn, las sombrías divagaciones de Beethoven, las chispeantes ideas de Auber y Thomas y las inmensas explosiones de instrumentacion del gran Meyerbeer, entre el grato sabor de un rico veguero ó de una magnífica breva de la Vuelta de Abajo.

En todos los conciertos hay dos intermedios que duran quince minutos cada uno: en suma media hora, tiempo más que suficiente para paladear cuatro ó cinco tomas de nicotina ó un buen puro habano. Pero esto no basta; es preciso fumar oyendo música, y sobre todo, la gran razon: es preciso fumar porque... es preciso fumar, y porque somos así y no hay que darle vueltas.

Trajo Arderius la compañía bufa. Todo el mundo decia: ¡Escándalo! ¡Inmoralidad! ¡Las madres no pueden llevar al teatro á sus hijas! ¡Huyamos! Y el teatro se llenaba todas las noches y Arderius se hizo rico.

Comenzaron los conciertos de verano en el jardín del Buen-Retiro. Anunciaba el programa:—El jardín estará completamente iluminado: entrada general, ocho reales—y el público no cabia en el local. En cambio decia lisa y llanamente:—Entrada general, cuatro reales—y no iba nadie. El director y los profesores eran los mismos; el programa escogido como todos, pero el jardín *no estaba completamente iluminado*, y ¿quién se atreve á oír música que no esté *completamente iluminada*?

Se cantó en la Ópera la *Africana* y hubo un escándalo como no hay ejemplo desde que existe dicho coliseo. Hace pocos dias anunciaban los carteles la cuarta ó quinta, no recordamos bien, representacion de la *Africana*, y *tutti contenti*.

En el tercer concierto se tocó la magnífica overtura de *Rienzi* original del célebre Ricardo Wagner, llama-

do el músico del porvenir. Los procedimientos empleados por Wagner en esta obra, están muy léjos de ser originales; no habia nacido el autor de *Lohengrin* cuando habian sacado de ellos partido varios ilustres compositores que se vieron escarnecidos y vilipendiados algo más que el maestro favorito del rey de Baviera, por más que luégo la posteridad haya hecho á aquellos justicia. Y sin embargo, tratar de defender en Madrid á Wagner es un delito para muchos músicos que aplauden á rabiar, por ejemplo, las séries cromáticas de *sétimas disminuidas* empleadas por Beethoven, Meyerbeer y otros autores en las descripciones de sus tempestades, los *armónicos* de los violines y otros muchos efectos que están recomendados en los tratados de instrumentacion, y se indignan, gritan, critican y se enfurecen cuando estos mismos procedimientos se hallan en una obra de Wagner. Lo que allí es una belleza de primer orden, aquí es una *olla de grillos*; lo que allí es un efecto original, aquí es una *ensalada de cangrejos*; y hablan los enfurecidos con toda la fuerza de sus pulmones, y sacan á relucir la dulce calma de Haydn, la *difícil facilidad* de Bellini, y otras mil y mil tonterías que redundan en descrédito de un arte que está hecho para algo más que para hacer cosquillas en los oidos.

En el último concierto hubo un señor que silbó el *Rienzi*. Si le pareció malo, hizo muy bien; pero estamos seguros que este mismo señor se hubiera entusiasmado y roto las manos, aplaudiendo la sublime overtura del *Pardon de Ploermel*. Pero el *Pardon* es de Meyerbeer y el *Rienzi* de Wagner; que tal vez haya en aquella más rarezas que en ésta, ¿qué importa? Meyerbeer era un grande hombre; Wagner es un estúpido y

*El mundo en tanto sin cesar navega
Por el píelago inmenso del vacío.*

Despues de todo lo que acabamos de decir, ¿se extrañará nadie que no se puedan evitar las columnas de humo que tan *poético* efecto prestan al teatro de Madrid en las tardes de concierto?

—¡Muera el género bufo! Y Arderius se hizo rico.

—Entrada general, ocho reales; el jardín *completamente iluminado*.—Y la Sociedad de conciertos hizo su agosto.

—¡Qué *Africana*! ¡Esto es un escándalo! ¡Que salga el empresario! ¡Escupe, *gachó*! ¡Fuera, fuera!—A los tres ó cuatro dias un periódico: "Anoche fué muy aplaudida la tercera representacion de la *Africana*."

—¡Bravo! bravo! ¡Otra, otra! Esto es inmenso, es magnífico, increíble, fenomenal. ¡Qué sinfonía en *do menor*, qué *Struensée*, qué *Pardon*, qué *Leonora*! Esto es escribir, ¡viva Beethoven, viva Meyerbeer!—Fuera; esto crispa los nervios; esto es horrible! ¡Vaya una grillera; vaya una confusion! ¡Fuera *Rienzi*, fuera Wagner!

—Hombre, reflexione Vd. que puede Vd. fumar durante los intermedios; las señoras están desazonadas con el humo; es impropio de la cultura y de la galantería lo que se hace en este teatro. Hombre, deje Vd. de fumar que luégo podrá Vd. hacerlo á sus anchas; tire usted ese cigarro.—Pues no señor, no lo tiro porque no me da la gana. ¡Vé Vd. todos aquellos señores que están fumando lo mismo que yo? Pues hágalos Vd. las reflexiones que á mí me ha hecho, y entonces dejaré de fumar, y *si non, non*.

Porque somos así y no hay que darle vueltas.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

LA VISITA.

Habiéndonos propuesto dar á conocer á los suscritores de nuestro periódico las más bellas producciones de los artistas españoles contemporáneos, publicamos hoy en la página 73 de LA ILUSTRACION la copia de uno de los cuadros pintados por nuestro distinguido amigo don José Casado del Alisal.

Campean en *La Visita* todas las cualidades que brillan en las mejores obras de este hábil artista: correccion en el dibujo, vigor y riqueza en el color y sobre todo ese buen gusto en la composicion indispensable en los cuadros de este género, y sin el cual decaen y se oscurecen las perfecciones de procedimiento. *La Visita* es propiedad del Excmo. señor marqués de Portugalete y forma parte de su escogida galería.

M.

EL MURCIELAGO.

(CUENTO ALEMAN.)

Por odio que se tenían,
Ó por otras causas graves
Que ni ellos quizá sabían,
Guerra mortal á las aves
Los cuadrúpedos hacían.

Ya deshechos como espuma,
Ya iracundos como el mar
Los dos partidos, en suma,
Iban perdiendo á la par
Quién el pelo, quién la pluma.

Solo feliz y contento
El murciégalo vivía,
Pues á la victoria atento
Dando su chillido al viento
—¡Viva quien vence! decía.

Y como el gran camastron
Es neutro, segun se sabe,
Pillaba siempre turrón,
Siendo con los unos ave
Y con los otros raton.

Cansados de guerra al fin,
De avenirse hallaron modos
Repartiéndose el botín,
Y rechazados por todos
Fué el animalejo ruin.

Desde entónces sin cesar
Solo de noche se arroja
El murciégalo á volar,
Que aun siendo vil, le sonroja
Que se lo puedan llamar.

MANUEL DEL PALACIO.

MODAS.

Madrid 8 de marzo de 1872.

Dos cosas van cambiando de forma de una manera rápida; las faldas de los vestidos y el peinado: ni las primeras arrastran, ni los segundos caen ya sobre la espalda.

Ya que no otra ventaja, la nueva ley de la moda tiene la del aseo: los vestidos llamados *de media cola*, se rompían y se deterioraban más que los de cola entera.

En cuanto á los peinados, los cuellos muy anchos que se inventaron el pasado invierno, y que tan corta vida han tenido, dicen hasta qué punto aquella forma de disponer el cabello perjudicaba á los cuerpos de los vestidos.

Todos los trajes se hacen hoy con falda corta como hace seis años, y tan corta, que deja ver todo el pié: algunas modistas inteligentes, pensaban que sólo sería esta forma para las telas fuertes del invierno, como el terciopelo, el paño y el satén; pero los nuevos modelos de primavera, de género mucho más ligero, como gros, faya y foulard, traen exactamente la misma.

Dicen algunas señoras, que el traje corto quita majestad y elegancia á la mujer: no convengo más que en lo primero: con falda ceñida y de *paso corto*, había en el siglo pasado mujeres tan elegantes como en el nuestro, y bien equivale la vista de un lindo pié, estrecho, arqueado, elegante, á la vista de media vara de tela que barre el suelo: la elegancia de la falda corta y ceñida, si no es majestuosa, es graciosa, y los bonitos piés están de enhorabuena.

Al acortarse los trajes, se ha subido el peinado, y era natural, pues el carácter de la moda está acorde casi siempre: los rodetes altos descubriendo el nacimiento del cabello en la nuca, tienen tambien su sello notable de coquetería, de *gracia española*, por decirlo así: los cuellos esbeltos se lucen perfectamente, y los que no lo son, lo parecen ahora que se ven libres de las pesadas castañas que ántes los cubrían y abrumaban.

Se lleva sobre el rodete una peinetá no muy grande, pero de forma especial: no pueden utilizarse las que

sirvieron á nuestras madres y abuelas, con buen éxito: las de hoy son de distinta forma.

**

No llegan de París grandes novedades: las primeras familias de la aristocracia se hallan fuera de la capital, y hasta la aristocracia de la banca está en el extranjero: una amiga que reside en París, y á la que pregunto noticias ciertas que poder comunicarnos, me escribe lo siguiente:

"Muy poca cosa puedo decirte: no hay bailes ni fiestas nocturnas: los palcos de la Ópera, de los Italianos y de la Comedia Francesa, están cerrados. La alegría es sin animación; la esperanza sin mañana, y un malestar indescriptible, pero cuyo punto de partida es completamente moral, reina por todas partes y se hace cada día más intenso."

Sin embargo, otra dama residente tambien en París, me habla de un vestido delicioso que le han hecho para asistir á una comida de etiqueta, y que es de un estilo tan nuevo como elegante.

Consta de una falda de raso negro redonda y toda plegada, y de una túnica de cola de raso azul: esta túnica, lleva al borde un rico encaje blanco, al que sirve de cabeza un bias de raso negro: forma delantal corto, y por detras se despliega, como queda dicho, en una espléndida cola: un lazo de raso azul, con largas caídas adornadas de encaje, señala el talle por detras, y el cuerpo se abre en el pecho, dejando ver una camiseta de encaje blanco: otro encaje guarnece las mangas estrechas, pero abiertas hasta el codo: un lazo de raso azul sirve de hombrera.

Como traje de visita y paseo muy lindo, citaré uno de reps de seda gris de lino: el bajo de la falda, que es corta, está adornado con un volante fruncido, separado con un bullon de la misma tela, y por una franja de borlas del mismo color: la túnica, ceñida por delante y muy hueca por detras, está guarnecida de un ancho bias de terciopelo negro: las mangas de codo son muy ajustadas: una vesta ó casaca sin mangas, de terciopelo negro, completa este traje, con un sombrero de terciopelo y encaje negro, adornado de una pluma gris.

**

Hablemos de trajes más modestos, que no por serlo, son ménos bonitos.

Para visitas de confianza, es muy apropósito, y sirve tambien para paseo, uno de merino fino azul, de un matiz vivo que ahora acaba de hacer su aparición: participa del celeste y del Prusia, y es más bello que estos dos: la falda corta y con poco vuelo, se adorna con cinco bieses pequeños de terciopelo azul: cada uno de estos bieses llevan un grueso vivo de raso azul tambien.

Segunda falda, cayendo mucho por detras: por delante queda muy corta y ceñida; al derredor lleva otro bias igual á los de la primera: el cuerpo á la inglesa y con faldones que se abren graciosamente en los costados, no lleva otro adorno que unas solapas de raso, pues queda abierto en el pecho en forma de chal.

La manga, semiancha, tiene en la parte inferior una gran vuelta á la francesa, rodeada de un bias de terciopelo con vivo de raso.

**

El color de rubí y al azul son los dos preferidos en París por las damas más distinguidas; en la reunion semanal del duque de Aumale, y en las recepciones de confianza que tiene los domingos la condesa de París, no sólo las princesas de la familia, sino casi todas las señoras que asisten, usan estos dos colores.

Se lleva tambien en París un remedo de nuestra graciosa mantilla, prenda esencialmente española, y que todas las demas naciones nos envidian: las más distinguidas damas francesas han inventado una gran capucha que forma pelerina, y que tiene largos cabos: se cruzan estos en el pecho y se enlazan por detras en el talle: la capucha se prende en la parte superior de la cabeza un poco hácia atras del peinado, y de modo que deje ver un lazo ó una rosa al lado izquierdo.

Las damas españolas entienden mejor todo el partido que se puede sacar de la mantilla, porque me han asegurado que para Semana Santa se están haciendo muchas de las llamadas *de mija*, y que serán el preciso complemento del vestido corto y del peinado alto, que tan bien sienta á las airosas cabezas femeninas.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

—¿Te acuerdas del día que murió mi madre?...
Pepe hizo un movimiento involuntario y no respondió.

Cármen entónces volvió á decirle:

—¿No te acuerdas de aquel día?

—Sí, contestó Pepe turbado. Y serenándose al punto, añadió:

—¿Y me quieres hacer el favor de decirme á qué viene esa pregunta?...

—Viene... respondió la chica aumentando la palidez de su rostro, porque no puedo pasar más tiempo sin recordártelo!...

—¿Qué dices! exclamó José leyendo en la turbación de Cármen todo lo que quería decir con aquella pregunta.

Un profundo silencio siguió á las últimas palabras del muchacho.

La agitación de Cármen habia llegado á su colmo. Estaba enfrente del hombre á quien adoraba, del que dependia su porvenir.

El recuerdo del pasado agolpábase en su memoria, y su corazón latia con tal fuerza que parecia quererle partir dentro del pecho.

Viendo que Pepe no tenia trazas de responderla, rompió ella misma el silencio, provocada por sus últimas palabras, diciendo:

—Vamos, Pepe, ¿ve que espero tu respuesta!

Y él á su vez la dijo:

—Permíteme, Cármen, que te haga yo tambien una pregunta. ¿Te acuerdas tú de lo que te dije el día aquel á partir del cual no nos hemos vuelto á ver?... ¿Si por ventura lo olvidaste yo te lo repetiré!...

—¡No, por Dios! exclamó Cármen interrumpiéndole. ¡Aún resuenan en mis oídos tus desgarradoras palabras!... Mas José de mi alma... ya no soy yo la misma, ¡ahora lloro! y ¡lloro mucho!

¡Y si mi boca no crees
Que te dice la verdad,
Pregúntaselo á mis ojos
Y ellos te responderán!...

—Cármen, exclamó Pepe sin que le hicieran efecto aquellas frases: te lo dije entónces y te lo repito ahora ¡me das horror!

—¡Pero si no es por mí por quien vengo ha hablarte! dijo con acento desgarrador la muchacha.

—¡Y si no creo en tu alma, cómo quieres que crea en tu honra! exclamó Pepe.

—Es decir que tú y yo...

Cármen quiso concluir, pero la voz se le heló en su garganta, y entónces Pepe concluyó la frase diciendo:

—¡Hemos acabado para siempre!

—¡Y eres tú el que me ha dicho que no tengo corazón!... repuso Cármen sollozando.

Y Pepe, separándose de ella sin curarse del estado de agitación en que la dejaba, marchóse diciendo:

—¡Hija, qué quieres!...

Lograste con tus traiciones
Y con darme tan mal pago,
De un corazón tan leal
Hacer un escarmentado.

En cuanto Pepe se alejó faltáronle las fuerzas á Cármen y cayó de rodillas en el suelo, diciendo al mismo tiempo:

—¡No estoy aún bastante castigada, madre mia!...

La aurora empezaba á anunciar el nuevo día, y Cármen por miedo de ser descubierta levantóse como pudo y á fuerza de muchos trabajos logró entrar en su casa, sin que el Sr. Francisco llegara á percibirse de la salida nocturna de su hija.

XVI.

Á partir del día que Manolo escribió á sus padres, despues de su penosa enfermedad, tuvieron, tanto ellos como María, periódicamente cartas del muchacho.

María tambien le escribía muy amenudo, haciendo de ese modo más llevaderos los dolores de la ausencia.

Sin embargo que á la pobre niña se la conocian bien sus disgustos, pues estaba muy desmejorada desde la partida de su novio.

Ya se lo decía ella, temiendo que á su vuelta no la habia de conocer.



Quando me vuelvas á ver,
Ya no me conocerás;
Que acaba más una ausencia
Que un año de enfermedad.

Él por su parte solia contestar á los infundados temores que su novia mostraba de que pudiera olvidarla viviendo tanto tiempo léjos de ella, diciéndola:

Es amor en la ausencia
Como la sombra,
Que cuanto más se aleja
Más cuerpo toma;
Ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande.

Convencida la muchacha de sus injustas sospechas, le escribia:

Suspiros que de mí salgan
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran;
¡Qué de cosas se dirán!...

Diciendo estas y otras cosas más bonitas que no son del caso repetir, pasaron los dos amantes el tiempo que ha trascurrido desde la enfermedad del muchacho, que como he dicho en el capítulo anterior, eran unos tres meses poco más ó menos, puesto que la enfermedad de Manolo y la muerte de Petra fueron casi simultáneas.

Pero como parece que el demonio se entretiene en que los seres humanos no tengan nunca punto de tranquilidad, un dia recibió la hija de Antonia una carta muy lacónica de Manuel, concebida en estos términos:



«Maria de mi alma:

En este momento salgo de Madrid (donde se hallaba de guarnicion), con mi batallon, en direccion á esa provincia donde se han amotinado algunos pueblos. No te puedo escribir más. No te asustes, porque despues de todo no hay mal que por bien no venga, pues será fácil que, si nos acercamos por mi pueblo, vaya á verte, aunque no sea más que un dia. Te quiere con todo su corazon tu

MANUEL.»

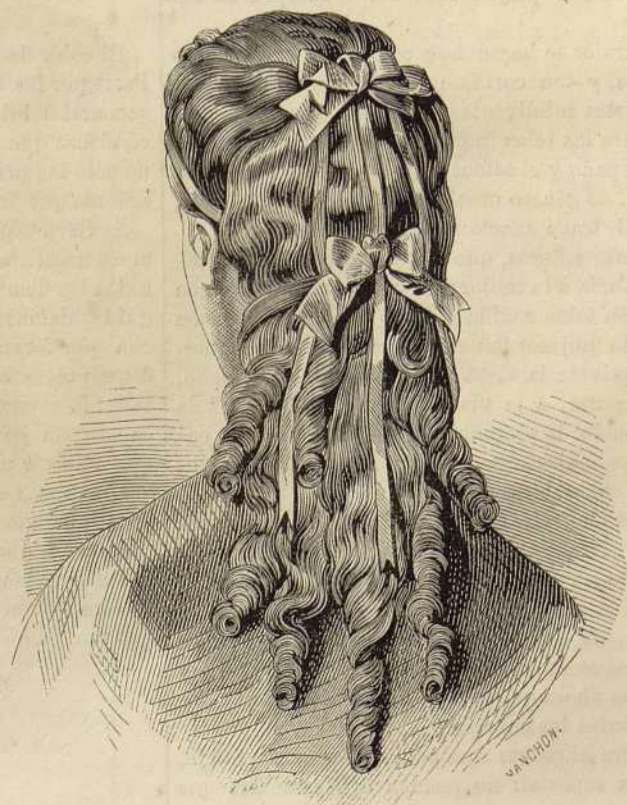
(Se continuará.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

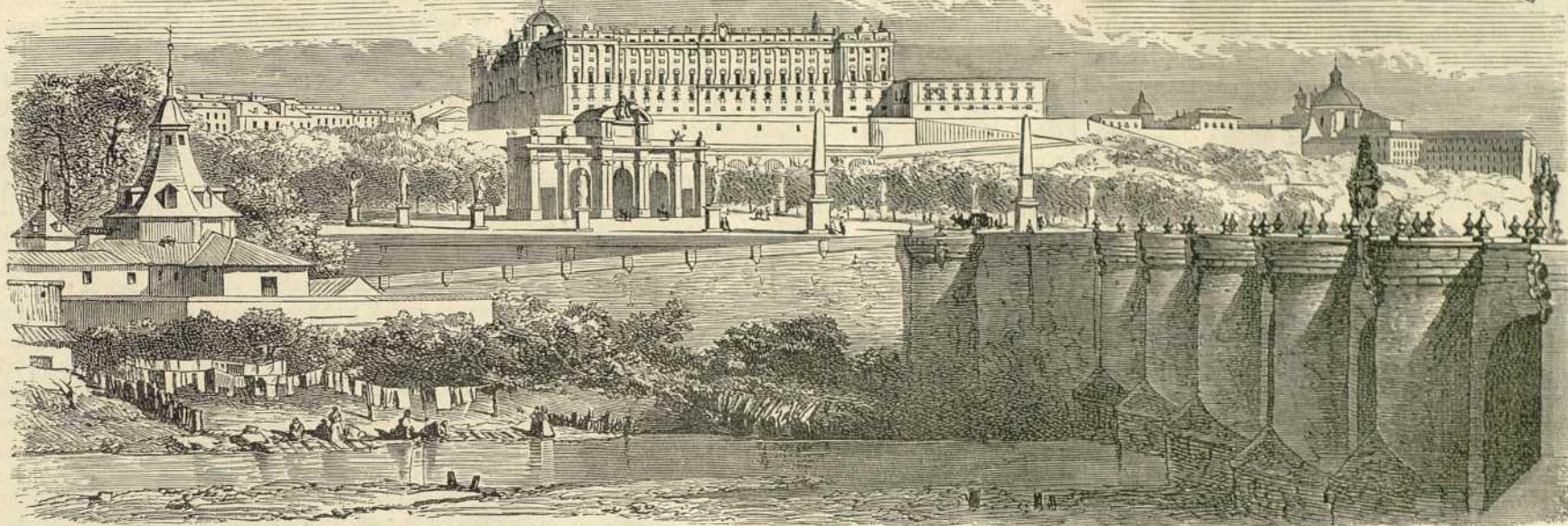
PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »

IMPRESA DE EL IMPARCIAL, PLAZA DE MATUTE, 5.



LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE MARZO DE 1872.

NÚM. 54.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Flores*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Perez Galdós*.—Semana Santa, por *D. Francisco Pareja de Alarcón*.—Viva la Constitución democrática. Anécdota económica, aunque cara, por *D. F. Siveta*.—La sección cuarta del Museo Arqueológico Nacional (conclusión): Puteal y vasos italo-griegos que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, por *D. Fernando Fuigosio*.—Dos poetas portugueses, por *don Luis Vidart*.—A Petisca, por *X*.—Los pilluelos de Lisboa, por *don Juan Morato Romo*.—Tajos de Gaitan.—Don Narciso Sevilla, por *don J. H. Y.*—Escuela de artes y oficios, por *X*.—El Museo de Ingenieros, por *D. Bernardo Rico*.—Nuevos hallazgos romanos, por *D. Ricardo Becerro*.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuación), por *D. Atvaro Romea*.

GRABADOS.—Don Narciso Sevilla, dibujo de *D. A. Perea*.—Nuevos hallazgos romanos, dibujo de *D. Ricardo Becerro*.—José Mazzini, dibujo de *D. A. Perea*.—Escuela de artes y oficios, (Madrid). Clase de dibujo geométrico, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Tajos de Gaitan, dibujo del *señor Rico*.—Museo de Ingenieros militares: Parque de campaña. Tren de puente. Puente militar. Torre para fusilería, contra los moros. Interior de un almacén de pólvora, dibujos de *D. Daniel P.*.—A Petisca, dibujo de *D. Rafael Bordallo Pinheiro*.

ECOS.

Hace algunos días, al leer en los periódicos que las damas españolas habían decidido adoptar el traje nacional, no pude menos de alabar en ellas este rasgo de patriotismo. Llena está nuestra historia de hechos heroicos realizados por el femenino esfuerzo; sin embargo, renunciar á la moda extranjera, cambiar el morion aderezado de flores y plumas que nuestros abuelos llamaban *gorro* y nosotros denominamos *sombrero*—mueble que sirve únicamente para ocultar en él la cabeza—por la antigua mantilla, negra ó blanca, de las majas de



DON NARCISO SEVILLA.

Goya; fijar la inconstancia de la voluble diosa vistiendo la basquiña de plegada sarga que daba á la mujer del pasado siglo cierto aspecto escultural, aspecto de Vénus de formas incitantemente veladas con escaso lienzo; recoger de entre los harapos y desechos de ese Rastro inmenso en que el tiempo arroja las modas y los figurines de todas las épocas, el chal de tira, de franjas de colores, cruzado al pecho sobre el oscuro vestido como un arco iris que aparece sobre un cielo tempestuoso; colocar, en fin, sobre la cúpula del más precioso edificio, sobre la cabeza de la mujer, la *peñeta*, esa especie de balastrada de cuerno, balcon de los amores, picota de los maridos, muralla inexpugnable apesar de sus cien artísticas brechas, torre de concha, inclinada como la de Pisa, y como ella firme y graciosa, y llevar á efecto esta restauracion en el siglo en que todo parece dominado por un espíritu de volubilidad infinita, de movimiento incesante, de aspiraciones devoradoras hácia lo nuevo, lo desconocido y lo imposible, en el siglo, reformador y demolidor por esencia, de la electricidad, de la fraternidad universal, del petróleo y del aceite de bellotas, es un propósito tan levantado y una audacia tan supina, que sólo pueden abrigarse en damas españolas. ¡Ah! yo las excitaria á desistir de tan patriótico empeño, si alguna que por esas calles, paseos y teatros se ha presentado ante mis ojos como una figura escapada de los lienzos de Mengs ó del pintor de *los Caprichos*, no fuese tan linda. ¡Oh cielos! los que envueltos en el torbellino del siglo queremos ir hácia adelante sin volver atrás los ojos, entre ruinas de tronos y de pueblos, creando nuevas religiones, nuevos códigos sociales y políticos y fabricando nuevas

máquinas y nuevos figurines, todo original, flamante, sin antecedente, historia ni parecido en la sucesión de los tiempos, temblamos, sí, preciso es confesarlo, de que la reacción venga á la lucha con el rostro envuelto en las caladas blondas de rica mantilla, coronada por tauromáquica peineta, vestida de breve falda y con zapaticito escotado; en el traje de guerra, exterminador y revolucionario de la mujer española.

Que la religión es un sentimiento nacional en nuestra patria, lo prueba que la mujer viste en las grandes festividades de la Iglesia el traje que caracteriza ese otro gran sentimiento español; el traje de las corridas de toros.

Tengo la seguridad de que esta última observación me ha de parecer más exacta y trascendental á los filósofos que á los sastres.

Pero, ¿me será lícito exponer una duda? Y caso de que me fuere lícita tal exposición, ¿me atreveré yo á decir una sola palabra en ofensa de esas criaturas, bellas, sensibles, dulces y caprichosas, hechas con barro de demonio y espíritu de ángel, para cuyas trenzas, garganta y trajes, dan los campos sus flores, las aves sus plumas, los mares sus perlas y la creación cuanto tiene un destello de luz y de poesía?

¡Jamás! Dios me libre de irritar ese monstruo de odio y amor que se llama mujer... ¡Cuántos sinsabores no me ha costado ya el haber proferido inconscientemente algunas de esas indiscretas palabras que se estrellan en la tierna epidermis femenil levantando horribles tempestades de cascarilla y polvos de arroz! Muchas veces mi acerada pluma se abrió de puntos y ¡zás! hizo explosión disparando tinta en extenso círculo, manchando el vestido de baile, el peinado, las flores ó la sublime vanidad de alguna hermosa. Inútil era que luego protestase de mi inocencia: un desdeñoso mohín, lleno de gracia en medio de su horror, era el castigo de mi culpa: la bella rompía contra mí el fuego sordo de las guerras femeniles. Era vana toda defensa; yo, como todos los que tienen por enemigo una mujer, me sentía morir de una axfisia moral: la sociedad entera combatía en mi daño. ¡Haber osado escribir que la seductora marquesa de Tal recibió á sus amigos con un prendido de guisantes, siendo así que eran pasas de Corinto! Arrojad el guante al rostro de un tambor mayor; llamad ladrón á un ministro; robadle las muletas á un cojo; haced un gran beneficio á un amigo... acaso sea posible una reconciliación; pero no esperéis que la elegante dama, víctima de vuestra falta de conocimiento en hortalizas, os perdone un error que ha puesto en peligro su merecida reputación de mujer de buen gusto.

Ese monumento de cuerno al que ofrecen nuestras bellas por cimienta las ondas de oro y ébano de sus magníficos cabellos, ¿es una reacción espontánea del españolismo, ó es nuevo tributo pagado á los figurines que vienen de Francia?

Yo debo declarar que he visto en algún periódico de modas parisienses damas con peinetas, caricaturas españolas; cabezas femeniles abrumadas por un edificio de concha ó búfalo, sin relación con el resto del traje; edificio que se levantaba solitario y á modo de castillo español en tierra conquistada, como si la peineta no fuera el broche, el asta-bandera y la corona de la mantilla.

Yo debo decir también que los prenderos y vendedores del Rastro, con los cuales mantengo las naturales relaciones que median entre ellos y los aprendices de anticuario, se quejan de que los espléndidos peines del siglo pasado, magníficos abanicos de concha llenos de preciosos dibujos, grandes y redondos los unos, como los limbos de las vírgenes y santos bizantinos, altos y cuadrados y figurando una teja de oro entre blondas los otros, yacen bajo el cristal de sus escaparates de viejas novedades, sin que nuestras damas los vuelvan el perdido calor colocándolos en sus cabellos, y contraigan segundas nupcias en el siglo con la mantilla.

Las nuevas peinetas no son las de la época de Goya. La diferencia entre unas y otras, es la misma que hay entre nosotros y nuestros abuelos, y reconoce la misma causa: los nietos del alcalde de Móstoles y las peinetas de la Tirana y la Caramba, se han afrancesado... ¡Y para esto, exclamará quizás un veterano de Bailén ó de Ciudad-Rodrigo, se alzó España contra Napoleón, se derribó Zaragoza y murieron en la flor de su vida tantos españoles y franceses!

Reacción espontánea del españolismo, ó imposición de la moda extranjera, la peineta da un no sé qué de picante á la fisonomía de nuestras bellas, que nos atrae y nos subyuga.

Por desgracia, sospecho que ese adorno durará lo que la Semana Santa. Como todo lo que tiene carácter nacional se ha hecho *cursi*.

* * *

¡Hosanna! ¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! clamaba el pueblo de Jerusalem cuando Jesús entraba en la ciudad sagrada sentado en una humilde asna cruzando por enmedio de un bosque de palmas agitadas por brazos humanos, que no parecía sino que la multitud, á manera que en la fábula de Apolo y Dafne, habia echado ramas y florecido.

Todo cuanto va unido á esta gran festividad que celebra la Iglesia en el primer día de la Semana Santa debiera merecer el amor, el respeto y la veneración del cristiano... y no todo, sin embargo, lo obtiene.

Jesús dijo á sus discípulos cuando llegaron al Monte de los Olivos:

«Id á esa aldea que está frente á nosotros, y encontrareis al llegar una asna atada y su pollino con ella: desatadlos y traédmelos.»

Y Jesucristo entró en la ciudad sobre aquella pobre cabalgadura.

No le ha valido á la especie, sin embargo, protección y distinción tan altas. ¡Hay en país de cristianos y católicos animal más despreciado y ultrajado que ese infeliz cuadrúpedo que honró el Rey de tierra y cielo asentando en él la majestad divina!

No ha obtenido el susodicho animal desde que Jesús entró en Jerusalem sino triunfos de algunas horas; y eso en otros siglos; que el tiempo y la civilización, que todo lo cambian, lo trasforman y lo mudan, también han sido preciso es confesarlo, muy crueles y en extremo injustos con los burros.

En algunos pueblos de España se celebraba en el Domingo de Ramos una especie de apoteosis del asno. La Santa Asna era paseada por las calles, llena de cintas, bolsas, trenzas y borlones de seda y escapularios, y los vecinos tendían á su paso por el suelo cuantas mantas, albardas y cabezales tenían en sus cuerdas. ¡Fugaces ovaciones! ¡Al día siguiente cargaban al cuadrúpedo de costales ó de seras, y no le dejaban pelo libre de varazo desde el rabo á las orejas! No seré yo quien intente añadir una sola espiga á la corona tegida en honor del asno por infinitos varones desde Apuleyo hasta Topffer: su paciencia, sus largas orejas, barómetro del labrador, su ligereza, que compete con la del caballo de Arabia; los diferentes engendros que produce, todos útiles al hombre; la sublimidad de su pasión cuando ama, y su valor y fiereza cuando combate con sus rivales; su domesticidad y mansedumbre; su breve dormir y su más breve comer; la afectuosidad con que distingue á sus amos; su conocimiento de los caminos, sendas y vericuetos que frecuenta, y que le señala entre todos los animales como el más apto para los estudios geográficos; todas estas preciosas cualidades de que la naturaleza le ha dotado, sin otras causas divinas, debieran ser motivos suficientes para que la humanidad le honrase. Sin embargo, los pueblos cristianos son los que menos le han estimado por sus dotes morales. Los egipcios le hicieron símbolo de la sabiduría y los hebreos de la caridad. Los gentiles le consagraban á los dioses; le coronaban en las fiestas de Vesta, le representaban en sus monumentos, le erigían estatuas y le colocaban entre los astros. Y no obstante, los cristianos vemos en la historia de nuestra religión hechos que excitan á venerar al asno. ¿Quién salva á Jesús del furor de Herodes? ¿Quién le acompaña en el establo? ¿Quién le lleva en triunfo por las calles de Jerusalem?

¡Pobres asnos! ¡Vosotros sois elocuente ejemplo de la fuerza que tienen la calumnia y la costumbre! ¡Se os acusa de indóciles, de testarudos, de ignorantes y hasta se encuentran desprovistos de armonía vuestros melancólicos rebuznos! Ingrato siempre, el hombre se aprovecha de vuestras virtudes y beneficios, y el más agradecido y magnánimo se contenta con regalaros para los días de fiesta una albarda de labores y una jaez con campanillas.

—El siglo XIX, que es el siglo de la redención universal, debía pensar también en redimir al asno... ¿Quién sabe!...

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Ya viene, ya se acerca, ya llega... Su proximidad se nota en la atmósfera que nos rodea, en el sol que nos deslumbra, en el suelo que reverdece bajo nuestros pies, en el general alborozo de todo lo creado. En vano espíritus apocados que aún dormitan con perezoso embrutecimiento bajo los pliegues de una capa, muestran recelo temiendo que no venga tan pronto como ellos, más que nadie, desean. Pero no tiene fundamento alguno su ridícula desconfianza. Viene á buen andar, sin que nadie la detenga, como resultado que es de las eternas leyes de la vida; viene, como ha venido siempre, impo-nente, seductora, llena de encantos, como invencible conquistadora de las almas; trayendo una sonrisa para cada uno, derramando á manos llenas todas las galas, los favores, las alegrías; dando inspiración al artista, conceptos al poeta, expansión al melancólico, salud al enfermo, y á todos contento y vida. Sus dones son repartidos con democrática longanimidad al pobre y al rico, al grande y al pequeño: no hay objeto, por inmundo que sea, que no resplandezca, herido por alguno de los rayos de luz que ella reparte á manojo en su triunfal entrada. No hay yerba despreciable que no reciba una flor, ni insecto oscuro que no sea engalanado con su ropaje nuevo de brillantes colores.

Los esqueletos vegetales que, disfrazándose con una andrajosa verdura, hacen todos los años el papel de árboles en la calle de Alcalá, principian á cubrirse de botones: las plantas bajas de los jardines se han anticipado ya, y con sus nuevos trajes están tan guapas que nadie las conoce. Los majestuosos olmos del Retiro no serán los últimos en acudir ataviados como reyes que son á esta grande fiesta de la naturaleza, en la cual sólo se niega entrada á lo que no existe. Adonde quiera que volvais la vista encontrareis la misma ostentación de vida y de belleza. Las cosas viles, así como las más apreciadas, rivalizan en reñido certámen. Las plantas de los jardines, que crecen y viven con mimo y agasajo, no se cubren de flores con más coquetería que las olvidadas yerbas de los campos. El tiesto puesto en el balcón, el casco de vasija que yace en el muladar con alg una tierra en su convexidad, la grieta del muro, el reborde del ladrillo en la torre, el alero del tejado, todo aquello que ha recibido del invierno un poco de fango, se apresura á criar una planta, un yerbajo diminuto, un sér cualquiera de los infinitos que han corrido en germen por ahí buscando un rayo de sol que los vivifique y un poco de tierra que los agasaje. Hasta la calavera del jumento que yace arrojada en lugar solitario, por donde no pasan ni hombres ni brutos, ha recogido una semilla y hoy se engalana con una yerba y con una flor lindísima.

Y no hablemos de la vida en otra esfera, no hablemos de la vida animal. Prescindiendo de lo que se ve fácilmente y sin necesidad de ir á escandalizar las muchedumbres de pequeños seres que han establecido sus repúblicas en los rincones, escondrijos y parajes inaccesibles de la casa y del campo, ¡cuántos individuos nuevos que en una hermosa y caliente mañana salen á pasearse por esos mundos, admirados de verse con vida y satisfechos como unos caballeros por haber nacido tan á tiempo en el más bonito de los mundos!

Los que se entretienen en tejer impalpables hilos en las ramas, los que agujerean las cortezas de los árboles, los que ponen sus mesas en las hojas de la parra, los que se meriendan en un día medio arbusto, los vagabundos que no han aprendido mejor oficio que andar por los aires tocando á nuestros oídos una especie de sordo violín, cuyo zumbido nos confunde y marea; los que todo lo ensucian á pesar de estar cubiertos con corazas de oro, los que viviendo entre basura están condecorados con esmeraldas y rubís; los sedentarios que apenas se arrastran; los inquietos que no están en ninguna parte; los que parecen locos, los que parecen tontos, todos salen en estos días del misterioso huevo, y para ellos una hora es un año y un día es un siglo, y los charcos son mares inmensos, así como todas las piedras mundos por colonizar, con lo cual son tan felices, que no cambiarían sus estados por los del Czar de todas las Rusias.

¿Qué accidentes, qué despojo hay en la naturaleza que no participe de esta irradiación prodigiosa? Los vidrios rotos que se ven revueltos en el montón de escombros, reverberan de tal modo que ellos mismos se figuran que son diamantes; los andrajos parecen púrpuras y tisús, la tierra se convierte en oro, y no hay miseria que no se trasformé al contacto de un sol generoso, disfrazándose, al menos por unas cuantas ho-

ras, con la vestidura de la opulencia. Verdad es que aquí, como en el teatro, la ilusión dura poco.

A esto se añaden, en otro orden de observaciones mucho más elevado, los súbitos renacimientos que tienen lugar en el corazón humano, el despertar de los afectos, que van recobrando su absoluto dominio, mientras la razón principia á mostrarse perezosa, dejando á la fantasía que haga lo que se le antoja; y otros muchos fenómenos de que por ahora haremos caso omiso, porque con lo dicho basta para anunciar la primavera.

El hombre, y sobre todo el hombre asociado, y más aún, ese ejemplar de nuestra especie que, distinguiéndose por diversos caracteres de índole histórica, etnográfica y geográfica, lleva el nombre de español, es quizás quien aparece actualmente ménos en armonía con la naturaleza. Parece que un hado perverso está empeñado en conculcar eternas leyes de la vida. Cuando todo en la naturaleza respira salud y felicidad; cuando la poesía y el positivismo se dan la mano en amistosa reconciliación, ofreciendo flores al que las quiera y una buena cosecha al propietario, los españoles se aperciben para librar en las urnas electorales una de las más estupendas batallas de los tiempos modernos; y los partidos políticos, que ya van siendo muchos, y bastarian para plantear todos los principios imaginables, si las naciones, como las boticas, fueran perfectas con tener de todo, andan tan agitados que hasta las gentes más pacíficas desean las elecciones, al ménos para que no se hable más de coalición, suponiendo, por supuesto, que esta sea transitoria, como sus autores han dicho.

Ya se oye el crugido de las mesas electorales, intempestivamente echadas á rodar por el furor político que bulle en la aldea con más violencia que en la capital; se ven cruzar por los aires en fatídico desorden ramas de acebuche y de fresno, que no paran hasta encontrar las costillas de un prójimo. El petardo, esa broma terrible de nuestros comicios, se confecciona en silencio para que estalle á deshora en las cercanías del colegio, poniendo en dispersión á los que con mayor celo asisten al acto. Los mozos (y de estos hechos no hacemos responsable á ningún partido, pues desgraciadamente ninguno está libre de pecado), se preparan; el pandillaje se organiza: hasta se puede asegurar que en alguna localidad se siente ya el rechinar de las navajas; que no habian de quedarse quietas estas nobles armas, cuando otras se mueven tanto. Todo anuncia el gran acontecimiento, distinguiéndose principalmente por su actividad los que han escrito siempre en sus banderas anatemas contra el liberalismo y su forma característica, que es el sufragio.

Deplorables son el marasmo y la indiferencia de los pueblos, cuando abandonando sus destinos en manos de una corte ó de una oligarquía, apenas dan señal de su existencia cuando se les consulta por mera fórmula su voluntad; pero también es triste la excesiva inquietud de los partidos luchando en las urnas con terrible encarnecimiento, y juzgando que la pasión á tal extremo enaltecida puede conseguir, sólo y sin el auxilio de la prudencia, el triunfo de los principios.

Cuando esto pasa aquí, cuando en Francia no van las cosas tan bien como fuera de desear, ¡dichosa Inglaterra que puede consagrar algunos días y una buena cantidad de libras á dar gracias á Dios, prueba evidente de que aquel país ha recibido favores extraordinarios de la Providencia! El *Thanksgiving* ó *Te Deum*, que decimos los católicos, celebrado en Londres con motivo del restablecimiento del príncipe de Gales, ha sido una de las más espléndidas fiestas de la monarquía, fiesta á cuyo brillo ha contribuido el arraigado sentimiento político de aquella gente y el respeto y amor de que es objeto la augusta familia que ocupa el trono. Por un lado iluminaciones, ceremonias cortesanas y religiosas, músicas, procesiones, uniformes anticuados, cabalgatas, arcos de triunfo con los lemas de siempre, en suma, todo lo que es oficial: por otro todo lo que es popular, es decir, el alborozo de la multitud, el asueto de los colegios, la huelga de los talleres, el lujo de las clases altas, el gasto de un *shilling* en las bajas para entonar el estómago y alegrar con risueños vapores la cabeza, y por último, desde *Saint-James* hasta San Pablo, el canto ingenuo y un sí es no es fastidioso del *God save the queen*. ¡Grande y dichoso país el que tiene este himno y nunca lo canta sin razón!

Bismarck, no teniendo ya franceses á quienes combatir, la ha emprendido con los católicos de su propia casa, ensayando principalmente su diabólica estrategia

con los que se consagran á la enseñanza. Sin duda no le alcanzan á los demás mortales las combinaciones de aquel grande hombre, que ha arreglado á su gusto el mapa de la Europa Central, y aun, si no mienten los síntomas, ha de poner su dedo en el de las extremidades; pero parece de sentido común que todo lo que sea enajenar elementos útiles al nuevo imperio, ha de ser funesto para éste. La idea de la unidad concebida y vigorosamente realizada por el célebre canciller en el orden geográfico y en el político, ha de ser más difícil en el social, si se fomenta la pugna religiosa que ha nacido en Alemania, no siendo, ciertamente, toda la culpa de los protestantes. Las disidencias ocurridas entre los católicos á causa de las interpretaciones sobre la doctrina del último concilio, no serán extrañas al estado actual de los ánimos, en la parte más afortunada y más orgullosa de la grande y culta Alemania.

Entre tanto el príncipe Federico Carlos, vencedor de Sadowa y de Metz, de quien se dice que es un hábil diplomático (la diplomacia en estos tiempos ha dejado de tener por instrumento á los protocolos para manifestarse en las ametralladoras), viaja por Italia, con objeto, según se dice, de buscar alianzas que faciliten la preponderancia de Prusia en el Continente. Al mismo tiempo, conviniendo en que estas diplomacias no darán grandes resultados, hay que conceder gran importancia á las del general Moltke, quien se ocupa ¡entretenimientos de un viejecito! en poner en práctica un plan completo de defensa en las provincias anexionadas, con objeto de impedir por muchos, muchísimos años, esa revancha ó desquite que es la preocupación de los franceses, la gran frase del *boulevard* y el estribillo de todas las canciones más ó ménos pudorosas y cultas de los cafés y bodegones de París.

También se propone el citado general crear una gran marina; pero como para que exista una gran marina, lo primero es que haya un gran mar, y Prusia no está muy abundante de este elemento, al menos en proporción de su gran poderío terrestre, es inevitable que el imperio alemán se ha de abrir una puerta por algún lado.

Difícil es que consigan asomar las narices (permítansenos tan vulgar frase en gracia de su gráfica oportunidad) por el Mediterráneo, que es su sueño dorado; pero tantas inverosimilitudes se truecan ahora en evidencias, va el mundo tan aprisa y cambia de aspecto con tal despreocupación, que no sería extraño ver á esos graves y ceñudos bárbaros de la civilización (esta paradoja está de moda) aparecer por ahí... no muy léjos, por el Adriático, kilómetro más kilómetro ménos; que no lo dejarán de hacer por un escrúpulo de geografía.

Ya que andamos cerca de Italia, hablemos de Mazzini, muerto hace poco, y cuyo retrato publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID.

Ningun agitador popular ha existido en el siglo XIX, que haya preocupado á las naciones y á los gobiernos como Mazzini, ardiente hijo de esa Italia fecunda en todo, patria de las artes y de la conspiración. Parece que el misterio de sus antiguas repúblicas engendró allí el romanticismo aventurero, la afición á los procedimientos secretos, la intriga á veces astuta y cobarde, á veces valerosa y heroica que constituyen el arte de conspirar. Mazzini era el génio de la revolución, mejor dicho el génio de la conspiración, y en su azarosa vida mostró las buenas y las malas cualidades que son inherentes á tan peligroso oficio. Hay propósitos, existencias, esfuerzos que no son justificados ni comprendidos hasta que el éxito, á veces desligado de la lógica, no viene á sancionarlos, y Mazzini, no sabemos si por desgracia ó por fortuna suya, jamás tuvo decididamente de su parte á tan tornadiza deidad.

Desde 1848 hasta su muerte, la vida de este hombre ha sido una continuada lucha, siempre emprendida con fé, siempre arrostrada con valor. Ultimamente sus tendencias republicanas se habian mostrado en plan mas vasto, aspirando á imponerse á la Europa entera; y en esta propaganda, hecha con actividad prodigiosa, el célebre italiano mostraba una vehemencia ejemplar, equiparándose á Víctor Hugo y á otros demagogos que parecen ser víctimas de cierto iluminismo. Sin embargo de esto, Mazzini ha bajado al sepulcro limpio de toda mancha de complicidad ó simpatía con la salvaje escuela comunista y *La Internacional*. En un documento que circuló no hace mucho por todo el mundo, manifestó que no le ligaban compromisos ni conformidades de opinión con tan despreciable gente.

¿Será verdad que se trata de celebrar en Madrid una exposición universal? Aunque fuera simplemente nacional nos daríamos por muy bien servidos. Pero,

¿están locos? Una exposición aquí significaría algunos años de paz moral y material, de progreso, de bienestar. ¿Hay síntomas de que tal suceda? Hallándose las pasiones tan excitadas, los ánimos tan distraídos, los capitales tan perezosamente acurrucados en sus arcaas ó homeopáticamente disueltos como glóbulos invisibles, en océanos de papel moneda, ¿cómo es posible?...

Si hubiera una exposición de credenciales, una exposición de manifiestos, circulares políticas, programas de comité, discursos parlamentarios, es seguro que nación alguna de las de Europa y América nos llevaria la palma. ¡Ojalá nos equivocáramos al suponer que exposiciones de otra clase pueden ser pacíficamente celebradas en estos tiempos! La iniciativa particular nos parece poco poderosa para empresa de tanta consideración, y la oficial no existirá por de pronto para otra cosa que para la política. Para no desmentir ni un momento la tendencia proyectista que es uno de los más curiosos aspectos de nuestro carácter, hasta se ha hablado ya del palacio que una compañía, sociedad ó no sabemos quién, se propone labrar con tan grande objeto. Muchos ven ya esta maravilla de cristal y hierro elevarse en la Castellana ó hacia el arco de Alcalá; pero no conviene entusiasmarse demasiado pronto; que estas cosas, como no son crisis ministeriales, vienen despacio y despues de ser muy esperadas.

Después del mes de enero, que presencié un movimiento editorial relativamente considerable, no han sido muchos los libros originales que han visto la luz. La primavera, sin embargo, no será infecunda: en estos días se han publicado algunas obras, y bien pronto verán la luz otras, entre las cuales hay alguna, que, según nuestras noticias, no dejará de llamar la atención apesar de la agitación política. La *Corona poética de la reina doña María Cristina* es una feliz recopilación de poesías dedicadas á esta señora por los más eminentes poetas españoles del siglo XIX, y al encanto que por tal concepto tiene, reúne el gran interés que le da el prólogo, una de las más elocuentes páginas que escribió el Sr. D. Eugenio de Ochoa.

Entre los libros que se preparan á salir al mundo despues de Samana Santa, se cuenta el del jóven escritor y poeta D. José Alcalá Galiano, quien ha dado el título de *Estereoscopio Social* á una colección de composiciones casi tan pequeñas como el epigrama, pero tan profundas é intencionadas como la sátira, escritas en forma ingeniosa y chispeante. Estamos tan abrumados de poesía sentimental, que esta chistosa exegesis de nuestras costumbres ha de ser recibida con unánime aplauso aunque fuera menor su mérito literario.

B. PEREZ GALDÓS.

SEMANA SANTA.

LA REDENCION.

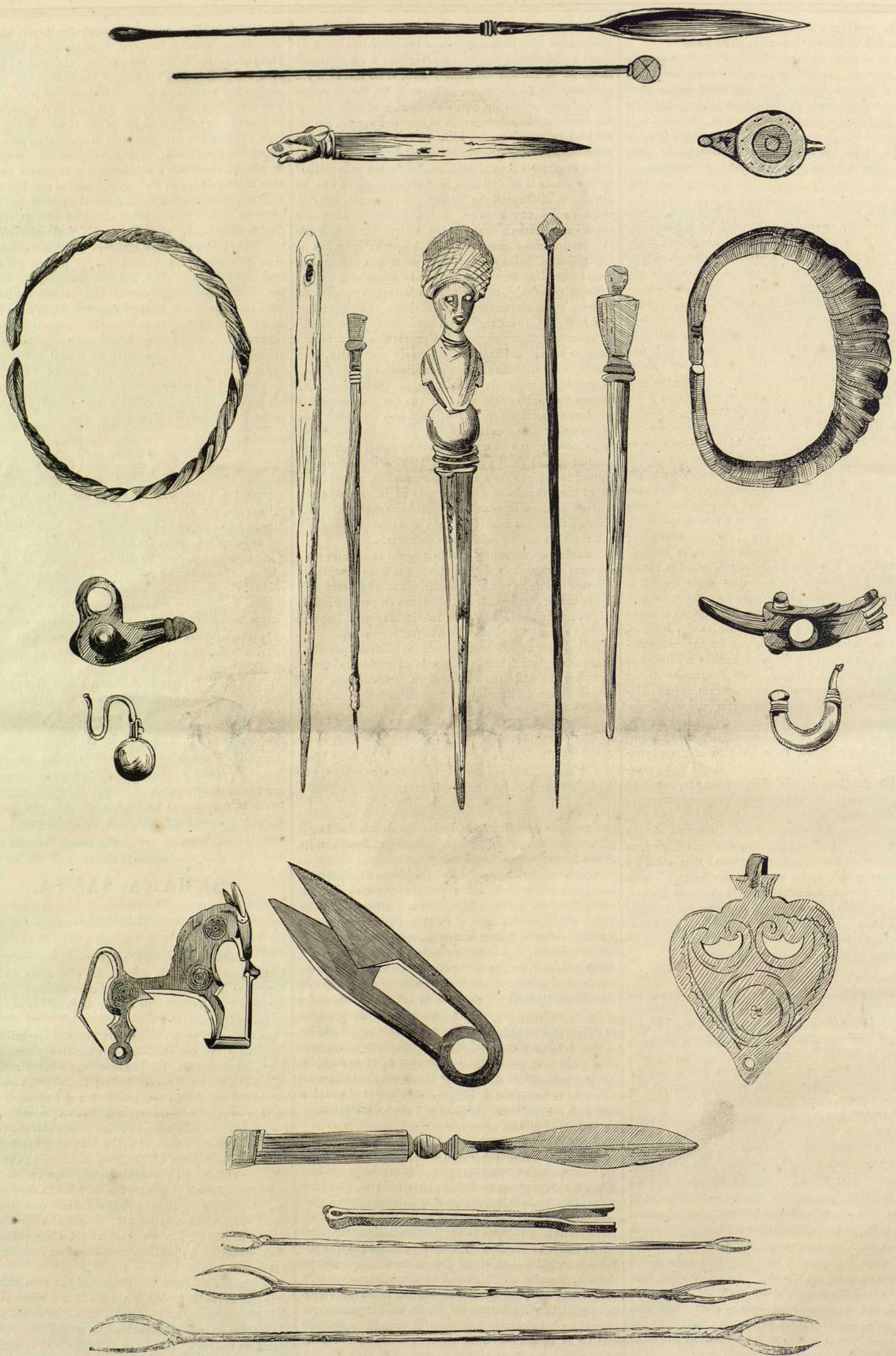
I.

El acontecimiento más portentoso que registra la historia en la dilatada serie de los siglos, es sin duda alguna el de la redención del linaje humano, que nos recuerda la Iglesia Católica en la semana que por excelencia se llama *Santa*.

La elevación y la caída de los grandes imperios; los triunfos y las derrotas de los guerreros y conquistadores más famosos; las inundaciones y otros cataclismos del globo en diversas épocas; los inventos que han cambiado en ciertos períodos la faz del mundo; nada cuanto en el espacio de seis mil años ha presenciado la humanidad de más sorprendente y asombroso, puede compararse, ni de léjos, con el heroico sacrificio de JESUCRISTO en la cumbre del Gólgota. El mundo ha sufrido grandes vicisitudes y cambios prodigiosos en el orden moral y material; pero ninguno de ellos ha operado en las sociedades la transformación radical que produjo aquel pasmoso acontecimiento; ninguno ha descubierto á la humanidad los nuevos y espléndidos horizontes que despliega ante sus ojos la hermosa bandera de la cruz de JESUCRISTO.

En presencia de este héroe inmortal han sido hombres vulgares todos los héroes, y al lado de la sublime escena del Gólgota no hay en la historia de la humanidad acontecimiento grande y magnífico que no sea pequeño. El sacrificio de JESUCRISTO es en la historia del mundo y respecto de todos los anteriores y posteriores como el sol en el hemisferio, que oscurece á los demás astros con su sola presencia, y así lo han reconocido hasta los gentiles mismos.

Día á la vez de dolor y de regocijo, de luto y de ale-



NUEVOS HALLAZGOS ROMANOS.



JOSE MAZZINI.

gría, de profunda tristeza y de magníficas esperanzas y celestiales consuelos, es para la humanidad como el aniversario del nacimiento de aquel que recibe la vida entre los últimos suspiros de la madre que le dió el sér; por lo cual se asocian siempre en el corazón del hijo, al recordar este suceso, ideas tan contrarias y sentimientos tan diferentes.

La grandeza de este suceso se explica bien fácilmente si se consideran el héroe admirable que figuró en la escena, los motivos que le impulsaron á tan generoso sacrificio y los frutos que había de obtener por su medio el linaje humano.

II.

Antes y despues de la venida de JESUCRISTO nos presenta la historia laudables ejemplos de insignes filósofos y legisladores, de reyes y príncipes ilustres, de patricios y ciudadanos esclarecidos, que consagraron su existencia á la sabiduría ó á la virtud, ó se ofrecieron como holocausto en aras de la patria ó de la humanidad; pero ninguno de estos sacrificios es siquiera comparable ni remotamente con el sacrificio del hijo de María.

Aquellos, áun los que obraron inspirados por los más nobles sentimientos, no pudieron asemejarse ni en el valor, ni en la generosidad, ni en la abnegacion y el heroísmo, con el que nos presenta la historia como el grande entre todos los grandes y el héroe entre todos

los héroes. Aquellos se entregaron á la muerte en alas de la ambicion de gloria ó por cumplir un deber sagrado; Éste la arrostró voluntariamente sin otro impulso que el amor más puro y desinteresado hácia los mismos por quienes se sacrificaba: aquellos se resignaron acaso ante la ferocidad de sus verdugos, ó á lo más respondieron con palabras de perdón á sus rudos golpes: Éste exhaló el último aliento dirigiéndole suspiros de amor, además de pedir para ellos misericordia; aquellos aspiraron, por medio de su sacrificio, á la recompensa y á ceñirse de una gloriosa corona que había de iluminar con sus fulgores el cuadro de su martirio: Éste no buscaba premio ni ambicionaba corona, teniendo en sí mismo todos los tesoros y todas las gracias, y siendo sus purísimos ojos la luz y la gloria de los cielos.

Mas ¿para qué presentamos comparaciones entre objetos que no son comparables, porque los separa el abismo del infinito? Fuera más fácil comparar entre sí la claridad del sol y las sombras de la noche, y la vida con la muerte. El sacrificio de JESUCRISTO se diferencia infinitamente del de los héroes de todos los siglos, incluso los que ciñeron á sus sienes la palma del martirio, sosteniendo la verdad, porque aquel sacrificio fué el sacrificio de un Dios, necesitándose para verificarlo un esfuerzo prodigioso de la divina Omnipotencia.

Si la grandeza y dignidad del héroe realzan justamente su heroísmo en las magníficas empresas que rea-

liza, considérese hasta qué grado de sublimidad se elevará el sacrificio de Aquel que desciende del cielo cubriendo su divinidad augusta con las formas exteriores del hombre, y muere, siendo inmortal, para redimirlo.

El entendimiento humano se abisma y se confunde al contemplar este admirable portento del amor y de la omnipotencia. La divinidad lleva hasta el último extremo su amor al hombre, dando por él la vida, y agota su poder, siendo infinito, revistiéndose de formas humanas y condenándose á la muerte.

Gran sacrificio es el del soldado que muere peleando por sus banderas en el campo de batalla ó el del príncipe que sucumbe vestido con sus insignias reales y lidiando valeroso al frente de sus ejércitos; pero morir humildemente y sin aparato de grandeza el que además de ser inmortal é invencible, mandaba sobre las legiones del cielo y de la tierra, el que tenía en una mano la omnipotencia y en otra la gloria y el triunfo, es un misterio profundo que adora la razon prosternada y que no explica ni comprende el humano entendimiento.

No es, por lo tanto, extraño que la naturaleza se sobrecogiese de espanto en aquel día memorable; que se estremecieran la tierra y los mares, y que el sol ocultase entre nubes su rostro de fuego, por no presenciar el espectáculo que ofrecia al mundo la ignominiosa muerte del soberano autor de la vida.

El padre cariñoso da la existencia por el hijo; mas

al hacer este sacrificio da lo que, sin hacerlo, habria de perder necesariamente; pero JESUCRISTO, para morir en la cruz, ha tenido que rebajarse de su infinita altura y suspender, digámoslo así, por un momento su omnipotencia; dando potestad á la muerte para que hiriese con el dardo fatal su sagrada persona. La naturaleza, pues, suspendió su curso; el universo sus leyes; la divinidad su poder: y todo esto fué necesario para que muriese el que era Dios sin dejar de serlo, destruyendo nuestra muerte con la suya y reparando con su resurreccion nuestra vida, segun las sublimes palabras de la Iglesia en la conmemoracion de este portento del amor, de la omnipotencia y de la gracia.

III.

Si la muerte de JESUCRISTO ha sido el asombro de los siglos por las admirables condiciones de la víctima celestial inmolada en el Calvario, no fué ménos sublime por los motivos que le impulsaron á tan heróico sacrificio.

El hombre, criatura de Dios, formado á su imágen y semejanza, inmortal en su espíritu, chispa brillante de sus divinos ojos, á cuyas miradas brota la vida del caos, hijo querido del Omnipotente como obra especial de sus manos, rey de la creacion y heredero del cielo, alza contra su Hacedor rebeldes banderas, y cuando la *justicia* le destinaba al castigo y á la perdicion eterna, ya que renunció insensato á una feliz inmortalidad, hé aquí que la *misericordia* descendiende sobre la tierra como un celestial rocío en la persona de JESUCRISTO, y la esperanza perdida renace en el corazon de la triste humanidad.

Si la justicia del Eterno pronunció su tremendo fallo para castigar á sus rebeldes hijos, y si este fallo debia cumplirse necesariamente, el amor arbitró un medio en los arcanos de la sabiduría infinita, para que, ejecutándose el soberano decreto, no se consumase la perdicion de los rebeldes y se abriera ante sus ojos afligidos el iris consolador de la esperanza. Deuda tan inmensa sólo podia perdonarse por medio de un fiador de mérito infinito; y el Hijo del Eterno se constituye voluntariamente en víctima propiciatoria. Si el sacrificio fué de un valor inmenso por la calidad escelsa de la víctima, no fué ménos grande por la manera de verificarse. El acto más leve del Hijo de Dios, teniendo un valor infinito, hubiera sido bastante para redimir á la humanidad y abrirle las puertas del cielo, que la culpa de Adan le habia cerrado; y sometiéndose voluntariamente á una muerte afrentosa, llevó el amor hácia los hombres á un grado de heroísmo que no puede concebir la razon ni alcanzar el sentimiento más profundo y delicado.

La raza de Adan prevarica faltando á las divinas leyes, y no sólo obtiene la misericordia y el perdón, sino que se borra su culpa con la sangre de un Dios, que se constituye en Padre y en Redentor de hijos desleales; y en vez de imponerles castigo, los realza y engrandece, viviendo entre ellos, tomando sus formas y dándoles el cielo por herencia.

No es posible que la imaginacion conciba la idea de este gran sacrificio, porque excede las fuerzas del entendimiento humano; y sólo la gratitud del corazon es la que podria corresponder de algun modo á una accion tan heróica.

IV.

No es ménos digno de admiracion el portentoso acontecimiento que recordamos, si se examina con relacion á los frutos que el linaje humano habia de obtener por su medio.

Realizada la obra de la creacion, y habiendo faltado el hombre al divino precepto, quedaba cumplida y satisfecha la justicia del Eterno con haberle condenado, sin que por esto se disminuyeran en un ápice ni la grandeza de su poder ni la inmensidad de su gloria; pero se duele de su desgracia apesar de ser impasible, y quiere volverle de nuevo á la vida despues de muerto, y dispone en sus inescrutables juicios redimirlo para que no se interrumpa por el pecado la grande obra de la gracia y de la misericordia. Sin duda para dar mayor realce á este sacrificio, permanecen sobre el universo por espacio de cuarenta siglos las tinieblas del error y de la muerte, suceden inmensas catástrofes que estremecen el globo, y se consuman otros acontecimientos terribles y asombrosos, que debian preceder á la escena sublime del Calvario; pero llega el día vaticinado por los Profetas en los libros santos, aparece en el mundo el Hijo de la Mujer Inmaculada, predica su doctrina, anuncia la nueva feliz á la humanidad, descubre ante sus ojos nuevos horizontes de esperanza y de gloria, y se sacrifica en la Cruz, disipando con la luz de la corona de su

divino martirio los errores, y atando la muerte al carro de sus triunfos.

Realizado este grandioso suceso, la humanidad despertó de su sueño, y puede decirse que renació á nueva vida el día de la muerte de JESUCRISTO. Elevada la Cruz en el Calvario, descubriase en ella una luz hasta entonces no vista, que marcaba al género humano su porvenir y el camino que habia de emprender para alcanzarlo. Ante la luz de aquella esplendente y gloriosa bandera, huyeron avergonzados y confundidos los errores que oscurecian al mundo. La sangre de las víctimas humanas dejó de correr en los nefandos altares del gentilismo, sustituyéndose á sus númenes irritados y pavorosos la imágen de un Dios de paz y de misericordia: los grandes y poderosos de la tierra, que hasta entonces habian tratado como esclavos á los humildes y á los pequeños, tuvieron que reconocerlos como á hermanos: la mujer, que habia sido la sierva del hombre, se elevó al merecido rango de su compañera, regenerándose por este medio y volviendo á su primitiva dignidad y á su antiguo decoro la mitad más preciosa del linaje humano.

Concluyéronse ante el resplandor de la Cruz de JESUCRISTO los privilegios de las razas y las diferencias de los colores; porque á todos los hombres los adoptó el Eterno por hijos, y el Héroe inmortal por hermanos, en la persona de su discípulo predilecto; y formóse del linaje humano una inmensa familia unida por los estrechos vínculos del amor y de la caridad. ¡Véase cuán admirable trasformacion fué la que verificó en el mundo la obra de la redencion humana en el órden de la naturaleza moral, de la dignidad y de la espiritualidad del hombre!

Si desde aquí penetramos en el terreno de la filosofía, veremos que la verdad del cristianismo dispó tambien los errores extendidos por la multitud de las escuelas gentílicas, que agitaban al mundo y que habian trastornado las ideas de la moral, los principios de la política y las máximas fundamentales del gobierno de los pueblos.

La inmortalidad del alma, vislumbrada por los antiguos sábios, se convirtió en una creencia inalterable; la justicia de Dios en esta vida y en la futura fué elevada á dogma universal, y el premio de las virtudes y el castigo de los vicios y de los crímenes formó desde entonces la esperanza de los buenos y el consuelo de sus pasajeras amarguras, al paso que sirvió de terror y de freno á los malvados, que vieron seguro el día de la expiacion de sus iniquidades, aunque burlaran por algun tiempo el rigor de las leyes humanas y la vigilancia de los poderes sociales.

Todo en el mundo sufrió un cambio maravilloso: la moral, la filosofía, la política, las costumbres, las leyes, el gobierno de los pueblos, el Estado, la familia, el ciudadano en sus relaciones con la sociedad, y el individuo en su aislamiento.

Las civilizaciones anteriores al Cristianismo, apesar de sus maravillas artísticas, de las que nos ofrecen testimonio templos como el de Salomon, murallas como las de Tebas y Babilonia, obeliscos y pirámides como las de Egipto, obras como los acueductos romanos, y aquellos palacios de la antigua Grecia, fabricados con el cincel en las duras rocas, nada de esto nos presenta los caracteres de la elevacion, de la grandeza y de la sublimidad con que vino á realzar al género humano la doctrina del Salvador del mundo. Aquellas civilizaciones no tuvieron un punto de partida fijo y seguro en la espiritualidad del hombre, en la moralidad rectamente entendida de sus acciones, ni en la justicia inmutable de un Dios protector de la virtud y vengador del crimen, ni en la constante solicitud de su providencia, vigilando siempre por la suerte de sus criaturas, y guiando á la humanidad hácia su inmortal destino.

Por este vacío inmenso, por esta falta de base de aquellas civilizaciones, se descubren en la historia de los pueblos más cultos y morigerados y en las obras de los legisladores más sábios, ya instituciones corruptoras, ya abominables costumbres, ya leyes inicuas y tiránicas, incompatibles con la verdadera civilizacion; y sólo la Cruz de JESUCRISTO fué la muralla misteriosa que contuvo el torrente de tantos errores y de tantas preocupaciones que tenian á la humanidad en una degradacion lastimosa.

V.

Si en el principio del mundo hizo el Supremo Hacedor brotar la luz del caos, en la escena del Calvario hizo salir la verdad de entre las nubes del error, y fijó en los dos brazos de la Cruz de su sacrificio las dos fases de la civilizacion futura del mundo, que son la *caridad* y la *justicia*.

Estas dos grandes virtudes, hasta entonces desconocidas ó malamente aplicadas, constituyen los cimientos sólidos de la civilizacion y del progreso de la humanidad; y no hay, ni en la condicion pública, ni en la privada, ni en el gobierno de los pueblos, ni en el interior de las familias, ninguna idea ni ningun sentimiento que no se comprenda en ellas, ó que por ellas no se explique.

La redencion del hombre fué un acto adorable, donde desplegó el Eterno su justicia con toda su imponente majestad, y donde ostentó al mismo tiempo su caridad inagotable.

Desplegó su justicia haciendo sufrir horribles padecimientos y un generoso sacrificio á la víctima inocente que habia tomado sobre sí la responsabilidad de agenas culpas; y ostentó su caridad inmensa, rehabilitando á los culpados y restituyéndolos á su perdida gracia, cuando pudiera haberlos confundido, sin admitir al fiador divino que se inmoló para salvarlos.

Para que el sublime ejemplo que recordamos en estos días sea fructífero, es indispensable que á todos nos estimule á la práctica de aquellas dos virtudes sublimes que brillan como dos faros esplendentes en la Cruz de JESUCRISTO. *Justicia* y *caridad* pide el recuerdo de la redencion del género humano á los legisladores y á los gobiernos en el desempeño de su mision elevada: *justicia* y *caridad* pide tambien á los súbditos y á los ciudadanos privados en sus relaciones con los poderes públicos y en el seno íntimo del hogar doméstico.

¡Buscamos los adelantos de la civilizacion? ¡Pretendemos que el progreso avance en sus conquistas? ¡Aspiramos á resolver el árduo problema de la felicidad de los pueblos y á descifrar los misterios del porvenir? Pues es tarea bien fácil acometer y realizar, con gloria de la humanidad, tan sublimes empresas. Alcemos ante todo en el fondo de nuestro corazon un altar donde tribute-mos sincero y respetuoso culto á la *caridad* y á la *justicia*; y llevémoslas, despues que hayan recibido nuestros homenajes, al templo de las leyes, al santuario de los tribunales, á la region de los gobiernos y de las autoridades todas, y erijámosles tambien en estos sitios un ara sacrosanta, y veremos entonces cómo la sociedad se regenera prodigiosamente; extendiéndose la tranquilidad, la paz y la fraternidad por todos sus ámbitos, donde hoy sólo imperan los rencores y las rivalidades con su séquito horrible de intrigas, de partidos y de guerras sangrientas, y el egoísmo con su repugnante y helada indiferencia.

Abramos el corazon á los sentimientos de una gratitud profunda, recordando en la Semana Santa el heróico sacrificio del Salvador del linaje humano; y si aspiramos á que sea fructuosa para las naciones, para los individuos y para la humanidad en general la sangre preciosísima derramada en el Calvario, llevemos todos por norte de nuestras acciones la *caridad* y la *justicia*.

Sin estas dos virtudes, que del árbol de la Cruz se desprenden, la redencion operada para nosotros nos dejaria como dormidos entre las sombras del error y de la muerte, y no tendríamos, para alivio de los dolores y de las amarguras de la vida, ni aun el consuelo de la esperanza.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCON.

VIVA LA CONSTITUCION DEMOCRÁTICA.

ANÉCDOTA ECONÓMICA, AUNQUE CARA.

Érase una villa de España ricamente dotada por la naturaleza y por la industria. Corria en sus contornos un riachuelo que de trecho en trecho prestaba los hombres de sus saltos de agua para empujar las inmensas turbinas de sus fábricas, y se perdía despues en un espeso follaje de huertas y de castañares, como si fuera á descansar á su sombra de las fatigas de su trabajo diario. Alzábase gallarda la ciudad sobre una suave colina tapizada en su falda de frondosos viñedos, en el recuesto de la cumbre se dibujaban las ruinas de sus antiguos muros esmaltadas aquí y allá de vivaces yedras, y era frecuente verla engalanada con los vistosos matices de sus renombrados paños de grana, que tendidos á sus alrededores, parecian sargas de corales puestos sobre su pecho para realzar su belleza.

Érase un tiempo en que los españoles creian haber soltado decididamente los andadores, satisfechos de realizar en pocos meses todas las conquistas y todas las calaveradas de una revolucion en regla; y érase por último un viajero más versado en periódicos y folletos

que en la práctica de la vida y en las costumbres de su patria.

Llegaba el viajero á la ciudad con la emoción con que se va á visitar á un antiguo amigo encumbrado en breves días por la fortuna: la habia conocido hacia tiempo, inquieta bajo la mano de gobiernos que la oprimian, casi siempre apercebida al combate, y era grande su curiosidad de ver cómo sus aspiraciones se habian desenvuelto al calor de una libertad sin reglamentacion ni desconfianzas.

Lo primero con que tropezaron sus ojos fué con una espléndida y animada merienda, y tuvo por de buen agüero el encuentro.

¡Dichosa ciudad! exclamó, que das tan abundante parte de ganancias á tus obreros, que despues de llenar las múltiples atenciones que la libertad habrá creado, de escuelas, socorros mútuos, sociedades cooperativas, bancos del pueblo, etc., etc., aún les dejas con qué satisfacer aquella su tradicional costumbre de los períodos de opresion y de silencio, de ahogar en vino y esca-beche el dolor que les causaba la política reaccionaria del antiguo régimen.

Entró poco despues en la carretera que une la villa á la capital de la provincia, y la encontró, con sorpresa, surcada de tan hondos baches y descarnada en trozos tan extensos, que amenazaba confundirse pronto con el accidentado cauce de cualquiera arroyada; pero no le abandonó su fé y dijo para sí, aunque con expresion ménos entusiasta: sin duda alguna que el desarrollo del tráfico ha sido tal, merced á la abolicion de los consumos, á la libertad de cultos y al sufragio universal, que no basta el cuidado más asiduo á reparar los ultrajes de los innumerables trasportes de todo género, que deben haber brotado al calor de tantas reformas; pero sólo encontró en el camino, para confirmar esa observacion, una recua de robustos machos extremeños con sendos costales de lana, sobre uno de los que dormitaba el arriero, con su escopeta de Eibar pendiente entre las alforjas y la bota; ni más ni ménos que los que habia encontrado cuando la Constitucion de 1845, aún con la Reforma por derogar, era la ley fundamental de la Monarquía española.

Llegó á las puertas de la villa, y se fijaron con dolor sus ojos en la modesta lápida que conmemora las víctimas sacrificadas en las últimas discordias civiles: parece puesta allí para recordar al viajero distraído, el triste portazgo de sangre que cobra la Providencia á los pueblos en el camino de la libertad; y entró con deseo más ardiente aún de tocar por sí mismo las ventajas de esta última etapa.

Esperaba allí á nuestro viajero un antiguo amigo que le habia servido de cicerone para visitar la ciudad y enterarse de su espíritu: honrado fabricante en pequeña escala, verdadera reliquia de otros tiempos por su fé política y su entusiasmo progresista. Traia nuestro héroe tal apetito de saborear los frutos de la revolucion al natural y sin los aderezos de la Iberia, que ántes de preguntar á su amigo, no ya por su mujer, pero ni aun siquiera por su fábrica, cuénteme Vd., le dijo, qué han hecho por aquí en estos años, despues de aquellas sangrientas jornadas que tantas lágrimas y tantos sacrificios costaron á todos Vds.

—¡Ah! esto está transformado, pero todavía se ha de transformar más con el tiempo, y cuando entre en caja.

—La libertad de imprenta y de enseñanza habrán desarrollado aquí mucho los intereses morales de un pueblo rico, inteligente y activo como éste. ¿Tienen ustedes periódicos de la localidad, se habrá abierto Instituto?

—Periódicos, no señor; pero libertad de imprenta toda la que se quiera; ahora verá Vd.; y acercándose á un puesto de pan que ocupaba toda la acera de la calle, tomó una ononda libreta y se la alargó á nuestro héroe, que no acertaba qué relacion podria haber entre la panadería y el libre exámen.

—Aquí tiene Vd. una libreta *federal*; en efecto, en uno de los rubicundos carrillos habia estampado un gorro frigio y alrededor un letrero, que decia, *Viva la república federal*, en vez de *La Ceres* ó *La tahona del mico* que suelen estamparse en las galletas ó panecillos de estas respectivas procedencias. Me parece que no se puede pedir más libertad de propaganda, dijo el fabricante; hasta los monárquicos más empedernidos tienen que tragarla, y no negaria aquí Posada Herrera que es este un derecho político acompañado de su correspondiente pedazo de pan.

—¡Pero, no se ha abierto calle el pensamiento, ántes aberrojado, en manifestaciones más amplias, aunque sean ménos nutritivas? ¿No hay reuniones públicas, clubs donde se acostumbre el pueblo á la contradiccion de los principios, al análisis de los hombres, y se pre-

pare para ejercitar con conciencia el acto solemne del sufragio?

—De eso habia algo al principio, pero ya se han cansado porque los oradores no decian más que lo que trae la *Igualdad*, y de elecciones estamos mal: en las últimas quise yo provocar una reunion de liberales, pero cuando iba á un comité á proponerlo, me encontré con que salia el secretario abriendo una inmensa navaja de seis muelles. ¿A dónde vas con ese chisme? le pregunté: «Voy á la ribera á hacer *propaganda*, que hoy se vota la mesa»; y desistí de hacer *propaganda* por mi lado; porqué ¿quién compite en fuerza de lógica con una navaja de seis muelles!

—Lunares del sufragio universal, exclamó nuestro viajero; siempre las luchas políticas se han de señalar con la corrupcion ó con la violencia. Hablemos de los progresos sociales, de esos triunfos sin vencidos y sin víctimas, pura encarnacion de la libertad económica. ¿Cuántos Bancos del pueblo se han creado? ¿Cómo funcionan las sociedades cooperativas? ¿Hay alguna de coparticipacion de obreros y fabricantes?

—No señor, todavía no se ha planteado nada de eso. Su amigo de Vd. D. Luis, aquel jóven abogado que habia estudiado en Madrid, fundó una sociedad cooperativa de consumo; algunos entraron por consideracion á él, y daba muy buen resultado; pero desde que se fué á Badajoz todos lo han dejado y la sociedad ha concluido. En cuanto á la coparticipacion de ganancias, esa sí, se perfeccionó mucho á raíz de la revolucion.

—Pues eso solo compensa todos los demás lunares que iba advirtiéndome, exclamó entusiasmado el viajero; esa es quizá la fórmula de la solucion definitiva del problema social.

—Pues, sí, señor, eso aquí no ofrece la menor dificultad; cuando algunos obreros necesitan fondos, los más conocidos de entre ellos pasan una notita fijando la suma á los principales fabricantes; nos repartimos lo que á cada uno corresponde, y lo aprontamos con el conveniente sigilo para que no se enteren las autoridades, que en honor de la verdad se han mostrado siempre muy discretas en esta materia.

—¡Qué escándalo! no era eso á lo que yo me referia. ¿Cómo se tolera tal imposicion?

—Yo le diré á Vd.: en primer lugar, nosotros les estamos agradecidos, porque dos ó tres veces que en poco tiempo han sido dueños de la poblacion, han respetado escrupulosamente las personas y las propiedades, contentándose con que les diéramos los repartos que nos pedían, y como no es la última vez que han de volver á ser los amos, no podemos estar mal con ellos. Además, aquí una fábrica se puede quemar en un decir *Jesus*.

—¿Con tales elementos serán espantosos los progresos de *La Internacional*?

—No, señor, todo lo contrario; algunos emisarios y propagandistas han venido, pero sin éxito; y no podia suceder otra cosa: ya he visto que se han obstinado Vds. en el Congreso en convencernos de que nos debemos asustar de *La Internacional*, pero desgraciadamente no estamos en ese caso.

—¿Cómo desgraciadamente? Explíquese Vd., no comprendo ese enigma.

—Pues es muy sencillo: *La Internacional* tendrá importancia y sentido en los países en que una organizacion fuerte del Estado garantice al fabricante y al propietario el uso absoluto de su propiedad, de su capital, del empleo de sus obreros; pero donde el pobre y el obrero fijan á su antojo las horas y los días de trabajo, ponen el veto á las máquinas que inmediatamente les perjudican, obtienen con el más pequeño motin aumento de salario y gozan de una preferencia positiva sobre el propietario, en la recoleccion de la aceituna, el aprovechamiento de los pastos, el espiguelo de los rastrojos, el corte de las leñas, el disfrute de los espartos, las utilidades de la pesca, de la caza y de todos los árboles frutales, que es lo que sucede en estas provincias del Centro y Mediodía de España, hay atraso, ignorancia, pobreza general, socialismo práctico, pero son desconocidas y exóticas esas aspiraciones del obrero de París y de Lyon, hijas de su sed de goces y del sentimiento de su inferioridad y de su impotencia ante un organismo social inflexible. La única *Internacional* que aquí tendria sentido práctico, seria la de los fabricantes y propietarios agrícolas que aspiraran á subvertir la administracion pública y las costumbres y sentimientos del pueblo español hasta el extremo de que nadie pudiera disponer impunemente de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Pero de esto estamos muy distantes y ahora más que nunca; así es que nuestros obreros, que no ven ni oyen por el intermedio de la *Revista de Ambos Mundos* y el *Catálogo Guillaumin*, como muchos de nuestros estadistas, no han entendido eso de *La In-*

ternacional, son contadísimos los inscritos en la tremenda asociacion, y el ideal de su federalismo es hacer de esta villa la capital de la provincia y traer aquí el gobernador, la Audiencia y el obispo.

—Páreceme, amigo mio, observó nuestro viajero, un tanto recargado el cuadro y temo se resienta de ser fabricante el pintor. ¿Es posible que en el centro de España y ya en las alturas monárquicas de la revolucion de Setiembre, sean los capitalistas los oprimidos y los que sientan la necesidad de una *Internacional* de propietarios que los redima?

—Un hecho se lo probará á Vd. mejor que un tomo de reflexiones; visite Vd. las fábricas y pregunte á mis compañeros: todos le dirán la inmensa dificultad con que luchamos y que amenaza seriamente nuestra existencia. En toda Europa se ha aplicado el telar mecánico á la fabricacion de los paños: es una máquina con la que no es posible luchar, hay que aceptarla ó morir: ella sola puede producir esos paños finísimos, cuyo consumo ha venido á aumentarse considerablemente con su aplicacion á los trajes de las señoras; no sólo representa una economía inmensa en la mano de obra, sino que da á los tejidos una igualdad á la que no puede llegar el más hábil tejedor, que no conserva al fin del día la misma fuerza con que empezó su labor por la mañana; todos las conocemos, todos podríamos traerlas á nuestras fábricas, y esto nos aseguraba, no sólo mayor ganancia, sino nuevos mercados y nuevos productos que multiplicarian en poco tiempo los establecimientos industriales de esta villa, haciendo de ella quizá el centro productor más importante de España. Ningun elemento natural nos falta para eso: el motor gratis, las aguas admirables para los tintes, las primeras materias á los puertos, la vida muy barata, inteligencia indisputable en los obreros, conocimiento de todos los adelantos europeos en los fabricantes; y con todos esos prodigiosos elementos, lo más que logramos hace años es permanecer estacionarios, surtiendo de bayetas y paños burdos las clases bajas de Extremadura, parte de Portugal y de Galicia; y esa máquina que trasformaria nuestra ciudad, sigue siendo para nosotros un sueño de audacia en el que nadie se atreve á pensar despierto. Ya se vé, los tejedores son la aristocracia de nuestros obreros; su jornal es de seis á siete duros por semana, apesar de reducirlas á cuatro ó cinco días de trabajo, por estender la santificacion del domingo y sus consecuencias, desde la tarde del sábado hasta la madrugada del martes; por ellos reinan los concejales, y el legislador del distrito determina la justicia ó al ménos la vota; pero nosotros, pobres fabricantes, sin más consuelo que la lectura de *La Época*, carecemos de fuerza para libertarnos de esa opresion que nos impone la perpétua inseguridad en que vivimos. Un cuatro y medio por ciento de aumento en nuestras actuales ganancias supondria la introduccion del telar mecánico, aunque no fabricáramos una sola pieza de paño más de las que hoy elaboramos, y las vendiéramos al mismo precio; y son incalculables el progreso y la actividad que daria á nuestra industria abriendo para ella nuevos órdenes de consumidores, sin perder por eso ninguno de los antiguos. El tributo que de esa manera indirecta pagamos á nuestros obreros, importa próximamente lo que la contribucion industrial que satisfacemos al gobierno. Dígame V. despues de oír y de comprobar este hecho, si no tenemos motivo para organizar una huelga de los ricos, por medio de una *Internacional* de fabricantes, que preparara una sublevacion contra la tiranía de los pobres.

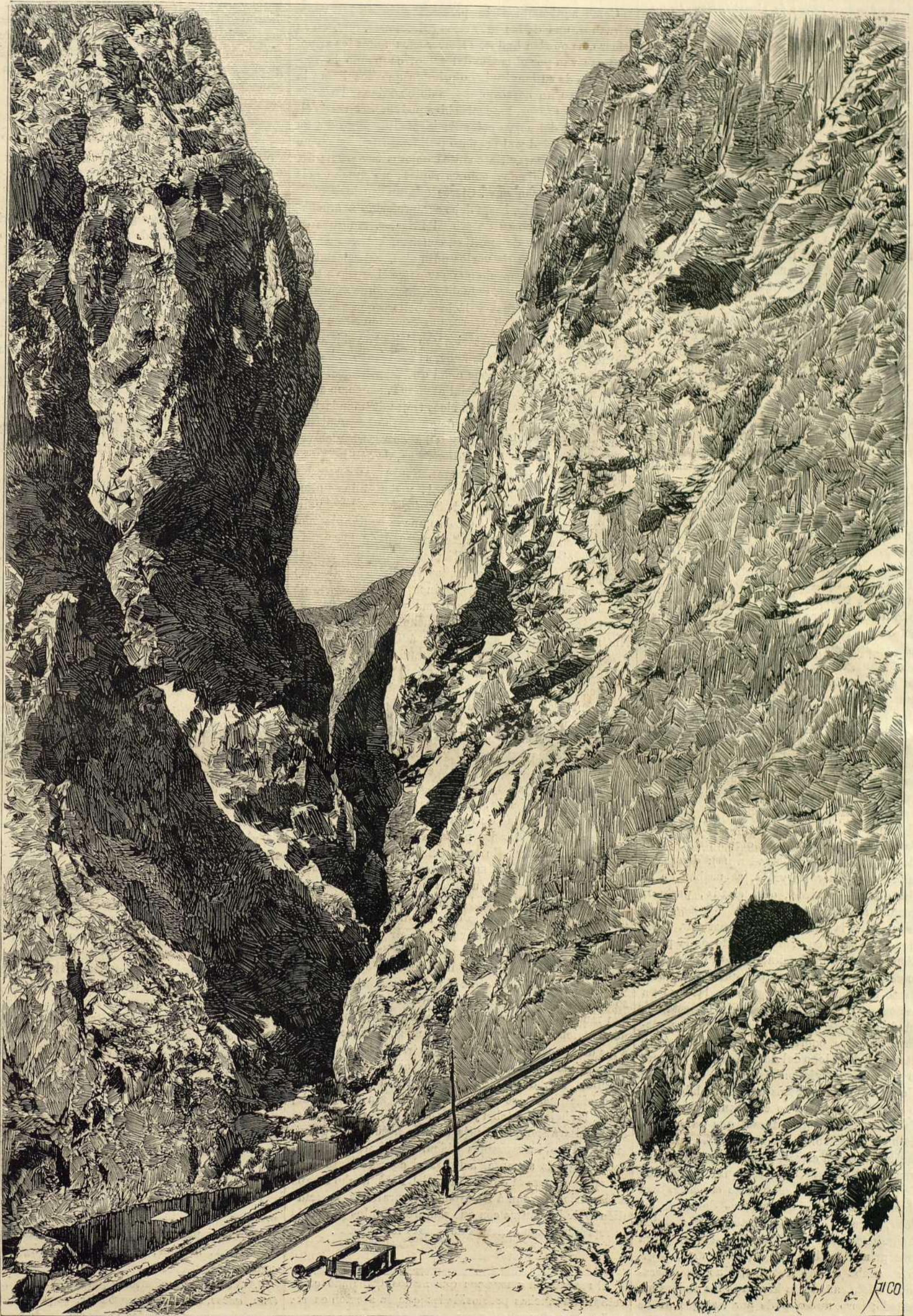
—¡Terrible desencanto para mis ilusiones! exclamó con tristeza nuestro viajero. ¿Con que es decir, que la libertad absoluta del pensamiento sólo ha hecho sentir sus efectos en la elaboracion del pan? ¿El sufragio universal sólo ha abierto nuevos horizontes al arma nacional cantada por Cutanda? ¿La libertad económica sólo se ha aplicado á rescates de los fabricantes y á la proscripcion de las máquinas? ¿Y la autonomia municipal y provincial á la destruccion de los caminos públicos?

—En esto último debo rectificar su juicio: cuando el Estado confió á las provincias el cuidado de sus caminos, quisieron algunos que se adjudicara ese por donde Vd. ha venido á los predios limítrofes, con el objeto de ararlo; pero la Diputacion se opuso decididamente á ese pensamiento, y lo único que ha hecho es suprimir los gastos de conservacion, porque quiere nivelar su presupuesto, desequilibrado por un empréstito para redimir á los quintos, segun habian prometido en su programa electoral todos los diputados.

En estas pláticas llegaron el viajero y su acompañante á la Plaza de la ciudad: la noche habia cerrado por completo; un grupo de serenos en correcta formacion salian de las Casas Consistoriales, y deteniéndose



ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—(MADRID).—CLASE DE DIBUJO GEOMETRICO.



TAJOS DE GAITAN.

en el umbral, gritó con la pausada cadencia de quien cumple un deber diario: ¡Viva la *Constitucion Democrática!*

F. SILVELA.

Setiembre 1871.

LA SECCION CUARTA

DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

(Conclusion).

IV.

Antes de dar la vuelta, siguiendo á la izquierda, prestaremos la atencion en unos como banquillos, de tamaños diversos que se ven en los armarios, de los cuales nos dará razon mejor que nadie el insigne Gonzalo Fernandez de Oviedo. Dice éste, hablando de un indio de Teocoteaga (Nicaragua): «e por almohada tenia un banquito pequeño de quatro piés algo cóncavo, que ellos llaman *duho*, de muy linda e lisa madera, muy bien labrado por cabecera.» Otros indios tenían lo mismo. Pág. 110.

«E tráenle un *duho* (al cacique), en que se assiente, e a par de sí siete u ocho mujeres, a do quiera que el tal principal vá, e quando le falta el *duho* e no se le traen, assíéntase en las rodillas de una de aquellas mujeres.»—(Gonzalo Fernandez de Oviedo. La primera cita se puede ver en su obra: *Historia general y natural de las Indias*; edicion publicada por el Sr. D. José Amador de los Rios, bajo los auspicios de la Academia de la Historia. Parte Tercera, tomo IV, libro XLII, capítulo XII, página 102. La segunda, en la misma obra, tomo, parte, libro y capítulo citados, página 142.)

El mismo autor nos ha de dar más luz sobre unos, llamados tambores, que se ven, pasado el vaso mejicano de que hablamos arriba, y están á un lado y á otro de la canoa del río Napo, traída con ellos por la Comision científica enviada al Pacífico. No son del todo iguales al que Oviedo describe; pero de la explicacion se comprende cómo se usan los que hay en el Museo.

«La forma quel atambor, etc., etc., es un tronco de un árbol redondo, e tan grande como le quieren hacer y por todas partes está cerrado, salvo por donde le tañen, dando encima con un palo, como en atabal, que es sobre aquellas dos lenguas (se refiere al grabado), que quedan del mismo entre aquesta señal semejante. La otra señal, que es como aquesta (grabado), es por donde vacian o vacuan el leño o atambor quando le labran, y esta postrera señal ha de estar junto con la tierra, é la otra que disce primero de suso, sobre la qual dan con el palo; y este atambor ha de estar echado en el suelo, porque teniéndole en el ayre no suena.—En algunas partes ponian cueros de ciervo ó de otro animal (pero los encorados se usaban en Tierra-Firme): donde no habia animales cuyo cuero sirviese, se usaban en la forma arriba dicha.—(Oviedo, obra citada, parte I, libro V, capítulo II, página 130.)

Llegamos, en fin, á la que podemos llamar otra cabecera del salon. Allí se ve en el arco cerrado de la parte superior, dispuesto guardando simetría con el que hay en la cabecera de enfrente, otra panoplia de armas, la mayor parte malayas, por el estilo de las que ya hemos mencionado en igual ocasion. En los estantes que hay debajo se conservan multitud de ídolos y pequeños objetos de barro, cobre, plata y oro. A propósito de este metal, ó mejor dicho del dorado, bueno es tener presente lo que refiere Oviedo: Los indios, dice, saben muy bien dorar las piezas y cosas que ellos labran de cobre ú oro muy bajo; tienen en ello tanto primor, y dan tan subido lustre á lo que doran, que parece oro de 23 quilates segun el color con que sale de sus manos. Esto hacen ellos con ciertas yerbas, y es tan grande, tan (ventajoso) secreto, que cualquier platero de Europa ó de otra parte donde se supiese emplear, bien se podría llamar riquísimo el que supiera dorar de tal manera. Esto, segun el insigne historiador á quien hemos ido siguiendo casi palabra por palabra, (obra citada, parte primera, libro VI, capítulo VIII, página 189), no se usaba en las Antillas, sino en Tierra-Firme. «Yo he visto, añade, la hierva, é los indios me la han enseñado; pero nunca pude por halagos ni de otra forma sacar de ellos el secreto, e negaban que ellos lo hacian, sino en otras tierras muy lexos, señalando al Sur ó parte meridional.» Esto dice Oviedo, y nos ha parecido traerlo á cuento en esta ocasion, que no puede ser más oportuna. En los estantes de que vamos hablando hay tambien algunas armas y utensilios de obsidiana, de los cuales mencionaremos varias delicadas lancetas con que se sajan los indios las piernas, quando se les hinchan despues de larga y fatigosa jornada.

V.

Como aquí empieza la preciosa série de los vasos peruanos, una de las más ricas colecciones, que, en su género, se pueden hallar, recorreremos ántes los armarios que van por el medio del salon, ocupando la mayor parte de su longitud. Lo primero que nos llama la atencion, es un hermoso espejo de obsidiana, llamado *Espejo de los Incas*, los cuales bien podian servirse de él, que, apesar del negro color de la piedra, merced á su excelente calidad y al precioso pulimento que recibe no sólo refleja á maravilla cuantos objetos tiene delante, pero aun los mismos colores repite, no mucho más bajos que ellos son en sí. Ciertamente que un espejo de obsidiana por el estilo, hasta debe ser preferido á muchos de acero y á no pocos de cristal inferior. Adornos de plumas y collares de semillas, conchas, helitros de escarabajo y dientes de varios animales, en especial de monos, ocupan el espacio que hay entre el espejo citado y una cabeza de indio, reducida al fuego, que aún conserva parte de la negra y lacia cabellera que tenia en vida.

De estatuitas, perfumatorios y multitud de objetos de China que despues encontramos, se necesita para hablar de ellos mucho más espacio del que disponemos. Muchos bronzes merecen especial atencion, así como algunos maniquies, vestidos con ricos trajes de mandarines del Imperio Celeste, y otro de guerrero. La prontitud con que vamos pasando no nos ha de estorbar el ver las telas que da el árbol de las mantas, de que hay muchos y curiosísimos ejemplares. Son capas corticales que se toman del referido árbol, y dan á los indios abrigo excelente, así como el árbol del pan les da alimento; de suerte que si á esto se une la benignidad del clima, se comprende no sea fácil persuadir á los naturales de ciertas islas del Pacífico á que empleen el tiempo en trabajar. Pero demos la vuelta, y al paso veamos dos preciosos faroles chinos con embutidos de alambre de plata, que por su forma y pormenores merecen especial mencion. Ni es mucho que saltemos de América á China y de Filipinas á Otahiti, que por grande que sea el espacio del salon, siempre habrá que pasar de unos objetos á otros de relacion escasa.

Detengámonos, por último, en el Perú. Sus vasos, que al presente pasan de 700 en el Museo Arqueológico, son, en cierto modo, resumen del rico y poderoso imperio de los Incas. En ellos, no sólo se advierten multitud de formas diversas, sino usos y costumbres por demas singulares y aun obscenos hasta el último punto.

Quien esto escribe, jefe de la seccion que tan á la ligera va describiendo, desde que el Museo se fundó hasta fines del verano de 1868 *, no pudo ménos de hallar grandes dificultades para las papeletas referentes á los citados vasos. En otros muchos objetos habia ya empleado el Sr. Janer, su antecesor, cuando se conservaban en la Historia Natural, la gran copia de conocimientos que posee, mas el tiempo le habia faltado para los vasos peruanos, con lo que fué necesario ocuparse cuidadosamente en estudiar y describir tan rica y variada coleccion. En todo procuramos hacer el estudio más detenido que nos fué posible, viendo de aclarar muchas dudas, y dejando otras al tiempo y á más minucioso exámen. Por ejemplo, en los nombres de las frutas que muchos vasos representan, nos pareció preferible no mencionar sino las muy conocidas, comprendiendo á las demas con denominacion genérica, por no ser fácil, á primera vista, conocer la mayor parte, ni muchas de ellas, aun despues de muy detenido exámen. La razon fácilmente se comprende, pues sin el color del fruto, las hojas del árbol y otras cosas necesarias para el caso, hallará siempre el más diestro naturalista gravísimas, si no insuperables dificultades para la clasificacion. Queda siempre, así para el conocimiento de la Flora como para el de la Fauna del Perú, ancho campo á los curiosos y aun á los mismos naturalistas, prescindiendo de la manera con que comprendian los peruanos la representacion artística de cuanto les rodeaba.

* * *

Al recordar el *amore* con que hemos trabajado en el estudio de muchas preciosidades que la seccion cuarta encierra, y al ver la ligereza, sólo perdonable despues de las razones más de una vez alegadas, con que al pre-

* Ayudábanle en sus tareas los Sres. Ortiz de Zárate, al presente auxiliar del ministerio de Fomento, y Ezquerria, cesante, ayudantes del Cuerpo. Hoy están encargados el Sr. Sala, jefe de la seccion, y los Sres. Tapia, Gorostizaga y Dóriga. Al grato y amistoso recuerdo que de los primeros conserva, se une la satisfaccion con que ve á los segundos ocuparse, asíduos é inteligentes, en el exámen y estudio de la seccion que tienen á su cargo.

sente nos hemos visto obligados á hablar de tanto y tanto objeto digno de particular estudio y del más cuidadoso esmero, grande seria nuestra pena si en la misma seccion no hubiese centenares de papeletas, una para cada objeto, en las que se puede ver el estudio y el buen deseo, ya que sobre ellos prevalezcan la falta de saber y escaso entendimiento de su autor.

PUTEAL Y VASOS ÍTALO-GRIEGOS

QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

Puteal.—En la sala segunda de la seccion primera, se vé un precioso puteal de mármol blanco, cuyo nombre viene de que, en efecto, así llamaban al brocal del pozo los romanos. Para éstos, lugar donde cayese el fuego del cielo, era sagrado, y como tal le veneraban. Por eso le defendian poniendo un brocal como de pozo. En Roma, el lugar más famoso de estos consagrados era el *Puteal Libonis*, como dice la inscripcion, que estaba en el Foro, y allí se reunian los usureros á tratar de sus negocios.

Sitio donde cayese un rayo, le purificaban los hartúpicos en seguida, y era sagrado. Desde luégo ponian estacas ó piedras que le resguardasen, despues de haber sacrificado una oveja de dos años (*bidens*), de donde vino tambien el nombre de *Bidental*, que daban á estos pequeños monumentos.

El hallado en Pompeya viene á ser circular; rodéanle columnas, y en medio se ve el *Bidental*; de suerte, que la imaginacion puede, con muy pequeño esfuerzo, considerar el todo del edificio, dando más altura á las columnas y figurándose el techo que sostenian.

El religioso temor con que los romanos miraban aquellos lugares era tan grande, que no podia darse mayor crimen que profanarles, y, sobre todo, destruirles, arrancando las piedras, de tal ó cual modo que se hallasen. Por eso, aun hablando en broma, le cita Horacio como uno de los mayores sacrilegios:

... an triste bidental
Moverit incestus.

(Ad Pisones. v. 471—72).

El puteal que va grabado en LA ILUSTRACION es, como ya hemos dicho, de mármol blanco y de elegante forma. Estaba en la Moncloa, de donde se trajo. Aunque se halla mutilado, lo peor es que rasparon la parte superior, de suerte que no ha podido ménos de perder el efecto de su excelente escultura, de los mejores tiempos del arte griego. El principal personaje que se puede ver en el grabado, es Júpiter. Ocupa un asiento ó silla con brazos y tiene el rayo en la diestra. Delante de él, Minerva, y en lo alto, una Victoria alada. Detrás una figura varonil con gran hacha *bipennis* al hombro.

El conjunto de la escultura que vamos describiendo es de efecto sobremanera agradable, y en los adornos, especialmente la parte inferior, no raspada, bien merece estudio y admiracion.

Vasos italo-griegos.—Despues de llamar *etruscos* á todos los vasos pintados de cierta época, casi hemos venido á parar en lo opuesto. Ciertamente que Nola, en Campania, está buen trecho de Etruria; pero en esta se hallaba Volci (Vulci) 18 millas NO. de Tarquinii.

M. Dennis, en su obra *Ciudades y cementerios de Etruria*, ha dado, siguiendo á M. Gerhardt, cuyo sistema adoptan todos generalmente, la clasificacion de los vasos, de esta manera:

Clase 1.^a Vasos para aceite, vino, agua, etc.: *amphora*, *pelice*, *stamnos*.

2.^a Para llevar el agua: *hydria*, *calpis*.

3.^a Para mezclar vino y agua: *crater*, *celebe*, *oxybaphon*.

4.^a Para verter vino, etc.: *cantharos*, *anochoe*, *olpe*, *prochus*.

5.^a Vasos para beber, y cubiletes ó vasitos: *cyathus*, *carchestion*, *holcion*, *scyphus*, *cylix*, *lepaste*, *phiale*, *ceras*, *rhyton*.

6.^a Vasos de unguentos y perfumes: *lecythus*, *alabastron*, *askos*, *bombylios*, *aryballos*, *cotylicos*.

La pintura en cerámica habia concluido mucho tiempo ántes de Plinio, en lo que se refiere á nuestros vasos; pues ya aquel escritor nos dice que los vasos pintados eran más preciosos que los murrhinos. En tiempo de los emperadores llamaban á aquellos *operis antiqui*, y les buscaban, como nosotros ahora, por los sepulcros de Campania y la Gran Grecia. Suetonio (Julio César, 81), habla del descubrimiento de algunos en tiempo de César, al demoler unos sepulcros en Cápua.

En cuanto á los vasos que algunos suelen considerar

hallados en Pompeya ó Herculano, diremos que *hasta ahora no ha parecido uno solo ni en las ruinas de aquellas ciudades ni en Stabia*; cosa que se debe tener muy presente, y confirma la creencia que hacia ya mucho tiempo no se fabricaban.

Si los objetos de la seccion cuarta recuerdan á quien esto escribe los primeros años desde la fundacion del Museo, los de la seccion segunda, y, en especial, aquellos de que va dando cuenta al presente, son para él, digámoslo, amigos cuya vista le acompaña diariamente y anima en sus tareas. Los tres vasos que el lector puede ver debajo del puteal, son, como los nombres que llevan al pié indican: *oxybaphon* (el *acetabulum* de los romanos), pequeña *amphora*, de graciosa hechura, é *hydria*, de forma tambien graciosa y elegante. En el primero se ven pintadas escenas dionisiacas; todos tienen anverso y reverso; el fondo es negro, y el artista fué dejando con el color del barro cocido meramente el espacio que habian de ocupar las figuras, como sucede en todos los vasos de ciertas épocas. Estos que vamos mencionando se hallan en España desde el siglo pasado, lo cual, ademas de otras razones que se podrian alegar, prueba tambien que son auténticos, pues los vasos llamados hasta hace poco etruscos, no se empezaron á falsificar en grande escala sino á fines de la pasada centuria y en la presente.

FERNANDO FULGOSIO.

DOS POETAS PORTUGUESES.

Al ocuparnos hace algunos meses en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID del escritor portugués J. Simoes Dias, citamos los párrafos que el Sr. Romero Ortiz consagra en su libro *La literatura portuguesa del siglo XIX*, á conmemorar los nombres y merecimientos de los poetas líricos contemporáneos de la nacion vecina. Pasa de cuarenta el número de poetas citados en este libro, y sin embargo, como, segun parece, en Portugal sucede actualmente lo mismo que en España, á saber: que existe tal facilidad para *hacer* versos líricos, que todo hombre medianamente culto es, ó pretende ser, poeta, se comprende bien la imposibilidad absoluta de que en la enumeracion hecha por el Sr. Romero Ortiz no se notase la falta de algunos nombres dignos de memoria. Demas que ya es sabido que toda obra de erudicion bibliográfica, por necesidad absoluta, ha de ser siempre más ó ménos incompleta. Los grandes trabajos de erudicion se forman, si la palabra es permitida, por superposicion; no son, no pueden ser, la exclusiva obra de una sola persona, por grande que sea su laboriosidad y diligencia.

En el libro *Lisboa en 1870*, del ilustrado y jóven escritor D. Gonzalo Calvo Asensio, se hace tambien una breve reseña del estado que al presente alcanza la poesia lírica portuguesa. Despues de recordar los grandes merecimientos literarios del vizconde de Almeida Garrett, y del distinguido poeta lírico, notable novelista é historiador insigne Alejandro Herculano, dice así el señor Calvo Asensio.

«Guiados por tan ilustres maestros, distínguese Antonio Feliciano de Castilho, ciego que pinta admirablemente la naturaleza, y á quien todos reconocen como inescrutable en el arte de la metrificación y gran conocedor de la lengua, por más que sirva más para las obras de estudio filológico que para las de nervio y grandeza, aun cuando sus *Ciumes do Bardo* son una prueba de verdadero génio: Tomás Riveiro, que en sus *Delicia* y *D. Jaime* muéstrase gran poeta genial y de inspiracion: Juan de Deus, el más natural y espontáneo de los escritores, y cuyas popularísimas composiciones tienen una delicadeza y un perfume de candor admirables: Palmeirim, gran amator de la poesia popular, é imitador de Beranger: Soares de Passos, el más inspirado, el más genial y de poderosísima imaginacion, comparable á Lamartine, y muy dado á la gracia especial de Heine: Bulhao Pato, el Trueba portugués: Mendes Leal, correcto y depurado estilista, nada fácil versificador, ni de muy poderoso ingenio, pero discreto y de talento claro y vasto: Vidal, poeta elegiaco romántico: Juan de Lemos y Gomes de Amorim, cuyas producciones llevan todas el sello del estudio y de la conciencia, desnudas siempre de toda pretension de popularidad efímera; nombres y poetas que indican bien á las claras el gran desenvolvimiento que en esta edad ha adquirido el arte entre nuestros vecinos, á cuyo culto conságranse muchos y esclarecidos talentos.»

La precedente enumeracion de poetas líricos portugueses, sólo añade dos nombres á los ya citados por el

Sr. Romero Ortiz, el de Vidal y el de Juan de Deus. Este último, ya en el año de 1869 habia dado á la estampa dos notables volúmenes de poesías. El primero, en el orden de la publicacion, intitulado *Flores del campo*, mereció juicios muy favorables de los críticos Luciano Cordeiro, Alejandro da Conceicao y Cândido de Figueiredo. El segundo, que lleva por título *Ramo de flores*, se halla formado por un número muy corto de composiciones poéticas, pero que quizá aventajan en mérito á las anteriormente publicadas.

Dedicados nosotros desde hace algun tiempo á traducir al castellano algunas poesías líricas portuguesas escritas por autores contemporáneos, vamos á consagrar este artículo á dar noticia de dos poetas líricos de que no se hace mencion en ninguno de los dos libros que dejamos citados. Bien sabemos que comparados nuestros ligeros estudios sobre literatura portuguesa con la obra monumental del Sr. Romero Ortiz, donde se reúne á una erudicion enteramente alemana, una viveza de fantasía enteramente española; bien sabemos que estos estudios con tal obra comparados, guardan la relacion de un grano de arena con una alta y soberbia montaña. Pero al fin y á la postre, de pequeños granos de arena se pueden formar inaccesibles montañas. Nosotros procuramos extender en España el conocimiento de la literatura portuguesa segun la medida de nuestras fuerzas; hagan lo mismo cuantos se interesen por la idea del iberismo, y bien pronto serán populares en nuestra patria los nombres y las obras de los escritores lusitanos. Dichas estas palabras á guisa de introduccion, comencemos nuestras reseñas crítico-bibliográficas.

Francisco Marques de Souza Viterbo. El jóven redactor del *Jornal do Porto* Sr. Souza Viterbo, ha publicado en el año de 1870 un pequeño poema titulado *O Anjo do pudor*, y una coleccion de poesías que lleva por título *Rosas e Nuvens*.

O Anjo do pudor es un poema alegórico donde se reflejan esas pavorosas dudas y esas risueñas esperanzas que se hallan en el fondo de todo pensamiento contemporáneo. Porque la verdad es, digan lo que quieran ciertos optimismos utopistas, que si el arte en nuestra edad no presenta la sombría desesperacion de Byron, Leopardi y Espronceda, ni siquiera la ironía mordaz de Balzac y de Larra, es porque ya se ha llegado á *dudar de la duda*, que es la quinta esencia del más refinado excepticismo.

Así vemos en el poema del Sr. Souza Viterbo, que al lado de vigorosas frases, señalando la impudicia de las costumbres contemporáneas y aun pudiera decirse que hasta los defectos de la creacion divina, se hallan protestas de fé en la grandeza y la sabiduría de Dios, tan ardientes y apasionadas, al ménos en la forma, cual las que inspirar puede el más puro misticismo. Tal es nuestro siglo que duda y vacila, sin atreverse á llegar á la satánica grandeza de la negacion y sin poder adquirir la fé tranquila de la afirmacion divina.

En su coleccion de poesías líricas *Rosas e Nuvens*, presenta el Sr. Souza Viterbo algunas composiciones verdaderamente inspiradas y llenas de fuego poético.

Sobre todo las poesías amorosas se distinguen por el verdadero sentimiento que en todos sus versos se refleja. Bien es cierto que cuando los poetas de la época actual cantan amores, suelen dedicar sus versos á personas que realmente existen, y no á aquellas Filis y Amarilis, muchas veces imaginarias, que figuran en las composiciones de los poetas bucólicos del pasado siglo. Pero existe un límite en el cual el amor á la mujer se transforma en el amor arquetipo á la belleza ideal; es el simbolismo de Helena en la antigüedad clásica; es el subjetivismo eterno de la pasion, jamás satisfecha en la tierra; ese subjetivismo que hizo exclamar á nuestro Espronceda:

Es el amor que el mismo amor adora,
El que creó las sílfides y ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas;
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del eden divinas,
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que en vano busca aquí su bien perdido.

Esta inspiracion entre amatoria y filosófica, dictó al Sr. Souza Viterbo la poesia titulada *Oblivio*, que puesta en castellano dice así:

Aléjate y olvida; deja que caiga al fondo
La concha que un momento flotó sobre la mar;
Vuelve al etéreo espacio, ángel dé luz divina,
Refleja en otros mundos tu cálico mirar.

Luchar es mi destino; en noche tempestuosa
Alumbrará mi frente el rayo abrasador;
Nacido en tristes horas de amarga desventura,
Soy réprobo lanzado del cielo del amor.

No alumbre tu mirada las sombras de mi mente,
Aléjate y olvida, ¡oh redentora luz!
No pretendas salvarme, mi vida es un abismo,
Déjame llevar solo el peso de mi cruz.

Vela tu clara lumbre, encantador ensueño,
Vela tu clara lumbre, que al mundo ha de trocar
Tus transparentes alas en pabellon mortuorio,
Y tu nevado seno en funerario altar.

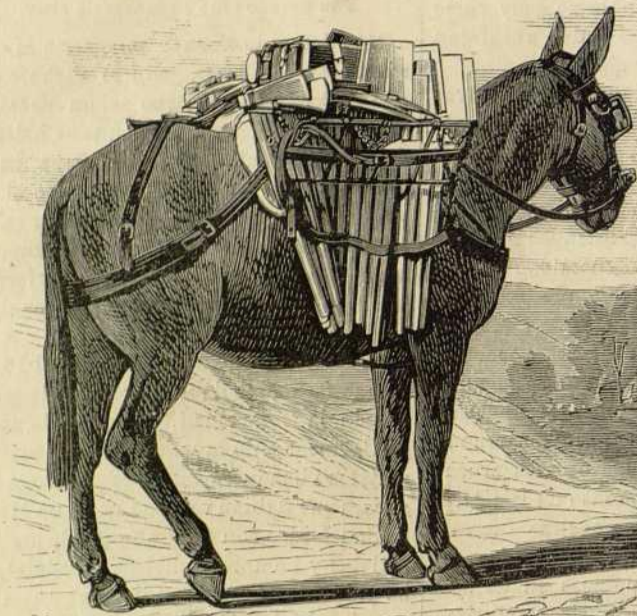
Más detenido exámen mereceria la coleccion de poesías *Rosas e Nuvens*, pero lo dicho basta para indicar que el Sr. Souza Viterbo es un poeta lírico que sabe sentir y sabe pensar. Hoy, que se halla en la primavera de la vida, canta el amor; mañana, cuando la nieve de los años haya apagado algun tanto el fuego de sus juveniles pasiones, es de esperar que sabrá cantar con la misma vigorosa entonacion el eterno, el imperecedero amor que inspira el ideal de la perfeccion absoluta, estrellada refulgente que guía á la humanidad por el sendero de la vida.

Costa Goodolphim. La noche del 16 de mayo de 1871 es una fecha que debe ser recordada por todos los que desean la fraternidad, ya que no la union, de la patria de Camoens y de la patria de Cervantes. Reunidos en un amistoso banquete varios escritores y diputados portugueses que habian venido á pasar en Madrid la festividad de San Isidro con gran número de periodistas, literatos, artistas y hombres políticos españoles, se dió una prueba palpable de que los odios que ántes inspiraba la exagerada preocupacion del patriotismo van desapareciendo de dia en dia, para dejar plaza á la más alta concepcion de la solidaridad de los pueblos, y del comun destino humano de todas las razas que sobre la tierra han aparecido. Allí se oyeron confundidas en una misma aspiracion las elocuentes frases del diputado portugués Alves Matheus y del eminente orador español Emilio Castelar; allí pronunciaron entusiastas brindis Moreno Nieto y José Tiberio, Albareda y Teófilo Ferreira, Calvo Asensio y Oliveira Pires; allí el director de *La Época* Sr. Escobar, que presidia el banquete, fijó con correcta y elegante frase el sentido que debía darse á aquella reunion fraternal de los dos pueblos peninsulares; allí el alcalde popular de Madrid, Sr. Galdo, recordó la cariñosísima acogida que siempre habian encontrado los emigrados españoles en la nacion portuguesa, y excitó al Sr. D. Benigno Joaquin Martinez, dedicado desde hace muchos años al estudio de la literatura portuguesa contemporánea, para que dijese algunas palabras en tan solemne ocasion; allí el Sr. Martinez, correspondiendo á esta invitacion, brindó por la grata memoria de Fonseca Magalhaes y José Esteveao, como los decanos de la imprenta portuguesa; allí, por último, se oyeron los inspirados versos de García Santistéban, Evaristo Silió y Víctor Caballero. Y no por olvido, sino intencionalmente, hemos dejado de citar entre los poetas al popular Manuel del Palacio, pues nos propusimos transcribir á continuacion el soneto que allí leyó, donde respetando hasta la más esquisita susceptibilidad anti-ibérica, dijo así:

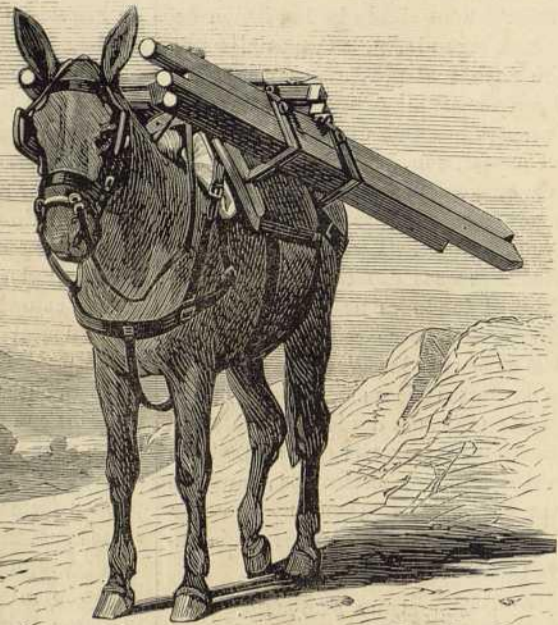
Juntos ayer, el indico Oceano
Acometiendo hazañas de titanes
Vió á Pizarro, Cabral y Magallanes,
Meneses y Quirós, Gama y El-Cano.
Juntos dieron su sangre al africano
Cien de nuestros valientes capitanes,
Y juntos lamentaron sus afanes
Dos génios, gloria del linaje humano.
Si ambiciosa y feroz la tiranía
Robaros pudo vuestra dulce calma
En triste edad para la patria mia,
Ya agostado el laurel, seca la palma,
Por otra union brindemos este dia:
La que enlaza no el cuerpo, sino el alma.

Dejándonos llevar por los gratos recuerdos de la noche del 16 de mayo de 1871, hemos tardado en decir, quizá más de lo que debiamos, que entre los escritores portugueses que á aquel banquete concurrieron, se hallaba el Sr. Goodolphim, autor de varias obras en prosa y verso, y que despues ha consagrado un volumen lujosamente impreso á relatar las impresiones que le produjo su corta residencia en España. Titúlase este libro *Visita a Madrid*, y para que pueda juzgarse del espíritu con que se halla escrito, traduciremos á continuacion los primeros párrafos del capítulo primero, que dicen así:

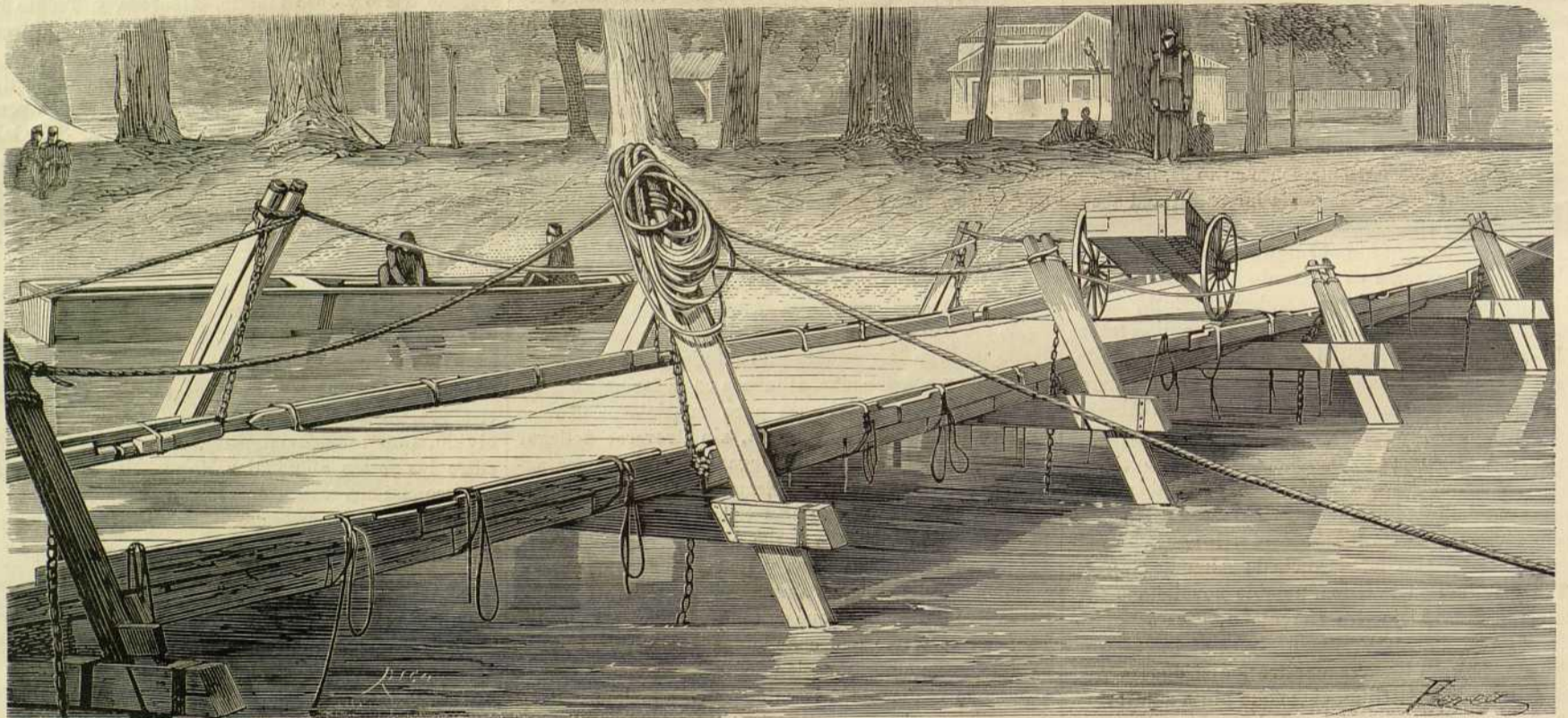
«Ciertamente que la historia de esta península, Portugal y España, no registra en sus páginas ningún hecho semejante al que presenciamos desde el 13 al 20 de mayo de 1871: un abrazo fraternal entre sus dos pueblos. Fué la vara mágica del progreso, la que aumentando la rapidez en los medios de viajar, supo hacer este milagro. Este es el primer paso que en el camino de la ilustracion han dado reunidos dos pueblos hermanos; y tal ejemplo será seguido por las generacio-



PARQUE DE CAMPAÑA.



TREN DE PUENTE.



PUENTE MILITAR.

nes venideras, que llegan ya purificadas de ruines y viejas preocupaciones. España era para nosotros un país remoto; España era un recuerdo pavoroso; hoy es un pueblo vecino al cual estrechamos la mano fraternalmente..»

«Las tétricas figuras de los Felipes se envuelven en la sombra de los tiempos y descienden al sepulcro del eterno olvido. Las nuevas generaciones templan su espíritu en otras creencias y otros ideales, y no deben de ir á buscar en lo pasado esos sudarios que envolvian á las naciones al ir á precipitarse en profundos abismos. Portugal, aunque pequeño, ha ocupado un lugar importante entre las naciones de Europa. Portugal, que supo conquistar y afirmar su independencia con un valor sublime, que si llegó á los últimos grados de la decadencia en 1580, despues se levantó de nuevo fuerte, impo- nente, magestoso, debía recordar que la causa de tan amargas pruebas fueron ese rey fanático llamado don Juan III, ese viejo imbécil que fué ministro de Dios é inquisidor, esa turba, en fin, de áulicos prostituidos, que son siempre los verdugos de los pueblos. Y levan-

tando más el pensamiento, analizando la fundacion de la monarquía portuguesa, habria que recordar que esta península, que toda reunida podia ser grande y poderosa, se halla dividida en dos pueblos por la ambicion de un hombre. Si no hubiese existido ese aventurero francés ú holandés, el conde D. Enrique, á quien se le antojó tornar los dos pueblos peninsulares en dos Caines, esta península toda unida seria hoy un imperio, una monarquía ó una república fuerte, gigante, que dictaria leyes á la Europa, en vez de estar en muchas ocasiones bajo la presion de un pueblo que, á semejanza de los usureros, rie y goza cuando los otros pueblos lloran y padecen..»

Para explicar el espíritu que ha inspirado las apreciaciones que acaban de leerse, bastará decir que el autor del libro *Visita a Madrid* es republicano, y segun parece en el partido republicano portugués es donde al presente se hallan más partidarios de la union con España, bajo la base de constituir una federacion, ó mejor, una confederacion ibérica.

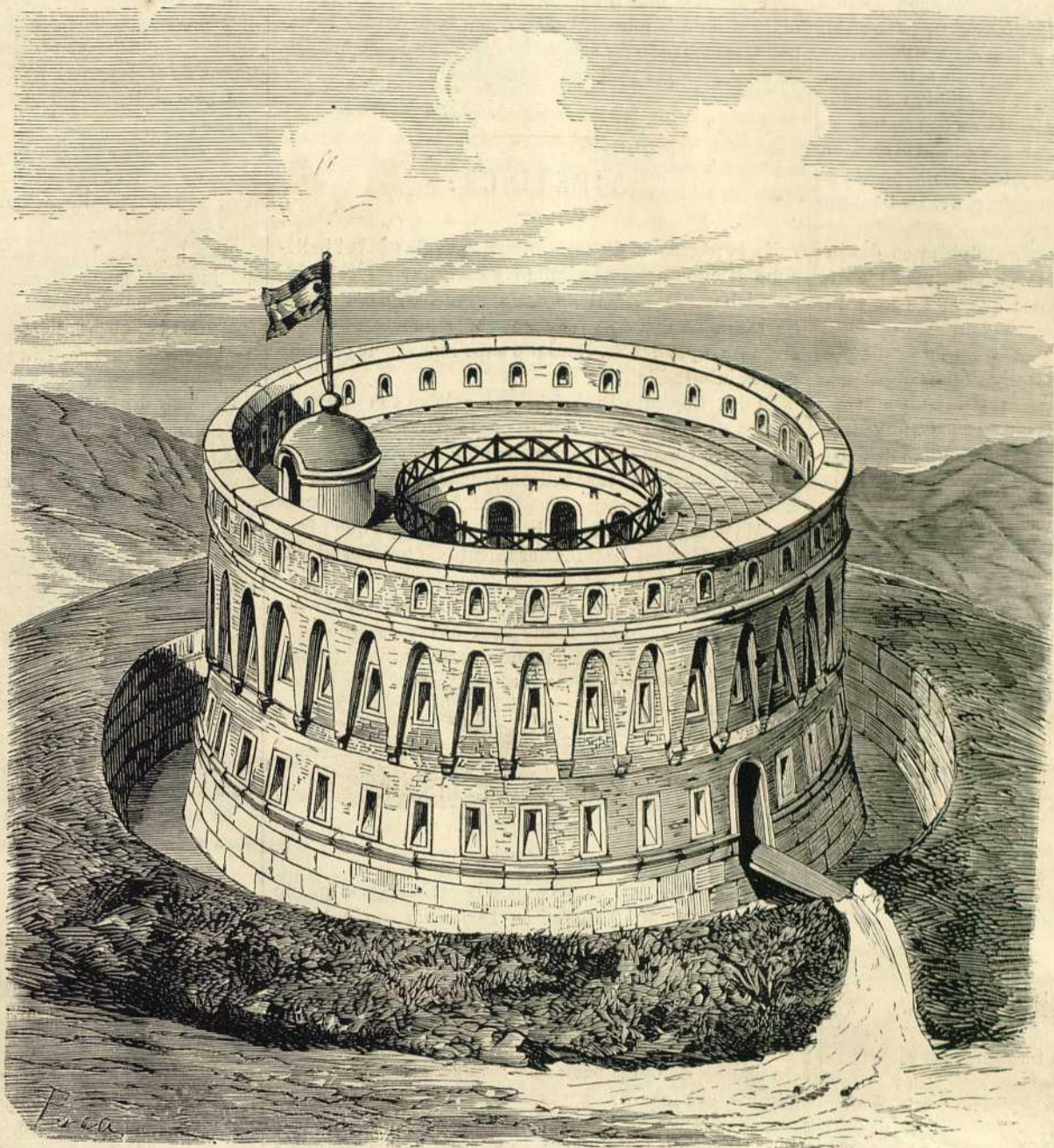
El Sr. Goodolphim, en la coleccion de poesias que ha

publicado bajo el modesto título de *Versos* (Lisboa, 1871), ha dedicado un entusiasta canto á la república que comienza en esta forma:

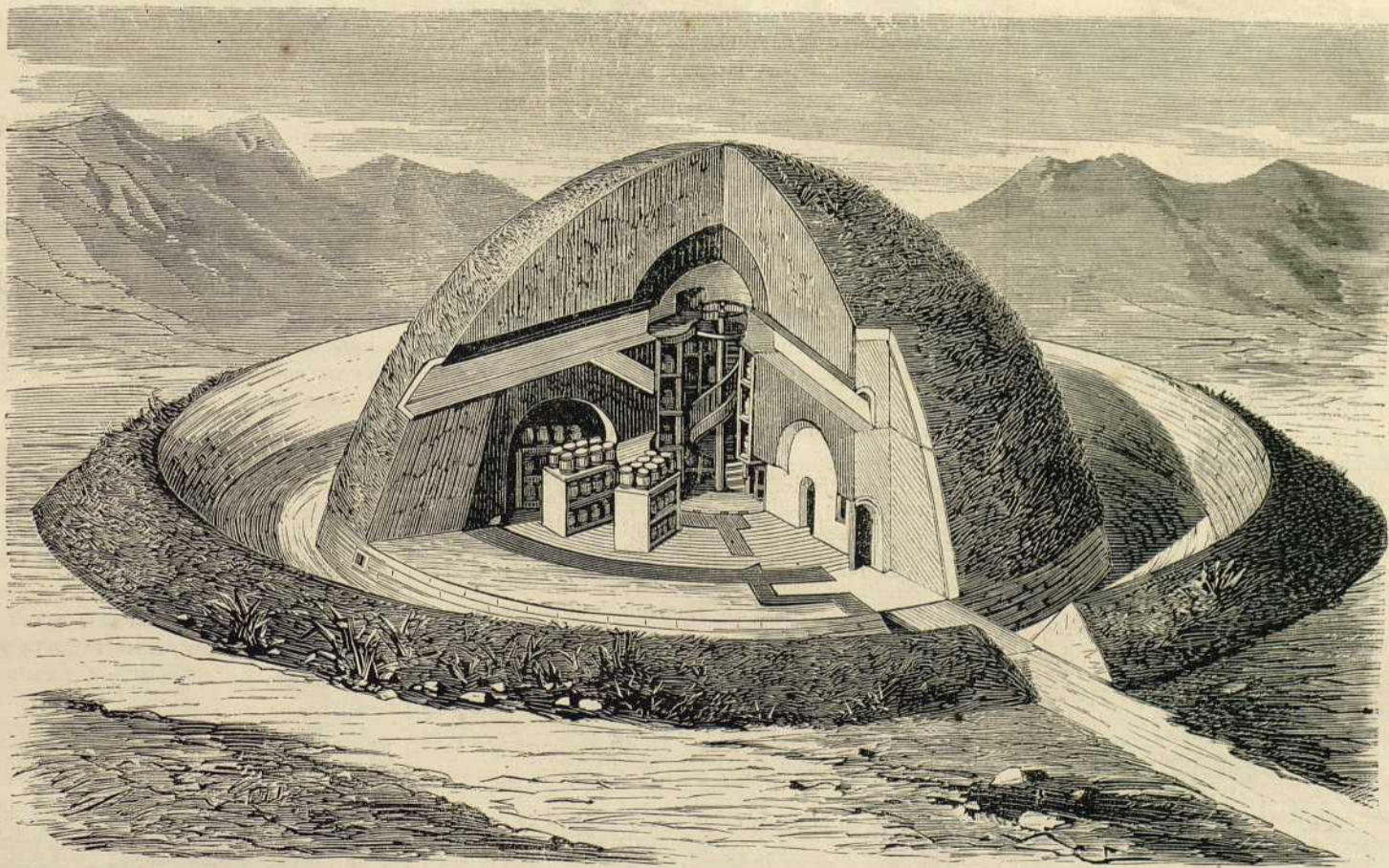
*¡Oh! ¡Salvé! Luz suprema da republica,
O grandiloco bem da humanidade:
Tu dimanas de mau de Eternidade
Pra na terra reger a causa publica.
Tu és o grande bem, o bem supremo
Adocando da vidaas mil agruras.
Cantico dos astictos, as futuras
Edades, anhelando o bem estremo.*

El Sr. Goodolphim ha publicado, ademas del libro ya citado, otras varias obras poéticas intituladas: *Primeros versos*, *Leyendas árabes*, *Pasado y presente*, *Eva* y *Monumento á Camoens*; y prepara la publicacion de una obra en prosa cuyo título *Dios y el hombre*, *Cristo y la Iglesia*, *los Concilios y los Papas*, deja ya entrever el espíritu cristiano racionalista que en sus páginas ha de dominar.

Nosotros sólo conocemos del Sr. Goodolphim los dos libros *Versos* y *Visita a Madrid*, y así es que para juzgarle como poeta habremos de limitarnos á examinar



TORRE PARA FUSILERÍA, CONTRA LOS MOROS.



INTERIOR DE UN ALMACEN DE PÓLVORA.

las composiciones que se hallan en su colección poética ya citada, la cual se compone de unas cuarenta poesías, amorosas unas, políticas otras y filosóficas algunas.

Entre las poesías políticas, es digna de mencionarse la dedicada á cantar la gloria de la revolución española de 1868, escrita con gran valentía de conceptos, en un metro semejante al que usó el insigne Manzoni en su célebre oda á la muerte de Napoleón. Esta poesía se halla dedicada á nuestro compatriota el Sr. D. Benigno Joaquín Martínez.

Las poesías amorosas del Sr. Goodolphim se distinguen por un sentimiento en que se halla más bien la delicadeza de la ternura amorosa, que el fuego y los arrebatos de la pasión.

Como entre el amor y la amistad, tratándose de personas de distinto sexo, existe bastante semejanza, bien puede considerarse incluida entre las poesías eróticas del Sr. Goodolphim, la que se titula *Al retrato de una poetisa*, que traducida libremente al castellano dice así:

En esa blanca frente,
¡Oh! ¡dulce poetisa!
Bien claro se divisa
Tu noble, generosa inspiración.
Y en ese mirar tuyo,
Tan puro, al par que ardiente,
Revelase á la mente
La dicha celestial de la pasión.

¡Oh! cómo de mi alma
La pena ahuyentaría
La célica armonía
Que hace soñar en glorias del eden.
Sí, que al oír los ecos
De tu voz inspirada,
Creiera trasformada
La tierra en la mansión de eterno bien.

¡Y siempre melancólico
Elévase tu canto!
¡Tal vez amargo llanto
Inunda tus mejillas sin cesar!
Tu alma, ¡oh! ¡poetisa!
¿No ama, ni cree, ni espera?
¿No vé la primavera
La muerte en vida nueva trasformar?

Esa flor ya marchita
Que muestras en tu mano,
¿Es símbolo, es arcano
Que encierra tu doliente inspiración?
¡Tal vez oculta pena
Amarga ya tu vida,
Tal vez lloras perdida
La primera, dulcísima ilusión!

¡Oh! levanta tu frente,
Y cree y espera y ama,
Mira cómo la llama
Siempre hacia el cielo marca su ascensión.
Seca, seca tu llanto,
Eleva tu voz pura,
Y hallarás la ventura
Del arte en la sublime inspiración.

Entre las poesías de carácter filosófico [que se hallan en la colección que examinamos, merecen citarse las intituladas *¡Cínico!* y *El Monge*. Esta última se halla dedicada á la distinguida poetisa *Esca*. señora doña Mariana A. de Andrade, y en ella se encuentra un diálogo animadísimo entre un ascético anacoreta y un empedernido escéptico; es un diálogo entre la fé y la duda, en el cual acontece, como en el *Fausto* de Goethe, que el espíritu *mefistofélico* suele entonar con frecuencia el himno de la victoria.

En la poesía titulada *¡Cínico!* el Sr. Goodolphim menosprecia todos los juicios humanos, conservando íntegra su fé en los altos juicios de Dios. Así fueron, en efecto, los cínicos de la antigua Grecia, y así son y serán los idealistas de todos los tiempos y países.

Al comenzar esta breve noticia literaria del señor Goodolphim, hemos traducido los primeros párrafos del primer capítulo de su libro *Visita a Madrid*, donde se ven reflejados sus altos pensamientos acerca de los lazos de fraternal unión que deben unir á los dos pueblos peninsulares: para terminar traduciremos también los últimos párrafos del mismo capítulo, en donde aparece aún con mayor evidencia el patriótico ideal que vive en su poética fantasía.

«Si fuese posible, dice el Sr. Goodolphim, arrancar del pecho de los portugueses el sentimiento de amor á la independencia de este rincón del Occidente que se llama Portugal; si un poder mágico pudiese tornar á los portugueses en españoles, ó los españoles en portugueses; si toda la Península constituyese un solo Estado, digámoslo con franqueza, se formaría de estas dos naciones una nación poderosa que abatiría el orgullo de

esos pueblos que intentan dar leyes al mundo con la dialéctica de la ametralladora ó con la punta de la espada, manchando de sangre las páginas de la historia de este siglo que se llama de progreso.»

LUIS VIDART.

A PETISCA.

En la página 96 de este número publicamos el bellísimo dibujo de nuestro amigo y corresponsal artístico en Lisboa, D. Rafael Bordallo Pinheiro, cuyo dibujo da razón de una de esas costumbres populares que el elegante lapiz del Sr. Bordallo sabe reproducir con una gracia inimitable.

El Sr. Bordallo Pinheiro, que cultiva con fruto el género en que tanto se han distinguido Cruishenck, Gavarni y Cham, es, á nuestro juicio, el primero entre los caricaturistas portugueses; más de una vez ha honrado con sus obras las planas de LA ILUSTRACION DE MADRID, y no será esta la última muestra que ofrezcamos á nuestros lectores del talento de tan apreciable artista.

Acompaña al dibujo un artículo del escritor portugués D. Juan Morato Romo, que al favorecernos con su colaboración obliga también nuestra gratitud y cuyo trabajo insertamos á continuación de estas líneas.

X.

LOS PILLUELOS DE LISBOA.

A PETISCA.

No sé si en otros países existe la *petisca*; ¿por qué no ha de existir? En España, en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Portugal se juega al tresillo, al whist, al boston, l'ecarté y no sé cuántas combinaciones más; ¿será la *petisca* oriunda de Portugal y estará tan encariñada con la tierra patria que ni una vez al menos se haya atrevido á traspasar las fronteras? Temo que me ha de faltar paciencia para acometer las investigaciones necesarias para contestar á estas preguntas.

Es la *petisca* un juego de las calles, pasatiempo de los vagabundos adolescentes y delicia de los estudiantes en las horas de huelga y de recreo.

Las madres se estremecen de espanto al oír pronunciar ese nombre horrendo de *petisca*.

Parece un pasatiempo inocente, inofensivo, y representa para ellas muchas y amargas horas de sufrimiento y de trabajo y no poco dinero disipado.

Los muchachos salieron de la casa materna limpios, arreglados, con los *sietes* bien zurcidos, y vuelven como unos saltadores de caminos, rotos, sucios, con la cara magullada, hecha una lástima y sin un botón en el vestido.

Jugaron los desgraciados, y la adversidad y el azar los maltrataron y nada les dejaron. Perdieron una vez, y otra, volvieron á perder, lo perdieron todo, perdieron hasta el último botón.

Aparecen en el umbral de la puerta, lacrimosos, sosteniendo con trémula mano los calzones, y dirigiendo alternativamente tímidas miradas ya á la madre, ya á los objetos suspendidos en las paredes.

¿Quiéren mis vecinos saber lo que es la *petisca*? Es un juego modesto, popular, sin pretensiones ni exigencias de ninguna especie: bástale una pequeña escavación practicada con el dedo en cualquiera rincón de la calle. No tiene con el terrible *tapete verde* de los jugadores otra relación ó parecido que el del color de aquel con el de las yerbecillas que rodean el hoyo donde deben ir á parar las *chinas* ó tantos.

Antes de dar principio á la partida, grita uno de los que dominan el cotarro:

¡Piedrecilla, piedrecilla, quién quiere ser mi madre!

Y presenta á los demás muchachos ámbas manos bien cerradas; en una de ellas tiene una piedra pequeña, un botón, un objeto cualquiera, y el que acierta en cuál de ellas está, es *mano* ó el primero en el juego.

El número de los jugadores no tiene límite; pueden tomar parte en la *petisca* dos ó una docena, 25 ó 100.

Colócanse á cierta distancia del hoyo y tiran sus *chinas* ó *marcas*, tal vez acabadas de arrancar á las camisas, á los calzones, á las chaquetas, cuando no son lauros y botín ganados en anteriores y reñidas batallas.

El que tiene la suerte ó la maña al lanzar el botoncillo de introducirlo en el hoyo, ó de aproximarle mucho á éste, grita lleno de júbilo: «Yo soy el rey, yo soy el

rey,» y arrodillase, se inclina, se acerca procurando tomar la posición más conveniente para meter, con pequeños impulsos dados con la uña pulgar, todos los tantos en el hoyo.

A esto se llama, en la tecnología del juego, *dar os piques*.

Si consigue este fin ha ganado, recauda todos los tantos y es llevado á cuestras por los jugadores chambones; cuando no alcanza el apetecido resultado viene otro á sustituirle.

Mas ¡ay de ellos si osaren infringir cualquiera ley del juego, si pretendieren hacer trampas! Entonces se les expulsa cubriéndoles de improperios, maltratándoles, y los jugadores de buena fé entregan á los vientos de la publicidad y difunden presurosos su deshonra, contando el caso á todas las tribus truhanescas.

Confieso mi pecado; me gustan los granujas, tengo verdadera pasión por esos chicuelos alegres, descuidados, que viven no se sabe cómo, que rien de todo, que nos persiguen con sus burlas, casi siempre graciosas, que dan ingeniosos nombres á las diferentes prendas de nuestro vestido.

El granuja es bueno, franco, de corazón abierto y no anda muy lejos del *gaucho*, su ideal sublime.

Sabe conocer las llagas sociales; pone su dedo poco limpio en todas las heridas; rie de todas las vanidades; gústale arrancar la máscara á los Tartufos; silba la canción del general Boum en las grandes paradas militares.

Pasa la vida con la cara alegre como el sol de mayo, haciendo muecas á los hombres graves y divirtiendo el hambre con los pasos del can-can.

El granuja es el jilguero de las ciudades y la caricatura animada del siglo en que vive.

JUAN MORATO ROMO.

Lisboa, 19 de marzo 1872.

TAJOS DE GAITÁN.

Creemos que nuestros lectores han de agradecer nos que les demos á conocer la vista de esas imponentes montañas en cuyas entrañas penetra la locomotora y en las que se ha construido un túnel de laboriosísima y arriesgada ejecución, venciendo dificultades que parecían insuperables y con la fortuna, más rara aún en obras de esta clase, de que no haya ocurrido una sola desgracia personal.

Los *Tajos de Gaitán* constituyen la parte más pintoresca del camino de hierro de Córdoba á Málaga, y la inteligencia con que han sido horadados merecerá siempre la aprobación y el respeto de cuantos se dedican al estudio de estos utilísimos problemas de construcción.

DON NARCISO SEVILLA.

El día 30 del último diciembre exhalaba en Madrid el último aliento el distinguido artista D. Narciso Sevilla. Joven todavía Sevilla, que había pasado los breves años de su vida dedicado al arte con todo el entusiasmo de su alma, ha desaparecido de entre nosotros, sus amantísimos amigos, que admirábamos su talento, sus virtudes y su nobilísimo carácter: se ha separado por primera vez de su adorada é inconsolable madre para esperarla en el cielo. ¡Ha muerto cuando todo le sonreía, cuando comenzaba á recoger el fruto de tanta laboriosidad y de su extraordinario mérito!

Quisiéramos escribir hoy una necrología: LA ILUSTRACION DE MADRID nos honra concediéndonos un lugar en sus planas para que desempeñemos esta tarea, y sin embargo no nos atrevemos á emprenderla; que para esto sería necesario pensar más y sentir menos que lo que en los momentos presentes les es permitido á nuestra anublada inteligencia y á nuestro angustiado corazón.

Nos limitamos, pues, á citar las principales obras del malogrado escultor, que ha bajado al sepulcro cuando apenas había cumplido 30 años.

En 1862 presentó en la Exposición de Bellas Artes que se celebró entonces, la estatua semicolosal de Martínez de la Rosa, la cual obtuvo premio y fué adquirida por la Academia Española.

En 1863 hizo el busto de tamaño natural del mismo personaje, en competencia con el que se halla colocado en el salón de conferencias del Congreso] de los Diputados, cuyo busto es obra del Sr. Ponzano.

En 1864 llevó á la Exposición pública la estatua de

Hernan-Córtés, que también fué premiada, y se halla colocada en la escalera principal del Ministerio de Fomento.

Dos años después ganó en otra Exposición un nuevo premio con un bajo relieve que representa *La entrega de las llaves de Coimbra en la catedral de Toledo*, cuya obra regaló el Gobierno á la Academia de Bellas Artes de Sevilla.

En aquella época trabajó en Roma su magnífica estatua del *Maestro Fray Luis de Leon*, que fué fundida en bronce por Mr. Maurel, de Marsella, y colocada sobre un hermoso pedestal en el célebre *Patio de Escuelas* de la ciudad de Salamanca.

Entre otras obras ménos notables que sería prolijo enumerar de este insigne artista, debemos citar la estatua en mármol del príncipe de Asturias ejecutada en 1865; el sepulcro que guarda las cenizas del cantor de la *Vida del Campo*, en la capilla de la Universidad de Salamanca, y los bustos de muchas notabilidades contemporáneas de la ciencia y de la política.

La muerte le sorprendió cuando concluía el del maestro Eslava, encargado por los discípulos de ese eminente compositor; una estatua de la Virgen del Carmen para la iglesia del Barrio de Salamanca, y otra figura, copia del desnudo, representando un *jugador de chito*.

Sevilla unía á un talento profundo gran sentimiento artístico; era espontáneo en la composición, pero tal vez carecía del reposo necesario para concluir.

Las bellas artes han experimentado con la muerte de Sevilla una pérdida difícil de reparar; sus amigos no podremos olvidarle nunca; el que escribe estos renglones conservará un recuerdo eterno de su gratísima amistad.

J. H. Y.

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.

(MADRID.)

Una de las pocas mejoras que debe Madrid á las últimas administraciones que se han ido sucediendo unas á otras en España, con vertiginosa rapidez, es la creación, por decreto de 5 de mayo de 1871, de este centro de instrucción, agregado al Conservatorio de artes, en el que los obreros adquieren los conocimientos que tienen aplicación á las diversas industrias, y conquistan la inteligencia y aptitud de que ántes les era forzoso carecer: con la instalación de esta escuela, á la que dedicamos una lámina en la página 88 del presente número, se ha conseguido un notabilísimo adelanto, cuyas felices consecuencias se empiezan á notar ya en nuestros talleres, apesar del poco tiempo que ha transcurrido desde que se abrieron las clases, á las que concurren más de 200 alumnos.

Se halla establecida en la calle del Turco, en el edificio que ocupó el colegio de Sordo-Mudos, hasta que fué trasladado á la casa de la calle de San Mateo, en que está actualmente, y en él se enseñan las asignaturas siguientes, por los entendidos profesores que citaremos á continuación:

- 1.^a Geometría, profesor D. Carlos Febes.
- 2.^a Dibujo geométrico, id. D. Teodoro Molina y don Antonio Marquez.
- 3.^a Perspectiva, id. D. José Avrial.
- 4.^a Adorno y elementos de figura copiados de estampas y del yeso, id. D. José Vallejo.
- 5.^a Empleo de color á las artes industriales, id. don José Marcelo Contreras.
- 6.^a Modelado y vaciado, id. D. José Bellver y don Francisco Torres.
- 7.^a Vaciado, id. á cargo de un auxiliar.

Nuestro grabado representa la clase de dibujo geométrico.

Teníamos preparados los materiales necesarios para escribir una reseña minuciosa y detenida de este importantísimo establecimiento de enseñanza; pero la falta de espacio nos obliga á encerrarnos en los estrechos límites que contienen estas noticias. No concluiremos, sin embargo, sin hacer una observación: nosotros aplaudimos y aplaudiremos siempre el pensamiento que dió vida á la Escuela de Artes y Oficios; no hemos de escasear las alabanzas que de justicia y más que á nadie se deben á su inteligente y celoso director D. Luis María Utor, que comparte con los dignísimos profesores la noble misión que estos se han impuesto de difundir la instrucción entre nuestros honrados obreros, y al cual como á éstos se debe la organización perfecta y ordenada marcha del establecimiento; pero urge trasladarle á otro local más espacioso, pues si nuestras noticias son, como creemos, buenas, no pueden matricularse

muchos de los que desean asistir á las clases, porque la capacidad de estas no admite mayor número de alumnos que los que ahora concurren á las mismas, y urge sobre todo que se establezcan en diferentes puntos de la capital enseñanzas de dibujo, para que la clase artesana dedique algunas de las horas de la noche á mejorar y perfeccionar su educación industrial, con lo que se dará cumplimiento al citado decreto de 5 de mayo de 1871.

Esperamos que el año próximo se completarán todas las enseñanzas que deben darse en estas utilísimas escuelas, y que se montarán los talleres en la misma forma que los hemos visto instalados en otros pueblos que han acudido antes que nosotros á satisfacer esta necesidad de la industria, único medio de que nuestros obreros adquieran los conocimientos y la práctica de que hasta el presente han estado condenados á carecer.

X.

EL MUSEO DE INGENIEROS.

(MADRID.)

No habíamos visitado este Museo desde la traslación al palacio de San Juan en los jardines del Buen-Retiro.

Hermoso es el conjunto que presenta: admira el gran número de preciosos modelos en relieve, que artísticamente colocados desenvuelven como en panorama toda la ciencia del ingeniero.

Todos los materiales de construcción, piedras y maderas de nuestras provincias peninsulares y de Ultramar se ven ordenadamente clasificados. Sorprende la numerosa colección de armaduras para cubiertas de edificios. No es posible dejar de fijarse en los modelos de fuentes, que abrazan desde la cimentación de las pilas hasta terminar los arcos ó el asiento de cerchas de hierro. Todas las obras de arte del canal Imperial de Aragón están modeladas, incluso la gran casa de compuertas y los detalles de construcción de la magnífica presa del Ebro.

Ofrécense á la vista los puentes militares, desde el simple árbol derribado sobre la corriente de un arroyo, hasta los trenes para pasar los grandes ríos cargados en carruajes coronados con las lanchas y pontones de hierro. Llama particularmente la atención el puente de vanguardia, llevado á lomo por mulos, como la artillería de montaña, y sus ligeros botes de goma de armadura articulada; tren que en la campaña de África fué cargado sobre camellos.

Véanse en relieve todos los sistemas de fortificación españoles y extranjeros, desde los más antiguos hasta el propuesto el año 1868 por el coronel D. Angel Rodríguez Arroquia, jefe actual del Museo, que obtuvo una medalla de oro. Descuella sobre todo el grandioso gabinete de Montalembert, iniciador de la fortificación llamada alemana, adquirido íntegro para este Museo en tiempo del conde de Aranda, y el que la Francia dejó vender sin la conciencia de su porvenir y de su mérito.

No es posible entrar en descripciones, sería inútil; es preciso verlo todo: allí aparecen entre otros magníficos modelos los de Cádiz, Tarifa, Cartagena, La Mola de Mahon, Figueras, Santoña, con sus obras de defensa; los de los sitios inmortales de Zaragoza y de Gerona; el de la batalla y rendición de Bailen, y el relieve de nuestra última y gloriosa campaña de África: y en medio de este formidable aparato militar, sorprende el grandioso panorama del ferro-carril de Bilbao, dominando con sus estudiadas y atrevidas revueltas las fragosidades de la Peña de Orduña.

Termina tan vistoso é instructivo conjunto con los modelos de efectos de campamento, los de las obras de ataque ó de trinchera y mina, y una preciosa colección en miniatura de las herramientas y útiles empleados en estos trabajos, incluso el tren á lomo ó de compañías de los regimientos de ingenieros.

Para que nuestros lectores puedan formar desde luego idea de las preciosidades que encierra este Museo, les ofrecemos algunos dibujos referentes á los trenes ligeros de campaña, la vista de un puente militar, la perspectiva de las torres que se van á levantar en Melilla para asegurar el desvío del río Oro, ya casi terminado; y como contraste de estas obras contra los moros, el interior de un almacén, totalmente recubierto de tierras, según se hace preciso construirlos en la actualidad para resguardar las pólvoras contra el potente choque de los proyectiles de la artillería moderna.

BERNARDO RICO.

NUEVOS HALLAZGOS ROMANOS.

Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID:

Muy distinguido amigo: Cada día ofrece la antigua *Palantia* nuevos motivos de estudio para los aficionados á las investigaciones históricas. No se hacen exploraciones oficiales porque la comisión de monumentos no tiene medios, pero se hacen escavaciones casuales, sin orden ni concierto, por los pobres que removiendo tierras buscan huesos para sacar, vendiéndolos, un mísero jornal.

En una zona determinada, que se extiende al E. de la ciudad, paralela á la vía férrea y entrambas estaciones del N. y del NO., se han practicado muy á menudo escavaciones de ese género y se han hecho hallazgos de los que LA ILUSTRACION ha dado cuenta ya. En las verificadas durante los últimos días de enero y en todo el mes de febrero, los resultados obtenidos son sumamente apreciables. Algunos entusiastas recolectores, entendidos unos, ignorantes otros, han aumentado sus colecciones con más de doscientos objetos, de los cuales una copia de los más curiosos remito á Vd. para su acreditada publicación: en ella pueden verse: un precioso estilete de asta de ciervo terminado por un busto; dos pendientes de oro; dos falos bien caracterizados; una pulsera de hierro; un broche y una fíbula de bronce; unas tijeras, una punta de flecha, unas pinzas, tres agujas de fabricar redes, varios estiletes de hueso; agujas de hierro; una cucharilla, un broche y un dije en forma de corazón con esmaltes.

Aras pequeñas con labores rudas; vasos de barro saguntino con las marcas: GELII.—EX. OFI. CLO—P. COR; fragmentos de vidrio de muy diversas formas, se han hallado muchos.

La colección de monedas recogidas sube á unas 200, y entre ellas 20 ó 30 admirablemente conservadas.

En las halladas en enero y febrero, sólo hay ejemplares de los tres primeros siglos del imperio, y entre ellas un gran bronce de Nerva; algunos Claudios y Neronos y varias piezas coloniales de Cartagena y Zaragoza.

En las escavaciones que se hicieron algún tiempo ántes delante de las oficinas del ferro-carril del Noroeste, casi todas las monedas encontradas eran del cuarto siglo; un grupo de 500, la mayor parte de los hijos de Constantino; alguna de Juliano y hermosos ejemplares de la emperatriz Helena.

Hay además monedas de Magnencio, Decercio, Máximo, Víctor, Graciano y otros emperadores. Sobresalen por su mérito un Vespasiano de plata, conmemorativo de la campaña judaica, en cuyo reverso se lee: *Judea Capta*; y otra de la hija de Tito, Julia, también de plata.

Los hallazgos se multiplican siempre que se trabaja; Palencia va dando ya miles de objetos y de monedas, y sin embargo, la ciudad ni la provincia no tienen un pobre museo que podía ser, sin ningún género de duda, uno de los primeros de España.

Tal vez muy en breve se hará un hallazgo notabilísimo que está ya indicado y del cual daré cuenta á Vd. mandándole dibujos y detalles.

De Vd. afectísimo S. S.,

RICARDO BECERRO.

Palencia 8 de marzo de 1872.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación).

De alegría y tristeza sirvió esta carta para María, pues si bien la daba el chico esperanzas de verle, era lo cierto que iba á exponer su vida en una de esas luchas fratricidas que, lejos de resolver un problema social, tienen por único objeto satisfacer la ambición de algunos hombres, que no tienen bastante valer para ser conocidos á la luz bienhechora de la paz.

Las revoluciones para ser disculpables es preciso que la razón que las motive sea tan grande que aminore la horrible atrocidad de que se sirven para conseguir su objeto.

Más claro: es preciso que el fin sea tan justo que pueda disculpar el medio.

En aquel entonces, con efecto, se sublevaron algunos

pueblos de la Península, cosa bastante común por desgracia en nuestra España.

El gobierno, como es natural, mandó tropas para reprimirlos, y ved, como ahora sucede con Manolo, ir un número de hombres á batirse, quizá á la misma provincia, al mismo pueblo donde nacieron, con sus amigos de muchacho, con sus hermanos, ó quien sabe si con sus padres!...

Mas dejándonos de consideraciones, volvamos á nuestra historia, y abandonando á María con la pena que le causó la noticia de que su novio iba á entrar en campaña, vamos á visitar á la pobre Cármen, que tan malparada quedó con las bruscas respuestas de su amante.

Otra logra tu favor
Y yo me siento morir,
¿Puede haber mayor dolor
Que no me quieras oír?...

Exclamaba Carmencilla cada vez más triste.

Todo cuanto estaba á su alcance habia hecho por ablandar el corazón de José, pero inútilmente: duro como el mármol, la repetía siempre lo mismo:

— ¡Me das horror! —

Cármen, muerta de tristeza por el mal pago que el hombre á quien quería la daba, y viendo que ni con lágrimas ni súplicas adelantaba camino, decía desesperada:

— ¡Qué poco conocía el corazón de los hombres aquel que dijo:

Mujer, llora y vencerás
Si tu amante te desdenea,
Que hay un adagio que dice:
Lágrimas quebrantan peñas.

Y también solía añadir al contemplar que su llanto no encontraba consuelo:

¡Gotas parecen mis lágrimas,
Gotitas de agua del mar,
En lo amargas, en lo muchas,
Y en que al cabo me ahogarán!...

Sobre todos los disgustos que pesaban sobre esta niña, vinieron á completar su situación las continuas ausencias de uno, dos, y hasta tres días que el bueno de su padre habia dado en hacer, sin que nadie averiguara la madriguera donde se metía durante aquellas desapariciones.

Cármen estaba asustada, tanto más cuanto que su padre siempre que aparecía después de una de aquellas misteriosas escursiones, contra su costumbre, la daba á la muchacha unos cuantos duros, en vez de pedirla algunos cuartos, y como sabia las mañas que habia descubierto últimamente el Sr. Francisco, sospechaba que alguna fechoría era el origen de aquel dinero.

Después de haberse acostado una noche Carmencilla, sintió llamar á la puerta de su casa, y como Francisco hacia tres noches que estaba ausente de ella, bajó la muchacha corriendo á abrir la puerta presumiendo fuese su señor padre.

No se equivocó la chica: Francisco era el que llamaba, pero no sólo, venían con él seis hombres bastante mal fachados.

Si Cármen no hubiera visto entre ellos á su padre, de seguro hubiera pedido socorro creyéndoles una partida de malhechores.

Sin embargo, Cármen no los habia reparado bien, pues más de uno de ellos, á pesar de los trajes que vestían, se conocía fácilmente que debieran ser gentes de mejor pelo.

Entraron, como iba diciendo, los siete hombres, cerraron la puerta á piedra y lodo, y Francisco mandó á su hija que se acostara y que al siguiente día cuidara de levantarse al rayar la aurora.

Los seis desconocidos se posesionaron del cuarto del amo de la casa, y después que éste se informó de que su hija estaba acostada, se reunió con ellos y se pusieron los siete á hablar tan sumamente bajo, que nadie pensara que en aquella habitacion habia alma viviente.

XVII.

Apenas rayaban en el Oriente los primeros albores de la mañana, cuando salían con Francisco los seis huéspedes que alojó la noche ántes en casa. No bien estuvieron en la calle, cada uno se fué por su lado sin hablarse una sola palabra.

Francisco se dirigió al establecimiento del tío Ramon. Una porción de hombres de lo más escogido adornaba aquel recinto.

En cuanto vieron entrar al Sr. Francisco, todos se levantaron y cada cual le ofrecía el sitio que ocupaba.

Aquel sin sentarse siquiera, les dijo:

—Compañeros: las últimas órdenes que he recibido son que os diga que de un momento á otro se necesita que cumplais vuestras palabras: ¿Estais dispuestos?

—¡Sí, sí! murmuraron todos á una voz.

—Pues entónces, ahí va eso para que bebais á la salud



A PETISCA.

de nuestra próxima victoria; y Francisco arrojó un puñado de dinero sobre la mesa.

— ¡Viva el Sr. Francisco! gritaron todos.

— ¡Animo y alerta! añadió el victoreado; y luego, acercándose á uno de ellos, le dijo en voz baja: Cuidatú de que los nuestros anden siempre alrededor de mí desde el primer momento, y ya sabeis... Y salió de la taberna sin hablar más palabra.

Pocos momentos después, el pueblo habia perdido su aspecto ordinario: veíanse caras nuevas por todas partes, oíanse voces y gritos por todos lados; la gente corria por las calles, y los tímidos se encerraban en sus hogares atrancando las puertas con cuanto hallaban á mano.

En uno de los extremos del pueblo veíase gente ocupada en hacer con carros y cestones barricadas donde poderse defender del ímpetu de los enemigos, que al presente no existían. Allí, dando órdenes y mandando á diestro y siniestro, vimos á uno de aquellos forasteros que hospedó la noche ántes en su casa el Sr. Francisco.

Así que el Sr. Francisco vió á la gente engolfada por las calles, previno á la suya y se dispuso á poner en acción aquel adagio que dice: "A río revuelto... ganancia de pescadores."

No habian trascurrido dos horas, cuando un peloton de soldados se aproximó al pueblo; pero aunque intentaron entrar, eran pocos y los rebeldes estaban bien atrincherados: de manera que fueron rechazados en breve espacio.

En cuanto el Sr. Francisco oyó que la fiesta se habia comenzado, se entretuvo con diez ó doce compañeros más que á su lado llevaba, en saquear á todo su sabor las casas de los que en el pueblo pasaban por más ricos.

Entretanto que esto sucedía, la pobre Antonia y su

hija, encerradas en su casita, temblaban como la hoja en el árbol.

El tío Pedro sacó un enorme fusilón de cuando él defendió á su patria durante la guerra de la Independencia, y cargándolo hasta la boca, se dispuso á defender su domicilio en caso de necesidad; pero por fortuna los rebeldes aún no se habia acercado por aquellos alrededores.

Carmencilla, en cuanto supo lo que sucedía, quiso averiguar el paradero de su padre, y despreciando el peligro salió en su busca.

Mucho tiempo tardó la pobre muchacha en encontrar al autor de sus días; pero al fin y al cabo dió con él, cuando salía con su cuadrilla de haber sembrado el luto y la desolacion en una de aquellas tres ó cuatro familias que tuvieron la desgracia de ser visitadas por él.

Así que Francisco vió á Carmencilla, la envió á su casa echándola de su lado de mala manera.

Por pronto que quisieron acudir á evitar los atropellos cometidos por la partida de Francisco, ocupados los más en rechazar los soldados que anteriormente dijimos que atacaron al pueblo, pasó una hora, trascurrida la cual vieron aproximarse un batallón completo de cazadores. Entónces reunióse toda la gente, y el Sr. Francisco no tuvo más remedio que abandonar su criminal tarea.

XVIII.

Poco tiempo tardaron las tropas en apoderarse de las posiciones que ocupaban los rebeldes, y muy poco también en dar á correr el Sr. Francisco con toda su gente por calles y plazuelas lo mismo que condenados.

Arrojados del pueblo trabóse de nuevo la acción junto á la casa de María, de la cual se apoderaron los facciosos.

Un peloton de soldados fué á apoderarse de la nueva posición de los insurgentes, mientras el grueso de la fuerza trataba de cortarles la retirada.

Manolo, que iba en aquel batallón, ve ardiendo la casa de su novia por sus cuatro costados, y situados alrededor de ella á los facciosos. Entónces pidiendo permiso el muchacho á su jefe inmediato, se agrega al peloton que marchaba á atacar la casa de Antonia.

Manolo avanzaba el primero; y en cuanto llegó al pié de la vereda por

donde ántes subía á ver á su novia, emprende la carrera hácia arriba; sólo tres hombres le acompañaban: no temía á las balas; verdad que en aquel momento no pensaba mucho en el peligro.

Llegó por fin á la puerta de la casa, y el que no retrocedió en presencia de la muerte se inmuta de pronto y da dos pasos atrás.

El tío Pedro revolcábase en el suelo envuelto en su propia sangre.

Veíanse por el suelo pedazos de vestidos de mujer, los muebles rotos; las puertas desvencijadas, y el fuego silenciosamente consumía poco á poco sus paredes.

Un sudor frío corrió por la frente de Manuel: ¿qué habria sido de su novia?...

Por fin se decide á entrar.

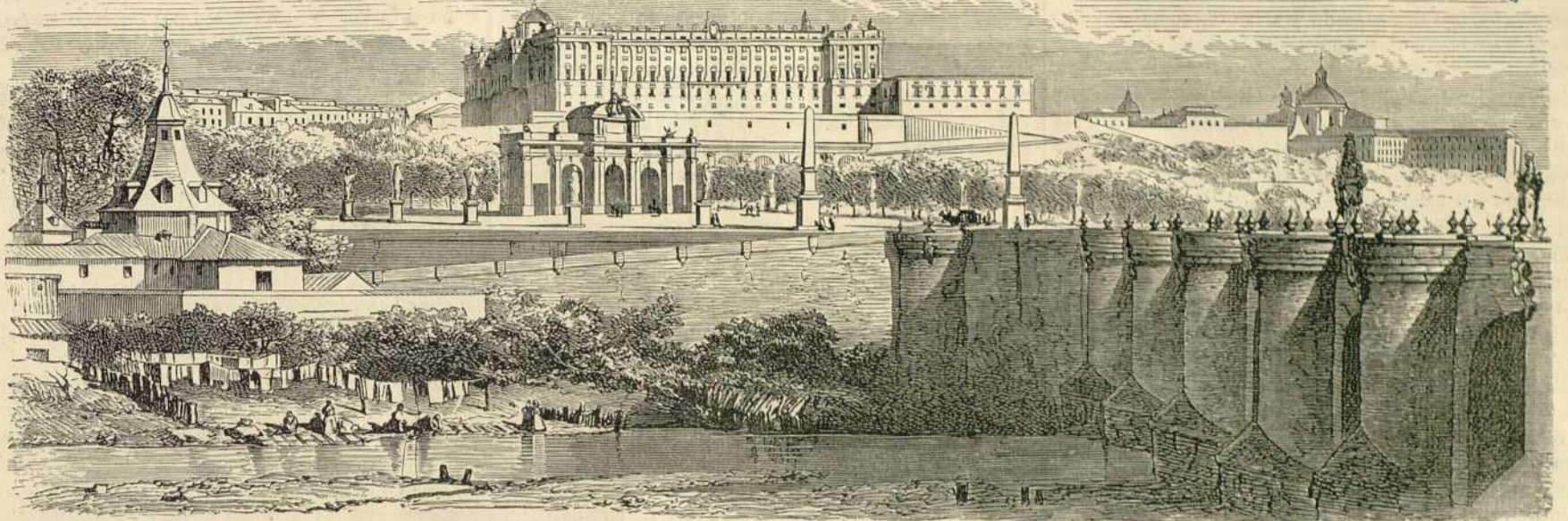
(Se continuará.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO, Y EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.	Medio año.	85 »
Medio año.	42 »	Un año.	160 »
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.	30 »	Un año.	240 »
Seis meses.	56 »	Cada número suelto en Madrid.	4 »
Un año.	100 »		

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE ABRIL DE 1872.

NÚM. 55.

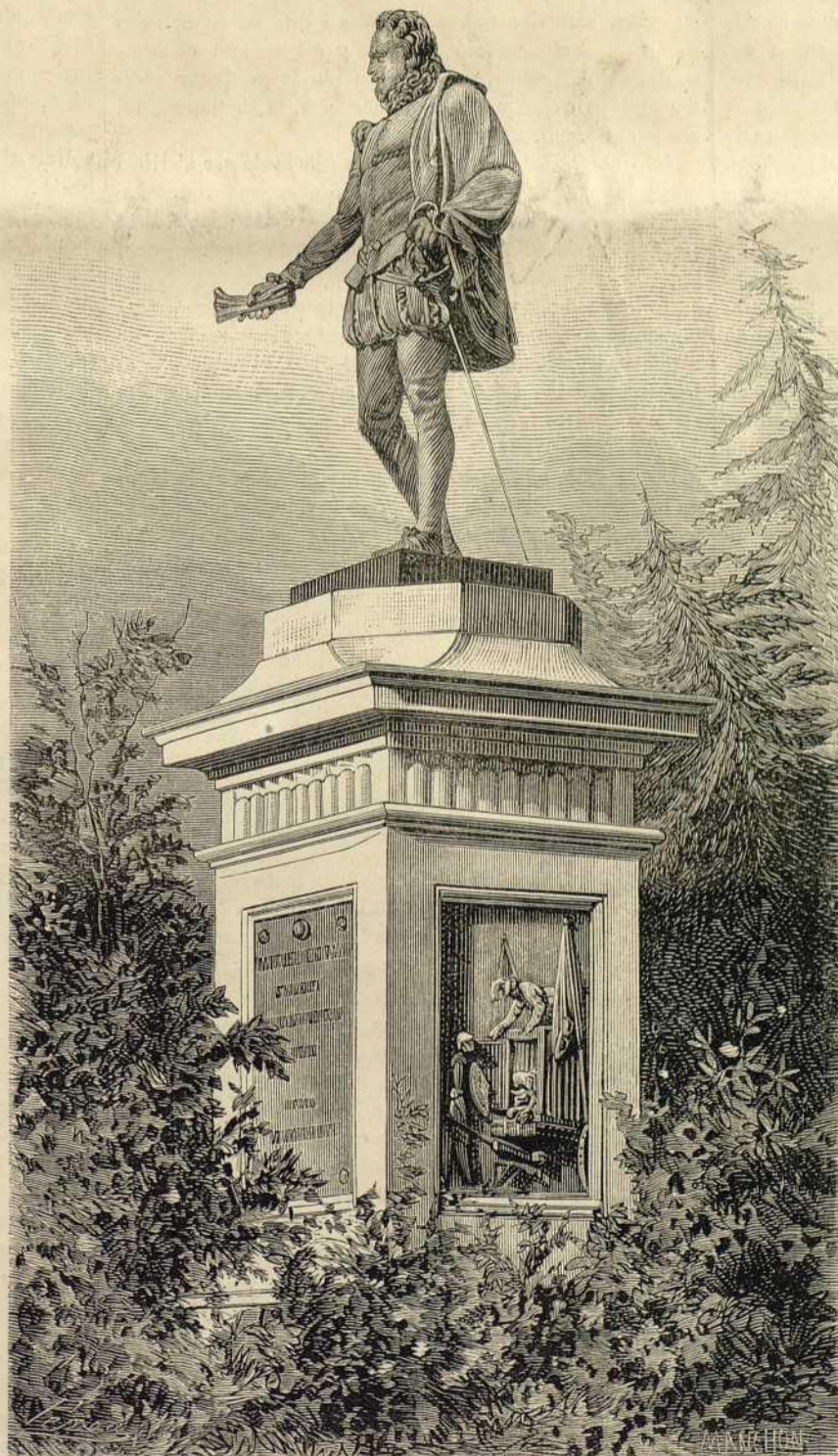
SUMARIO.

TEXTO.—Crónica de la quincena, por *D. Benito Pérez Galdós*.—Monumentos dedicados a Cervantes en Madrid, por *D. R. de Mesonero Romanos*.—Soneto, por *don Gabriel García Tassara*.—Siete notas para la edición fotográfica de «El Ingenioso Hidalgo», la cual reproduce la primera impresión que del «Quijote» hizo Juan de la Cuesta en Madrid, año de 1605, por *D. Juan Eugenio Hartzenbusch*.—Miguel de Cervantes Saavedra y dos inquisidores generales, por *D. Adolfo de Castro*.—Soneto (inédito hasta ahora), de *D. Ventura de la Vega*.—Curiosas noticias de la patria de Don Quijote, por *don José María de Gaona*.—Urganda la desconocida. A los rebucadores de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra (poesía), por *D. Antonio Hurtado*.—Cervantes (poesía), por *D. Fernando Fulgoso*.—La casa del Campillo (poesía), por *D. Angel María Dacarrete*.—Cervantes y la noche de difuntos (leyenda), por *D. Gaspar Bono Serrano*.—El valle de los cipreses, por *D. Pedro de Madrazo*.—Cárcel y casa del alcalde Medrano en Argamasilla de Alba, en las que estuvo preso Miguel de Cervantes Saavedra, por *X.*—San Pedro Nolasco (cuadro de Pacheco), y el retrato de Cervantes, por *X.*—Pila en que fué bautizado Cervantes y lápida monumental a la memoria del mismo, por *X.*—El Excmo. Sr. D. Manuel Rivadeneyra, por *G.*—Estatua de Cervantes, por *X.*—El mar. Meditación (poesía), por *D. Francisco Cuitanda*.—Un historiador anónimo. Apuntes bibliográficos, por *D. A. Cánovas del Castillo*.—La capilla de los toreros, por *X.*—Un autógrafo de Cervantes, por *X.*—Soneto, por *D. Adelardo López de Ayala*.—¿Qué pintará? Memorias de un artista, por *D. Isidoro Fernández Florez*.—Puerta de la sala capitular de la catedral de Toledo, por *X.*—¿Dos sonetos de Cervantes, inéditos? por *D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe*.—Don Quijote y Sancho (soneto), por *D. Leopoldo Augusto de Cueto*.—Incendio de la iglesia de Santo Tomás (Madrid), en la noche del 13 de abril de 1872, por *X.*

GRABADOS.—Estatua de Cervantes. (Plaza de las Cortes, Madrid), fotografía de Laurent, dibujo de *D. Daniel P.*—San Pedro Nolasco en uno de los pasos de su vida (cuadro de Pacheco), dibujo de *D. E. R. de Ortega*.—Pila en que fué bautizado Cervantes, dibujo del Sr. Domec. —Cárcel en que estuvo preso Cervantes, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—¿Cervantes? dibujo de *D. A. Perea*, sobre el calco de *D. Eduardo Cano*.—Fac simile de la firma y rúbrica de Cervantes, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Lápida monumental en honor de Cervantes, dibujo de *D. Valeriano Becquer*.—Casa del alcalde Medrano en Argamasilla de Alba, en la que estuvo preso Cervantes, dibujo de *D. D. P. de Rojas*.—Excmo. señor D. Manuel Rivadeneyra, dibujo de *D. A. Perea*.—¿Qué pintará? Boceto de *D. Francisco Domingo*, dibujo del mismo. —Puerta de la sala capitular de la catedral de Toledo, dibujo de *D. Federico Latorre*.—Capilla de los toreros, cuadro de *D. José Villegas*, dibujo de *D. A. Perea*.—Incendio de la iglesia de Santo Tomás (Madrid), dibujo de *D. Federico Latorre*.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

En este artículo, más que de acontecimientos ocurrido en la última quincena, hemos de ocuparnos de uno perteneciente a los días del porvenir.



ESTÁTUA DE CERVANTES. (PLAZA DE LAS CORTES, MADRID).

El 23 de abril, fecha en que se cumplen *doscientos cincuenta y seis* años desde la muerte del príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra, es un día á que darán este año mucha importancia los escritores españoles, y por esta causa, no coincidiendo la publicación de nuestro periódico con aquel aniversario, preferimos anticiparnos á retrasarnos, preferimos parecer oficiosos á parecer olvidadizos y rezagados. Así como la Iglesia traslada ciertas festividades cuando no puede celebrarlas en el día oportuno, séanos permitido adelantarnos al calendario en esta solemne fiesta que hoy parece ha de ser objeto de un culto extraordinario y hasta ruidoso, como compensación á tanto olvido, á tanta indiferencia y abandono.

Las primeras festividades consagradas anualmente á la memoria de Cervantes fueron las de la Academia Española, y consistían en una misa de *requiem*, celebrada en la pequeña iglesia de las Trinitarias, lugar donde según todas las presunciones descansaron los restos del autor del *Quijote*, olvidados y esparcidos después como un juguete de los siglos, para no volverse á encontrar nunca. Esta fiesta, medio religiosa y medio académica, no podía tener el carácter popular que exigen la fama y grandeza del personaje, así como por lo reducido del local más bien parecía una solemnidad de familia; por lo común el sermón, la misa y la música antigua se quedaban en el exíguo espacio de las Trinitarias, sirviendo de contemplativo regocijo á veinte ó treinta personas condecoradas, y Madrid, patria moral de Cervantes, apenas tenía noticia de lo que allí pasaba. En 1839 la *Academia de conferencias y lecturas públicas de la Universidad* ideó una fiesta, si bien enteramente profana, de un carácter más popular, más expansivo. La ceremonia de las Trinitarias tuvo siempre algo de sombría solemnidad, que á nuestro juicio achicaba el asunto, queriendo engrandecerlo demasiado.

La sesión pública del Senado hace, tres años fué alegre, entusiasta triunfal; más que una meditación sobre la muerte como la de las Trinitarias, parecía un himno de la eterna vida, que es patrimonio de las grandes obras producidas por el ingenio humano. Los discursos espontáneos y vehementes, en cuyas frases latía el patriotismo inteligente y decoroso, parecieron más propios del caso que un frío y estudiado sermón, en que con trabajo se asocian por medio de sútiles razonamientos las glorias literarias con el misticismo religioso: la concurrencia no se veía forzada á observar el recogimiento que exige un lugar sagrado, y aplaudía, como se aplaude en los más hermosos espectáculos públicos, con calor y entusiasmo. La lectura de algunos capítulos del gran libro, magistralmente desempeñada, parecía poner ante la vista las figuras de D. Quijote y Sancho Panza, y las voces de uno y otro, discurrendo como ellos solos sabían discurrir, dominaban todos los ruidos de la sala, excitando una hilaridad que rayaba en llanto. Aquello fué una verdadera fiesta literaria, aunque no completa. A nuestro juicio la ceremonia de las Trinitarias no llena por entero el objeto que deben proponerse los hombres de nuestra edad, al honrar la memoria de las eminencias literarias. Es indudable que la misa de *requiem* con orquesta no puede ser más patética; pero se trata de algo más que de un sufragio por los difuntos, y en tal concepto, la fiesta profana, los discursos, los versos, el aparato teatral, la apoteosis, la muchedumbre que aplaude, son accidentes que expresan con extraordinaria exactitud el sentido popular y humano de estas conmemoraciones. Quedando cada cosa en su lugar, lo mejor sería celebrar la fiesta profana sin abandonar la función religiosa, porque ambos actos se completan y cada cual ofrece á su manera una elocuente enseñanza á la generación actual.

Lo lamentable es que la *Academia Española* interrumpiera en los dos últimos años la celebración de la misa, y que la asociación de *Lecturas públicas* se disolviera, como tantas otras, sin repetir la reunión del Senado con más elementos y mayor brillo. Este año, según dicen, las corporaciones literarias de las principales ciudades de provincias hacen grandes preparativos para solemnizar la memoria del autor del *Quijote*. De Madrid nada sabemos, aunque es de presumir que el *Ateneo científico y literario* celebrará el 23 de abril alguna sesión memorable. Lo mismo se espera de la *Academia Española* y de la reciente *Sociedad de escritores y artistas*, que no ha de servir tan sólo para organizar brillantísimos bailes de máscaras. En caso de que estas corporaciones faltaran, la prensa literaria de toda España no permanecerá en silencio, honrando en prosa y en verso, con la pluma y el buril, la memoria del ilustre manco, delicias del linaje humano y gloria imperecedera de España. En Inglaterra se ha celebrado hace poco el aniversario del natalicio de Walter Scott con una solemnidad ruidosa y entusiasta de que no hemos visto hasta hoy ningún ejemplo. Todas las clases de la sociedad tomaron parte en aquella fiesta nacional, que reverdecía olvidadas memorias. Los lugares que habitó el novelista, los que prefería en sus paseos solitarios, los que pisó una sola vez casualmente, fueron visitados en devota peregrinación por ingleses y escoceses. El teatro llevó á la escena sus célebres cuadros legendarios; le cantó la poesía; le festejó la música; le honraron todas las corporaciones literarias y científicas de su país natal; y lo mismo la corte que el pueblo, lo mismo el mundo mercantil que el industrial, los sabios y los ignorantes, los pobres y los ricos, todos llevaron una flor á la tumba del poeta. Lo mismo pasa en Alemania en el aniversario de Schiller ó Beethoven. Toda la gran patria alemana, desde Koenigsberg hasta Salzburgo, desde la boca del Elba habitada por los mercaderes hamburgueses, hasta la hermosa margen del Rosenthal habitada por los académicos de Sajonia-Weimar, se conmueve en tales solemnidades. Munich, la ciudad artística; Viena, la ciudad musical; Berlin, la ciudad sabia, y Lipsick, la ciudad impresora, contribuyen, cada cual á su manera, ya con sus fiestas teatrales y ruidosas cabalgatas, ya con las ferias de libros y banquetes literarios, á fijar en el corazón del pueblo el sentimiento de la patria, más sublimado por las obras de la inteligencia que por las hazañas militares, y por esto dichas conmemoraciones son en realidad verdaderas fiestas del patriotismo y del orgullo nacional.

Entre nosotros no podemos decir que pasa otro tanto. Aparte de que no se han cuidado mucho hasta ahora, los que tenían el deber de hacerlo, de infundir en la mente del pueblo la estimación á que son acreedoras

las más puras y legítimas glorias nacionales, hay el mal de que actualmente, á causa del lastimoso abandono y descorazonamiento que produce la política, ni aun las personas ilustradas paran mientes en estos asuntos, que algunos juzgan más propios de la inocencia infantil que de la severidad de hombres formales y juiciosos; por no determinar la caída de un ministerio ó la elevación de otro. No exigiremos, sin embargo, más de lo que este país, perturbado y lleno de confusiones, puede dar de sí. En las circunstancias actuales, hasta sería ridículo hablar de fiestas literarias y nacionales, espontánea y dignamente celebradas: lo único que se puede pretender, mientras la sociedad no tenga condiciones normales de vida, es que de un modo, entre oficial y académico, se verifiquen actos de índole casi privada en el crucero de una pequeña iglesia, ó en el breve recinto de una asociación científica, sin que estas comuniones de la inteligencia y del patriotismo tranquilo y desinteresado, tengan la pretensión de conmovér á la muchedumbre, harto preocupada con negocios que más directamente hablan á su pasión y á sus sentidos.

No hemos de escribir una palabra en encomio del *Quijote*, que por ser el más popular de cuantos libros ha creado el hombre, tiene el privilegio de que sus bellezas y su sentido se hallan profundamente grabados en la mente del mundo ilustrado y aun del que no lo es, eximiendo á los críticos de aclararle y explicarle. Ningún libro ha necesitado menos los honores de la exégesis, y sin embargo, pocos los han tenido en más alto grado. Cuadro y resumen de la vida, representación de las dos tendencias cardinales del alma humana, el *Quijote* habla con tanta claridad al entendimiento y al corazón, tiene tan profundo sello de evidencia, que no necesita comentarios. Los ha tenido, los tiene y los tendrá más que otro libro alguno, sobre todo en España, donde el *cervantismo* ha llegado á ser una manía para algunos, y para otros una devoción con su Dios y su culto. Téngalos enhorabuena, ya que de homenajes de otra especie careció siempre y carece aún el buen soldado de Lepanto, aunque bien puede perdonar ciertos olvidos quien vive eternamente en la memoria del género humano.

Sólo al *Quijote* corresponde la gloria de ser el libro más leído entre todas las obras maestras producidas por la civilización europea, incluyendo las de la antigüedad romana y griega. Mientras los dramas de Shakespeare, la *Divina Comedia*, la *Iliada* y *Fausto*, rara vez bajan de la mano del hombre de letras á la de la muchedumbre, nuestro *Ingenioso Hidalgo* tiene el privilegio de interesar lo mismo al viejo que al niño, al sabio que al ignorante, é igual deleite hallan en su lectura el yankee rudo y el culto francés, el escandinavo y el griego moderno.

Desde 1605, año en que vió la luz la primera edición de la primera parte del *Quijote*, se han hecho en todo el mundo MIL SETENTA Y CINCO ediciones de este libro, que algunos han llamado *La Biblia humana*. Hé aquí lo que corresponde á cada nación y á cada lengua: En castellano 417; en inglés 201; en francés 169; en italiano 96; en portugués 81; en alemán 70; en sueco 13; en polaco 8; en dinamarqués 6; en griego 4; en ruso 4; en rumano 2; en catalán 2; en vasco 1, y en latín 1. Fácil es hacer con estos datos un cálculo aproximado para deducir que los libreros de todas las naciones han ganado con esta sola obra unos cinco ó seis millones de duros, habiéndose empleado en las distintas reimpressiones un capital de quince ó veinte.

Desde 1605 hasta acá las cosas han cambiado mucho. El vasto imperio en cuyos dominios, según la antigua frase europea, *no se ponía nunca el sol*, se desmembró. Cayeron los formidables tercios en Roeroy; se perdió el prestigio, la fuerza y el territorio. Separóse Portugal, se emancipó Flandes, se sublevó Nápoles; más tarde se perdieron las Américas; otras nacionalidades y otras razas sucedieron á la nuestra en la siempre cara presidencia de los asuntos del mundo, y diplomática lo mismo que geográficamente, nos hemos quedado en un rincón de la tierra. ¡Y hay todavía quien hable de preponderancia y de banderas iluminadas por un perpétuo sol! Ya se pone, ya se pone... Todo acabó, y á decir verdad, dejando á un lado el enfático patriotismo ibérico, ya no nos queda más que una cosa, unos cuantos libros, y entre ellos el que jamás se cansa de recorrer el mundo, tan sin fatiga como ántes recorría el suelo de Castilla el buen hidalgo á quien no arredraban pedradas de pastores ni palos de yangüeses. ¡Ay! ¡Sobre estos dominios si que no se pone ni se pondrá nunca el sol!

Nuestros lectores verán en el presente número de la *ILUSTRACION* un retrato de Cervantes, poco parecido ciertamente al que viene reproduciéndose desde hace muchos años al frente de todas las ediciones ilustradas del *Quijote*. Hoy, sin embargo, el retrato que se supone más auténtico es el que representa nuestro grabado, copia escrupulosa del cuadro de Pacheco existente en el Museo de Sevilla. Cuando guiados por un libro del mismo pintor descubrieron algunos bibliófilos andaluces la fisonomía de Miguel de Cervantes en este olvidado lienzo, se alborotó mucho el mundo académico, y, como es de suponer, no costó poco trabajo probar que estaba representada en él la figura del ilustre cautivo de Argel. Pacheco representó en su pintura una barca que conducía á varios frailes de la Merced, entonces consagradas á la redención de prisioneros, y pintó además algunos infelices, entre los cuales se destaca en sitio muy visible y desempeñando las funciones de marinero el autor del *Quijote*. Hecho el hallazgo, este cuadro ha sido objeto de fervorosa veneración, y su figura más interesante, reproducida en fotografía y en estampa, se ha propagado por el mundo, quitando de su altar la antigua efigie que todos nos habíamos acostumbrado á considerar como la verdadera, hasta el punto de que nos parecía haberle conocido.

Sin embargo, examinando atentamente ambos retratos, no se halla gran diferencia en los rasgos principales del semblante; y la semejanza más bien proviene de los accesorios, como sombrero y vestido, ó de la expresión en el mirar y postura de la cabeza, que de disparidad entre las facciones de una y otra imagen. Póngase á la que pintó Pacheco la gola y la ropilla, después de quitarle el sombrero que tanto la desfigura, y será preciso convenir en que el desconocido autor del primitivo retrato que sirvió de modelo á los más vulgarizados por la imprenta, debió conocer á Cervantes, aunque en edad muy posterior á la del cuadro de Pacheco.

Si esta semejanza no existiera, nos parece que la imagen pintada en el cuadro de la Merced no había hecho olvidar la antigua, consagrada por los años y la costumbre como la verdadera imagen de Cervantes. Los pueblos, especialmente los que se encariñan más con las personalidades que con las ideas, pintan con afanosa solicitud el retrato de sus más queridos ídolos; si no los halla, los inventa, los crea á su antojo, dándole las facciones y la expresión más en armonía con el ideal que ha concebido, y una vez verificada esta creación no se la deja arrancar ni aun por la violencia. Figúrenos que el novísimo retrato de Cervantes, en vez de parecerse al antiguo, tuviera facciones y rasgos enteramente contrarios; figúrenos que, con el testimonio de documentos incontrovertibles, ya pintados, ya escritos, se propusieran los anticuarios probar que Cervantes era un hombre oveso, mofetudo, barbilampiño, enfermo de un ojo y del otro no muy sano: ¿quién les creería?

Además del retrato, publicamos hoy un grabado que representa la llamada *casa de Medrano* en Argamasilla de Alba, lugar en 1605, y poco después villa de escaso vecindario, que inmortalizó Cervantes, á pesar de su propósito de no nombrarla en el relato de su libro. Esta casa de Medrano sirvió de cárcel al humilde comisionado de apremios, y si no miente la tradición, la llamada *casa de Pacheco*, que hasta hace treinta años existía en el mismo pueblo, fué vivienda de un hidalgo impertinente y muy dado á la lectura de *aquellos endiablados libros*, y á quien Cervantes parece tuvo muy presente al dibujar la magistral figura del buen Alonso Quijano. Dicha casa, cuyo solar y vestigios han medido y catalogado los eruditos para complacerse en restablecer imaginariamente el corral, la biblioteca, la alcoba de don Quijote, la ventana por donde el ama arrojó los libros después del escrutinio, y otras partes muy principales de la morada de D. Quijote, ha sido demolida; existe, sí, la casa de Medrano, cárcel hace dos siglos y medio, y hace poco sirvió de imprenta para la monumental edición del *Quijote* hecha en Argamasilla por D. Manuel Rivadeneyra. Si respecto al edificio anteriormente citado cuanto se diga no pasa de conjeturas, es indudable que en este, por *LA ILUSTRACION* reproducido, fué engendrado aquel *hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno*.

Fué nuestro propósito al comenzar esta *Crónica* ocuparnos con preferencia del aniversario de Cervantes, pero sin descuidar otros sucesos de la última quincena, si no

muy alegres que digamos, por lo ménos de verdadera importancia, mayormente si son políticos. ¿Pero qué suceso no es político en estos tiempos? ¿Acontece algo en la esfera social ó en la literaria, que no se relacione con la política en general y con las elecciones en particular, las cuales, dicho sea de paso, se verificaron al fin no con tantos palos como no hace mucho profetizaban lúgubramente vencedores y vencidos? Sea lo que quiera, en este número no cuadra hablar de cosas tales, y por lo tanto nos callamos como unos muertos en lo que se refiere á la política y al escandaloso asalto del tren de Andalucía.

B. PEREZ GALDÓS.

MONUMENTOS

DEDICADOS Á CERVANTES EN MADRID.

CASA EN QUE FALLECIÓ *.

El día 23 de abril de 1833 (aniversario de la muerte de Cervantes), y en ocasion de hallarse derribando como ruinoso la casa de la calle de Francos con vuelta á la del Leon, señalada con el núm. 20 antiguo, en la que falleció aquel esclarecido ingenio en 1616, tuvo el que escribe estas líneas la feliz inspiracion de consagrar un sentido artículo á aquel deplorable suceso, é insertarlo como formando parte de las *Escenas Matritenses*, en el periódico titulado *La Revista Española*.—Y ¡cosa rara en aquellos tiempos de indiferencia general!—alcanzó la fortuna de que aquel pobre escrito, no sólo llamase la atencion del público sobre el objeto que le motivaba, sino que cayendo en manos del rey D. Fernando VII, le afectase tan hondamente, que aquella misma noche llamó al ilustrado comisario de Cruzada D. Manuel Fernandez Varela, ordenándole que por todos los medios posibles ocurriese á evitar aquel desman, y procurase conservar la veneranda mansion del príncipe de los ingenios españoles. El Sr. Varela, en efecto, poniéndose de acuerdo con el ministro de Fomento y con el corregidor de Madrid, hizo que éste llamase al dueño de la casa en cuestion (que era, si mal no recordamos, un honrado almacenista de carbon llamado D. N. Franco), el cual se negó resueltamente á la cesion que le propusieron de dicha casa al Estado, porque convenia á sus intereses reconstruirla de planta, y porque (segun repetia con mucha gracia el corregidor Barrafon), tambien él tenia mucho gusto en poseerla, porque sabia que en ella habia vivido el famoso *D. Quijote de la Mancha*, de quien era muy apasionado.—Vista, pues, esta negativa, y dada cuenta de ella al rey, se expidió con fecha 4 de mayo (á los diez dias de la publicacion del artículo), la real orden siguiente, notabilísima por más de un concepto:

REAL ORDEN.—"Ministerio de Fomento general del Reino.—Cuando llegó á noticia del rey nuestro señor que se estaba demoliendo por hallarse ruinoso la casa número 20 de la calle de Francos de esta corte, en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su patria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hicieran proposiciones al dueño de ella para que adquiriéndola el Gobierno se reedificase y destinase á algun establecimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repugnancia á enagenarla, y queriendo S. M. por una parte, que sea respetada la propiedad particular, y por otra, que quede al ménos en dicha casa y á la vista del público, un recuerdo permanente de haber sido morada de aquel grande hombre, ha tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referida casa, y en el parage que parezca más apropiado, se coloque el busto de Miguel de Cervantes, de que está encargado D. Estéban de Agreda, director de la Real Academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente

* Las prolifas investigaciones de los Sres. Rios, Pellicer, Mayans y Navarrete no dejan duda alguna acerca de la autenticidad de esta asercion; no fijan, sin embargo, el cuarto que ocupó, aunque pudiera ser el bajo, y acaso aludia á sus malas condiciones, cuando concluyó el *Viaje al Parnaso* con estos versos:

«Fuime con esto, y lleno de despecho
»Busqué mi antigua y tóbraga posada,
»Y arrojéme molido sobre el lecho;
»Que cansa, cuando es larga, una jornada.»

La casa derribada en 1833 no constaba más que de piso bajo, principal y un segundo abuardillado; y en la visita general de aposento y numeracion practicada á mediados del siglo anterior, tiene la nota siguiente:

—»Pertenece á D. Mariano Perez de Laherrán, fué de herederos de Gabriel Muñoz, que la privilegió (de aposento) en 3.000 maravedís en 14 de febrero de 1615 (viviendo en ella Cervantes); tiene la fachada á la calle de Francos 59 pies y 3 octavos, y á la del Leon (á que hace esquina), 45 y en total 2.988.»

Posteriormente se reunió á esta casa la del núm. 21 (viejo) que perteneció al mismo Laherrán.

"inscripcion en letras de bronce. El comisario general de Cruzada, viceprotector de la misma Academia, don Manuel Fernandez Varela, animado de su celo por el fomento de las artes y por las glorias de su patria, se ha apresurado á proponer á S. M. que de los fondos que se hallan bajo su direccion y de la parte de ellos que está destinada á auxiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para llevar á efecto este pensamiento; lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de real orden lo comunico á V. S. para que tenga su debido cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el expresado comisario general viceprotector de la Academia, á quien lo traslado con esta fecha, y con el dueño de la casa que ha dado para ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 4 de mayo de 1833.—Sr. D. Domingo María Barrafon, corregidor de esta villa."

A consecuencia de esta real orden, y realizada que fué la reedificacion de la casa, se colocó sobre la puerta que dá á la antigua calle de Francos un medallon de mármol de Carrara, que representa la imágen de Cervantes en alto relieve, sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro:

AQUÍ VIVIÓ Y MURIÓ
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
CUYO INGENIO ADMIRA EL MUNDO.
FALLECIÓ EN MDCXVI.

La manifestacion de este monumento tuvo lugar en 23 de junio de 1834 (ya muerto el rey Fernando VII), y posteriormente, en la reforma de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por su celoso corregidor el marqués viudo de Pontejos, se dió á la dicha de Francos el nombre de *calle de Cervantes*; aunque para proceder con exactitud, este nombre le merecia más bien la del Leon (en que estaba la casa y la puerta antigua, al sitio llamado entonces el *Menidero de los comediantes*); ó á la antigua de *Cantarranas*,—hoy mal llamada de *Lope de Vega*,—en que está el convento de las Trinitarias, donde fué sepultado Cervantes; y con eso se le hubiera podido dar á la de Francos el nombre de Lope de Vega, que vivió muchos años y falleció en ella en su casa propia (número 15, nuevo), donde en 25 de noviembre de 1832 erigió á mi propuesta la Real Academia Española un digno monumento al FÉNIX DE LOS INGENIOS.

ESTÁTUA.

No sólo en esta ocasion, sino ya anteriormente, habia manifestado el rey Fernando su entusiasmo por el *manco de Lepanto*.—Debe decirse, pues, en justa preza de este monarca, que por aquellos años y al mismo tiempo que el gobierno francés de la restauracion negaba su permiso para colocar en París y en la plaza del Odeon la estatua de Molière, diciendo que sólo á los monarcas estaba reservado este honor, daba orden el rey de España á su escultor de cámara, D. Antonio Solá, para esculpir la estatua de Miguel de Cervantes con destino á una de las plazas de Madrid. Verificó el escultor su modelo en Roma, y fundido luego por los célebres artistas prusianos Luis Jollage y Guillermo Hopsgasten, fué conducida á Madrid.—Con mucho gusto insertariamos aquí el espresivo elogio de esta estatua estampado en el *Diario de Roma* por el secretario de la Academia de San Lucas; pero no permitiéndolo los límites de esta reseña, sólo diremos que, aunque no mereció en general igual opinion de parte de nuestros artistas, especialmente en la parte filosófica, deseando muchos hallar en ella más analogía y relacion con la profesion del autor que con la del militar, no pudieron ménos de convenir, sin embargo, en que la ejecucion de esta obra hacia honor al distinguido escultor Solá. El mismo remitió, al propio tiempo que la estatua, un proyecto del pedestal que debía soportarla, y que no sabemos por qué razon no se adoptó, encargando el que existe al arquitecto D. Isidro Velazquez, el cual tampoco anduvo muy afortunado en su traza, si bien fué propiamente decorado con los dos graciosos relieves, obra del escultor D. José Piquer.—Esta estatua, en fin, que fué tambien costeada por el magnifico comisario Varela de los fondos de Cruzada, quedó colocada en su pedestal en julio de 1835; y como testimonio obsequioso (único hasta entónces tributado al genio en nuestro país), mereció sinceros elogios del monarca que le dictó. —¡Quién hubiera dicho al mismo Fernando VII que al designar él propio para su colocacion la *Plaza de Santa Catalina*, la mandaba situar delante del futuro Congreso de los diputados!—Esta impropiedad debió tenerse en cuenta al tiempo de su inauguracion, cuando ya habia muerto el rey y la plaza se llamaba ya *de las Cortes*; pero siempre es tiempo para remediar esta inconveniencia, trasladando la estatua de Cervantes á sitio oportuno por su significacion, por su desahogo y

mejor punto de vista; tal á nuestro entender seria al centro de la linda plaza-jardin de Santa Ana, delante del teatro Español é inmediata á la calle de las Huertas, á cuya entrada tambien vivió Cervantes, *frontero de las casas donde solia vivir el príncipe de Marruecos*. Con esto recibiria tambien su nombre definitivo esta indecisa plazuela.

SEPULTURA.

La Real Academia Española (que desde hace algunos años viene consagrandose en tal dia honores fúnebres al autor del *Quijote* en el convento de las monjas Trinitarias, donde yace), acaba de reparar el injusto desden de las generaciones pasadas hácia los restos y la memoria de aquel insigne varon, haciendo colocar en la fachada del dicho convento un monumento digno y elegante, obra del escultor D. Ponciano Ponzano, en cuyo centro campea un gallardo busto del inmortal Cervantes, en medio de los más significativos atributos de su extraordinario ingenio, de su noble estirpe y de sus padecimientos como leal y valentísimo soldado, leyéndose al pié esta oportuna inscripcion:

A

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
QUE POR SU ÚLTIMA VOLUNTAD YACE
EN ESTE CONVENTO DE LA ÓRDEN TRINITARIA,
Á LA CUAL DEBIÓ PRINCIPALMENTE SU RESCATE.
LA ACADEMIA ESPAÑOLA.
CERVANTES NACIÓ EN 1547 Y FALLECIÓ EN 1616.

Al consignar el entusiasmo y la esplendidez con que la Academia Española ha reparado al fin la falta ó el descuido de las pasadas generaciones durante casi tres siglos, no puede dejar de elogiarse en primera línea á su ilustre director el señor marqués de Molins, que no sólo hizo suyo el pensamiento que tuvo la fortuna de sugerirle, sino que lo llevó á cabo en breve tiempo con una decision y celo admirables, é inspirándose al propio tiempo en ese mismo entusiasmo, produjo el precioso libro destinado á demostrar y desarrollar aquella idea, con el título de la *Sepultura de Cervantes*.—Este monumento quedó inaugurado el 2 de enero de 1870.

ESTUDIO DE LA VILLA.

Casi al mismo tiempo, y habiéndose denunciado por ruinoso la casa sita en la calle de la Villa, núm. 2, en que segun demostré en el libro titulado *El antiguo Madrid*, se hallaba establecido el Estudio público de humanidades, costeado por la villa y regentado á mediados del siglo XVI por el maestro Juan Lopez de Hoyos, á que, segun testimonio del mismo, asistió Cervantes, *su caro y amado discípulo*, la señora condesa viuda de la Vega del Pozo, dueña actual de dicha casa, tuvo la dignacion de invitarme á redactar la inscripcion conmemorativa, que estampada en letras de oro en una elegante lápida de mármol de Carrara, campea ya sobre la puerta de la nueva casa.

Tales son los testimonios de aprecio público tributados á Cervantes en Madrid. Si en ellos ha podido tomar alguna parte el autor de estas líneas, ya por su iniciativa, ya por su concurso; si al propio tiempo en los mal trazados rasgos de su modesta pluma ha alcanzado á revelar alguna vez acaso su entusiasmo hácia el insigne autor en cuyo donaire y bizarría procuraba inspirarse, cuenta que no fué ni pudo ser su intento imitar lo inimitable, sino rendir un respetuoso culto al inmortal modelo.

Sed longe sequere et vestigia semper adorare.

R. DE MESONERO ROMANOS.

SONETO.

Pasaba por la plaza del Congreso
Y le dije á la estatua de Cervantes:
(Esto con vènia y humildad bastantes
Á agraciarme un varon de tanto peso):

—«Pídenme, seor Miguel, al gran suceso
«De vuestro natalicio himnos triunfantes;
«Mas las musas están recalitrantes,
«Y he menester que me aviveis el seso.»

—«Decid, me respondió con faz severa,
«En limpios mas desnudos estrambotes,
«Que si aquestas vegadas yo naciera
«En que lleva el honor tantos azotes,
«Quijotes como antaño no escribiera,
«Escribiera más bien Anti-Quijotes.»

GABRIEL GARCÍA TASSARA.



SAN PEDRO NOLASCO EN UNO DE LOS PASOS DE SU VIDA.—CUADRO DE PACHECO.

SIETE NOTAS

PARA LA EDICION FOTOGRAFICA DE "EL INGENIOSO HIDALGO", LA CUAL REPRODUCE LA PRIMERA IMPRESION QUE DEL "QUIJOTE" HIZO JUAN DE LA CUESTA EN MADRID, AÑO DE 1605.

En el fólío 6, primera plana, líneas 14 y siguientes, leemos:

"Don Quijote, coligiendo por su huida (la de las mozas del partido) su miedo, alzándose la visera de papelon (carton), y descubriendo su seco y polvoroso rostro... les dijo:

Más abajo.

"Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría."

Hay visible contradicción entre las dos cláusulas: primero se dice que Don Quijote se alzó la visera, y se descubrió el rostro; se lee despues, que las dos mozas querian y no podian ver el rostro á Don Quijote, porque la visera se lo encubría. Creemos nosotros que la cláusula última es correccion que se hizo á sí propio Cervantes, la cual inutilizaba y excluía la anterior; pero que sin duda no la borró; y un escribiente, si hubo copia del original, ó el impresor, si no la hubo, conservó lo uno y lo otro, contra la voluntad ó intencion de Cervantes.—En otra de las notas que siguen, se dirá más sobre este punto.

En el mismo fólío 6, plana primera, líneas 6 y siguientes, contando de abajo arriba:

"El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa y en él el enojo."

El lenguaje y el mal talle... acrecentaba: dos sustantivos, que forman plural, rigiendo verbo en singular: caso de concordancia discordante, ó silépsis, frecuente en nuestros escritores antiguos. Hay que considerar la oracion como si fuesen dos, y dijese la una que el lenguaje, inteligible para las mozelas, les acrecentaba la risa; y como si dijese la otra que el mal talle de Don Quijote les acrecentaba la risa tambien;—pero ni la traza ni el lenguaje de Don Quijote le podian excitar á risa á él mismo: creemos por tanto que la conjuncion y, que va despues de las palabras la risa, debió ser en el original un que en abreviatura, que el impresor no entendió; y que debe leerse la cláusula de este modo: "El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, que en él el enojo": esto es, acrecentaba en las pelanduscas la risa, la cual excitaba cada vez más el enojo de Don Quijote, corrido desde que principiaron á reírse ellas.

Fólío 6, página segunda, á la mitad de ella.

"No menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje."

Que estudiante ó paje, imprimieron en las dos ediciones de Cuesta posteriores; pero á nosotros nos parece

el adjetivo *estudiantado* casi tan propio de Cervantes, como el participio *bachillerada*, aplicado á la persona de Sanson Carrasco en la parte segunda de nuestra obra, capítulo XXXIII.

En el fólío 7, vuelto, líneas 12 y siguientes:

"Como tenia (Don Quijote) puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponía."

en estado de locura tambien se opuso á que se cortasen las cintas, claro es que (á no hacerlo torpe, y sobre todo puercamente) no podia llegar nada á la boca por su propia mano, y era menester que le diesen á bocaditos el bacalao que cenó, introduciéndolo por las aberturas ó vistas de la visera. Confirma esto lo que luégo se añade, á saber, que fuera imposible de todo punto dar de beber á Don Quijote, si el ventero no se hubiese valido de un trozo de caña: bien se comprende que si por las vistas podian pasar tajadillas de pescado, no podia entrar el

borde de un vaso con bebida, ni sacar Don Quijote los labios hasta beber con él.

Y nótese ahora cómo no pudo alzarse la visera ni descubrir el rostro, cuando al llegar á la venta, dirigió la palabra á la Tolosa y á la hija del Molinero. Cervantes (repetimos), de primera intencion, hubo de escribir la cláusula "alzándose la visera de papelon y descubriendo su seco y polvoroso rostro"; varió de pensamiento despues, y quiso que Don Quijote no se pudiese descubrir; introdujo, á consecuencia del posterior pensamiento, las palabras "mirábanle las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría"; colocó la enmienda en el lugar conveniente; pero no hubo de borrar, ó no borró bien, la cláusula ya inutilizada, "alzándose la visera de papelon y descubriendo su seco y polvoroso rostro"; y en la edicion salieron lo desechado y lo corregido. Mantener ya en las ediciones modernas las dos cláusulas contradictorias, seria, indudablemente, ir contra la voluntad de Cervantes: por lo ménos, si se ha de entender lo que él quiso decir en el trozo de que se trata en la nota penúltima y en ésta, hay que leer: "Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, con gentil talante y voz reposada les dijo", etcétera.—"Como tenia puesta la celada y atada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos." Hay, pues, que corregir una errata y omitir un renglon, des-

echado por Cervantes mismo, es decir, por quien podia, y aún debia, hacerlo. Y ¡ojalá hubiera hecho lo mismo en otras ocasiones!

Fólío 14, vuelto, página segunda, línea 6, contada de abajo arriba:

"Mirá en hora maza..."

Así, las tres ediciones de Cuesta; las modernas, "en hora mala."

Noramaza, sin embargo, era expresion propia de aquellos tiempos, anterior y posterior al Quijote.

Segun la comedia de la famosa Celestina... por Domingo Gaztelu, Venecia, 1536. Cena (escena) 11:

"Ora, mis ojos, enora maza, no estés enojada."

Mateo Aleman en Guzmán de Alfarache. libro I, capítulo II:

"Noramaza sea: ¡qué dolor tan mal empleado en esa cara de rosa!"

Quevedo, Historia de la vida del Buscon llamado don Pablos, libro I, capítulo II:



PIFA EN QUE FUÉ BAUTIZADO CERVANTES.

¿Cómo había Cervantes de pensar ni escribir tamaño despropósito? Da gana de decir, que si Don Quijote no podia comer porque se lo impedía la visera, teniéndola alzada, ¿por qué no se la bajaba, y desaparecería el estorbo? A la verdad, no consta que le hubiese nadie atado las manos, que tuvo tan sueltas para descalabrar á los dos arrieros. Atada, si tenia... la visera á la celada, con unas cintas, como habrá visto el lector en la segunda línea de dicha página; atada, sujeta sin duda de modo, que no admitia juego, que no se le podia dar movimiento, que Don Quijote no la podia subir ni bajar; ni la Tolosa ni la Molinera supieron deshacer los nudos de las dichas cintas; no consintió Don Quijote que los cortaran, y se quedó aquella noche y parte de la mañana siguiente con la celada puesta y la visera sin juego; y por eso dijo Cervantes que ofrecia una extraña figura, como que estaba desarmado y con celada, y ésta con la visera caída. Atada, pues, debe leerse donde traen alzada en este pasaje casi todas las ediciones. Atada, en efecto, la visera con la celada, porque se la habia atado así Don Quijote en estado de locura, como

"Rióse y dijo: ¡Ah *noramaza!* ¡Eso sabes decir? No serás bobo."

Fólio 19, primera página, líneas 4 y 5.

"Esplandian, hijo *legítimo* de Amadis."

Hubo Amadis á Esplandian en Oriana, ántes de carse con ella: por eso hizo decir nuestro autor á la misma Oriana en el soneto á Dulcinea:

¡Oh! ¡quién tan castamente se escapara
Del Señor Amadis, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!

Fué, pues, Esplandian *ilegítimo*, aunque fué luégo legitimado. Como produccion literaria, también fué hijo *ilegítimo*, imitacion mala de un original, siquiera tolerable. ¿Sería errata ó sería irónico aquel calificativo? Parece pulla del barbero, que habria leído el Amadis, porque en la primera página del fólio 2 de este libro, se nos dice: "Sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra ó Amadis de Gaula... Maese Nicolas, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al Caballero del Febo."

En el fólio 26:

"Desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él... *machacó* tantos moros, que le quedó por sobrenombre *Machuca*."

En casi todas las ediciones leemos el pretérito *machacó*; pero es evidente que al verbo *machacar* correspondería el sobrenombre de *Machaca*, no el de *Machuca*. De *machucar*, y no de *machacar*, usa Cervantes en el fólio 77, vuelto, de este volumen, donde se cuenta que una pedrada de un pastor hizo á Don Quijote pedazos la alcuza en que llevaba el bálsamo de Fierabras, *"machucándole* (á Don Quijote) malamente dos dedos."

Ramo ó *tronco* se lee más arriba, y no es lo mismo uno que otro. El ramo, rama ó brazo, que se arranca de un árbol, puede ser plantado y pasar á ser tronco, productor de otros ramos ó ramas; pero el arrancado para servir de él como palo de lanza, ramo ó rama se queda. Bien sabia esto Cervantes, cuando escribió su primer libro la *Galatea*, en cuya dedicatoria leemos: "*Tronco* y *ramos* de la Real Casa Colona..." En muchos otros lugares de sus obras, determina también exactamente lo que entiende por *tronco*, y así, nos repugna creer escribiese aquí *ramo* ó *tronco*, dándolos por sinónimos.

Tocho llaman en Aragon á un palo cualquiera; y quizá *tocho* sería lo que escribiese Cervantes; pero en la impresion, *tronco* se llama el palo que Don Quijote desgajó de la encina, *tronco*, más de una vez. Sin embargo, tres aparece impresa la palabra *trozos*, en la novela de Cervantes, intitulada *La Ilustre Fregona*; y las tres veces está equivocada. En dicha fábula, dice el mesonero al corregidor de la madre de la recién nacida Costanza le habia dejado á él una cadena de oro, quitando de ella seis *trozos*, los cuales habia de traer quien viniese á recoger á la niña. Extraño parece, desde luégo, lo de quitar seis trozos ó pedazos á una cadena, para que sirviesen de señal: con uno bastaba. "Era de *trozos* (la cadena), curiosamente labrada", se lee más allá; "cotejaronse... los *trozos* de la cadena", viene más adelante. Y ¿qué cadena no es de trozos, considerando cada eslabon como uno? Ó ¿cuál es la cadena que tiene trozos, mientras se conserve entera y unida? Parece además que no está muy bien dicho lo de que se cotejaron los trozos de la cadena, "los trozos con la cadena" parecería mejor. Pues toda la dificultad se desvanece con estas palabras del Diccionario de la Academia Española: "*Torces*: la vuelta ó eslabon de alguna cadena... "tiene ya poco uso." Leído esto, parece claro que lo que Cervantes hubo de escribir en *La Ilustre Fregona* debió ser ciertamente *seis torces*, esto es, media docena de eslabones ó anillos de la cadena; un pedazo de ella pequeño, porque para muestra no se necesitaba más. La cadena era de *torces*, esto es, de eslabones ó anillos, no figurando ni cordon ni soguilla. "Se cotejaron los *torces* de la cadena": quiso el autor decir, unos *torces* con otros; los anillos del trozo quitado, con los de la cadena dada íntegra casi al fiel mesonero. *Torces* y *tocho* son voces ambas, por razones diversas, no muy corrientes en Castilla: pudo muy bien suceder lo mismo con la una que con la otra: no entenderlas el impresor en el manuscrito, y variarlas cada vez que las hubo de trasladar á impreso.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Y DOS INQUISIDORES GENERALES.

Mucho se ha escrito acerca de Cervantes y de sus obras: mucho más aún queda por escribir: siempre hay nuevas investigaciones: la laboriosidad de los eruditos es incansable al par de la admiracion de tan fecundo ingenio. Muy bien puede aplicársele lo que en aquel famoso soneto decia del Dante Miguel Angel:

Quanto dirne si dee non si può dire.

Com'nom maggior di lui qui nou fu mai.

Notorias son las desdichas y pobreza de Cervantes, así como que en sus postrimeros años, fatigado de la vejez y de incurable dolencia, sólo halló amparo en el conde de Lemos y en el cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

De *la suma caridad* de este último se confiesa agradecido en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, y de ambos escribe en el mismo: "Estos dos principes, sin que lo solicite adulacion mia ni otro género de aplauso, *por sola su bondad han tomado* á su cargo el hacerme merced y favorecerme." Esto decia en 1615.

En una conocida carta de Cervantes, cuyo original posee el Sr. D. Eduardo Fernandez de San Roman, carta dirigida al mismo cardenal en marzo de 1616, habla también de *las repetidas muestras de favor* y amparo que le dispensaba.

Indudable parece, pues, que á los auxilios de ambos personajes debió Cervantes la prolongacion de su vida en medio de sus tribulaciones y padecimientos; que merced á la generosidad y al afecto de ambos pudo publicar la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo* y el *Persiles y Segismunda*.

Más aún: el que aprobó la dicha segunda parte fué un capellan del cardenal Sandoval y Rojas, el licenciado Marquez Torres, el cual elogia con gran entusiasmo al libro y al autor.

¿Quién era el protector de Cervantes? El inquisidor general, cargo que dicho prelado desempeñaba desde el año de 1608.

D. Bernardo de Sandoval y Rojas tuvo por maestro al célebre varon Ambrosio de Morales, á cuyos mortales restos mandó construir un costoso sepulcro en Córdoba con un honrosísimo epitafio. Al propio tiempo protegía á los literatos: á más de Cervantes consta que el maestro Vicente Espinel mereció igualmente sus favores.

Era "caro y agradable á todos, suave y afable, docto y sabio y adornado de todas las virtudes." En los cargos que ejerció siempre vinieron á resplandecer "su doctrina y ejemplo y caridad ferventísima con los pobres", sus limosnas eran "tan grandes y tan copiosas y la caridad que tiene con todos tan encendida y fervorosa, que no parece que nació en este gran príncipe sino para dar. *Favorece grandemente las buenas letras y honra á los buenos ingenios de la Universidad de Alcalá*, en memoria de haber recibido la leche de doctrina desta Universidad y de haber estudiado en ella." Esto se lee en el código señalado con las letras D. D. 46 de la Biblioteca Nacional, escrito contemporáneo del cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

Muchos templos se fundaron á costa de este señor, y la famosa capilla de Nuestra Señora del Sagrario que erigió en la santa iglesia de Toledo, capilla que se dedicó con solemnísimas fiestas religiosas y literarias de que hay libro impreso el año de 1617. Si Cervantes hubiese vivido entónces, seguramente la relacion hubiese sido por él escrita, y algunas de sus poesías estarían al lado de las de D. Juan de Jáuregui, doña Cristobalina Fernandez de Alarcón, Gabriel del Corral, Vicente Espinel, Agustin Collado del Hierro, D. Luis de Góngora, D. Antonio Hurtado de Mendoza y otros autores muy celebrados en aquellos dias.

A tal personaje debió constante y generosa proteccion el ilustre manco de Lepanto. El inquisidor general de España D. Bernardo de Sandoval y Rojas era el más apasionado y justo apreciador del mérito de Cervantes, en medio del desvío ó la indiferencia de los más hácia su persona, hecho notable y muy digno de tenerse en memoria.

Hasta aquí lo que se sabe de este amigo de Cervantes: razon es que traigamos á la nuestra algo de su mayor adversario: el fingido Alonso Fernandez de Avellaneda.

En 1846 di á conocer una décima inédita del conde de Villamediana contra fray Luis de Aliaga, décima que empezaba así:

Sancho Panza, confesor
del ya difunto monarca.

De ella se infería que fray Luis de Aliaga por ese sobrenombre era llamado, alegando otras razones, que luego han sido ampliadas referentes á la sospecha de que á dicho religioso debe tenerse por el autor de la segunda parte del *Don Quijote*. Posteriormente mis amigos muy apreciables los eruditos D. Cayetano Rosell y D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, y el no ménos erudito Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera, con algunos otros más que no recuerdo, han ampliado estas sospechas con tan vivas é ingeniosas razones que parece que en ello no cabe la más pequeña duda, por más que mi ingenioso y discreto amigo D. Francisco María Tubino se muestre muy parcial de la opinion contraria.

Leida con detenimiento la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo*, las alusiones á fray Luis de Aliaga son tantas y tales que esfuerzan completamente hasta la conviccion todas las sospechas.

No me propongo enumerar argumentos ya conocidos, sino sólo aquellos en que hay otros para corroborarlos. Las observaciones presentes son, pues, nuevas.

El fingido Avellaneda empieza así su libro: "El sabio Alisolau, historiador no ménos moderno que verdadero." *Aliso* puede considerarse como anagrama poético de Luis, en latin *Aloisio*. En la terminacion *au* quiso el autor remedar nombres de personajes de libros de caballería.

Si todavía se desea apurar más esto, léase este período del principio del primer capítulo.

"El sábio *Alisolau*, historiador no ménos sábio que verdadero, dice que siendo expelidos los moros Agarenos, de cuya nacion él descendia." Sutilizando la cuestion hasta el último punto, aun á riesgo de que se considere exageradamente, se puede encontrar la voz *Aliaga* en los principios de estas *Alisolau Agarenos*, puestas exprofeso para descubrir el nombre en caso necesario, y todo en el período en que se habla del autor de la segunda parte que se publicaba. Esto es indudable. *ALIAGA, Aliaga*.

Cervantes debió tener noticia del verdadero nombre de su contrario, pues con astucia cuenta en su segunda parte, despues de hablar de la de Avellaneda, que al entrar en Barcelona Don Quijote y Sancho, unos muchachos pusieron en las colas del rucio y rocinante, sendos manojos de *Aliagas*. Añade que los animales dieron con los dueños en tierra, y que Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el *plumaje* de la cola de su matalote y Sancho el de su rucio.

La metáfora es clara. Don Quijote estaba corrido y afrentado, como se muestra en toda la segunda parte, porque se consideraba con ménos honra de que sus hechos se escribiesen por la *pluma* de Avellaneda, como aquí aparece por la *pluma* ó *plumaje* de *Aliagas*.

Para aumentar la importancia de estas observaciones, hay otra que presento á los aficionados. La voz *Aliaga* no está puesta acaso, sino de intento y muy intento. En Castilla apenas se usaba. Ni Nebrija, ni Tamarid, ni Aldrete, ni Covarrubias, ni Casas, ni los antiguos dicionaristas hacen mencion de ella. El famoso D. Juan de Jáuregui, usa la voz *Aulagas* en estos versos;

¿Y de qué sirve un corazon con llagas,
Si en los favores anda limitados
Trayéndome picado con *aulagas*?

Más suave hubiera sido escribir *aliagas* en vez de *aulagas*, si aquella voz tuviera carta de naturaleza en Castilla y por tanto en Andalucía. Todavía hay más aun. Laguna, en su version del Dios-córides, y Huerta en la de Plinio, no usan la palabra *aliaga*, y sí como sus equivalentes las de *ginesta*, *hiniestra* y *retama*.

Pero dejando esto aparte, abramos la segunda parte de *El Ingenioso*, y fijémonos un momento en la dedicatoria al conde de Lemos, y en el prólogo. Consta de éste, los nombres de los dos únicos protectores de Cervantes.

En el libro de los *dichos y hechos* de Felipe III citados por Mayans y Pellicer, se cuenta, que estando este rey en un balcon de su palacio, vió que un estudiante junto al rio Manzanares leía un libro y que de cuando en cuando se daba en la frente grandes palmadas, con extraños movimientos de alegría. Felipe III dijo: "*Aquel estudiante está fuera de sí ó lee la historia de Don Quijote.*"

Esto demuestra que el rey era aficionadísimo á este libro: de que puede inferirse que Cervantes tendria de ello noticia, así como ciertamente sabia que ninguna proteccion ni recompensa debia al monarca.

La dedicatoria al conde de Lemos es un ingeniosísimo dardo disparado contra el rey. Despues de hablar Cervantes de Avellaneda y del amargo y la náusea que le habia causado su libro, refiere que el emperador de la China le ha enviado carta con un propio para que funde

colegio en que se enseñe por la historia de Don Quijote la lengua castellana; pero que su *Magestad no le habia enviado ayuda de costa ni por el pensamiento, y que hallándose enfermo y muy sin dineros, no podia atender á su peticion.*

Y luego añade: "Emperador por emperador, y *monarca por monarca*, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que *sin tantos titulos de colegios ni rectorias*, me sustenta, me ampara y hace más merced de la que yo acierto á desear."

¿Quién no descubre aquí la alusion á Aliaga, confesor y protegido de Felipe III, teniendo tres ó cuatro cargos importantes que lo sustentaban en la opulencia?

¿Tenia Cervantes motivos de agravios con algun confesor de príncipes? Tradicion vaga ha existido de quejas de Cervantes contra un religioso confesor del duque de Béjar, á quien dedicó la primera parte del *Don Quijote*.

Pero en 1615, ¿se podia el gran novelista acordar de agravios de diez años ántes, y más de consejos de un religioso para que no lo favoreciese aquel magnate?

Modernamente, Cervantes estaba bajo el amparo de un príncipe de la Iglesia y del virrey de Nápoles: claro es que los que lo favorecian no estaban cercados de religiosos que les diesen consejos contra Cervantes y *los llevasen á ser miserables en sus dones*, cosa que el autor no podia escribir de sus valedores, cuando tanto los encomia de caritativos y de generosos.

¿A quién pudo aludir Cervantes al escribir esto en el capítulo 31 de la segunda parte del *Quijote*? "La duquesa y el duque salieron á recibirle, y con ellos *un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes: destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son: destos que quieren que la grandeza de los grandes, se mida con la estrechez de sus ánimos: destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados les hacen ser miserables.*"

Esto se puede y debe interpretar como retrato de fray Luis de Aliaga, confesor del rey, que fué tan miserable, que dejó en la pobreza á Cervantes viejo y enfermo.

En seguida, aludiendo al mismo eclesiástico ó religioso, como más adelante y diversamente lo llama, pone Cervantes en boca de Don Quijote estas palabras:

"Se debia esperar (de vuesa merced) antes buenos consejos que infames vituperios... A lo ménos el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprension... y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende llamar al pecador sin más ni más mentecato y tonto."

Que en ese confesor de príncipes alude Cervantes á Avellaneda, se demuestra de esas mismas palabras; puesto que en el prólogo del *Quijote* postizo no hay infame vituperio que no se aplique al regocijo de las musas. La reprension hecha en público y con aspereza y que pasó los límites de toda buena reprension, y las voces mentecato y tonto usadas contra Cervantes y su libro, se hallan igualmente en el *Quijote* de Avellaneda.

A Martin Quijada se llama el *mentecato* y á algun pasage del *Quijote* de Cervantes *neccio*. Véase este del Quijote de Avellaneda: "Saldranos á molar con alguna frialdad á mí y á estos señores, como me moliste en el bosque... con la *neccia historia* de Lope Ruiz, cabrerizo extremeño, y de su pastora Torralba."

Por último, todo el episodio que pone Cervantes en la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo* referente al morisco Ricote y á su hija, ¿á que fin se dirige? A dirigir embozadamente una acusacion, que sin embargo era pública, contra la codicia de fray Luis de Aliaga, tan aficionado á dones y al soborno.

En el cap. 65 se habla de que D. Antonio ofreció pasar á la corte á negociar que los moriscos Ricote y su hija quedasen en España apesar del decreto de expulsion de los moriscos, dando á entender que en ella (la corte) por medio del favor y de las dádivas muchas cosas difíciles se acaban. "No, dijo Ricote,... no hay que esperar ni en favores ni en dádivas, porque con el gran D. Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió S. M. el cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas."

Ahora bien: ¿quiénes entendian en lo de la expulsion de los moriscos? Fray Jaime Bleda en su *Crónica de los moros de España* (Valencia 1618), escribia: "Estaban las cosas de la expulsion tan adelante que sólo faltaba para su perfeccion echar los que se reservaron en el reino de Murcia por las muchas diligencias que pusieron los de *Val de Ricote* por conservarles; pero el duque de Lerma y el reverendísimo Padre fray Luis de Aliaga, confesor de S. M., con vigilancia y cuidado habian inquirido y sabido que en ellos concurrían las mismas causas para ser expulsados que en los demas... Cometió

la expulsion de estas reliquias al conde de Salazar por particular cédula que le escribió S. M. en Ventosilla á 13 de octubre de 1613."

Hasta aquí Bleda. Resulta, pues, que en el asunto de los moriscos del *Val de Ricote* intervinieron tres personas, el duque de Lerma, fray Luis de Aliaga y el conde de Salazar. Bleda habla de la integridad de todos tres. Cervantes declara de un modo terminante que al conde no *valian promesas ni dádivas*. Al duque de Lerma no se debe suponer que quisiese aludir tratándose de un sobrino carnal de su protector el arzobispo de Toledo. La ley de la gratitud obligaba á Cervantes á respetarlo, ya que no la de la conveniencia de conservar el afecto de la persona que tanto bien le hacia.

Queda solamente la alusion posible á fray Luis de Aliaga. El introducir Cervantes en su libro á un morisco y una morisca para hablar de favor y dádivas en la corte dándoles el apellido de *Ricote*, cuando moriscos de *Val de Ricote* apelaron á toda clase de medios para quedar en España, es una prueba de la intencion con que fué escrito este episodio, de cuyo fin se olvidó el autor al terminar la segunda parte. Dijó lo que debia decir para decir lo que intentaba, y eso bastó á sus designios.

En una representacion contra el confesor fray Luis de Aliaga, escrita en tiempos de Felipe IV, y que existe inédita en la Biblioteca Nacional, se refiere lo siguiente: "En materia de tomar (en la presencia de Dios digo verdad á V. M.), que D. Pedro de Aragon, hijo del duque de Terranova, del Consejo de Italia, hablando del me dijo, que él y su madre la duquesa de Terranova habianle dado más de seis mil ducados en joyas y preseas, y lo mismo me dijeron criados suyos que andan aun por esta corte y seria fácil de preguntar, y puédesen bien creer la fama pública que desto corria, y de lo que se sabe que desde Valladolid le envió el duque de Lerma, presente que valia mas de doce mil ducados, cuando puso casa, en plata, camas y colgaduras; y de lo que me dijeron públicamente por esta corte los marqueses de Cañete, que despues de habérseles comido cincuenta ó sesenta mil ducados con promesas y palabras les decia, que no tenia que darles."

Como se ve claramente, la acusacion de Cervantes se dirigia efectivamente contra Aliaga.

He visto que algunos escritores han hecho notar que el apodo de *Sancho Panza* no pudo ser puesto á Aliaga por sus contemporáneos en razon de tener la figura semejante al escudero de D. Quijote, pues era de elevada estatura.

Seguramente ese apodo de *Panza* tuvo origen en la glotoneria de fray Luis de Aliaga, hombre dado á los placeres. Véase lo que la citada representacion inédita dice de él en este punto: "Mostró tambien sus venganzas en muchos que persiguió, su descortesía hasta con personas graves, su *crápula y vicio* en el comer abundantísimamente."

¿Hay alguna prueba innegable de que fray Luis de Aliaga tuviese en estima á Cervantes y en mucho su memoria? Ninguna.

Existe en efecto otra enteramente contraria.

Si el inquisidor general Sandoval y Rojas profesaba gran cariño y tenia gran estimacion á Miguel de Cervantes, fray Luis de Aliaga, consejero que fué de la Suprema y luego inquisidor general, no vaciló en que aquel nombre ilustre apareciese en el *Indice expurgatorio*, publicado en 1619 y cabalmente por el libro del *Quijote*, y no en la primera, sino en la segunda parte, donde se encuentran las alusiones referidas.

El libro se examinó despues de muerto Cervantes, no hay que dudarle: quizás se recomendó á los calificadores que pusiesen cuidado sumo: tal vez Aliaga se dirigió en busca de sugetos á quienes se indicase la conveniencia de declarar que el *Quijote* merecia contarse entre los libros prohibidos. Su inclusion en los índices expurgatorios en esta forma hubiera sido la verdadera victoria de Aliaga contra su adversario.

Pero si tal intentó, no pudo conseguirlo de la rectitud imparcial y de la sana conciencia de los que examinaron el *Quijote*. Sólo hallaron esto: *Y advierte, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen ni valen en nada*. Se mandó borrar esas palabras exageradas que ciertamente no tienen sentido conforme con la doctrina de la Iglesia.

Desde el índice expurgatorio de 1619, en todos consta la prevencion de que esas palabras deben borrarse. En las ediciones posteriores del *Quijote* fueron suprimidas.

Es lo único que fray Luis de Aliaga pudo hacer como inquisidor general contra el libro de su adversario Miguel de Cervantes Saavedra.

Presumió el imposible de vencerlo como escritor: no se convenció de que contra Cervantes siempre era des-

venturadísima la fecundidad de sus invenciones. No tuvo medios con todo su poderío ni quien lo acompañase en el deseo de condenar á una prohibicion el libro del *Quijote*.

Tal fué el proceder de dos inquisidores generales con Cervantes y su obra inmortal: el uno engrandeciéndose con honrar al talento y con tenderle el manto de la proteccion y de la caridad: el otro intentando con sinrazones é injusticia competir vanamente con él y vencerlo por el camino de los insultos y de la arrogancia, y despues vengativamente entregar su libro al olvido por medio de una prohibicion religiosa.

Y caso el más extraño de todos. No hay autor que haya continuado la obra de otro que no haya sido en demostracion de su gran estima, entusiasmo y hasta afectuoso respeto. ¿Quién se dedica á proseguir y terminar un trabajo de fantasia ajeno, si no es porque lo admira y porque al propio tiempo aprecia en mucho el ingenio felicísimo del autor primero?

Fray Luis de Aliaga insulta á Cervantes por el *Quijote* y prosigue la idea de éste y procura imitarlo, hablando mal del novelista y del libro que continúa.

Esto sólo podia caber en un alma que viviese de asiento en la iniquidad, como de fray Luis de Aliaga escriben sus contemporáneos.

ADOLFO DE CASTRO.

El siguiente soneto, inédito hasta ahora, de D. Ventura de la Vega, lo escribió nuestro inolvidable amigo cuando apenas habia cumplido veinte años.

Creemos que nuestros lectores han de agradecer nos la publicacion de esta composicion, que no será la última de su ilustre autor que vea la luz en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID.

SONETO.

Si el mirarme tal vez te causa enojos,
No me mires, Angélica, en tu vida:
Yo sabré sin que nadie me lo impida
Mirarme en los cristales de tus ojos.
Brote una frase de tus lábios rojos
Que de mi corazon rasgue la herida;
Mátame de una vez; que preferida
Es para mí la muerte á tus antojos.
Mas no exijas de mí con alma inerte
Que yo mi vista de la tuya aparte,
Que eso fuera agravar mi triste suerte:
Déjame enamorado contemplarte,
Que imposible es mirarte sin quererte
Y mucho más quererte y no mirarte.

Año 1828.

VENTURA DE LA VEGA.

CURIOSAS NOTICIAS

DE LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

Por indudable se ha tenido hasta ahora, que el lugar de la Mancha que Cervantes hizo patria de Don Quijote, es Argamasilla de Alba.

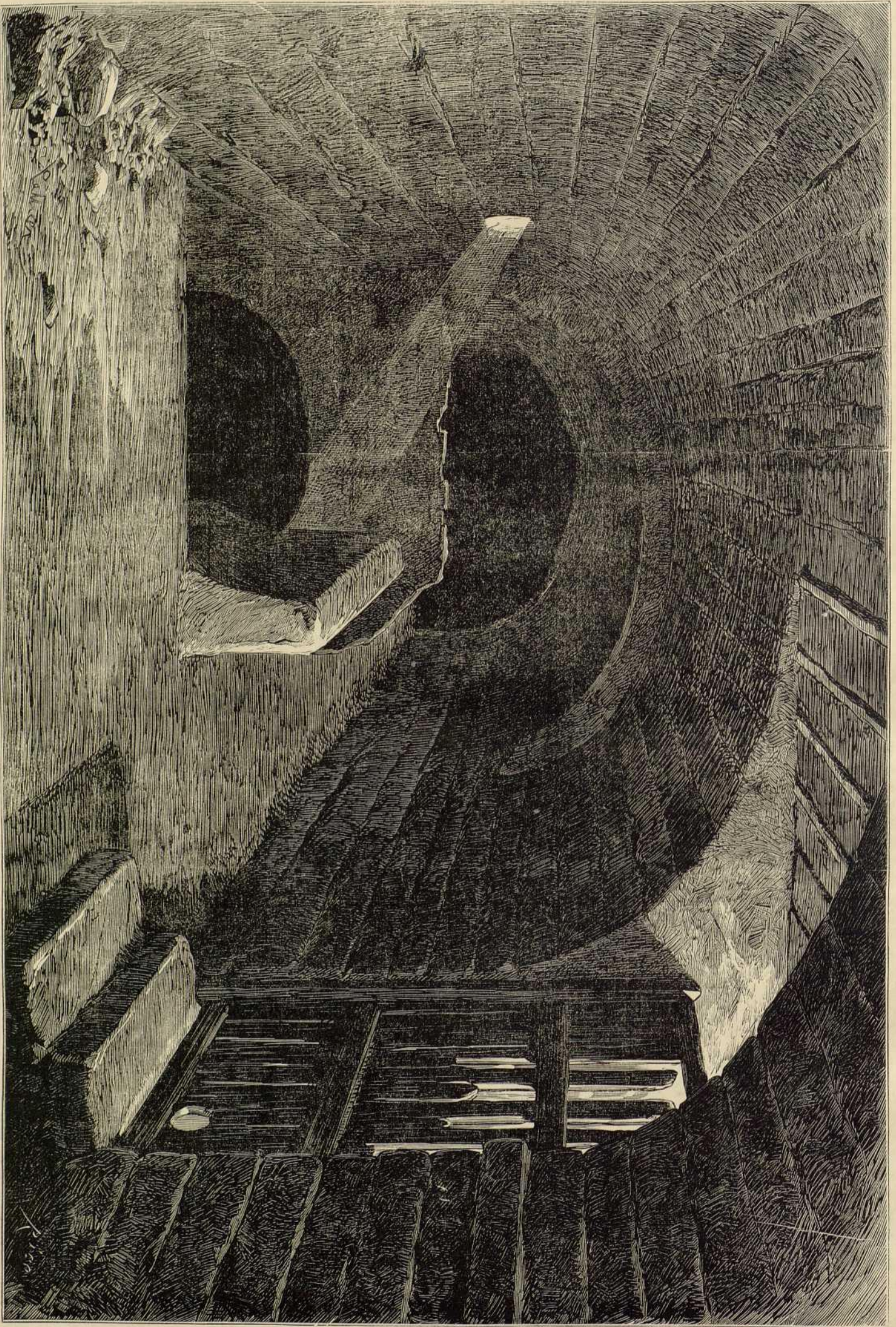
Si bien en el primer capítulo dice: *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme*, al fin viene á declararlo por medio de la imaginada Academia de la Argamasilla, cuyos individuos dedicaron epitafios á Don Quijote, á Dulcinea y á Sancho Panza.

Más aún: el fingido licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, continuador del libro, lo dedica al alcalde, regidores é *hidalgos de la noble villa del Argamasilla, patria feliz de Don Quijote*, con lo que parece alejada toda duda.

Es cierto que Cervantes en el último capítulo de la segunda parte, escribe: "Este fin tuvo el *Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijarse y tenerse por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero."

Pero es igualmente cierto que lo que Cervantes quiso en la primera parte de su libro dar sólo á entender, Avellaneda contra su deseo lo manifestó, por lo que el ilustre novelista se vió precisado á expresar que no estaba con puntualidad declarado, á fin de que no se creyesen aludidos los vecinos de Argamasilla de Alba que quiso retratar, ó á quienes atribuyó imaginarios hechos.

Muy recientemente se ha pretendido que sea otra la patria de Don Quijote, contra estos argumentos y contra



CÁRCEL EN QUE ESTUVO PRESO CERVANTES.

las tradiciones que hay en la Argamasilla desde los tiempos de Cervantes.

Una de aquellas se cifra en observar que Cervantes escribió que Don Quijote vivía en un *lugar de la Mancha*, y que esto no pudo decirlo de Argamasilla, que era villa y no lugar, argumento que se desvanece fácilmente con el recuerdo de que al terminar la primera parte, se lee lo que sigue:

Los Académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida y muerte del valeroso Don Quijote de la Mancha, hoc scripserunt.

Tenemos, pues, de un modo innegable, que Cervantes llamó claramente lugar á Argamasilla.

Y ¿cómo no llamarlo, si esa villa se denominaba indistintamente *lugar nuevo ó Argamasilla, Argamasilla ó lugar nuevo?*

Existen curiosas noticias de este pueblo en el tiempo en que el Quijote fué escrito y publicado; noticias hasta hoy desconocidas de los que del libro de Cervantes han tratado.

Podemos, pues, trasladarnos con la imaginación á aquel siglo y á aquella villa, y vivir unos instantes en su recinto y conocer á sus moradores.

En el libro intitulado *«Annales del orden de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced, Parte segunda, escritos por el Padre Fray Pedro de San Cecilio, Barcelona 1669»*, se dedican algunas páginas á la fundación del convento de Argamasilla de Alba en 1607, es decir, dos años despues de publicarse la primera parte de Don Quijote.

Voy á entresacar algunas noticias referentes á la ilustración de este libro:

«Es población moderna de mucho menos de doscientos años de antigüedad, y por eso bien dispuesta, con las calles muy iguales y parejas, y las casas comunmente capaces y de buena fábrica. Entendemos, y así se dice por cosa cierta, haberla fundado un gran prior de San Juan, que por ser de la casa de los duques de Alba la puso el apellido que hoy tiene, llamándose Argamasilla de Alba. Sería D. Diego de Toledo, hijo del segundo duque de Alba, D. Fadrique Alvarez de Toledo,

que tuvo esta dignidad en tiempo de los señores Reyes Católicos de gloriosa memoria, no habiéndola tenido ántes de él otro caballero de aquella casa. Llámase esta villa por otro nombre, como dijimos, *lugar nuevo*, y por este es tan conocida en ambas Castillas como por el otro.»

Bastaba, pues, á Cervantes decir *lugar de la Mancha*, cuyo nombre no quería recordar, para que se infriese que se trataba del *lugar nuevo* por excelencia ó Argamasilla de Alba.

De sus vecinos escribía el padre San Cecilio que «su gente toda es de reputación y hay en ella muchas familias conocidas por nobles. Las que no tienen tanta notoriedad, manifiestan serlo en sus procedimientos, en su

porte y trato, tan urbano como el que más de todo aquel territorio.»

Describe la situación de Argamasilla de Alba en estos términos: «Tiene á su parte Aquilonar el campo que llaman de Quintana y entre el Austral y el Occidental el de Montiel,» palabras estas últimas que nos recuerdan las del capítulo II, en que se refiere la primera salida de D. Quijote cuando, *dejando las ociosas plu-*

entrar en el lugar en busca de Teresa Panza, para entregarle la carta del gobernador de la Insula Barataria, y una sarta de corales con extremos de oro, regalo de la duquesa.

En tiempos de D. Quijote era villa y poblada. «Cuando el convento se fundó (dice el cronista de la órden) pasaban de ochocientos los vecinos.... y estaba tan opulenta y rica en comun y en particular, que le llamaban

Rio de la Plata por la mucha que habia en ella. Hoy está con tanta disminución que no llega su vecindad á la mitad que entónces. Han llegado á tanto sus alcances y aprietos, que si ántes se contaba en ella cual ó cual necesitado, ahora (1669), se pueden contar los que tienen una razonable pasadía, y apenas llegarán á doce. Sin embargo de esto, *mantienen todos su pundonor*, y para andar bien tratados no les ha de faltar.»

Seguidamente toca el padre fray Pedro de San Cecilio el punto de la expulsión de los moriscos con respecto á Argamasilla de Alba, y nos trae á las mientes así las aventuras de Ricote, el morisco, tendero del lugar y vecino y amigo de Sancho Panza, morisco tan rico, que dejó en su salida oculto un tesoro, como los sucesos de su hija la morisca Ana Ricote y su apasionado D. Gaspar Gregorio, mancebo mayorazgo rico.

Véanse las palabras de aquel religioso: «Comenzó el lugar á decaecer cuando la expulsión de los moriscos, gente aplicada, continúa en el trabajo, enemiga de ociosidad, y que sin daño ajeno buscaban su provecho. Habíanse avecinado allí no pocos de los que fueron echados del reino de Granada, cuando en él se rebelaron, y éstos pusieron codicia en los demas obligándolos con su ejemplo á trabajar, cultivar sus heredades, labrar sus tierras, con que todo manaba en riquezas lícitamente adquiridas. Faltaron ellos y los demas comenzaron á desmayar en sus labores y oficios, y consiguientemente á sujetarse á la penuria poco á poco.»

Llegamos á la persona de quien la tradición de Argamasilla asegura ser el verdadero D. Quijote. Aludo á D. Rodrigo Pacheco, hidalgo cuyo relato se halla en una capilla de la iglesia parroquial,

juntamente con el de su sobrina doña Melchora Pacheco, y por el que se sabe que aquel sugeto era de elevada estatura, carilargo y bigotudo, señas que concuerdan con las de D. Quijote, segun las discretas y oportunas observaciones del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Del tal D. Rodrigo Pacheco, habla la crónica de la Merced de esta manera: «Muchos dias habia que aquella villa, por ser entónces de más de 800 vecinos, y tener mucha gente rica y pocos clérigos que la doctrinasen, deseaba tener convento de religion reformada que acudiere á su dirección y necesidades espirituales. Considerado todo esto por uno de sus vecinos, noble, rico y llamado D. Rodrigo Pacheco, habia intentado fundar

mas subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.

Añade fray Pedro de San Cecilio que dista Argamasilla cuatro leguas «al Mediodía de las lagunas que llaman de Ruidera en las faldas de la sierra de Alcaráz, donde nace el rio Guadiana... Divide á esta villa en dos barrios el mayor de tres brazos en que se parte el mismo rio, encaminado por allí de propósito por el mismo que la fundó para mayor hermosura suya y comodidad de sus vecinos, que cuando quieren limpian su madre echando su corriente por otra parte con mucha facilidad.»

Ese es el arroyo junto al cual halló el page de los duques á Sanchica lavando con otras mujeres ántes de



¿CERVANTES?

*Miguel de Cervantes
San Pedro*

FAC SIMILE DE LA FIRMA Y RÚBRICA DE CERVANTES.

uno para beneficio público, y aun hecho algunos gastos en orden á darle principio; pero despues desistió del intento, contentándose con comprar sitio en que hacer en la parroquia una capilla para entierro suyo y de sus descendientes. Otros dirán la causa deste desistimiento."

No se apunta, pero de lo que luégo se dirá, se infiere con evidencia que tuvo ó debió tener parte en ello la persuasion del cura ó prior de aquella iglesia.

En la misma crónica de la Merced se consignan los nombres de algunos de los vecinos más importantes de Argamasilla de Alba, que asistieron en 1607 á un cabildo abierto para tratar de la fundacion del convento. Allí se leen los de Leonardo Ramirez, boticario, Juan Prieto de Bárcena y Pedro del Cura, alcaldes ordinarios, regidor luégo el primero, y más tarde en su sustitucion alcalde ordinario Gabriel de la Orden, D. Jorge Pacheco y Pedro Martin Carnicer, regidores, doña Ana de Amaya, señora principal y muy poderosa en aquella tierra, y Alonso de Almagro, mayordomo en la ermita de Santa Ana.

Del mismo D. Rodrigo Pacheco de Avilés, que así es el complemento de su apellido, se dice luégo que estaba muy venerado en aquella república, por ser tan noble y calificado y estarles todos en grandes obligaciones.

De escribanos de Argamasilla se enumeran tres: Diego de Campos, que lo era público y del ayuntamiento, Pedro Almenara y Juan de Mayorga, uno de los cuales debió ser ante quien Cervantes hizo que el hidalgo manchego testase, ya en su cabal juicio y olvido de las quimeras fantásticas de la caballería andantesca.

Resta tratar del cura, á quien Miguel de Cervantes da el nombre de Pedro Perez con el título de licenciado adquirido en Sigüenza, hombre docto, ingenioso é invencionero.

El cura de Argamasilla en 1612, ó mejor dicho, el prior de aquella iglesia era el licenciado frey Francisco Galindo de la Beldad. En julio de dicho año entregó solemnemente á los padres de la Merced la ermita de Santa Ana para convento.

El licenciado Galindo de la Beldad, de acuerdo con el clero de Argamasilla, se desavino con ellos sobre atribuciones, de que sucedió «que el prior y sus clérigos vejasen en muchas ocasiones á los religiosos de obra y palabra.»

Aunque estos en octubre acudieron al gran prior de San Juan en queja, y alcanzaron providencias satisfactorias y se mandó al prior de Argamasilla que las guardase á la letra, el cronista de la Merced nos dice que frey Francisco Galindo de la Beldad, instado por sus clérigos, aunque dijo que las obedecía, no cumplió cosa de las que en ellas se mandaba, con ser todas muy prudentes, razonables y justificadas, ántes buscó nuevos caminos por donde dar á los frailes en que entender y traerlos á la melena.

Siguieron por algunos años más las diferencias entre el clero de Argamasilla y los religiosos de la Merced, con grandes vejaciones de estos, así en obras como en palabras, apesar de las cartas del gran prior de San Juan, sin que vuelva á leerse más el nombre de frey Francisco Galindo de la Beldad en el curso de los *Anales de la Orden*.

Tales son las noticias que se han hallado en ellos, referentes á Argamasilla de Alba, á sus moradores, á sus costumbres y á los personajes que con otros nombres aparecen en el Quijote.

Estas sencillas investigaciones mías, quizás puedan despertar el ánimo de los verdaderamente eruditos, para dirigir las suyas con más acierto y ventura al esclarecimiento de los orígenes del libro del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, en el cual siempre se encuentra algo nuevo que aprender y mucho que ilustrar.

JOSÉ MARIA DE GAONA.

Cádiz, abril 4 de 1872.

URGANDA LA DESCONOCIDA.

A LOS REBUSCADORES DE LA VIDA

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Ese nombre que hoy Espa
Celebra con tanta pom,
Fué en sus tiempos el de un hom
Que vivió casi ignora:
Hoy le desquita la Fa
De aquel irritante olvi;
Mas su espíritu que vi

En el mundo de lo cier,
Dice mudo: "Al asno muer,
Ya se sabe lo que si."

Hoy todo el mundo dispu
Si fué bueno, si fué ma:
Quien dice que fué de Alca,
Quien de la Mancha ó Porcu.
Más de un buscon importu
Su ignoto sepulcro inque;
Más él, en son de poe,
Dice con gesto mofan:
"¿Qué fuera de tí, Cervan,
Si alguno diera en tus hue?"

Dejad que en calma repo
Quien tenerla aquí no pu,
No turbeis su sepultu
Por espíritu de mo:
Su vida no es patrimo
De críticos ni pedan:
Cervantes, más que Cervan
Fué un desterrado del cie,
Que á cuevas trujo el ingé
Para matar la ignoran.

Quién con pujos de filó
Su vida humana investi,
Comete una tonteri
Por licenciarse en curió:
Si fué desdichado y po
Por su culpa ó por la age,
Ni esto rebajarlo pue,
Ni puede amenguar su fa.
¿Quién busca en el polvo va
Los resplandores del ge?

El genio es un don divi
Que Dios imprime en el al:
Mas Dios que ofrece la pal
No la da sin el martí:
Si osado fué, fué sufrí;
Que, pagando al mundo esco,
Por los delirios del lo
En quien cifró su esperan,
Sufrío como Sancho Pan
Las culpas de Don Quijo.

Páguese justo tribu
A la gloria de su nom;
Mas déjese en paz al hom
Juguete de la fortu:
Que no es obrar con cordu,
Queriendo ensalzar su fa,
Sacar escuetos á pla,
Sin respeto á su desdi,
Los tropiezos de una vi
Sujeta á la ley huma.

Primogénito de Apo
Y digno rival de Home,
Su fama con gran respe
Se extiende de polo á po:
Cantadle, vates, en co;
Que si con luces radian,
Aún tras tanta malandan,
La gloria de España bri,
Se debe al pobre cauti
Que fué lisiado en Lepan.

En la cueva Clavelinesca á 31 de marzo de 1872.

ANTONIO HURTADO.

CERVANTES.

¿Qué pueblo es ese, de la roja esfera,
Sin temer al incógnito Océano,
Perenne seguidor? Su frente impera
Sobre el que un tiempo fué mundo romano;
Corta extension para la gente ibera,
Que otro hemisferio logrará en su mano.
Pueblo de Cides, en valor gigantes:
Ese pueblo es la patria de Cervantes.

Del musulman la noble gallardía,
Del francés valeroso la pujanza,
Del italiano astuto la osadía,
Del inglés la soberbia, la templanza
Que halló en el alemán la patria mia,
Odio y amor, la paz ó la venganza;
Todo se vuelve aplausos resonantes,
Al oír esta voz: ¡Paso á Cervantes!

Gloria y honor de la nacion hispana,
Tú vivirás mientras exista el hombre.
Luz que en el cielo splende soberana,
Tú harás eterno de mi patria el nombre.
Con sangre y ruinas la discordia insana
De mar á mar nuestra nacion alfombre;
Mientras al mundo con tu ingenio encantés,
Siempre España será. ¡¡ No hay un Cervantes!!

FERNANDO FULGOSIO.

LA CASA DEL CAMPILLO *.

*Fa'ale exitium corde durato seram
Donec fortunam criminis pudeat sui.*

FEDRO.

.....
Hora tras hora, que el dolor alarga,
Miro pasar bajo mi angosto techo,
Treguas pidiendo á mi fortuna amarga.
¡Sin pan las prendas de mi amante pecho!
¡Del hambre por la sorda mordedura
Yo vencido tambien á mi despecho!
En vano en el papel fijo insegura
Mi mano por el frio entumecida;
Que más la mente que la noche, oscura,
Ni una chispa, del cielo bendecida,
Produce que liberte al pensamiento
De la angustiada cárcel de mi vida.
En infecunda postracion lo sienta,
Por ásperas verdades amarrado,
Agriar con la memoria mi tormento.
Ella el tiempo revive en que alentado
A toda noble empresa, juzgué loco
Que dicha y glorias me guardaba el hado!
Por ella el dia perdurable toco,
Cuando á salvar á Europa apercebida,
Inflama España de la guerra el foco:
El humo de la pólvora encendida
Robaba al aire su lugar; sus olas
Bañó en sangre la mar, enmudecida
De respeto á las armas españolas,
Y allí, con sangre de mi noble herida
Yo esmalté sus triunfantes banderolas!...
Tambien la hora de zozobra llena,
Renueva, en que pensaba en mortal hierro
Convertir del cautivo la cadena;
Muy más atento que á romper mi encierro,
A clavar por mi rey la cruz divina
De la africana costa sobre el cerro.
El torpe miedo y la traicion mezuina,
Truecan en aire y bárbaro castigo
La ilusion de mi hazaña peregrina;
Y yo la vida rescatar consigo
Porque el hacha apartó de mi cabeza
Secreto amor que morirá conmigo!...
¡Ay! ¿Cuál el premio fué de la nobleza
Con que una y otra vez busqué la muerte,
De mi patria y mi fé por la grandeza?
¡Grosero olvido y menosprecio advierte
Siempre y doquier mi espíritu cansado,
A quien se afana por rendir la suerte!
Mas no será: si el lauro codiciado
A mi valor se niega, no abatido
La frente doblaré; si resignado.

.....
Ya de la aurora el rayo apetecido

* Tal es el título de una poesia inédita de la que forman parte estos versos que hoy se publican. La vista de la miserable casa que habitó el príncipe de nuestros ingenios en Valladolid, movió al autor á escribirla, aunque por pecado de pereza ó por otros estorbos más fuertes que su voluntad no pudo terminarla; pero sí pudo, por fortuna, hacer algo que valiera más que sus versos. Era á la sazón gobernador de la provincia de Valladolid, y consiguió del ayuntamiento de esta ciudad, con ocasion de presidir una de sus sesiones, que tomase el acuerdo de señalar la casa de Cervantes con una lápida, cuya leyenda dijese á todos que dentro de aquellas mezquinas paredes había vivido el autor del *Quijote*. Algunos meses despues hubo de realizarse esta idea, siendo colocada la lápida con la debida solemnidad.

Al cielo vuelve su color, é inflama
 Con nueva vida al mundo adormecido.
 Como su hermosa y apacible llama,
 De las tinieblas vencedora, vierte
 Luz y alegría en cuanto vive y ama,
 Rompiendo así las sombras de la muerte,
 Quizá en un tiempo la memoria mia
 Vengará los agravios de la suerte!...
 ¡Si ya se acerca el suspirado día,
 De mis lloradas culpas el delirio
 Quiera Dios perdonar en mi agonía,
 Y pagar con su amor tanto martirio!

ANGEL MARÍA DACARRETE.

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

LEYENDA.

(MADRID 1.º DE NOVIEMBRE DE 1871.)

Quando viví, me dejaron en la miseria; hoy me levantan estátuas que no necesito, y no me hacen sufragios, que tanto anhelo... Decidles (á los literatos) que en el lugar donde resido, huele mejor el aroma del incienso que el humo de las alabanzas.

(CAVANILLES: *Diálogos*, pág. 34 y 35.)

En clamoreo ronco las campanas
 Anunciaban la noche de difuntos,
 Noche que á los ateos estremece,
 Al recordar la muerte y el sepulcro.
 Noche de gozo y esperanzas llena
 Para el alma cristiana, para el justo,
 Que ruega por sus padres y sus deudos,
 Y aun por sus enemigos y verdugos.
 En carroza de plata aparecía,
 Sin brumas ni celajes impertunos,
 Ruborosa la luna, cual pudiera
 En frío enero ó en ardiente julio.
 Por la parte del yerto Guadarrama
 Rugía el viento bramador y agudo,
 Tan sutil y glacial, que parecía
 De pulmonías precursor y anuncio.
 En manto de Béjar yo embozado,
 Pasaba por la calle, que hasta el vulgo
 Pisa respetuoso, porque en ella
 Hay un templo de monjas, pobre, oscuro:
 Santuario, empero, que mi patria mira,
 Y aun todo el orbe, de sorpresa mudo,
 Porque Miguel Cervantes allí yace
 Entre huesos y túmulos oculto,
 Sin que puedan los vivos, ¡mal pecado!
 Ni al presente, ni en siglo allá futuro,
 Al muerto contemplar de tal renombre
 Que no cabe en los ámbitos del mundo.
 Las vírgenes esposas del Cordero,
 A cuyo sacrificio debe el triunfo
 De la hueste infernal feliz el hombre,
 Con la divina sangre limpio y puro,
 En voz angelical aunque doliente,
 Llenas de fé y amor tierno y profundo
 Ofrecían plegarias por los muertos
 Que en el convento aquel duermen sepultos.
 ¡Con qué humildad y devoción las monjas
 Los lamentos del casi moribundo
 Paciente Job, unían á los salmos
 Del penitente rey, del vate augusto
 Los cánticos austeros de la muerte,
 Que al hombre terrenal y polvo inundo
 Hasta Sion elevan, donde el arpa
 Del ángel suena en celestial preludio,
 Con violencia mis plantas atrajeron
 Irresistible, con suave impulso
 Hácia el sacro recinto, cuyas puertas
 Súbito abrirse con placer descubro.
 En la iglesia penetro, me arrodillo,
 Y persigno, y abriendo mi Diurno,
 Acompañar las virginales voces
 A la luz de una lámpara procuro.
 Terminado el responso acostumbrado,
 Tras el tercero y prostrimer Nocturno,
 Alejarse del coro silenciosas
 A las esposas del Señor vislumbro.
 Quedo solo en el templo, y del rosario
 Una parte rezando continúo,
 Ante el ara postrado de María,
 A quien dirijo en fin este saludo.

II.

Virgen Inmaculada,
 Más que los querubines bella y pura,
 Madre del Criador, á quien agrada
 Pida tu proteccion la criatura;
 Si en la triste morada
 De penas transitorias y amargura
 Miguel Cervantes llora,
 Con tu imperial y poderoso manto
 Ampárale, benéfica Señora,
 Y libre de prisiones
 El cántico divino *Santo, Santo*,
 Podrá entonar del cielo en las mansiones.

(Se continuará.)

GASPAR BONO SERRANO.

EL VALLE DE LOS CIPRESES.

Aplaudo con entusiasmo el felicísimo pensamiento de consagrar á la memoria de Miguel de Cervantes Saavedra, arrebatado por la muerte al coro de Telesio el día 23 de abril de 1616, el número entero de esta Revista, correspondiente á la primera quincena del mes actual. No podía haberse imaginado un homenaje que fuera más acepto al alma del inmortal escritor, tan celoso observante de esta clase de aniversarios: de aquel hombre, objeto de inacabable estudio, dechado de amor á sus semejantes, á quien su ardorosa caridad cristiana, heroicamente acreditada con sus compañeros de cautiverio, hubiera ceñido el nimbo que luego alcanzó San Vicente de Paul, á no haber seguido la carrera de las armas y de las letras.

Tengo por seguro que Cervantes, en los últimos meses de aquel duro cautiverio, mitigaba las torturas de tan triste existencia vislumbrando allá en su creadora mente los primeros embriones de su GALATEA. Se me figura verle en la lóbrega cárcel donde le tiene sumido el fiero Azan. Allí, mientras le rinde al sueño aquel continuo y noble afanar por la liberación de sus compañeros de infortunio, los dulces recuerdos de la poesía pastoral, tan grata á los ingenios de su tiempo, como áuras primaverales acarician su enardecida mente:

Ábrese á su vista ameno
 Valle, do natura
 Finge un paraíso;
 Gala del fragante seno
 Do el undoso Tajo
 Triunfa del Cefiso.
 Mira allí enlazar el tronco
 Del ciprés adusto
 Redes de jazmines;
 Zumba allí el enjambre ronco
 Que aromado néctar
 Liba en los jardines.
 Ecos tiene do se enlazan
 Las eólias arpas
 Y el hebráico sistro;
 Fuentes donde se solazan
 Náyades y hermosos
 Cisnes del Caistro.
 Márgenes al verde prado
 Tejen los laureles
 Y las gayas flores:
 Tálamo es el acopado
 Mirto al dulce fuego
 De los ruiñeñores.
 Nunca soñador cautivo
 Vió riberas tales
 Desde el Pó al Sebeto:
 Ni hubo quien gozase altivo
 Lecho tal de rosas
 En el monte Hymeto.
 Súbito aquel prado llena,
 De ciprés mostrando
 Funeral adorno,
 Suelta al viento la melena,
 Turba de zagales
 De Telesio en torno.

El poeta se representa en sueños la escena patética y funeral que se propone describir. Acuden al llamamiento de Telesio, Tirsi, Elicio, Damon, Siralvo, Lenio, Lauso, Artidoro, Larsileo, etc., y las hermosas y discretas pastoras que les tienen robada el alma: Florisa, Teolinda, Lidia, Leocadia, Galatea, Belisa y demas deidades del famoso Tajo.—Pero no podemos permanecer con ellos todo el tiempo que invierten en las exe-

quias, llantos y otras demostraciones de duelo cabe la tumba del sin par Meliso, y en escuchar el prolijo canto con que á deshora los festejará la aparecida ninfa Calíope: por lo cual, me limito á recordaros, piadosos lectores, los términos en que luego á la madrugada les habla el venerable Telesio:

“Lo que esta pasada noche (les dice), en este mismo lugar, y por vuestros ojos habeis visto, discretos y gallardos pastores y hermosas pastoras, os habrá dado á entender cuán acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos años sacrificios y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron.”

Y esto mismo trasladó despues Cervantes al libro vi de su GALATEA.

Creo que mi proposición queda demostrada. Ahora bien: en este ameno periódico titulado LA ILUSTRACION DE MADRID, tan solícito en realzar los méritos de los eminentes literatos españoles que nos abandonan para pasar á mejor vida, veremos de hoy más todos los que fuimos criados en el trato de las musas, reintegrado aquel deleitoso *Valle de los cipreses*, donde queria el inmortal autor de la GALATEA que las exequias por los vates difuntos se celebrasen con ceremonias ideales, en que el misticismo del Calvario reviste la bellísima forma de las inspiraciones del Helicon.

PEDRO DE MADRAZO.

CARCEL Y CASA

DEL ALCALDE MEDRANO EN ARGAMASILLA DE ALBA

EN LAS QUE ESTUVO PRESO

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Al publicar hoy en LA ILUSTRACION DE MADRID el mayor número posible de copias de las preciosas reliquias referentes á la vida de Cervantes que han llegado hasta nuestros días, no podíamos omitir las vistas que aparecen en las páginas 104 y 109: la cárcel en que fué engendrado el *Quijote*, como dice su inmortal autor, y la casa de Medrano en que ésta se halla.

En la casa del alcalde Medrano, que se conserva cuidadosamente, gracias al celo del ilustrado príncipe que la adquirió, estuvo preso el desventurado Miguel de Cervantes Saavedra, y en ella se hizo en el año de 1863 por el primero de nuestros tipógrafos contemporáneos, sin reparar en dificultades ni en sacrificios de ninguna especie, por D. Manuel Rivadeneyra, una edición preciosa del *Ingenioso Hidalgo*. ¡Rivadeneyra no leerá ya estos apuntes! ¡Él, que consagró todo su entusiasmo á honrar y dar culto al príncipe de los ingenios, al manco sano, al regocijo de las Musas, no nos ayudará hoy á conmemorar una fecha solemne en los fastos de las letras pátrias: la del 23 de Abril de 1616! ¡El alma de Rivadeneyra ha volado á reunirse en el cielo con el alma de Cervantes!

Quisiéramos describir menuda y detenidamente la cárcel y casa del alcalde Medrano, pero hemos preferido trasladar á este lugar de nuestro periódico las noticias con que el respetable Hartzenbusch, nuestro querido amigo, enriqueció el prólogo que compuso para la citada edición de Rivadeneyra, porque la autoridad de esta cita vale mucho más que cuanto pudiéramos escribir. Dice así:

“No hemos hallado tampoco en las biografías de Cervantes hasta hoy escritas, lo que más conviniera para nuestro intento: la historia cierta de la creación del *Quijote*, la noticia seguramente comprobada del acontecimiento que dió á Cervantes ocasion para suponer á su héroe natural de Argamasilla de Alba, lugar de cuyo nombre no queria el autor acordarse. Algun lance poco gustoso le debió suceder en él, pues en verdad que no merece desden ni olvido aquella poblacion, linda y no pequeña, de buen vecindario, adornada de alamedas, sentada en llano y fértil suelo, regado por el Guadiana, que toca á las casas, espaciosas y bien construidas en calles anchas y tiradas á cordel, como apenas se ven en otro pueblo alguno de España. Dícese que habiendo aceptado Cervantes una comisión de apremio contra los vecinos de Argamasilla, hubo de faltar alguna formalidad á los documentos que traía, falta de que se valió la justicia para ponerle preso en la casa de un tal Medrano, cuya cueva servía de cárcel por no haberla en el pueblo: se añade que fué principal fautor de la prision D. Rodrigo Pacheco, hidalgo ó caballero pudiente, quejoso de que hubiese Cervantes dirigido requiebros á una hermana ó sobrina suya, ó (segun dice Navarrete) cierto chiste picante.”

Más adelante añade:

«Si el tiempo destructor echó á tierra la casa del sándio enemigo de Cervantes, la que le sirvió de prision se sostiene en pié todavía: maltratado y ruinoso el corredor que da vuelta al patio, lo demás de la fábrica subsiste duradero. Pásase del patio, cruzando el corredor, á un sótano dividido en dos pisos: al primero comunica luz, aunque poca, un agujero que da al soportal del corredor, y parece abierto modernamente; recíbela también por el vano de la parte superior de la puerta, que tiene unos palos verticalmente puestos como yerros de verja: el piso inferior aún goza ménos luz, porque se la permite escasísima una ventanilla ó respiradero que da á la calle y descansa en la línea del suelo. Dícese que estuvo Cervantes arriba: casi á oscuras hubo de hallarse, ya le tuvieran preso en lo ménos hondo, ya en lo más profundo de la cueva. Bajo aquella bóveda, que se alza poco más de dos metros sobre ménos de tres de anchura, y cuya longitud se acorta con la escalera de descenso al piso más bajo; en aquel tenebroso encierro, en aquel angustiado cofre de cal y canto, concibió la fecunda mente de Cervantes la idea vastísima, triste alguna vez, regocijada casi siempre, de su *Don Quijote*.»

X.

SAN PEDRO NOLASCO

(CUADRO DE PACHECO)

Y EL RETRATO DE CERVANTES.

Desde el año de 1864 en que el erudito escritor sevillano don José María Asensio y Toledo dió á la estampa su interesante libro *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervantes*, pasa en autoridad de cosa juzgada entre muchos doctos cervantistas, que en el cuadro de Francisco Pacheco, señalado con el número 19 en el catálogo del Museo sevillano, cuyo cuadro representa á *San Pedro Nolasco en uno de los pasos de su vida*, se encuentra el retrato auténtico, verdadero, de Miguel de Cervantes Saavedra.

Confesamos con gusto, sin reserva de ninguna especie, que las hipótesis, los argumentos y las razones en que descansa la opinion del Sr. Asensio nos parecen base muy sólida para cimentar el fallo decisivo y terminante que pronuncia en materia tan grave é importante; á su afirmacion da mucha autoridad la que justamente merece su nombre, corroborada con la de no pocos artistas y literatos de fama; mas apesar del respeto que debemos á aquel y á éstos, y aunque nos hacen tanta fuerza sus razonamientos que el ánimo se siente inclinado á admitirlos como verdades demostradas, todavía no nos atrevemos á prestarles el pleito homenaje de un convencimiento que no existe por completo; todavía no nos atrevemos á decir con el Sr. Asensio Toledo que el barquero del cuadro de Pacheco es y no puede ser otro que Miguel de Cervantes Saavedra.

Pero las dudas que alguna vez nos salen al paso, impidiéndonos formar la absoluta conviccion que quisieramos abrigar en nuestra inteligencia, dudas que tal vez expongamos en mejor ocasion que la presente, no debian apartarnos del propósito que habíamos hecho de ofrecer á nuestros lectores hoy, que dedicamos el número de nuestro periódico á conmemorar el CCLVI aniversario de la muerte del príncipe de los ingenios,

las copias del cuadro y del retrato que han suscitado controversias muy animadas y despertado vivísimo interés y curiosidad general.

El cuadro de Francisco Pacheco, que hemos grabado á media mancha, dista mucho de ser uno de los mejores que pintó el hábil maestro de Velazquez; hé aquí cómo lo describe el Sr. Asensio:

«Sin vacilar puede afirmarse que es el embarque de

particular de mi buen amigo el distinguido artista don Eduardo Cano.»

«Es retrato San Pedro Nolasco, pues tiene la cabeza de fray Juan Bernal, á quien Pacheco pintó en uno de estos cuadros, segun él mismo dice, y puede afirmarse con entera seguridad, cotejándolo, como yo lo he hecho, con el que existe del mismo personaje en el *Libro de Retratos*.»

«Retratos son los cautivos y hasta el muchacho que tiene el sombrero y bolso, etc., etc.»

De este cuadro, y valiéndonos de un busto fotográfico sacado del dibujo que calcó sobre el original el excelente pintor D. Eduardo Cano, hemos copiado el retrato que damos á la estampa en la página 100 de LA ILUSTRACION.

Recomendamos á nuestros suscritores que lean el mencionado libro del Sr. Asensio, y en él hallarán las pruebas que á juicio del autor acreditan la autenticidad del retrato; pruebas que, como ya hemos indicado, son de mucho peso, en extremo atendibles y de más fuerza indudablemente que las que se han alegado en favor del que, regalado por el conde del Aguila, posee la Real Academia Española, de cuya imagen, atribuida por el conde donante al pintor Alonso del Arco y por otros á Carducho y aún á Caxes, se han hecho las innumerables copias (grabadas por Selma, Roca, Carmona, Atmeller, Duffós, Geoffroy, Hortigosa, Goutiere y otros) que figuran al frente de innumerables ediciones del *Ingenioso Hidalgo*. Es de notar, sin embargo, que entre el retrato que pintó Pacheco y el que es propiedad de la Academia Española, existen, no sólo concordancias, sino analogías perfectas, gran semejanza y hasta identidad en las facciones.

Ya que la falta de espacio no nos permite extractar hoy, ni hacernos cargo de los importantes datos que presenta el señor Asensio en su libro para demostrar su terminante aseveracion, copiaremos, ántes de terminar esta breve reseña, las tan conocidas palabras con que Cervantes se retrata á sí mismo en el prólogo de las *Novelas Ejemplares*, que lejos de quitar fuerza á las opiniones del Sr. Asensio, nos parecen su más poderoso apoyo.

«Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de

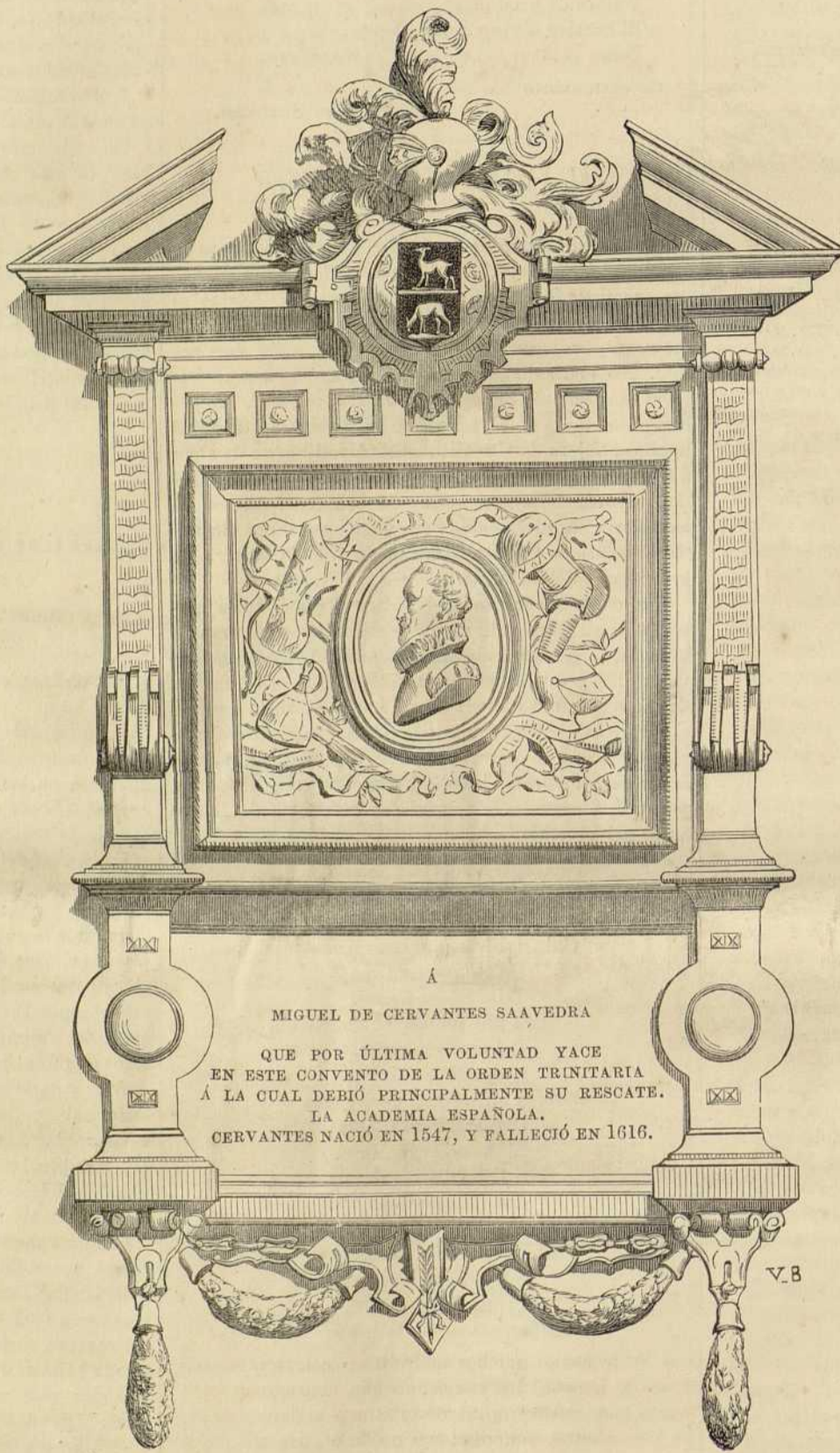
oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés; este digo que es el rostro del autor de la *Galatea*.»

X.

PILA EN QUE FUE BAUTIZADO CERVANTES

Y LÁPIDA MONUMENTAL Á LA MEMORIA DEL MISMO.

En el número 38 de LA ILUSTRACION, dimos algunas noticias sobre la sagrada pila en la que Cervantes recibió las regeneradoras aguas del bautismo. Hoy, que dedicamos la mayor parte del periódico á conmemorar el



LÁPIDA MONUMENTAL EN HONOR DE CERVANTES.

los Padres Redentores en las playas africanas, para regresar á España despues de haber ejercitado su piadoso instituto.

«Aparece el Santo en tierra en primer término, con un cautivo que se dispone á tomarle en hombros para llevarle á una barca que está á la derecha, en la cual se ve ya sentado otro Padre mercenario, y en la que se ocupan dos cautivos en ir colocando los cofres de la redencion, bien conocidos por el escudo de la Merced pintado en ellos. La barca está gobernada por un barquero que, de pié en la proa, la sujeta con un bichero clavado en el fondo de la playa, y á la izquierda hay un muchacho que tiene debajo del brazo el sombrero de San Pedro Nolasco, y en la mano un pequeño bolso como para libros.

«Viendo la disposicion de las figuras, se conoce desde luégo que en este cuadro todos son retratos, y esta es la opinion de muchos que le han examinado, y en



CASA DEL ALCALDE MEDRANO EN ARGAMASILLA DE ALBA, EN LA QUE ESTUVO PRESO CERVANTES.

aniversario 256° de la muerte del príncipe de los ingenios españoles, hemos creído conveniente reproducir esta lámina.

El pueblo inglés ha celebrado recientemente el centenario de Walter Scott con gran pompa y con magníficas fiestas, en las que han tomado parte todas las clases sociales; los periódicos ilustrados han llenado sus planas uno y otro y muchos días, con la copia de los edificios en que habitó el célebre poeta y novelista, de sus muebles, de los innumerables objetos que recuerdan á aquel escritor, honra y orgullo de la pintoresca Escocia; los siglos XVIII y XIX, más cuidadosos que los que le precedieron en guardar estas reliquias de los varones que ilustraron al mundo con su genio civilizador, más dispuestos á venerar la memoria de las glorias legítimamente conquistadas, conservan con respetuoso cariño y reunen en los museos y en las más ricas colecciones particulares cuanto perteneció á esas celebridades, cuyo nombre se perpetúa y engrandece con el trascurso de los siglos.

¿Dónde están la espada del soldado de Lepanto, las cadenas del cautivo de Argel, la pluma que dió vida al *Ingenioso Hidalgo*, los originales de *Persiles y Sigismunda*, un mueble, un objeto cualquiera que nos traiga á la memoria la pobreza de Miguel de Cervantes? ¡Todo se ha perdido! ¡Descuido imperdonable que nunca lamentaremos bastante!

LA ILUSTRACION DE MADRID, que sale hoy favorecida

con las firmas de muchos de los más esclarecidos escritores de España, los cuales nos han honrado ofreciéndonos generosamente interesantísimos artículos en prosa y excelentes composiciones poéticas, deseaba publicar también el mayor número posible de grabados que dieran razón de cuanto queda y se refiere á la vida del fénix de los ingenios. No queríamos fiar al lápiz la representación simbólica de su fama, hecha por medio de caprichosas alegorías, de insulsas apoteosis, de ridículas invenciones indignas de la primera y más respetable de las glorias pátrias; pretendíamos algo más y creemos haberlo conseguido agrupando y dando á la estampa en este día la imagen fiel de los objetos que han podido triunfar del desden universal con que han sido criminalmente maltratados los demás por las generaciones que debían habérselos transmitido con la veneración de que eran dignas aquellas reliquias perdidas para siempre.

La pila en que fué bautizado Miguel de Cervantes Saavedra se halla en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares: su forma sencilla y comun nada ofrece de notable, ni tampoco causa el efecto que sería de desear, ya por la escasa luz que penetra en la capilla en que está colocada, ya por la clase de piedra que emplearon en la construcción de este baptisterio, la cual parece ser de las canteras inmediatas á la ciudad complutense, en cuya dura materia han gastado ya, el tiempo y el continuo uso, algunos de los

detalles del gracioso dibujo que adorna su parte exterior.

En el libro primero de bautismos de la mencionada parroquia de Santa María la Mayor se encuentra la partida que copiamos á continuación, pues aunque ha sido publicada muchas veces, no nos parece impertinente reproducirla en esta ocasión.

«Año de 1547.

«En domingo nueve días del mes de octubre, año del Señor de mil e quinientos e cuarenta e siete años, fue «baptizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes e su «mujer doña Leonor, fueron sus compadres Juan Pardo, «baptizole el Reverendo Señor Bachiller Serrano, cura «de Nuestra Señora, testigos Baltasar Vazquez Sacristan, e yo que le baptice e firme de mi nombre=Bachiller Serrano.»

También dimos á conocer oportunamente la *lámpara monumental á la memoria de Cervantes*, colocada en el año de 1870 en la iglesia de las monjas Trinitarias de Madrid, y la reproducimos hoy por las mismas razones que hemos tenido para estampar en este número el dibujo de que acabamos de ocuparnos en los anteriores párrafos. Sabiendo que los restos de Cervantes descansan en las bóvedas del referido convento, y no habiendo dado aún resultado alguno las repetidas diligencias y pesquisas que se han hecho para descubrir el sitio en que se hallan sepultados, la Academia Española acordó honrar la memoria del príncipe de los ingenios, colo-

cando en los muros del templo un epitafio, y así lo hizo, mereciendo bien de cuantos se complacen en ver glorificados, aunque tarde, la virtud y el talento.

La lápida es obra del escultor D. Ponciano Ponzano, y este tan sencillo monumento se inauguró el día 3 de enero del ya citado año de 1870.

X.

EL EXCMO. SEÑOR DON MANUEL RIVADENEYRA.

En España, fuerza es confesarlo, son rarísimos los ejemplos de personas que se han formado solas, y que, sin más ayuda que su trabajo, han conseguido labrar una posición independiente y un nombre ilustre. La travesura, la intriga, casi siempre acompañadas de la más arrogante osadía, la protección de los poderosos, y ante todo, esa solemne circunstancia de la vida, generalmente determinada por cualidades del individuo y á que se da el nombre de *suerte*, suelen ser las causas de todos los encumbramientos rápidos que despiertan el recelo y la envidia de las multitudes. La política es un ejemplo perniciosísimo, porque improvisa y multiplica los grandes hombres con tanta presteza como el vaciador á quien bastan sus moldes y algunas fanegas de yeso para producir á millares los Antinoos y los Hércules. La política, eterna y siempre vencedora antagonista de las artes, las ciencias y las letras, apenas las deja vivir noblemente en España, y no sólo las estorba en su desarrollo, sino que les absorbe su vida y les arrebató casi todos sus hombres, seduciéndolos con la promesa de fáciles fortunas y honrosísima posición. Pocos son, repetimos, los que resisten heroicamente á esta seducción, casi invencible en un país desde hace mucho tiempo acostumbrado á quemar incienso tan sólo en los altares del poder político, no del mérito pacífico ni del saber callado, á quienes no turba el deseo de gobernar al mundo. Por esta razón los que no han tenido más protección que la de su trabajo y perseverancia, ni otra aura popular que la conquistada por su mérito; los que sin ser diputados, ni senadores, ni *entidades políticas*, ni prohombres, ni *leaders*, ni ministros de un año ó de una semana, han alcanzado dentro de su respectiva esfera el general aprecio, haciendo de su arte ó profesion el pensamiento fundamental de la vida, trabajando, por saber que el trabajo constante es al mismo tiempo una necesidad y un deber, una forma y aspecto principalísimo de la virtud; los que tal hacen excitan en grado extremo nuestra admiración, y nos inducen á escudriñar su vida, con objeto de ver á qué cualidades y circunstancias debieron el ser una excepción entre sus compatriotas y un ejemplo que no nos cansaremos de presentar á la multitud.

A esta clase de hombres perteneció D. Manuel Rivadeneyra, decano y maestro de la tipografía española, el cual bajó al sepulcro no hace muchos días: su laboriosa vida merece ser examinada, como un modelo de perseverancia y de actividad tan poco comunes, que tenemos la seguridad de que ha de interesar vivamente á los lectores de LA ILUSTRACION.

Desde su primera edad, Rivadeneyra se encontró en el mundo en tan singulares condiciones, que hubo de considerarse como irremisiblemente destinado á subsistir con su trabajo, lo cual, si es ley fecundísima en la edad viril, es cosa muy triste en los años de debilidad é inexperiencia, cuando el hombre no está aún física ni moralmente en disposición de manejarse en el mundo por sí solo. Cuatro años tenía * cuando su padre, valiente militar y pundonoroso caballero, hecho prisionero por los franceses, pasó la frontera llevándole á cuestas. Léjos de su patria y obligado por la estrechez en que vivían, Manuel tuvo que aprender el penosísimo oficio de cajista, que si en los pocos años ofrece siempre dificultades extraordinarias, estas aumentaban componiendo en un idioma extraño. Todo lo venció la perseverancia, y su lengua natal fué luego para él idioma extraño, viéndose obligado más tarde á hacer nuevos esfuerzos para ser cajista en España y en América. Apenas tenía diez y ocho años, cuando los primeros impulsos de su genio impetuoso y aventurero le indujeron á cambiar de residencia, y á pié y solo se trasladó desde Burdeos á Sevilla, poco ántes de efectuar su entrada en España los cien mil hijos de San Luis, al mando del duque de Angulema.

La época no podía ser más apropósito para probar fortuna en la política ó en la milicia; pero Rivadeneyra, despues de mil vicisitudes dolorosas, entre las cuales no fué la menor la prision y vejámenes que sufrió en

Aranjuez, se consagró de nuevo á su oficio de cajista, trabajando en la imprenta Nacional todo el año de 1823. Sin duda no se encontraba bien aquí, y anhelando una esfera de acción más vasta, movido al mismo tiempo de un vehemente deseo de perfeccionarse en el noble arte de la tipografía, resolvió dejar á Madrid. Esto, que hoy, apesar de la facilidad de comunicaciones, ofreciera grandes dificultades á un jóven sin más recursos que su salario, era entónces, aunque parezca extraño, cosa muy fácil para los hombres de carácter firme. No había ferro-carriles ni en España ni en Francia; las diligencias, ya generalizadas en Europa, apenas existían aquí; los caminos estaban atestados de ladrones; no se sabía lo que eran fondas, pues los perversos mesones de nuestros buenos tiempos apenas podían servir de albergue á arrieros y traficantes; pero en cambio había voluntad enérgica, desprecio á los peligros, gran constancia, y todas estas virtudes las tuvo Rivadeneyra, cuando sin meditarlo mucho hizo su hatillo y se puso en camino de París, es decir, se fué á pié, como si se tratara de un viaje á Chamartin ó á Carabanchel. Quien de este modo vencía dificultades inmensas, como son la enormidad y fatiga de tales distancias; quien no se arredraba ante los peligros y las molestias de una excursión que hoy nos parece inverosímil y novelesca, ¿no había de templar su espíritu á todas las contrariedades, adquiriendo la fuerza de voluntad y la constancia de que dió tan claras pruebas durante su vida?

En París trabajó en varias imprentas; y dedicando las horas de descanso al estudio, y ensanchando el círculo de sus relaciones, llegó á desempeñar el cargo de secretario particular de D. Javier de Búrgos, á quien dejó más tarde para visitar las principales capitales de Europa. El objeto constante de su agitada vida era adquirir conocimientos en la tipografía, que para su clara inteligencia y aficiones artísticas era algo más que la simple tarea mecánica del cajista ó del regente adocenado. Estableció más tarde en Barcelona una imprenta, que por aquellos días adquirió gran reputación; pero como en sus frecuentes viajes había adquirido muy vastos conocimientos y además fuera tal su afición á los libros que consagraba gran parte de su tiempo á la lectura, tuvo el felicísimo pensamiento de consagrar toda su vida á levantar un monumento imperecedero á las inmensas glorias literarias de España, é ideó el vasto plan de la *Biblioteca de Autores Españoles*. Para realizar tan gran proyecto, que abarcaba no sólo la publicación de las obras más notables de nuestra edad de oro, sino la de otras muchas de mayor ó menor mérito, pero con incontestable valor histórico y bibliográfico, no bastaba su genio emprendedor y poderosa voluntad, sino que era preciso además un capital considerable; y decidido á adquirirlo con su trabajo, partió en 1837 para América, país que siempre ha sido propicio al genio europeo en todas las esferas de su actividad. En Montevideo, en Buenos-Aires, en Santiago de Chile trabajó incesantemente, primero de operario y luego al frente de un establecimiento tipográfico que logró fundar á fuerza de laboriosidad é inteligencia, habiendo creado periódicos que, como *El Araucano* y *El Mercurio*, tuvieron gran nombre é importancia en aquellas apartadas regiones.

En 1843 regresó á España, y en 1846 comenzó á publicar la *Biblioteca de Autores Españoles*, obra colosal que no ha terminado todavía, y que por las dificultades de su ejecución parece que ha de absorber la vida y la actividad de más de una generación: recopilación concienzuda y paciente de cuanto ha producido el genio español desde los primeros albores del Renacimiento hasta nuestros días, la *colección Rivadeneyra* es uno de los trabajos más eruditos que se han hecho en el mundo, por las disquisiciones, espurgos, purificaciones de texto, aclaraciones, variantes, datos, documentos, apuntes y curiosísimas noticias que contiene: todos los académicos y bibliófilos de la edad presente han contribuido á la formación de esta obra gigantesca, é igualmente recomendable por su contenido y por la pureza y esmero de la composición tipográfica.

Dos años no habían pasado desde la publicación del tomo primero que contenía las obras de Cervantes, cuando Rivadeneyra volvió á América con objeto de extender el círculo de la suscripción á su *Biblioteca*, y entónces recorrió todo aquel país, desde la Patagonia á los Estados-Unidos, en un largo y penoso viaje que duró dos años y medio. Su espíritu de observación era tal, que nada le complacía tanto como viajar aunque fuese por los países más extraños y separados de la civilización, y como hombre que había recorrido una gran parte de nuestro globo, solía decir con cierta ingenuidad que *el mundo era pequeño*.

Desde 1850 continuó sin interrupción la *Biblioteca*,

objeto de todos sus afanes *, sin abandonar por eso la multitud de trabajos tipográficos que dieron á su establecimiento nombre europeo y distinciones honrosísimas en las exposiciones universales de Francia é Inglaterra. Lo más notable que ha salido de sus imprentas, prescindiendo de la obra citada, es la edición de las obras de Cervantes, el precioso *Quijote*, hecho en Argamasilla de Alba en la llamada casa de Medrano, lugar donde estuvo preso el príncipe de los ingenios, y donde se *engendró*, segun dice su autor, el *Ingenioso Hidalgo*. Habiendo adquirido dicho edificio el infante D. Sebastian, y conviniendo con Rivadeneyra en la oportunísima idea de imprimir la más rica joya de nuestra literatura en el mismo sitio que fué su cárcel, se trasladaron allá las máquinas y demas enseres necesarios para una empresa tan difícil, y la obra no tardó en salir á luz tan perfecta, como si en vez de ser elaborada allí, donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación, lo fuese en los más completos y cómodos talleres de la industria moderna. La hermosísima edición de la Argamasilla, es una obra maestra que honrará siempre las prensas españolas.

Las tareas propias de su arte no impidieron á Rivadeneyra consagrar buena parte del tiempo á completar su instrucción; y sus asiduas lecturas, sus frecuentes y largos viajes le habían dado tanto y tan variado saber y cultura, que pocos hombres ha habido en estos tiempos de trato tan ameno y que tanto cautivasen por su viva conversacion y vastos conocimientos. Al mismo tiempo era coleccionista de objetos curiosos y artísticos, y á fuerza de paciencia, de sacrificios y con un gusto muy depurado logró reunir en su casa preciosos cuadros, soberbios grupos y vasos de cerámica, muebles antiguos de extraordinaria belleza, esmaltes, armas, restos venerables del palacio de Semíramis, y otras antigüedades de inapreciable valor.

En resumen: Rivadeneyra se lo debía todo á sí propio: fortuna, posición, nombre, honores. Esclavo del trabajo desde que, niño desvalido, se vió obligado á ganar el pan en tierra extranjera, hasta que espiró cristianamente á los sesenta y siete años, su laboriosidad no se interrumpió ni un solo día.

Modelo de padres de familia, supo formarla y educarla también en la virtud, y su hijo D. Adolfo, que ha publicado no hace mucho una obra notable, ya juzgada por LA ILUSTRACION, es un jóven en quien brillan las cualidades de actividad é inteligencia que caracterizaban al honrado é ilustre impresor á quien la Asociación General del Arte de Imprimir había nombrado recientemente presidente honorario. Como éste, se propone no dar paz á la mano en la publicación de la *Biblioteca de Autores Españoles*, y es de esperar que perseverando en tan meritorio empeño, la veamos pronto concluida para gloria del esclarecido editor que la imaginó, y para honra también de su patria.

La muerte de Rivadeneyra, acaecida poco despues de la de Ochoa, de quien era tan antiguo y leal amigo, ha sido generalmente sentida por cuantos, aun sin conocerle, veían en él una de las primeras notabilidades de la generación contemporánea, uno de los ciudadanos más útiles, y muy llorada por los que tuvieron ocasión de tratarle, apreciando la bondad de su corazón, la variedad de sus conocimientos, y el amenísimo trato que parecía duplicar el valor de aquellas cualidades.

G.

ESTÁTUA DE CERVANTES.

En la página primera del presente número de LA ILUSTRACION publicamos la copia de este monumento erigido en honor del príncipe de los ingenios españoles, monumento pequeño y poco digno del preclaro varón al cual está dedicado.

* Tal vez los esfuerzos de Rivadeneyra se hubieran estrellado en 1856 en las contrariedades con que luchaba su gigantesca empresa, sino hubiera venido en su ayuda el Sr. Nocedal con la siguiente proposición que presentó este diputado de las Cortes Constituyentes, en la sesión del 25 de enero de dicho año, proposición que apoyó con un elocuente discurso él mismo, y fué aprobada por la Cámara.

«Pedimos á las Cortes se sirvan aprobar la siguiente adición al capítulo xxxiv del presupuesto del Ministerio de Fomento:

«Art. 5.º Compra de ejemplares de la obra titulada *Biblioteca de Autores Españoles*, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, publicada en Madrid por M. Rivadeneyra, con destino á los establecimientos de instrucción pública en el reino y á las bibliotecas extranjeras de Europa y América, 400.000 Rvn.

«Palacio de las Cortes, 14 de enero de 1856.—Cándido Nocedal.—P. Calvo Asensio.—El marqués de la Vega de Armijo.—E. Figueroa.—Fermín Caballero.—F. Corrañi.—Daniel Carballo.»

* Nació Rivadeneyra en Barcelona el 9 de octubre de 1805.

El rey D. Fernando VII encomendó la ejecución de esta estatua al escultor D. Antonio Solá, que trabajó el modelo en Roma, habiéndose encargado de fundirle en bronce los artistas prusianos Luis Jollage y Guillermo N. Hopsgarten. De su mérito y de sus defectos se ha dicho y se ha escrito mucho, y se han emitido opiniones tan contradictorias como si se tratara de juzgar y pronunciar sentencia sobre la obra más importante del mundo. Salvator Betti, secretario perpétuo de la insigne y pontificia Academia romana de San Lucas, escribía, entre otros elogios, los siguientes en el *Diario de Roma*:

«Loor al Sr. de Solá, que con tanta verdad y perfección artísticas nos ha representado la imagen de este famoso escritor. Le vemos en esta su obra; es el mismo Miguel de Cervantes cual lo manifiestan aquella noble figura, su espaciosa frente, los ojos llenos del fuego del alma, el andar franco tan natural y propio del hombre de armas y aventuras, y aquel aire en que resaltan las maneras españolas del siglo XVI.... Todo es vida en esta estatua, todo dignidad.... Es una de las más célebres que se han hecho en el presente siglo.... Añadiré además que hace muchos años que no se ha fundido en bronce otra de su importancia en nuestro país, pues es semicolosal, y tiene diez palmos y medio de altura.»

Sin que nosotros nos dejemos llevar del entusiasmo que revelan estas palabras del Sr. Betti, creemos que la figura está bien modelada y tiene bellezas de ejecución, que sin ser primores, la hacen muy apreciable; tal vez como pensamiento carece de grandeza; sin duda alguna no hay en ella uno solo de esos destellos que el genio imprime en sus concepciones, pero es un buen estudio del natural que da á conocer el talento del artista, su manera franca y resuelta de hacer, y su deseo de retratar al manco de Lepanto, más como á soldado que no como al más insigne de los escritores de España. Los paños están bien plegados, y singularmente la capa, que el viento agita ligeramente, tiene verdad y movimiento.

El pedestal es de Velazquez; los dos relieves colocados en las caras del S. y del N. del mismo, de los cuales el uno representa á D. Quijote y á Sancho guiados por la Locura, y el otro la aventura de los leones, son obra de D. José Piquer.

Hemos dicho que D. Fernando VII mandó erigir el modesto monumento que se alza en la plaza de las Cortes, enfrente del Congreso de los diputados, y no debemos callar que tal vez no hubiera visto realizado su proyecto el monarca, si no se hubiese encargado de la dirección de las obras el activo y fastuoso comisario general de Cruzada D. Manuel Fernandez Valera, que acudió con los fondos del indulto cuadragesimal á satisfacer el importe total y los gastos de aquellas.

La inscripción, sencilla como el monumento, dice así:

Á MIGUEL DE CERVANTES
 SAAVEDRA
 PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS
 ESPAÑOLES
 AÑO
 DE M.D.CCC.XXXV.

X.

EL MAR.

MEDITACION

.....

El magestuoso Océano se ofrece
 A mis ávidos ojos; de continuo
 Con él me trato, y la mullida arena
 Piso, que es suya, y me concede ahora,
 Y á poco me reclama, y yo le cedo;
 Su poderosa voz mi sueño arrulla;
 Sus olas agitadas son el libro
 Que leo sin cesar, sin que me sacie
 Nunca su texto. A veces, importuno,
 A esa que se alza y arrogante crece,
 Y se hincha y marcha y con furor se rompe
 Contra la parda maltratada roca,
 Ora en lluvia cayendo, ora en espuma,
 La llamo temeraria, ó la interrogo
 La razon de sus iras; y otra viene
 Y otra y tras ella mil no ménos bravas,
 Obstinadas aún más, y que desprecian
 Mi voz y mis preguntas. A menudo,
 Cuando en acorde universal letargo
 Yace la vida y la inquietud del hombre,
 O sólo velan el dolor y el crimen,

Salto del lecho, y cuidadoso atiendo
 A esa tu voz solemne é incesante
 Con que algo, no sé qué, nos apereibes;
 O con fija mirada indagadora
 Esa tu inquieta oscuridad registro,
 Y creo distinguir extraños monstruos,
 Que sus cabezas con recato asoman,
 Y no quieren ser vistos y se esconden;
 Y percibir también que ciertos ecos
 De mi pueril curiosidad se burlan;
 Y... lo que sé, es que tienes vida y oyes,
 Y que me dices algo y no estoy solo.
 —¿No duermes nunca, mar? ¿A qué ese empeño
 Por asaltar la tierra? ¿No recuerdas
 Que te trazó unos límites seguros,
 Con su fecunda poderosa mano,
 De la grande obra en el tercero día,
 El mismo Dios que congregó tus aguas?
 —¡Quiéres lucir tu brío y tu grandeza...!
 Sabes que eres potente, incorruptible
 Y de la creación el primogénito;—
 Sabes que si las riendas te aflojara
 Tu dueño un sólo instante, tu conquista
 El orbe todo fuera, y los prodigios
 De la constancia humana, trastornados,
 Muros, diques, ciudades, moles, torres
 Fueran tristes arenas de tu fondo...
 De aquí tu orgullo.

Pues atiende ahora,
 Verás cuál va tu imperio decayendo.
 Isla es la tierra, y tus inmensas ondas
 La ciñen por do quier; pero no hay punto
 De tu vasto dominio inexplorado.
 No tienes ya secretos, ni misterios:
 Baja el hombre á tu fondo, y arrebatada
 Tus tesoros de allí; rompe los hielos,
 Que eran ántes tu alcázar, y penetra
 Del uno y del otro polo el imposible,
 Y allí atrevido, tus monstruosos hijos
 Persigue y extermina; tus montañas,
 Tus valles, tus corrientes, tus escollos,
 Tus abismos, medidos y contados,
 Ya no inspiran terror; tus habitantes
 Tienen todos destino, en los convites
 Señalado; calcula tus traiciones
 El hombre y tus venganzas, y ruin cosa
 Cobra por eludirlas; ya te surcan
 Esos veloces humeantes carros,
 De tus hijos espanto y exterminio,
 Escarnio de tus iras; y tu cuello
 Puede apenas la enorme pesadumbre
 Soportar de sus moles, conducidas
 De un poco de agua al fuego atormentada.
 ¿Qué más? Para imponerte duro yugo
 No habrá ya más Atlántico y Pacífico,
 Y Océano será el Mediterráneo,—
 ¡Y un solo mar, con solo un nombre, en breve
 Será tu reino!

Ceso, y el oído
 Aplico á la respuesta apetecida.
 ¿Cómo dudar que el bárbaro monarca
 Del mayor de los reinos, se apresure,
 Con su tremenda voz, la del gusano
 A confundir? ¿Será que mis injurias
 Sólo dignas las juzgue de desprecio?
 No puede ser, me digo. A cada instante
 Ver abrirse las olas me figuro,
 Y de su seno, colosal, alzarse,
 Cual el de Teide ó de Himalaya el pico,
 La cabeza del Dios, ó que dipute,
 Si es que á un mortal mostrarse no se digna
 Ni por su honor, un monstruo portentoso.
 Ya perturbado mi valor concentro,
 Ya mi flaqueza ahuyento ó disimulo;
 Y asido de una roca, me preparo
 Su aliento á resistir con firme planta...
 En efecto...

(Aquí apenas la vergüenza
 Proseguir me consiente), un pececillo,
 Mínimo entre los suyos, se aproxima,
 Y de la orilla, con graciosos saltos,
 Excita mi atención; luégo, de burla
 Con insufrible tono, me dirige
 Las que repito, á mi pesar, amargas
 Pocas razones: «Mi Señor me envía,
 «Cual solo digno entre la inmensa hueste
 «De sus fieles vasallos, mensajero,
 «Audaz mortal, de conversar contigo.
 «Dice que sí, que límites seguros
 «Le señaló con poderosa mano,
 «De la grande obra en el tercero día

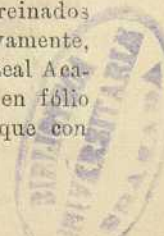
«El mismo Dios que congregó sus aguas;
 «Dice que es impotente y corruptible,
 «Incapaz de borrar, á un solo empuje,
 «De la constancia humana los prodigios,
 «Sin que lo ordene *Aquel* que solo es grande;
 «Ante quien es menguada gotecilla
 «De humedad su caudal, que evaporada,
 «Con la más leve seña de su diestra,
 «Quedara al punto; que una vez, su rostro
 «Sola vió, del no sér, recién llamado,
 «A ser lo que es, con solo un monosílabo
 «De su inefable boca; y le tributan
 «Sumisos sus abismos y sus monstruos,
 «Culto, y sus ondas, sus arenas cultó;
 «Que miente quien le achaca esa arrogancia,
 «Ese orgullo, imposible en quien recuerde
 «La faz del Criador; que se resigna,
 «Porque es ley suya, al general dominio
 «Del hombre sobre el mundo; que le aflige
 «Ese abuso cruel, desconcertado,
 «Con que su oficio, cual tirano, ejerce;
 «Y pues pregona ser de Dios imagen,
 «Fuéralo en la piedad, y mansedumbre
 «Luciera en sus designios y sus obras;
 «Que en tanto que de Dios las alabanzas
 «Mar, tierra y cielo en cánticos acordes
 «Publican sin cesar, y hasta el averno
 «Detesta y tiembla, mas confiesa y cree;
 «Entretanto que toda criatura
 «Prosternada obedece, sólo el hombre
 «Finje que duda, y, sin dudar, blasfema.
 «Que de su *sér* le reveló el sublime
 «Inefable misterio, y alianza
 «Pactó con él, y el sin igual tesoro
 «Le abrió de la verdad, y ley benigna
 «De piedad y de amor le dió clemente:
 «Y á la revelación con necio orgullo,
 «Al pacto con falsía, con sistemas,
 «De ingenio y vanidad mísero juego,
 «A la verdad; y á la celeste llama
 «De amor y caridad, con egoísmo
 «Corresponde el ingrato. Que pregunte
 «A esas enormes magestuosas rocas,
 «Y á esos tranquilos silenciosos rios,
 «De sucesivas épocas y edades
 «Cuántas no vieron, y de entre ellas muchas
 «Cuán ilustres, cuán cultas y pulidas.
 «Que un poco se detenga y que curioso,
 «Cabe un poco á sus piés, verá enterrados,
 «Cual sobrepuestas capas, los vestigios
 «De pueblos y naciones. Que alternadas
 «Cual baja y plenamar, y noche y día
 «Y el rojo estío, y el nevado invierno,
 «Tiene la humanidad flujo y reflujo
 «De ignorancia y de luz; y no blasone
 «De esos soberbios humeantes carros,
 «De mis hijos espanto y exterminio,
 «Escarnio de mis iras, que, tras ellos,
 «Puede el de la barbarie, perezoso,
 «De la sensualidad y el egoísmo
 «Arrastrado venir; porque si el mármol
 «Y el granito y el bronce, á detenerla,
 «Débiles fueron, dime por tu vida
 «¿Qué serán tus mosaicos de palabras,
 «Sofismas y papel envenenado?—
 «Con que, me encarga que te diga, pienses
 «¿Cuál es mejor, ser dócil instrumento
 «De un Dios inmenso, ó discolor y rebelde,
 «Aunque hijo suyo; y cuál es más probable,
 «Que la naturaleza, sometida
 «Te adore á tí por Dios—; barro orgulloso!—
 «O que tu audacia encuentre su castigo?»
 Tal el mensaje fué, tal la respuesta
 Que me trajo insolente el pececillo.

FRANCISCO CUTANDA.

UN HISTORIADOR ANÓNIMO.

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

Cuantos han tratado hasta hoy de Felipe III y Felipe IV, admiten como cosa corriente y sabida que hubo por entónces en España un historiador de apellido Vibanco, el cual escribió sobre aquellos reinados varios tomos voluminosos é inéditos. Y efectivamente, posee una copia la Biblioteca Nacional, y la Real Academia de la Historia posee tres copias (dos en folio y otra incompleta en cuarto), de cierta obra que con



buenos caracteres de letra, lleva al frente este título: *Historia de Felipe III Rey de España, escrita por don Bernabé de Vibanco, ayuda de cámara suyo, y del Rey D. Felipe Quarto su hijo, secretario de la Estampilla y del Consejo de la Suprema Inquisición, dirigida al muy alto y muy esclarecido infante de Castilla don Fernando.* La misma Real Academia de la Historia y la Biblioteca Nacional encierran (bajo la signatura G. 195 y siguientes esta última), otro trabajo histórico, igualmente manuscrito, en veinte libros, repartidos en seis y en diez tomos en cuarto, y encabezados con el título que sigue: *Historia general del Rey de las Españas don Felipe Quarto, en que se cuenta todo lo sucedido en la dilatada Monarquía de España, dirigida á D. Juan Alonso Henriquez, almirante de Castilla, por D. Bernabé de Vibanco, ayuda de cámara de S. M., secretario de la Estampilla y del Consejo de la Inquisición.* Tiene los más de los libros de este trabajo último, en tres tomos en folio, mi buen amigo y colega D. Pascual de Gayangos, tan rico en curiosidades bibliográficas; la Real Academia de la Historia posee también algunos otros ejemplares incompletos; un y tomo suelto en folio, con sólo dos de tales libros, ha adquirido hace poco la Real Academia Española, por generosa donación del infatigable erudito D. Adolfo de Castro. Pero ni es, ni puede ser mi intento, averiguar y enumerar aquí ahora las copias todas que de los referidos libros existan hoy. Por lo que á ellas toca, básteme decir que las más antiguas que he visto, á no dudar, carecen de nombre de autor, ostentándose sólo en todas las referentes á Felipe III y en dos de Felipe IV que guardan la Academia de la Historia y la Biblioteca Nacional, manifestamente sacadas de otras más antiguas ó de los mismos originales, durante el pasado siglo.

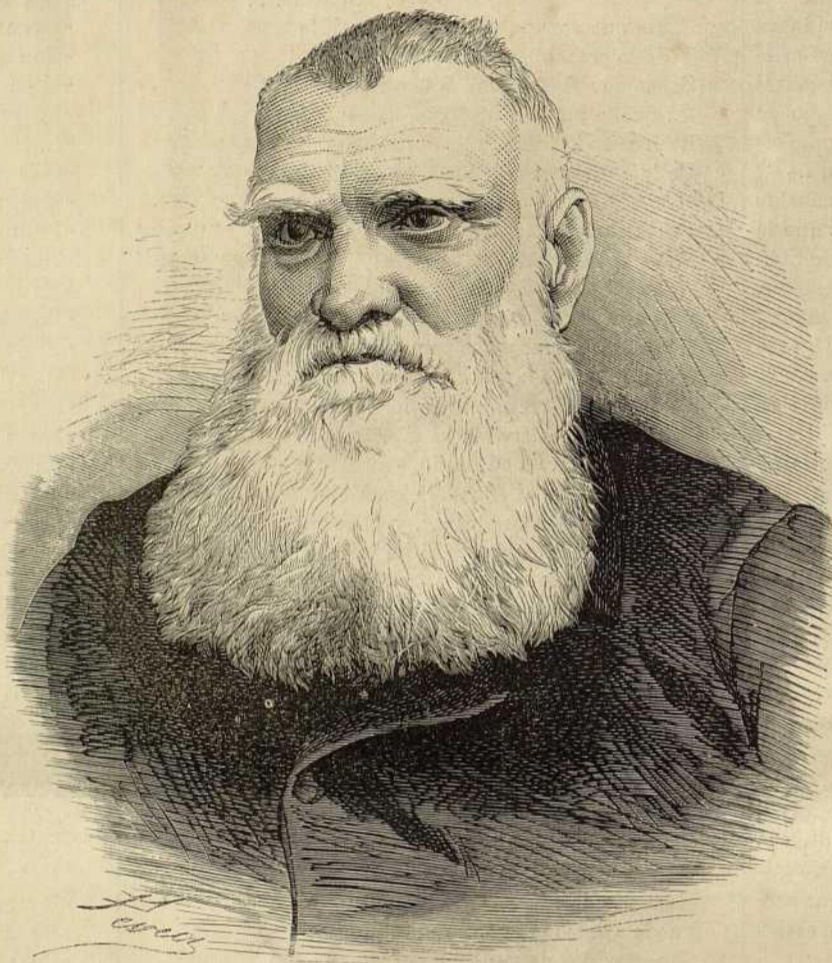
Las diversas partes de toda esta obra aparecen mal determinadas, y duplicados los números de los libros; algunos de éstos tienen los sumarios y poco más, y todo ello presenta los caracteres de un trabajo no concluido, al cual le faltó la última mano.

No cabe duda con todo eso en que la escasez de *Memorias*, ó sea de relaciones históricas íntimas y minuciosas, redactadas por testigos presenciales, que experimentamos en España, presta desde luego gran valor á las dos extensas obras atribuidas á Vibanco, por más que su estilo sea pesado, difuso y oscuro, incompleto y enrevesado su plan, frecuentemente apasionada su crítica. Todo el mundo sabe además que ni la historia del hijo, ni la del nieto de Felipe II, están escritas con formalidad hasta ahora, por lo cual, un trabajo histórico tan vasto que, sin contar la relación abreviada de los sucesos ocurridos desde 1578 hasta 1598, comprende los anales detallados de nuestra nación de 1598 á 1648 ó 49, es decir, de medio siglo, forzosamente ha de tener mayor precio que pudiera alcanzar otro cualquiera de su propia índole. De advertir es también, que si la historia política de los dos primeros tercios del siglo XVII, lejos de atraer, repugna ó fastidia al comun de la gente, mucho más propensa á contemplar con detenimiento lo alegre, próspero y glorioso, que á recibir voluntarias lecciones del infortunio, nada lisonjea tanto aún nuestra vanidad nacional, ni despierta tan unánime interés entre nosotros, como los anales literarios de aquella época, que vió florecer, desde Cervantes hasta Calderon, los primeros, sin duda, de los españoles ingenios; y sobre tales anales derraman no poca luz seguramente los indigestos libros históricos de que tratamos.

Y el caso, en suma, es que existe, y tenemos todos á la mano, aunque inédita, una larga obra en dos pedazos sobre los mal conocidos reinados de Felipe III y Felipe IV, mucho más importante que los exiguos trabajos de Gil Gonzalez Dávila ó de Gonzalo de Céspedes y Meneses. Atribúyese la obra dicha, cual ya queda expuesto, á un tal Vibanco; y ello es cierto que en el siglo XVII, hubo en España sugeto de ese apellido y de nombre Bernabé, ayuda de cámara del rey, y secretario de la Estampilla y del Consejo de la Inquisición, del cual dan razón no pocos Avisos y noticias inéditas

del primer tercio del mencionado siglo, las Relaciones impresas de Luis Cabrera de Córdoba, y el erudito Alvarez Baena en el primer tomo de su *Diccionario histórico de los hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidad, armas, ciencias y artes*, dado á luz en 1789. Pero en realidad, ¿es Vibanco, ó es otro personaje hasta aquí desconocido, el autor de las tales historias de Felipe III y Felipe IV? Hé aquí la cuestión que me propongo esclarecer en este artículo.

Poco leido ha de ser quien no conozca las apreciables *Memorias para la historia de D. Felipe III rey de España*, á nombre de D. Juan Yañez recogidas, y dedicadas al marqués de Grimaldo, del Consejo de Estado del rey, las cuales vieron la luz en Madrid el año de 1723.



EXCMO. SEÑOR DON MANUEL RIVADENEIRA.

El nombre entero de este autor era don Juan Isidro Faxardo y Monroy, individuo de número de la real Academia Española; y por cierto que aparece aprobando, por comisión del Consejo, su propia obra, en las primeras páginas del tomo. Examina Faxardo en el prólogo los diversos historiadores, ya que no historiadores, de Felipe III, y después de nombrar en tal concepto á Gil Gonzalez Dávila, se expresa de esta suerte: «Otra historia (dice) no impresa, se tiene también por de este autor; pero reconocemos no ser suya, sino de D. Bernabé de Vibanco, ayuda de cámara que fué de estos dos monarcas, secretario de la Estampilla y del Consejo de la Suprema Inquisición, diligentísimo observador de los sucesos de su tiempo (sin que nos quede duda, para este desengaño, por la misma narración de ella), que la divide en ocho libros, desde el año de 1578, en que nació don Felipe III hasta el de 1626, y aunque incluye estos años, se detiene muy poco en los sucesos de ellos, hasta 13 de setiembre de 1598, en que falleció el rey D. Felipe II. De estos ocho libros, los cinco primeros dedica al Sermo. cardenal infante D. Fernando, y los tres últimos á la casa de Sandoval, y todos se reducen á un elogio y defensa del gobierno y privanza de D. Francisco Gomez de Sandoval, duque de Lerma, de quien fué hechura muy reconocida, y á calumniar las operaciones de D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, primer ministro ó valido del rey D. Felipe IV, pues segun dice en el último libro, acabó esta historia el año de 1630. No deja duda la comprobación de que es suya, porque después continuó la historia del rey D. Felipe IV, dedicándola á D. Alfonso Henriquez de

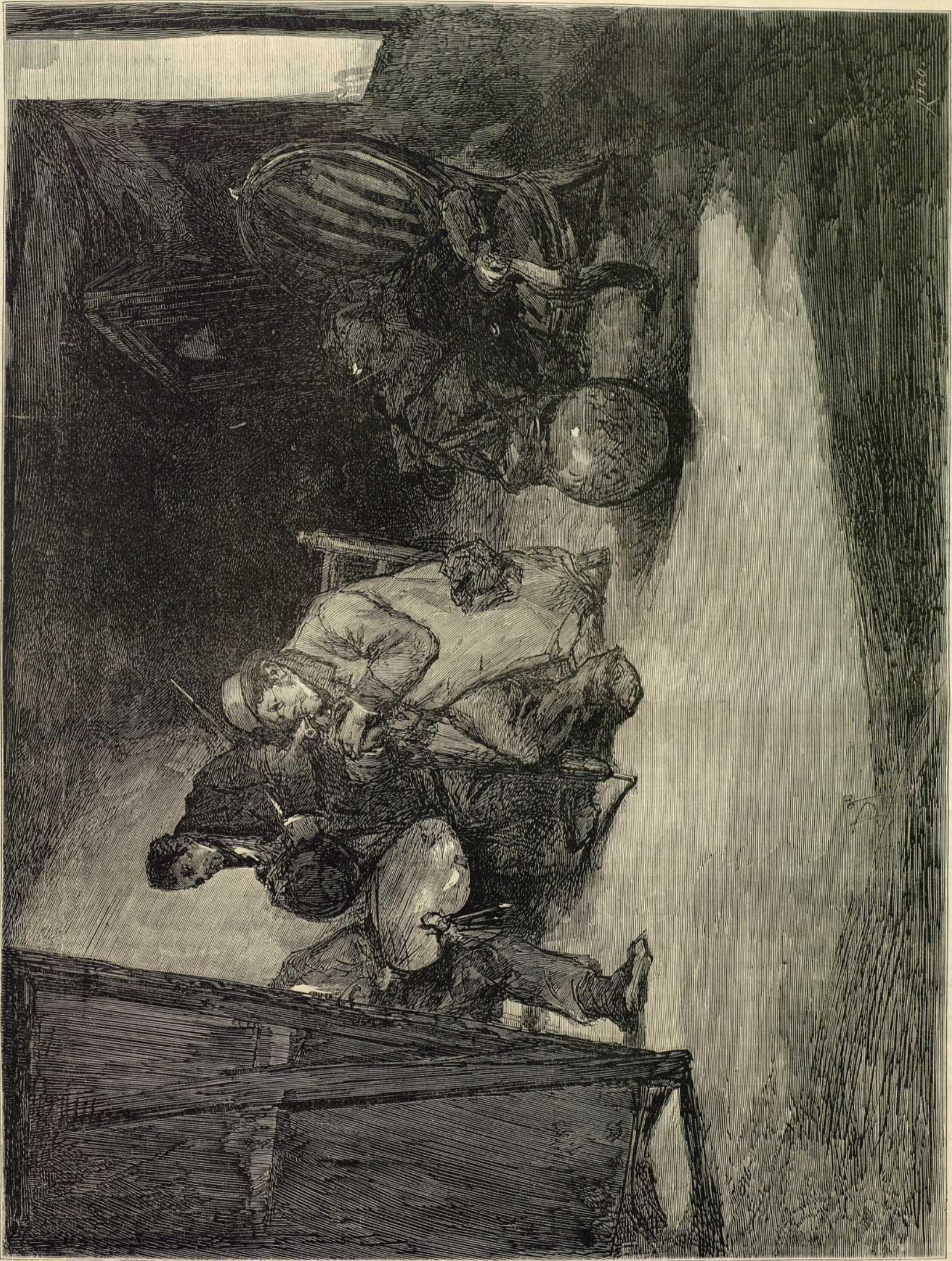
Cabrera, almirante de Castilla, desde el año de 1626, en que concluyó la antecedente, hasta el de 1648, y en muchas partes refiere haber escrito la de D. Felipe III en el propio método, y especialmente al almirante en la dedicatoria en que le repite muchas particularidades que escribió en ella, y continuando su aversión al gobierno del conde-duque. Unos y otros libros, que tienen noticias muy recónditas y particulares, como referidas por sugeto que se halló tan cerca de los personajes de quien habla, será preciso se queden en la oscuridad que padecen, con notable lástima de la curiosidad, por la demasiada adulación á la casa de Sandoval, y por el exceso de ódio contra la persona del conde-duque de Olivares y de su casa.»

He copiado esta parte del referido prólogo escrito en 1723, porque para mí fué en él donde por vez primera apareció el aserto de ser Vibanco autor de las anónimas historias de Felipe III y Felipe IV que entre los curiosos corrian ya manuscritas. Todas las copias que contienen el nombre de Vibanco son probablemente posteriores á esta fecha de 1723; pero de que lo son las portadas donde el dicho nombre está escrito tengo total evidencia. Hay, pues, sobrado fundamento para atribuir á Yañez Fajardo la paternidad de esta opinión bibliográfica, que debió de ser aceptada sin exámen por los que poseían los manuscritos hoy depositados en la Biblioteca Nacional y en la Academia de la Historia, donde se lee el nombre de Vibanco. En alguna de las copias más antiguas de la historia de Felipe IV no ha aparecido tal nombre hasta nuestros días, en que el insigne académico don Tomás Muñoz, participando del error comun, lo escribió de su propia letra á modo de advertencia. La opinión de Yañez Fajardo ha quedado así poco á poco generalizada.

No la compartió, en verdad, Alvarez Baena, que calzaba muchos más puntos que Yañez Fajardo en materia de erudición y crítica; ni la profesaron probablemente D. Luis de Salazar y Castro y D. Juan Lucas Cortés, que pusieron notas de su puño y letra en los manuscritos anónimos de la Academia de la Historia, cuando nada escribieron de su autor. Pero Baena hizo más que dejar de compartir esta opinión, y fué contradecirla redondamente.

En el artículo de su *Diccionario* correspondiente á Bernabé de Vibanco, refiere menudamente Baena, que aquel pretendido historiador nació en Madrid en 1573, recibiendo el bautismo á 28 de junio en la ya demolida parroquia de Santa María; siendo hijo de Hernando Ortiz de Vibanco, furrier mayor de la caballeriza del rey, natural y originario de la villa de Espinosa, del solar y casa de los Vibancos, y de doña Isabel de Velasco, natural de la villa de Yepes. Sirvió Vibanco, segun el diccionario, varios empleos, como el de regidor de la ciudad de Toledo, ayuda de cámara y montero de Espinosa del Sr. Felipe III, y su secretario de la Estampilla; debió á estos méritos el que aquel monarca, por cédula dada en Madrid á 12 de julio de 1616, le hiciese merced del hábito de Santiago, cuyo título le despachó el Consejo de las Ordenes en 1.º de agosto; tuvo la encomienda de *Dos Barrios*; y últimamente la secretaría del Consejo Supremo de la Inquisición. Cuenta por fin Baena que Vibanco otorgó testamento cerrado ante Diego Ruiz de Tapia, escribano del número de Madrid en 16 de abril de 1625, y falleció el día siguiente, dejando ordenado que se depositase su cuerpo en el convento de religiosas del Caballero de Gracia, de donde se le trasladó luego á la capilla y bóveda de Nuestra Señora de los Remedios del convento de la Merced; todo lo cual certifica con el libro de bautismos, la genealogía para el hábito de Santiago, la copia del testamento y las escrituras de patronatos que le habia facilitado el actual poseedor de ellos don Juan Manuel de Vibanco y Angulo, abad de Vibanco y residente en Bilbao. Véase, por tanto, que Alvarez Baena no habló de oídas, sino con auténticos papeles y testimonios por delante.

Pues ahora bien: refiriéndose nuestro diccionario á la supuesta calidad de autor de Vibanco, que es lo que



¿QUÉ PINTARÁ?

(Boceto de D. Francisco Domingo, dibujo del mismo.)

más importa, escribe lo siguiente: «D. Juan Isidro Faxardo» (copio literalmente sus palabras), «en el prólogo de las *Memorias* para la historia de D. Felipe III, pág. 5, dice que una historia de este monarca no impresa, que se tiene por del cronista Gil Gonzalez Dávila, no es suya sino de nuestro Bernabé, á quien apellida diligentísimo observador de los sucesos de su tiempo. Dice asimismo, que acaba esta historia en 1630, y que no quedaba duda era suya, porque después continuó Bernabé la de D. Felipe IV, dedicándola al almirante de Castilla desde el año de 1626 hasta el de 1648, y que en muchas partes referia haber escrito la de D. Felipe III. No supo D. Juan Isidro que D. Bernabé de Vibanco falleció en 17 de abril de 1625, pues entonces no le hubiera hecho autor de una obra, cuyos sucesos pasaron muchos años después de muerto; y no habiéndolo sido de ésta, tampoco parece lo sería de la primera, siendo ambas, como dice, de una pluma. El que posea estos mss. podrá examinar mejor que Faxardo su verdadero autor.» Precisamente es este el caso en que yo me encuentro al presente; y á la verdad apenas tengo ya que hacer otra cosa sino dar la razón á Alvarez Baena contra Yañez Fajardo, y cuantos han escrito después sobre Felipe III y Felipe IV, sin exceptuarme á mí mismo.

Basta y sobra realmente con examinar el espacio de tiempo que las historias de estos dos Felipes comprenden, para poder decir sin miedo que, según sospeché Baena, ninguna de ambas compuso Vibanco. Porque no es sólo el autor del *Diccionario de los hijos de Madrid* quien afirma que murió Bernabé de Vibanco en 1625: dícelo también el importante manuscrito de la Biblioteca Nacional, que lleva la signatura M. 299, y que en el rótulo exterior tiene escrito *Noticias de Madrid*, 1621 á 1627. Sólo en un día difieren el manuscrito y el libro impreso, suponiendo éste muerto á Vibanco el 17 de abril de 1625, mientras en el manuscrito y con fecha de la víspera se lee lo que sigue: «Murió D. Bernabé Vibanco, secretario de S. M. y de la Inquisición; privó mucho con el señor rey D. Felipe III, quedó rico, y hizo un testamento muy cuerdo.» Como se vé, la discordancia es insignificante y en lo esencial ambas noticias concuerdan, ofreciendo una y otra caracteres tales de verdad, que tengo por imposible contradecirlas. Y muerto Vibanco por abril de 1625, ¿cómo ha de ser, con efecto, el autor de la historia de Felipe IV que termina en 1648, ni siquiera de la de Felipe III prolongada por la propia pluma que la comenzara hasta 1626? No hay más remedio, por tanto, que borrar de esta vez á Vibanco del catálogo de los historiadores españoles. Pero si Vibanco no, ¿quién fué el autor verdadero de los largos anales de que se trata? Ni yo sé su nombre, ni es fácil que se llegue á saber; mas particularidades de su vida, no nos faltan. Haylas en sus propias obras, difiriendo, por cierto, de las de la vida de Vibanco en gran manera.

Importa ya decir antes de pasar adelante, que la circunstancia de comenzar la historia de Felipe IV en 1626, pasados algunos años del reinado de aquel príncipe, da á entender bastante que ésta y la de Felipe III, continuada hasta 1626 precisamente, son dos pedazos de un todo, y obra de un mismo ingenio. Pero hay además otras señales, por donde se ve claro, que el historiador del tercer Felipe, prosiguió luego escribiendo los anales de su hijo. «Mándame» (le dice, por ejemplo, en la dedicatoria de esta última obra al almirante de Castilla): «mándame V. E. escriba algunas cosas que, aunque no tocan á la historia del rey católico Felipe III, faltan en aquel discurso postrero dignas de saberse»; aludiendo en esto, sin duda alguna, á la última parte de su primer trabajo, donde trató ya de cosas pertenecientes al reinado de Felipe IV. Con tan modesto propósito, dió principio á la nueva empresa, que no había de dejar de la mano durante veintidos años nada menos de constante atención. Diversas veces hace alusión también en el cuerpo de estos últimos anales, á haber escrito él propio los de Felipe III; y, aunque sin afirmarlo con evidencia, bien puede admitirse por lo dicho el supuesto de que fué uno solo el autor de los dos relatos históricos, tantas veces citados.

He indicado ya, mas conviene repetirlo, que, no tan sólo las fechas que alcanzaron, sino las circunstancias personales de Bernabé de Vibanco y las de nuestro autor anónimo, fueron muy diferentes. Vibanco era todo un personaje en la corte de Felipe III, cual se ve por las Relaciones de las cosas de aquel reinado que escribió Luis de Cabrera. En 1612 quiso el duque de Lerma quitarle con buenos modos del lado del rey «que le quería bien y trataba con él algunas cosas familiares y secretas en que intervenía el duque de Uceda, de que no debía gustar el de Lerma», según dice Cabrera literalmente. Entonces se ocupaba D. Bernabé, cerca

del rey, en la remisión de papeles y libranzas á los secretarios y ministros. Poco después se le dió ya título de secretario del rey, para que recibiera los memoriales y diese las audiencias de S. M., como lo había hecho hasta allí otro secretario de gran confianza. Al año siguiente pidió y obtuvo del rey una escribanía de Puertos Secos, que valía dos mil ducados de renta, y que Lerma quería para su casa, sin que para ello se contase con la voluntad del valido. De todo lo anterior se deduce que Vibanco era del partido del duque de Uceda, fracción política desprendida del grande de la casa de Lerma, formado por el padre de aquel ingrato y ambicioso duque, la cual se hallaba ejerciendo el poder á la muerte de Felipe III. Nada tiene de particular, por lo mismo, que en los *Apuntamientos de cosas que van sucediendo en Madrid hasta hoy sábado 3 de abril* (papel curioso, que contiene el tomo manuscrito de la Biblioteca Nacional, T. 234), refiriéndose á la muerte de Felipe III acaecida el 31 de marzo de 1621, y á los actos que en aquel primer día de reinado llevó á cabo el nuevo monarca, leamos tales palabras: «Este mismo día quitó la estampilla á D. Bernabé de Vibanco y que entregase las consultas, y le hizo merced de confirmarlo en los demás oficios que tenía en vida de su padre»; igualando de esta suerte el autor de los *Apuntamientos* la desgracia de Vibanco con la del propio Uceda y la de Angulo, Tapia, Bonal, y Tobar, principales ministros del reinado anterior. Quiero advertir sin embargo, por no callar nada que pueda esclarecer estos hechos, que en la inédita historia de Felipe III, de nuestro autor anónimo, falta en el catálogo de los desfavorecidos el nombre de Vibanco, omisión que, dadas las ya conocidas circunstancias del sugeto, parece probable que fuese intencionada, y tuviera alguna causa importante. Pero no es este suficiente motivo para sospechar que tuviera semejante omisión por origen el ser Vibanco mismo autor de tal obra. Hartos mayores fundamentos hay para suponer que Vibanco y el dicho autor fuesen estrechos amigos, como ardientes parciales que ambos eran de la casa de Lerma, y agraviados á la par, bien que en distinto grado y forma, cual veremos pronto; y aun quizá de la relación estrecha que entre las cosas de los dos hallase Yañez Fajardo, compulsando algunos papeles antiguos, dedujera éste la errada opinión de ser el buen secretario de la Inquisición y la Estampilla, historiador de Felipe III y Felipe IV. Pero el verdadero historiador nunca picó tan alto como Vibanco, á lo que parece.

Debió de comenzar su vida este singular y desconocido personaje, siendo criado de la casa del conde de Lemus, según da á entender él mismo al referir en el quinto libro de su historia de Felipe IV la muerte de fray Agustín de Castro, hijo de aquella casa, con estas palabras textuales: «Verdaderamente, yo le conocí, y él fué mi señor.» Estuvo también nuestro verdadero historiador muy lejos de ser rico, como sabemos ya que Vibanco era, é igualmente lejos por lo mismo de comprar ostentoso enterramiento ó fundar patronatos; estúvolo también probablemente de lucir la roja cruz de Santiago en su pecho; y lo estuvo todavía más de merecer las iras de Felipe IV, nada menos que en el primer día de su reinado, cual las mereció Vibanco. Todo esto último lo demuestra cumplidamente el propio autor en otros varios pasajes que voy á examinar ahora.

No bien comenzada la dedicatoria de los anales de Felipe IV al almirante de Castilla, declárase nuestro buen analista «hombre lego, y sin ningún átomo de lección»; lo cual no parece probable que de sí mismo pudiera decir un secretario del Supremo Consejo de la Inquisición como Vibanco. Defendiéndose más adelante de los críticos, estampa en su confuso estilo estas frases: «Dirán», (escribe, al pie de la letra) «que hablo con la pasión ó afecto ¡y no diran con el agradecimiento!, á aquellos de quienes recibí merced, porque me dieron la honra y la moderada porción que hoy alcanzo, y con la que tengo á estos por lo que no me han hecho, antes estorbado; pretendiendo hollarme, cortando mis medios y acrecentamientos, no mereciendo ni siendo admitido á poder tocar una pluma, tomar una escribanía en la mano ni acercar un pliego, emolumentos adaptados á la antigüedad donde hay rectitud y observancia de religión y preceptos, ni á las otras honras en que he visto apoyar otros hombres, tan de todo y polvo como yo»; y expuesto con proligidad el cargo se pone luego á desvanecerlo detenidamente. Para ello alega, en primer lugar, «que no es mucho que él no dé las mieses tan perfectas, y de tan colmado ornamento como lo pedía obra tal, cuando los papeles, los escritores se encubren, se encierran de miedo ó de lisonja por los tiempos que corren, no atreviéndose nadie á dar un pliego de papel á la prensa temiéndolo el castigo.» Y prosigue: «¿Cómo me habían de

conceder á mí los decretos, los archivos y consejos, si cuando los fuera á pedir se rieran de mí, y me respondieran si deliraba, y qué estudios ó partes tenía yo para empresa tan grande? Finalmente, para lo que no ví, respondo que busqué los papeles de donde pude, y para lo que sabía, no los hube menester, como aquel que por más de treinta y dos años de corte y veinte de palacio no le faltaba experiencia.»

Suponen estos treinta y dos años de experiencia de corte, vividos ya por el autor en 1626, que contaba á la sazón cincuenta y más años de edad probablemente, con los cuales hay que sumar veintidos ó veintitres de historia que escribió de allí adelante, por manera que no parece que soltó la pluma de la mano hasta que la de Dios le recogió el espíritu, y entregó sus órganos al reposo eterno.

No fué hombre calmoso y paciente nuestro autor, aunque alcanzase tan larga y fecunda vida, como la que alcanzó sin duda alguna, y las injusticias que con él se hicieron las lamentó reciamente, mirándose empedrada de quejas y agravios su obra entera. «¡Que haya yo visto,» (por ejemplo exclama en el prólogo que voy extractando) «los que entraron mucho después cargados de honras y de oficios, y que no siendo yo, ni mal mirado, ni peor admitido del príncipe, que no sea yo admitido á los honores, ni á los oficios, ántes bien, que se me tase y limite el sustento! Desvanecer el crédito, apocarme la honra, cuidar de que no sea nada; ¿por qué malos oficios cometidos en ofensa de las medidas de alguno, paso yo estas inclemencias? ¿Qué hombre sirvió en aquel cuarto (aludiendo evidentemente al de Felipe IV príncipe), más retirado, ménos ambicioso, más callado, ménos entrometido? Cuando estando yo, y habiéndome dicho así, el valido: *mirad que os pongo allí para que me digáis lo que pasa*, no sólo no llevaba yo las palabras dichas de alguno, no reguladas por la verdad sino por el antojo del vulgo, y puestas en las orejas del príncipe, bastantes á volver en cenizas al que las decía, empero me las tragaba, y hacia del desentendido, pudiendo hacerle algun desaire, que quizás le tuviera en alguna fortaleza, ántes que en el mando de la monarquía. Este cargo le hice yo en la celda de San Gerónimo, cuando vimos allí trastornarse el mundo, y le vimos pasar de compañero á superior y á jefe.» Aquí refiere el autor un breve diálogo, mal determinado en el manuscrito, aunque literalmente escrito como sigue.—Díjole á Olivares: «Bien sabe V. E. (que fué la primera vez que le dió este aire que ántes le tuvo en tanta agonía de que no le había de alcanzar, y entonces le regaló las sienes) *, de la manera que he procedido aquí.» A lo cual Olivares respondió: «Sí, á fé de caballero, y que no he visto hombre que con tanto seso se haya portado.» «Pasé adelante» (continúa el autor), «y proponiéndome mi oficio, y mi necesidad, cuando vió que quería ascender á acrecentamientos, muy furioso y desdendiéndome me dijo, *que ahora no me mataba la hambre*. En este tiempo via en mis compañeros los acrecentamientos y las honras, y en mí ninguna; darles, y á mí nada; viendo que daba voces la razón, cuando se daba á los otros quince y tres y á mí uno, y de esta manera todo el discurso de diez años. Empero, señor, ¿para qué estoy cansando á V. E. con miserias?... Lo que más me llega al corazón, es ver que á aquel príncipe, en quien yo había depositado mis trabajos, la gloria de su padre, el desempeño de sus ministros y confidentes, le veo ahora no con tanto calor en estos hechos, llevado ántes de los halagos del valido.» Hasta aquí los importantes datos biográficos que este colérico arranque del desdendiado historiador encierra; y de ellos se deducen no pocas consecuencias interesantes.

Resulta, en primer lugar, que el historiador era hombre lego y sin letras, pobre hasta tener tasado el sustento, nada sufrido, y aun quejumbroso, aunque no fuera por eso ménos curioso observador, y diligente analista. Resulta asimismo que el duque de Lerma (que es, sin duda, el primer valido á quien alude), le puso en el cuarto del príncipe, que fué luego Felipe IV, para que espíase al conde de Olivares, y que éste, imprudente y ligero de lengua, se habría perdido á sí propio mil veces, con sus murmuraciones, sin la buena condición del espía, que nunca trasmirió tales deslices al suspicaz y omnipotente ministro. Resulta también que en el primero ó segundo día del reinado de Felipe IV, y al tiempo mismo que Bernabé de Vibanco y muchos otros eran desposeídos de sus empleos por el nuevo gobierno, el cortesano historiador de Felipe III, tan partidario de la casa de Lerma, cual en aquella primera obra suya demostrara, y tan de la confianza del valido de

* Alude evidentemente el autor, á la grandeza de España que llevaba consigo el tratamiento de Excelencia.

entonces, como da á entender la delicada comision que en el cuarto del príncipe le tuvo encargada, se apresuró á pedir á Olivares, en pago de su silencio generoso, algun ascenso. Resulta, por último, que, no bien elevado al gobierno Olivares, desconoció á la manera que tantos otros de sus antecesores y sus sucesores, los beneficios y auxilios que debía, ó se impacientó por lo ménos, de que tan pronto se le reclamase el pago, perturbando así con míseros é importunos recuerdos la hermosa vision que por entonces embelesaba sus ojos, contemplando desde la cumbre del poder supremo los horizontes dilatados y aparentemente risueños del porvenir. Nuestro pobre autor, en el entretanto que, con sólo atreverse á llamar *compañero* en el cuarto del príncipe á Olivares, muestra bien á las claras que aunque de oficio humilde, ignorante, sin dineros, y algun tanto pediguño, debía de ser hidalgo, y acaso, de conocida casa del reino, no se contentó con comunicar sus quejas al almirante de Castilla D. Juan Alonso Henriquez de Cabrera, yerno del duque de Uceda, y por ley de parentesco prudente y constante, aunque no desleal enemigo del nuevo valido, sino que prestó la luz siniestra de los propios agravios al final de su primera obra, y al todo de la segunda, aunque sin faltar del todo nunca á la obligacion de fiel narrador de las cosas de su tiempo.

Quiero ya y debo ir poniendo término á este artículo, porque de lo esencial nada me queda por decir; y áun acaso parecerá á algunos sobrado largo lo escrito, para meras noticias ó apuntes bibliográficos. Juzgo, no obstante, que han de perdonarme de buen grado los lectores, el que ántes de concluir copie algunos trozos, no muy extensos, de los dos distintos pedazos de Historia al parecer compuestos por este anónimo autor, á fin de que formen más juicio exacto de su trabajo. Para ello elegiré dos relaciones en el fondo semejantes: la de la caída de la casa de Lerma, al morir Felipe III, y la de la caída del conde-duque de Olivares, despues de su largo y desventurado ministerio. De esta suerte se pondrán más de manifiesto tambien los grandes motivos que hay para pensar que todos estos largos anales del décimo sétimo siglo pertenecen á un sólo autor; porque ademas de ser continuacion unos textos de otros, están, á no dudarlo, escritos en el propio estilo é inspirados por unos propios afectos é ideas. Ni carecen los trozos que siguen de interés histórico seguramente.

La caída de la casa de Lerma debió de escribirla nuestro autor á la raíz de su triste conversacion con el conde-duque de Olivares en la celda de San Jerónimo, donde segun costumbre estaba retirado á la sazón Felipe IV; y está ya pintada con sombríos colores.

«Discurriendo brevemente», escribe, «por lo que nos falta, aunque excedamos en parte de lo que nos toca, digo: que en este instante se comenzó á tocar la destruccion de la casa de Lerma y la de sus criados; empero, Dios y su fidelidad lo hicieron mejor, y miraron por ella. Aquel mismo día que sucedió la muerte del rey, se dieron á derramar el veneno que tantos dias habia que estaba embozado en aquellas venas, y los *venenos* que comenzaban á nacer. Quitóse el oficio de secretario de cámara y Estado á Tomás de Angulo, y el de obras y bosques que tenia en el interin, porque le dijo un día (*al valido*) que no cazase en los bosques sin licencia. Al licenciado D. Pedro de Tapia y al doctor D. Antonio Bonal privaron de la dignidad y oficio de Consejo real. Jorge de Tobar, si no se afianza en la infancia de las Descalzas, por las lágrimas suyas y las de una hija que tiene en aquel real convento, tambien fracasara en el oficio de secretario de patronazgo real. Volvióse la duquesa de Gandía á palacio al oficio de camarera mayor de la reina, y cuando allí la dejó, yo aseguro que no seria por malos partidos; y esto cada dia es muy usado en los palacios de los reyes, y qué sé yo si lo quisieron ellos, pues como quiera que su voluntad es hacer merced, sin embargo, no hay discretos que no den lugar á los validos, y más cuando saben ellos tan bien cambiar lo que se les deja. Con estas novedades el mundo estaba ya atónito y suspenso, y más con lo que se dejaba sentir por la córte, y las *novedades* que el conde, valiéndose de los nuevos alientos de su fortuna, procuraba introducir, las cuales, como quiera que no tengan otra cualidad que el ser nuevas, más encaminan al despeño que al remedio, como hoy se deja tocar.»

Expone luego detenidamente el autor el curioso programa de nuevo gobierno presentado y propalado por Olivares, y continúa como sigue: «Finalmente, aseguraba y prometia grandes cosas, esparciendo sus aliados, por lo que á él le oían decir, ó ya sea por atencion, ó ya por atemorizar y dar pesadumbre (que es á lo que siempre tiraron, y en que procuraron extremarse), que no habia de quedar criado de los duques (*Lerma y Uceda*) en palacio; que las puertas de los ministros habian de estar

abiertas, libres, y sin dificultad para los litigantes y pretendientes; que habia de ser breve y corriente el despacho. A este rumor y á estas voces y con este principio de novedades, de que es el pueblo tan amigo, y muchas veces maestro, y con lo que él desea hablar y discurrir desenfadadamente, estaba muy contento, y tan demasadamente que casi tocaba en frenético; con que hacia mal semblante á los pasados, y bueno á los que comenzaban á ser miembros de esta nueva fortuna: enfermedad ordinaria y cosa muy usada en todos tiempos el holgarse del mal de los unos y no sé si alegrarse del bien de los otros. ¿Quién será bastante á distinguir y averiguar los colores de que se viste este monstruo vulgar y plebeyo? Eran los que nuevamente comenzaban á descollar de la parte y parentela del valido, y el más campanudo de todos el conde de Monterrey, hermano de la condesa de Olivares, y casado con hermana del conde. A este seguía el marqués de Alcañices, bien conocido de todos, tambien cuñado; y despues, el marqués del Carpio (contenido en el mismo parentesco y casado con hermana mayor, que despues vino del Carpio á ser gentil-hombre de la cámara del rey juntamente con su hijo, el cual le dió dentro de no pocos meses mucha pesadumbre y celos); y despues D. Diego Mexia, maestre de Campo en Flandes, hermano del marqués de Orellana, que á la fama de la privanza del conde dejó el tercio que gobernaba de españoles en el Palatinado, y se vino á la córte de España. A estos seguía tambien el marqués de Camarasa. Estos, pues, eran ahora los magnates, los buscados de los pretendientes, los dioses de nuestra patria; cuyas puertas iban ya tomando diferente color, otro relieve y otro tráfago, y donde acudia todo lo mayor y más grande de la córte. A estos se les hacia más baja la cortesía, donde se ejercitaba el aplauso, y se habia mudado la lisonja, cuyas paredes en un instante fueron muy diferentes de las que vimos. En breve se miraron desnudas las otras, donde yacian sus dueños, aunque grandes, derribados de aquellos primeros honores en que los vimos, dados á la melancolía y fatiga de la pérdida que habian hecho, y por las cosas que oían decir y las que se dejaban adivinar, que habian de caer sobre ellos. Hombre que entrase por sus puertas no habia, ni áun el pariente, el amigo, ni el más bien beneficiado; que en tales casos lo niega y lo deja decir el que más ha campeado de ello, ántes, embozando las honras y mercedes que ha recibido, las encubre y las pasa á la otra banda, introduciéndose en la murmuracion y ayudando á calumniar las acciones pasadas aunque le toque en la misma sangre. ¡Oh rara y no entendida (aunque sí de algunos) ilusion y engaño de la córte y de los tiempos! Y así prosigue por largo espacio aún en sus filosóficas reflexiones y lamentaciones políticas.

Pues veamos ya tambien cuál juzga y describe en su historia de Felipe IV la caída del conde-duque, y eso que los últimos momentos de la estancia de éste en la córte no fueron para el autor de todo punto perdidos, aunque no quedase agradecido ni tampoco satisfecho, segun se verá por la muestra.

«No se puede creer» (dice), «la admiracion pública y alegría que causó: todas las pesadumbres que hasta allí habia dado se recompensaron en gusto por las calles y por las casas. No habia otra cosa sino regocijo y desahogar los corazones que habian estado oprimidos y en cadena tanto tiempo. Los agraviados se daban el parabien unos á otros: mayor ni mejor dia, ni más dichoso, no le hubo para Madrid ni para la monarquía. Los grandes fueron todos á palacio, asistian en sus cuartos y acompañaban al rey en su capilla diciendo que ya le tenían, y —¿es posible que se ha visto esto? La causa más eficiente querian que fuese la reina, la princesa de Mantua, el embajador de Alemania por el emperador y por la emperatriz, pero ¿qué más que ver el miserable estado de las cosas? La capilla real tenia diferente aplauso y autoridad por la asistencia de los grandes y de otras personas ilustres, no habiendo ántes quien acompañase al rey». Hace aquí ya la confusion del estilo casi imposible el seguir el hilo del autor, y algo más adelante continúa de esta manera: «Pero en su cuarto (*el del conde-duque*) y en el de la condesa bramaba el mar y el bajel corria tormenta: los pensamientos y las imaginaciones de lo hecho y de lo procedido contra tantos eran los huracanes más poderosos que le combatian. Cuanto se habia gozado de vanidad y de gloria se pagaba con agonía y congoja. El mando ya no era nada, los puestos se desaparecian, los tesoros eran sombra, el comer y el sueño eran ningunos».

Refiere, por último, las disposiciones finales y la salida de Madrid del conde-duque en los términos siguientes: «Entretúvose», dice, «un dia ó dos en pedir le dejasen hacer mercedes á sus criados demas de las he-

chas, que la bondad de aquel corazón (*el del rey*), de todas maneras clementísimo, le concedió, con que los criados comenzaron á hervir en pedidos y memoriales... Dió á Carnero la secretaría de gracias del Consejo de cámara de Castilla, á su cuñado una de las de Italia y otra á Valero Diaz, gran tirano de los donativos; y por eso la de los prioratos de San Juan, que tenia su cuñado, á Pedro Lopez de Calo, pero el uno no aceptó, porque estaba sobrado de dinero de los donativos, y al otro se la metieron á pleito despues... *Y á mí me alcanzaron 400 ducados de pension en ella* (la alcaldía de Martos de que iba hablando), procurando librar lo de aposentador mayor de un Simon, mozo de cámara del conde que á ella aspiraba por ser ayuda; que fué harto poderla librar de su poder, porque le quiso seguir en la adversa, ya que en la próspera fortuna le habia valido la privanza más de 100.000 ducados en dádivas. ¡Y murmurábase en la otra Era (*el ministerio de Lerma*) de un hombre semejante á éste, que tambien le habia valido! Finalmente, se llegó á hora de resolver la partida porque se daban prisa, mas él (*alude al conde-duque*) no la declaró hasta el tiempo crudo, escogiendo la hora más ocupada en que los hombres estaban comiendo y reposando en sus casas del trabajo com un, y cotidiano de los oficios, y de los negocios, sin tomar, ni pedir ni un carruaje, ni una mula, temiéndose que habian de salir á los caminos á matarle y vengar allí las ofensas recibidas de lo que se les habia tomado y quitado. Porque ya el miedo no era en sombra, y en sospecha, y estaba ejecutando como prolijo verdugo de las fuerzas; que al fin todo tiene descuento, castigo y desengaño, para que aunque nos subamos á las nubes, si no hay saber, sonda, y prudencia, creamos que hay abismo, profundo y bajo, y que todo tiene este paradero. Finalmente salió viernes 23 de este año que comenzamos á escribir de 1643, á la una y media del dia con sólo dos mozos de cámara, con el conde de Grajal, primer caballero, (á quien habia hecho gentil hombre de la cámara, por afecto al D. Enrique); y por caballero á Montes de Oca, á quien habia hecho ántes ayuda de cámara del rey: habiendo tenido el mando absoluto de la monarquía veintinueve años y medio y tres dias, *no con poca admiracion mia en la observancia de tiempos y hombres de fortuna*; que habia excedido en el valimiento á la Era pasada del duque de Lerma, en sólo el año y medio y los veintitres dias, pero en lo demás no.... Dicen que el miedo con que salió fué notable, y que no se atrevió á tomar el rumbo ordinario, que solia correr para el Retiro, estando allí tan cerca la calle de Alcalá, para Loeches, sino que echadas las cortinas, y con el padre Pecha, su confesor, de la compañía de Jesús, (que poco hacia le habia dejado, el padre Aguado Provincial); por la Red de San Luis y calle del Caballero de Gracia salió creyendo hallar los hombres contra él en la otra parte... Las piedras de la calle dicen no estuvieron seguras, que las tomaron los muchachos. *¿Qué diferente retirada vi yo el día 4 de octubre del año de 1618 en San Lorenzo el Real del Escorial, á las cuatro de la tarde (en las escaleras y jardines del Bosquecillo), del duque de Lerma, esperando todos los señores y caballeros que se hallaban allí, y todos los criados de la casa real, sin esconderse ninguno, desde el mayor hasta el menor, muchos de ellos tristes y con lágrimas en los ojos!* Allí le rodearon todos al tomar públicamente los coches; allí se despidió del rey y le besó la mano, y tomó su camino á cortinas abiertas, y sin sobresalto, para hacer noche en Guadarrama, donde otro dia muchos señores de Madrid, y ministros, y sus hijos se le ofrecieron, al paso, despidiéndose de él con muchas caricias. A unos se les levantan contra sí las piedras de la calle, y á otros les esperan los hombres para arrodillárseles y agradecerles los beneficios que recibieron de ellos... *A aquel le retiraron porque no habia hecho más en el progreso de aquel reinado, y á éste por que lo deshizo todo.* Metióse en Loeches, con tanto dolor y miedo, que no quiso que su mismo hijo le viese, ni ninguno de sus confidentes, ni criado, que todos andaban ya corridos y papando aire, ni tampoco los señores de la córte, temiéndose que en semejantes casos y á las vueltas, no hubiese alguna conjuracion cesareana.» Y siguen muchas reflexiones filosóficas como de costumbre.

Aludia el autor en estas últimas palabras sin duda alguna al todavía reciente asesinato de Wallenstein ó Waldstein, como si juzgase que Olivares merecia igual suerte. ¿Y no es verdad que la pasión por la casa de Lerma y la mala voluntad á Olivares, que en todo esto se advierte, son iguales á la pasión por la primera, y la mala voluntad contra el segundo, que rebosa en las posteriores páginas de la Historia de Felipe III, extractadas ántes? Para ser exacta la comparacion entre las dos épocas, debió poner nuestro anónimo, enfrente de la

descripcion de la caída de Olivares, la que al parecer él propio habia ya hecho de la de la casa entera de Lerma, á la muerte de Felipe III, que son casi idénticas; y no la salida de la corte del duque de Lerma, que, victima de la ingratitud filial, dejaba por valido á su hijo Uceda, y en pié toda su casa, y sus hechuras todas. Pero la conversacion de la celda de San Jerónimo, aunque tan breve, como sabemos, nunca pudo borrarse por lo visto de la rencorosa memoria de nuestro analista anónimo.

No he hecho otra cosa en los precedentes trozos, que interpretar, sin seguridad de haber acertado, algunas frases viciadas ó faltas, suprimir repeticiones ó amplificaciones ociosas y arreglar la ortografía, de modo que pueda leerse el texto más fácilmente. Un trabajo por este estilo, y aun más detenido, realizado en todos esos extensos anales, dotaría á la Historia de España de memorias importantísimas, por los varios conceptos que al principio expuse; y, si el tal trabajo se imprimiese luégo, quedaria reparado un olvido injusto, y en nuestros dias indisculpable. Paciencia y tiempo requiere más que otra cosa tamaña empresa; y bien quisiera yo poder acometerla tarde ó temprano, aunque prefiero que otro cualquiera se me anticipe. Mas en el entretanto, paréceme que dejo ya desvanecido el comun error, de contar á D. Bernabé de Vibanco entre los historiadores españoles; que es lo que me habia propuesto en el presente artículo.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LA CAPILLA

DE LOS TOREROS.

La plaza de toros de Madrid y algunas de las provincias tienen su capilla en la que una lámpara cuidadosamente cebada con aceite ó dos velas de cera alumbran la imágen del Salvador ó de su divina Madre, mientras se lidian las fieras en el circo. En esta capilla, y á falta de ella en la de una iglesia, se reunian los toreros en otros tiempos de más celo religioso que los presentes, momentos ántes de comenzar la funcion; la piadosa costumbre va cayendo tan en desuso, que tal vez no se observa ya más que en Madrid, y aun aquí no siempre salen de los labios de los diestros congregados en el modesto oratorio, que adornó Cúchares á sus expensas no há muchos años, palabras de devota oracion; pero antiguamente ninguno de ellos pisaba la arena sin haber dado claras muestras de su cristiana fé rezando con verdadero recogimiento.

Esta antigua costumbre es la que el jóven y ya distinguido artista D. José Villegas ha querido representar en el lienzo pintado al óleo, cuya copia verán nues-

tros lectores en la página 117 de LA ILUSTRACION: varios toreros orando ántes de la corrida que ha de celebrarse en la plaza de una capital de provincia.

El cuadro ha llamado, con justicia, la atencion en Roma y en París, donde lo ha adquirido por una cantidad considerable el coleccionista norte-americano Mr. Stward, que posee una de las mejores galerías de

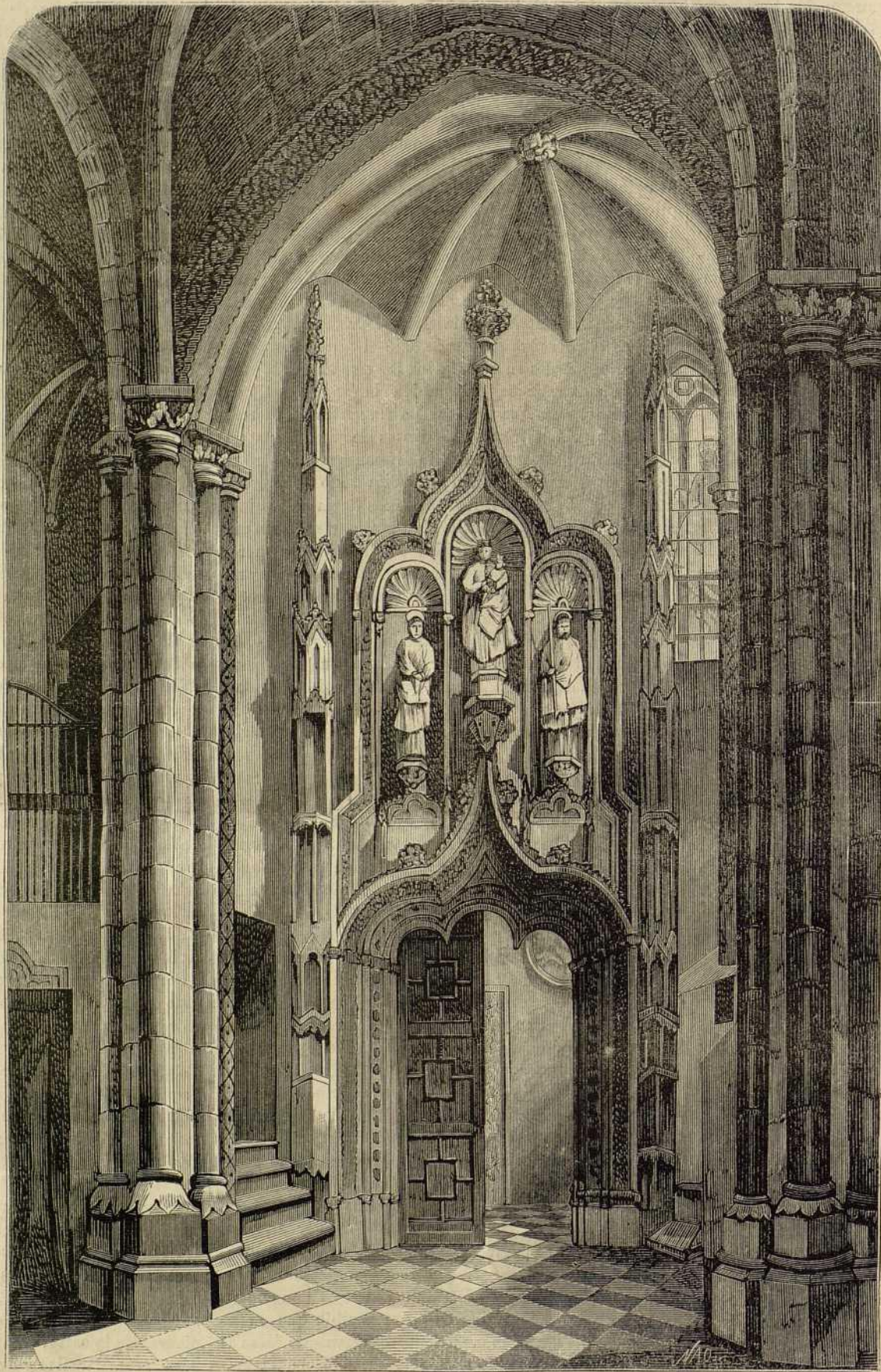
con otra alhaja de inestimable precio: con la carta ó plano de los caminos de hierro de Alemania y Francia que le ha donado el ilustre general conde de Moltke, de la cual se sirvió el feld-mariscal en la gloriosa guerra que ha puesto sobre las sienes del rey Federico Guillermo de Prusia la imperial corona de Alemania, y cuya carta está cubierta toda ella de notas, cifras, líneas y números, hechos estos y trazadas aquellas ya con lápiz de diversos colores, ya con tinta, por la mano del gran capitán cuyo nombre immortalizará la fama.

El autógrafo de Cervantes se encuentra al pié de una carta de pago otorgada por éste en Sevilla cuando sus desventuras le obligaron á aceptar una modesta comision para no morir de hambre: la de abastecer y provisionar las galeras de la Real Armada que se hallaban fondeadas en la Coruña: Dice así:

«Sepan cuantos esta carta vieren como yo Miguel de Cervantes Saavedra criado de su majestad residente en esta cibdad de Sevilla otorgo e conosco que he rescebido de Diego de Zufre tenedor y pagador de las galeras de España por S. M. residente en esta cibdad de Sevilla que está ausente 400 reales de plata que valen 13600 maravedís los cuales son para cuenta de los salarios que yo y un ayudante mio avemos de aver por los dias que nos hemos ocupado y ocuparemos en la saca del aceite que por comision de Francisco Benito de Mena que hace el oficio de proveedor por el Sr. Ant. de Guevara en el Puerto de Santa María de saca de la cibdad de Ecija y villa de Carmona y otras partes de esta Andalucía para provision del Armada de S. M. que está en la Coruña los cuales dichos 400 reales rescivi del dicho Diego de Jofre en contado de que me doy por pagado á mi voluntad sre. que renuncio la ecepcion e Leyes de la pecunia e prueba de la paga como en ella se contiene y como pagado le otorgo esta carta de pago que es fecha en Sevilla á 27 dias del mes de Marzo

de 1590 años y el dicho otorgante al cual yo el escribano público en yuso escrito doy fe que conozco lo firmo de su nombre en este registro siendo testigos Luis Mexia y Baltasar Valdes escribanos de Sevilla. = Miguel de Cervantes Saavedra. = Luis Mexia, escribano de Sevilla. = Luis de Porras, escribano público de Sevilla.»

La autenticidad de la firma de Cervantes es indudable, pues no sólo tiene todos los caracteres que concurren en las más autorizadas que del autor del *Quijote* se conservan, sino que la legalizan y dan fé de ella en este instrumento público las de tres escribanos de Sevilla, Luis de Mexia, Baltasar Valdés y Luis de Porras, sancion solemne de que carecen los más interesantes autógrafos de Cervantes que hasta ahora hemos tenido oca-



PUERTA DE LA SALA CAPITULAR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

pinturas que existen en aquella capital. La colonia de pintores españoles en aquellas capitales sostiene á tanta altura el crédito del arte pátrio, que nos proponemos ir dando á conocer á nuestros lectores sus mejores obras.

X.

UN AUTÓGRAFO DE CERVANTES.

El *fac simile* de la firma de Cervantes que aparece en la página 105 de este número de LA ILUSTRACION, se ha calcado sobre el precioso autógrafo que posee nuestro amigo el Exemo. Sr. D. Antonio Romero Ortiz, diligente coleccionista que acaba de enriquecer su coleccion



CAPILLA DE LOS TOREROS.—(CUADRO DE DON JOSÉ VILLEGAS).

sion de reconocer y estudiar, exceptuados los que sacó á luz el Sr. Asensio y Toledo (entre los que se halla el del Sr. Romero Ortiz), en su interesante obra titulada, *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*.

X.

SONETO.

Dame, Señor, la firme voluntad
Compañera y sosten de la virtud,
La que sabe en el golfo hallar quietud
Y en medio de las sombras claridad;
La que trueca en teson la veleidad
Y el ócio en perennal solicitud,
Y las ásperas fiebres en salud,
Y los torpes engaños en verdad:
Así conseguiré mi corazon
Que los favores que á tu amor debí
Te ofrezcan algun fruto en galardón;
Y aun tú, Señor, conseguirás así
Que no llegué á romper mi confusión
La imágen tuya que pusiste en mí.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

¿QUÉ PINTARÁ?

MEMORIAS DE UN ARTISTA

POR D. ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

Carta de introduccion que el autor de estas líneas dirige al autor del dibujo que lleva igual título:

"Sr. D. Francisco Domingo y Marqués.

Mi querido amigo: El boceto cuyo dibujo publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID, ha inspirado estos renglones. Entraba yo hace pocos días en el estudio de usted en compañía de nuestro distinguido amigo Cadena, y éste, no bien apreció con una breve mirada la importancia del boceto, exclamó:

—¡Aquí hay un cuadro!

—¡Y un cuento! exclamé yo, impresionado como él por aquella nota original y caprichosa.

En tanto que Vd. va haciendo el cuadro, yo me permitiré ir haciendo el cuento.

Y lo que es más aún, me permitiré dedicárselo á Vd., como tributo de amistad y de admiración.

Su afectísimo, etc."

CAPÍTULO I.

En que se hace conocimiento con un pintor del año 20, que no se sabe si está loco ó si está cuerdo y que pinta muy mal... y muy bien.

En el año en que D. Rafael del Riego proclamaba en Cabezas de San Juan la Constitucion de Cádiz, en que perdíamos el Perú y en que Fernando VII escribía aquellas memorables palabras: "Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional.", vivía en Madrid, ajeno á los cuidados de la política, y solamente dedicado al cultivo del arte de Apeles, un jóven llamado Montiano, cuyo nombre no ha recogido la Fama, injusta con él como con tantos otros genios desconocidos, apesar de que en su vida artística hizo cosas tan buenas y tan malas, que en lo bueno no le igualó Velazquez, ni en lo malo le superó Orbaneja. Debo decir, sin embargo, que sus contemporáneos no le tuvieron en grande estima, y aun hubo críticos que le consideraron incapaz de producir obra aceptable, afirmando que era trivial en la eleccion de asuntos para sus cuadros, ágrío en el colorido y de pincel mezquino y cansado. El, por supuesto, no era de este criterio: creía, bien al contrario, que si se hubieran puesto en infusión el dibujo de Rafael, la grandiosidad de Miguel Angel, la brillantez de Rubens, la fantasía del Bosco, el sentimiento del Beato Angélico y la fineza de Goya, todas estas cualidades mezcladas con un poco de inspiración divina y un mucho de desprecio de todas las reglas y á todos los autores conocidos, no hubieran añadido un tono más ni mayor virtud y encantos á su paleta.

Bien mirado, yo podría suprimir la consabida descripción del rostro, cuerpo, modo de andar, parientes y amigos de mi héroe; pero respeto demasiado las tradiciones literarias para no decir que Montiano era de regular estatura, más bien delgado que grueso, entre blanco y moreno, airoso sin parecerse á la palmera,

de ojos negros sin ser africanos, ni tan feo que diera espanto, ni tan hermoso y galán que suspirasen las chicas al verlo: que gozaba más salud que nombre y dinero, que su traje no era seguro barómetro del tiempo, pues á veces iba de levita en diciembre y de carrik en agosto, más que por la clemencia del tiempo por la inclemencia de su sastrer; y en fin, que no tenía padre ni madre y habitaba solo en su estudio, excepción hecha de un gato y varios ratones, que por celestial providencia vivían en amistad estrecha, sin odios de raza, sin luchas intestinas, y alimentándose, á falta de tocino y queso, de apuntes, bocetos y colores.

Por más que la crítica se hubiera ensañado con Montiano y aunque no hubiera desvanecido con sus obras las censuras de los inteligentes, no podía decirse que fuera un artista vulgar. El carácter de sus composiciones pictóricas, su incorrecto dibujo, el color de sus cuadros, desentonado y falso, ofrecían un aspecto original, y acusaban de tal modo su personalidad, su singular modo de interpretar la naturaleza, que al ver una obra de su pincel se decía: ¡Esto es de Montiano! con esa rotundidad de palabra que se dice: ¡Esto es del Greco! ¡Esto es de Tiépolo!—Veíase en él una aspiración á singularizarse y cierto espíritu innovador y extraño; mas sus ideas quedaban perdidas entre las asperezas y dificultades del procedimiento; su mano era insegura, su vista le engañaba en el color y en la forma de los objetos, y los pensamientos que acaso veía en su mente severos y grandiosos, aparecían en el lienzo con cuerpos lisiados, cojos, mancos, de fenomenales cabezas, en actitudes ridículas, y vestidos de colores ora tan chillones y punzantes que hacían volver los ojos, ora tan sordos y muertos que nada les decían.

Su fuerte eran los asuntos de fantasía, en que encontraba campo abierto para los amarillos, los rojos y los negros, sus colores favoritos; pero la realidad de la vida y las necesidades del puchero le obligaban á pintar retratos, y en este género llegó en poco tiempo á adquirir cierta reputación; pues sabía hacer que no se pareciesen á los originales sino lo suficiente para tener derecho á cobrarlos.

Con esta gran habilidad de hacer retratos de medio parecido y aire de familia, hubiera alcanzado seguramente honra y provecho, si faltas de conducta artística, desafueros y desconsideraciones graves respecto de sus clientes y parroquianos, no le hicieran incurrir en descrédito.

En efecto, se le atribuían algunos hechos incalificables, inauditos, cometidos por él con inspiración diabólica por medio de los pinceles y la paleta; hechos que revelaban un carácter excéptico, burlesco, grosero, antisocial, y que habían hecho sospechar si tendría vena de loco.

Hé aquí uno de ellos, acaso el ménos trascendental y criminoso. Entró en el estudio de Montiano, cierta mañana, un juez, hombre distinguido y respetable; crecido en años, grandes anteojos, aguileña nariz, frente espaciosa, calvo, digno, magestuoso: hermosa figura ticianesca, que el pintor contempló desde luego con interés de artista. Díjole su honesto deseo, que era, como el de tantos otros, el de atravesar á despecho del tiempo y de la muerte, colgado de una escarpia en un salón, los siglos venideros. Al tercer día de sesión, Montiano concluyó el lienzo y ofreció al juez que se lo enviara á su casa en la mañana del siguiente. El togado dirigió al salir una mirada al retrato y sonrió de placer: era perfecto. Durante esta sesión final, y mientras daba el pintor los últimos toques al retrato y le colocaba las gafas, el juez le había hecho detallada relación de la vida y milagros de un famoso criminal sentenciado por él á muerte... ¡Qué monstruos nacen á veces de mujer! ¡Dioses parricidios, homicidios, estupro, falsificaciones, robos y faltas de consideración y buena crianza! ¡Nuevo conde Ugolino, se había comido á sus propios hijos un día en que su apetito fué superior á su cariño paternal!! Montiano oía y pintaba; más sus cabellos erizados de espanto y su respiración entrecortada y anhelante, revelaban que se sentía avasallado por la terrible poesía y por el interés devorador que el crimen tiene para los verdaderos artistas.

Á la mañana siguiente, el juez recibió el lienzo cuidadosamente envuelto, y previa la reunión de toda la familia, incluso los animales domésticos, que acudieron á oler el bulto, destapóse el lienzo y... ¡ah! mitad de extrañeza, mitad de espanto, saludó la apertura de aquella obra artística... La toga, el bonete, las placas y el código que el personaje retratado tenía en la mano, fueron reconocidos como de propiedad legítima del juez por su familia; pero... ¿qué significaban aquellas descomunales patillas negras con que le había adornado carnavalescamente el pintor? ¿Qué las dos

enormes cuchilladas que le partían la nariz y una ceja, y los retacos, las pistolas y los puñales que el figurado sacerdote de Astrea llevaba en cinto?

Estupor general. Por fin el juez interpeló ágríamente al aprendiz que había traído el retrato; pero el chico se contentó con decirle que su maestro le había dado órden desde el lecho de llevar el lienzo; que el retrato, como todos los del autor, era intachable; que si las patillas no eran las del original, eran en cambio mucho mejores; que las cicatrices le imprimían carácter y gracia; y que las armas ofensivas y defensivas eran muy convenientes en tiempos tan inseguros y revueltos. Dicho lo cual el gran pillo dió un respingo y se puso en la calle muerto de risa.

Los que tuvieron conocimiento de un hecho tan singular y censurable, se preguntaban qué motivos había tenido Montiano para tratar de tal modo á una persona dignísima, y no encontrando razón alguna para ello, deducían que el pintor no estaba en su sano juicio. Por otra parte, se decía que cuando el aprendiz, de vuelta en el estudio, entró á contarle el efecto que había producido en el juez y en su honrada familia el aditamento de las patillas, las cicatrices y los retacos, Montiano, desde la cama, y apoyando un codo en la almohada, oyó la relación, abrió los ojos con asombro, dió un profundo suspiro y se dejó caer por fin sobre el lecho, lanzando una maldición horrible.

Confirmábase acaso en la triste opinión que estas y otras ocurrencias de igual índole habían merecido al original artista, aquel amigo ó aficionado que, burlando la vigilancia del pintor, curioseaba en el estudio y revolvía los lienzos arrinconados, que tenía puestos de cara á la pared como para librarlos de indiscretas miradas. Eran, en su mayor parte, bocetos informes, sin aspecto de composición, en que los colores aparecían revueltos, tal como suele dejarlos el pintor en la paleta al concluir su trabajo: en los unos apenas si el pincel había manchado la tela; en otros había dejado montecillos de color que les daban el aspecto de mapas en relieve; estos, manchados de blanco y negro, parecían tableros de damas; aquellos deslumbraban los ojos con sus bermellones y amarillos, que no parecía sino que Montiano había querido retratar el sol; algunos presentaban sólo negras líneas y círculos, perfiles acaso de animales, de armaduras, de esqueletos, de árboles secos, de redomas y aves fantásticas; y todos ellos, borrones extravagantes é indescifrables, tenían un no sé qué lleno de interés, palpitan, por decirlo así. Más que hijos del cálculo y de la inteligencia, parecían impresiones de los caprichos, fantasmas y pesadillas del sueño; los colores brillaban como si estuviesen cubiertos de un barniz luminoso; las sombras brindaban una transparencia en que se perdía la vista; los tonos se armonizaban como los de la aurora ó los del ocaso se mezclan y pierden en el espacio. Sin duda el ángel que pinta en los cielos, para recreo de Dios, las buenas obras y las virtudes de los hombres, prestaba á Montiano algunas veces las tintas de su divina paleta. ¡Cuánto genio! decía ante aquellos apuntes extraordinarios algun artista, acaso también como Montiano ramplon y loco, ¡cuánto genio! Pero el que así juzgaba, añadía bien pronto: No, esto no puede haber sido hecho por la mano de un pintor carnal. ¡El arte no alcanza tanto!—Mas ¡oh dolor! aquellos magníficos bosquejos sólo podían ser admirados por algunos espíritus superiores, iniciados en los misterios del arte; al público nada podían decirle, como nada dicen al viajero las inscripciones de una lengua que no comprende: eran trozos sueltos, pensamientos que el pincel había escrito taquígraficamente, verdaderos geoglíficos que Montiano no había descifrado completándolos, desarrollándolos y concluyéndolos, porque sin duda la musa que le inspiraba en el principio de sus cuadros le arrancaba bien pronto los pinceles y la inmortalidad con ellos.

Este pintor sin ventura, que no sabía hacer para el público obras buenas, y que en sus horas de soledad cubría los lienzos con los tesoros de su imaginación, no ofrecía, sin embargo, en su trato social rasgo que le confirmase por loco. Distinguíanle su discreción y prudencia, su afabilidad y noble cortesía. Sus palabras y sus obras—salvo las anécdotas de que se ha hecho mención y que se le aplicaban—revelaban instintos generosos: jamás pronunciaba una frase inconveniente ni aun inoportuna: las damas eran para él objeto de un culto caballeresco, y su consecuencia en las amistades y su energía en sostener su propia dignidad y la del arte, le hacían generalmente querido y respetado.

Verdad es que, como ya lo hemos dicho, una gran falta oscurecía tan bellas cualidades. Si alguna vez se hablaba de arte y de los grandes maestros, bien pronto de sus labios se deslizaba una frase que revelaba la in-

mensa importancia en que tenía su propio talento y la convicción de su genio. Este elogio que hacia de su mérito era concluyente, aplastante.—El Estado soy yo, decía Luis XIV.—Yo soy el arte, decía Montiano.

Pero sucedía que alguno de los que á su estudio concurrían le elogiaba el cuadro que entonces pintaba. Montiano le daba las gracias sonriendo; pero en el fondo de su sonrisa habia una carcajada de desprecio para el adulador, y ¡cosa extraña, inexplicable, absurda! para sí mismo.

—¡Ah! exclamó en una de estas ocasiones: ¡si yo pudiera concluir alguno de mis cuadros! Y arrojó los pinceles y la paleta con un gesto de repugnancia y de soberbia.

—¡Esta mano, esta mano es estúpida y rebelde! dijo en otra ocasion.

También se le oyó un día exclamar, puesto ante un lienzo en blanco con la paleta en la mano y los pinceles sin manchar aún...—¡Nada! El pensamiento duerme: el cerebro está fatigado. ¡Qué vacío en el alma! ¡Qué rigidez! ¡Qué soledad! ¡Este soy yo, sí, me reconozco! Pero no; Montiano, no eres tú, duermes, ¡despierta! ¡Cuán despreciable cosa, solía decir, es la materia!

¿Qué misterio habia, pues, en aquel hombre y en sus obras? ¿Por qué aquel artista lleno de genio hacia tan detestables cuadros? ¿Cómo siendo tan discreto y comedido daba ocasion para que se le atribuyeran hechos censurables ó indignos? ¿Estaba loco? Los magníficos trozos sueltos, recuerdos de inspirados y fugaces momentos, rotos eslabones de una cadena insoldable, poema de placer y de tristeza deshojado y perdido por los rincones de su estudio, ¿habian sido pintados con el pincel de la locura, ó eran, más bien, sus cuadros públicos, sus retratos, sus bambuchadas, sus muestras de botillería y ultramarinos, lo que fabricaba cuando se le reblandecía la sesera?

A pensar razonablemente, eran estas obras, y no las primeras, las que pintaba falto de juicio, toda vez que no eran las mejores; pero si se tiene en cuenta que jamás, mientras las hizo, perdió su continente reposado y sereno, su aplomo de artista; que nunca equivocó el azul de Prusia con el Ultramar, ni el amarillo de Nápoles con el de ningún otro país del mundo; que suprimía las arrugas al copiar la cara de las viejas y los hoyos de las viruelas en la de las muchachas, que su especialidad en los retratos eran las condecoraciones, los diges del reloj, el terciopelo de los cuellos del frac, y los bordados de seda imitando flores y aves ó figurando escenas de familia tan variadas como morales, que lucían en camisas y chalecos los elegantes del tiempo; que nadie como él ponía las borlas en el baston de un corregidor, ó el puño de la espada en la mano de un militar, si se atiende, en fin, que se prestaba á retratar hasta los niños en mantillas y los cómicos con sus trages de beneficio, será preciso reconocer que estos trabajos no pueden ser por su índole especialísima obra ni ocupacion de la irreflexiva locura.

¿Cuál es entonces la solucion del problema?

Si por acaso vuestra curiosidad se ha picado, venid conmigo, levantad el extremo de este pesado tapiz que cubre la puerta del estudio de Montiano y... entremos.

¡Salud, templo del arte!

(Se continuará.)

PUERTA DE LA SALA CAPITULAR

EN LA CATEDRAL DE TOLEDO.

La suntuosa sala capitular comenzada en 1504 y terminada ocho años despues, presenta en su exterior una portada gótica que diseñó y ejecutó Copin de Holanda y es una de las maravillas de la magnífica catedral toletana.

Pocas iglesias pueden ostentar en obras de talla tanta riqueza como la que amontonaron en esta con el mayor gusto Berruguete, Covarrubias y otros escultores insignes. No puede servir de muestra la puerta cuyas hojas son en extremo sencillas, y no guardan relacion con la grandeza de la portada gótica y el lujo escultural de la misma; verdad es que esta puerta debió hacerse modernamente.

X.

¿DOS SONETOS DE CERVANTES, INEDITOS?

Existe un preciosísimo códice de poesías líricas de los siglos XVI y XVII, autógrafas en parte, y no pocas de ellas trasladadas contemporáneas; el cual hubieron de

estudiar y conocer varios de nuestros más diligentes bibliófilos de la pasada y presente centuria, segun marcas y señales que en él hallo, y noticias é indicaciones esparcidas por diferentes obras.

Allí hay versos de Garcilaso, de Gregorio Silvestre, Luis Barahona de Soto, Fray Luis de Leon, D. Diego Hurtado de Mendoza, Baltasar del Alcázar, Francisco Pacheco, de los dos Argensolas, y de los más felices vates sevillanos.

Verdadero vergel é intrincada selva parece el manuscrito, así por la diversidad de flores y armoniosos cantos, ya alegres y de amor, ya melancólicos y tristes, ahora satíricos, ahora de profunda invencion y filosofía; como por la oposicion y variedad en el carácter de letra, semejables á las de cerrado bosque, donde tiernos arbustos se amparan de añosos troncos, una de impetuoso mancebo, otra de varon firme y adestrado, cual de anciano tembloroso, ésta de autor impaciente, aquella de mano reposada; tanto, en fin, por el desorden con que se reunieron y encuadernaron las poesías, y porque las de un dueño confunden con las de otro sus hojas, á estilo de muy vecinos árboles que mezclan y entrelazan sus ramos.

Harta discrecion y advertencia há menester el crítico para no ofuscarse y marearse al querer clasificarlas, y descubrir el propietario legítimo de cada composicion. No ménos destreza ha de mostrar el paleógrafo, pues hay muchos caracteres de letra parientes entre sí, capaces de descaminar al más cuerdo. Y buena memoria ha de enriquecer al literato si quiere acertar con el autor de algunas poesías, caso de haber sido publicadas sueltas ó en coleccion antiguamente. Yo debo decir, que en esta árdua selva del códice, y en todos esos sitios, he visto claudicar una vez y otra á rebuscadores muy linceos.

Son en ella los sonetos lo que en el campo los hongos y amapolas: brotan por donde quiera, solos y señeros, ó juntos en tropel á cada paso; y rara vez con el nombre ó con indicios claros de su dueño. En este peloton reconozco sin el menor género duda, uno de los mejores y más intencionados sonetos de Silvestre; allí otro de Arguijo; más acá los veo de Soto Barahona; y ¡aquí...! ¿De quién serán estos cinco, á toda luz hermanos, y que el primero de ellos parece haberse caido del cartapacio del pastor Grisóstomo? ¿Fueron por ventura de los papeles que el diligente Vivaldo arrebató al fiel Ambrosio ante el cadáver del desesperado y mal correspondido amante de la pastora Marcela? La letra y la marca del papel corresponden al último tercio del siglo XVI; y otro soneto á ellos muy cercano, me consta haberse escrito en 1568.

El que comienza:

Muerte fiera, cruel, desconocida...

habrá de estimarse también como del manchego pastor y no sé si diga lo mismo de los que tienen por principio:

Quien dice que esperar es cosa dura...

Y

Bien puede revolver seguro el cielo.

¿Cansaré al lector copiándole esos cinco galanos epigramas? Por si acaso, me contentaré con ofrecerle únicamente dos. El que tengo por hermano gemelo de la *Cancion desesperada*, hélo aquí:

Salga con la doliente ánima fuera
La dolorosa voz sin alegría;
Busque mi grave llanto nueva vía,
Llorando pena tan terrible y fiera.
Cámbiese ya mi dulce primavera
En noche eternamente obscura y fria;
Y pues muero por tí, señora mía,
Escucha mi cansada voz postrera.
No muero desamado ni celoso,
Que iguales son cualquier en tu presencia;
Solo un dolor me acaba duro y fiero.
Para mostrallo más, soy temeroso;
Para encubrirlo más, ya no hay paciencia:
En fin, es tal, que por callarlo muero.

¿Qué docto crítico dejará de llamar cervántico á este soneto? ¿Quién confundirá la pluma que me figuro lo trazó, con ninguna otra de nuestros siglos de oro? Genio, sentimiento, frase, todo en mi sentir descubre al autor de las poesías que avaloran los seis libros de *La Galatea*; todo al incomparable escritor que animó con sentimientos y recuerdos propios las aventuras del pastor Grisóstomo, y las engalanó con versos de su juventud.

Digo lo mismo del soneto que sigue, y que por ventura pudo haberse dirigido al joven conde de Saldaña, ó más bien al de Lemus, prototipo de Mecenas bizarros:

¡Maldito el hombre que del hombre fia!
Dijo aquel gran profeta generoso:

«Todo hombre miente, es falso y engañoso.»
No hay quien de hacer bien siga la vía.
«Esperar en el príncipe (decía),
En el rico, en el grande y poderoso,
Fué incierto siempre, vano y sospechoso;
Acierta quien de Dios sólo confía.»
Más sí, oh, señor, en este siglo os viera,
Y en esa tierna edad tan viejo y cano,
Y vuestra bondad grande conociera;—
De haberos conocido, muy ufano,
Con muy más clara voz luégo dijera:
«¡No yerra quien confía de hombre humano!»

Cuando hace veinte años leí por vez primera uno y otro soneto, exclamé lo propio que ahora. Ambos son, para mí, de *Miguel de Cervantes Saavedra*.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

DON QUIJOTE Y SANCHE.

SONETO.

Santa es de *Don Quijote* la locura:
Da al vil castigo, al mísero consuelo;
La tierra intenta convertir en cielo;
Cifra en el bien la gloria y la ventura.
No sube *Sancho* á tan excelsa altura:
Rasga implacable á la ilusion el velo;
Ve en la tierra la tierra, y es su anhelo
Que triunfen la verdad y la cordura.
Cada uno es rey en su inmortal esfera:
La *razon* éste, aquel la *fantasía*,
Y juntos son la humanidad entera.
Amor, justicia, fé, sublimes dotes,
¿Dó estais?... No sé; pero en la patria mía
No nacen ya ni *Sanchos* ni *Quijotes*.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

INCENDIO DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÁS.

(MADRID.)

Deseando dar cuenta á nuestros lectores de los acontecimientos de actualidad más recientes que tienen lugar en Madrid, publicamos hoy el dibujo tomado desde la calle de San Cristóbal y hecho con escrupulosa fidelidad por D. Federico Latorre, cuyo dibujo aparece grabado en la página 120, y escribimos estas líneas cuando aún humean los escombros del templo de Santo Tomás, una parte del cual fué presa de las llamas en la noche de ayer.

Momentos ántes de las ocho se declaró el voraz incendio en la iglesia de la calle de Atocha, tomando desde los primeros instantes aterradoras proporciones, y con una intensidad tan grande, que la siniestra claridad de sus llamas iluminaba muchos de los barrios de la capital y se reflejaba en todas sus torres; por fortuna, el celo de las autoridades y los esfuerzos del cuerpo de bomberos, compuesto de operarios que rivalizan siempre en valor, en serenidad y pericia, consiguieron aislar el fuego y dominarlo en la primeras horas de la madrugada. El rey, acompañado de sus ayudantes, se presentó á las nueve y media en el sitio del siniestro, recorrió las calles inmediatas, y se trasladó despues al Consejo Supremo de la Guerra, ó sea al que fué convento de Santo Tomás.

Los estragos causados por el incendio, que en su principio temimos se propagara á los edificios contiguos y aun á las calles próximas, son de consideracion. Pudieron salvarse, venciendo no pocas dificultades, el archivo, grupo del *Descendimiento de la Cruz*, obra muy apreciable del escultor Miguel Rubiales, y la mayor parte de las alhajas, ornamentos y libros, pero han quedado completamente destruidos la cúpula, el coro, el organo y varios retablos, entre ellos el del altar mayor que era una muestra del peor gusto posible, de las que tantas nos dejaron los discípulos é imitadores de Churriguera: dícese que también han perecido entre las llamas los mejores cuadros: *La Coronacion de Nuestra Señora*, de Ruiz de la Iglesia; *Santo Domingo*, de Pereda, y los lienzos de *La Pasion*, de Herrera.

Desgraciadamente hay que lamentar, y esto es lo más triste, algunas desgracias personales; pues han recibido heridas, aunque no graves, el virtuoso capellan del templo D. Gonzalo García, el inspector de orden público Sr. Maestre y seis bomberos; el único herido que segun nuestras noticias inspira cuidado por el estado de sus lesiones, es el infeliz corneta de la compañía de dichos obreros, Lorenzo Fornos.

La iglesia de Santo Tomás era una de las más espaciales, de mayor capacidad y de peor gusto artístico



INCENDIO DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÁS (MADRID), EN LA NOCHE DEL 13 DE ABRIL DE 1872.

entre las de Madrid. Púsose la primera piedra de este templo en el año de 1635, y se abrió al culto en el de 1656, bajo el patronato del conde-duque de Olivares. Su planta era una cruz latina. Débese la fachada á Churriguera y á sus hijos.

La precipitación con que escribimos esta reseña y la falta de espacio no nos permiten dar hoy más noticias que las que ligeramente hemos apuntado en los anteriores párrafos; mas no dejaremos la pluma sin recordar otros sucesos y otras catástrofes de que ha sido testigo el templo de Santo Tomás. En 1723, mientras se celebraba una solemnisima función, se desplomó la media naranja, muriendo entre sus ruinas cien personas. En este mismo edificio celebraban sus tumultuosas sesiones, en 1822, los miembros de la famosa sociedad revolucionaria *La Lanaburina*. En él perecieron mu-

chos religiosos en la horrible y sacrilega matanza del 16 de julio de 1834. En este mismo convento pasó el 15 de octubre de 1841 las últimas horas de su vida una víctima ilustre de nuestras sangrientas discordias civiles, el infortunado general D. Diego Leon. ¡Cuántos y cuán tristes recuerdos!

La reparacion del templo exige tiempo y crecidos gastos; pero esperamos que, teniendo en cuenta los servicios que prestaba y ha de prestar en aquella parte de la población, de la que han desaparecido las iglesias de Santa Cruz y Santa María, se acometerá con resolución, con entusiasmo y sin detenerse ante sacrificios y dificultades de ninguna especie.

14 de abril de 1872.

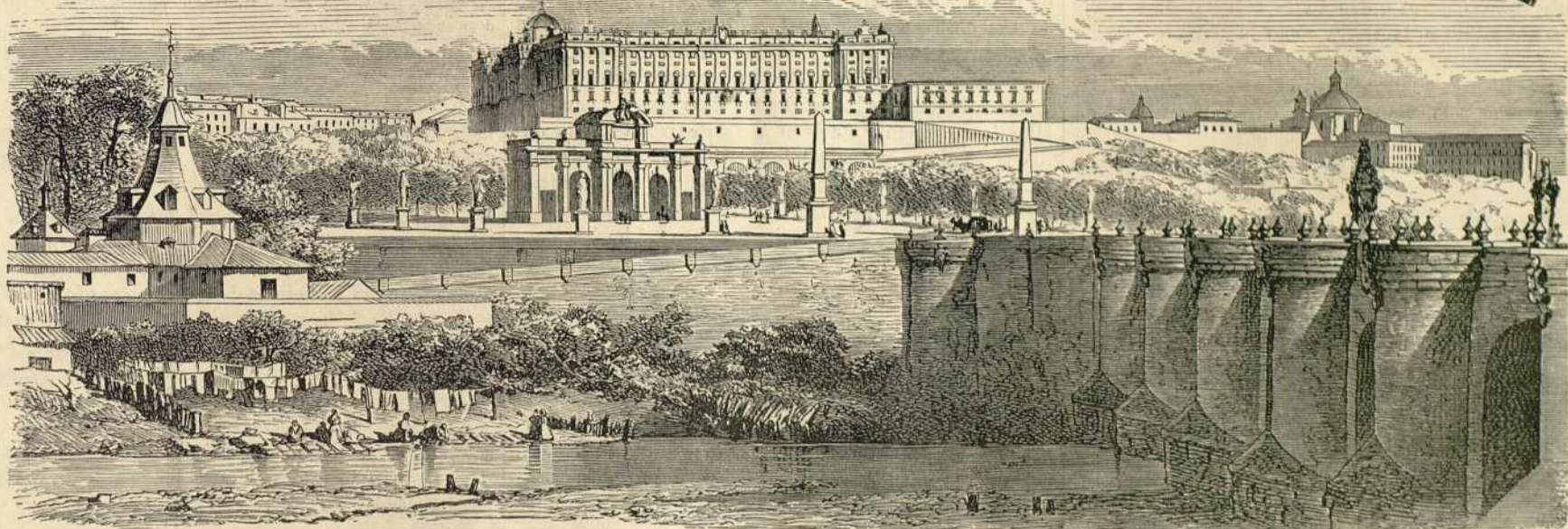
X.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	50 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE ABRIL DE 1872.

NÚM. 56.

SUMARIO.

TEXTO. — Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Flores*. — Crónica de la quincena, por *don B. Perez Galdós*. — Antigüedades de la provincia de Zamora. Iglesia parroquial de San Pedro de la Nave, por *D. Tomás M. Garnacho*. — ¿Qué pintará? Memorias de un artista (continuación), por *D. Isidoro Fernandez Flores*. — Cervantes y la noche de difuntos (continuación) poesía, por *D. Gaspar Bono Serrano*. — Apuntes bibliográficos, por *D. José F. Brea*. — Don Manuel María de Santa Ana, por *R.* — Costumbres castellanas, por *D. Ricardo Villanueva*. — El huésped, cuento fantástico, por *D. Carlos Coello*. — Descripción del figurin de modas, por *D. E. G. de A.* — Modas, por *doña María del Pilar Simés de Marco*.

GRABADOS. — Don Manuel María de Santa Ana, dibujo de *don A. Perea*. — Coro de la iglesia de Santo Tomás después del incendio (Madrid), dibujo de *D. Alejandro Ferrant*. — Altar mayor de la iglesia de Santo Tomás después del incendio, dibujo de *D. Luis Taverner*. — Costumbres castellanas. Baile en Santa María de Nieva (Segovia), dibujo de *D. A. García Mencia*. — Costumbres religiosas de Madrid. El Dios grande. Comunión á los enfermos, dibujo de *D. Alejandro Ferrant*. — Puerta del Obispo en la catedral de Zamora, fotografía de *Laurent*. — Tipos de Alcoy, dibujo de *D. F. Laporta*. — Figurin de modas, dibujo de *D. Dantel P.*

ECOS.

Yo debería empezar esta revista con una oración fúnebre. La paz ha muerto asesinada por la guerra civil. Pero sé bien que mis lamentaciones serían inútiles, y que estas disidencias entre hermanos se re-



DON MANUEL MARÍA DE SANTA ANA.

suelven con el plomo y el hierro. Primero es el hacerse pedazos; luego, cuando el que ménos destrozaado quede recoja la palma del combate, vendrán las reflexiones filosóficas.

Entre tanto, quiero coger del jardín botánico de nuestras luchas civiles, la planta que *Pigaro* llamaba *nueva* cuando la describía; y toda vez que esa planta nos ofrece hoy nuevos frutos, quiero también regalaros la descripción que de ella ha hecho el inmortal satírico.

El recuerdo y el estudio de esta planta son doblemente oportunos: estamos en primavera, estación de las flores... y de los carlistas.

«El faccioso es fruto que se cria sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos: que se trasplanta con facilidad, y que es tanto más robusta y rozagante cuanto más lejos está de la población: esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos en los balcones, y aún sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos; el hecho es, que en todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho á la cria del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan; el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por

ejemplo, como la sensitiva al irle á echar mano; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye, como la ingrata yedra, el árbol á que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene como esos frutos, de lo que coge á los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelea en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; eria, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones."

Hé aquí el retrato del faccioso de 1834, hecho por Figaro.

Preparen Vds. el lienzo y los colores para retratar al carlista de 1872.

El Alcalde popular ha publicado un bando reglamentando la venta del petróleo. Todo depósito de este líquido no podrá exceder de treinta litros: se prohíbe la venta durante la noche: se toman, en fin, otras varias disposiciones para que este líquido no arda divorciado de la torcida y fuera de los quinqués.

Estas disposiciones obedecen sin duda al celo que anima al Sr. Alcalde en el cumplimiento de su honroso cargo; pero el público, que en la más inocente lamparilla ve ya el espectro de la demagogia, ha dado á ese bando una interpretación horrible, fatídica.

Las revoluciones tienen sus modas. La del 93 en Francia tuvo la de la guillotina: la de la Commune ha inventado la del petróleo. En la primera se decapitaba al inquilino y se respetaba al casero. En la segunda el casero paga las culpas de sus inquilinos.

En lo sucesivo todo propietario de fincas rústicas ó urbanas, ántes de alquilar su casa á cualquier individuo, tendrá que exigirle una declaración de fé política expresiva de que no tiene levadura alguna de oscurantista ni reaccionario, y remitirá esta patente á la *Internacional*, para que en vista de ella le asegure la finca del petróleo. El portero de una casa será el agente de policia de la misma, y el barómetro que indique al propietario el cambio ó las modificaciones que sufran las opiniones de los inquilinos. Toda vez que el editor responsable de éstos es el casero, debe tener derecho á que éstos piensen como á él le dé la gana.

Hay que convenir en que las acciones no son malas ni buenas en sí, y que deben juzgarse por los sentimientos que las inspiran. ¿Quién se atreverá á comparar con Judit, ni con Carlota Corday, á la Bernaola? ¿Quién tampoco comparará con Erostrato, que incendió el templo de Diana por inmortalizar su nombre, al petrolista que prende fuego á la casa que vive porque le debe seis meses al propietario?

Comprendo ciertas organizaciones. No me asombra que Neron entregue Roma á las llamas. Neron, él lo dijo al morir, era un gran artista: uno de esos hombres superiores que desprecian á la humanidad porque tiene la conciencia de que la humanidad es despreciable: uno de esos emperadores que azotan á sus pueblos para hacerles expiar el crimen de haberles coronado: uno de esos monstruos de feroz egoismo, llenos de hastío y de deseos imposibles que han roto la ley de las preocupaciones sociales, y que sólo gozan con lo extraordinario, en la salvaje independencia de un corazón nunca dominado ni satisfecho: apénas sube al trono envenena á su madre; hace asesinar á su esposa; condena á muerte á Lucano su amigo; á Séneca su maestro; á Corbulon su general más ilustre; sabe en fin, despreciar la vida de los demás tanto como desprecia la suya propia. ¿Qué extraño es que Neron, engrandecido á sus propios ojos por la pequeñez de sus súbditos, una noche en que siente más frío en el alma que nunca, quiera calentarse en el brasero de Roma? Sí, Neron, en este momento, aparece más grande á mis ojos que aquel pueblo miserable que lanzaba entre las llamas inútiles gemidos. Por otra parte Roma era su palacio: los romanos eran esclavos suyos: quemaba su casa y no la ajena.

Pero los nietos de aquel gran petrolista, los internacionalistas del siglo XIX, no son emperadores, ni tienen fincas siquiera: son obreros, ellos lo dicen: son los albañiles que han hecho las casas; los papelistas que han cubierto de flores pintadas sus paredes; los carpinteros que han hecho sus puertas y ventanas; los ebanistas que han construido los muebles que las adornan; los artifi-

ces que han forjado las mil preciosidades de que están llenas: los trabajadores, en fin, que edificándolas, adornándolas y embelleciéndolas, han ganado el sustento. Estos son los que invocando una idea política untan esas casas de petróleo, y le arrojan en inflamados chorros sobre la obra de sus manos; estos son los que en nombre de la fraternidad universal reducen á cenizas el bien y la felicidad de sus hermanos... Pero, veamos, acaso algun sentimiento grande los anime en tan bárbara como luminosa tarea... ¡Ah! ¡Sí! El sentimiento de la modestia y del buen gusto: se avergüenzan acaso de sus obras, y como aquel escultor que al presentarle una estatua suya la rompió indignado, las destruyen para que no les desacrediten en la posteridad.

Penélopes de la edad moderna, ellos hacen las casas, ellos las queman y vuelven á construirlas y á incendiarlas. Parécense á aquel industrioso cirujano de Valladolid que tenia una tienda con puertas á dos calles, y salía por la una á herir al transeunte que pasaba, y le recibía por la otra cuando llevaban al herido para que le curase: con lo que nunca le faltaba parroquia.

Adoptado este sistema, es de suponer—y esto consuela—que á los internacionalistas no ha de faltarles nunca trabajo.

Desde que el petróleo goza reputación de ser el líquido más apropiado para quitar las manchas del despotismo y de la tiranía, urge una gran reforma en los edificios y en el hogar doméstico: las casas deben construirse todas de piedra, y el mueblaje debe ser de hierro: las ropas y papeles de amianto.

De este modo las orgías petrolísticas tomarán el carácter de un simple fenómeno atmosférico, y serán tan inofensivas como las auroras boreales.

Es necesario que dejemos de mentir cuando digamos, "estoy sobre áscuas": es preciso que podamos sentarnos impunemente en un sillón enrojecido por el incendio, que nos podamos acostar en la chimenea, y que tomemos baños de gas mille inflamado para conservar nuestra incombustibilidad salvadora!

[La civilización es una mariposa que vuela hácia una luz de pura llama, que á lo lejos descubre, con las alas untadas de petróleo.

Los periódicos de provincias recibidos en Madrid hasta el momento en que escribo estas líneas, dan cuenta de las fiestas que en algunas de ellas se han realizado con motivo del aniversario de la muerte de Cervantes.

En Barcelona, según veo en el *Diario* de esta capital, se ha anticipado un mes la publicación del número 5.º del *Boletín de la reproducción foto-tipográfica de la primera edición de Don Quijote de la Mancha*, que publica el Sr. Lopez Fabra. Este *Boletín* contiene un estudio curiosísimo de las ediciones de *Don Quijote* de cuya impresión se tiene conocimiento.

De un estado que acompaña al *Boletín* resulta que se hicieron de esta obra en España y en el extranjero:

En el siglo XVII, 46 ediciones.

En el siglo XVIII, 75.

En el siglo actual, 113.

Dando un total hasta el día de 234 ediciones.

El menor número corresponde á España como indica el Sr. Lopez Fabra, pues sólo se han hecho en nuestra patria 83 ediciones, mientras que en el extranjero se han impreso en castellano y en diversos idiomas 152.

En Madrid se han hecho, 54.

En Barcelona, 20.

En Valencia, 2.

En Zaragoza, 2.

En Sevilla, 2.

En Tarragona, 1.

En Argamasilla, 2.

La progresión de 46, 75 y 113 de las ediciones que se han producido en los tres siglos, indica la creciente aceptación que tiene aquella obra incomparable.

Según dice el mismo *Diario de Barcelona*, el editor de la edición foto-tipográfica se propone dar por complemento la reproducción en 100 idiomas ó dialectos del capítulo 42 del *Don Quijote*, ó sea los consejos para el alma que dió el hidalgo manchego á Sancho ántes que fuese á gobernar la insula.

Cádiz también ha solemnizado tan glorioso aniversario celebrando honras fúnebres por el eterno descanso del ilustre escritor; la Academia de Bellas Artes Sevillana, que no podía faltar en esta ocasión á sus ilustres tradiciones, ha celebrado igualmente una fiesta literaria, y la redacción del diario la *Andalucía* que en aquella ciudad se publica, se propone hacer una publicación especial que contenga todo el movimiento lite-

rario á que ha dado lugar dentro de España el aniversario de nuestro inmortal ingenio.

También en Valencia y en otras varias capitales se ha honrado la memoria de Cervantes, y tengo singular placer en hacer particular mención del modo con que lo ha solemnizado el *Ateneo Tarracónense de la clase obrera*, el cual ha publicado un número de 12 de páginas que contiene notables artículos dedicados al *Quijote*, y á su autor; número en que advierto como circunstancias excepcionales, y entre otras, que los artículos aparecen firmados únicamente con iniciales, y que no contiene versos.

De una visita á la casa donde vivió Cervantes en Valladolid, ha nacido en alguno de los hijos ilustrados de esta ciudad la idea de fundar en dicho local un centro literario que sea al propio tiempo eco de los progresos artísticos de los vallisoletanos, y gimnasio donde prueben sus fuerzas intelectuales.

Una magnífica hoja más que añadir al álbum de monumentos arquitectónicos de España que ofrecen las páginas de LA ILUSTRACION DE MADRID, es el grabado que representa *La puerta del Obispo* en la catedral de Zamora: portada notable por su severidad y grandeza.

Otro grabado de que no se hace especial mención, es el que representa varios *Campesinos de Alcoy*: tipos que conviene fijar por medio del lápiz ántes que el tiempo, que todo lo altera y modifica, los haga perder su originalidad y carácter.

El pueblo, en su lenguaje pintoresco, ha dado el nombre de *Dios grande* á la comunión que en esta época del año sale procesionalmente de las iglesias de Madrid, y que se administra á los enfermos. Esta solemnidad es una de las que más caracterizan las costumbres religiosas de la corte. Las calles barridas y enarenadas: los balcones adornados con ricos tapices y vistosas colgaduras y rebosando de hermosas mujeres elegantemente vestidas: el vá y vén incesante de la multitud que se aprieta y se empuja, que grita y se queja hasta que se abre en dos filas, doblando la rodilla y descubriéndose; el son acompasado de la banda militar que sigue la magnífica carroza cubierta de ramos y flores, templo ambulante donde va el sacerdote, arrastrado por briosos caballos empenachados; el sol, en fin, hiriendo con sus reflejos los bordados de oro y plata de los uniformes, las cintas, lazos y joyas de las damas, corriendo como una sierpe de fuego por los ondulantes flecos del pábilo, brillando como una lluvia de estrellas en las bayonetas, en las espadas desnudas, en las cruces y remates de las mangas y estandartes, y prestando luz, color, y vida á todo, forman un cuadro digno del artista, y un poema digno del poeta.

Y como nota aguda, pero feliz, del cuadro, y como ripio inevitable del poema, los chicos—y aun los grandes—caen revueltos por coger las volanderas aleluyas.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

La órden de retraimiento expedida por el duque de Madrid, y la aparición de partidas carlistas que ha sido inmediata consecuencia de aquel acuerdo, ocupan hoy por completo la atención pública. Como LA ILUSTRACION DE MADRID no es periódico político, nos abstemos de comentar sucesos que sería difícil aislar de la política general, aunque para condenar la sublevación carlista unamos nuestra voz á la de toda la prensa.

En Madrid, apesar de que, discurriendo cuerdamente, es seguro que no se alterará el órden, ha habido bastante alarma en los pasados días. Y no hay nadie, por despreocupado que sea, que no participe de la general zozobra: hemos visto cumplidas desgraciadamente tantas profecías de esta clase, que rara noche nos acostamos completamente tranquilos respecto á las impresiones que hayamos de recibir en la mañana siguiente.

En esa hora de la mañana en que el cuerpo, abrumado por profundo sueño, cierra estúpidamente los ojos á la luz que se cuela por las rendijas, trayendo hasta el mismo lecho todos los esplendores y alegrías del día; cuando el oído parece luchar con los rumores de la calle, queriendo rodearse de un silencio imposible; en esa hora en que dormimos y velamos, afanándonos con angustiosa tenacidad en prolongar la noche más allá de

su límite, somos víctimas de una ofuscación pasajera, si como es probable, nos acostamos pensando en motines y sublevaciones. En aquel estado nebuloso de nuestro entendimiento, que como un cielo sin sol amanece lleno de sombras tristes y de turbias claridades, todo se nos representa conforme á los disparates que soñamos poco antes ó á las ideas que, sorprendidas por el letargo, parece que se quedan dormidas también en nuestro cerebro, y que también despiertan desfiguradas y torpes por la mañana. Una criada apalea una alfombra, y en cada golpe creemos sentir el zumbido de los cañones. Pasan los carros que la municipalidad emplea en menesteres relativos á la limpieza pública, y nos figuramos escuchar el estruendo de las cureñas. Un pregon en la boca de un ropavejero, nos parece la proclama que convoca al barrio insurrecto. La algarabía de las criadas que vuelven de la compra, se nos convierte en el rumor clásico del pueblo irritado, y hasta las burras de leche que discurren encerreado con lúgubre música, se nos antojan escuadrones de caballería ligera; que en el trastorno de nuestra imaginación no nos parece del todo absurdo que los carlistas hayan asociado aquel paciente animal á sus hazañas.

Pero despertamos y ¡oh desvanecimiento de todas las pesadillas! en Madrid no ha ocurrido nada de particular, y continúa lo mismo que todos los días, con su hermoso cielo, su sol deslumbrador y su vagabundo genio, que discurre por calles y paseos en busca de gratas impresiones. Los árboles reverdecen con trabajo; los pájaros vuelan cantando, sin que les espante la metralla, y la política de todos los partidos sigue charlando muy alto, aunque pacíficamente, en los periódicos y en los círculos; pero nada dice por boca de los cañones.

* * *

Tal vez sea de gran oportunidad mencionar á propósito de las aspiraciones y lenguaje de ciertos partidos, la censura dulce en la forma pero enérgica en el fondo que Su Santidad dirigió en su elocuentísima y tierna alocución de 12 de abril, á la prensa ultramontana de la nación vecina, no nombrada, pero sí claramente aludida en aquel discurso. Este suceso nos lleva necesariamente á hablar un poco de lo ocurrido en el extranjero, aunque, á decir verdad, ningún acontecimiento importante ha tenido lugar en el mundo, y si algo ocurriera no tendría gravedad suficiente para distraernos de nuestros asuntos. No creemos que el mundo dé extraordinaria importancia á las recepciones de Mr. Thiers en el palacio del Elíseo, asegurando que es un principio de reconciliación con la ciudad de París, descapitalizada en castigo de sus debilidades comunistas; pero el presidente de la república no necesita establecer un simulacro de corte en *sa bonne ville* para que esta viva contenta y feliz, sin apesadumbrarse mucho recordando los horrores que han pasado en su recinto desde el 4 de setiembre de 1870. Los parisienses no se dedican á darse golpes de pecho, ni tampoco tendrán gran apuro porque algunos señores diplomáticos y los padres graves del orleanismo y de la república moderada coman gravemente en el palacio del Elíseo. París siempre será París, y tiene en su inmensa y regocijada población elementos bastantes para pasarlo bien, aunque continúe por algún tiempo sin corte. Pero Thiers cree que *Paris vale un rigodon*, y abriendo á la diplomacia y á las eminencias políticas los salones de la antigua Presidencia, aspira á congraciarse la interinidad juiciosa del régimen actual con las aspiraciones de la gran ciudad.

Pero es extraordinario el partido que sacan de estos sucesos las empresas telegráficas que viven de transmitir emociones á todo el mundo, y los corresponsales de la prensa en los diversos países de Europa y América. La observación quizá indiscreta de algún concurrente que se aburre en aquella sala, sorprende al ilustre anciano en conversación con éste ó con el otro diplomático. Al punto surgen las conjeturas y las profecías. ¿Habló con el conde de Arnim? Pues tenemos una próxima evacuación del territorio francés. ¿Cuchicheó con lord Lyons? Pues es seguro que Inglaterra va á tomar parte más activa en los negocios europeos. ¿Dijo dos palabras al caballero Nigra? Pues no hay remedio sino que se trata de una reconciliación con Italia. ¿Se sentó en un rincón en compañía con el embajador ruso? Pues cáte que algo va á pasar en el mar Negro. Cuestión de Oriente tenemos. Y así se entretiene la curiosidad pública, á falta de noticias de interés real.

* * *

En el presente número verán nuestros lectores dos grabados que representan el primero el altar mayor de la que fué iglesia de Santo Tomás, después del incendio. Este dibujo se debe al artista Sr. Taverner, que

hoy por primera vez honra las planas de LA ILUSTRACION, y el segundo, del Sr. Ferranz, el coro del mismo templo después de aquel triste suceso.

No es tiempo ya de hablar de aquel horroroso incendio que puso fin en unas cuantas horas al templo más grande y más bello que tenía Madrid. Toda la población presenció con espanto tan gran desastre, no ciertamente el primero en aquel sitio, pues en el siglo pasado se desplomó durante una ceremonia religiosa la cúpula del mismo edificio, dando muerte á cien personas.

En el incendio, por fortuna, no pereció nadie, nadie más que el edificio con sus magníficos retablos, sus cuadros, sus frescos y sus esculturas, entre los cuales había algunas de mérito. Situado en uno de los parajes más altos de la población, las llamas, apoderadas con rabiosa voracidad del viejo maderamen de la cúpula y techo, iluminaban con horrendo reflejo la ciudad entera, de tal modo, que observado el espectáculo desde lejos, parecía que la *Comumne* había establecido en Madrid su salvaje imperio. Desde ciertos puntos se podía contemplar perfectamente el fuego en toda su horrible grandeza, y por más de una hora fué objeto de las miradas de miles de personas, ansiosas y contristadas, la linterna que despedía bocanadas de fuego como el cráter de un volcán, y la cruz de hierro que clavada en lo alto aparecía en medio de las llamas como materia incombustible que había de sobrevivir al desastre. Pero la cruz osciló al fin desprendiéndose de su asiento, y tras ella cayó la cúpula con horroroso estruendo. Después de esto la iglesia de Santo Tomás no fué más que un montón de áscuas y de leños humeantes.

No ha tardado en plantearse el problema de la reedificación, y á juzgar por la diligencia con que algunas personas lo han tomado, es probable que Santo Tomás vuelva á existir, teniendo de nuevo la preeminencia entre las iglesias de Madrid.

* * *

Se ha nombrado al fin la comisión para la Exposición universal de Viena; pero algo tarde, en verdad, pues cuando nuestra *Gaceta* ha designado las personas que han de componer dicha comisión, ya las extranjeras estaban hartas de funcionar, preparando los trabajos necesarios para que sus respectivos países estuvieran bien representados en tan notable certamen. La comisión de España nos parece demasiado grande, y Dios quiera que esta complicadísima máquina creada por el periódico oficial, se mueva con desembarazo y celeridad. Por Dios, señores de la comisión, que para llevar al palacio del Prater una segunda *calle de Postas*, como lo que vuestros antecesores llevaron al Campo de Marte, no valía la pena de que fueran reunidos y molestados tantos hombres ilustres, arrancándolos á sus quehaceres. Sin aspirar á hacer un papel superior á sus fuerzas, España puede tener representación digna en Viena con su industria y con sus artes. Sensible será que así no pase, y más sensible el considerar que este segundo, tercero ó cuarto error (la cifra es larga) no consistirá en falta de inteligencia por parte de los comisionados, sino en sobra de abandono.

* * *

Algo ha dado que hablar últimamente el solemne desaire que ha recibido de los escritores españoles cierto periódico que se publica en París con el título de *El Americano*, y que, consagrado á defender la teoría de Monroë, la aplica á nuestra isla de Cuba, levantando la bandera del filibusterismo al amparo del nombre de una multitud de ilustres y muy leales compatriotas nuestros. *El Americano*, que aspiraba á tener por colaborador al mundo entero, ideó para conseguir este fin un sistema muy fácil y cómodo, que recomendamos á las empresas de periódicos, si tienen arrojo para plantearlo. Consiste el sistema en tomarse el trabajo de redactar una larga lista de escritores de todos los países é insertarla luego en la primera ó cuarta plana de la publicación, con lo cual dicho se está que ésta podrá carecer de buenos artículos, pero nunca de excelentes padrinos. Todos los sistemas ventajosos tienen su inconveniente; y este que inventó el Sr. Varela tiene el de que á lo mejor salen protestando los apócrifos colaboradores, como ha sucedido con los españoles, que eran los más, y (permítasenos la jactancia), los mejores. Blasco, Ayala, Escosura, Breton de los Herreros, Nombela y otros escritores distinguidos han protestado contra la usurpación de sus nombres por *El Americano*, explicando algunos de ellos su consentimiento en la colaboración de este periódico, por ignorar que se propusiese ser órgano del filibusterismo.

B. PEREZ GALDÓS.

ANTIGÜEDADES DE LA PROVINCIA DE ZAMORA.

IGLESIA PARROQUIAL DE SAN PEDRO DE LA NAVE.

I.

En una de las excursiones que hice en el año 1858 por varias comarcas de la provincia de Zamora, dió la casualidad y tuve la fortuna de internarme y recorrer las escarpadas márgenes del Esla, desde las ruinas del antiguo castillo de Castrotorafe, hasta la estrecha garganta de la imponente roca en que se introduce el río por bajo del famoso puente de Ricobayo.

Ningún vestigio ví de fábricas antiguas en los términos de Perilla de Castro y San Pedro de las Cuevas, ni en los de San Vicente y Manzanal del Barco; pero en cambio pude admirar esta parte del torrentoso Esla, que naciendo en las montañas de Tarna en la provincia de Leon y engrosado en su curso de 30 leguas con las aguas del Orbigo, del Tera y el Aliste, sin contar otros afluentes de ménos importancia, rompe impetuoso los estribos de las sierras que se oponen á su paso por tajos inaccesibles, hasta precipitarse en el Duero más abajo de Almaráz. Sin embargo, allí, donde ya no esperaba encontrar rastros de antiguas construcciones, ni restos arqueológicos de viejos edificios, frente á la confluencia del Aliste con el Esla, en un valle cerrado por altas y fragosas colinas que por ambos lados estrechan su cauce, antes y después de este corto remanso, tuve la suerte de hospedarme, para reparar la fatiga del viaje, en uno al parecer caserío, que lleva por título el que sirve de epígrafe á estos apuntes.

Era la ignorada *villa* de San Pedro de la Nave, que no es menor su categoría municipal apesar de que sólo tiene siete casas con una población de 32 habitantes, pero con jurisdicción tan vasta, que se extiende á los lugares de Almendra, Valdeperdices, La Pubblica, El Campillo, Villafior y Villanueva de los Corchos, con los que forma el distrito municipal de su nombre.

Es de advertir que de estas aldeas sólo las dos primeras tienen iglesia parroquial y que por carecer de ella las otras cuatro y estar situadas en la margen derecha del Esla, se ven sus respectivos vecinos en la necesidad de acudir á oír misa á la de San Pedro de la Nave, y el cura obligado á pasar y repasar el río para administrar los sacramentos á los enfermos en una mala barca, que cual la de Caronte, tiene que conducir también los muertos al único cementerio de la feligresía.

Mas dejando estos detalles, voy á ceñirme al objeto principal que me he propuesto. La iglesia de esta pobre villa, que tantos años ha permanecido ignorada del mundo artístico, ha tenido el privilegio, no há mucho tiempo, de ser visitada por profesores y alumnos de la escuela especial de Arquitectura, gracias á lo que con razón y casi con orgullo pudiera llamar mi hallazgo, y á las noticias que dí de él oportunamente al ilustrísimo é ilustrado Sr. D. Pedro de Madrazo, miembro de las reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Ignoro el informe que supongo daría la escuela de Arquitectura acerca de este edificio. Sin embargo, aunque profano al arte y aun á riesgo de cometer más de un error, llevado de mi afición y con objeto de coadyuvar á la mayor publicidad de tan interesante asunto, voy á emitir mi opinión sobre éste para mí valioso monumento.

El templo de San Pedro de la Nave es de forma vulgar en su exterior. Sus muros de mampostería, cuya construcción pertenece á diferentes épocas, están llenos de remiendos, á escepcion del que corresponde al ábside, que es de sillaría seca sin género alguno de argamasa y parece el más antiguo, presentando en general un aspecto pobre y ruinoso, como para ocultar á las miradas del observador la maravilla artística que se encierra en tan breve espacio.

Mas al penetrar en su interior, desde el umbral de la puerta, mejor dicho, queda el ánimo suspendido al contemplar, donde ménos pudiera sospecharse, una de las joyas arqueológicas del arte cristiano, acaso la más notable por su estructura y antigüedad de cuantas existen en la provincia de Zamora.

Quisiera tener los conocimientos necesarios en arquitectura y poseer el idioma de las artes, para describir con exactitud hasta los menores detalles de tan peregrino santuario; pero por mi insuficiencia habré de contentarme con enunciar á grandes rasgos los que más le caracterizan, discurriendo también acerca de la época á que en mi concepto pertenece.

La iglesia de San Pedro de la Nave tiene la traza de un cuadrilongo no muy prolongado ni de grandes dimensiones, y sus tres naves se ven sostenidas por hermosas columnas de jaspe de una pieza, adornadas de

bajorelieves de tosca escultura en los capiteles que representan pasajes de la Sagrada Escritura, como el sacrificio de Abraham, el lago de los Leones y otros análogos, que no pude descifrar por estar recientemente *en-calados*. Operación bárbara que viene repitiéndose por la piedad de los fieles y la incuria de los párrocos por espacio tal vez de muchos siglos, desfigurando así los adornos y hasta la fisonomía de tan precioso templo.

Su forma es la de la antigua basílica, con un solo altar en el extremo oriental de la nave del centro, que hasta la distancia del arco toral está separada de las laterales por muros de alto á bajo y sin más comunica-

No cabe duda en mi concepto de que el templo de San Pedro de la Nave, reuniendo como reúne la mayor parte de los rasgos y caracteres que tanta analogía tienen con las basílicas asturianas, pertenece por su arquitectura al estilo llamado latino y corresponde por su antigüedad á los primeros años del siglo X, de cuya demostración voy á ocuparme hasta donde me lo permitan mis escasas fuerzas.

II.

No hay templo, castillo ni palacio, atalaya ó torreón antiguo, hállese en pie ó destruido por la acción inle-

glesia de San Pedro de la Nave, para hospital de peregrinos; y para esta creencia se aduce como razón la forma misma del templo, fundándose en que los arcos sostenidos por las columnitas que dan vista á la central desde las naves laterales, tenían por objeto que los enfermos, desde sus estancias ó desde sus mismos lechos, pudieran ver al sacerdote y asistir á los oficios divinos que se celebraban en el altar.

Si de aquí apelamos á la historia, hallaremos que el rey D. Alonso el Católico, después de sus victorias contra los moros, vuelto el pensamiento á las artes de la paz, se ocupaba por los años 888 y siguientes en edificar



CORO DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÁS DESPUÉS DEL INCENDIO.—(MADRID.)

ción con ellas que la que á un metro del pavimento le da una especie de balastrada, mejor dicho, de airosos agimeces sostenidos por graciosas columnitas.

Los arcos, que apoyados en las de jaspe separan las naves laterales de la central, son de mediod punto; pero desviados un tanto en el arranque de su forma semicircular, presentan algún parecido á los llamados reentrantes ó de herradura, lo que les da un tinte árabe que comunican á la perspectiva interior del edificio.

Al extremo opuesto del altar se halla el subterráneo donde existieron los cuerpos de San Julian y Santa Basilisa, confesores, á quienes la tradición reconoce como fundadores de esta iglesia, cuyo enterramiento se vé cerrado por una losa sin adorno ni inscripción alguna.

En una palabra: si la nave principal y dos más reducidas parecidas á aquella; si el altar único y la cripta en que se encierran los cuerpos ó reliquias de los santos; si la nave del centro separada de las laterales por arcos de medio punto, la pequeñez del templo, las luces escasas y elevadas forman los caracteres más esenciales de las basílicas, estos mismos, como en los templos del siglo IX escondidos en las montañas de Asturias, aparecen y se distinguen también en esta iglesia, oculta en las sinuosidades del Esla.

mente del tiempo, que á falta de una historia no tenga su tradición ó su leyenda. De aquí la dificultad del investigador que, ó tiene que apoyarse en datos inseguros, ó tomando de ellos lo más verosímil concluye para aproximarse á la verdad por pedir auxilio á la inducción y á la lógica en general.

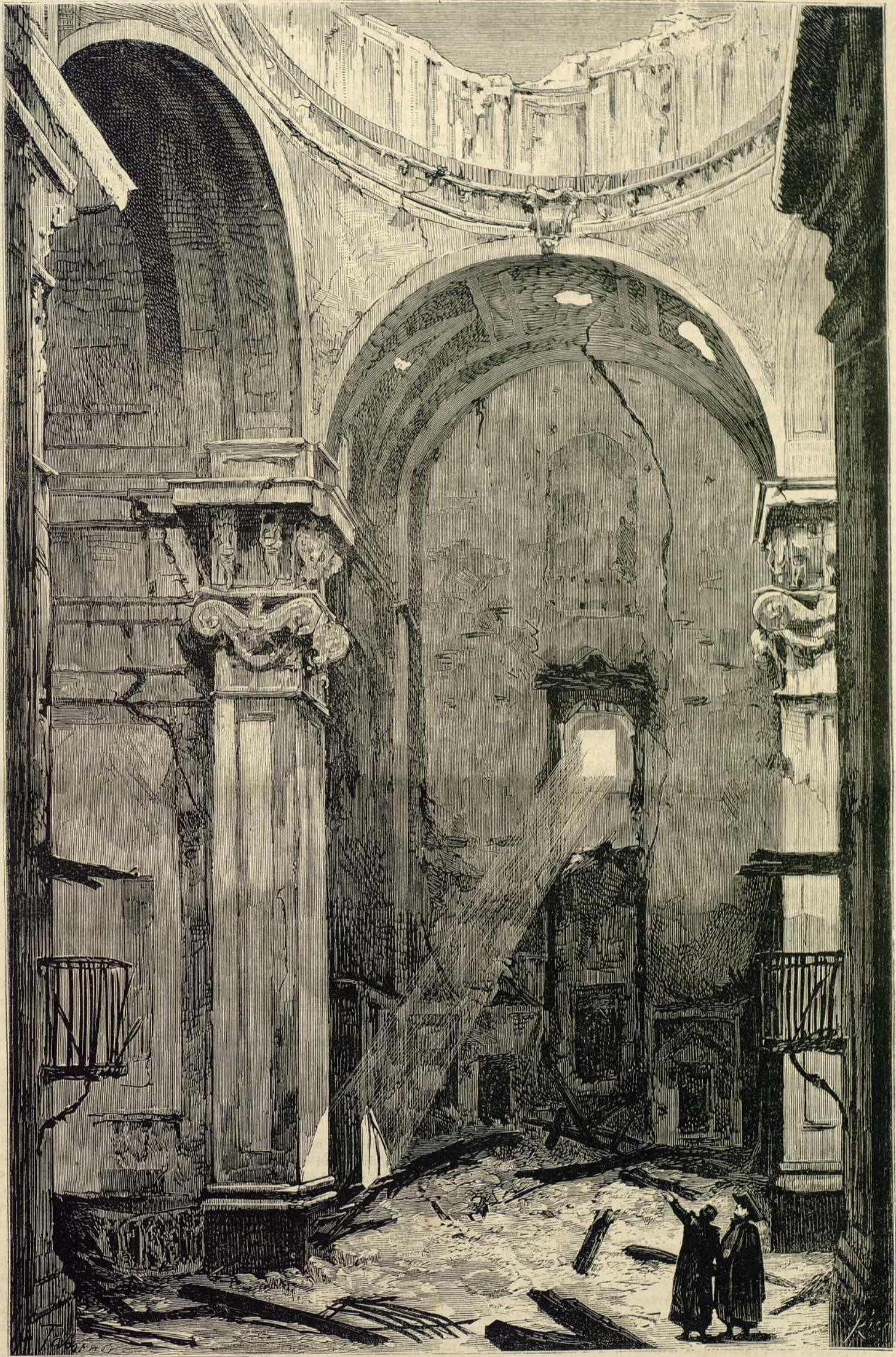
En éste caso se halla la iglesia de San Pedro de la Nave. Sin embargo, como las piedras también hablan y la historia no es siempre tan ingrata que deje de suministrar algún dato por oscuro que parezca, esta y aquellas con la tradición me ayudaron á indagar el origen de tan extraordinario monumento, que aunque corresponde como llevo dicho al estilo latino, ostenta también toques del árabe en los arcos que separan las tres naves y detalles románicos en los capiteles de las columnas que los sostienen, así como en las columnitas de los visillos laterales; circunstancias que por sí solas demuestran su antigüedad y le hacen digno de la admiración y estudio de las personas entendidas.

Según la tradición, que como para perpetuarse más se conserva en una nota manuscrita á mediados del siglo último en un libro de cofradía de aquella parroquia, por un monje Benito que ejercía la cura de almas, los santos Julian y Basilisa mandaron edificar el año 900 la

iglesias en nombre de los santos, pueblos y castillos para comodidad y seguridad de sus vasallos, debiendo su reparación el famoso monasterio de Sahagun á la liberalidad de ese monarca, y Zamora la construcción de unos baños y un hermoso templo y la reedificación de sus murallas.

Todos los historiadores están contestes en que este gran rey, cuya piedad igualaba á su valor, después de haber arrojado á los mahometanos al otro lado del Duero, repobló muchos lugares assolados, restauró los templos destruidos y edificó muchos de cimientos para dar culto y gracias por sus victorias al Dios de las batallas; y nada tendría de extraño que á este piadoso monarca debiera su fundación la iglesia de San Pedro de la Nave, estando como está tan próxima á Zamora, ciudad de su predilección, tanto por su excelente clima y la feracidad de sus campos, como por su posición topográfica, que la hacía como la llave fronteriza del país reconquistado.

Pero el dato más precioso, el que confirma, digámoslo así, la época de la fundación de este templo, es el que se desprende de una antigua crónica en la que se expresa que el rey D. Alonso III anexionó la hacienda de Valdeperdices al monasterio de San Pedro de la Nave,



ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE SANTO TOMAS DESPUES DEL INCENDIO.

dependiente del de Sahagun, era 940 ó sea el año 902, lo que prueba hasta la evidencia que por aquel tiempo ya existía el edificio.

La historia, como se ve, concuerda con la tradición en cuanto á la época de la fundación de este templo; ámbas se refieren á un mismo reinado, y sólo están discordes respecto al objeto de su construcción, pues mientras aquella le llama *Monasterio*, ésta dice que fué *Hospital de peregrinos*.

¿Y no podría suceder que ámbas tuvieran razón? ¿No pueden armonizarse también en este punto secundario la tradición y la historia? Nada más fácil. Léjos de estar reñidas, creo que entre ellas no hay discordancia importante y que con distintas palabras, vienen á significar una misma idea.

Ignoro la época en que florecieron san Julian y santa Basilisa, pero se sabe que en el siglo X se dedicó en Olmedo una iglesia á estos santos confesores, que no deben confundirse con otros del mismo nombre que fueron mártires, y á quienes en el siglo VI se daba ya culto en el monasterio de Samos en Galicia.

Pues bien; si en Olmedo se dedicó una iglesia á aquellos santos, ¿no pudo edificarse antes en San Pedro de la Nave otra más suntuosa para su enterramiento, y que para mayor culto de sus reliquias se hiciera donación de ella con hacienda suficiente á los monjes de San Benito? ¿Y no es posible también que los monjes de esta pequeña abadía, situada en lugar tan agreste, retirado y escabroso, por donde se cruza el Esla en una barca, diesen hospitalidad y albergue á los peregrinos que por aquella ruta se dirigían á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, cuya iglesia reedificó también en Compostela aquel rey piadoso y guerrero?

En fin, sea de esto lo que quiera, hospital ó monasterio, lo que está fuera de duda es que el templo de San Pedro de la Nave pertenece á las construcciones cristianas del siglo IX ó principios del X. Su estructura, su forma, sus arcos, sus tres naves y subterráneo para los cuerpos santos, ¿no están revelando la basilica latina de origen régio por lo suntuoso de sus columnas y la riqueza de sus jaspes?

Se dirá que en él se advierten toques del estilo árabe y detalles del románico. Pero esta objeción no destruye mi aserto, pues según los inteligentes, entre las iglesias de los siglos IX y X, las hay todavía con rasgos marcados, en unas del primero y en otras del romano-bizantino.

La tradición, pues, la historia y la arqueología puestas felizmente de acuerdo en este asunto, demuestran, en mi opinión, que la iglesia de San Pedro de la Nave, fundada ó no por los santos Julian y Basilisa, cuyas reliquias se trasladaron hace algún tiempo de su modesto enterramiento á sitio más preferente en la capilla mayor, es una verdadera basilica edificada en los primeros tiempos de la reconquista, tal vez por los alarifes mozárabes de Toledo, llamados al reino de Leon por D. Alonso el Magno.

TOMÁS M. GARNACHO.

¿QUÉ PINTARÁ?

MEMORIAS DE UN ARTISTA

POR D. ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

(Continuación.)

CAPÍTULO II.

El autor, no encontrando á Montiano en el estudio, apostrofa á *Michin* y refiere parte de la historia de este interesante animalito.

¡Nadie, no hay nadie!... Son las diez de la mañana. Aún no se habrá levantado Montiano... Pero sí, alguien hay que por honrarme llega hasta mí arqueando el cuerpo, que alarga las manos, y haciendo presa en el cuero de mis botas, deja en cada una de ellas cinco líneas finas, paralelas y largas como las de un pentágono.

Es *Michin*, el benévolo *Michin*, conocido en todos los tejados y bohardillas del barrio; amado, sin esperanza, por todas las Zapaquildas de la vecindad; celoso visitador de las despensas más próximas; sin rival por su gallardía; larga cola y fieros bigotes. Es blanco como el armiño; de orejas y nariz encarnadas y transparentes; de ojos verdes, grandes y redondos, llenos de mansedumbre y dulzura. Es el compañero de Montiano; el guardián de su estudio; su amigo; su hijo adoptivo; la musa que le inspira.

Buffon ha dicho que el gato es un animal doméstico que sólo tenemos con nosotros por temor de otros más

incómodos animales; que es infiel y malicioso; de carácter falso, de natural perverso; que ni la edad le corrige, ni la educación le aprovecha; que oculta su marcha, disimula sus designios, busca la ocasión, la espera, da el golpe y huye el castigo, y que si se deja hacer cosquillas en la panza ó en el lomo, no es por afabilidad ni mansedumbre, sino porque al muy pícaro le gusta semejante cosquilleo. ¡Si los gatos supieran el francés, ya hubieran dado su merecido al ilustre calumniador de la raza felina! Pero ¡cuán cómodo es hablar y escribir de los irracionales... que no contestan nunca!

Haceos naturalista y la sociedad aceptará como verdades inconcusas vuestras opiniones más caprichosas. ¿No es verdad esto, simpático *Michin*!...

Tú no hablas, pero tus ojos dicen cosas muy elocuentes. ¡Protestas contra ese epíteto de *perversos* que la sociedad lanza á los tuyos? Sí: protestas en tu silencio. Vosotros, me dices, llamais pundonoroso al hombre que insultado por otro, contesta á su adversario con más duros insultos; ó al que paga un bofetón con una estocada. Vosotros despreciáis al hombre que se arrastra miserablemente, como el perro, á los pies del amo que le apalea. Vosotros habeis celebrado en prosa y verso la arrogancia del Cid porque una vez sintió impulsos de arrancar las entrañas á su mismo padre, cuando éste le apretó la diestra con toda la débil fuerza de su edad anciana...

«— Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabras;
Antes con la mano mesma
Vos sacara las entrañas
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.—»

Vosotros... ¡Basta... basta... *Michin*, no continúes; tu mirada me hace bajar los ojos, y estoy tan asombrado de tu erudición, como avergonzado de mí mismo! ¡Los naturalistas y la sociedad están vendidos al perro, tu constante y feroz enemigo! ¡El, cobarde y adulador, obtiene títulos de nobleza; y tú, digno, orgulloso, fiero, dulce á las caricias, rebelde á las amenazas, dotado, en fin, de las mismas cualidades morales que el hombre, eres incivil, desleal y pérfido! ¡Sin duda que la página de tu historia les ha sido dictada á los naturalistas por algún can aborrecido! ¡Consuélete, sin embargo, la feliz noticia de que el hombre, en premio á tantas virtudes como en el perro admira, le reserva la estrigina!

Digamos cómo *Michin* había venido á ser el genio familiar del estudio de Montiano, y á compartir en cierto modo las glorias y las amarguras de la vida artística, en vez de quedarse olvidado del mundo y del arte en el rincón de Extremadura donde naciera. No perderemos nada en referir su historia: la historia de *Michin* es la de Montiano.

Uno y otro habían nacido en Mérida, en uno de los barrios apartados de esta ciudad, como Itálica, teatro de pasadas grandezas; entre aquellas disformes ruinas de la edad romana, cubiertas por el polvo viviente de sus fundadores, y de los vándalos, godos y árabes que han pasado sobre ellas. El destino, como si les anunciase su porvenir, les había dado una cuna artística. *Michin* había venido al mundo en el seno de un ánfora rota y Montiano había tenido por alcoba una habitación de mosaicos, hecha de piedrecitas que formaban líneas y cintas de colores, llena de inscripciones latinas y figuras simbólicas; antigua morada acaso de un arúspide.

El padre de Montiano era un labrador considerado como hombre rico entre los pobres labradores de la comarca: la madre de *Michin*—pues del autor de sus días no hay datos que merezcan seguro crédito—era una hermosura de Angora que ejercía el empleo de cazadora de ratones en una casa vecina á la de Montiano: casa ocupada por la viuda de un retirado y su hija.

El primer capítulo de la historia de *Michin* tiene recuerdos muy alegres y muy tristes para Montiano. Este capítulo podría titularse *Filomena*.

Filomena era la hija de la viuda: el aya de *Michin*. Tenía cinco años menos que Montiano, y uno y otro vivían como hermanos, y se querían más aún que si lo fueran. Amábanse con ese amor inefable, lleno de abandono, libre de temores, que no piensa en lo futuro, ni guarda memoria de lo pasado; con ese amor sin egoísmo y sin objeto, en que la inocencia no tiene ojos y en que la sociedad no ve peligros; con ese amor, aspiración sublime del espíritu humano escrita en el Evangelio, que consiste en amarse por amarse, y que es el amor de los ángeles y de los niños. ¡Flor de perfume celestial cuyas brillantes hojas va la edad arrancando una por una hasta dejar en nuestros dedos místico y sólo el pobre botón que coronaban!

Los cabellos oscuros de Montiano; sus negros ojos; su mirada penetrante y decidida; su cuerpo, robusto en su corta edad; su palabra y ademanes enérgicos, formaban grande contraste con aquella preciosa niña de cabellos de oro y ojos azules, fresca como una cereza, flexible como un junco, delicada como un hilo de niebla, alegre como un jilguero, dulce como la miel de las flores.

¡Qué años aquellos! ¡Cuándo Montiano los recuerda, sus ojos continúan secos, porque ya no llora; pero el corazón se le llena de lágrimas!

Habría cumplido Montiano los quince de su edad queriendo á Filomena sin conciencia de su cariño, cuando sintió en su pecho algo nuevo, algo desconocido; un movimiento del corazón que le producía dolor y placer, como la sensación que sentimos al primer impulso de la lancha en que nos lanzamos al mar. El cariño de la infancia, el espíritu de la inocencia habían roto sus alas de mariposa contra los labios de Filomena una tarde en que esta le mostraba en ellos una herida que *Michin* le había hecho con sus afiladas uñas. ¡Cruel *Michin*, que apenas nacido así arañas en tus atolondrados juegos los labios de una hermosa niña y el alma de un joven sencillo!

Montiano estaba enamorado—sin saber todavía lo que era amor. Él, antes tan feliz, poníase triste á veces, y á veces se enojaba de la inquebrantable alegría de Filomena: hubiera querido verla triste también, para preguntarle la causa de su tristeza. Él, tan hablador ó inquieto, se había vuelto uraño, silencioso y pensativo. Muchas tardes cruzaba solo, por el campo, y allí, entre aquellos fragmentos de columnas y arcos despedazados; sobre aquellos pedestales que habían dejado caer, inclinándose, las estatuas que sustentaron; sentado en las rotas graderías del anfiteatro; bajo el desquiciado pórtico de algún templo, aspiraba con delicia ese vapor de grandeza que se alza de las ruinas de los imperios. Sus ojos recorrían con placer las grandes sombras que proyectaban los gigantescos acueductos, á manera de negras costillas de monstruosos esqueletos tendidos en la campiña, ó admiraban la esbelta línea con que se dibujaba sobre el claro horizonte alguna columna solitaria en cuyo alto capitel parecía el sol descansar, antes de caer, brillando como una hostia de fuego... Sin duda estas sublimes impresiones desarrollaron en él esa grande alma de artista á que tan mal debía obedecer luego su rebelde mano.

Muchas veces también las familias de Filomena y de Montiano los llevaban juntos de paseo por estos sitios, y era delicioso entretenimiento verlos correr y saltar por entre los fragmentos de la ciudad romana: subir á lo alto de las parduzcas ruinas ó bajar al hueco fondo de algún sepulcro antiguo, jugando y cantando; despertando con sus gritos los ecos y los espectros de la soledad; deshaciendo acaso con su planta el pulverizado esqueleto de algún ciudadano de la opulenta *Emerita Augusta*. Hubiérase dicho al verlos alegres y felices entre tantas ruinas, que eran los espíritus de la vida que danzan sobre los cadáveres, burlándose de la muerte.

Montiano en aquellas tardes hermosas bajábase á recoger las campanillas silvestres, formando con ellas una guirnalda para adornar los cabellos y la frente de Filomena: ésta elegía entre todas las de su rústica corona la más preciosa y la colocaba en el sombrero de Montiano. ¡Qué bella estaba la niña con su tocado de frescas campanillas! ¡Qué galán Montiano con su flor! Pero... ¡ay! ¡cielos! ¡y *Michin*, dónde está mi pobre *Michin*? exclamaba de pronto Filomena.—*Michin*, su segundo amor; el que compartía su comida y su lecho; el que la acompañaba á paseos y visitas; la tercera persona de aquella trinidad de inocencia; el que la despertaba dándole con su húmedo hocico un golpecito en la nariz; el que se pasaba las horas muertas sobre su falda, ó puesto, como una charretera de plata, sobre su hombro; el que tantas veces la hizo quedar sentada sin ir á paseo porque se le había dormido y le daba lástima despertarle; *Michin*, que solía morderla los dedos agraciados, cuando le daba alguna sopita de leche por desayuno, y que la tiraba de la falda cuando ella comía sin mirarle; *Michin*, el querido, el indispensable, el del collar de grana y cascabel de oro, se había deslizado de los brazos de su linda dueña, y sin hacer caso de sus gritos revolvía como un arqueólogo en el fondo de alguna urna cineraria.

Montiano quería á *Michin* porque este era amado por Filomena. Y como, sin saber por qué, no se atrevía á decirle muchas de las cosas que sentía; y como al propio tiempo necesitaba dar expansión á sus sentimientos, pues el contar las penas descarga el corazón como el llorarlas, había elegido á *Michin* por confidente. Sentábase en sus rodillas, pasábale suavemente la mano por el lomo, para disponerle á escuchar propicio su re-

lacion, y le contaba el inesplicable afán que sentía por aquella encantadora rubia de diez años. En vez de tener, como los moros, un agujero por confesor, depositaba sus secretos en las orejas de *Michin*. El gato le oía mirándole fijamente con sus redondos ojos, y en ciertas ocasiones parecía conmovirse y se pasaba las manos por la cara, quizás para peinarse los bigotes, quizás también para enjugar una lágrima.—Y debe decirse— porque es cosa rara tratándose de terceros y confidentes—que jamás faltó al secreto de lo que Montiano le confiara. Filomena murió ignorando aquel amor profundo.

¿Murió Filomena? ¡Sí! Unas calenturas hicieron grande estrago en Mérida: Dios, que escoge sus ángeles entre los niños, le tocó con el dedo, y está en el cielo.

Filomena murió dando á Montiano su última y dulce mirada, y dejándole por herencia... ¿podré decirlo sin que lo encontréis inverosímil y aun ridículo? Y ¿por qué no? Son cosas de los niños que abren sonriendo las puertas de la eternidad, y para los cuales la muerte es un puente de flores entre dos mundos de alegría... Murió dejándole por herencia á su pobre compañero... á *Michin*.

Ya tocan las campanas, ya van á enterrar á Filomena. ¡Parece que duerme dentro de su caja color de rosa, vestida con su traje de fiesta; las niñas del pueblo van delante, adornadas con sus galas de los domingos; detrás van las mujeres, cubierta la cabeza con sus mantos, y los hombres con sus capas largas y pardas y sus grandes sombreros. Nadie, nadie falta entre las personas que le fueron queridas. ¡Ah! ¡Sí! ¡Tú faltas, *Michin*, tú sólo faltas! ¡Por qué, ingrato, no fuiste, como va el perro, tras el ataúd de tu amo, ó por qué no te llevaron, como se lleva en los funerales de un guerrero su caballo de batalla!

Sobre la tumba de Filomena colocaron una gran piedra, mitad de una lápida arrancada de algun sepulcro romano. Una inscripcion en latin, medio borrada, parecia indicar que habia cubierto las cenizas de algun ilustre personaje; acaso las de un jefe de legion, acaso las de algun grande orador, acaso las de algun ilustre poeta. Pero siquiera cubriese ántes la tumba de un emperador, ¡cuánto más honrada quedaba ahora al cerrar la fosa de la inocente y virginal Filomena! Sobre esta lápida gentilica purificada por una cruz de madera, pasó la noche Montiano. Allí sufrió su primer fiebre de dolor; allí, ante la muerte, comprendió la vida, y tuvo una especie de revelacion de las amarguras que le esperaban; allí maldijo por primera vez el destino; allí experimentó los primeros vértigos del que se asoma al abismo de la duda; allí dejó correr su llanto en silencio, y de allí, por fin, en la mañana, al primer rayo de sol, se levantó trasformado de niño en hombre; resignado y tranquilo; aceptando la vida, como acepta la lucha el gladiador despues de haber templado su escudo en el agua de lágrimas de la desesperacion.

Cuando Montiano, al volver del cementerio, pasó por la casa de Filomena, entró en ella y vió al gatito blanco, recostado en la cama, deshecha aún, de la pobre niña.

El gatito, al acercarse el jóven, lanzó un triste maullido que hizo correr por las venas de Montiano un sentimiento consolador al par que amargo.

Cogiendo entónces en sus brazos aquella herencia querida, exclamó:

—¡Ah! ¿Por qué los hombres dicen que los animales no tienen alma?

Y aquí concluye, y de modo tan triste, la primera parte de la historia de *Michin* y de Montiano.

(Se continuará.)

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Continuacion).

III.

Cesa mi breve oracion
Y me levanto del polvo,
Y despues que agua bendita
Para santiguarme tomo,
No bien salgo de la iglesia,
A pocos pasos, muy pocos,
Siento que una mano amiga
Me toca blanda en el hombro.
Vuelvo, lector, la cabeza,
Y atónitos ven mis ojos

Un hombre, tan parecido
Como lo es un huevo á otro,
Al buen Manco de Lepanto,
Al soldado valeroso,
Que vertió su noble sangre
Con españolismo heróico.
Al cinto ciñe la espada
Que ceñia cuando mozo,
Con la que en Argel hacia
Cautivo temblar los moros.
Como blason de su ingenio
En su diestra lleva un rollo
De papeles, distintivo,
Prez de escritores y adorno.
—Dios os guarde, buen hermano,
Me dice; y su noble rostro
Veo á la luz de la luna
Tan simpático y hermoso,
Como cuando apuesto y digno,
Sin contar aun treinta agostos,
Por su Dios, su patria y rey
Logró enrojecer el Ponto.
—Señor Miguel, ¿y es verdad?
(Con cariño le respondo),
Aunque nació en este siglo,
Soy tan feliz y dichoso
¿Qué veros puedo?

—Dejaos

De lisonjas y píropos,
Con desenfado contesta,
Y prosigue de este modo:
—Dios Nuestro Señor permite,
«Venga yo esta noche solo
«A platicar mano á mano
«Con vos por instantes cortos.
«Sois un cura: yo me alegro:
«Pues podeis del purgatorio
«Sacar poetas, que gimen
«En el más triste abandono.
«El sacrificio inercueto
«Cada dia fervoroso
«Ofreced por su descanso,
«Y saldrán de penas pronto.
«De su vivaz fantasia
«Y de su númen fogoso
«Por haber tanto abusado
«En sus versos amatorios,
«Hoy, en castigo bien justo,
«Algunos de aquellos locos
«O necios amartelados,
«De lágrimas dos arroyos
«Sin interrupcion derraman
«Desde siglos ya remotos,
«Léjos de Sion, morada
«De paz, de eterno reposo.
«El Arcipreste de Hita,
«Que olvidando el sacerdocio,
«Escandalizó á su siglo
«Y siguientes con sus fólios,
«En aquel fuego lamenta
«Y detesta ruboroso
«Sus abominables coplas
«Dignas del mismo Petronio.
«A su lado también sufren
«Por sus juveniles ócios,
«Cadalso, Iglesias, Arriaza,
«Arolas, Lista y Reinoso.
«Felices estos mil veces:
«Mas ¡oh dolor! gimen otros
«Sin esperanza y consuelo
«En abismos tenebrosos,
«Porque al Criador negaron,
«A quien lo debian todo,
«Incluso el inclito ingenio,
«Que ostentaban orgullosos.
«De aquellas negras mansiones
«Sepultados en el fondo,
«Entre inextinguibles llamas
«Atormentados por mónstruos,
«Llora el romano Lucrecio,
«Que en metro fácil, sonoro,
«Hizo de la vil materia
«La apoteosis y elogio;
«Lloran ciento, lloran mil,
«Que insultaron sin rebozo
«En sus cantares á Dios,
«A Dios, su Padre amoroso.
«El que más, empero, sufre
«En aquellos calabozos,
«Es el impío Voltaire,
«Vate quizá el más famoso,

«A quien la cinica Francia,
«Con gran placer del demonio,
«Hoy dia estatuas erige
«Y monumentos gloriosos.
«Tiempo vendrá en que de llanto
«Y rubor cubierto el rostro,
«Renegará de su hijo
«(A quien llamaba su Apolo)
«De Clodoveo la patria;
«La patria en que abrió sus ojos
«San Luis, el preclaro nieto
«Del español don Alfonso.
«Olvidemos, caro hermano,
«Recuerdos tan dolorosos,
«Y elevando nuestra mente
«Del Altísimo hácia el trono,
«Considerad que allí cantan
«Con laudes y arpas de oro
«Alabanzas al Eterno
«Mil vates, mil religiosos.
«El rey profeta preside
«Aquellos divinos coros,
«Con el dorado salterio
«Que sonaba en los contornos
«Del Jordán embebecido,
«Cuando á su canto armonioso
«Detenia sus corrientes
«En grato y plácido arrobos.
«Como en los góticos templos,
«Gloria del orbe y asombro,
«A los salmos de David
«Responden melodiosos
«Los cánticos apacibles,
«Los himnos dulces, devotos,
«Del buen Aurelio Prudencio,
«Cisne de Hespéria canoro;
«También en el cielo gratas,
«Al pié del divino sólio,
«Con blanda cítara hebrea
«Del monarca más piadoso,
«Cuerdas latinas modulan,
«Que ciudad, donde á Jacobo
«Visitó la Virgen Madre,
«Oyó en los tiempos heróicos:
«En el siglo ya lejano,
«En el siglo venturoso
«De Atanasios y Augustinos,
«Y Gerónimos y Ambrosios.
«Feliz España, feliz,
«Que entre sus vates gloriosos
«Cuenta al inclito Prudencio,
«A cuyo plectro sonoro
«Nombradía deben tanta
«Aquellos héroes famosos;—
«Que derramaron su sangre
«En las catastas y potros,
«En las cruces y en el fuego,
«Por el vencedor del Orco,
«Por el Hombre-Dios, á quien
«Plugo morir por nosotros.»

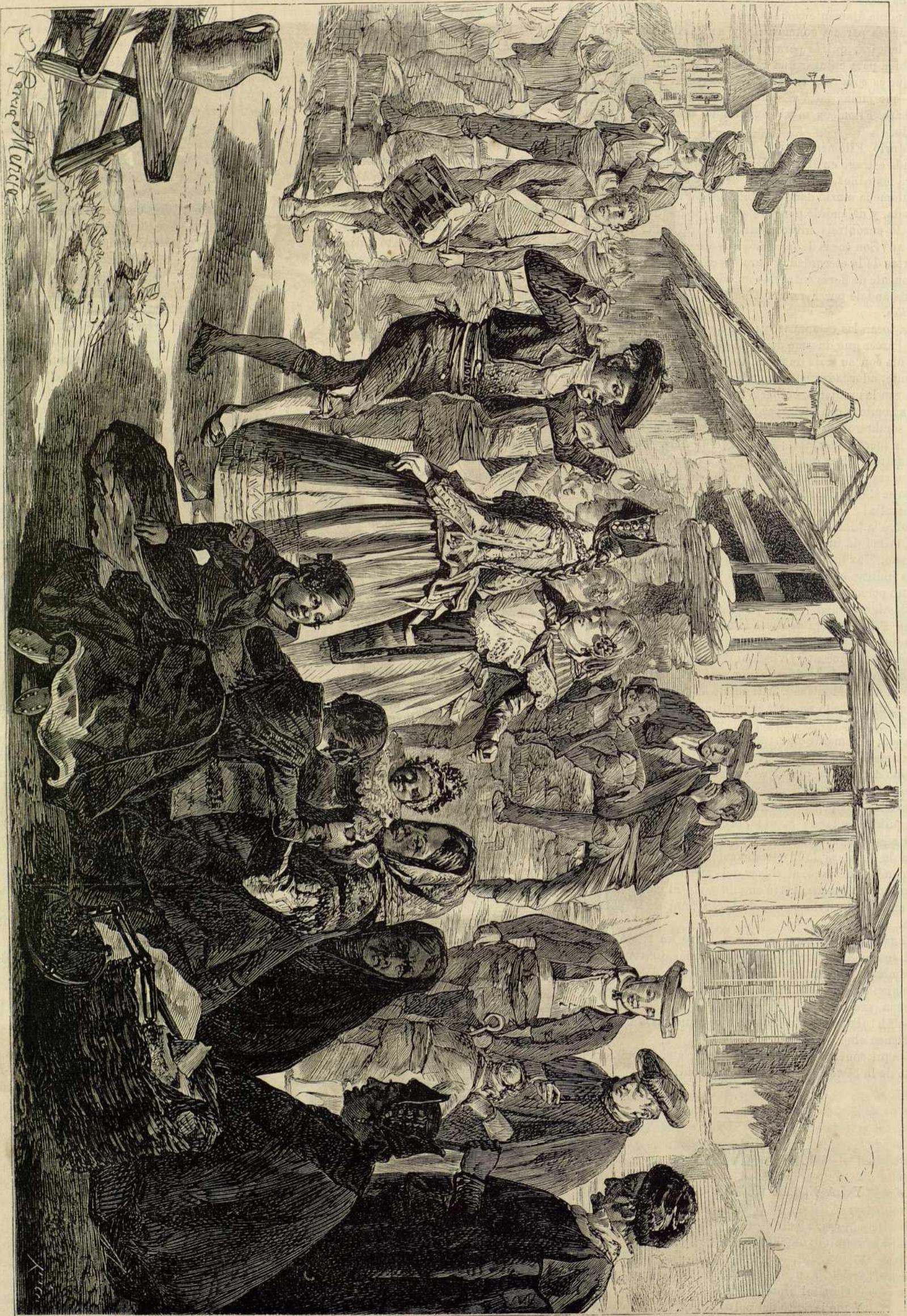
(Se continuará.)

GASPAR BONO SERRANO.

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

Destruida á cañonazos la poesia épica; limitada la lírica á pedir aguinaldos en Noche-Buena; distribuida la atencion del público que asiste á los teatros entre la ópera italiana, la moribunda zarzuela, los ejercicios ecuestres, los juegos de manos y otros espectáculos más ó ménos divertidos, la poesia dramática apenas tiene á su disposicion algunos escenarios, y yace en los cafés ahogada de humo, sin más aplausos que las palmadas que se dirigen á los mozos. Un nuevo género literario se ha sobrepuesto á los demás; el periodismo: una sola, la ménos favorecida de las antiguas formas literarias, ha sobrenadado en este diluvio: la novela.

Difundida por todas partes: en el folletín de los periódicos; en entregas casi gratuitas; en ediciones económicas ó en tomos lujosamente encuadernados, es la lectura constante de la mujer; el libro de donde nacen las primeras dudas que abriga el jóven; la narracion que reúne á los criados en torno de un lector tartamudo; la revelacion que desvela á las jóvenes; la ficcion que entretiene á los viejos; el libro, en fin, del pueblo, cuya influencia se extiende á todas las clases, alcanza á todas las familias. Si es discreto, ennoblece el espíritu: si es frívolo y vulgar, empobrece las ideas: si tiende al mal, deja rastros dolorosos.



COSTUMBRES CASTELLANAS.—BAILE EN SANTA MARIA DE NIEVA (SEGOVIA).



COSTUMBRES RELIGIOSAS DE MADRID.—EL DIOS GRANDE. COMUNION A LOS ENFERMOS.

Es inútil, si no funesto, despreciar la novela, que tantos bienes puede producir, que tantos males acarrea. Académicos de la de ciencias morales, ¿no es verdad que mientras reservais para las sabias y discretísimas paredes de vuestra sala de sesiones, esa moral pura de que sois depositarios, otras gentes menos ilustradas, pero más activas, esparcen suavemente sus ideas dentro del hogar, se apoderan de las conciencias, excitan las pasiones, despiertan los malos instintos y se rien de la moral á carcajadas? Preguntad á vuestras familias si prefieren vuestros folletos á las novelas de Fernandez y Gonzalez.

La novela tiene hoy verdadera importancia moral: lo que no se tolera al periódico, ni se atreve á proclamar el orador, pasa desapercibido y llega á su destino bajo la rosada cubierta de una entrega. Si fuera conspirador, jamás aventuraria mis secretos bajo el sobre de una carta, y acaso creeria un medio seguro de correspondencia imprimir todos mis planes en forma de novela y hacerlos circular por medio del correo. ¿Quién abre la entrega segunda de un novelon que se titule *Amor sin esperanza*?

He creido conveniente hablar de la novela en general ántes de limitarme al objeto de mi artículo, para justificar el que una sola obra dé ocasion á un elogio, á los ojos de aquellos que niegan toda clase de mérito á las novelas y desconocen su influencia decisiva en las costumbres. Entro á ocuparme de la que con el título de *Gil Perez de Marchamalo* escribió há tiempo el modesto y concienzudo escritor D. Juan Federico Muntadas, puesto que el estar próxima á salir á luz la segunda edicion de la novela, hace oportuno mi asunto.

No pertenece *Gil Perez de Marchamalo* al vulgo de las novelas: si por sus buenas cualidades literarias no mereciera figurar en primera línea, la sencillez y ordenada sobriedad del conjunto bastarian para demostrar que su autor es un hombre de talento, pues al internarse en las escabrosidades de la sociedad moderna, marcha directamente á su objeto, sin extraviarse en aquel laberinto, ni descender á detalles pueriles ó deshonestos, ni desfigurar el mal y el bien donde quiera que los observa, y demostrando siempre genio observador, estudios sólidos, rectísima intencion, y una honrada amargura cada vez que revuelve el fango social que á todos nos salpica.

Y no es pasion de escuela, ni coincidencia en el modo de pensar lo que motiva mis elogios: ántes bien, la novela del Sr. Muntadas pertenece á un género que respeto y tengo en mucho, pero hácia el cual no siento inclinacion, ni me lleva ninguna simpatía. Prefiero á las copias fieles del mundo en que vivimos, esos episodios que siendo reales en su esencia, sólo existen en la fantasía; pero admito todas las manifestaciones del arte, y sostengo el mérito y respetabilidad de todas las escuelas; aceptando lo bueno bajo cualquier forma, del mismo modo que el paladar encuentra agradable el café por lo que tiene de amargo y el jarabe por lo dulce.

Gil Perez es el *Gil Blas* del siglo XIX: ménos cándido el primero que el segundo, al abandonar la casa de sus padres, ámbos llevan en sí el espíritu dominante de su época: *Gil Blas* soñaba en galanteos y aventuras, en medio de aquellos españoles que recorrían inquietos la América y la Europa: *Gil Perez*, ménos impresionable, es digno representante de una edad más positiva, de una sociedad cuyos lazos más íntimos son los intereses de la Deuda. Como en el siglo XVII, *Gil Perez* halla en el XIX criados que burlan y saquean á sus amos; damas galantes que explotan sus encantos; señoras que pagan á sus amantes el cariño; una santa hermandad formada con lo peor de cada casa; el favor repartiendo los destinos públicos; el Erario derrochado sin concierto; los mismos hombres, con las mismas vanidades.

Pero en lo que ha cambiado completamente el cuadro, es en la facilidad con que el aventurero del siglo XIX consigue su fin, arrojando para salir á flote el lastre de la vergüenza. La casualidad conduce á *Gil Blas* al servicio de un ministro, y la adulacion le lleva al colmo de sus prosperidades. *Gil Perez* fabrica el edificio de su fortuna con la seguridad y el cálculo de un arquitecto: las puertas del poder están abiertas para el audaz: la prensa y la tribuna son las gradas por donde suben á lo más alto las grandes ambiciones: ya encaramadas allí, las figuras pasan pronto para dejar el sitio á otras nuevas que satisfagan la curiosidad del público, ávido de emociones, y que encuentra variedad en un espectáculo de singular monotonía.

La descripción de un municipio, la maquinaria electoral y la administracion de un gobierno de provincia, producen honda impresion de disgusto, á fuerza de ser verdaderos sus detalles. En esta parte, el libro del señor Muntadas es una acusacion terrible que alcanza á todos

los gobiernos, en que resultan feamente complicados todos los partidos: á nadie alude particularmente, pero á todos se dirige la censura: *Gil Perez de Marchamalo* no es una novela política en el sentido usual de la frase, sino una obra en cuyo cuadro social se juzga con severa imparcialidad todo lo que contribuye al estudio completo de esta época, agitada é indudablemente transitoria.

No todo es deforme en ese análisis inexorable del mundo que nos rodea: el venerable arzobispo, la poética figura de Isabel, la generosidad y rectitud de Vilaplana y la casta resignacion de la ofendida esposa, proyectan sobre el conjunto desconsolador de una sociedad desmoralizada rayos vivificadores. Entre el cúmulo de vicios que se ostentan con orgullo y sonrien con descaro, atraen las miradas y deleita el espíritu aquellas modestas virtudes practicadas en silencio.

Sin embargo, el conjunto del cuadro infunde gran desaliento: presenta á nuestra sociedad tan enferma, que para su salvacion no hay terapéutica posible: la enfermedad se manifiesta en todas partes; en las manchas de la piel, en el ruido de las arterias más profundas, en el frio de las extremidades, en los alucinaciones del cerebro: no es una dolencia aguda, sino todas las enfermedades batallando en un sólo cuerpo, cuya vida se reduce á estremecimientos y quejidos.

No me atrevo á decidir si el Sr. Muntadas ha exagerado los colores en su cuadro: quisiera creerlo así por respeto á la época en que vivimos, y de cuyo influjo no podemos evadirnos; pero sentiria acusar injustamente al autor de *Gil Perez de Marchamalo*, por disculpar lo que no tiene defensa. Si los vicios que delata existen en realidad, hay que sacar una de estas dos tristes consecuencias: ó casi todos estamos ciegos, ó casi todos somos cómplices.

No se crea, por lo dicho anteriormente, que la novela del Sr. Muntadas, por su falta de optimismo, contenga una lectura peligrosa; todo lo contrario: no puede ser más sana su doctrina; el vicio y el error están allí severamente condenados y descritos con tan buena intencion, qua al leer las páginas más amargas, el alma se vuelve hácia el bien como para respirar en otra atmósfera. Entre el farrago de novelas improvisadas que ofrecen al público los comerciantes de libros, ó las que se escriben expresamente para aumentar la confusion moral, adulando los instintos de los más por tener mayor número de lectores, es grato hallar de vez en cuando obras inspiradas en nobles sentimientos. Esta sólo circunstancia bastaria para dar valor á la novela del Sr. Muntadas, si careciese de otros méritos; pero la propiedad y correccion de su lenguaje, la buena disposicion de su sencilla fábula, la verdad de los tipos y otras dotes de larga y difícil enumeracion, la colocan en un puesto envidiable.

Ignoro la suerte que cabrá en lo porvenir á los libros que hoy se escriben; pero tengo por muy posible que los créditos futuros repararán algunas injusticias literarias, igualando en el panteon del olvido á muchos que hoy se dividen en grandes y pequeños. Si por acaso, ¡oh sabios venideros! pasais la vista por una hoja amarillenta de LA ILUSTRACION en que se conserve este artículo, lo cual está en lo posible aunque la literatura nada gane en ello, voy á daros un consejo. Comprendiendo el apuro en que os hallareis por sobra de noticias contradictorias acerca de esta época, si quereis estudiarla imparcialmente, buscad en la Biblioteca la novela *Gil Perez de Marchamalo*, y conoceréis esta nuestra feliz edad, que segun marcha el mundo acaso os cause envidia.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

DON MANUEL MARÍA DE SANTA ANA.

Hace veintidos años que los habitantes de Madrid tropezaban á todas horas y en todas partes con un joven pálido, delgado, rubio, modestamente vestido y siempre con un rollo de papeles en la mano.

Aquel joven salia poco despues de amanecer de su casa; recorría las de los hombres que más figuraban entónces en la política; subía á los ministerios; entraba en el salon del Congreso, situado á la sazón en el hoy quemado y probablemente dentro de un siglo no restaurado salon de conciertos del teatro Real, y regresaba por último á su humilde habitacion de la calle de la Abada. Allí cambiaba su traje de caballero por la blusa del operario, escribia en papel autógrafo las noticias que durante el día habia recogido, las litografiaba en un pequeño aparato que manejaba con poca destreza, y volvía á salir ya cerca del anochecer para depositar en el buzón del correo una docena de cartas cerradas.

Aquel activo joven debia ser un día el único propietario del periódico más popular de España. Aquella maquina microscópica debía trasformarse, andando el tiempo, en un inmenso y complicado mecanismo movido por el vapor. Aquella docena de cartas mal litografiadas contenian el germen de *La Correspondencia de España*, reproducida en más de 50.000 ejemplares diarios.

Trabajosa vida arrastraba entónces D. Manuel María de Santa Ana, pero, así y todo, infinitamente más feliz, más cómoda y tranquila que la que habia tenido en Madrid desde 1842 hasta la época en que le hemos presentado á nuestros lectores.

Hijo de una honrada y pobre familia de Sevilla, quedó á los diez y ocho años huérfano de padre. Santa Ana tenia un capital riquísimo de ilusiones, tesoros de fé en el porvenir; pero ni estos tesoros ni aquellas ilusiones le producian por de pronto otra renta positiva que cuatro ó cinco reales diarios que ganaba copiando escritos forenses y con los que apenas podia dar pan á una madre desvalida y á cuatro hermanos de corta edad.

Dedicaba gran parte de la noche á esta ingrata tarea, estudiaba de día medicina y aún se permitia el lujo de gastar algunos momentos en el loco despilfarro de hacer versos, placer verdaderamente sibarítico en su precaria situacion.

La actividad, que ha sido, por decirlo así, la idiosincrasia moral de Santa Ana, se manifestaba ya desde sus primeros pasos en la vida. A ella debió ser designado para ponerse al frente de un periódico literario, *El Cisne*, redactado por jóvenes distinguidos que han ocupado despues altos puestos en el foro, en las letras y en la política, y al que habia dado hospitalidad en una de las salas bajas de su húmeda casa la empresa del viejo *Diario de Sevilla*.

Era gerente de esta empresa D. Francisco de Altube, vizcaino tan honrado como iliterato, pero de un instinto admirable para dirigir el periódico puesto á su cargo. Debemos hacer mencion de este sugeto porque su trato, sus expansiones y sus confianzas con Santa Ana ejercieron un grande influjo en el porvenir de éste, infiltrando en su corazon y en su inteligencia sentimientos é ideas que á la larga debian dar sus frutos. Altube era liberal, y para él no habia otros enemigos que los enemigos de la libertad; así, pues, todo su criterio político se reducía á combatir al carlismo, que alimentaba la guerra civil, y apoyar al gobierno constitucional, fuese progresista ó moderado.

Conocer de los hombres y de los sucesos de la época, Altube, con el escarpelo inexorable de su crítica, algun tanto ruda, penetraba en lo más profundo de las vísceras del cuerpo político y ponía ante los ojos de su discípulo las miserias, las ambiciones y el profundo egoismo de los hombres que con el patriotismo en los labios sólo escepticismo abrigaban en sus almas; otra circunstancia que ha influido sin duda en la poca importancia que Santa Ana ha dado á las diferencias de agrupacion de los bandos políticos, de los cuales ha querido sistemáticamente vivir alejado cuanto lo ha consentido la índole especial de su publicacion.

Apesar de la utilidad que prestaba Santa Ana al gerente del *Diario*, éste, que le profesaba un sincero cariño y conocia sus prendas de carácter, le aconsejaba un día y otro que marchase á Madrid en busca de más dilatados horizontes. En efecto, el 25 de junio de 1842 emprendió Santa Ana el camino de la corte, acompañado de su guarda-ropa y de su caja de fondos: constituía el primero una maleta con algunas prendas de vestir, y estaba representada la segunda por un bolsillo de seda verde conteniendo once duros y medio, en moneda toda de buena ley.

Como nada hay eterno en el mundo, resultó que á las dos horas de estar Santa Ana en Madrid habian salido de su prision los 230 reales que formaban su capital, distribuidos de este modo: 180 reales á la patrona, 10 á un fondista y 40 al juego, en una reunion de las que son tan frecuentes en Madrid.

Las cartas de recomendacion que habia traído de Sevilla le valieron, en primer lugar, algunas invitaciones á almorzar y comer, y algo despues, una colocacion en el periódico progresista *El Patriota*, con 16 duros al mes.

El director de este diario era un italiano llamado don Bartolomé Prato, amigo íntimo de Mendizabal, y cuya especialidad consistía en recoger las ideas, los hechos y las apreciaciones que emitian otros periódicos, modificarlas, ampliarlas, reducirlas, segun las circunstancias, pero siempre disfrazándolas y sujetándolas á una especie de molde del que salian con cierta apariencia de unidad y en forma de cartas que hacia pagar algo caras al ministerio.

En este trabajo Santa Ana le servía de amanuense, y

bien pronto le confió Prato la confeccion de aquellas bastardas correspondencias, con lo cual mejoró algun tanto la situacion precaria del redactor.

Sin embargo, Santa Ana se acomodaba mal á aquella vida, y halló medio de dejarla para obtener la plaza de secretario de la sociedad titulada *La Tipológica general del reino*, fundada por el brigadier Herrera Dávila y consagrada á imprimir los *Boletines oficiales* de las provincias. Santa Ana las recorrió una por una, y en estos viajes aprendió á conocer el mecanismo y estudió el espíritu de las sociedades que en España explotaban el periodismo. Merece consignarse un rasgo de su carácter é inventiva. Santa Ana, que no podia pagar con dinero (por la sencillísima razon de no tenerlo), los favores y servicios que en sus expediciones recibia de diferentes personas, adoptó el sistema de dar unas grandes tarjetas con el escudo de su familia, acompañadas de la promesa de servir en la corte á todos los que le presentasen uno de aquellos *abonarés* de agradecimiento.

Desde 1843 hasta principios de 1844, Santa Ana vivió oscurecido en Madrid, escaso de recursos, reducido á grandes privaciones, y aun llegando á sentir la punzante espina de ese dolor físico y moral que empieza en las más groseras membranas del estómago y acaba en las fibras más delicadas del corazon: el hambre... Hoy Santa Ana tiene el buen gusto de acordarse de ello, en medio de su actual opulencia. Hace más que acordarse, lo cuenta con toda sencillez á cuantos lo quieren oír.

No se dejó abatir, sin embargo. Escribió en veinte publicaciones distintas, fundó tres ó cuatro periódicos, puso en verso el *Catecismo* del Padre Ripalda, y dió al público la primera edicion de sus *Romances andaluces*, en cuyo género rayó á gran altura.

Desde junio de 1845 hasta 1846, tomó una parte activa en la política al lado de los progresistas. En este último año se encargó de la confeccion del *Universal*, tan hábilmente inspirado y redactado por los señores Llorente y Cárdenas. Todavía, hasta el 48, siguió escribiendo la gacetilla en varios periódicos, y al mismo tiempo fundaba el *Diablo Cojuelo*, periódico que murió prematuramente ante las convulsiones revolucionarias que por entonces conmovieron la Europa entera.

En mayo de 1848 empezaron sus relaciones con el duque de Montpensier. Habia llegado éste proscrito de Francia: Santa Ana le ofreció francamente sus servicios, el duque los aceptó con igual lisura, y desde entonces los años, los acontecimientos y las varias peripecias de la vida han pasado por encima de esta mútua amistad sin empañarla.

Santa Ana, que habia marchado á Sevilla con los duques de Montpensier, tuvo que separarse de su lado y regresar á Madrid, porque su permanencia al lado del príncipe inspiraba recelos al gobierno atendiendo á su procedencia progresista. Pero D. Antonio de Orleans no abandonó por eso á su secretario íntimo, y no queriendo humillarle con una proteccion pecuniaria que hubiera parecido una limosna, le encomendó el trabajo de escribirle desde Madrid algunas cartas dándole noticia de los sucesos más importantes, y sirviendo esto de pretexto para seguir acreditando á su corresponsal el sueldo que le habia señalado desde su llegada á España.

De estas cartas, puramente confidenciales, nacieron en junio de 1848 las célebres *Cartas autógrafas*, base de la *Correspondencia de España*, porque habiéndose divulgado el hecho, algunos personajes políticos solicitaron una copia de ellas. Entonces Santa Ana, para simplificar su trabajo, compró una maquina litográfica que hoy se conserva en una urna de cristal.

Santa Ana recogia las noticias, las redactaba y las litografiaba, pero esto último detestablemente, lo cual le obligaba á repetir tres y cuatro veces al dia la operacion.

El célebre periodista Emilio de Girardin propuso á Santa Ana á principios de 1858 que le escribiese á él sólo sus cartas mediante una asignacion de 3.000 francos anuales. Igual ofrecimiento le hizo más tarde el *Daily News*, y esto hizo pensar á Santa Ana que podria sacar mejor partido de su publicacion.

En 1851 la *Correspondencia Autógrafa Confidencial* y su redactor y propietario fueron objeto de una activa persecucion por parte del gobierno, resentido de que Santa Ana, para quien no habia secretos diplomáticos, hubiese dado publicidad al Concordato celebrado con la Santa Sede, noticia que cayó como una bomba en el campo electoral, á la sazón abierto, é hizo perder las elecciones al gobierno en todas las localidades á donde no pudo alcanzar la órden de secuestro de los ejemplares de la *Correspondencia* en correos.

Dos años despues, el conde de San Luis, presidente del Consejo de Ministros, se dirigió á Santa Ana por

medio de una persona de su confianza, pidiendo el apoyo de la *Correspondencia* y haciendo en cambio á su propietario lisonjeras ofertas, que éste aceptó en parte, estipulando que se invitase á todos los jefes políticos, á los generales, á los jefes de departamentos marítimos, á los embajadores y ministros plenipotenciarios en el extranjero á que se suscribiesen á su publicacion. El precio de esta era entonces de 60 reales al mes.

Al estallar la revolucion del 54, fué destruido el pequeño establecimiento de la *Correspondencia*, situado en la calle de Preciados, núm. 6. Santa Ana salió por entonces de Madrid y se retiró á un pueblecito de Vizcaya, sabiendo que mientras algunos apreciaban su leal conducta, otros no le perdonaban su fidelidad al gobierno derribado.

Volvió á Madrid á los dos meses; tuvo una conferencia con el general O'Donnell y en ella le expuso francamente que, sin aceptar ni rechazar las ideas dominantes, estaba dispuesto á apoyar al gobierno con el mismo carácter con que habia apoyado al anterior. El conde de Lucena aceptó cordialmente la oferta, y desde aquel momento acordó á Santa Ana la amistad y la confianza que le conservó hasta la víspera de su muerte.

La *Correspondencia Autógrafa* verificó su transformacion tipográfica, ó lo que es lo mismo, dejó de ser litografiada para convertirse en impresa, en el segundo tercio del año de 1858, sentando sus reales en una pequeña tienda del pasaje de Matheu. En los dos primeros meses luchó con graves dificultades, siendo una de las mayores la de no encontrar personas que se encargasen de expenderla ni público que se tomase la molestia de comprarla. El ingenio de Santa Ana triunfó de ambos contratiempos. Varios aprendices de imprenta se encargaron, mediante una retribucion, de vender por la noche el periódico; Santa Ana asistia con sus redactores á un café determinado, donde á cierta hora entraban los expendedores, y tan luego como esto sucedia, los redactores, situados en distintos puntos del café, se levantaban atropelladamente y compraban cada uno un ejemplar del periódico. Los demas concurrentes, excitados por la curiosidad, seguian su ejemplo. Dos meses despues, vendedores y compradores auténticos se disputaban á golpes, en el pasaje Matheu, los ejemplares de la *Correspondencia de España*.

Este feliz resultado, lejos de satisfacer á Santa Ana, no hizo sino estimularle á buscar todos los medios de aumentar la importancia y el interés de su publicacion. Lo que principalmente necesitaba para esto eran noticias, pero noticias nuevas, frescas, trascendentales, de autorizado origen. Para obtenerlas, acosaba á los amigos, á los conocidos, á los indiferentes; recorria todos los centros donde se producen, aplicaba el oido á todos los rumores y la vista á todos los objetos, y cuando habia esquilado el campo público, aguardaba á los ministros á las puertas de sus departamentos y subia á las casas de los hombres políticos para pedirles noticias de los sucesos en que habian personalmente intervenido. Si hallaba reserva, desvió ó vacilacion en algunos, no se desconcertaba por eso, antes bien, con la mayor sencillez y con la sonrisa en los labios, les advertia que iria á buscar á sus adversarios políticos para ver si con ellos era más afortunado en la adquisicion de informes. Este procedimiento le dió excelentes resultados.

A principios de 1859 ya el público atribuia carácter oficial á las noticias de la *Correspondencia* y esta se buscaba con empeño. Sin embargo, su tirada no excedia entonces de 4.000 ejemplares.

Cuando Santa Ana empezaba á coger el fruto de sus afanes, un incidente inesperado le obligó á abandonar la redaccion de su periódico. Un alto funcionario le exigió la publicacion de ciertos párrafos que encerraban un gravísimo ataque á la dignidad de cierta persona que en otro tiempo habia ocupado una alta posicion política y dispensado importantes favores á Santa Ana, favores que jamas olvida un corazon agradecido. Santa Ana se negó resueltamente á ello, pero comprendió que esta negativa le cerraba el acceso á ciertas regiones donde recogia las más importantes noticias, cosa que equivalia á matar una publicacion que sólo en esta clase de noticias libraba su crédito.

Santa Ana cedió entonces el periódico, mediante el abono de 12.000 reales mensuales, á una persona de reconocida competencia y quizá el primero de los periodistas de Madrid; pero sea que le pareciese al propietario que bajo la nueva é inteligente direccion se acentuaba demasiado el carácter político de la *Correspondencia*, sea que Santa Ana no se acomodase á vivir fuera de aquel elemento donde habia consumido la mayor parte de su juventud y de su actividad, lo cierto es que no se dió punto de reposo hasta recuperar su publicacion, como

lo consiguió en diciembre de 1850, abonando al cesionario 200.000 reales por vía de indemnizacion.

Desde aquella época hasta hoy la *Co respondencia* ha ido aumentando progresivamente su tirada. En 1864 imprimia 15.000 números; en 1866 esta cifra se elevó á 18.000; al estallar la revolucion de Setiembre de 1868 subia hasta 24.000, y desde 1.º de marzo del año actual su tirada oscila entre los 40 y 50.000 ejemplares diarios, segun los sucesos y las circunstancias.

Es un espectáculo curioso el que presenta entre nueve y diez de la noche la salida de los vendedores ambulantes de la *Correspondencia*. No puede formarse idea, sino habiéndolo presenciado, del golpe de vista (y aun de los golpes de todas especies) que ofrece aquella desbordada corriente formada por 300 ó 400 cuerpos humanos, que disparada del zaguan de la casa, cuando se abre la puerta, va á romperse en la pared de enfrente y se divide en dos brazos á derecha é izquierda, para ir á repartirse hasta las últimas callejuelas de Madrid, produciendo un ruido que tiene alguna semejanza con la trepidacion de un terremoto, y ensordeciendo los aires con su vocerío. Ocho minutos despues de darse el primer grito de venta, puede asegurarse que ese mismo grito se oye en todos los barrios de Madrid. Dos horas más tarde estos correos callejeros han expendido un número de ejemplares que no baja de 20.000 desde hace muchos meses.

La *Correspondencia* ha simplificado notablemente su administracion, renunciando á las suscripciones individuales, que ha cedido, imponiéndose un quebranto pecuniario de bastante consideracion, á una empresa particular.

Por mucho tiempo se creyó que ni Santa Ana podia vivir sin la *Correspondencia*, ni ésta sin aquel. Sin embargo, este divorcio moral se ha verificado. Hombres hábiles, activos, educados bajo la inspiracion de Santa Ana, recordando sus consejos y utilizando su experiencia, mantienen las tradiciones y conservan la fórmula del secreto, harto público, que ha hecho de la *Correspondencia* una verdadera necesidad para los lectores de España.

Santa Ana, despues de haber cultivado esta planta periodística que le ha dado tan positivos frutos, se consagra desde hace tres ó cuatro años casi exclusivamente á cultivar plantas y flores naturales en la preciosa posesion que á costa de inmensos dispendios está formando en el inmediato pueblo de Leganés. Lícito debe parecer que busque hoy algun reposo quien por espacio de veinticuatro años ha trabajado constantemente diez y ocho horas diarias.

La *Correspondencia* está, como hemos indicado, instalada en la calle del Rubio, en un edificio construido expresamente para ella. Quiso trasladarse hace algunos años al centro de Madrid, pero tuvo que volverse á su antigua morada, porque los nuevos vecinos protestaron contra la máquina de vapor y contra las gratuitas serenatas con que les obsequiaban todas las noches trecientas bocas á cual más desafinadas. ¡Ingratos!

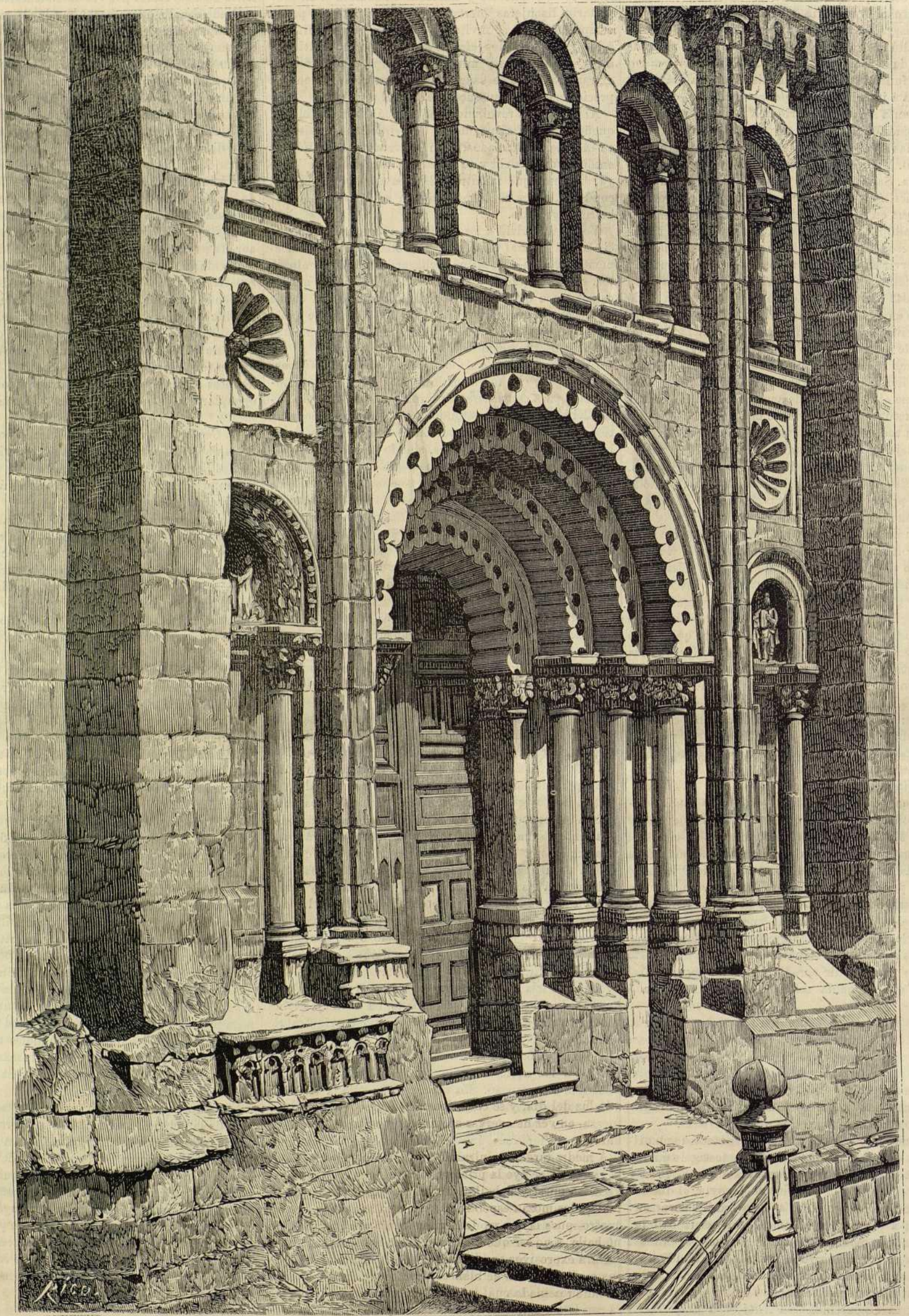
Terminamos estos apuntes, pesados por sus dimensiones, pero demasiado ligeros por lo muchísimo que pudieran ampliarse, consignando que la *Correspondencia de España* imprime hoy 17.520.000 números al año; paga más de 60.000 duros por el papel que consume, sostiene más de cien familias dándole trabajo diario, y ofrece un movimiento de fondos de más de cuatro millones anuales. En 1871 sus anuncios han alcanzado la respetable cifra de 500.000 reales.

El hombre que ha creado esta colosal empresa, apartado de la política, satisfecho de su fortuna, sin aspiraciones de ninguna clase y feliz únicamente en el seno de su familia, compra hoy, como uno de tantos curiosos, la *Correspondencia*, hace el bien que puede, es un verdadero padre para el pueblo de Leganés, que bendice diariamente sus beneficios, y atribuye con sencilla modestia su fortuna, ménos á su genio y laboriosidad, que á su fé en la Providencia y á su acendrado cariño á la anciana madre, móvil poderoso de sus primeros pasos en la senda que á tan dichoso término le ha conducido.

R.

COSTUMBRES CASTELLANAS.

Recibo una carta de mi amigo el director de LA ILUSTRACION DE MADRID, en que me dice estas ó parecidas palabras: "Se está grabando el cuadro de costumbres segovianas presentado en la última Exposicion de pinturas por el Sr. Mencia. Sé lo mucho que quiere Vd. á ese país, y no dudo que robará unos cuantos minu-



PUERTA DEL OBISPO EN LA CATEDRAL DE ZAVORA.



TIPOS DE ALCOY.

tos á los alegatos de bien probado, para escribir cuatro cuartillas sobre el baile de rueda.»

Dejo la mesa del despacho, tomo mi cartera de apuntes de viaje, la tiendo sobre el velador, testigo de mis entretenidos trabajos, echo una mirada á mis apuntes, y ya estoy viendo en los pueblos de Segovia, el día de fiesta, despues de la comida, á cada moza buscar su compañera para hacerse mutuamente el tocado bajo la direccion de sus madres, miéntras los mozos van al juego de pelota, de la barra ó de la calva donde sus padres, con satisfaccion angélica, les aplauden cuando ganan, ó con ira satánica les echan del juego para defender su atrasado partido.

Y es, porque cada uno desde que su chico paga el tamboril y entra á gozar la consideracion de mozo, quiere que sea el que eche el surco más largo y más derecho, como prueba de labrador; que gane todos los partidos de pelota, como prueba de agilidad; que tire bien la barra, como prueba de fuerza; que pegue siempre á la calva, como prueba de tino, y que en el baile sea el que dé con más gracia las cabriolas y los saltos, y haga con sus reverencias y trezados fijar dulcemente la mirada de las mozas en las entradillas y mudanzas.

Dichoso el pueblo cuyas distracciones son públicas

á la luz del día, y se entretiene en juegos de agilidad y fuerza, en vez de enervar su juventud en garitos y zahurdas.

A media tarde, el dulzainero y el tamborilero echan la revolada, se oye la primera entradilla en la Plaza, y ya se ha puesto el baile. Los mozos dejan sus juegos porque las mozas esperan de pié, en grupos de dos ó cuatro, pues la que va de non, se sienta en señal de que no baila, á no ser que sea recién casada, de cuyo estado llevará expresivos emblemas en piés y cabeza, siendo sus medias, en vez de blancas, encarnadas, y en vez de llevar su peinado cual la manceba en cabellos, les cubrirá con la toca de fino tul bordada de oro, que cayendo en chorros bajo la montera, pliega graciosamente al cuello, como la plegaba Isabel la Católica su paisana.

Al través de la toca, se vislumbran sus pendientes de tres ó cinco gajos de perlas con botones de oro, y las tres ó cinco vueltas de aljófar de sus gargantillas que sostienen una cruz de oro afilegranado. Varias sartas de corales, sujetas á relicarios prendidos con lazos á os hombros, caen formando ondas como en derrame hasta la cintura, y por último, rodea sus joyas una gruesa cadena de plata, de la que pende un crucifijo

cuya argentina blancura, se destaca sobre el fondo negro del delantal.

La gruesa cadena que lleva al cuello es tan larga como pudiera serlo la de la esclava; pero hoy la lleva con el crucifijo, y como en gala de que ninguna otra mujer ha tenido más consideracion que la de Castilla.

Su jubon forma escote cuadrado para dejar lucir el trabajoso acolchado de la camisa, y sus aldetas salen por fuera para tapar las cintas con que se sujeta el plegado manteo, de terciopelo, paño ó bayeta remetida, con tiranas labradas y franjas de oro, y que deja ver la pantorrilla, y el zapato, sujeto con una grande hebilla de plata. Tal es el traje de la recién casada.

Cada día tiene señalado el fondo del manteo un color distinto. El primero de Pascuas ó de boda, azul turquí; el segundo ó de tornaboda, grana, y pajizo el tercer día. Si, lo que es raro, hay alguna desdichada que carece de manteo del color del día, ó no sale de casa, ó si va á la Plaza se sienta entre las que no bailan.

Puestas con este traje poco más ó menos, las solteras, alrededor de la Plaza, con los piés juntitos, las manos cruzadas en la cintura, esperan inmóviles la invitacion para el baile, y hecha, sea quien fuere el que la hiciere, salen á la rueda.

Muestran los mozos agradecimiento echando una entradilla en su honor, es decir, bailándolas una danza difícil y reverente, y ellas con dulzura les miran mientras tanto, procurando ocultar la satisfactoria ó burlesca sonrisa, que les produce la gracia ó desgarbo de sus parejas.

Siguen la rueda despues procurando *pegársela* ellas á ellos, es decir, procurando dar los puntos ó las vueltas de diferente manera sin perder el compás, lo que constituye su entretenimiento.

Concluidos los tres bailes que dura el compromiso, echan los hombres la mudanza, como la entradilla, en son de gracias, y ellas se retiran á esperar á otros, á no ser que se hayan creado simpatías, en cuyo caso salen de la rueda, hacen como que se van, acceden á los ruegos de ellos, y vuelven porque tendria mucho que decir la gente, si se quedaban sin ton ni son, echada la mudanza.

En los dias de funcion se ofrece un curioso espectáculo en el baile.

Los *danzantes*, los ocho mejores mozos y que mejor han echado las entradillas y mudanzas en el año anterior, son los elegidos para danzar hogaño; y recordando las guerreras costumbres de los antiguos castellanos, fingen vistosos combates con torneados *palotes*, en lugar de las espadas de los gladiadores, y levantan al vencedor sobre los palos cruzados, como las gentes godas, ó subiéndose unos á los hombros de otros hacen la puente ó arco de triunfo en loor del victorioso, se plegan en marciales cuadros, ó amontonan formando castillos, que despues voltean y defienden, con peli-grosos y gimnásticos saltos.

No es extraño, pues, que al baile acuda todo el pueblo, pobres y ricos, jóvenes y viejos. Fuera de la Plaza cuando hay baile no se ve un alma, y nada más entretenido que observar desde un balcon, dominándolo todo, la animada rueda que se forma en los pueblos grandes, por cientos de parejas, que saltan y dan vueltas con la más expansiva alegría todas al son que marque la *tonada*, mientras los chicos corren por el centro las *buenas-vayas*, las mujeres cuentan las *pegas* que dieron á fulano, y los hombres hablan de *si arrojearán mañana*.

Cuadros como este no pueden menos de llamar la atención. Por eso el distinguido pintor Sr. Mencia, que conoce la riqueza artística que atesora la provincia de Segovia, y que tiene génio para hallarla y exhibirla, ha presentado en la última Exposicion el notable cuadro que hoy reproduce LA ILUSTRACION DE MADRID, ofreciendo la vista de un baile de rueda en Nieveilla, aldea próxima á Santa María de Nieva, rico en detalles y hermoso en su conjunto, que da una exacta idea de lo que será el baile en un dia de funcion ó en las grandes romerías en los pueblos de Castilla la Vieja.

RICARDO VILLANUEVA.

EL HUÉSPED.

CUENTO FANTÁSTICO.

«Nosce te ipsum.»

I.

El hombre mejor relacionado, el que trata mayor número de personas en sociedad, el que conoce á *todo el mundo*, no se conoce á sí propio, y se enfada cuando algun amigo accede á sus ruegos y le presenta el incógnito personaje.

Parece una paradoja y es un axioma que deslumbra con su claridad: con nadie tenemos menos confianza que con nosotros mismos.

¿Veis esa mujer de belleza escasa que, en medio del baile en que nadie repara en ella, confiesa al que tiene á su lado con tranquila sencillez en la cual no se distingue ni la huella de la resignacion, que sabe que no es bonita, que si alguno se lo llamara lo tomara á burla? Pues esa misma mujer, al entrar en su tocador de vuelta en su casa, no se despoja del prendido sin dirigir una consulta al espejo, y no se duerme sin rectificar para sí la inoportuna, la temeraria, la injusta apreciacion que hizo ántes.

¿Veis ese mancebo, que falto de disposicion natural y de estudio, da una obra al teatro y recibe en silbidos la merecida pena de su atrevimiento? ¿Le veis pálido, descompuesto, herido profundamente por la severa leccion, exclamar delante de los que le rodean: «Lo conozco... He equivocado el camino... Yo no sirvo para esto...» ¿Os encanta su ingenuidad? Calmad vuestro entusiasmo. Habla así porque no sabe lo que dice; cuando haya trascurrido algun tiempo, cuando su cabeza esté más fria y discorra consigo mismo sobre su derrota, no

se clasificará entre los impotentes, sino entre los no comprendidos.

El más humillado por la suerte, el más escarmentado por sus torpezas, el más desatendido por todos, halla siempre dentro de sí méritos que él solo comprende, habilidades ignoradas por los demas, razones que halagan su orgullo trasformando el desden en envidia.

¡Somos tan indulgentes para con nosotros mismos!...

De cuando en cuando nos confesamos sin esfuerzo que hemos obrado mal, pero inmediatamente despues buscamos una disculpa que nos justifique á nuestros propios ojos, que haga ante ellos perdonable nuestra falta, meritoria si es posible.

Y es tan profunda, tan hábil, tan perversa la hipocresía que empleamos para con nosotros, que á su lado la empleada para con el prójimo es grosera, ridícula, torpe hasta lo infinito.

Con los demas nos atrevemos á ser cínicos algunas veces: con nosotros, nunca. Y el hombre que, por una casualidad extraordinaria, en uno de esos momentos en que el pensamiento se recoge, la conciencia interroga como un juez y el corazon responde con ingenuidad y ha faltado, el reo suele convertirse tambien en verdugo.

Si muchos suicidas pudieran corregir las pruebas del periódico que anuncia su muerte diciendo:

«X se ha suicidado. Se ignoran los motivos de tan fatal resolucion. X era jóven, rico, disfrutaba de una salud excelente, tenia una esposa que le idolatraba...»

Quizá, sin destruir ninguna de esas afirmaciones, asirian la pluma con mano temblorosa y febril, y añadirían á continuacion de lo escrito:

«Pero X habia cometido una accion villana: un rayo de luz alumbró momentáneamente su cerebro, hasta entónces en tinieblas, pensó en sí mismo, empezó á conocerse... y no pudiendo sufrirse, se levantó la tapa de los sesos»

II.

Todas las anteriores reflexiones y mil más, que no son del caso, me sugirió noches pasadas la lectura de cierta historia contenida en un viejo libro impreso en Valencia el año de 1794, y que forma parte de la curiosísima coleccion del docto bibliófilo D. Juan Egúren, á cuya amistad he debido el placer de conocerlo.

Y como para referirte lo y no para otra cosa he cogido hoy la pluma, rogándote, lector benévolo, que me perdones las impertinencias dichas, voy derecho á mi cuento, con firme propósito de no incurrir en nuevas divagaciones.

El cual, aunque no desprovisto de intencion, no há menester comentario de ninguna especie para ser entendido por persona de tan buen sentido como tú. (No me rechaces esta alabanza, con la que, más pronto ó más tarde, has de ponerte completamente de acuerdo.)

III.

Allá por los años de 1671 ó 72 (no lo declara con seguridad el autor que tengo á la vista), cuando aún conservaba la Universidad salmantina mucha parte de aquel esplendor, de aquella grandeza que llegaron á su colmo en el siglo XVI, regentaba una de sus cátedras de filosofia el benemérito licenciado D. Juan Ramirez Fajardo, con quien mis lectores, si no lo han por enojo, van á entablar trato íntimo y detenido conocimiento.

Frisaba nuestro hombre en los diez lustros de su vida, y, sin ser un mónstruo de fealdad, no tenia que agradecer muchos favores á la naturaleza. Esto en cuanto á sus cualidades físicas: las morales eran de más valía y merecen mayor atencion y más prolijo exámen.

Poseia un talento claro y profundo, nacido de un ingenio sutil y nutrido y desarrollado por un estudio sano, constante y reflexivo. Interpretaba con rapidez y limpieza admirables cualquier texto griego, hebreo ó latino; era un notable teólogo, y de geografia, de historia, de matemáticas, de filosofia, atesoraba cuantos conocimientos podian adquirirse en aquella época.

En esa última ciencia, para la cual su carácter observador y escudriñador era sumamente apropiado, habia llegado al fin á fijar por completo sus fuerzas intelectuales, siendo en ella una autoridad, un verdadero prodigio, acatado y reconocido lo mismo por los inteligentes que por los profanos.

De ahí provenia la consideracion de que gozaba en Salamanca, donde la nobleza y el alto clero se disputaban las ocasiones de sentarlo á su mesa; los hidalgos más orgullosos se apartaban y descubrian á su paso, dándose por bien pagados de su cortesía con la devolucion del saludo; los menestrales y trabajadores más humildes acudían á él en demanda de consejo y aclaracion de sus

dudas, considerándole, no sin razon la mayor parte de las veces, como un oráculo infalible, y sus mismos discípulos, los turbulentos y desastrados estudiantes de la Universidad, los sujetos un dia y otro á su inflexible fécula, atraídos, dominados por su elocuencia imponderable, que presentaba ante sus ojos sencillas y amenas las más áridas y confusas cuestiones metafísicas, le profesaban cariño de amigo, respeto de padre, veneracion de maestro.

Disfrutaba, pues, nuestro héroe, de esa áura popular blanda y perenne, compañera de los que deben sus adelantos al propio mérito, no á la ignorancia ajena; gloria más grande que la del poderoso ó la del guerrero, oscurecida por los vicios ó por la sangre, borrada amenudo por las lágrimas que cuesta.

Tan señalados y merecidos agasajos no habian engendrado en el corazon del buen D. Juan el deseo de triunfos más ruidosos ó de adelantamientos más positivos. Otro cualquiera, colocado en su posicion, con la conciencia de su valer, no habria sosegado hasta conseguir un empleo en la córte, hubiera revuelto cielo y tierra, como suele decirse, sin perdonar amaño ni intriga hasta el logro de su pretension, ó hubiera vivido infeliz de no haberse alzado con ella.

D. Juan ni intentó lo primero, ni, por lo tanto, tuvo que pasar por lo segundo.

Atenido á su sueldo y á lo poco que le proporcionaban algunos trabajos, más encargados que solicitados por él, y aun eso partido siempre con quien llegaba á pedirselo con algunas trazas de necesidad, vivia, con lo exclusivamente necesario para vivir, en una pequeña casa situada en la Rúa, heredada de sus padres, y que constaba de seis ó siete habitaciones repartidas entre el piso bajo y el principal.

Acompañábale una pobre mujer que le servia de criada, lo bastante fea y vieja para atar la lengua á la vecina más murmuradora, y hasta unos dos mil quinientos de sus mejores amigos, que no bajaria de ese número el de los volúmenes que en los estantes de la sala y de la cámara, en las tablas de los pasillos y en el guárdillon habia almacenados.

D. Juan se levantaba con el alba; oia misa en la contigua iglesia de San Martin, despachaba su obligacion en la Universidad, comia, generalmente con algun amigo ó protector, y despues de dar un paseo, bien por el Rollo, bien por el de las Carmelitas, cuyos crecidos y sombreros álamos le convidaban á la meditacion, tornaba á su casa, se sentaba á su mesa y allí permanecia hasta la media noche, entregado á un trabajo sólo interrumpido breves instantes por su frugalísima cena.

Esta era su vida ordinaria, y apesar del poco descanso y comodidad que le ofrecia, cuantos conocieron á aquel hombre singular y le mencionan en sus escritos públicos ó privados, afirman que siempre se le vió contento de su suerte, satisfecho de sí mismo, amigo de chanzas y donaires en sus conversaciones y rarísima vez dominado por el mal humor ó por la tristeza.

IV.

¿Era, pues, un hombre perfecto el licenciado D. Juan Ramirez Fajardo? juraría que se pregunta en este momento el lector pacientísimo que ha llegado hasta aquí.

Rara vez se satisface la curiosidad sin trabajo; no desmaye el curioso lector y siga y sabrá á que atenerse.

V.

En la misma Rúa donde estaba situada la casa de nuestro filósofo y no muy lejos de ella, tenia la suya otro personaje cuya vida y costumbres eran objeto favorito de las hablaturías del vulgo.

Maese Jacobo (por este nombre se le conocia), llegó á Salamanca procedente de Italia, su país natal, el año de 1653 en compañía de una mujer de sorprendente hermosura, á quien llamaba su esposa, y á quien por lo menos triplicaba la edad; no parecia haber llegado ella á los veinte y él pasaba con seguridad de los sesenta.

Alojóse por el pronto la desigual pareja en la casa de que hemos hecho mencion, y que despues pasó á ser propiedad del marido. Solia vérselos salir juntos en amor y compañía, y recorrer las calles y los paseos, siempre entretenidos, al parecer, en gustosa y animada plática.

Circunstancias eran las que dejo apuntadas capaces de despertar la curiosidad en la genta moza, nunca como en aquella época amiga de aventuras y galanteos, y la extrañeza en el pueblo, que, ignorante y poco investigador de suyo, solia considerar como extraordinario y portentoso lo que no acertaba á explicarse al primer golpe de vista.

El caso es que nunca faltaba un galan que hiciese centinela en la puerta de maese Jacobo; que apenas po-

nia éste el pié en la calle dando el brazo á su linda consorte, el centinela se hacia acompañante, hasta que, cerrada la noche, se trasformaba en rondador; y es fama que tan á gusto se encontraba con ellos el que desempeñaba estos tres oficios, que lejos de exigir paga ninguna por desempeñarlos, los defendía á capa y espada contra quien se proponía venir á ayudarle ó á relevarle en la tarea.

El hijo de un rico comerciante, mozo apuesto y bizarro, se quedó al fin por único pretendiente; sea por el respeto que sus muchos y afortunados lances imponía á sus competidores, sea por las pocas esperanzas que éstos abrigaban de rendir el ánimo de mujer que tan jóven, tan linda y tan mal maridada, no apartaba nunca los ojos del rostro de su esposo ni siquiera para ver el de los que la seguían. Decía el vulgo que sin duda el viejo era brujo y tenía hechizada á su mujer; version que podía sin duda ser cierta, y caso de serlo, capaz de dar al traste con el amor más firme, más constante y más ingenioso del mundo.

Pero el hijo del comerciante no era hombre que se desanimaba jamás. Cansado de la indiferencia de la dama y obligado á renunciar hasta al consuelo de que el viejo hiciese un sólo gesto de disgusto del cual pudiera nacer un desaffo, escribió en un papel su amoroso pensamiento y se dispuso á aprovechar la primera ocasion para poner el billete en manos de la dama.

Una tarde, al anochecer, maese Jacobo introducía en la cerradura la llave del porton de su casa y su esposa permanecía detras de él; de pronto sintió entre sus dedos una carta; los abrió y la carta cayó al suelo.

Al leve ruido que produjo, volvióse maese, la miró, y despues de recogerla:

— ¡Eh! ¡caballero! ¡caballero! gritó al galan, que se alejaba disimuladamente.

Éste se detuvo á la primera voz, y volviendo con más rapidez que la que empleaba para marchar:

— ¡Qué quereis? preguntó con desabrimiento al italiano.

El cual, con suma dulzura, le contestó alargándole el billete.

— Únicamente, caballero, que recojais esto que, por desenojo sin duda, habeis dejado caer al pasar junto á nosotros. Tomad.

Y cuando el émulo de D. Juan Tenorio quiso volver de su sorpresa y explicarse cierta sonrisa femenil y burlona cuyo eco aún resonaba en sus oídos, observó que la puerta estaba cerrada y no vió á nadie delante de sí.

Este chasco pesado acabó con el poco juicio del mancebo, y creyendo poder así borrar la mala impresion que de él conservaría su adorada, acompañado de músicos y cantadores, volvió, dadas ya las doce de la noche, á darle una serenata enfrente de sus mismísimas rejas.

Comenzado apenas el primer romance, abrióse una de ellas: latió con violencia el corazon del amante al buscar instintivamente sus ojos el gallardo rostro en que se recreaban, brilló en ellos la alegría, pero brilló como los relámpagos, sólo un momento. Junto á la dama estaba maese Jacobo, y ámbos parecían escuchar el canto con la misma complacencia y tranquilidad.

En cuanto terminó, sacó el viejo el brazo por entre los hierros de la reja; y un bolsillo bien repleto, á juzgar por el sonido que produjo al chocar en las losas, vino á caer á los piés del galan.

— Para que refresqueis, dijo el viejo, cerrando con rapidez, pero sin precipitacion, las vidrieras.

Una maldicion del mancebo y una carcajada de toda su gente resonaron al mismo tiempo. Uno de la estudiantina recogió el bolsillo y se alejó con sus compañeros, mientras aquel aturdía la calle á denuestos y provocaciones dirigidas al autor de la pesada burla.

De lo ocurrido despues sólo se sabe que á la mañana siguiente encontró la primera ronda que pasó por aquel sitio el cadáver del hijo del comerciante tendido cerca de la puerta de maese Jacobo.

El suceso llamó mucho la atencion pública, y aunque la opinion general achacaba la muerte al provocado marido, éste lo negó obstinadamente, y ni el proceso judicial ni las observaciones de los médicos presentaron ninguna prueba en contrario.

En el cuerpo del difunto no se halló herida ninguna, ni el menor rastro de golpe ó violencia, y fuerza fué, apesar de los empeños del padre de la víctima, que contaba con bastantes recursos para hacerse atender por la curia, dejar libre y tranquilo al feliz dueño de la peli-grosa hermosura.

Pero uno y otra disminuyeron, y al fin suspendieron por completo, sus continuas salidas, tal vez por miedo al populacho, que los insultaba y perseguía en la creencia de que con filtros ó puñales encantados sabían fin-

gir las apariencias de la muerte natural, ó por otra razon que ha permanecido escondida para nosotros.

Pasó un año y tornaron otra vez á salir juntos, si bien de muy distinta manera que las anteriores. Ella iba encerrada en un ataud sostenido en los hombros de cuatro hombres y él la seguía andando trabajosamente, apoyado en un fuerte baston. Destacábase sobre sus negros hábitos su semblante demacrado y lívido, en el que las lágrimas parecían haber abierto, á fuerza de constancia, cauces para correr como los rios en la tierra.

La curiosidad se encargó de aumentar el fúnebre cortejo.

Maese Jacobo volvió á entrar en su casa al cabo de dos horas; mucho tiempo pasó ántes de que nadie le viese recorrer de nuevo las calles de Salamanca.

Las ventanas del piso bajo y las del principal permanecían cerradas herméticamente, y sólo á altas horas de la noche se vislumbraba una ténue claridad á través de los cristales de un camaranchon situado en lo más elevado del edificio. Alguien velaba allí.

La voz popular aseguraba que un muchacho ágil de piernas y firme de brazos, habia descubierto el profundo misterio trepando por los hierros de las rejas.

Maese Jacobo estaba sentado en una ancha poltrona delante de una mesa, encima de la cual se veía una lámpara que despedía una luz rojiza y azulada á intervalos, un libro abierto, no menor que un misal, con las hojas llenas de signos rarísimos y figuras inexplicables, y multitud de vasijas y cacharros de todos tamaños y formas nunca vistas. Con la cabeza medio oculta entre las manos, leyó el viejo durante un gran rato; de pronto hizo un movimiento de impaciencia y arrojando el libro lejos de sí, se levantó y comenzó á dar vueltas por la habitacion agitado, y convulso.

Detúvose al cabo, y pronunciando con gran fervor palabras de lengua extraña (*pero que no sonaban como el latin*, así decía el muchacho, grande aficionado á ayudar á misa), mezcló en una sola el líquido de varias vasijas, y púsole á hervir en un hornillo. En el momento de ir á apartarlo del fuego, cuando una sonrisa de satisfaccion dilataba el contraído semblante del viejo, las manos del curioso se escurrieron desprovistas de vigor para seguir agarradas á los hierros, y como impulsado por una fuerza invisible se vió obligado á bajar por donde habia subido.

Sobrecojido y espantando, corrió á contar el caso á su madre, quien, no sin añadirle algunos comentarios, lo refirió á todos sus vecinos y conocidos, y oida su autorizada opinion, convinieron unánimemente en que maese Jacobo era brujo; y sin duda para volver la vida á su difunta esposa, cuyo espíritu le habia robado el hijo del comerciante, asesinado por él, se dedicaba á semejante profesion.

Tanto dió que hablar en Salamanca lo que el muchacho juraba y perjuraba haber visto á todos los que querían oírle, que los rumores y las interpretaciones del caso llegaron á conocimiento del obispo, quien, excitado por la mayoría del clero, se propuso averiguar la verdad de los hechos, y al efecto comisionó á su amigo el licenciado Fajardo para visitar á maese Jacobo y enterarse con maña de lo que hubiera en el particular.

El resultado de la entrevista fué dar testimonio el licenciado de que maese no se dedicaba á hacer otra cosa que experimentos químicos, sin ofensa de la santa religion católica, y quedar desde entónces muy amigos el químico y el filósofo.

VI.

Estrecháronse más cada día los lazos de aquella amistad, multiplicáronse las visitas, ya por el sólo gusto de verse y hablarse, en lo que ámbos encontraron un placer primero y una necesidad despues.

Agradábale á maese Jacobo la vasta instruccion, el juicio exactísimo de Fajardo, y á éste la conversacion animada, pintoresca, ingeniosa de aquel. La mayor parte de las tardes salían juntos y recorrían los alrededores del pueblo, entablado por el camino alguna discusion en que ninguno de los dos dejaba de aprender algo nunca.

El talento tiene tambien su comercio; comercio noble y generoso sin el cual vive pobre y miserable.

(Se concluirá.)

CÁRLOS COELLO.

DESCRIPCION DEL FIGURIN DE MODAS.

Saya de foulard liso lila, guarnecida con un ancho volante cortado al biés, hecho de foulard lila á rayas, el cual debe tener 50 centímetros de ancho. Encima de

este volante fruncido va otro estrecho (de 10 centímetros), tambien de foulard lila y festoneado el canto con pequeñas ondas. La segunda falda se guarnece igualmente con un volante rayado, cortado al biés, de 10 centímetros de ancho, y como la saya; lleva otro encima festoneado de cinco centímetros de ancho, y con sus correspondientes bieses para fijarlo, si bien más estrechos que los de dicha falda. El cuerpo se hace con faldetas (lleva chaleco de foulard liso), y no tiene más guarnicion que un volante festoneado.

Saya de color castaña guarnecida con un ancho biés colocado á 20 centímetros de distancia del borde inferior. En cada lado de este biés se ponen dos rizados de la misma tela. Segunda falda de crespon Ósaka crudo, rodeada por un biés castaña y un fleco del mismo tono que el crespon. Cuerpo con aldétas del referido crespon guarnecido como la falda y abierto en cuadro; debajo un fichú de muselina plegada.

E. G. DE A.

MODAS.

Las más hermosas flores de las que esmaltan los campos, se reproducen en los campos de la industria: para convencerlos de esta verdad, pasad, lectoras mías, por las calles del Cármen y de Espoz y Mina, y vereis en primer término, en preferente lugar, las telas sembradas de rosas, de violetas, de camelias, de lilas y de esas campanillas de gracia tan fresca y sencilla que brotan de las flexibles ramas de la yedra.

Los fondos sobre que cae esta lluvia de flores son negros y blancos en su mayor parte, y tambien grises, verdes y crudos: estas telas traen á la memoria los brocados del tiempo de la Pompadour, tan felices para el lujo, tan espléndidos para el arte, tan caros para todas las fortunas.

El arte debe mucho á la bella marquesa: ella dió no pocos dibujos para los espléndidos muebles, en los cuales la encina y el ébano se convertían en guirnalda de indescribible primor, y en molduras esquisitas: la habilidad de pintarse las damas, ella la llevó al más alto grado de perfeccion, y el agrandarse los ojos con las rayas negras—de que hoy se abusa tanto—la colocacion de los lunares, la delicada distribucion del blanco y del carmin, son obras de su ingenio y de su extremado afan de parecer hermosa.

Es de esperar, pues, que con los trajes esmaltados de flores vengan los cabellos empolvados de blanco y se generalicen más aún los trajes abiertos sobre un delantal, que ya se llevan hoy para baile, y aun para comida de alguna etiqueta.

* * *

La aparicion de las telas fuertes y floreadas hace prever que los volantes van á caer, y que su reinado, tan largo y sostenido, toca ya á su fin: lo mismo se puede decir respecto de la segunda falda: los tejidos de ahora no se prestan en manera alguna á las pasadas combinaciones, y es casi seguro el que la moda va á entrar en una fase completamente distinta de la que ha tenido hasta el día.

En efecto. ¿Cómo guarnecer de volantes las telas fuertes de seda, sembradas de ramos? ¿Cómo llevar tampoco segundas faldas con estos tejidos pesados? Las faldas lisas es lo primero que se ve en perspectiva.

¿Pero serán cortas ó largas?

Este es otro dilema que tampoco se ha resuelto todavía.

La lucha entre el traje de cola y el que sólo toca al suelo sigue cada día más empeñada: convencidas las señoras de lo incómodo que es el largo para andar por las calles, se resisten á dejarlo tratándose de salidas de día, y sólo usan los largos para baile, concierto y comidas de etiqueta, demostrando en esto un buen sentido notable: sin embargo, el traje corto sin doble falda parece imposible, y al fin, no se sabe cuál de los dos estilos vencerá.

Se hacen los vestidos para salidas de confianza, de merino de colores medios, de foulard y de raso de lana: y los trajes de vestir, de gros, faya y crespon de China, tejido de lana y seda muy elegante.

Como una mujer que va á morir se engalana con todas sus gracias el último día de su vida para dejar lo más bello posible su recuerdo en el alma del que ama, así los volantes en su agonía ostentan todas sus bellezas: ya se colocan de gran anchura, coronados con una fila de conchas, de la misma tela ó de encaje: ya se ven con los bordes ondeados y orillados de raso: ya pues-



FIGURIN DE MODAS.

tos en grandes arcadas, sostenidas con lazos: ya, en fin, muy pequeños, y en gran profusion.

Emmeline Raymond, la más inteligente y poética de todas las cronistas de la moda, me escribe desde París que allí las rayas y los lunares es lo que impera casi en absoluto: los segundos se ven de todos tamaños, desde el polvo impalpable, hasta el tamaño de una peseta: lo mismo sucede con las rayas: las hay tan diminutas que sólo ocupan dos hilos, hasta una cuarta de anchura.

Una de las mejores modistas de Madrid, á la que consulté yo hace dos ó tres días acerca de un traje de primavera, me dijo que los más elegantes son los de foulard ó tafetan de un color medio, sembrados de ramitos pequeños: el guarnecido se compone de volantes de tela lisa del color del fondo, pero orillados con una tira del color de los ramos: dichos volantes se ponen casi del todo planos, para cuyo fin, en vez de fruncirlos, se les hace un pliegue de vez en cuando, pero muy pequeño y muy poco profundo.

En los de telas lisas, como el grós de un solo color, los flecos para trajes de día y los encajes blancos ó ne-

gros para los de noche, son los adornos más aceptados: estos encajes se disponen en combinacion con tiras de raso ó con plegados de lo mismo, y cuando son anchos se sujetan con ramos de flores.

Estas disfrutaban tambien de gran favor para el tocado: las de los campos son las preferidas, y se enlazan entre los bucles medio deshechos de que se compone el peinado, ramas de acianos, de amapolas salvajes, de margaritas de los prados, y hasta esas graciosas y flexibles ramas verdes que nacen á la orilla de los caminos, y que tienen la gracia suprema que la naturaleza presta á todo lo que es agreste.

He visto hace pocas noches á una linda niña rubia, ataviada con un traje de crespon blanco, adornado solamente con una guirnalda de yerbas silvestres, que era una maravilla de gracia y de sencillez: otra guirnalda igual ceñía los cabellos, que como pesadas cadenas de oro se enlazaban en su cabeza, y todo aquel verdor estaba salpicado de esas florecitas diminutas cuyo nombre saben sólo las mariposas que vuelan por la pradera y van á besar su cáliz.

Muchos trajes habia de un lujo deslumbrador; pero ninguno llamó la atencion como el de aquella bella niña: era modesto y tan sencillo como convenia á sus

diez y siete años; pero de un gusto delicado y completamente artístico.

Iba á hablaros hoy de sombreros y peinados; pero unos y otros están tan próximos á cambiar de forma casi totalmente, que lo dejo para mi próxima revista.

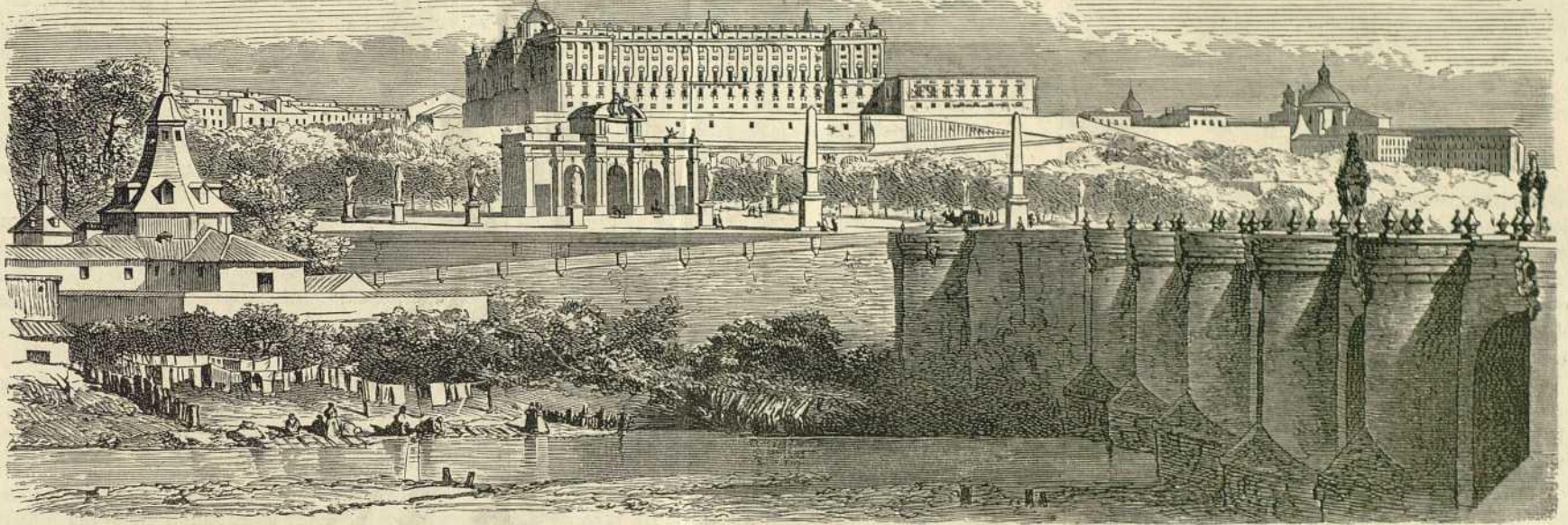
MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto en Madrid.....	4 »
Un año.....	100 »		

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 15 DE MAYO DE 1872.

NÚM. 57.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Flores*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Perez Galdós*.—El pintor *D. Francisco Domingo*, por *D. Peregrin Garcia Cadena*.—Cervantes y la noche de difuntos (continuación) poesía, por *D. Gaspar Bono Serrano*.—Más sobre Ochoa (elegía), por *D. Juan Quiros de los Rios*.—Teatros, por *D. A. Sanchez Perez*.—La fiesta de las rosas, por *X.*—El hombre azul, por *D. Peregrin Garcia Cadena*.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por *D. Florencio Janer*.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuación), por *D. Alvaro Romera*.—Cantares, por *D. José de Fuentes*.

GRABADOS.—Carreras de caballos en Jerez. Copa regalada por su majestad el rey para servir de premio en las mismas, dibujo de *D. Daniel P.*—La fiesta de las rosas (Barcelona), croquis del Sr. Reventós, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Don Francisco Domingo y Marqués, fotografía de *Laurent*, dibujo de *D. A. Perea*.—Desmonte de la Florida en Asturias, de una fotografía de *Laurent*.—Sesion literaria celebrada en el Ateneo de Valencia, dibujo de *D. Antonio Gomar*.—Entierro del pobre (cuadro de *Pellicer*), dibujo del mismo. —Salida de una partida carlista de Ondárroa (Vizcaya), dibujo de *D. Alejandro Ferrant*.—Descanso de una columna de tropa destinada á operar contra los carlistas (puente de Burqui, camino de Lumbier en Navarra), dibujo de *D. Alejandro Ferrant*.

aquella modesta agrupacion de jóvenes debía despertar, ha quedado desvanecida. Por el contrario, apesar del corto tiempo trascurrido desde su fundacion, el Ateneo ha visto de día en día aumentarse el número de sus socios: háse instalado cual cumple á una sociedad llamada á la mision trascendental y provechosa de promover la general cultura; alienta propósitos dignos de su importancia, y cábele la envidiable honra de haber sido en Valencia el iniciador de una fiesta que revela al par su ilustracion y su patriotismo.

Esta solemnidad tuvo efecto en el paraninfo de la Universidad, de que da perfectísima idea el grabado, habiendo sido cedido dicho local por el digno rector de la misma, Sr. Perez Pujol. Así pudo tener esta funcion

la esplendidez y brillo de que en otro punto hubiera sin duda carecido.

En el centro, bajo el dosel de damasco carmesí, veíase un retrato de Cervantes debido al inteligente pincel de *D. Emilio Sala*, y regalado por éste al Ateneo. En los ángulos, á derecha é izquierda del retrato, habia grupos de plantas y flores convenientemente dispuestos, en cuyo centro se destacaban dos estatuas de bronce de Don Quijote, en pié en una y sentado en otra; y frente á la mesa presidencial, ocupada por el distinguido escritor *D. Joaquin Serrano Cañete*, actual presidente de la Sociedad, que tenia á su derecha al alcalde popular y á su izquierda al señor rector de la Universidad, descansaba sobre un atril de maderas primorosamente esculpidas y coronado de laurel, un ejemplar de la primera edicion de la historia del *Hidalgo Manchego*, perteneciente á los señores Salvá.

Ocupaban el estrado el delegado del capitán general, el director del Instituto, los decanos del Colegio de abogados, el fiscal de la Audiencia, los representantes de la sociedad Económica, de la de Agricultura, de los cuerpos de la guarnicion, del cuerpo consular, de la escuela de Bellas Artes, del Instituto Médico valenciano, de la Diputacion Provincial, de la Comision permanente, de la Academia de legislacion, de la de Sanidad marítima y militar, de los Archivos, del Hospital, de las Escuelas Pías, el jefe de Fomento, las facultades de ciencias, letras, medicina, farmacia y filosofia, el brigadier de Marina, comisiones de la Academia de Medicina, el Casino, el Círculo Valenciano y la prensa.

Varios socios leyeron discursos y poesías de los señores *Alisal*, *Llorente*, *Ruiz Aguilera*, *Genis*, *Vera de Leon*, *Alfonso*, *Velasco*, *Labaila*, *Pizcueta*,



CARRERAS DE CABALLOS EN JEREZ.

Copa regalada por S. M. el rey para servir de premio en las mismas.

ECOS.

Entre las fiestas literarias con que España ha solemnizado recientemente el aniversario de Cervantes, merece especial mencion la celebrada por el Ateneo Valenciano, y de la cual publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID un magnífico grabado cuyo dibujo ha sido hecho por un distinguido artista de la ciudad de las flores.

Apenas hace cuatro años que se inauguró en Valencia el Centro Artístico y Literario á que nos referimos, y ninguna de las halagüeñas esperanzas que

Eserig, Llombart, Iranzo y Genovés, leyendo también una composición poética la señorita doña Luisa Duran de Leon.

La belleza y la elegancia, asociándose al ingenio, ofrecieron aquella noche el homenaje de sus preciosas simpatías á la memoria de Cervantes, viéndose allí reunida la flor de las hermosuras de Valencia.

Esta reseña, que es un breve extracto de la que ha publicado el *Diario Mercantil* de aquella ciudad, da, sin embargo, bastante idea del entusiasmo, solemnidad y esplendor con que el Ateneo Valenciano ha celebrado el glorioso aniversario del príncipe de nuestros ingenios; reseña, por otra parte, completada con el importante y fiel grabado que en una de las planas de este número pueden ver los lectores.

**

LA ILUSTRACION DE MADRID, que sigue los acontecimientos sociales y políticos con el lápiz y el buril, ofrece hoy á sus lectores en las páginas de su álbum artístico el reflejo de dos episodios de los muchos que por desgracia ha presentado ya la guerra civil que amenaza ser el azote de España.

Bien quisiera esta publicacion no dejar estampada en sus hojas la huella de una lucha fratricida, terrible y dolorosa; pero la índole especial de tales acontecimientos le obliga á reproducirlos, deplorándolos amargamente.

Siquiera el alzamiento carlista haya sufrido desde que se inició golpes tan rudos como los de Lumbier, Oroquieta y Segura, y por más que al decir de los periódicos favorables al gobierno la insurreccion de Navarra haya terminado vencida desde los primeros momentos, es el hecho que amenaza prolongarse la lucha y que será difícil concluir en algun tiempo con las facciones que existen en Vizcaya y Guipúzcoa. El alzamiento carlista de 1872, se diferencia de los de 1869 y 1870 en que tiene mayores proporciones y parece ser un esfuerzo supremo de aquel partido. Nos vamos á encontrar, pues, nuevamente en medio de los horrores de la guerra civil; y la atencion pública se preocupará de un modo preferente con las tristes peripecias que ofrecerá sin duda. LA ILUSTRACION DE MADRID, por lo tanto, sin parcialidad para ninguno de los bandos, pues para ella todos son sus hermanos, habrá de continuar en lo sucesivo publicando grabados referentes á los sucesos de este infausto acontecimiento. Hoy publica dos láminas: una de ellas representa la *Salida de una partida carlista en Ondárrua* (Vizcaya), y la otra el *Descanso de una columna en el puente de Burquí, en el camino de Lumbier* (Navarra).

La guerra civil: es decir, la industria muerta por las mismas manos que la daban vida; los pueblos destruidos é incendiados por los mismos que en ellos nacieron, la discordia en las familias; el padre armado contra el hijo, y el hermano contra el hermano, al grito comun, absurdo, incomprensible, sacrilego de ¡Viva España!

**

Las criadas de servicio de Dundé (Inglaterra), han tenido un *meeting* con objeto de formar una sociedad de proteccion mútua.

Dos maritornes de las más distinguidas del concurso, sostuvieron la conveniencia de que el trabajo debería durar tan sólo desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche.

Esta pretension ciertamente no es excesiva. Los trabajadores masculinos ingleses, gracias á las huelgas, han reducido el trabajo á nueve horas diarias, de modo que las pretensiones de las criadas de Dundé no pueden ser tachadas de exageracion, y dan una idea de lo mucho que en Inglaterra trabajan las mujeres que se dedican al servicio doméstico.

Tratóse también de la necesidad de que la sociedad se ocupara del carácter de los amos.

Estos exigen allí muchos informes, antecedentes, condiciones personales y seguridades para admitir una criada, y ellas entran sin una preparacion análoga en casa de los amos: resultando que encuentran amos que las maltratan ó que no las pagan su salario.

Sin duda alguna que las amas de casa de España, al tener noticia de esta reunion de fámulas, se creen ya amenazadas por *La Internacional* en el seno mismo del hogar doméstico, y que habrán visto cercano el día en que, gracias á esa organizacion amenazadora, tendrán

que soltar el abanico y quitarse la sobrefalda de gró para empuñar el espumador y ceñirse el delantal. ¿Qué será de nuestras bellas y elegantes damas el día en que una huelga general de criadas deje huérfanos, entre frias cenizas, los pucheros?

¿Conocen Vds. alguna asociacion más terrible, más formidable que la de las criadas? ¿Habria poder que se colocase frente á frente de esa asociacion el día en que esta existiese? Figúraos lo que seria una sociedad que en cada casa tendria un individuo, soldado y espía á la vez; una sociedad en cuyos libros de registro constarian el carácter y opiniones, las virtudes y los vicios, los hechos y las conversaciones diarias de cada familia, trasmitidos por ese observador inevitable, por esa sombra de nuestro cuerpo, por ese eco de nuestra palabra que se llama criado, especie de duende doméstico que tiene pegada siempre la oreja al hueco de la cerradura, que mira por entre las rendijas de las puertas, que registra en el guardarropa nuestros bolsillos, que lee la carta de amor olvidada sobre la mesa, que trae y lleva los recados más ó menos importantes y misteriosos de la mujer y del marido, que disputa diariamente con la modista y con el sastre en la puerta, que á veces sabe recoger discretamente los lentes que se dejó olvidado un amigo en el gabinete de la señora, ó el pendiente que encontró caído en el cuarto del esposo, imponiendo así su voluntad á este ó á aquella, y que es, en fin, espectador mudo é indiferente de esos dramas familiares que se desarrollan en el comedor ó en la sala, al volver de paseo ó del teatro, con motivo de una jicara de chocolate ahumado ó de un boton que salta de la camisa, entre el volar de platos y fuentes, entre injurias y maldeciones y al son de los gemidos de los niños que se asustan y lloran.

Una asociacion como esta seria una palanca irresistible puesta al servicio de una idea y en manos de un jefe audaz y ambicioso. Para librarnos de su influencia, tendríamos que resignarnos á ser criados de nosotros mismos; pero esto no es posible. Es muy cierto que la criada, aun la más hábil, tiene organizacion imperfecta: la más discreta carece del sentimiento artístico que se necesita para hacer bien cualquier cosa, hasta para espumar el puchero: barrer es, para ella, trasladar el polvo de un punto á otro, de las estereras y las alfombras á los muebles y los cuadros: limpiar, en su criterio, es dar una paliza á todos los objetos con el plumero y los zorros; regar, es con arreglo á su sistema, transformar en embarcaciones, boyas y tablas de naufragio, las sillas, mesas y demas objetos de condiciones marineras de una habitacion: guisar es, así lo cree al menos, coger un palomino, ponerle en una cacerola sobre dos libras de manteca y seis de carbon, cantar y soplar, y seguir soplando y cantando y añadiendo grasa y combustible hasta que el infeliz animalito quede reducido al tamaño de una avellana: la sisa es para ella una institucion legal: y el hablar fuera de tiempo, y el contestar cuando no la preguntan, y el meterse donde no la llaman, son caracteres infalibles de su naturaleza. Y, sin embargo, no tenemos más remedio que tolerar sus desafueros y entregarnos ciegamente en sus manos. La civilizacion, difundiendo la ilustracion en la mujer, la ha llamado al mostrador de las tiendas, á los escenarios de los teatros, á los oficios, á las cátedras y hasta la política; la ha separado y alejado del hogar doméstico; y hoy ninguna muchacha que se estime en algo confesará que sabe freir un par de huevos.

—Verdad es que la cocina con el tiempo dejará de ser una necesidad doméstica para convertirse en un servicio público, hecho á máquina y repartido á domicilio como los periódicos y las cédulas electorales.

He dicho que una asociacion protectora de criados seria una palanca irresistible puesta al servicio de una idea y en manos de un hombre audaz y ambicioso.

Una desgraciada experiencia ha demostrado en nuestro país que para que se realice en él una revolucion es preciso asociar al elemento moral de la opinion pública la fuerza bruta representada por las bayonetas del ejército.

Pues bien: es innegable que el ejército seria el brazo auxiliar de la asociacion. Id por la mañana á los mercados, ó por la tarde, en domingo, á la plaza de Oriente, á la Virgen del Puerto ó á la Fuente de la Teja, y podreis convenceros de ello. Vereis como cada una de esas Vénus nacidas de la espuma del puchero lleva del brazo un Marte con ros y pantalon encarnado. La guarnicion entera está diseminada aquí y allá, jurando sobre las cruces de su pecho ser eternamente esclava de aquellas bellezas que les dan su amor y les compran tabaco; que les ofrecen los tesoros de su corazon y de sus sisas.

Puede desde luego asegurarse que cada criada de servicio dispone de un cabo y cuatro hombres, que no es mucho teniendo en cuenta la facilidad con que se estrechan y se rompen los lazos amorosos de las Maritornes. Calcúlese, pues, la fuerza que presentaria la asociacion en el momento en que todas sus individuos, de comun acuerdo, llamasen á sí sus respectivos adoradores. Ni los ejércitos de Xerges podrian compararse con los de la asociacion de criadas españolas.

Así es que si esta asociacion se lleva á efecto, el Gobierno, para poder gobernar con tranquilidad, disipar los temores públicos y evitar un golpe de Estado en las cocinas, tendria que decretar la abolicion de las quintas.

**

En la primera plana de este número publica LA ILUSTRACION DE MADRID un grabado de la copa de oro regalada por S. M. el rey á la sociedad hípica de Jerez, como uno de los premios que habrán de concederse en las carreras dispuestas por la misma en el hipódromo de los llanos de Caulina.

Es una obra notable por su delicado dibujo y ejecucion esmerada.

Una de las provincias menos visitadas en España es sin duda la de Oviedo, apesar de que sus hermosos valles, sus grandiosas montañas, sus retorcidos rios, sus magníficas cascadas, sus bosques de castaños, manzanos y nogales, sus caseríos esparcidos en desorden sobre la yerba de los prados y descollando entre las hojas del maíz y de los avellanos, el carácter de sus habitadores, laborioso y pacífico, sus trages y costumbres, ofrecen al viajero una originalidad y un encanto que difícilmente encontrará en otra provincia de la Península.

El *Desmante de la Florida en las inmediaciones de Oviedo* es una buena muestra de la grandiosidad que en algunos puntos de Asturias ofrece la naturaleza.

De otro importante grabado debo dar cuenta en estas líneas. Me refiero al que lleva por título *El entierro del pobre*. Es copia de un cuadro del Sr. Pellicer, pintor enérgico, en quien el sentimiento de la verdad y la imitacion de la naturaleza no excluye la pasion por lo trascendental y filosófico en el arte. He visto este pequeño cuadro en el estudio del pintor, y me ha impresionado por su verdad y su sencillez. Esta impresion está reproducida admirablemente en el dibujo.

El país que sirve de fondo al cuadro es la huerta de Balaguer, iluminada por los últimos reflejos del sol, en esa hora en que la naturaleza se dispone al sueño y la atmósfera se llena de sombra y de tristeza. ¡El entierro del pobre!... Un hombre que guía llevando en la mano un farol: un monaguillo con la cruz: un sacerdote que reza entre dientes: otros dos hombres que llevan sobre las angarillas el ataúd cubierto con un paño negro, y por fin, y como acompañamiento familiar, como cortejo de la amistad, de la gratitud y del amor, un perro: y todos ellos andando uno tras de otro, formando una línea de dolor, con la cabeza inclinada, con el lábio silencioso, como quien va por el camino de la muerte. Delante de ellos está la noche con sus sombras que se espesan por momentos, y á lo lejos, destacándose con negras siluetas sobre una franja de oro, se alzan las casas del pueblo á que uno de los que allí van no volverá jamás; y se vé también alzarse el negro penacho de una columna de humo, que se pierde en el cielo como el espíritu del que murió, como las oraciones de los que van á enterrarle.

Es un cuadro bien sentido y bien pintado.

**

El gobierno francés hizo fundir las campanas de las iglesias para hacer cañones.

Los prusianos funden hoy los cañones franceses y hacen con ellos campanas.

En definitiva, este es simplemente un triunfo obtenido por los sacristanes de Prusia sobre los de Francia.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

La atencion de la Europa impresionable y amante de emociones, se ha fijado poco há en el Vesubio, cuyo terrible cráter amenaza la seductora Nápoles, como un infierno aéreo suspendido sobre una ciudad pecadora. La erupcion de 1872 es de las más fuertes que han pre-

senciado los nacidos; y para contemplar la perspectiva de tan hermoso horror, acuden viajeros curiosos de todo el continente. El telégrafo, gozoso de esta novedad, trasmite á todos los pueblos accidentes tan curiosos como el color de las llamas, la direccion de la lava desbordada, las curvas descritas por las piedras que escupe el volcan bramando de cólera. Las víctimas de esta catástrofe son muchas, y no es insignificante el número de ingleses á quienes el desastre cogió desprevenidos herborizando en las inmediaciones, aunque algunos han perecido, porque su indomable curiosidad les llevó á contemplar la ira del Vesubio demasiado cerca. A las grandes explosiones suceden los fenómenos eléctricos de una belleza incomparable; á las lluvias de ceniza que oscurecen el sol, los borbotones de lava incandescente que corren por las cañadas de la montaña como rios de sangre: luégo siguen los movimientos de trepidacion, y las piedras vomitadas como proyectiles, y el humo que empaña el cielo, y una série de fenómenos que enloquecen á los sabios, y llevan desolacion y espanto á la ciudad de San Genaro. Huyen medio quemados los habitantes de los pueblos que descansan con imprudente confianza en la falda del terrible monte como niños dormidos junto á la boca de un horno; la lava corre por las laderas persiguiendo á los que corren; penetra en los pueblos ahuyentando hombres, mujeres, niños y ganados; entra en las casas, desaloja ó destruye cuanto encuentra; no perdona ni los templos, ni los cementerios; para librarse de ella se improvisan medios de salvacion, lo cual es muy difícil, pues no se conoce ningun arte náutico con que puedan surcarse mares de fuego para salvar náufragos que se queman; y la ciudad partenópea, celebrada y cantada por los poetas como mansion de los placeres, lanza alaridos de terror, clama al cielo, enciende cirios en todos sus altares, y cree que Dios la condena á morir como Pompeya, enterrada en vida.

Mientras unos huyen despavoridos, abandonando casas y haciendas, otros llegan para presenciar la incomparable funcion pirotécnica, superior á cuanto el arte humano pudiera idear. En su plétora, el Vesubio, regurgitando terriblemente, echa fuera la enorme cantidad de ardiente material que se ha elaborado en las entrañas del monstruo; el aire se enardece, el mar y el cielo reflejando como inmensos espejos la iluminacion parecen tambien inflamados, y cuando la furia del cráter se calma un poco, despues de haber vomitado sobre valles y riscos todo el fuego que se indigestaba en las entrañas del monte, la electricidad desarrollada produce efectos ópticos de hermosura tan extraordinaria, que los napolitanos se sentirian cuajados de arroboamiento si la ardiente ceniza no les azotara al mismo tiempo el rostro. El asombro no se disipa sino para dar lugar al terror, y este es tan sólo atenuado por el asombro. El hombre se ha de parar abortido y conmovido ante la naturaleza hasta cuando se vé aniquilado por ella.

Muchos en presencia de este último frenesí del Vesubio, han relacionado la actual catástrofe con el terremoto de Antioquia y el de California, entrambos muy desastrosos, y creen que allá abajo andan las cosas tan revueltas como por encima, ó que el viejo planeta, á quien no será inverosímil suponer cansado de sustentarnos, está atravesando alguna crisis que desbarate ó modifique su constitucion interna. Motivo de alarma será este para las gentes timoratas, aunque contra petrolistas como el Vesubio no sea fácil tomar precauciones. Tambien se ha dicho que la erupcion y los terremotos, así como otros sucesos de diversa índole, eran los primeros síntomas de la catástrofe cósmica que ha de tener lugar, cuando un señor cometa, anunciado por los astrónomos para el mes de agosto, arrastre su cola por la bóveda celeste, causando tanto entusiasmo en los observatorios como mareo y trastorno entre la buena gente de los campos. Descansemos tranquilos, si no hay otros motivos de desazon que la presencia del cometa: pues no parece razonable buscar tan alto la causa de nuestros males.

Casi en los mismos dias de la mencionada erupcion, el pueblo de Madrid estuvo un poco alarmado, juzgando posible una funcion pirotécnica á estilo comunista. Ocioso es decir que nada pasó, y que nada pasará: no moriremos á manos de los petrolistas, no sólo porque afortunadamente carece la villa de Madrid de esta nueva especie de bimanos, sino porque aunque su número fuera tan infinito como el de los tontos, no faltaria quien les pusiera como nuevos. Apesar de que esta opinion es bastante general, la poblacion ha vivido por algunos dias con tal inquietud y azoramiento que en todas

partes veia el peligro, y aunque no escaldada aún, por dicha de todos, solia huir del agua fria. Tanto llegó á temer el petróleo, que no habia barril, cántaro ó alcarraza que no supusiera lleno del liquido traidor; y depósitos de sustancias tan inofensivas como el aceite vegetal, la limonada gaseosa, la cerveza, fueron señalados con espanto y denunciados con la mayor diligencia: la policia conoció el error, cuando al registrar las criminales botellas, las vió llenas de órden, pues así puede denominarse su contenido, no siendo sustancia de fácil inflamacion.

Los vecinos de cierta calle observaron con temor que á altas horas de la noche se paraba un carro á la puerta de cierta casa de viejísimo y misterioso aspecto, y que unos hombres tambien de muy mal perjenio se ocupaban en descargar del vehiculo un gran número de botellas, que con mucho cuidado y procurando no ser vistos introducian en la casa. Los buenos vecinos no sabian á qué santo encomendarse, al ver aquel almacenaje clandestino; se reunian, se consultaban, preguntándose mutuamente sus impresiones, y ninguno dudaba de que el liquido allí depositado era el terrible instrumento de la anarquía, el gran liquidador de la propiedad urbana, el monstruo de mil lenguas de fuego, sacado de las entrañas del suelo norte-americano, y asociado en Europa á la obra de la revolucion social por los comunistas de París.

Uno aseguró que su fino olfato le dió la certidumbre de que la sustancia encerrada era petróleo; otro juró haber visto las mechas aplicadas á la boca de la botella; un tercero se resuelve á denunciar el caso á la autoridad, y no pasó mucho tiempo sin que ésta ordene un escrupuloso reconocimiento. Mientras este tiene lugar, y los vecinos ansiosos creen indudable su salvacion, se siente una detonacion, que en los oidos de la azorada vecindad resuena con más fragoroso estrépito que un cañonazo: en el mismo instante un tapon, que contenia un liquido turbulento, como si fuera ley preventiva puesta sobre un pueblo levantisco, saltó con la rapidez de la bala, y saliendo al patio por cierta ventana subió hasta cerca del tejado, donde despues fué á terminar su viaje aéreo; y entre tanto los hombres de justicia lanzaban en la bodega exclamaciones de ira al ver manchada su ropa por una espuma pegajosa y un agua de color amarillo claro, que bien pronto por el olor y el gusto conocieron que era *champagne*.

Desde entónces los vecinos se quedaron tranquilos, aunque alguno no las tenia todas consigo y solia decir con tono misterioso:

—¿Con que nos quieren hacer creer que es Champaña? Si lo hubiera examinado yo mismo, ya estaria el barrio seguro... Cuando uno afirma que es petróleo, ya se sabrá por qué lo afirma, y yo puedo decir que ví las mechas con mis propios ojos.

En Francia se ocupan con preferencia del proceso del mariscal Bazaine, que en la curiosidad pública ha sucedido al escándalo Trochú-Villemessant; en Inglaterra parece seguro el arreglo de la cuestion del Alabama sobre bases más equitativas que las propuestas por los Estados-Unidos, y el ministerio Gladstone cederá el puesto á un gabinete tory presidido por lord Derby. Prusia se ocupa con la más activa diligencia en fortificar las ciudades de Alsacia-Lorena, y ante la perspectiva de un desquite, no vacila en prolongar por todos los medios posibles la ocupacion del territorio francés. Roma papal presencia con escándalo los trabajos para organizar la secta de los *católicos viejos*, de que será propagador el célebre padre Jacinto, ya francamente declarado heresiarca. Holanda no tiene más asunto grave de que ocuparse que la celebracion del aniversario de su independencia, y Rusia parece inclinada á estrechar sus relaciones con Francia. Ningun acontecimiento de interés ocurre en Europa, si se exceptúa España, de la cual no podemos decir lo mismo. La sublevacion carlista aún no ha terminado, y se esperan con ansia nuevos hechos de armas tan funestos para la causa del absolutismo como el de Oroquieta.

Parecerá mentira; pero es indudable. Apesar de las perversas circunstancias en que el país se encuentra, hay no poco movimiento literario. Entre las muchas obras que han salido á luz, haremos fijar la atencion de nuestros lectores sobre dos muy importantes, que son: la *Lógica de Hegel*, traducida, con introduccion y notas, por D. Antonio María Fabié, y las *Obras Póstumas* de D. Manuel José Quintana. El primero de estos libros ha sido publicado por Durán y el segundo por la casa de Medina y Navarro, aunque jóven muy acreditada ya,

no sólo por su Biblioteca Económica, sino por la edicion de filósofos, inaugurada con las *Obras de Platon*. Esta tendencia á publicar libros de esta clase, que jamás se vieron en las vidrieras de nuestras librerías, sino impresos en lengua francesa, es síntoma de que han de prevalecer los estudios serios, y de que las buenas letras, así como la filosofía, pueden salir, si un período de reposo las estimula, del marasmo y abandono en que hoy se encuentran.

La *Lógica de Hegel*, cuya traduccion tan acertadamente ha llevado á cabo el Sr. Fabié, es libro oportunísimo, no sólo por su mérito intrínseco, sino porque los estragos que en entendimientos muy ilustrados hace la escuela positivista, exigen grandes esfuerzos para devolver á la metafísica el puesto que le corresponde entre los acontecimientos humanos.

Tambien es consolador que una de las ciudades de la Península más agitadas por las pasiones políticas, tenga calma y humor suficientes para presenciar juegos florales como los dispuestos por la *Academia de Ciencias y Literatura* del Liceo de Málaga. La convocatoria para el certámen se ha hecho en los siguientes términos:

«Esta corporacion ha acordado celebrar unos Juegos florales en la octava de la festividad del *Corpus* del presente año, bajo las bases siguientes:

1.^o Serán objeto del certámen las composiciones poéticas que á continuacion se expresan, y se adjudicarán los premios que despues se designan:

1.^o Composicion: una oda escrita en estrofas regulares.—Asunto: *Los adelantos del siglo*.—Premio: una eglatina de oro.—Accésit: otra flor igual de plata.

2.^o Composicion: un romance histórico.—Asunto: *La conquista de Málaga*.—Premio: una caléndula de oro.—Accésit: otra flor igual de plata.

3.^o Composicion: una sátira en tercetos.—Asunto: *Alguna ó algunas de las costumbres actuales españolas que sean dignas de este género de censura*.—Premio: un pensamiento de oro.—Accésit: otra flor igual de plata.

2.^a Las producciones deberán ser remitidas al presidente de esta Academia ántes del día 15 de mayo próximo.

3.^a Cada produccion habrá de llevar un lema ó epígrafe igual á otro escrito en un sobre cerrado que le acompañará, dentro del cual deberá encontrarse la firma del autor y la indicacion de su domicilio.

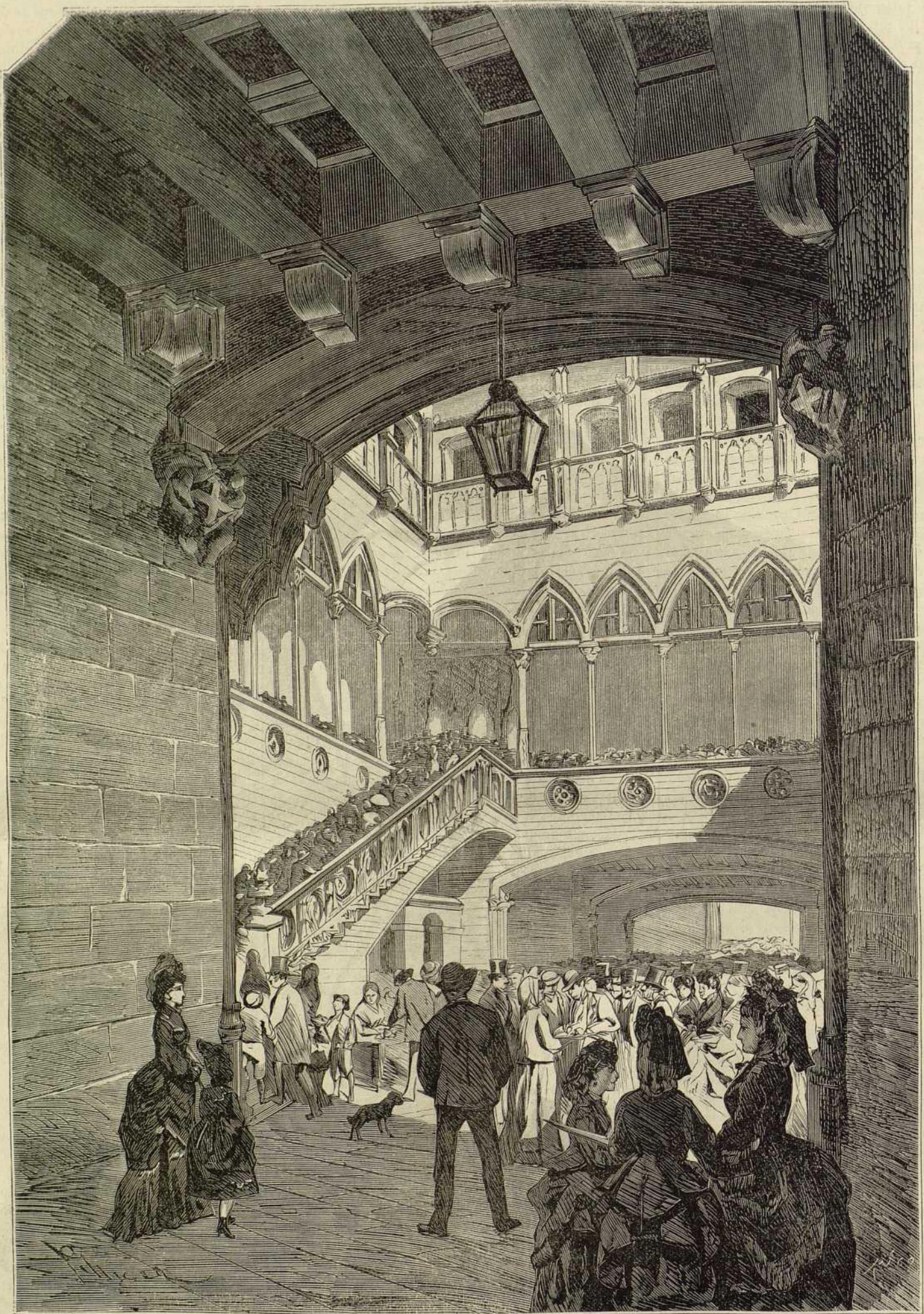
4.^a Las composiciones que no sean consideradas acreedoras á un premio ni á un accésit, pasarán desde luego al archivo de la Academia, sin que sus autores puedan reclamarlas; quemándose en junta general los sobres que contengan los nombres de éstos, tales como se hayan recibido.

5.^a El jurado calificador será nombrado por la Academia, convocada al efecto con anticipacion oportuna, y juzgará las producciones segun su mérito absoluto, y no segun el relativo que puedan tener.»

Cádiz y Valencia celebrando en sus Ateneos ó círculos literarios el aniversario de la muerte de Cervantes, y abriendo tambien certámenes de esta naturaleza, contribuyen á impulsar el movimiento ántes mencionado, movimiento que dentro de poco seria muy notable, si cada dia no le pusiera nuevos obstáculos la política.

En Madrid los espectáculos propios del verano van recobrando su perdido imperio; y aunque no han comenzado aún los conciertos nocturnos del Retiro, ya el Circo de Price inauguró sus trapecios con toda clase de juegos ecuestres y gimnásticos; los teatros de comedia española espiran sofocados por el calor, y en cambio dos compañías de ópera italiana se reparten el aburrido público, que cansado de todo, no parece aún dispuesto á cansarse de la música. Sin embargo, dos teatros de ópera lucharán difícilmente en la actual estacion, si no tiene cantantes de extraordinario mérito, ó un repertorio escogidísimo, tan bueno como nuevo. El del teatro de Jovellanos no ha tenido hasta hoy, fuerza es confesarlo, la última de estas cualidades, aunque hasta cierto punto se puede perdonar la rutinaria eleccion de las óperas, cuando son bien cantadas. Bien ha hecho el circo de Rivas en resucitar la *Ceneréntola*, y muy agradecidos quedarían los aficionados si salieran esta vez de sus sarcófagos *La Gazza ladra*, *Le nozze de Figaro*, *Il matrimonio segreto*, *Freischütz* y otras muchas, siempre prometidas y jamás puestas en escena. Una pregunta: ¿Por qué no se atreve la empresa de dicho teatro á estrenar en Madrid el *Tannhäuser* de Ricardo Wagner?

B. PEREZ GALDÓS.



LA FIESTA DE LAS ROSAS (BARCELONA).

EL PINTOR DON FRANCISCO DOMINGO.

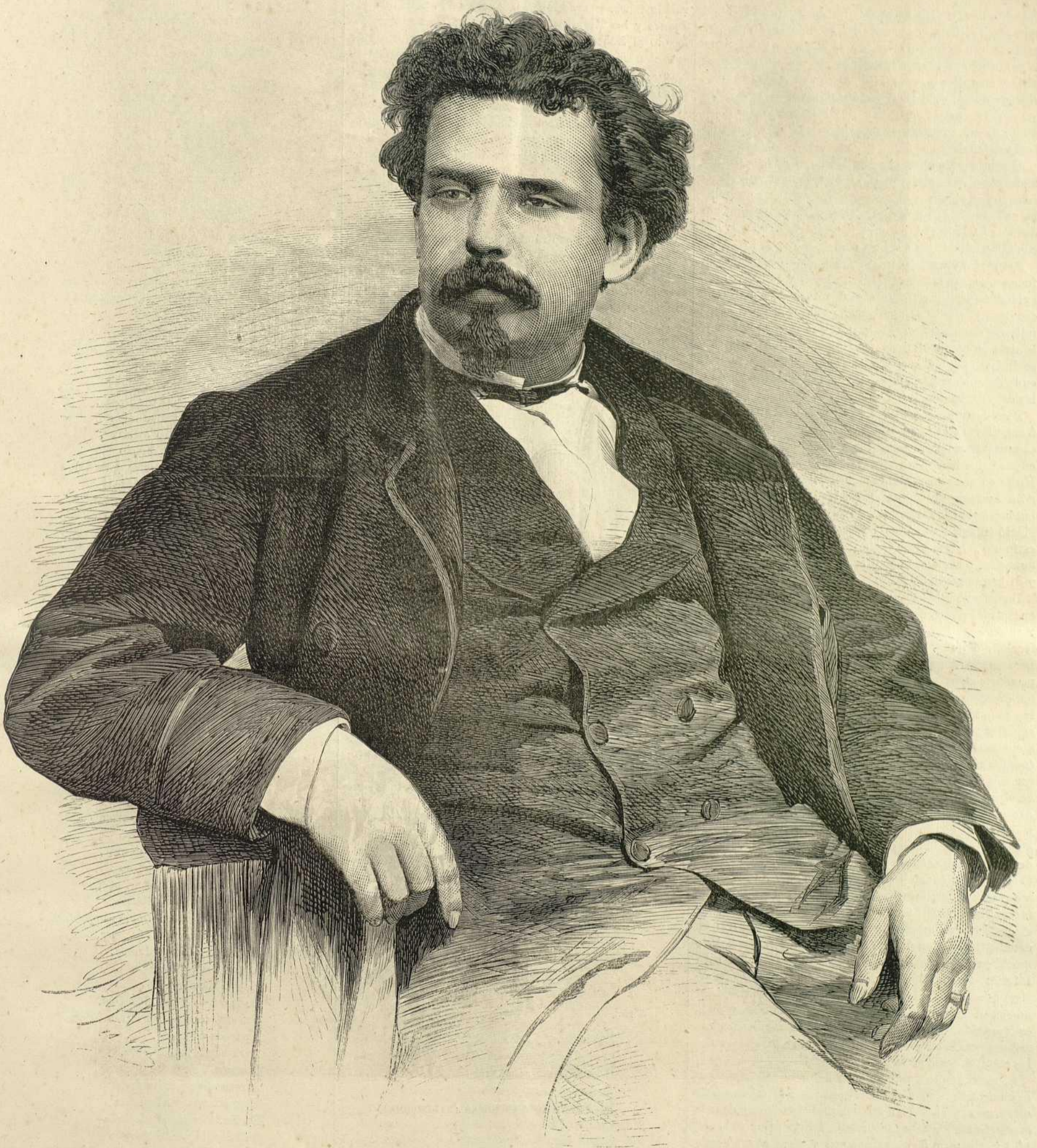
Corría el año de 1864. Las exposiciones artísticas habían desarrollado una gran emulación entre la juventud valenciana consagrada al estudio de la pintura, cuando un día fuimos invitados á dar nuestro parecer (bien desautorizado por cierto) acerca de la primera obra de un pintor de diez y ocho años que se disponía á reñir la primera batalla en el concurso nacional de aquel año.

Eran momentos aquellos de inquieta incubación para

las artes españolas. Los jóvenes que sentían palpar en su espíritu el *Deus agitante* de Ovidio, y que en gran número se dedicaban al culto de lo bello, estimulados por el ejemplo de los brillantes certámenes que habían granjeado tan envidiable reputación á algunos pintores, se disponían con la turbada incertidumbre de los paladines noveles á medir sus fuerzas en la lucha. Aquellas decantadas maravillas del pincel que en los concursos anteriores habían señalado los primeros pasos del renacimiento; aquellos esfuerzos tan espléndidamente recompensados y á cuyo elogio desmedido consagraba la fama todas sus trompetas, como en desquite del profundo silencio á que la había condenado

una prolongada decadencia, habían despertado la más ferviente y la más agitada emulación. Los nombres de los pintores laureados y de las obras que habían colocado tan alta la reputación de sus autores, resonaban en el corazón de los neófitos como una voz de resurrección, y hacían brotar una generación de ardientes deseos, de doradas ilusiones y de impacientes esperanzas.

El pintor cuyo cuadro íbamos á ver era la muestra viviente de esta especie de gestación trabajosa en que á vueltas de agudas vibraciones y de inquietos deseos, se dejaban sentir, fluctuando en la incertidumbre y en la duda, las vivas emociones de la maternidad. La timidez y la desconfianza retratadas en su semblante, que



DON FRANCISCO DOMINGO Y MARQUÉS.

aún conservaba la ingenuidad de la adolescencia, contrastaban á veces con el fuego de su mirada ardiente en que resplandecía el entusiasmo y el deseo del triunfo. Idéntica mezcla de timidez y de energía se observaba en su cuadro, trasunto singular de una inspiración desorientada, traducida con pincel inexperto, pero llena de sentimiento y de vida. El lienzo representaba un episodio histórico de la expulsión de los moriscos del reino de Valencia, y el genio del novel artista, que por primera vez se imponía la árdua tarea de subordinar la inspiración á las conveniencias de una composición seria y complicada, rompía de trecho en trecho la laboriosa armonía, y, si así podemos decirlo, la académica gravedad de aquel estudiado conjunto, dando claros indicios de una próxima emancipación y de una ingénita independencia.

El pintor y la obra nos inspiraron desde el primer momento el más vivo interés, y dimos sinceramente el consejo que se nos pedía: aquel primer esfuerzo revelaba una personalidad artística que quería romper los andadores de la escuela, y que necesitaba desenvolverse con el estudio de los grandes modelos.

Así lo comprendía el neófito: nuestras observaciones fueron escuchadas con modestia atenta y reflexiva: era evidente que el joven pintor oía en nuestros consejos el eco de sus propias aspiraciones, y que su genio deseaba nutrirse en una esfera más grande que la que podía encontrar en una capital de provincia, por más que esta se llamase por antonomasia *la ciudad de las flores* y la cuna de una escuela tan ilustre como famosa en los anales del arte nacional.

Poco después, el pintor dejó su país natal para venir á engolfarse en este piélago madrileño, en cuyas aguas se mueven tan á su gusto los voraces tiburones, y en cuyos bajos naufragan tantas desorientadas barquillas. No le volvimos á ver en mucho tiempo: su recuerdo llegó á borrarse de nuestra memoria, y no supimos por entonces si el joven artista, cuya primera obra se consideró en aquel concurso merecedora de mención y de estímulo, había desmentido después tan lisonjeros anuncios, ó arrastraba por las antecámaras una ambiciosa y diligente medianía.

Dos años habían trascurrido, cuando le volvimos á encontrar en otra ocasión, para él solemne y decisiva, y entonces pudimos convencernos, con no poca satisfacción, de que el pintor que tan aventajada idea nos había hecho concebir de su talento, había andado con paso firme por el buen camino. Su genio original se había robustecido en la contemplación y el estudio de las grandes obras de nuestros museos, y entraba en aquellos momentos en el período crítico de su vida. Se anunciaba otro concurso nacional, y el Sr. Domingo (porque ya es tiempo de llamar por su nombre al pintor que nos inspira estas líneas) se ocupaba en pintar un cuadro que había de fijar definitivamente su manera, y determinar su filiación artística. *El lance*, obra en que se manifestaba con todo su vigor el estilo firme y castizo que en breve había de colocar á su autor entre los herederos más cercanos de Velázquez y Goya, y en el que Domingo se colocaba en primera línea entre la juventud renovadora, por un gran sentimiento del color y una maravillosa facilidad de ejecución, debía llamar, en efecto, la atención de los entendidos, y granjearle en aquella Exposición (la de 1866), un premio más señalado que el que había obtenido en su primer ensayo, si bien inferior, á nuestro juicio, á los merecimientos de un artista que entraba en el certamen con una obra, que si no estaba á gran altura por la fuerza de la idea y de la composición, era un brillante alarde de facultades rarisimas que le señalaban un puesto muy elevado entre los restauradores de la escuela patria.

El movimiento de que hemos hablado más arriba se dejaba sentir á la sazón en Valencia con más empuje que nunca, y no habían contribuido poco á impulsar la creciente afición á la pintura, los felices principios del más distinguido de los campeones que en aquel semillero de artistas trabajaban con desusado entusiasmo. El genio de Domingo había despertado en muchos un espíritu de imitación menos digno de elogio que el entusiasmo de que nacía. Los fáciles bocetos del artista, sus admirables improvisaciones, aquellas mil pequeñas maravillas de la paleta que se multiplicaban con vena inagotable, eran imitados por muchos de sus compañeros de escuela, sobre quienes las dotes de Domingo ejercían una especie de fascinación. El contagio era evidente; el fecundo colorista no dejaba correr su pincel sobre una tela, sin que la nota producida determinase una serie de vibraciones más ó menos acordadas, y hubo momentos en que el deseo de remedar su manera y los temas de sus composiciones, llegó á rayar en incurable monomanía.

La revelación de las facultades desplegadas en *El lance* empezó á extender su reputación más allá del reducido círculo en que se verificaba por sus imitadores este trabajo de asimilación, y en el que, la verdad sea dicha, no escaseaban entre la juventud talentos más independientes, destinados á tomar una parte honrosísima en la campaña artística que en estos últimos días ha valido tantos y tan gloriosos laureles á la patria de los Joanes y los Rivaltas. El Sr. Domingo se encontró colocado al frente de esta cruzada, y debemos presumir que el puesto conquistado con su segundo cuadro le hizo sentir la necesidad de madurar su talento para más levantadas empresas, y de sujetar sus facultades y el fuego de su inspiración, más espontánea que bien regida, á las grandes conveniencias del arte, consagradas en los modelos imperecederos de todas las escuelas. Sin aquellas el genio que parece dotado de más poderosa intuición se expone á lamentables extravíos, y las más felices disposiciones, las facultades naturales más potentes, pueden dar por resultado el desorden ó el vacío.

El Sr. Domingo aspiró entonces, con resultado favorable, á la plaza de pensionado en Roma y París que por el año de 1862 había creado la Diputación Provincial de Valencia, á propuesta del gobernador de la provincia, D. Joaquín Peralta, pensión que por primera vez había disfrutado el aventajado pintor don Bernardo Ferrandiz. En aquel santuario del genio antiguo y moderno; en aquella metrópoli del arte cuya magestad no respeta ya el mercantilismo de nuestros días, que tiende á establecer allí también su bazar de novedades para el consumo de la humana frivolidad, ha preparado al pintor Domingo, sin contagiarse del mal reinante, los cuadros que en la exposición pasada le han valido tan envidiable gloria. *La Santa Clara* y *El último día de Sagunto* han puesto el sello á la reputación de este pintor, cuyas obras se disputan hoy con afán los amantes del arte, y que le colocan, como representante de la escuela tradicional, al lado del eminente artista D. Eduardo Rosales, ilustre iniciador del impulso decisivo que en estos últimos tiempos ha recibido en su espíritu, en sus formas y en su tendencia la pintura nacional.

No prolongaremos estos desaliñados renglones: la historia del Sr. Domingo es breve: es un libro en blanco cuya primera página anuncia grandes cosas y cuyas hojas esperan lo que ha de venir. Las glorias del artista empiezan ahora; y nosotros, que las tenemos en mucho y no queremos verlas declinar, terminaremos dando un consejo al laureado autor de *La Santa Clara*: los artistas que como él se colocan á una altura tan peligrosa, necesitan redoblar su aliento para sostenerse en ella y no olvidar que la fortuna, que se muestra á veces pródiga de gloriosos laureles, suele gozarse con frecuencia en el cruel placer de arrancarlos uno á uno de las sienas de sus favoritos.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Continuación).

Y O.

IV.

Señor Miguel, qué alegría,
 Qué placer tan inefable
 Hoy siente mi corazón
 Recordando esas verdades!
 Bien claro me demostrais,
 Que no habitais este valle
 Que habito yo, de miserias
 Y llanto y calamidades.
 Bien hicisteis en morir
 En tiempos (aunque fatales,
 Porque reinaban los Lermas,
 Y después los Olivares.)
 Pero no tan desgraciados
 Como los días actuales
 Para la infeliz España,
 Para esta piadosa madre
 De sus hijos, sean buenos
 Ó malos; porque si nacen
 De su seno, ella los mira
 Con amor puro, entrañable.
 Creedme, aquel siglo vuestro,
 En que esplendor y realce

Dísteis á las glorias nuestras
 Con altas heroicidades,
 Con el *Hidalgo Manchego*
 Y *Novelas ejemplares*,
 Y en fin, con escritos tantos,
 Que viven aún inmortales:
 Aquel siglo con razón
 Es muy justo que se llame
 Siglo feliz, *Siglo de oro*,
 Y aun de perlas y diamantes,
 Comparado con el tiempo,
 Con el tiempo miserable,
 Tiempo de lujo y de prosa,
 Y de excepticismo infame,
 En que arrastro yo infelice
 Entre mis dolencias graves
 Sesenta y cinco diciembres,
 Ó si queréis navidades.
 Pero dejemos á un lado
 Mi ancianidad y pesares,
 Ya que gracias al Señor,
 Nunca mi valor se abate.
 Si dar no largo paseo
 En mi compañía os place,
 Objetos vereis curiosos,
 Que quizá no os desagraden.
 Cosas además diré,
 Para vos tal vez notables
 Por lo raras; aunque algunas
 Os incomoden y enfaden.
 Mirad, mirad: á dos pasos
 De estos sagrados umbrales,
 En que trinitarias monjas
 Custodian vuestro cadáver,
 La pared del monasterio
 (Que el cielo defienda y guarde)
 Ostenta inscripción mural
 Con el nombre de Cervantes.
 Cerca de aquí se conservan
 Aquellos humildes lares,
 En que vivisteis muriendo
 De frío, de sed y hambre,
 Sin que os tendieran su mano
 Cien Epulones magnates
 Que desde carrozas de oro
 Os veían espirante.
 ¡Justicia de Dios, justicia!
 Los próceres miserables
 (Más necios que sus lacayos)
 Hoy oscurecidos yacen
 En soberbios mausoleos;
 Y nadie recuerda, nadie,
 (Ni aun para rogar á Dios)
 Aquellas almas vulgares,
 Aquellas almas de cieno,
 Aquellos viles farsantes
 Que ostentaban relumbrones
 Y bordados y alamares
 En palacio, ó entre damas,
 Sin que uno solo brillase
 Por su pluma ó por su acero
 En los bélicos combates.
 ¡Pobres hombres, pobres hombres!
Requiescant, amen, in pace,
 Y su apellido olvidemos,
 Algun día tan brillante.
 Hoy á la puerta de pino
 De la casa en que finasteis,
 Vuestro nombre en letras de oro
 Aparece radiante,
 Atrayendo irresistible,
 Como al hierro iman atrae,
 A franceses y britanos,
 Y prusianos y alemanes,
 En fin, á cuantos viajeros
 Saludan la verde margen
 Y la pradera, que humilde
 Besa el regío Manzanares.
 Perdonad, porque estas glorias,
 (Vanidad de vanidades)
 Os he contado: á los muertos
 De seguro poco halaguen.
 Otro lauro muy más digno,
 De que no quiero olvidarme,
 Os voy á manifestar,
 Ya que me escuchais amable.
 A este sagrado recinto
 Donde acentos virginales
 De la tumba en el silencio
 Suelen oír vuestros manes,
 De tres en tres años viene

Muchedumbre innumerable
De clero, pueblo y nobleza,
En fin, de todas las clases.
Después de oficiar piadoso
Un prelado respetable,
Por vuestra paz y descanso
Ofreciendo el cuerpo y sangre
De la víctima divina,
Que con bondad inefable
En una cruz espiró
Por los míseros mortales;
Otro obispo, cuya ciencia,
Cuyo continente grave
Y piedad realzar suele
Con sus canas venerables,
Sube al púlpito y en breves
Y elocuentísimas frases,
Que enternecen á las monjas
Y á todos los circunstantes,
Recuerda vuestro alto nombre,
Y sobre todo, la grande
Y ardiente cristiana fé
Con que al fallecer besásteis
La cruz de la redencion,
Aquel símbolo adorable,
Que tanto valor os daba
Contra los turcos alfanges.
Nunca olvida el orador,
Que el católico Cervantes
En vida vistió y en muerte
El franciscano ropaje
Que San Luis, Santa Isabel,
Y otros reyes admirables
Vistieron, á fin de honrar
Con él sus mantos reales.
La humildad de aquellos santos
La Iglesia, cual tierna madre,
Para ejemplo de los fieles
Hoy venera en sus altares.
¡Señor Miguel, qué dichosas
Eran aquellas edades,
Aquellos siglos de gloria,
En que cual sol deslumbrante,
De la Fé el divino fuego
Arda en pechos leales,
En los españoles pechos,
Que combatían en Flandes,
En Otumba y en Pavía
Y en los secos arenales
De Túnez por sostener
El católico estandarte!
Siglos de fé y altas glorias,
En que el Tormes y el Henares,
Ufanos con los doctores
De sus universidades,
En sus márgenes oían
Con orgullo á nobles vates,
De los Píndaros y Horacios
Alumnos, quizá rivales.
Siglos de fé y alta gloria,
En que el sabio, el ignorante,
El rey, el pobre y el rico,
Y obispos y sacristanes;
Al ver la cruz sacrosanta
O de María la imagen,
Erigidas en los bosques,
En vías, plazas ó calles,
Descubrían su cabeza
A efigies tan venerables,
Persignándose, ó rezando
La salutacion del Angel:
Dorado siglo en que arda
Católica fé, que no arde
En estos días de horror
Y de prosa abominable.

(Se continuará.)

GASPAR BONO SERRANO.

MÁS SOBRE OCHOA,

Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID.

Muy señor mio, de mi consideracion y aprecio: A los pocos días de llegar á mis oídos la infausta noticia de la muerte de D. Eugenio de Ochoa, concebí la idea, que bien pronto empecé á poner en práctica, de escribir una elegía en dísticos latinos, con el objeto de que ocupase la última página de su *Corona fúnebre*, en el caso (que yo esperaba), de que sus amigos y admiradores llegasen á tejérsela, invocando en su auxilio las lloro-

sas musas. Como esto no ha sucedido, y la *Elegía* se halla terminada, y es duro, como dice el mismo Ochoa, dar carpetazo á trabajos hechos con amor, me atrevo á remitírsela á Vd., por si juzga oportuno el que vea la pública luz en LA ILUSTRACION DE MADRID.

Soy de Vd. como debo afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

Granada 15 de abril 1872.

CLARISS. SCRIPTORIS AC SUAVISS. POETÆ

D. EUGENII OCHOA OBITUS.

ELEGÍA.

«La muerte es una misteriosa investidura que en cierta manera lo purifica y lo engrandece,—no me atrevo á decir que lo santifica todo.»

(OCHOA.—Necrópolis.)

Atque huc est hominis merces extrema triumphi,
Post summam laudat quam bona fama diem.

(Auctoris distichon.)

Lesbois numeris hodie non, Musa, canamus,
Carmina nec fundant lilia mixta rosis.
Luctibus e tristi tantummodo sarta cupresso
Conveniunt, alii conveniuntque modi.
Huc ades, atque humeris, Elegia, solve capillos
Flebilis: hic mœror convenit hîcque dolor.
Ille tener vates heu! interpresque Maronis
Lethali in lecto corpus inane jacet.
En animam fudit, miserum! Jam affantibus aures,
Tam faciles quondam, doctaque verba negat.
Mutato in vultu nequiequam signa requirunt
Vitæ, humectantes hi lacrymisque torum.
Illum mœsti animum cernunt jam lumine cassum:
Mors illi diras injicit atra manus!
Tristis languorem lethalisque umbra secuta est,
Illos invasit Castalidumque locos.
Hos, nuper placidæ Euterpes Eratusque disertæ
Templum, nunc Atropos frigida parca tenet.
Conjugis et sobolis comitumque eversa dolore
Sedulitas atræ conficiturque Deæ.
Illis heu! lacrymæ et luctus sunt omnia tectis,
Oraque singultu concutiente sonant.
Flent mœstæ soboles et conjux: oscula figunt
In gelidis ejus pura suprema genis!...
.....
En jam fama volat tanti prænuntia luctûs,
Omnibus exitium jam gemiturque viris.
Turribus ex altis æs jam queriturque: videtur
Lingua gemens nomen dicere athena suum.
Hispanæ madidis Musæ sparsisque capillis
En vatem mærent collacrymantque choro.
Jam luget moderatore orba afflicta juvenus,
Cui suator semper fax studiique fuit.
Et teneris lacrymis ah! non modo fletar Ibero
Set Rhodano et Tiberi nec minus Orbe Novo:
Nostræ, his ignotis olim regionibus amplis,
Hesperia sapiens scripta suprema dedit.
Occidit Eugenius!... Quid tantum profuit illi
Lauris? quid blanda concinuisse lyra?
Usus quid studii? quid docti vita laboris?
Quid tandem famæ pignora tanta suæ?
Occidit Eugenius!... Quid de mente ingenioque
Restat? Nil vatis nil hominisque manet?
Sunt nobis tantum sua frigida membra. Petivit
Pars quædam valles purior Elysias?
Haud aliter: lethum certè non omnia finit;
Funereo e victo pars fugit illa loco.
Te, magne Eugeni, Parca rapuere? Feretrum
Ommem te hocce tenet? Nilne superstes erit?
Haudquaquam: tu esse istâ non potes omis in urnâ:
Tam magnum minimus te caperetne cavus?
Haud anceps cœlum mens nostra ascendit in altum:
Quærit te in summis arcibus ipsa Dei.
Invenit et tete: quamvis non corpore vivens,
Nempe animo, tu idem; non homo, corpus, eras—
Amplæ Necropolis, toties quam viderat umbris,
En longas equidem nunc obit ipse vias.
Umbras jam tenues simulaeraque luce carerentum,
Quos hîc dilexit, clariùs ecce videt.
Illic sunt vates, oratoresque, sodales,
Præclari artifices, egregiique viri:
Sunt etiam matres, pueri, innuptæque puellæ
Et juvenes: ad quos hîccine junxit amor.
Illic nunc habitat cum caris victor amicis:
Eidem, ora licet pallidiora gerant.

Quisque alacer lætusque en! jam venit obivus umbræ
Eugenii, amplexu perfruiturque suo.
Quenam est ista puella, imò levis angelus alti
Cœli? Fert dicto brachia aperta patri.
Gnata est: quam celere rapuerunt candida flammæ.
Obsistit casum scriber, nostra manus!
Ecce novos sunt qui nascuntur ferre dolores,
Semper et afflicto tristia corde pati.
Ex his Eugenius!... Sed jam nunc tempora cinctus
Cœlesti lauro gaudia sola gerit.
Vivit enim puris ille in celestibus oris:
Durabant hominum scriptane mente sua?
Sic equidem: nusquam interiit; nunc vivere cœpit.
Incipit in tumulo gloria summa viris.
Est ea naturæ lex: «omnis sæpe poeta
Posteritate suum crescere sentit opus.»
Mortale est corpus duntaxat; fama perennis:
Majus ab inferiis nomen in ora venit.
Vivet Mæonides cœlum dum stabit et Astrum,
Æstu magnarum dum capietur homo.
Sic etiam Venusinus; sic doctusque Catullus;
Non aliter lumen Tullius ille fori.
Carminibus tantis vivet Lucretius, amplam
Dum Tellus ibit per vacuumque rotam.
Carmina Sulmonis tunc sunt peritura poetæ,
Exitio terras quum dabit una dies.
Ante Joves vacuo pascentur in æthere cervi,
Mente hominum egregius quàm cadat ille Maro:
Virgilius vivet dum Sol lastrabit Olympum,
Fluctibus Oce mus dum fremet ipse suis.
Æneidos solers nostras interpres, in ævum
Tu vives, vives VIRGILIOQUE TUO.—
Heus, vates, demus magno nunc sarta poetæ,
Concinat in tumulo mœstaque blanda lyra.
Etsi non moritur de nobis omne profectò,
En devincimur reddere corpus humo.
Eia venite suum fletu humectare sepulcrum:
Laurum hîc ponamus quæ levis ossa tegat,
Mox tristes gelido in lapide hos inscribite versus,
Præclaræ et famæ sint monumenta suæ:
Hic jacet immitti letho consumptus OCHOA,
Virgilio interpres, Castalidumque comes:
Illi offert pacem hic tumulus, requiemque, coronam
Regia cœli, ingens orbis ubique decus.
Tu nunc, Eugeni, mea, queso, disticha gratus
Accipe, et exiguum pignus amoris habe.
Non vidi te unquam, te sed tamen intus amabam:
Carus eris semper scripta cuique legat.
Accipe enim, precor, ah! saltem quòd dicta latinè:
Hæc tibi deliciis splendida lingua fuit.
Eia, vale, Eugeni, usque... Sed a quo dicitur hora
Morti? Eheu! tacito dam venit illa pede!...

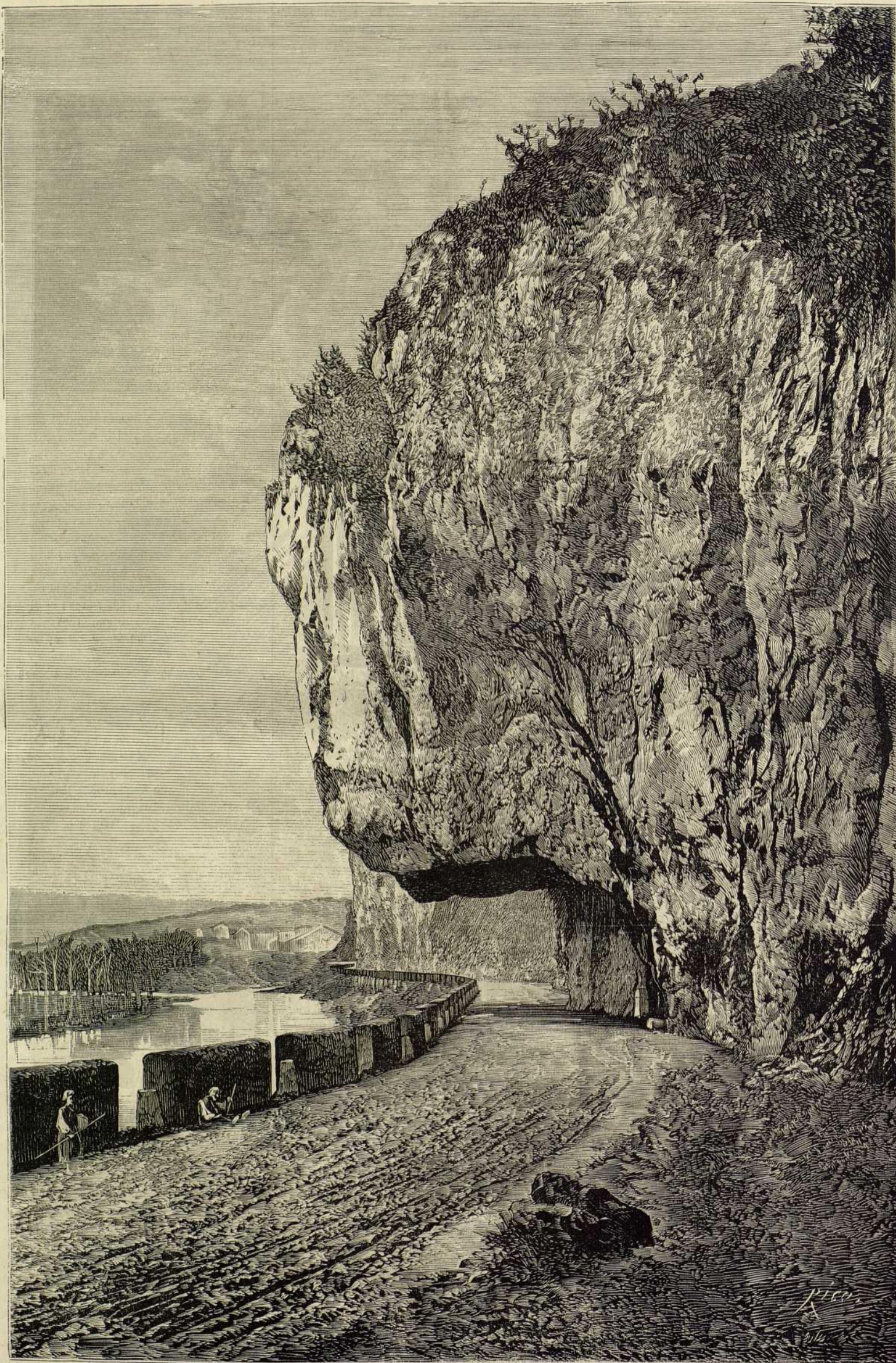
TEATROS *

ESPAÑOL.—Doña María Coronel, drama en tres actos y en verso, por los Sres. Retes y Echevarría.—Un cuarto desahogado, juguete cómico en un acto y en verso, por el Sr. Ramos Carrion.

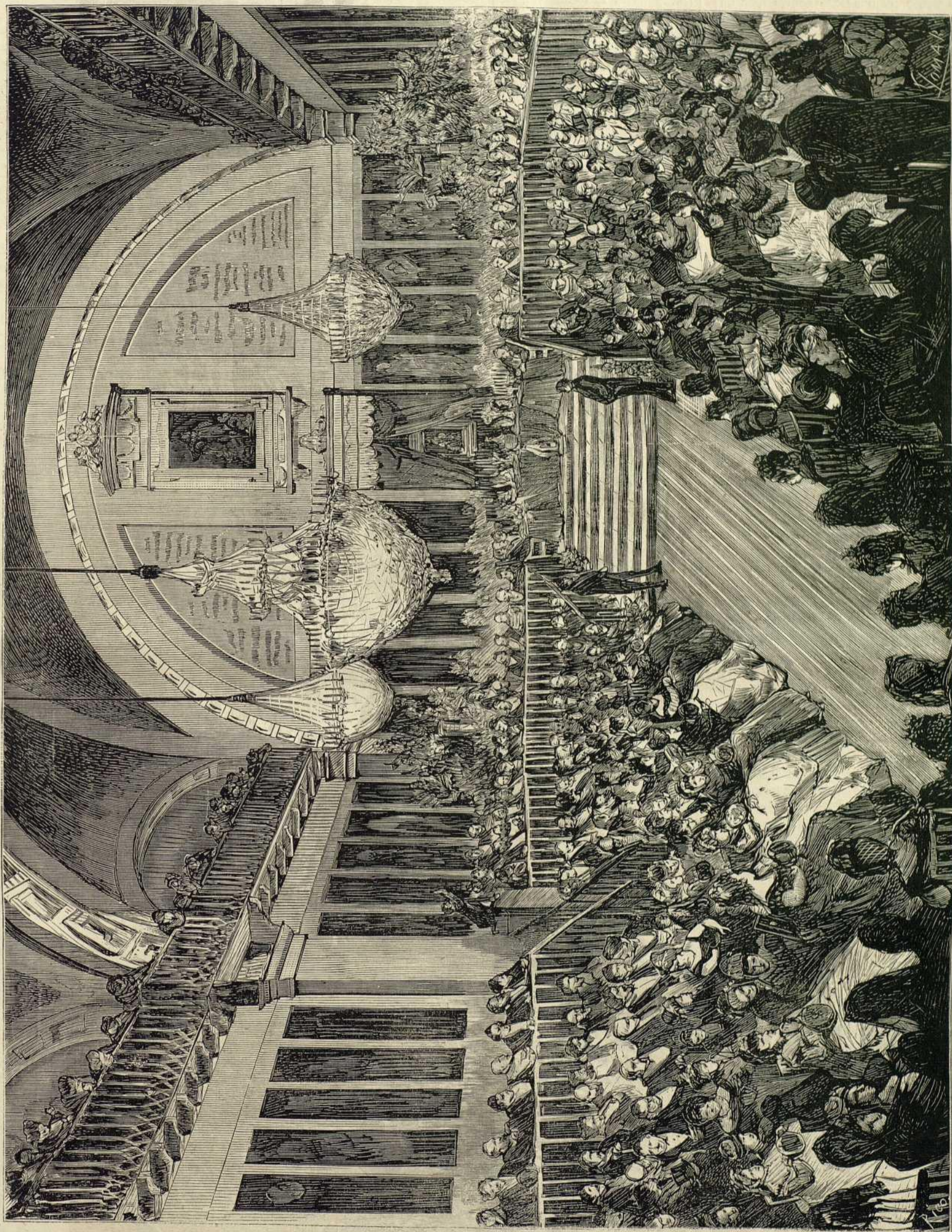
«Conveniencias teatrales nos han obligado á separarnos de la rigurosidad histórica en ciertos hechos culminantes de la obra; pero el rasgo principal, el rasgo heroico de la protagonista, cualquiera que sea la forma con que se le revista, es siempre grandioso y digno de admiracion.» Asi dicen los autores del drama *Doña María Coronel*, en la dedicatoria de su trabajo; y al aceptar de buen grado nosotros como superior á todo encarecimiento el heroismo de aquella mujer singular, no acertamos á explicarnos del todo la relacion que existe, segun los poetas, entre lo grandioso del hecho y la falta de *histórica rigurosidad* (que nos place el arcaismo), á que en las anteriores líneas se refieren.

La advertencia, sin embargo, no peca de impertinente; que, en efecto, alguna inexactitud se observa en los sucesos históricos desarrollados en el drama. En él se supone que D. Pedro de Castilla, llamado el *Cruel*, acudió personalmente á dominar la insurreccion promovida por D. Juan de la Cerda en Sevilla; los cronistas y los historiadores afirman que el rey se hallaba á la sazón arreglando una tregua con el monarca aragonés D. Pedro el *Ceremonioso*. «Cuando éste (*D. Pedro el Cruel*), regresó de la frontera de Aragon para Sevi-

* Circunstancias más poderosas que nuestra voluntad é hijas, en su mayor parte, del carácter de esta publicacion, nos han impedido insertar antes de ahora esta revista, que se hallaba en nuestro poder hace algun tiempo. Tratándose en ella, sin embargo, de una obra importante y cuyo éxito ha sido superior al de todas las que posteriormente se han representado, creemos que el artículo, apesar de los días trascurridos, no carece hoy de oportunidad.



DESMONTE EN TROMPA DE ASTURIAS.



SESION LITERARIA CELEBRADA EN EL ATENEO DE VALENCIA.

lla, ya D. Juan de la Cerda había sido vencido y preso por los sevillanos y muerto de orden del rey. Así lo narra al pié de la letra D. Modesto Lafuente, escritor asaz escrupuloso en estas materias y que desplegó todo su celo y toda su laboriosidad en el estudio de ese borrascoso y sangriento período de nuestra historia.

Háblanos D. Juan de la Cerda, en el drama representado poco há, de haber permanecido oculto diez años aguardando ocasion oportuna para vengarse del rey don Pedro, siendo así que en la época á que la accion del drama se contrae, sólo siete años llevaba de reinar el monarca mencionado; y no es ménos notable, ántes bien se nos antoja verdaderamente asombroso, que ni don Pedro el Cruel conozca á D. Juan ni D. Juan á D. Pedro el Cruel; siendo así que, si la historia no miente, algunos meses ántes eran ambos muy amigos, y asistía don Juan al rey como cortesano y como guerrero. Pocos hechos de alguna importancia acaecieron en aquel entonces á D. Pedro, en los cuales no figurase como uno de sus más fieles servidores y de sus más decididos partidarios D. Juan de la Cerda.

Doña Aldonza Coronel es en el drama soltera y se dispone á casar con Diego de la Cerda, y en la historia se nos asegura que estaba ya casada con D. Alvar Perez de Guzman. Tambien dice la historia que doña María y doña Aldonza eran hijas del intrépido D. Alfonso Fernandez Coronel, á quien D. Pedro había hecho dar muerte á su presencia *¡cuatro años ántes!* Como doña María cuenta al principiar el drama veintidós años, y doña Aldonza pocos ménos, no puede explicarse su silencio obstinado acerca de aquel acontecimiento, que creemos sinceramente de alguna importancia para dado al olvido.

Vemos, pues, que como confiesan con ingenuidad los autores, se han separado un poco en ciertos hechos de la verdad histórica; no tratamos de dilucidar ahora hasta qué punto puede concederse al escritor dramático el derecho de desfigurar la historia, de alterar sucesos, de trocar fechas, escudándose despues con las conveniencias teatrales; pero en nuestro juicio, ni el buen gusto ni la sana razon pueden autorizar sin limitacion esas libertades.

Y no se citen los tan llevados y tan traídos anacronismos de Shakespeare, ó los groseros errores de Calderon y Lope de Vega, que ni tales defectos dejan de serlo porque de esos genios hayan sido, ni de los maestros han de citarse como ejemplo sus desaciertos; y es de advertir, además, que la mayor cultura y el adelantamiento de la época, son causas suficientes para exigir más cuidado y mayor estudio al poeta, y que—dicho sea con el respeto debido—lo que todavía hoy puede perdonarse á Shakespeare y á Calderon, sólo á otro Calderon y á otro Shakespeare podría perdonarse.

Celébrase, en verdad, una especie de contrato tácito entre el autor de un poema dramático y el espectador que asiste á sus representaciones; el público y el escritor contratan *sin alajmática mente*, bien que sin pactar condiciones expresas, ni firmar escrituras, ni otro documento. «Vengo aquí, dice implícitamente el espectador, á ver un trabajo artístico: ¿Quieres dinero? Aquí tienes dinero. ¿Quieres aplausos? Yo te daré aplausos. ¿Ambicionas lauros y fama? Mis alabanzas unánimes te harán famoso. Yo pido en cambio una obra bella. Para admirarla de buena fé, para sentir sus perfecciones, me entrego á discrecion, lo admito absolutamente todo. Acepto que los personajes hablen en verso y no en prosa, como hablamos todos: no me opongo á que me llesves por esos mundos desde París á Londres, desde Londres á San Petersburgo; que en diez minutos de intermedio se deslicen diez años; si necesitas más, te concedo más; introduce fantasmas y endriagos, resucita muertos, sube á las inexploradas regiones de los astros, descendiendo al centro ardiente de la tierra; á todo me resigno, para todo estoy dispuesto, y únicamente pido á tu fantasía que me fascine, que me haga sentir, que separe mi espíritu, un instante sólo, de este mundo real, de esta vida material y ordinaria, y le haga entrever siquiera un ideal superior, un *más allá*, aspiracion constante de todo sér que tiene alma para sentir, entendimiento para pensar; cuenta, sin embargo, con apoderarte primero de mi ánimo; cuenta con no descuidar nada que pueda hacerme recobrar mi razon, porque roto el encanto, quizá lo que me hubiera parecido sublime acabe por parecerme grotesco; y en esto las exigencias están en razon directa de las concesiones: tanto más concedo, tanto más exijo.»

No es necesario decir ahora que sean cuales fueren las inexactitudes que el poeta dramático se permita al llevar al teatro un suceso histórico, la mayoría del público las acepta y las da por buenas si le parece bien el drama. Inútilmente un censor grave y severo sostendrá

que si el suceso no podia encerrarse en los límites de la fábula dramática, no ha debido llevarse al teatro; en vano enseñará que si es lícita una libertad moderada para modificar algunos hechos accidentales, si es lícito tambien —para dar movimiento á la accion—suponer pormenores de escasa importancia; saplir en ocasiones el silencio de los cronistas; llenar los vacíos de la historia, y hasta introducir algun personaje episódico: es contraproducente y revela falta de conciencia literaria llevar más léjos esa libertad: tales opiniones nunca podrán prevalecer, esas *pequeñeces* en nada disminuirán los aplausos que á la obra y á su autor se prodiguen: ¿qué importa la verdad histórica al espectador si le hacen derramar lágrimas? Si se conmueve, si admira, si goza, ¿qué importa un anacronismo más ó ménos? Si los hechos no han sucedido así, así deberían haber sucedido; el poeta ha obrado perfectamente enmendando la plana á la historia. Colocada la cuestion en este terreno, estamos en el caso de examinar si las condiciones literarias y el mérito artístico del drama *Doña María Coronel* justifican las licencias que con respecto á la historia han creído necesarias los autores.

Despréndese de las mismas frases que entresacadas de la dedicatoria hemos reproducido, que para los autores, lo fundamental, lo dramático, el pensamiento esencial de la obra es *el rasgo heróico* de doña María Coronel. El rasgo es efectivamente dramático y admirable; una mujer hermosa y jóven que se abrasa el rostro para huir del impuro amor y evitar las deshonestas caricias de un rey apasionado, se presenta á nuestro espíritu como una figura grande rodeada de la aureola de lo extraordinario, de lo sublime.

Por desgracia, si una sola figura puede formar un cuadro, un rasgo solo no puede constituir un drama, y la empresa de inventar una accion dramática en que ese rasgo apareciera, ofrecia muchas y no pequeñas dificultades. No aseguraremos que los autores las hayan vencido todas; pero sí aseguramos que sólo con intentar lo habrían dado, si dadas las necesidades, pruebas de su verdadero y envidiable valer.

Encariñados, si así podemos decir, con la última escena, único fin y asunto exclusivo del drama, algo han descuidado los medios que á este fin conducian: resulta de este descuido bastante confusion en las escenas de los dos primeros actos, amontonamiento de sucesos en determinados casos, hechos y diálogos casi inútiles en otros, todo ello dirigido á justificar y á disponer el final del acto tercero. El espectador que por primera vez oye la obra, no puede comprender ni acierta á explicarse por qué tales y cuales hechos se verifican así y no de otro modo; sólo cuando es llegado el desenlace es cuando dice, como se usa en algunas comedias: *Ahora lo comprendo todo*. Y en efecto, comprende lo que es la verdad; que el drama se reduce á una sola escena; que seducidos los autores por lo grandioso del rasgo y lo sublime de la situacion, se cuidaron poco de prepararla, distribuyendo—acaso en pocos dias—las escenas, los diálogos y los episodios necesarios, no para dar interés, movimiento y animacion al cuadro, sino para rellenar dos actos y la mayor parte de un tercero.

De esta precipitacion en elaborar el trabajo, de este profundo desden con que se ha mirado todo lo que no era la escena final, resulta una cosa, al parecer extraña, pero que se comprende fácilmente: es á saber, que un hecho histórico, ó cuando ménos aceptado como tal, es inverosímil en el teatro.

La desesperada resolucion de doña María Coronel, el arranque horrible y heróico al mismo tiempo de abrasarse el rostro, supone una situacion extrema, sin más salida, sin otra salvacion posible; supone, en una palabra, agotados todos los recursos y un último esfuerzo inevitable; ahora bien, como las conveniencias teatrales no permitian la presentacion verdadera de ese último extremo, la protagonista del drama realiza su accion heróica ántes de lo que racionalmente podría presumirse: más natural habria sido que huyese de don Pedro, que maquinalmente, y sin darse cuenta de ello, se encontrase en una habitacion sin salida, y una vez allí—siempre fuera de la vista del público—se arrojarase á ese heróico medio de defender su honor:—volviendo, si así parecia conveniente, á dar el último grito á y caer, cubierto el rostro con las manos, en la escena.

Que el drama se ha elaborado en muy poco tiempo, dicenlo sobradamente la pobreza de los recursos dramáticos, lo injustificado de algunas entradas, por otra parte fáciles de justificar y en ocasiones innecesarias; lo contradictorio de algunos actos de un mismo personaje, y otras irregularidades que, dada la innegable competencia y el claro ingenio justamente celebrado de los autores, sólo en la falta de meditacion puede tener su causa.

Que D. Juan de la Cerda y doña María Coronel se disparesen mutuamente sendos sonetos al aparecer en escena, es sin duda de mal gusto; pero al cabo, siendo, como son, dos sonetos bastante buenos, el delito es perdonable; lo que no tiene justificacion posible, porque ni es bueno, ni útil, ni sirve para nada en el plan de la obra, es la creacion de un D. Diego de la Cerda, hijo de D. Juan, cuya falta no perjudicaria al conjunto ni al desenvolvimiento de la accion.

El recurso de la caida del caballo para motivar una entrevista de D. Pedro y doña María, no puede ser más cándido; el abandono en que dejan á su señora todos sus criados sólo porque un desconocido se lo manda, no puede ser más inverosímil. ¿No parece mucho más aceptable que á una señora desmayada se la separe del sitio en que una ocurrencia desgraciada le ha sucedido, para llevarla algunos pasos más allá dejándola al aire libre? Verdad es que tambien al aire libre dice D. Juan con notoria imprudencia que pretende matar al rey D. Pedro, el cual anda escondido por aquellos alrededores—como estamos hartos de ver en dramas y novelas—y se entera de todo.

Que los criados corran á dar al pobre D. Juan un disgusto inútil cuando ya doña María está sana y salva; que doña María tenga siempre la humorada de dormirse justamente en los más críticos momentos; que el sagaz D. Pedro no encarcele á los criados de don Juan de la Cerda, exponiéndose á que le pongan en libertad, como en efecto sucede; que dueño D. Pedro de la casa de su enemigo todavía se vea obligado á usar traiciones para apoderarse de él; que D. Juan de la Cerda, personaje rebelde de tanta importancia, quede custodiado por un solo hombre; que el hijo de D. Diego huya por una ventana para salvar al padre y torne á entrar por otra ventana algunas horas despues con la intencion misma de salvar á D. Juan; que éste, preso por segunda vez, aparezca de nuevo para reforzar el *tableau* del último acto, cosas son todas que nos ponen en grande confusion, y de las que no conseguimos darnos explicacion satisfactoria.

Tambien los caracteres se resienten de la precipitacion con que se ha escrito el drama; y es que no impunemente se da tormento al ingenio, ni se fuerza á la inteligencia á terminar en pocos dias lo que há menester estudio detenido y meditacion grandes.

El rey D. Pedro es simplemente un doncel enamorado y fogoso, intrépido y al mismo tiempo inexperto. Men Rodríguez de Sanabria, el caballero cuya entereza y gravedad le dan carácter respetable en la historia, se nos presenta convertido en ridículo tercero de innobles amorios. D. Juan de la Cerda es una especie de *médico de su honra*, sin motivos para hacer lo que quiere y sin valor para realizar lo que intenta.

Aldonza, cruel en demasia, parece complacerse en hacer mal por el gusto de hacerlo.

Y aún la misma María, noble, digna, honesta, tiene que luchar con un amor que la empujea. Mujeres como doña María Coronel no pueden amar á miserables como el rey D. Pedro, mil veces asesino y traidor mil veces. En otro caso esta lucha de doña María con su propia pasion hubiese contribuido á realzar y dar vida al personaje; pero dadas las circunstancias todas que á doña María rodean, ésta debia haber aparecido pura de obra y de pensamiento; y no haberlo hecho así, ó es una falta de prevision ó es una falta de buen sentido estético: el carácter resulta rebajado. Así y todo, doña María es la gran figura de la obra, y tanto en el final como en la escena VIII del acto segundo, diciendo

Calle la clara verdad
Del alma, el labio perjuro
Que ha manchado el beso impuro
De la torpe liviandad,

se ofrca á nuestros ojos grande, noble y digna. De sentir es que no continúe siendo franca y se entregue á pueriles temores indignos de ella, cuando por indicacion de la incomprensible Aldonza vemos huir al rey por la habitacion de doña María.

Por no hacer difusas estas meras observaciones que hemos procurado razonar y fundar, porque el nombre de los autores y aún las condiciones literarias del drama exigian por nuestra parte este exámen minucioso, no citaremos lunares del drama suficientes á probar que la forma es lo mismo que el fondo: descuidada, desigual é incorrecta.

Admirables imágenes al lado de triviales comparaciones; pensamientos enérgicos entre ideas vulgares y sin elevacion; lenguaje conciso y expresivo y poco despues palabras de relumbro y rípios de mal efecto; así aparecen sembrados los tres actos de rasgos felicisimos y de errores lamentables.

Nada más apropiado para desimpresionar el ánimo

conmovido con aquellas llamas y aquellos amores, que el lindo juguete *El cuarto desalquilado*.

Obra ligera y de verdadera gracia, *El cuarto desalquilado* no abunda en chistes de frase ni en ingeniosas ocurrencias. La gracia de esta comedia está en ella misma, en sus situaciones verdaderamente cómicas, y, en cuanto es posible, originales; no arranca el autor la risa á sus oyentes con un vocablo de aplicacion equívoca, ni con un juego de palabras de conveniencia problemática, sino con las consecuencias que de su pensamiento se desprenden con naturalidad.

Demasiado sóbrio, el poeta se ha limitado á bosquejar situaciones, á desflorarlas, por decirlo así; indica una y la deja inmediatamente. Esta sobriedad, lejos de ser un defecto, podría considerarse como un mérito si no fuese excesiva, dando por resultado un acto muy corto de lo que, sin gran esfuerzo, podría haber dado asunto para un juguete en tres actos regulares.

Esto no obstante, si en uno ó en otro extremo se ha de caer, vale más al autor dramático pecar por sóbrio que molestar al espectador por difuso.

A. SANCHEZ PEREZ.

LA FIESTA DE LAS ROSAS.

Con la pompa acostumbrada celebróse el día 23 de abril último en Barcelona la poética fiesta de San Jorge, Patron del Principado de Cataluña, siendo extraordinarias la animacion y alegría que reinaron en la feria de las flores que este año, como los anteriores, tuvo lugar en el patio del magnífico edificio que ocupa la Audiencia.

Immensa era la concurrencia de fieles que acudían á visitar la capilla de San Jorge, y á oír misa en ella con piadoso recogimiento, desde las primeras horas de la mañana; á las cuatro de la misma el tribunal en pleno, presidido por su digno regente, cumplió, según costumbre, con este deber religioso, y desde aquel momento se permitió al público recorrer los espaciosos salones del suntuoso monumento en que se administra la justicia.

Esta festividad, que caracteriza una costumbre esencialmente popular, se celebra en uno de los más hermosos edificios de España, en el cual se enlazan el mérito artístico y las tradiciones, los recuerdos históricos más importantes de la ciudad Condal; por lo tanto, hemos creído oportuno publicar el dibujo que nuestros lectores hallarán en la página 140, hecho sobre un precioso croquis que nos ha remitido nuestro amigo y celoso corresponsal artístico D. Eduardo Reventós, cuya lámina representa la feria de flores, especialmente rosas, que se ha verificado en el referido día, y se verifica en el mismo há muchos años, en el patio y al pié de la soberbia escalera principal de la Audiencia.

En esta parte del edificio el artista no sabe qué admirar más, si los atrevidos arcos del patio ó el ángulo de la galería del piso principal en lo más alto de la escalera, ángulo que se sostiene al parecer por maravilla del arte, pues carece de columna, como demuestra el dibujo. La escalera es bellísima, lo mismo que las caprichosas gárgolas ó canales de la galería superior, causando el conjunto de este patio un efecto sorprendente.

Al entrar en la galería preséntase la capilla con su frente ojival y sus dos ventanas delicadamente labradas, lo mismo que los pináculos y sus lindos remates.

Saliendo de la capilla se encuentra el patio de los narajos, que contiene no pocos primores y sirve de acceso á las salas del tribunal, en las que hemos admirado los riquísimos tapices que las adornan y estudiado los retratos de la mayor parte de los monarcas de España, sin exceptuar los reyes godos, desde Ataulfo, y los condes de Barcelona desde Vifredo el Velloso, así como la estatua de San Francisco de Borja, virey que fué del Principado.

El edificio es de la primera mitad del siglo xv, y se ignora el nombre del arquitecto que lo proyectó.

Muchos príncipes han invocado á San Jorge como protector de sus armas, pero en la corona de Aragon se le ha tributado además un culto particular desde 1094 en que se libró la famosa batalla de Alcorar ganada por D. Pedro I de aquel reino.

La ciudad de Barcelona adoptó más adelante el estandarte de San Jorge (cruz roja en campo blanco); el grito de guerra de los barceloneses fué *San Jordi, firám, firám!* y la antigua diputacion de Cataluña consa-

gró bajó la advocacion de este santo la capilla construida en su palacio, la cual con alguna parte del mismo pertenece actualmente á la audiencia territorial.

X.

EL HOMBRE AZUL.

Habéis dicho al hombre: «La piedad es la verdadera ciencia; no desees pasar por sabio, porque los que se proclaman sabios se han vuelto locos.»

SAN AGUSTIN.

..... *Stant tertia flamma.*
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus.
VIRGILIO.

I.

El excepticismo trivial de la sociedad moderna tiene su forma clásica de expresion, y esta forma es la ironía. ¡La ironía! Frívola cortesana del sabio racionalismo. Todo lo que es incomprendible, todo lo que vuela más alto que la razon escrutadora, todo lo que cruza el espacio con alas diáfanas, buscando la atmósfera en que viven las almas soñadoras, se expone á encontrar en el aire los dardos sutiles de esa zumbona divinidad de nuestros días. Así, no extrañaré que la historia inverosímil que voy á referir me valga una de esas abrumadoras sonrisas con que el descocado positivismo del siglo remeda á su manera la ingénita ironía de Voltaire.

Diré, sin embargo, no para conjurar ese genio maligno, que no me inspira ningun respeto, sino para expresar mi propia incertidumbre, que en el extraño caso que hoy por vez primera me resuelvo á referir, hay algo de sobrenatural, explicable tal vez por una alucinacion momentánea, pero relacionado con un suceso extraordinario, de cuya realidad tengo perfecta conciencia. ¿Ha sido un sueño, un delirio, una aberracion? ¿ó será verdad que coexista con el mundo sensible un orden preternatural de cosas que no se revela á nuestros sentidos sino en ocasiones providenciales, interviniendo, por misteriosos fines, en las crisis solemnes de nuestra existencia?

No sabré decirlo: vivimos rodeados de misterios impenetrables, y cuando la razon orgullosa que pretendemos erigir en árbitra soberana del mundo moral, no alcanza á penetrar ciertos inescrutables secretos, nos refugiamos en los adarves del sarcasmo, ó resolvemos la duda por la negacion: todo lo que es misterio subleva nuestro orgullo; todo lo que atrae nuestro espíritu hácia los espacios crepusculares de lo sobrenatural, nos parece indigno de inteligencias destinadas á agitarse en los focos luminosos de la ciencia y de la razon.

Estos grandes alardes de emancipacion y estos bríos del pensamiento, no impiden, por supuesto, que de vez en cuando, y como una humillacion impuesta á la soberbia del siglo, los obreros del progreso, convertidos en ciegos instrumentos de un ídolo cualquiera, empuñen el hacha de la barbarie y aneguen en mares de sangre las ponderadas conquistas de la razon y del derecho.

Hoy mismo podeis preguntar á millares de madres y esposas en cuánto estiman la suma de progreso alcanzado desde las orgías de sangre de Gengis Kan.

Pero me aparto de mi propósito y no quiero prolongar este preámbulo. Diré, en resumen, que no escribo estas líneas para los espíritus blindados. Hay un alma sencilla y poética que no pondrá en duda el menor detalle de la historia que voy á contar, y á quien un incomprendible designio de la Providencia ha colocado en una de esas situaciones extraordinarias que fortifican la fé y acrisolan el sentimiento.

Para tí, mujer amada, para tí escribo estas líneas, por tí evoco el recuerdo de aquel día terrible. Tú no acogerás con sonrisa incrédula mis palabras; tú sabes que no es producto de la fantasía la escena extraordinaria que voy á recordarte; tú comprenderás que si he guardado hasta ahora secretos los detalles sobrenaturales de ese memorable suceso, ha sido por el temor de herir tu imaginacion en los momentos en que una impresion violenta podía serte fatal. Pero aunque te fueran desconocidos los hechos misteriosos á que me refiero, yo sé que me creerías; porque en tí alienta la fé sencilla, porque tú eres el espíritu amante que vive de mis creencias y se asimila mis entusiasmos. ¿No sufres por mí y, sin embargo, crees en la felicidad?

A tí no necesito decirte *cree*, sino *escucha*.

II.

Fué aquel un día de solemne tristeza: solemne digo, porque no sé como expresar aquella especie de inmensa niebla de melancolía que pesaba sobre la ciudad. El cólera diezaba á sus habitantes, y en los momentos á que me refiero elegía sus víctimas entre lo más distinguido de aquella sociedad por el talento, la cuna y la

belleza. Reinaba por todas partes un silencio de muerte; en las calles, casi desiertas, apenas se oía otro rumor que el que producian los carros fúnebres, haciendo estremecer en el hogar consternado el corazón de la madre ó de la esposa. La vida parecia haber renunciado á todo movimiento, consagrando á la muerte los últimos restos de actividad: hombres y mujeres, los unos tristes y sombríos, las otras con los ojos abrasados por las lágrimas y el insomnio, corrian á los templos en busca del pan del alma para los moribundos, ó se apresuraban á llevar al enfermo la medicina, casi siempre inútil, ó guiaban hácia la casa visitada por el terrible azote al médico fatigado, cuya cabeza inclinada al suelo, parecia anunciar la humillacion de una ciencia estéril.

Por todas partes el movimiento denunciaba la presencia de la muerte; la actividad se absorbía en la inercia: la vida ordinaria, la vida *de los vivos* se arrastraba torpe y automática como una fantasma resignada á abandonar su morada al imperio de la muerte.

Y sin embargo, sobre este cuadro de inmensa desolacion, el magnífico azul de los cielos resplandecía sereno y trasparente; el sol bajaba al ocaso entre espléndidas fajas de oro y grana, y en los jardines de la ciudad desolada, las aves caian á bandadas sobre las copas de los árboles agitando el ramaje. La naturaleza sonreía en el seno mismo de la muerte, y el ángel de la destruccion se cernía en aquella atmósfera diáfana y serena que convidaba á la vida y á la felicidad.

Experimentaba yo aquel día una pena indefinible, una vaga inquietud, y al propio tiempo el deseo de caminar á la ventura, sin designio, por maquinal impulso, por horror á la inercia. Obedeciendo á este ciego afán de locomocion enderecé mis pasos hácia la campiña, dejando la silenciosa morada de los vivos envuelta en su vele de tristeza. Pero á medida que me alejaba de aquel recinto desolado, á medida que á las imágenes de muerte sucedía la apacible soledad de los campos, el pensamiento, más fecundo que la misma realidad, retocaba con pincel sombrío el funesto espectáculo que en pos de mí dejaba. Mi imaginacion, entregada á la más tenaz, á la más cruel inventiva, recorria en la soledad un diapason de dolores y de infortunios tan ingeniosamente terribles, que me obligaban de vez en cuando á agitar desesperadamente la cabeza, como si de este modo quisiera ahuyentar el vértigo que en mi cerebro producian.

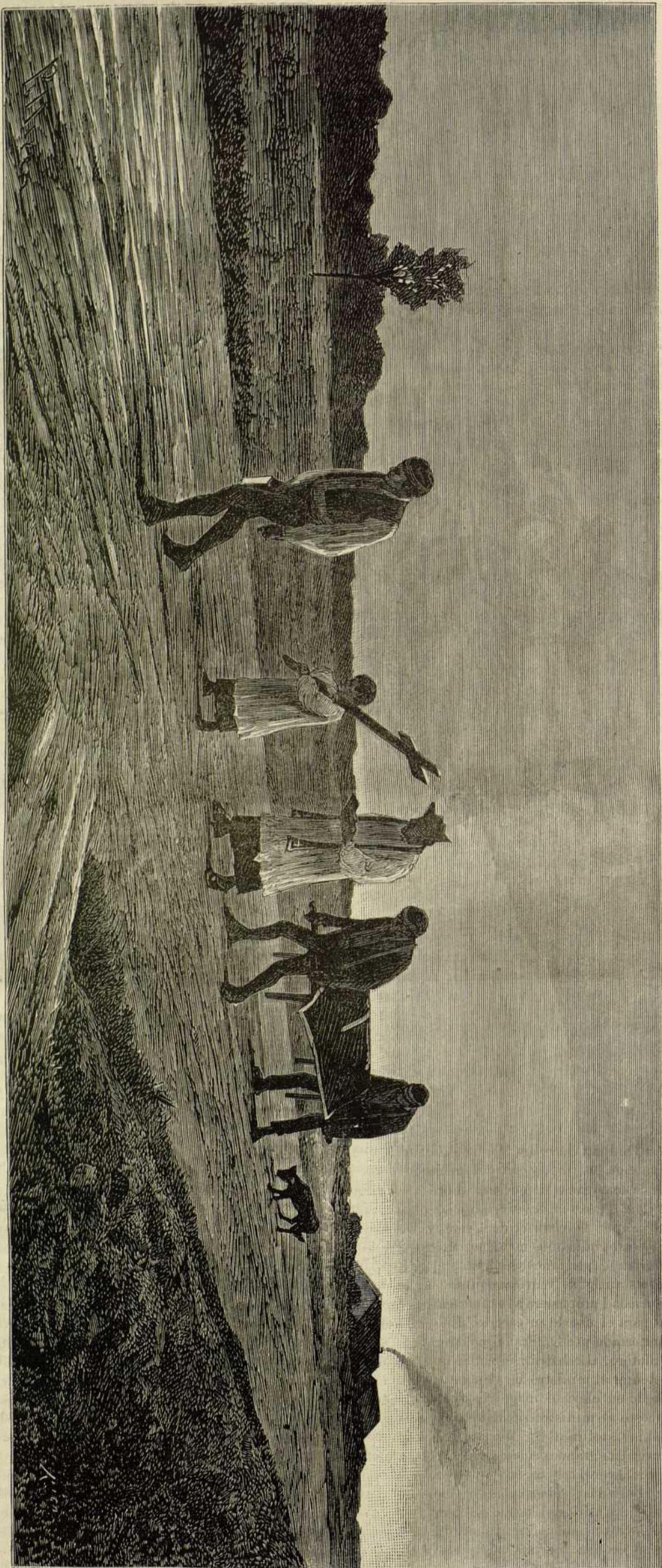
Los que hayan atravesado una situacion análoga á la mia, me comprenderán; los que hayan visto al ángel de la muerte batir las alas sobre la cabeza del objeto entrañablemente amado, sabrán hasta qué punto el corazón medroso es fértil en siniestros presentimientos, y en lúgubres imágenes la fantasía.

Una pasion rodeada de obstáculos me habia llevado á aquella ciudad desolada, donde se hallaba mi única esperanza de felicidad. María, la mujer amada, estaba allí; una plaga mortífera amagaba su preciosa vida, y yo, no pudiendo soportar la ansiedad de la incertidumbre, habia salvado con febril inquietud la distancia que de ella me separaba.

Pero ¡ay! no podia pasar las horas junto á María; apenas se me ofrecía la ocasion de hablarla, y ni el consuelo de verla habia tenido aquel día: esta era la causa de la inquietud que me devoraba y que tan terribles proporciones adquiría á medida que me alejaba de la poblacion y que el silencio solemne de la soledad hacia más perceptible la voz de mi corazón.

¡Oh seres amados! En esos momentos de suprema angustia en que vemos al genio de la muerte agitar sus alas sobre vuestra cabeza, ¡qué gigantescas proporciones, qué inestimable valor adquiere á nuestros ojos cuanto en vosotros nos parecia amable en las serenas horas en que no nos afligia el temor de perderos! ¡Con qué tenacidad nuestra memoria recorre en un momento las páginas más bellas del libro de vuestra vida! ¡Con qué maravillosa fuerza de percepcion distinguimos á la vez todos los perfumes exquisitos que en vosotros se encierran! ¡Con qué placer cruel sumergimos la vista en el tesoro que se nos quiere arrebatar, como si quisiéramos hacer más y más irreparable el golpe con que nos amaga la muerte!

Estas imágenes sumergian mi alma en una tristeza profunda, y en vano luchaba por sacudir el yugo del pensamiento. Me detuve como si con la inaccion del cuerpo quisiera refrenar la actividad del espíritu, y alcé la cabeza para buscar distraccion en los objetos exteriores. Entónces ví que mi paseo maquinal me habia conducido á la entrada de una frondosa arboleda, cuyo ramaje entrelazado cubria con una bóveda de verdura una deleitosa avenida, visitada en aquellos momentos por las brisas consoladoras de la tarde. Respiré con pla-



ENTIERRO DEL POBRE.—CUADRO DE PELLICER.

cer aquella atmósfera pura, y descubriendo mi frente ardorosa, recibí en ella el beso cariñoso que me mandaron las frescas hojas que susurraban sobre mi cabeza.

Érame desconocido el sitio en que me hallaba; pero atraído por la frescura de aquellos árboles que apenas dejaban penetrar á trechos, como cintas encendidas, los rojos resplandores del ocaso, penetré bajo aquel magnífico artesonado de la naturaleza, del que se desprendía, como un rocío benéfico, el plácido murmullo de la soledad.

Poco á poco la punzante sucesion de ideas que martirizaban mi espíritu fué degenerando en vaga melancolía, y las imágenes dolorosas ó terribles se adormecieron en mi pensamiento. Entónces, para dar otro curso á mis ideas, quise absorber la imaginacion en un trabajo poético, comenzado en los serenos días que habia venido á turbar la terrible calamidad. En efecto, mis ideas comenzaban á tomar el nuevo rumbo que les imponía mi voluntad, cuando vino á distraerme un ruido acompasado.

Volví la cabeza y ví que hácia mí venia una caja de lúgubre aspecto, montada sobre dos ruedas y tirada por un caballo lento y negro como las horas del dolor. Rejia aquella siniestra máquina un hombre indolentemente reclinado en el pescante, apoyado el brazo sobre la grupa del sórdido animal y mal sujetas en su mano las inútiles riendas. Era el coche de los muertos.

El sombrío conductor venia cantando con voz baja, profunda y enronquecida por el alcohol. Al pasar junto á mí me miró con la fijeza obstinada y desnuda de expresion propia de los estúpidos, miéntras el confuso gruñido de sus bronquios hacia apénas perceptibles las palabras de esta copla vulgar, cuyo sentido melancólico contrastaba singularmente con la fria y monotonía entonacion del cantor:

¡Qué triste que va la luna!
Las estrellas la acompañan;
¡Qué triste que va el que pierde
A la prenda que más ama!

¡Por qué cada una de estas palabras penetró como una punta de acero en mi corazón? ¡Por qué la mirada automática de aquel hombre cuajó la sangre en mis venas? El ánimo predispuesto á la inquietud y al dolor volvió á poblarse de imágenes siniestras, y otra vez asaltó mi espíritu el pensamiento avasallador que era en aquellos días el tormento y la miseria de mi vida.

Mis ojos, fascinados por no sé qué dolorosa fuerza de atraccion, siguieron por algunos momentos el fúnebre convoy que lentamente se alejaba á lo largo de la alameda. Inmóvil al pié de un árbol le ví perderse en los últimos términos del ramaje sombrío, miéntras despertaba en mi interior un impulso febril, una impaciencia nerviosa que me impelia hácia delante con poder irresistible. Sabia ya dónde me hallaba. Aquella hermosa alameda era el camino de la nada... A lo léjos, en el extremo límite, se representaba la última escena de un drama de muerte y desolacion... Allí iba á resonar el último gemido de un inmenso dolor... Era el camino del cementerio.

Dejéme llevar del impulso ciego que me arrastraba en pos de la caja fatal. El incierto resplandor del crepúsculo empezaba á dar á los objetos esos contornos vagos sobre los cuales dibuja á su placer la fantasía las imágenes más extrañas. Las ramas agitadas por el soplo de la brisa, se balanceaban como fantasmas silenciosas.

(Se continuará.)

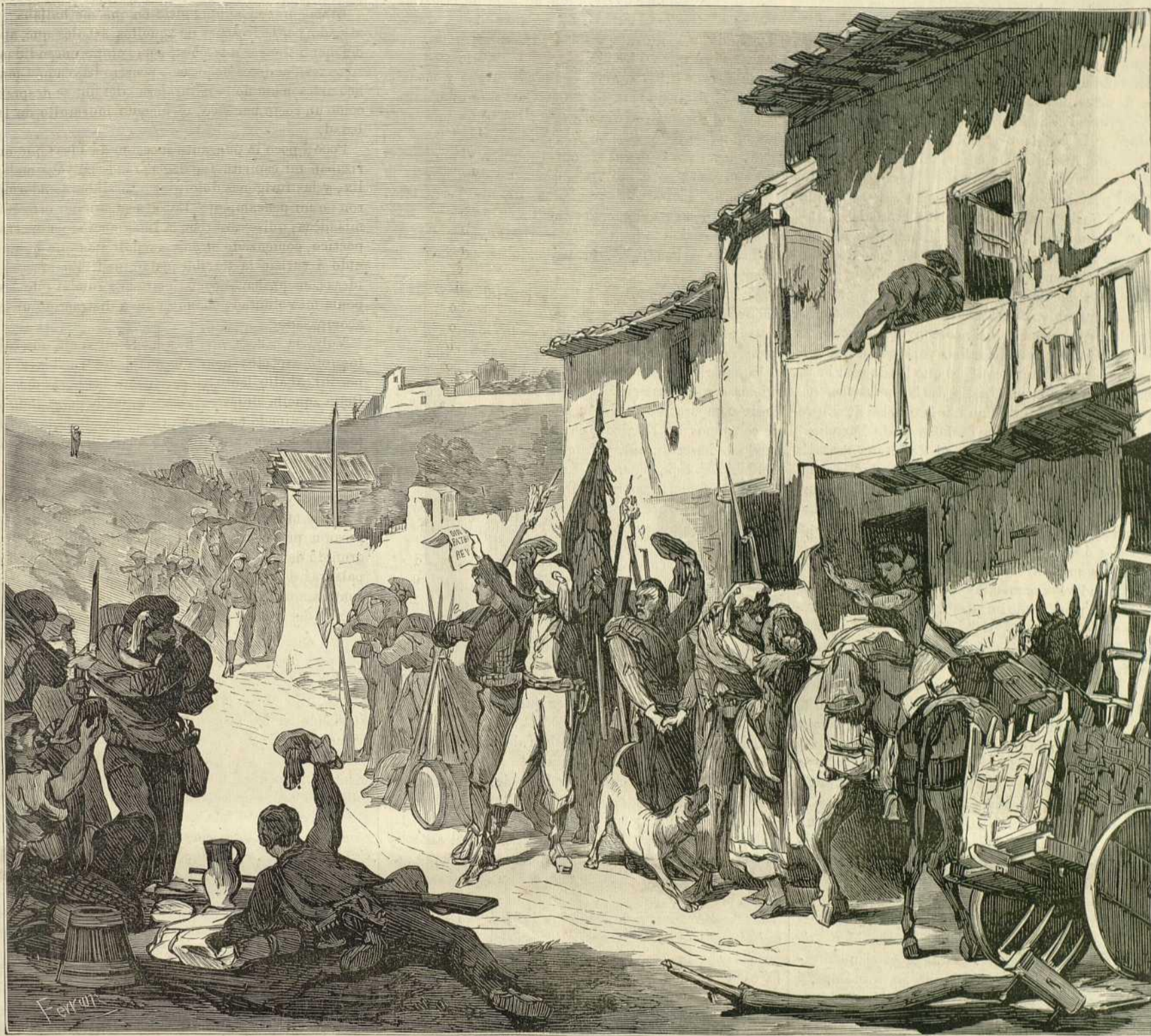
PEREGRIN GARCÍA CADENA.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,
ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Con cuánta satisfaccion tomamos la pluma para reseñar de vez en cuando los principales hechos y trabajos de nuestras academias y corporaciones científicas y literarias, puede comprenderlo sólo quien, como nosotros, aplaude la constancia de nuestros cuerpos literarios en difundir los buenos estudios, el celo que distingue á casi todas las sociedades útiles por la mejora de las costumbres, los adelantos de las artes, y los progresos de todo interés social y humanitario. Y tanta mayor satisfaccion nos cabe en la modesta empresa de señalar los estudios y los trabajos de esas asociaciones sábias, cuanto que la época porque atraviesa nuestro país no es ni con mucho apropósito para las especulaciones de la ciencia, conmovido el ánimo de los más por las interesantes luchas de los partidos políticos.

Entre las corporaciones estudiosas de nuestra patria



SALIDA DE UNA PARTIDA CARLISTA DE ONDARROA (VIZCAYA).

que más bien, con más afán y acierto saben contribuir á la general ilustración, ocupa lugar distinguido la Sociedad Económica Matritense. Próxima se halla ya á cumplir un siglo de existencia, un siglo de laboriosos desvelos por la educación de la juventud, el fomento de toda clase de proyectos y mejoras útiles, el apoyo de todo esfuerzo de caridad y de virtudes. Su lema es *socorrer enseñando*. Vasto campo abierto al patriotismo de sus socios, porque no es posible afiliarse á las filantrópicas sociedades que se llaman *económicas*, sin sentir entrañable amor á su país y á sus conciudadanos. El indiferente y el egoísta, no es capaz de asociarse para el bien, bajo el generoso lema de *socorrer enseñando*. Otro año ha trascurrido, y no por eso ha disminuido el celo de sus socios, ni su afición al trabajo, tanto más digno de alabanza, cuanto que la ejercitan en el silencioso retiro en que celebran sus sesiones, verdaderamente importantes y de utilidad trascendental en beneficio del país, que les considera como sus mejores amigos.

Difícil es reseñar las mil diversas ocupaciones que la laboriosidad de los individuos de tan importante corporación les ha hecho emprender y llevar á cabo durante el año 1871. Divididos, según costumbre, en comisiones, mientras unos han deplorado en sentidas necrologías el fallecimiento de algunos de sus individuos, tales como los Sres. Catalá de Valeriola, Monlau y Madoz, otros han emitido informe sobre el aparato del

mecánico D. Juan Garrell y Mariné, destinado á medir la corriente de los ríos, y otro del mismo inventor para sustituir las campanas de buceo; sobre las *regillas oscilantes con depósitos de aire caliente*, inventadas y construidas por D. Gabriel de Usera y D. Alejandro Goujet, y otros adelantos no menos útiles. La fabricación de cristales diáfanos decorados al cromo, imitación de las antiguas vidrieras pintadas, ha merecido que la Sociedad propusiera á los fabricantes Sres. Monte y Matas para el uso de su escudo. En atención al mérito manifestado por D. Francisco Moratilla, diamantista y platero, al construir el collar que, según la ley, ha de ostentar el ministro de Gracia y Justicia, como insignia de su elevado cargo, la Sociedad Económica ha propuesto al ministro de Estado para la gran cruz de Isabel la Católica al Sr. Moratilla. Este nuevo distintivo para las grandes solemnidades consta de treinta medallones de oro, cuyos centros ostentan figuras alegóricas, abultadas y cinceladas en chapa, ó atributos de la justicia y otros oportunos emblemas, con trabajo artístico muy esmerado. En primer término aparece España, representada por una matrona, y convenientemente se ven distribuidas las figuras que simbolizan las cuatro Virtudes Cardinales, así como la Ley, la Virtud, la Sociedad, la Clemencia y la Legislación española, en la persona de D. Alonso el Sábio. Sobre los otros medallones campean las insignias de las cuatro órdenes militares, el libro y la espada de la ley, una

série de ojos miniados sobre esmalte, para significar la vigilancia; y por último, cierra el collar el escudo de las armas de España, con sus cuatro cuarteles heráldicos. Ocho de los medallones con figuras tienen alrededor dos culebras esmaltadas, que se enroscan por entre unos vástagos, y que imitan su color propio; y los demás llevan por orla una cinta esmaltada de los colores nacionales, que corre por entre los calados.

También la Sociedad concedió el uso de su escudo á D. Manuel Tejero y Alonso, maestro vidriero y hojalatero; al conocido fundidor, tipógrafo é impresor don Juan Aguado; al conocido fotógrafo D. Eusebio Juliá y García Nuñez; al litógrafo y grabador D. Agustín Zaragoza, y á los Sres. Sierra y Lesen, constructores de aparatos eléctricos, todos vecinos de Madrid. Y ya que la muerte impidió á la agraciada ver en sus manos el premio de 2.000 rs. con que el jurado de premios á la virtud distinguió á Florentina Loeches por sus actos relevantes de *caridad y benevolencia*; la Sociedad declaró á sus hijos con opción á recibir dicha cantidad. Por último, el jurado de la cátedra de taquigrafía declaró á fin del curso de 1869 á 1870 los premios á los alumnos de la misma que ya constan en el resumen del año anterior.

Al inventor del aparato llamado *Tecnefon* tenía concedido la Sociedad, ya hacia tiempo, un certificado de mérito por los adelantos que su laboriosidad había alcanzado en dicho aparato; premio igual al obtenido por

D. José María Sanchez, que presentó á la Corporacion una coleccion de ensambladuras dignas de atencion y mérito. Habíase también concedido *mencion honorífica* á una Memoria presentada al concurso de 1868, escrita contra las trabas impuestas al comercio por muchas leyes que hoy están en completo vigor. *Mencion honorífica* merecieron también en el concurso citado, y en la seccion de artes, las bujías esteéricas de las fábricas *La Rosario*, propiedad de los Sres. Pereda y compañía, de Santander, y de *La Aurora* y *La Estrella*, de D. Fermín Perla, de Madrid. Por contribuir á los fines de la Sociedad, que anhela la difusion de los conocimientos útiles, fué premiado con una *Carta de aprecio* D. Manuel Seco y Shelly, autor de la novela titulada *Historia de un grano de trigo*; y por su bomba de un sólo cuerpo mereció igual distincion el Sr. D. Antonio Montenegro y Van-Halen, que hoy es su consocio.

En demanda de aliento unas veces y de protección otras, acuden también á la Sociedad no pocos ilustrados industriales, que conocen cuánto conviene centralizar los conocimientos y los adelantos, para que desde ella trasciendan á más lejanos confines que los de sólo la capital de la monarquía por medio de las publicaciones que la Sociedad promueve. Con tan laudables fines, presentó muestras de chocolates D. Dámaso de Barrenegoa, laborioso fabricante de Ciudad-Real: una medalla de oro, que tenia grabada para la academia de Granada, D. Juan Sainz de Grageda; la empresa Bañolas y compañía, establecida en Madrid con el propósito de generalizar la adopcion del aparato llamado *instantáneo contra incendios ó matafuegos*, lo presentó á la Sociedad, de que se hizo un ensayo y se harán otros en mayor escala. De los individuos mismos de la Sociedad, recibe ésta continuas pruebas de incansable interés por los trabajos de su instituto.

Celosa de continuo la comision inspectora de la cátedra de taquigrafía, presentó en 3 de junio á la Corporacion la reforma de algunos puntos del reglamento especial por que se gobierna la citada escuela. En junta de 11 de febrero presentó el Sr. D. Felipe Salvador y Aznar una proposicion para que una Comision especial estudiase con urgencia la unificacion y arreglo de la Denda pública, y propusiese lo que para este asunto importante fuese más conveniente. El Sr. Campo y Navas promovió en junta de 18 de Febrero un asunto, que despues ha ocupado la atencion pública, y está llamado á tener algun éxito, si es que aún no se ha extinguido el amor al país y la prevision nacional. Nos referimos á las bases de una asociacion patriótica de auxilio de calamidades públicas que dicho señor presentó, y las cuales fueron tomadas en consideracion despues de apoyarlas su autor, acordándose el nombramiento de una comision especial que las estudiara, y propusiera en consecuencia lo que juzgara oportuno. El Sr. Somoza Piñeiro, socio corresponsal, remitió á la Sociedad en 15 de abril unos artículos insertos en *La Paz* de Lugo acerca del uso del sifon con aplicacion al riego de los prados naturales. El Sr. Cantillo presentó en 23 de setiembre una proposicion para que, en atencion al interés que hoy encierra el mejor cultivo de los parques y jardines de Madrid, no sólo para el embellecimiento y salubridad de la poblacion, sino para el desarrollo de la floricultura y horticultura, se nombrase una comision especial que estudiase este asunto y propusiese lo que hubiese lugar; y la Sociedad la tomó en cuenta despues de apoyarla su autor. En junta de 4 de noviembre leyóse un oficio del Sr. Diaz Perez (D. Nicolás), acompañando una Memoria sobre el *sequoia gigantea*, árbol procedente de California, que se propone aclimatar en España. Leida por su autor que se hallaba presente, la referida Memoria, se acordó que pasase á exámen de la seccion de Agricultura, cuyo acuerdo se cumplió en 7 del mismo, y en este dia dispuso la seccion que informase una comision como procedia.

En fin, persistiendo la Sociedad Económica Matritense en sus firmes propósitos de valerse de cuantos medios le sugiere su celo por los públicos adelantos, ha anunciado como de costumbre un programa de premios, dando temas, importantes todos, en los ramos de agricultura, artes y comercio. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán su reproduccion, dando así tambien una prueba del interés de LA ILUSTRACION DE MADRID para difundir tan interesantes noticias:

En Agricultura.—1.º Título de socio sin cargas y medalla de oro al autor de la mejor Memoria sobre este punto: "Origen, estado y progreso del cultivo de la caña de azúcar en nuestras provincias meridionales." 2.º El mismo premio para la mejor Memoria sobre el "Estado, progreso y porvenir de la cria de la cochinilla en el territorio español." 3.º Igual recompensa para la mejor Memoria sobre el "Modo de propagar la instruccion

primaria en las poblaciones agrícolas y en las clases jornaleras." 4.º Medalla de oro al que pruebe tener la mayor extension de terreno, que no baje de cinco hectáreas, destinado al cultivo del algodón en el año actual dentro de la Península é Islas adyacentes, remitiendo muestras en rama ó hilado.

En Artes.—1.º Título de socio sin cargas y medalla de oro al autor de la mejor Memoria sobre el "Aprovechamiento industrial de las materias bituminosas de origen mineral que hay en la Península." 2.º Igual recompensa para la mejor Memoria sobre la "Fabricacion mecánica del papel de tina, ó sea no encolado en la pasta." 3.º Medalla de oro al que presente los mejores instrumentos cortantes que reunan á su finura y esmerada fabricacion la baratura, y que sean especialmente aplicables á la cirugía, presentando muestras de los mismos.

En Comercio.—1.º Medalla de oro al autor de la mejor Memoria sobre el tema siguiente: "Exámen de las causas inmediatas de las huelgas de los obreros, é indicacion de los medios que actualmente pueden adoptarse para hacerlas perder todo carácter perjudicial." 2.º La misma recompensa para la mejor Memoria sobre el "Estudio comparativo de la supresion de la contribucion de consumos en Bélgica y en España; é indicacion del modo de hacer durable y fructuosa dicha reforma en las poblaciones españolas." 3.º La misma recompensa para la mejor Memoria sobre el "Desestanco del tabaco; sus ventajas é inconvenientes, y medios de llegar prontamente á él sin causar perjuicios al Estado ni á los particulares." 4.º Medalla de plata al autor de la mejor Memoria sobre el "Comercio exterior de España, artículos que le alimentan, causas que influyen en su total movimiento, y modo de remover los obstáculos que se opongan á su desarrollo."

Como complemento de su programa, la Sociedad ha publicado además las siguientes advertencias: Las personas que aspiren á los premios 4.º de Agricultura, y 3.º de Artes, deberán acreditar que los productos que remiten son auténticos.

Las Memorias y objetos se han de presentar en la secretaria de la Sociedad, plazuela de la Villa, núm. 2, piso bajo, de doce á cuatro de la tarde, en pliego cerrado y sin firma; y en el sobre un lema cualquiera, al que acompañará otro pliego tambien sellado y lacrado, que contendrá la firma y domicilio del autor, y en el sobrescrito el mismo lema de la Memoria, el que sólo será abierto en caso de merecer su trabajo alguno de los premios.

La Real Academia de Medicina de Madrid ha inaugurado tambien sus sesiones y tareas del presente año, pero no sin dirigir una mirada retrospectiva á los trabajos y sucesos ocurridos en la misma durante el año 1871. Mientras otros deciden los problemas que puedan comprometer más ó menos gravemente el porvenir de la civilizacion; mientras otros estudian los medios de perfeccionar la máquina administrativa y de llegar á la legislacion más justa y á la más sábia organizacion del Estado, las sociedades médicas, como dijo el secretario de la misma Sr. Nieto Serrano, en su discurso de inauguracion, tienen entretanto la especial mision de redactar pacífica y libremente los proyectos de leyes higiénicas y terapéuticas, que al cuerpo profesional corresponde preparar y sancionar despues. Hé aquí por qué se trató con el interés que requiere el tema de la profilaxis y terapéutica de las viruelas, bajo los diversos puntos de vista que ofrece al estudio, bajo el aspecto crítico, teórico y práctico, llegando á la propuesta y adopcion de medios concretos de mejorar, al ménos en nuestro país que tanto lo necesita, la situacion actual.

Otra discusion importantísima que ha ocupado á los individuos de la corporacion médica de que nos ocupamos, ha sido la relativa al traumatismo, la supuracion y la fiebre; y con estas discusiones han alternado la presentacion de casos interesantes y de piezas de anatomía patológica y de teratología, dictámenes sobre las enfermedades reinantes y comunicaciones de diversos géneros. Una de las más curiosas fué la que hizo un académico sobre nuevos descubrimientos de objetos pertenecientes al hombre prehistórico, porque no es ya sólomente en el terreno cuaternario, sino en el terciario, donde sostienen muchos haberse hallado restos humanos ó artísticos. De confirmarse tales hallazgos, la antigüedad del hombre sobre la tierra se elevaria á multitud de siglos, vista la diversidad de floras y de faunas que durante su existencia se habrian sucedido. Si llegan á presentar los naturalistas estas pruebas, no como problemáticas, sino de modos convincentes, será preciso tambien que reconstruyan de su cuenta la historia del origen de la humanidad, porque entónces la Biblia no

seria otra cosa que los anales de una mínima parte de la Creacion, como si dijésemos de uno de sus últimos actos dramáticos, de una de las últimas y más recientes manifestaciones de la existencia del espíritu sobre el globo; es decir, del hombre, porque al mismo globo, segun sus deducciones, aún se le podria dar una vetustez mucho más remota, insondable en los arcanos de la eternidad. Creemos, pues, que estos estudios prehistóricos, puestos hoy en moda y que tanto llaman la atencion de las imaginaciones dadas á lo maravilloso y anígas de penetrar en las lobreguezes de lo desconocido, necesitarán por algun tiempo prodigios de observacion y de análisis, para llegar á construir con sólidas bases algo consistente que pueda derribar lo hasta aquí formulado y bien establecido.

Pero no ménos interesantes que las literarias han sido las sesiones de gobierno de la Real Academia de Medicina, puesto que en ellas se han discutido muchos dictámenes de la comision de medicina legal sobre asuntos áridos consultados por los tribunales de justicia. "Casos de supuesto infanticidio, de heridas, de lesiones de varias clases, han sido dilucidados, para depurar la verdad de los hechos y de las apreciaciones, modificando en su consecuencia el grado de culpabilidad de los acusados. Cada dia se comprueba más que la administracion de justicia, en lo relativo á las personas, apénas puede dar un paso sin el auxilio de la medicina, á la que está confiado el conocimiento del hombre físico y de la considerable influencia que la parte orgánica no puede ménos de ejercer en la moral." Hé aquí por qué la Academia es de parecer, y así lo manifestó en su sesion inaugural, que hoy que el individualismo va consolidando los derechos particulares, no siendo lícito al Estado disponer de las personas sin respeto á su autonomia, seria de desear que el servicio médico-forense se organizara cuanto ántes, de acuerdo con las instituciones modernas, para que diese de sí todo el fruto que puede exigirse en beneficio de los intereses sociales. "La Academia, dijo el Sr. Nieto Serrano, echa con frecuencia de ménos en los procedimientos que se someten á su juicio, la copia de datos que convendria tener presentes para decidirse con acierto; lo cual depende de que á menudo se confian los primeros y más útiles procedimientos á profesores desprovistos de instruccion y práctica especiales, y hasta de título bastante para entender como peritos en tales cuestiones. Fundada en estos motivos, ha encargado á su comision de medicina legal la redaccion de un documento en que se haga presente á la superioridad la improcedencia notoria de algunas actuaciones, en que figuran personas incompetentes y hasta practicantes ó ministrantes, cuya intervencion en asuntos médico-legales es de todo punto injustificable."

Deplorando la Corporacion la pérdida de los señores don Pedro Felipe Monlau, D. Gregorio Escalada y don Rafael Saura, ponderó como era sabido sus talentos y sus servicios, y cómo ansiando reparo por el dolor de la pérdida de hombres ilustres, de sábios tan modestos como útiles á la humanidad, comunicó á los asistentes á la pública recepcion el nombramiento de otros individuos, en cuyos estudios y reconocido celo funda halagüeñas esperanzas. Pero aún lleva más allá la Academia su culto por la prosperidad y los adelantos de la ciencia, pues no sólo atrae y lleva á su seno á las notabilidades médicas, eligiendo nuevos socios de número y corresponsales nacionales y extranjeros, sino que ofrece á la juventud estudiosa y á los extraños á su asociacion, premios segun llenen más ó ménos bien las condiciones propuestas en sus programas. Para los ofrecidos en el presente año no ha habido opositores, gracias sin duda al creciente obstáculo que las ansiedades políticas presentan cada vez á los trabajos literarios y á las especulaciones de las ciencias. Y ¿quién ha de atreverse á emprender estudios y trabajos para ofrecer á la consideracion de nuestras academias, para dentro de uno ó dos años, cuando nadie sabe si el malestar público le permitirá dedicarse á ellos dentro de seis meses; cuando nadie puede asegurar si el continuado combate de las revoluciones y de las reacciones de este desgraciado país habrá respetado la existencia de esas mismas corporaciones? Sin duda por esto no ha habido quien haya optado á los premios ofrecidos para el presente año, y la Academia de Medicina, en su vista, los ha prorrogado para el venidero.

No terminaremos la reseña de esta reanudacion de tareas que ha hecho la Real Academia de Medicina, sin consignar que en la referida sesion inaugural leyó un dotabilísimo discurso el socio D. Ramon Sanchez Merino. Con gran copia de datos, con oportunas reflexiones y fácil y correctísimo lenguaje, llamó la atencion de los concurrentes ocupándose de la influencia de los climas en la salud del hombre. Recorrió las diferentes y aún

opuestas condiciones de los climas; examinó cómo modifican la naturaleza del hombre; qué caracteres tan diversos, así físicos como morales, separan á los habitantes de los distintos países; qué enfermedades adquieren por las solas influencias climatológicas, y qué variedad de medios hay que emplear para combatir las, aunque al parecer son idénticos en su esencia. Y como consecuencia de todo, confirmóse el erudito académico en la idea de que como consecuencia de la influencia de los climas en la salud del hombre, es indispensable estudiar el cosmopolitismo, y averiguar si es posible que el hombre se aclimate en los diversos puntos del globo. En la misma Academia de Medicina, ha tenido lugar la solemne recepción del académico electo D. Miguel Colmeiro, doctor en medicina y ciencias y distinguido botánico, contestándole al discurso que leyó el doctor D. Sandalio Pereda y Martínez.

También la Biblioteca Nacional ha celebrado su reunión pública, presidida por el director general de Instrucción pública, y honrada con la asistencia de muchos literatos, artistas y personas distinguidas. La existencia de la Biblioteca Nacional se desliza con la asiduidad y constancia en el estudio de que tienen dadas pruebas los empleados de aquel establecimiento literario. No pueden pedirse allí grandes progresos, grandes innovaciones ni mejoras. No puede esperarse la brillantez que merece tan importante ramo, sin que aquel vetusto establecimiento sacuda la mano de hierro que le ahoga. Encerrado un tesoro literario inmenso entre cuatro paredes sin posibilidad de ensanche, llegará día en que almacen deberá llamarse más que biblioteca, y en que no podrán entrar lectores ni asistir empleados, porque los libros y papeles, creciendo siempre, echarán á unos y otros fuera de la casa. Pero trasládese el cúmulo incalculable de impresos, folletos y manuscritos al futuro edificio del paseo de Recoletos, y la Biblioteca Nacional de Madrid adquirirá la lozanía, la importancia que merece, porque podrá estender sus riquezas y manifestar y brindar con ellas á los amantes de toda cultura. Urge, pues, que el Gobierno, sea el que fuere, no vacile en gastar dinero en una empresa tan útil, tan grandiosa y patriótica como es la continuación y conclusión del proyectado edificio para biblioteca y museos, y sólo entonces serán dignos estos establecimientos públicos de la nombradía que merecen, y de ser considerados entre los más notables de Europa.

Entretanto continúan las adquisiciones y no cesa el celo y entusiasmo de sus empleados. Se han escrito para los índices, durante el año último, 11.524 papeletas; se adquirieron por compra 645 volúmenes, 22 periódicos, alguno de muchos tomos; 2.457 folletos, 4 mapas y 19 manuscritos. Por cambio se adquirieron más de 24.000 fotografías y 201 obras dramáticas manuscritas, casi todas autógrafas de escritores modernos. De corporaciones y particulares ha recibido el establecimiento numerosos regalos de obras, y del archivo del ministerio de Estado se remitieron 60 volúmenes de varios tamaños, procedentes todos de la librería de Felipe V y tres hermosas esferas. Durante el año se sirvieron al público 74.947 pedidos de libros; 50.248 con 1.712 manuscritos para la lectura de día, y los 22.987 restantes para la de noche; de éstos, 65.112 en castellano, 6.945 en francés, 1.118 en latín, 211 en inglés, 207 en italiano, 192 en griego, 97 en alemán, 30 en árabe, 21 en hebreo, 5 en lengua bisaya y 4 en tágalo. Pertenecientes á ciencias y artes, 38.362; á historia, 12.721; á bellas letras, 10.903; á jurisprudencia, 6.418; á enciclopedias y periódicos, 5.307; á teología, 1.230. Se ha formado nuevo inventario de los efectos de la Biblioteca que no son libros, y un proyecto de reglamento interior.

FLORENCIO JANER.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion.)

A esta sazón llegaban á aquel sitio los soldados, y por el lado opuesto descendía el Sr. Francisco con su gente. Los sublevados hacen su última descarga y Manolo cae en el dintel de la puerta por donde iba á entrar, arrojando un caño de sangre por su pecho.

Viéndose los rebeldes acosados por todas partes, em-

prendieron la fuga y cada cual trataba de guardar su piel sin curarse del vecino.

Por fin y á fuerza de correr pudieron algunos escabullirse de la garras de sus perseguidores y entre ellos el Sr. Francisco.

No pudiendo, pues, volver á sus casas, y teniendo que ocultarse de las tropas que incesantemente los buscaban, se resignaron á pasar la noche en medio del campo, lo más escondidos que pudieran.

Pasó, pues, la primera noche sin novedad, y lo mismo la segunda y la tercera; pero al llegar la cuarta, muerta aquella gente de hambre, de frio y de cansancio, empezaron á murmurar por lo bajo y á quejarse amargamente de su situación, añadiendo que los habían engañado, pues les ofrecieron el oro y el moro, y hasta entonces sólo balas, hambre, frio y cansancio habían visto.

De estas desventuras le echaban la culpa á Francisco, que fué el que los comprometió, y cada uno le maldecía para sus adentros.

Al quinto día ya no pudieron resistir más y armaron una trifulca con el Sr. Francisco, diciéndole alto y en su cara lo que los días anteriores decían bajo y á escondidas de él.

Atufóse el *general en jefe* con la insubordinación de sus soldados y emprendió á palos con ellos.

Estos, al verse tratar de tal modo, hartos que ya del Sr. Francisco estaban y deseando vengarse á las primeras de cambio, así que encontraron esta ocasión no la desperdiciaron, y que quieras que no, le ataron de piés y manos y echándole un nudo escurrizado al cuello, le colgaron de la primer encina que vieron cerca.

Después, y como si temieran que yéndose de allí lograra descargarse, descargaron todas sus escopetas sobre él, dejando más brechas en su cuerpo que agujeros tiene una criba.

Así concluyó el Sr. Francisco, verificándose en él aquella copla que dice:

En casa del jabonero
Aquel que no cae reshala:
Y en este mundo redondo
Quien mal anda, mal acaba.

Bien podemos decir que aquel pobre hombre se fabricó él mismo la cuerda con que le ahorcaron.

XIX.

Después de los acontecimientos anteriormente relatados, traté de informarme del estado de mis conocidos del pueblo, y empecé por Carmencilla, la hija del señor Francisco, á quien no pude encontrar por más que hice.

Y hablando de Carmen, inmediatamente me ocurre ir á enterarme del estado de su antiguo novio.

Pepe está como loco, ha perdido su padre y su fortuna en aquel día desgraciado: sólo le queda su madre; pero en tal situación, que la hubiera valido cien mil veces más haber corrido la suerte que su desventurado consorte.

El Sr. Francisco entró con su gente en casa de Pepillo, y éste trató de impedirles la entrada; pero lograron fácilmente sujetarlo y le hicieron presenciar la muerte de su padre, y la muerte moral y casi material de su pobre madre.

Esta infeliz mujer quedó tan mal parada, que milagro de Dios será que viva.

Tal era el tormento de Pepe, que ni aun tenía el consuelo de poder contar sus penas

—¿A quién le contaré yo
Lo que á mi me está pasando?
¿Se lo contaré á la tierra
Cuando me estén enterrando!...

Exclamaba el muchacho á cada instante.

Hay desdichas que ni al más amigo pueden confiarse, aunque se tenga la certidumbre de que las sabe.

Permitidme que sin concluir de daros noticias de los conocidos que aún tenemos en el pueblo, y puesto que hablamos de Pepe, os diga lo que á este muchacho acontecía ocho meses después de lo que acabo de relatar.

La buena de su madre había adquirido una enfermedad incurable, pero de esas que atormentan durante muchos años al infeliz que las padece.

Todas las muchachas huían del galán mariposa, y hasta sus mismos amigos evitaban su trato.

Esto le hacía repetir muy amenudo:

¡Mis amigos me desprecian
Porque me ven abatido!...
¡Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caído!

Andaba siempre triste y cabizbajo; le creían loco y nadie le hacía caso.

Pero no me explico, sin embargo, por qué todo el mundo le abandonaba, si, como decían, era cierto que se había trastornado su razón. Á no ser que la caridad hubiera cuando ocho meses ántes saquearon el pueblo aquellos foragidos.

Hecho, pues, esta especie de paréntesis, volvamos á visitar la casa de nuestros amigos.

La familia de Manuel se había libertado, como pobre, de las garras de la gente del Sr. Francisco, si bien no se escapó de tener una pena bastante considerable.

Á Manuel le habían reconocido algunos mozos del pueblo cuando le condujeron en una camilla al hospital de la ciudad inmediata, y como le vieran pálido como la muerte y respirando con dificultad, supusieron que aunque entonces daba señales de vida, poco sería el tiempo que le quedaba de existencia.

Dicho esto á la familia del chico, su padre sin pérdida de tiempo púsose en camino y fué á cerciorarse del estado de su hijo.

XX.

Sólo nos falta saber de Carmen, Antonia, María y el tío Pedro; hé aquí lo que luego supe de ellos.

El Sr. Francisco, cuando las tropas desalojaron á los rebeldes de su primera posición, encontró ocasión oportuna de poner en práctica el pensamiento que tenía de vengarse de la pobre Antonia, y comunicándosele á la cuadrilla de foragidos que con él llevaba, se dirigieron á casa de la madre de María.

Carmencilla, que aún estaba cerca de su padre, hubo de oír las órdenes del Sr. Francisco, y echó á correr en dirección de casa de Antonia á ver si podía librarlas de las garras de aquella gente.

Apénas tuvo tiempo Carmen de decirle á Antonia el peligro que la amenazaba, cuando oyeron que trataban de derribar la puerta principal de la casa. Entonces el tío Pedro, armado de su fusilón, se situó en la sala para proteger la salida de las mujeres que huían por la puerta falsa.

Luego que lograron salir de la casa, guiadas por Carmencilla, llegaron después de dos horas de camino á una aldea, donde encontraron caritativa hospitalidad hasta que les fuera posible regresar á su pueblo. El tío Pedro, cuando cayó á sus piés hecha pedazos la puerta de la casa de Antonia, hizo fuego sobre el primero que intentó entrar. Pero como los que le atacaban eran muchos y el que se defendía uno solo, sucumbió el pobre viejo á manos de aquellos asesinos.

En cuanto lograron entrar aquellos foragidos, al ver que las dos mujeres habían logrado escaparse de entre sus manos, prendieron fuego á la casa por sus cuatro costados.

Entonces fué cuando subió Manolo, y desde aquí en adelante ya conocemos lo que pasó.

Conforme fueron serenándose las cosas, llegaron hasta el retiro donde se encontraban Antonia y las dos muchachas las noticias de la muerte del tío Pedro á manos de la cuadrilla del Sr. Francisco, que á éste le habían asesinado sus mismos camaradas, y que el pobre Manuel quizá habría dejado de existir á aquellas horas.

Escuso detenerme en contar el efecto que hicieron estas noticias en el alma de aquellas mujeres.

Antonia, en fin, viendo que Carmencilla habíase quedado sola en el mundo, la indicó que desde aquel día fuera la hermana de María.

Negóse Carmen en un principio, pero tanto instaron Antonia y su hija que al fin hubo de ceder, aunque á decir verdad no eran sus intenciones el quedarse á vivir con ellas para siempre.

XXI.

Vuelto ya todo á su mismo ser y estado, alquiló Antonia una casa en su pueblo, en tanto que componían la suya.

Casi todos los días, después de vivir Carmen, María y Antonia en su nueva casa, tenían noticias de Manolo; y aunque el muchacho no había muerto aún, como quiera que además de la herida que recibió en el pecho tenía la mano izquierda atravesada de un balazo, y siendo fácil que tuvieran que amputársela, los médicos no sabían si sus fuerzas resistirían aquella operación.

Trascurrido un mes, ó poco ménos, Antonia andaba muy preocupada deseando hablar á solas con Carmen; pero además de que la muchacha esquivaba la entrevista, que sin duda debía presumir, la madre de María tampoco tenía valor para abordarla.

Una mañana, en fin, después que se levantaron de la cama María y su madre, buscan á Carmen por todos lados y Carmen había desaparecido.

Creyeron, no obstante, que alguna cosa urgente la ha-



DESCANSO DE UNA COLUMNA DE TROPA DESTINADA Á OPERAR CONTRA LOS CARLISTAS (PUENTE DE BURQUI, CAMINO DE LUMBIER, EN NAVARRA).

bria ocurrido, pero, sin embargo, las puso aquello en bastante cuidado.

Viendo que no volvía, decidióse Antonia á salir en su busca; y al acercarse á una mesa vió encima una carta cerrada cuyo sobre iba dirigido á ella. La abrió Antonia sin pérdida de momento, y leyó:

«Hace unos dias que he adivinado que Vd. ha comprendido ya el *por qué yo no podía ser hermana de María*.

«¡No tengo valor para seguir al lado de Vds!

«Me voy léjos, muy léjos, adonde no me conozca nadie.

«Á María que pida á la Virgen por mí, y que nunca olvide este consejo que la da su infortunada amiga:

Obra bien desde un principio,
Que en este mundo, sin duda,
No hay deuda que no se pague,
Ni plazo que no se cumpla.

«Si Dios oye aún mis oraciones, la bendicion del cielo caerá sobre Vds.

CÁRMEN.»

Gran pena causó esto á las dos, y Antonia, por si aún era tiempo de impedir las abandonara Carmencilla, salió en su busca, pero todo fué inútil: habia partido ya del pueblo que la vió nacer.

Cármén se alejó de casa de Antonia, sin recursos de ninguna especie, y sólo á fuerza de angustias y privaciones y viviendo de la caridad pudo llegar á un pueblo distante veinte leguas del suyo.

Allí se puso á trabajar en las faenas del campo.

Al principio iba sólo al trabajo; pero como á los tres meses, asistía á sus quehaceres con una niña en sus brazos, tan bonita como cuando su infortunada madre vivía en su pueblo sin penas ni cuidados.

Las fatigas del campo, las continuas privaciones, las hondas heridas del alma y los tristes recuerdos del pasado, la hicieron enfermar á los dos años no cumplidos de aquella vida, y en el pueblo donde estaba apenas encontraba recursos para la subsistencia de ella y su hijo.

Anteriormente he dicho que no me explicaba por qué razon huían de Pepe sus amigos, y ahora fácilmente me lo explico.

En el pueblo se supo despues de la desaparicion de Cármén lo mal que Pepe se habia portado con ella, y que ni las lágrimas de arrepentimiento de aquella pobre niña, ni los ruegos de la que seria madre, pudieron ablandar su corazon.

Y desde entónces andaba mal mirado de todos, y odiado en particular de las mujeres.

¡Qué razon tenia Cármén! En este mundo,

¡No hay deuda que no se pague
Ni plazo que no se cumpla!...

(Se concluirá.)

CANTARES.

De la tierra á la tumba
Solo hay un paso;
De la tumba á la gloria
¡Sabe Dios cuántos!

Jesús halló un Cirineo
En la cuesta del Calvario:
Yo en la pasion de mi vida
Sólamente hallé Pilatos.

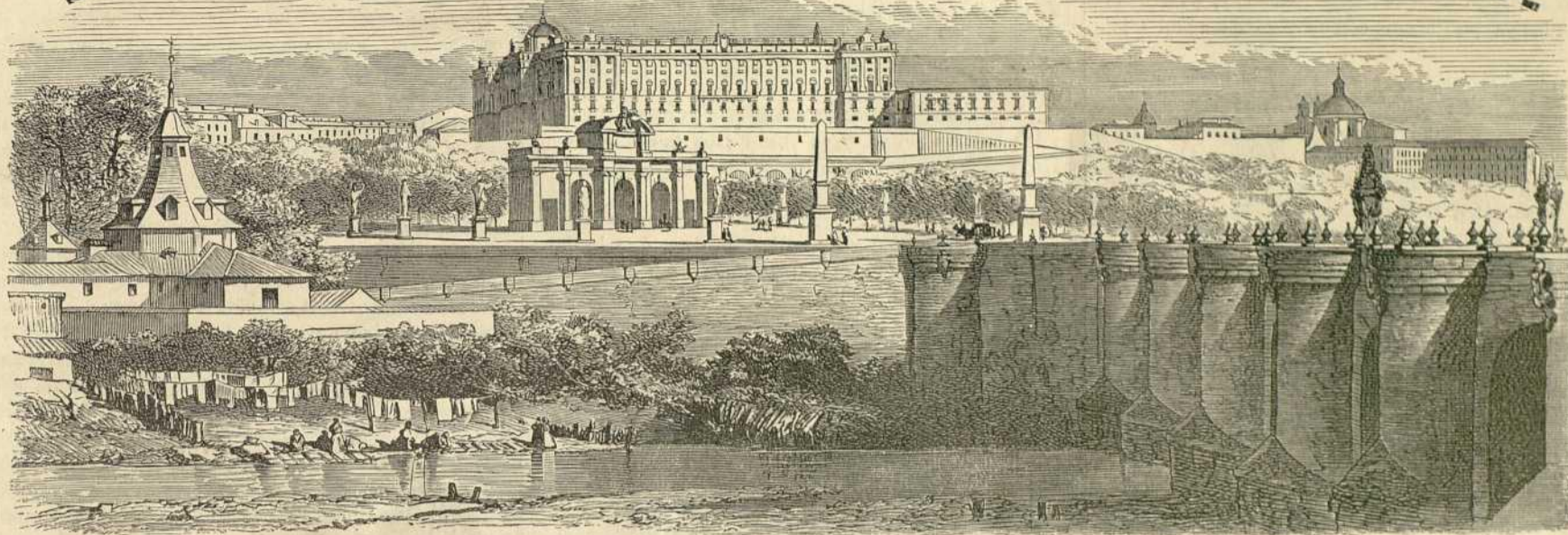
JOSÉ DE FUENTES.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »

LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE MAYO DE 1872.

NÚM. 58.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Florez*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Perez Galdós*.—Mercados de Madrid, por *Plinio*.—Ligero estudio histórico, por *D. José Fornovi*.—El primer sombrero, por *D. José Maria de Pereda*.—El huésped, cuento fantástico (continuación), por *D. Carlos Coello*.—Cervantes y la noche de difuntos (continuación), por *D. Gaspar Bono Serrano*.—El hombre azul (continuación), por *D. Peregrín García Cadena*.—El cráneo del rey *D. Pedro*, por *D. J. B. Dantín*.—Don Sabino Medina y Peñas, por *X.*—Descripción del figurín de modas, por *M.*—No hay deuda que no se pague... Cuento original (conclusion), por *D. Alvaro Romea*.—Modas, por *doña María del Pilar Sinués de Marco*.

GRABADOS.—Congreso de los Diputados. Leon de bronce fundido en Sevilla, fotografía de Laurent, dibujo de *D. Daniel P.*—Don Sabino Medina, dibujo de *D. A. Perea*.—Euridice. Estatua en mármol, original de *D. Sabino Medina*, dibujo de *D. A. Perea*.—El 25 de Abril. Fiesta de los artistas en Roma, croquis remitido por el Sr. Agrasot, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Catedral de Murcia. Capilla de los condes de Velez, fotografía de Laurent. —Almacenes del nuevo mercado de la plaza de la Cebada, dibujo de *D. José Luis Pellicer*.—Conduccion de los heridos y prisioneros de la acción de Mañaria á Durango, dibujo de *D. Alejandro Ferrant*.—Figurín de modas, dibujo de *D. Daniel P.*

ECOS.

El 25 de Abril, fiesta de los artistas en Roma, precioso grabado que hoy publica LA ILUSTRACION DE MADRID, se celebra en el sitio llamado gruta de Cervaro: es una mascarada dispuesta por la colonia artística que estudia allí las grandes obras del genio italiano, y en la que también figuran los pintores, escultores y arquitectos de aquel país. Mucho tiempo hace fué instituida esta fiesta, que no se había interrumpido sino estos últimos años.

La últimamente celebrada se ha verificado con mayor brillantez que nunca: caballeros vestidos á la antigua; gendarmes á la Federica; carros orientales que figuraban mezquitas en miniatura, y que iban ocupados por califas y huríes; sphais; negros; españoles vestidos á la usanza de nuestro país; multitud, en fin, de otros disfraces vistosos y originales, como invención de la imaginación de los artistas, hé aquí el cuadro que ofrecía esta mas-

carada que se dirigió á la gruta de Cervaro; pasó allí el día entre alegre bullicio y sabrosas meriendas, y regresó luégo, ya caída la tarde, al reflejo de antorchas, bajo los balcones iluminados del Corso; disolviéndose con gritos de alegría en la plaza del Pópulo.

Los artistas que componen la mascarada eligen cada

año el presidente de la fiesta, y esta vez ha merecido semejante distinción el pintor español Alvarez.

Entre las personas distinguidas que han asistido á la última fiesta en concepto de curiosos, se cuentan varios príncipes; uno de ellos el príncipe Humberto. También asistió Ricciotti Garibaldi.



CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.—LEON DE BRONCE, FUNDIDO EN SEVILLA.

El croquis del precioso grabado á que me refiero lo ha remitido á LA ILUSTRACION DE MADRID el distinguido pintor Sr. Agrasot, uno de los que más honor hacen en Roma á las artes españolas.

**

El interesante episodio de la insurreccion carlista que en estampa publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID, bajo el título *Conduccion de los heridos y prisioneros de la accion de Mañaria á Durango*, continúa la serie de los ya publicados con motivo de aquel triste suceso.

Segun los informes, revestidos hasta el momento de carácter más verídico, los carlistas, en número de 3.500 á 4.000 hombres, mandados por los cabecillas Amilibia, Ayastuy, Aspe y otros, ocupaban las alturas de los peligrosos desfiladeros inmediatos al pueblo de Galdácano. Al pasar la division del general Letona hicieron sobre ella un nutrido fuego. Inmediatamente dicho general dispuso, que la primera brigada, con el batallon de cazadores de Puerto-Rico en guerrilla, flanquease en cuanto fuera posible aquellas difíciles posiciones, y haciendo jugar la artilleria con objeto de proteger el movimiento de sus tropas, logró desalojar á los carlistas y avanzó hasta Mañaria, descansando allí por ser cerca del anochecer, y por la necesidad de enviar á Durango los heridos.

Un distinguido militar de los que tomaron parte en esta accion, debe la vida á que una bala enemiga, que iba dirigida á su corazon, tropezó, aplastándose contra su reloj.

Era un reloj de áncora... de salvacion.

**

Yo supongo que habrán visto Vds. algun leon, no de los que figuran en el calendario, sino de los que privados de su libertad, originarios de los desiertos de Africa, viven en las jaulas de las colecciones de fieras.

Fuerte y magnánimo, el leon sabe vencer y sabe perdonar; ataca al elefante que es mucho mayor que él y desprecia á los animales débiles: si desgarrá y destroza es por necesidad; le es preciso vivir: cuando ha satisfecho su hambre, el desierto está en paz. Su figura es imponente, su mirada altiva, su ademan fiero; terrible su voz. Su talla no es informe como la del elefante ó la del rinoceronte; ni pesada como la del hipopótamo ó el buey; ni muy recogida como la de la hiena y el oso; ni demasiado larga y desfigurada por desigualdades como la del camello; es, por el contrario, tan proporcionada, que el cuerpo del leon parece ser el modelo de la fuerza unida á la agilidad. Tan sólido como nervioso, sin hallarse cargado de carne grasa, sin las superfluidades de la materia, todo es nervios y músculos. Esta gran fuerza muscular se revela exteriormente por sus saltos prodigiosos, por el movimiento brusco de su cola, con la que puede derribar á un hombre; por la facilidad con que mueve la piel del rostro, en particular la de la frente, y por la facultad de agitar su hermosa melena, la cual, á veces, se eriza en grandes mechones que coronan su rostro como las curvas hojas de una palmera, ó se agitan á uno y otro lado como mieses combatidas por vientos contrarios.

Los leones de mayor tamaño tienen de longitud ocho ó nueve pies.

Creo que estas líneas son bastante comentario del grabado que aparece en la primera página de este número, en lo que se refiere á la historia natural; para completar la noticia diré que el original de esta ilustracion no está en el desierto ni en coleccion alguna, ni es de carne y hueso, sino que se halla en la escalinata de la fachada principal del Congreso, y que es de bronce, fundido por el modelo del escultor Sr. Ponzano, en Sevilla, con los cañones tomados al enemigo en la guerra de Africa.

Una historia, entre otras, historia que vosotros conoceréis acaso, pues es de fecha reciente y ocurrida en Madrid, prueba que el leon reúne á cien bellas cualidades el sentimiento más hermoso, el de la amistad.

Hace pocos años habia un leon en la casa de fieras del Retiro. Muchas veces habreis sin duda contemplado con cierto temeroso respeto, tras de la doble reja, aquel hermoso animal que os miraba, recostado sobre las losas del pavimento, con majestad de rey, con la despreciativa serenidad del enemigo encadenado pero no vencido.

Un dia, su guardian, queriendo saber hasta qué pun-

to son ciertas las dotes de magnanimidad y nobleza que se atribuyen á los leones, le puso dentro de la jaula un infeliz perrillo.

El leon dirigió una mirada al nuevo huésped—que poco enterado de la historia natural, temblaba creyendo llegada ya su hora postrera—y no se movió del rincón en que tranquilamente reposaba royendo los huesos del desayuno.

Léjos de lanzarse sobre el perro y abrirle el vientre de un arañazo, pareció apiadarse de él, y le dejó vivir. Hizo más, le permitió comer con él.

Poco á poco, el placer de tener un compañero se convirtió en necesidad, y no permitió que se le quitara el perro.

Éste, por su parte, se acostumbró á la horrenda figura de su nuevo amigo, y se encontraba tan bien en su compañía, como con otro individuo de su propia especie.

Pasóle al leon con el perro, lo que al hombre con la mujer: conociendo el gosquecillo la fuerza que le daba su debilidad, se convirtió en tirano, en verdugo de su protector. Tomaba sin ceremonia alguna su parte de la comida del leon; y hasta le quitaba mal humorado alguna piltrafa de entre los dientes, sin que el animal africano, especie de Hércules dominado por Omfelia, se incomodase jamás: le dejaba escoger; y se hubiera quedado en ayunas si el estómago de aquel impertinente y procativo can, enorgullecido con la impunidad, hubiera sido tan grande como lo era su pequeñez.

¡Qué más! Cuando el leon comía algo que le gustaba al perro, éste, le ladraba, le mordía irritado. El leon le miraba con bondad, como si le hiciera gracia la indignacion de su ruin compañero, ó como si él, incapaz de dejarse dominar por la fuerza se sintiera dichoso en la esclavitud de la amistad. Muchas veces el leon jugaba con su camarada, y, entónces le cogia suavemente entre sus manos y lo daba vueltas, echándolo á rodar y lo pegaba golpecitos en la cabeza; pero todo esto con tanta delicadeza y ternura que no le causaba el más leve daño.

Era de ver en alguna ocasion, durante estos juegos, cómo el leon abría la boca y se tragaba al perrito que salía enseguida, á la carrera, como Jonás del vientre de la ballena, gruñendo y chillando, y revolviéndose contra su sereno agresor que agitaba sus melenas y movía la piel de su rostro, á manera de un sátiro satisfecho y gozoso.

A la muerte de su amigo fué cuando el leon demostró todo el afecto que le profesaba. Su dolor se manifestó en sus grandes rugidos.

Se trató de darle un nuevo compañero; pero la vista de un nuevo perro, léjos de hacerle esperar los mismos placeres le irritó más aún: y el pobre animal que se le quería dar por amigo fué una víctima sacrificada en memoria del primero.

¡Noble y elocuente ejemplo dado al hombre, que, no tan sólo abre su pecho á nuevas amistades, sino que suele tambien—¡vergüenza y horror causa tan sólamete decirlo!—casarse en segundas y aún en terceras nupcias!

Comprendo que los cañones cogidos al enemigo en la guerra sirvan para fundir estatuas de héroes ó monumentos que inmortalicen esas hecatombes que se llaman victorias; pero no creo que sean el material más apropiado por su significacion moral para fundir los adornos de un Congreso político en el que el eco, salvo momentos excepcionales, repite siempre palabras de paz y fraternidad universal.

Los bronces de adorno de un Congreso en el siglo XIX debieran ser producto de la fundicion de las baterías de cocina, máquinas de imprimir y fabricacion, y de las herramientas de trabajo que quedasen inútiles en su pacífico y provechoso ejercicio.

**

La fachada exterior de la capilla del marqués de Velez, en la catedral de Murcia, es una muestra de las bellezas arquitectónicas diseminadas por los templos de la Península. Su sencillez y su elegancia la hacen digna de ser reproducida y coleccionada en el álbum artístico de LA ILUSTRACION DE MADRID.

**

Tengo ante mis ojos un sinnúmero de apuntes para los ecos de esta quincena, como ninguna animada y bulliciosa; que empieza en San Isidro y acaba en el *Córrpus*; dos grandes fiestas populares ricas en incidentes y episodios de todo género.

Tengo apuntes; pero no tengo espacio.

Parécese, pues, al que tiene semillas y no tiene tierra donde sembrarlas.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

La córte celestial, como el mundo, contiene sus clases, sus gerarquías, sus eminencias, así como sus idios populares, su aristocracia y su estado llano, por más que la divina gracia, á todos por igual repartida, tienda á establecer un nivel social, digámoslo así, allá como aquí bastante difícil. Los Isidoros, los Agustinos y los Jerónimos son encanto de la gente sabia, al mismo tiempo que sirven de honesto recreo á los humildes, Antonio de Pádua, Francisco de Asís y Domingo de la Calzada. Los jóvenes escolares que en el seminario tienen por ideal las dulces angustias de una devocion calenturienta, se entusiasman con Luis Gonzaga. Fernando de Castilla, Luis de Francia, Isabel de Hungría sacan de quicio á los reyes y conquistadores; Ignacio de Loyola entusiasma á los hombres de genio que aspiran á dirigir la sociedad hácia un fin determinado, y el pueblo tiene por ídolos á Juan el Bautista, á José, esposo de María, á Pedro el pescador y á Isidro de *Merlo y Quintana* (que estos parece ser los apellidos del santo Patron de Madrid), con lo cual, y teniendo en cuenta estas aficiones fundadas sin duda en compatibilidades de carácter, se puede afirmar que el cielo se parece un poco á la tierra.

Además, los pueblos tienen sus preferencias, porque la honrilla nacional ó comarcana se aviva cuando tiene representacion en aquellos altos lugares, y en este concepto el pueblo de Madrid es tan fervoroso amigo de su santo labrador como los napolitanos de San Genaro, cuyo palacio existe escondido bajo las aguas del Mediterráneo; como los navarros de San Fermin; como los gallegos de Santiago y como los zaragozanos de la Virgen del Pilar, á ninguna otra Virgen parecida. Excelente hombre debió ser el humilde criado de los Vargas, cuando inmediatamente despues de su muerte sus paisanos se apresuraron á tributarle ferviente culto, siendo muchos los milagros verificados con su intercesion. Segun las noticias que han llegado hasta nosotros, San Isidro no sólo era labrador sino tambien albañil, y en el patio de la casa de Vargas, situada junto á la parroquia de San Andrés, existe un pozo labrado por él: su humildad, tan grande como su piedad, le atrajo en vida la veneracion de cuantos le conocian, y hasta los mismos ángeles del cielo no se desdeñaron de ayudarle á llevar el arado, ó de entenderse ellos sólo con las faenas del campo, mientras el santo se ocupaba en comunicarse idealmente con la divinidad.

La imaginacion popular le asoció á las empresas militares de aquella época, y el pastor que se apareció á D. Alfonso VIII para señalarle el camino en la inmortal jornada de las Navas, no fué otro que el mismo San Isidro en persona, y así lo atestiguó aquel buen rey, cuando, viendo el cadáver incorrupto del santo, dijo ser el mismo milagroso pastor que se le habia aparecido y conducido su ejército por las asperezas de Sierra Morena la víspera de la batalla de las Navas de Tolosa.

Todo esto es muy problemático, como comprenderá el lector; pero es preciso respetar estas fábricas prodigiosas que, mezclando la historia con la leyenda, levanta el pueblo en sus buenos dias de inspiracion literaria. Muchos y muy estirados sabios maldecirán los errores que extravían el sentido popular, y harán grandes esfuerzos por establecer el imperio de la razon en ciertas lóbreas inteligencias, donde como en apartado desvan todas las supersticiones han tendido sus telarañas. Pero conviene á nuestro juicio andarse con pulso en esta empresa, porque tropezaremos con este pavoroso problema, escrito con feisimos caracteres en las puertas que conducen á los recintos del cuarto estado: ¿Qué es preferible: el pueblo supersticioso, segun la escuela antigua, ó el pueblo filósofo, segun la escuela de la *Internacional*?

**

La fiesta del santo ha sido este año, como todos los años, una aglomeracion de gentes formada por la rutina, reunion de muchos miles de personas que se creen en el deber de achicharrarse si hace calor, de remojar si llueve, sudar, echar los bofes entre estrujones y tropiezos, exponiéndose al mismo tiempo á todas las consecuencias de una perversa digestion. No cesaremos de admirar la estóica conformidad de los que, sin ser obli-

gados á ello, se resignan por puro idealismo á encajonarse en un ómnibus, á pasear por una calle de árboles sin sombra, á la orilla de un río sin agua y sin fuentes, á acercarse á una ermita donde no se puede entrar. El madrileño, fiel á sus tradiciones, cree que se divierte exponiendo sus cascos á la acción de un sol abrasador, bebiendo un agua cálida y un vino bautizado; cree que es feliz tocando un pito de cristal adornado con una flor de trapo; cree que se eleva sobre las miserias terrestres bailando al son de una murga en la frágil tienda de campaña construida con tapices viejos y esteras rotas; y como es dichoso el que cree serlo, es inútil razonar sobre este punto.

Además, la romería no deja de tener sus emociones. Un ómnibus que vuelca en la cuesta de la Vega, un coche que atropella á un transeunte en la puente segovianna, son impresiones de viaje que atraerian más de un inglés monomaniaco y aburrido, si la noticia de esta peregrinación hubiera llegado hasta Inglaterra. Por otra parte, si uno de los susceptibles puentes que comunican las orillas del Manzanares se ofende de tanto peso, y decide en su alto criterio quebrarse por lo más delgado, los pasantes recibirán una inesperada sorpresa, y aún un buen baño, si nuestro querido río llevara el agua suficiente para ello.

Pero aunque no tropiece con ninguno de estos inconvenientes, el madrileño torna á su casa con el bolsillo exhausto, el estómago lleno de indigestas comidas é irritantes licores, sordo el aparato auricular por los chirridos de tres mil trompetillas infantiles, ardiente el cerebro, cargados los ojos, pesados los pies y cubierto el rostro de polvo y sudor, como carlista que vuelve de Oroquieta ó de Mañaria.

Vuelve á hablarse de una Exposición *Universal* en Madrid. La idea se inició en un banquete celebrado por el Sr. Marcoartú en el hotel de París, con asistencia de varios individuos de la prensa, de algunas autoridades y de otras respetables personas que se han distinguido por su amor á los verdaderos y fecundos progresos del país. No puede negarse que el deseo es bueno, y que los comensales del Sr. Marcoartú están llenos del más profundo y fervoroso celo; pero dudamos mucho que el proyecto pueda realizarse, apesar de que idealmente se intentó allí allanar los caminos que pueden conducir á tan noble fin. Sólo logrando distraer por un año la atención del público de las cosas políticas, se haría un inmenso bien al país, aunque en cambio del sacrificio de su entretenimiento favorito no se le diera una Exposición Universal, que traería tantos forasteros á la capital, y empavesaría los edificios, dando alegría á los ánimos y nuevos pretextos para divertirse.

Pero esto es un poco difícil, aunque no dejamos de aconsejar que se intente, si no con propósito de conseguir de una vez el objeto anhelado, por lo ménos con la esperanza de hacer un ensayo que seria tal vez precursor de un éxito completo en plazo lejano. Una Exposición modesta, simplemente nacional ó ibérica, admitiendo, sin embargo, productos extranjeros, si está en los límites de lo posible, previo un gran esfuerzo de los que dirigen la administración en el gobierno y en el municipio; aspirar á más seria locura, cuando aún es dudoso que España esté representada en el concurso de Viena, como puede y debe estarlo. El Sr. Marcoartú calculó los gastos en cien millones, cifra que tiene cierta significación aterradora cuando se acaba de revelar desde la tribuna del Congreso la existencia de un déficit fabuloso. Además, no basta la seguridad de encontrar ese piquillo en tiempo oportuno. Una Exposición Universal exige requisitos y circunstancias que España y Madrid no pueden tener sino después de algunos años de paz, no interrumpida por ninguna barrabasa carlista, ni por frecuentes crisis ministeriales que mantengan al país en constante estado de angustiosa expectativa.

Sin grandes aspiraciones, contentándonos con los medios harto escasos que ofrece el estado presente, podríamos sí celebrar un concurso modesto y poco ruidoso, que más sirviera de estímulo en casa que de aparato y pompa fuera de ella. Todos los ensayos en distintas capitales de provincia han producido brillantes resultados: uno al cual concurrieran mancomunadas todas las fuerzas de la nación, seria muy importante, y tal vez abriría caminos hoy para todos completamente cerrados y oscuros.

Mucho dieron que hablar los presupuestos presentados por el Sr. Camacho con el plausible objeto de normalizar una Hacienda desquiciada, á la cual es preciso

aplicar toda clase de puntales para que no se venga al suelo. Como en tiempo del económico rey D. Fernando VI, nuestro Erario necesita ser apuntalado, aunque no por sobra de dinero. No es preciso decir que los nuevos impuestos no gustan á nadie: hasta ahora no tenemos noticia de que en ningún tiempo ni lugar haya existido un impuesto que alcanzara las simpatías del pueblo destinado á pagarlo, y si esta es la ley natural que preside á la existencia de todas las instituciones tributarias, júzguese lo que pasará cuando llueve sobre mojado, es decir, cuando caen impuestos sobre impuestos, engrosándose unos á otros, y... pero casi sin sentirlo estamos hablando de presupuestos, cosa bien rara en quien se ve precisado á confesar que le estorban los números, como estorban los signos de la escritura á quien no sabe leer. Además, esto se roza con la política, y siguiendo por tan aspero y oscuro camino iríamos á parar á un punto del cual huimos con sistemática prudencia.

No retrocediendo á tiempo tendríamos que hablar de los carlistas, cosa desagradable; de las sesiones de Córtes, asunto espinoso; de la crisis, materia extremadamente repulsiva. Además, cuando estas líneas vean la luz, ¿qué lector de LA ILUSTRACION no sabrá por otros conductos más diligentes en traer y llevar noticias, que hemos tenido una nueva crisis ministerial, que la insurrección carlista ha derramado bastante sangre preciosa, con otros tristes hechos que omitimos por no ser de este lugar?

Nada de esto está bajo nuestro dominio. Pasando á nuestra natural esfera, sin juramento se nos podrá creer que sentimos que no se hayan publicado en estos días cien mil obras, para dar cuenta de todas ellas, estimulando á sus beneméritos autores y lanzando sobre el indolente público toda clase de anatemas para que se decida á comprarlas. Desgraciadamente esas cien mil obras no existen. De las pocas publicadas recientemente hemos dado cuenta, si no nos falla la memoria, y si alguna por olvido se quedó sin mención, fué la del señor Tubino titulada *Cervantes y el Quijote*, que vino al mundo por los mismos días de abril en que conmemoramos la muerte del grande hombre. El libro del señor Tubino es un trabajo concienzudo y eruditísimo tan bien pensado como galanamente escrito, y en el cual se prueba de un modo indudable que no hay fundamento para atribuir á fray Luis de Aliaga la paternidad del *Quijote bastardo*. Lo mismo en el razonado alegato que constituye la parte principal de la obra, que en las elocuentes disertaciones sobre el *Sentido oculto del Quijote* y el *Barrio de las Musas*, demuestra el Sr. Tubino sus sobresalientes dotes de crítico y escritor.

B. PEREZ GALDÓS.

MERCADOS DE MADRID.

Uno de los servicios á que toda Administración municipal debe atender con esmerada solicitud y marcada preferencia, es sin duda alguna el de los mercados públicos, que como centros de contratación son y serán á todas horas muy concurridos por las diversas clases del vecindario que á ellos acude para proveerse de los artículos más necesarios á su diaria alimentación.

Y si en todos los lugares y en todos tiempos los Municipios han cuidado y deben cuidar que sus mercados tengan el desahogo y comodidad necesarias á sus obligados concurrentes, en las grandes ciudades este problema es más apremiante, pues los mercados reflejan á las claras el grado de cultura y adelanto material que logran alcanzar los pueblos.

Por esta razón el Municipio de Madrid, preocupado muchos años há por lo complejo de este problema, se atrevió á plantearle, y nombró al efecto comisiones muy numerosas, y todas por cierto muy inteligentes, que le estudiaran y propusieran la manera de resolverle.

Más de treinta años han pasado formándose expedientes, tanteándose proyectos, dibujándose planos y buscándose sitios para llevar á cabo tan útil y productivo pensamiento. Pero todos estos trabajos fueron anulándose ante el número inmenso de dificultades y obstáculos que iban surgiendo cada día.

Al Ayuntamiento revolucionario de 1868 cupo la gloria de acordar en definitiva un plan de tres mercados públicos en Madrid, estudiado por su antecesor, que con ménos suerte, solo pudo prepararle y disponerle para una resolución inmediata y directa.

En octubre y noviembre de dicho año de 1868, fué aprobada y mandada sacar á subasta la construcción de

tres mercados en Madrid, de los cuales, dos debían ejecutarse desde luego y el tercero algo más tarde.

El Ayuntamiento de 1869 (primero de los elegidos por el sufragio universal), logró ver realizada la subasta y venciendo muchas dificultades (que dignas son de contarse y á su tiempo lo serán en el libro que sobre Madrid y su Municipio está escribiendo y deberá publicar el ex-alcalde primero D. Manuel M. J. de Galdo) colocó con toda solemnidad la primera piedra, é inauguró las obras de construcción en junio de 1870, no sólo en la plaza de la Cebada (hoy de Riego), sino también en la de los Mostenses.

Desde entonces hasta hoy, los trabajos han seguido con alguna pequeña interrupción; y á fin de darlos á conocer, como buena memoria de los celosos concejales que los promovieron y secundaron, presentamos el adjunto grabado, que fija claramente los progresos de la construcción en el mercado de la plaza de Riego. A su tiempo daremos otro semejante del de la plaza de los Montenses, y también los planos y alzados de los nuevos y elegantes edificios que dentro de un año, poco más ó ménos, han de inaugurarse como mercados públicos de Madrid, proporcionando comodidad y aseo á sus vecinos, y un recurso no despreciable á los fondos municipales, y subiendo entonces la capital de España á la altura que merece y en que hoy no se halla, y en que otras ciudades le llevan hoy grandes y conocidas ventajas.

El mercado de la plaza de Riego tiene una planta irregular, cuya superficie mide 6.323 metros cuadrados, se halla aislado por cuatro vías públicas, cuyos anchos son 14 metros por la de Toledo, 12 por las de la Cebada y la Latina y 10 por la espalda ó sea el frente de Nuestra Señora de Gracia. El edificio en toda su extensión se compone de planta baja ó sótanos destinados al almacenaje, cuya altura es de 5 metros 20 centímetros sobre estos sótanos. Hoy ya en totalidad armados y concluidos se elevarán varios pabellones, cuya altura será de 10 metros en su parte horizontal y de 15 hasta su respectivo lucernario, sobresaliendo entre ellos el central, que desde la planta de los sótanos hasta su total altura medirá 33 metros.

Para vaciar los sótanos ha sido necesario cavar y transportar 30.977 metros cúbicos de tierra.

Las alcantarillas y atarjeas construidas miden 310 metros lineales; la cimentación ha gastado 395 metros cúbicos de mampostería; las fábricas hechas con ladrillo ordinario representan hoy 1.032 metros cúbicos y 1.131 las de ladrillo prensado ó fino; á 35 metros cúbicos 20 centímetros asciende la masa representada por las basas de granito, y á 29 metros 82 centímetros la de sillares lisos apilatrados del mismo material.

En 5 de enero del presente año fué colocada la primera columna de hierro de los sótanos, y hoy se hallan ya colocadas las 166 que sostienen su armadura compuesta además de piezas longitudinales y trasversales, que son vigas armadas con roblones de palastro, y vigas de doble T de hierro laminado.

Son las columnas de forma octógona y miden una altura de 4 metros 530 milímetros, siendo su diámetro en la base 0 metros 250 centímetros y en la parte de arriba 0 metros 220 centímetros. Las hay de dos clases de espesor, unas que servirán de apoyo á las columnas de los pabellones superiores, y otras que sólo están destinadas á sostener el piso. Las primeras tienen de peso 723,93 kilogramos, y las segundas 609,92 kils. Las vigas armadas con roblones tienen de peso 979,30 kils., siendo su largo 5 metros 960 milímetros.

La construcción de todas las piezas de hierro se ha hecho y siguen haciéndose en Inglaterra, y hoy se halla casi á punto de desembarcar en puerto de España todo el material que ha de formar el pabellón, cuyo emplazamiento corresponde á la calle de Toledo en su vuelta á la de la Cebada.

Representa el hierro colocado en la actualidad, nada ménos que 1.100 toneladas; la suma del total que ha de emplearse en ambos mercados (plaza de Riego y Mostenses), no bajará de 3.500, y ascienden á 1.500.000 rs. las cantidades hasta ahora gastadas en todas las obras y material.

¡Quiera el cielo que ni la empresa desmaye en su propósito, ni la corporación municipal descuide la determinación del sitio en que debe levantarse el tercer mercado; y de este modo, aunados los deseos y esfuerzos de todos, veamos dentro de muy poco á la capital de España con tres mercados públicos, que hagan más tarde desaparecer y renovar cuantos hoy conocemos en Madrid y son padron afrentoso de su policía municipal!

PLINIO.

LIGERO ESTUDIO HISTÓRICO.

GRECIA Y ROMA: ALEJANDRO Y CESAR.

ARTÍCULO PRIMERO.

Introducción: Grecia, su cultura: Alejandro, su fin civilizador.

I.

La sociedad marcha, y un incesante movimiento progresivo guía sus pasos á través de los tiempos. La obra grandiosa del perfeccionamiento humano se va realizando por los esfuerzos aunados de todos los hombres, por el trabajo continuo de todos los siglos.

La civilización avanza siempre... A veces, sin embargo, los pasos supremos y decisivos de la humanidad van acompañados de profundas conmociones, en que parece como que la civilización se apaga, que las sombras triunfan, que la sociedad retrocede... Cuando llega la hora de la oportunidad, vemos la tierra iluminarse al sombrío resplandor de sangrientas luchas, y entre el rumor de los ejércitos que perecen, y sobre las ruinas de los imperios que se derrumban, levantarse un pueblo como impulsado por una fuerza superior; su vencedora espada destruye todas las demas nacionalidades; su carro de triunfo borra los límites de los demas pueblos; su glorioso estandarte ondear en la cúpula de todas las ciudades. ¿Qué poder le impulsa? ¿A qué fin obedece? Es que cultiva las tierras, es que abona los campos donde ha de germinar una idea fecunda de provechosos resultados para las generaciones venideras.... No; el progreso no muere; porque los desquiciamientos sociales, las inmensas revoluciones obedecen siempre á un fin providencial, y son el gran laboratorio que prepara á la sociedad humana para un nuevo y fecundante período de vida.

Los acontecimientos de la historia se relacionan y eslabonan en la inmensa cadena de los siglos. La obra á que da comienzo un pueblo, á veces la completa y termina otro, despues de un intervalo de dilatadas edades.

En la antigüedad, dos pueblos sustentan sucesivamente en sus manos la antorcha de la civilización; Grecia y Roma: dos hombres resumen en sí el genio de sendos pueblos: Alejandro y César. Ambos, oyendo una voz misteriosa que les llama á la realización de grandiosos destinos, aspiran á un mismo ideal; y, grandes conquistadores, teniendo por instrumentos el rayo del genio que ilumina sus espíritus y el rayo de la victoria que centellea en sus manos, encadenan á sus piés la tierra, trasformando su faz bajo la presión de nuevas y salvadoras ideas; ambos se unen y completan en el trascurso de los tiempos, siendo, en distinto continente, los precursores de Cristo.

La obra que comienza Grecia con Alejandro en Oriente, la termina Roma con César en Occidente.

II.

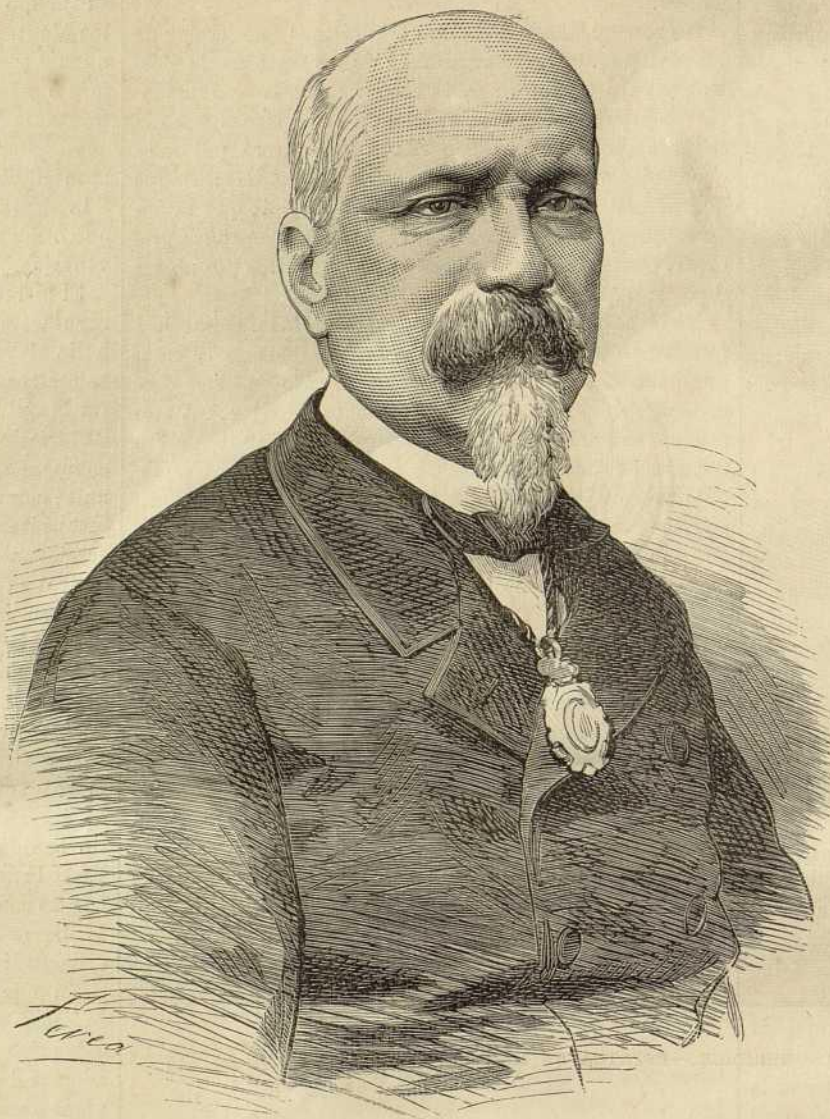
La civilización, al abandonar el Asia, que ya en triste postración ningún adelanto le podía prestar, vino á acampar en una pequeña península del extremo meridional de Europa.

Las grandes sociedades en cuya alma alienta la civilización del mundo, cuando suena la hora de su decadencia, abdican el cetro de los destinos humanos en aquel pueblo que la Providencia les señala. Grecia es ahora el elegido; y este pequeño pueblo llega á ser un día el primer actor en el inmenso drama de la humanidad; el gigante que extiende sus dominios desde el Indo hasta el Adriático, desde el Danubio á la Etiopía; el gran artista que arranca nuevas y preciosas notas á la naturaleza con que enriquece el maravilloso concierto de la civilización universal.

Grecia, rodeada de tres mares, y protegida al Norte por el estrecho paso de las Termópilas, es el fuerte baluarte que ofrece seguro albergue al espíritu del progreso humano; de naturaleza rica, variada y armoniosa, bajo un cielo que siempre sonríe, arrullada por

la música de sus olas, despierta incesantemente el amor á lo bello, es una abundosa fuente de inspiración, la eterna mansión del arte.—El arte es la expansión del alma de Grecia: el arte nos refleja aquella portentosa civilización, que tuvo con Fidias al primer escultor de todos los tiempos, con Demóstenes al orador inmortal, con Homero al padre de los poetas del mundo.

La poesía, primera manifestación del arte griego, es el magnífico espejo que retrata el cuadro de las costumbres, los sentimientos, las esperanzas, el engrandecimiento, la postración, la vida entera de Grecia.—La poesía épica canta los tiempos fabulosos de la antigua Helenia, las portentosas hazañas que esta consigue en el Asia: la colosal lucha de Occidente contra Oriente. Homero con su *Iliada* y *Odisea* basta solo para inmortalizar



DON SABINO MEDINA.

el nombre de aquella nación admirable: poeta sublime, que, semejante al astro del día, ve cruzar ante él edades sobre edades, siglos sobre siglos, sin que el resplandor de su gloria jamás se debilite, sin que el eco de su canto jamás se extinga.—La poesía lírica, despojada de las maravillas de la fábula y de la grandiosidad de la epopeya, es el reflejo de la vida moral de un pueblo, de sus afectos más vivos, de sus sentimientos más íntimos; y su acento, ya es tierno y amoroso con Saffo, que nos pinta las encontradas emociones del corazón, las alternativas de placer y dolor; ya triste y elegiaco con Simónides (de Keos) que lamenta las amargas desventuras de la vida; ya alegre y festivo con Anacreonte, que se regocija con los placeres del sentido; ya robusto y magestuoso con Píndaro, que canta el triunfo del vencedor en los juegos públicos.—La poesía dramática nos representa con Esquilo y Sófocles los más levantados sentimientos religiosos de una sociedad lozana y llena de robusta vida; el hombre elevado á héroe luchando contra el misterioso *fatum*; con Eurípides comienza á apuntar el período de declinación; y en Aristófanes, que censura amargamente los vicios de su época, vemos la triste degeneración de esa sociedad.

La arquitectura, sembrando de maravillosos monumentos la Grecia entera desde Corinto hasta Atenas, graba en páginas de piedra la gran historia de la nación helénica. El templo de Júpiter Panelénico, el de Minerva, los Propileos, la Palas, y el sublime Partenon, levantando aún

sus majestuosas ruinas á través de tantos siglos, parecen evocar todo un mundo de gloriosos recuerdos, todo aquel pasado esplendor de la Grecia.—El cincel esculpe perpétuamente en los hermosos mármoles de Paros el genio ideal griego en toda su espléndida pureza. Diana y Apolo en Delfos, Minerva en Platea, Némesis en Maraton, y la Palas Políoda, que colocada sobre el Acrópolis de Atenas parece proteger la mansión de las artes y los héroes, son modelos acabados de perfección; pero el Júpiter Olímpico, del que decían los poetas que Fidias había subido al cielo para copiar del padre de los dioses aquel imponente ademán, aquella majestuosa actitud, aquella sencilla sublimidad, es la expresión más soberana, el inmortal arquetipo del arte griego.—La oratoria levanta un monumento imperecedero de

elocuencia, que el incesante embate de los siglos no logra destruir, y al que todas las edades vienen á rendir merecido homenaje. En él se leen grabados los nombres de Demóstenes, Esquines, Isócrates, Iseo, Licurgo, Hipérides, Dinarco, Alcídamas, Hegesipo, Démades, y coronando esta brillante serie de oradores, el olímpico Pericles.—En la música luchan una práctica ligera y una teoría infinita. Con Aristóxanes no tiene más miras que el placer y el halago de los sentidos; con Pitágoras es una creación vastísima, es el gran instrumento con que el Criador formó los mundos.

Las ciencias también remontan su vuelo, y las matemáticas, la astronomía y la geografía se desenvuelven en esta nación portentosa, en orden superior á todas las demas de la antigüedad. La filosofía resplandece con Sócrates, Platon y Aristóteles... Mas la civilización helénica es esencialmente artística. La belleza es el amor, es la religión del pueblo griego. El arte es el sagrado cántico que eleva perpétuamente á su dulce divinidad... El arte griego tiene una fisonomía especial, típica. La hermosa y ardiente alma de Grecia, al vibrar en las áureas líras de sus poetas, al esculpirse en las soberanas maravillas de su cincel inmortal, dejó impreso cierto luminoso sello de idealidad, como eterna reverberación de ese su genio divino, que hizo de los griegos los primeros artistas del mundo, de su civilización, el imperecedero santuario del arte.

III.

Hemos visto el desenvolvimiento intelectual de Grecia. ¿El desarrollo político, corresponde á aquel portentoso movimiento?... ¡Ah! no: aquellas leyes exclusivas que no veían en el extranjero más que á un enemigo, en el vencido más que á un esclavo; el aislamiento á

que se condenó cuando gravitaban en sus manos los destinos del mundo, no correspondían á los altos fines humanos que tenía que cumplir; y falta la nacionalidad helénica de esa vigorosa sávia que prestan los lazos políticos y las relaciones materiales con otros pueblos, muere, como una luz que consume el jugo que la alimenta, cuando las semillas de su civilización se esparcen por el mundo.

En vano Alejandro, al aparecer en la nación griega, intenta corregir tan inmenso error político llevado de su espíritu de universalidad; equivoca el camino, como dice Pelletan, y marcha al revés de la civilización: el gérmen de la decadencia había prendido en la sociedad helénica; su muerte era irrevocable.—Alejandro viene á completar y perfeccionar la obra de Grecia: ésta dilata prodigiosamente el espíritu; su cuerpo permanece aislado de ese movimiento: Alejandro quiere mezclar todas las razas, enlazar todos los pueblos, para infundirles despues aquella alma; quiere convertir la tierra en una sola patria de todos los hombres. Fija su vista en Oriente, y le hace campo de sus conquistas para el cumplimiento de su plan civilizador. Su vida es un perpétuo triunfo. El Gránico le cosecha ricos laureles; en Iso, hiere de muerte á Persia; somete la Siria; pasa por los mutilados cadáveres de Tiro y Gaza, los dos titanes que eran como avanzadas del Egipto; Africa le ve cruzar cual brillante meteoro, dejando en Alejandría hermosa ráfaga de luz; conquista la Asiria; en



EURIDICE.—ESTÁTUA EN MÁRMOL, ORIGINAL DE DON SABINO MEDINA.

Arbelas apresura la agonía del mundo persa; y el incendio de Persépolis es el inmenso blandon que alumbrados los funerales del imperio de Ciro. La Sogdiana, la Scitia y la India hasta el Ganges, coronan la gran epopeya de sus conquistas. "La tierra entera, como dice la Sagrada Escritura, enmudece á su presencia."

¡Qué figura tan colosal la de Alejandro en la historia! Parece como que se desprende de su siglo; salva dilatadas épocas; abarca edades posteriores más perfectas, y quiere realizar en su tiempo la sociedad humana, que su ardiente alma mira en lo futuro. ¡Grandiosa es la idea de fundir el Oriente y Occidente, cimentando sobre robustas bases la unidad humana! Todo lo agota ante este hermoso sueño: todo lo intenta para llevar á cabo tan gigantesco plan.—Los ejércitos que se le oponen son aniquilados; las ciudades que se resisten son arrasadas. Celebra en una noche con toda la magnificencia oriental las bodas de 10.000 mujeres persas con sus mejores capitanes, para que sus desposorios fuesen también los desposorios, el fuerte lazo de unión de ambos continentes. Lleva á remotos y distintos países colonias griegas, á fin de esparcir entre sus habitantes la cultura helénica: sagradas vestales encargadas de velar porque el hermoso fuego de la civilización griega no se extinguiese en aquellos toscos espíritus... ¡Ah! pero en vano se afana: Tebas ya estaba destruida, Atenas y Esparta enervadas, el Oriente corrompido; y en aquella humanidad degenerada no podía realizarse su gigantesco ideal. Mas sus trabajos no son inútiles: sus esfuerzos no son estériles. Porque aquellas trasformaciones sociales, aquellos ejércitos destruidos, aquellos imperios que se hundían, aquellas continuas mudanzas, na-

ciones florecientes ayer, hoy montones de ruinas, lugares poco há desiertos, hoy populosas ciudades, es la inmensa fermentación que prepara á la humanidad para nuevos y grandes destinos ulteriores.—Con Alejandro comienza á alborear esa civilización de unidad y armonía que más adelante con César iluminó al universo.

Alejandro, sin embargo, algunas veces deja de ser héroe para ser hombre. Bien elocuentemente hablan los horrores de Tiro, Gaza y Persépolis; el refinado lujo que despliega después de la conquista de Persia; la vida de voluptuosidad á que se entrega en su fantástico palacio de Babilonia; su muerte en una orgía... Pero quizá su entusiasmo hacía el héroe cantado por la trompa épica de Homero, le hiciese á veces vengativo y sanguinario; quizá su soñadora imaginación de poeta encontrase irresistible encanto en la magnífica esplendor oriental, que le hiciese olvidar la severidad espartana; quizá la desesperación que se apodera de su alma al ver que no lo comprendía el orbe que intentaba engrandecer, quiera ahogar con la embriaguez y los placeres del sentido, y estos relajan y agostan su existencia en la flor de su vida... Con todo, no son éstas manchas que logren oscurecer la gloria del gran conquistador, empañar la memoria del hombre tal vez el más grande de la antigüedad.

Al aparecer Alejandro en la sociedad griega, ya ésta declinaba á su ocaso: él la detuvo en su caída, y la hizo brillar con mayor esplendor que nunca: mas para este nuevo engrandecimiento, no parece sino que condensó y agotó los restos de vida que en ella quedaban, y al morir, contempla tras de su ataúd extinguirse los últimos fulgores de aquel espléndido sol.

El héroe griego funda un imperio tan grande, que él sólo podía sostener y abarcar con su poderoso genio: gigantesco coloso, llevaba sobre sus robustos hombros el peso de dos continentes: falta él, y el inmenso edificio se derrumba, faltó también de la base que le sustentaba.—Con el imperio de Alejandro muere juntamente la nacionalidad de Grecia: su muerte era necesaria, porque ya estaba agotada la vida de su espíritu, aniquilado el vigor de su cuerpo, y otra sociedad joven y llena de vida viene á la escena del mundo: esta era Roma. Grecia debía abdicar á su vez el depósito sagrado que recibiera del Asia, para que Roma continuase esa misteriosa obra de perfeccionamiento que el espíritu humano va elaborando lentamente á través de la inmensidad de los siglos.

La existencia de Grecia fué fecunda y provechosa: cultivando su alma esencialmente ideal, nos legó riquísimos tesoros de arte, que aún son de los hombres el pasmo y admiración: fundiendo con Alejandro el habla, las leyes, las costumbres de todas las naciones, mezclando las razas y los pueblos, abre á la humanidad el camino de esa civilización de unidad y de armonía, que después la espada de César prepara á la cruz del Redentor.

JOSÉ FORNOVI.

EL PRIMER SOMBRERO.

I.

Un conocido mio que estuvo en Santander quince años há y volvió á esta ciudad el último verano, me decía, después de recorrer sus barrios, y de admirar los

atrevidos muelles de Maliaño, desde el monumental de Calderon:

—Decididamente es Santander una de las poblaciones que más han adelantado en ménos tiempo.

Y despues de hablar así del paisaje, echóse á estudiar el paisanaje, es decir, la masa popular en la cual reside siempre, y en todas partes, el sello típico del país, el verdadero carácter de localidad; pero tanto y tanto resabio censurable encontró en él, tanta y tanta inconveniencia admitida y respetada por el uso; tanto y tanto defecto condenable ante el más rudimentario código de policía y buen gobierno, que, olvidado de que semejantes contrastes son moneda corriente aún en las capitales más importantes de España, exclamó con desaliento:

—¡Qué lástima que las costumbres populares de Santander no hayan sufrido una reforma tan radical como la ciudad misma!

Y el observador, al hablar así, estaba muy lejos de lo cierto, porque precisamente es más notable el cambio operado aquí en las costumbres públicas que el que aquel admiraba tanto en la parte material de la ciudad.

Considérese, por de pronto, que los vicios de que adolecen actualmente las costumbres de este pueblo no sólo han disminuido en su número, con respecto á ayer, sino en intensidad, como diría un gacetillero hablando de las invasiones de una epidemia que se acaba; y tén-gase luego muy en cuenta que en todas las escenas en que hoy toma parte el llamado pueblo bajo, y en otras muchas más, figuraba antes en primer término la juventud perteneciente á las clases sociales más encopetadas.

Y no acoto con muertos, como vulgarmente se dice, pues aún no peinan canas muchos de los personajes que llevaban la mejor parte en empresas que más de dos veces degeneraron en trágicas.

Yo, que soy más jóven que ellos, conocí las famosas pedreas de baja-mar, en las cuales se tiraban á muerte dos bandas capitaneadas por mancebos de elevada alcurnia. También presencié algunas de las sangrientas batallas que se daban frecuentemente entre los jóvenes de este pueblo y los *moros* de Cueto y Monte. Las inolvidables *troncadas* que se pegaban en bahía dos lanchas tripuladas por gente de distintos bandos, y en cuyos duelos el infeliz que caía al agua no hallaba compasión ni auxilio más que entre los suyos, ocurrieron ayer, como quien dice.

No hay en Santander quien no recuerde á los insignes personajes *Tío Pipuela*, *Capa-rotta*, *D. Lorenzo* y otros *ejusdem fúrfuris*. Todos estos tipos pasaron aquí por locos. Yo no diré que no lo fueran; pero sí aseguro que sus excentricidades tuvieron por causa, más que una predisposición natural, la implacable persecución que los infelices sufrían de todo el pueblo, de día, de noche, en la calle y hasta en el súpico y desabrigado rincón de sus albergues.

Los socios de la *Union soltera* y de la *Sociedad sin nombre*, eran el terror de los tipos y la pesadilla de los legos y sacristanes; hacían, por sus travesuras, intransitables las calles en que estaban establecidas sus sociedades, y tenían por teatro de sus predilectas fechorías los bailes y paseos públicos, dejándolas sentir muy amenudo en ocasiones como el rosario de la Tercera Orden de San Francisco, y las tinieblas de Semana Santa.

Encontrábase en la calle un grupo de elegantes que iban de paseo departiendo sobre los más graves asuntos que cabían en sus rizadas cabezas, con el pobre *Jerónimo* con su cara abotargada, su mirar yerto y sus brazos caídos al desgaire.

—¡Infla, Jerónimo! le decían aquellos deteniéndose de pronto y rodeando al tipo.

Y éste hinchaba los carrillos sobre los cuales iban los *pisa-verdes* descargando *papichadas*, continuando despues la interrumpida marcha, sin que á Jerónimo ni á los transeuntes, ni aun á ellos mismos, les chocase el lance lo más mínimo; ántes al contrario, creyéndole todos la cosa más natural del mundo. Como lo era detener á *Estéban*, que todavía vive, pedirle la hora y responder el detenido, con esa cara de frío que le caracteriza: «*las tres*», aunque fueran las diez de la mañana. Como lo era también decir á *Juan*, el aguador, «*alabado sea Dios*», para tener el gusto de verle hincar la rodilla y santiguarse, aunque llevara sobre la cabeza la *herrada* llena de agua, y contestar: «*Para siempre sea alabado su santísimo nombre*», con otra retahila de que ya no me acuerdo. Como lo era asimismo convidar al *tío Cayetano* á beber en un café y darle una purga por *sangría*, ó tinta de escribir por vino de Rioja. Como lo era, en fin, prender fuego al horno de la *tía Cuca*, cuando roncaba *Mingo* dentro de él.

Todo esto y mucho más que no cito, por no hacer interminable este bosquejo, se consideraba entónces como *natural*, porque todo ello era en alto grado popular, penetrando la fama de estos tipos y la de su martirio hasta los más severos gabinetes de la alta sociedad.

No es mi ánimo discurrir aquí sobre si un pueblo que de tales pequeñeces se preocupa, es preferible ó no al que, como el de hoy, peca por el extremo contrario, por despreocupado y desdeñoso: sobre si las *crueldades* cometidas entónces por la juventud llamada á encargarse de los futuros destinos de su país, revelaban mejor ó peor corazón que el que hoy debemos *suponer* bajo la precoz formalidad que caracteriza á nuestros intonsos legisladores é imberbes periodistas. Dejo esta tarea al buen juicio del lector, y me limito á decirle que *in illo tempore* aún no se conocían en Santander las diligencias por la carretera, y creo que ni los vapores por la bahía.

Cuando la superficie de este dormido lago comenzó á agitarse á impulsos de los *nuevos aires*, la clase acomodada fué reparando poco á poco en la estrechez del círculo en que hasta entónces habia vivido, y, abordo de un vapor por la boca del puerto, ó en el mullido interior de las diligencias peninsulares, por la carretera de Becedo, salió á descubrir más anchos horizontes. Desde aquel momento, las costumbres populares de Santander sufrieron una trasformación casi radical, y sólo quedaron en escena la clase del pueblo que viene dando hasta hoy grandes pruebas de que sobre ella pasan en vano años y civilizaciones, más algunos pocos recalitrantes de la otra clase, apegados con exceso á los viejos hábitos, que se limitaban á escaramuzas aisladas y completamente independientes de las feroces campañas del populacho.

A esa época pertenecen los brevísimos episodios que voy á referir, no por lo que en sí tengan de interesantes, que nada tienen, sino por el contraste que forman, atendida su reciente fecha, con la despreocupación y la tolerancia que caracterizan en la materia al Santander de hoy; y también por si encuentro un lector de allende estas montañas que al conocerlos exclame:

—¡Lo mismo sucedía en mi pueblo!

II.

Muy pocos años despues de la desaparición de *Capa-rotta* y de *Cobertera* de la escena del mundo, y cuando el martirio de *Mingo* y de *Jerónimo* corría de cuenta exclusiva de la gente menuda, é ingresaban en la Casa de Caridad *Don Lorenzo* y *Tumba-navíos*, entraba en España la primera locomotora y yo en plena pubertad... y á cursar tercero de filosofía.

Robustote y fuerte por naturaleza, y hasta gordiflon (*quantum mutatus ab illo!*), apesar de mis catorce años representaba diez y nueve; circunstancia que no dejaba de darme alguna preponderancia entre mis discípulos, sobre todo entre los que eran más débiles que yo. Pues señor, en aquel tiempo tuvo un pariente mío la desdichada ocurrencia de regalarme un sombrero de copa. ¡Me parece que le estoy viendo! Era de finísimo castor aplomado, largo de pelo y apañadito de cilindro. Aunque no tan bajo, en el conjunto de su arquitectura se daba bastante aire á los que usan en este país los curas de aldea.

Habrán observado Vds. que las familias clásicas han tenido siempre la obstinada manía de que sus muchachos se revistan cuanto ántes de la mayor formalidad posible, y truequen por el de los hombres circunspectos el carácter y hasta los hábitos propios de la edad del trompo y de la cometa. La mía, es decir, mi familia, no mi cometa, fué en este punto una notabilidad, y puedo asegurar que desde el instante en que llegó á mis manos el condenado regalo, se trocaron para mí en amargura los ántes dulcísimos placeres de los días festivos. No bien en uno de estos asomaba el alba y empezaba yo á respirar con íntima satisfacción, recordando que por aquel día no me aguardaban disertaciones metafísicas ni traducciones de Horacio, cuando me hacia estremecer el arrastrado sombrero colocado sigilosamente durante la noche sobre el equipaje dominguero que debía vestirme al levantarme.

—¡Hoy no te escapás sin ponerle! me decían por todo consuelo. Y yo, no atreviéndome nunca á responder abiertamente que no, pero resuelto á ejecutarlo, aguardaba un momento oportuno para encasquetarme la gorra y echar por la escalera abajo como perro goloso. Pero, ¡creen Vds. que yo gozaba despues entre mis camaradas! ¡Ni por asomos! El recuerdo de lo que me esperaba al volver á comer por mi desobediencia, calificada ya de rebeldía; la idea de que por la tarde necesitaba jugar la vuelta otra vez á la gente de mi casa para salir á la calle sin la afrentosa *colmena*, y la consideración de que estos sudores tendrían que repetirse en adelante

cada día de fiesta, aplanaban mi espíritu y envenenaban mi sangre.

La razón que tenía mi familia para empeñarse tan tenazmente en que me pusiera el sombrero, era que yo *parecía ya un hombre*, y que, por lo tanto, me sentaba muy mal la gorra. Los motivos que yo tenía para no ponérmelo, eran de muchísima consideración para mí; pero, desgraciadamente, de ninguna para mi familia, porque no creía en ellos, por más que yo se los expusiera hasta con lágrimas en los ojos.

Y lo cierto es, acá para *inter nos*, que á veces se me iban los susodichos por el maldito sombrero, y que hubiera dado hasta una caja de pinturas que yo apreciaba en mucho por haber podido sacarle á la calle impunemente. Tenía una fragata á toda vela pintada en el forro interior de su cúpula, que me enamoraba y parecía estampada allí para enseñársela á unos cuantos de mis condiscípulos que se daban humos de pintores, porque sabían *iluminar* barcos con el amarillento jugo que sueltan en primavera los capullos de los chopos de la Segunda Alameda.

En esto llegó el día del *Corpus*, y yo iba á estrenar en la procesion un traje que tenía que ver. Se componía de pantalón á grandes cuadros, con trabillas de *botín*, *tuina* de mezclilla verdosa con cuello de terciopelo, chaleco de merino perla con botones jaspeados, y corbata azul y roja con ancho lazo de mariposa.

Cuando, con este atavío, me miré al espejo, confieso que me pareció muy mal la gorra, que, por vía de prueba, me puse en la cabeza: me encontraba con ella un sí es no es *descaracterizado*, y más que un elegante en toda regla, me parecía un mozo de mostrador cortejante dominguero de doncellas de labor. En cambio, con el sombrero puesto me hallaba en riguroso carácter de *persona decente*, y hasta disculpaba en mis adentros la incesante pretensión de mi familia.

Pero, ¡cómo me arriesgaba yo á lanzarme al público con la belluda cúspide sobre mi cabeza? La gorra no era elegante, en verdad; pero en cambio me permitía asociarme á mis amigos, correr, observar, divertirme y gozar sin tasa de los atractivos de la procesion. Pero con el sombrero... ¡Oh! Los inconvenientes del sombrero eran capaces de hacer sudar al muchacho de más agallas.

Mi familia debió apercibirse de mis vacilaciones, porque hallándome en lo más comprometido de ellas, supo explotarlas tan bien, tanto me aduló, tanto ponderó mi garbo y mi estatura, que, vencido al cabo, arrojé la gorra debajo de la cama, como si quisiera huir de todo peligro de tentación, me calé el sombrero, cerré los ojos, y me lancé á la escalera zumbándome los oídos y viendo las estrellitas sobre celajes del rojo más subido entre relámpagos verdes y amarillos, y otras muchas cosas más que sólo se ven en circunstancias como aquellas y cuando aprietan mucho unas botas nuevas.

A media escalera se me pasó la fiebre; ví clara y despejada la situación, y retrocedí. Pero al llegar á la puerta de mi casa temí los anatemas de mi familia; pasé un breve rato comparando los dos peligros, elegí el peor, como sucede siempre á los hijos de Adán cuando les importa mucho lo que meditan, y me planté en el portal.

En el que me entraron nuevos y más copiosos sudores, porque nunca habia contemplado tan de cerca lo arriesgado de mi empresa. Pero estaba ya resuelto á no retroceder por nada ni por nadie. Reconcentré en un sólo esfuerzo todos mis vacilantes bríos, y, como bañista perezoso que teme el primer remojón, contuve el aliento, hinché los carrillos, cerré los ojos, y me lancé á la calle, sin que quepa describir el efecto que esto me hizo, porque yo no veía más que el ondulante pelambre del plomizo alero que asombraba mis ojos extraviados.

No obstante, al doblar la primera esquina lograron grabarse con toda claridad en mis pupilas las estampas diabólicas de dos pilluelos que departían amistosamente en un portal. Al verme uno de ellos, respingó como si le hubiera electrizado súbita alegría, llamó hácia mí la atención de su camarada, y exclamó con un acento que me atravesó desde la copa del sombrero hasta las trabillas de mi estirado pantalón:

—¡Agua! ¡Qué pirulera!

—¡Me la parten! dije entónces para mi chaleco perla.

Y acto continuo dos tronchos de repollo pasaron zumbando junto á mis orejas y fueron á estrellarse en la pared de enfrente.

Comenzaban á realizarse mis temores.

Híceme el desentendido á esta primera insinuación, apreté el paso, y pronto me encontré de patitas en la carrera de la procesion, que estaba cuajadita de gente; culebreando un rato entre ella me creía ya desapercibido para todo el mundo merced al barullo, cuando dí

de hocicos con un grupo de calaverillas domingueros, con gorritas de terciopelo, chaquetilla de paño negro, pantalón muy estirado de perneras y muy ceñido á la cintura, nada de tirantes ni chaleco y mucha punta de corbata; trage que en aquellos tiempos privaba mucho entre la gente jóven y de buen tono. Al verlos traté de hacerme á la izquierda, convencido de lo que me esperaba si me veían; y ya creía logrado mi propósito, cuando oí decir á uno de ellos con retintín que me heló la sangre:

—Siempre me han hecho á mí mucha gracia las bombas de castor.

—¡Eso vá conmigo! pensé yo, echando ambas manos á las alas del sombrero para asegurarle bien, y lanzándome resuelto á naufragar en aquel mar de gente. Media braza habria penetrado en sus profundidades, cuando un golpe despiadado sobre la cúpula belluda me hundió el ignominioso bombo hasta la punta de la nariz. Saquele como pude, jadeando de angustia, esforcé aún más mi empuje, pisé á muchas personas que, por desgracia, todas tenían callos, bramaron de ira y de dolor, fijáronse en mí, y al ver el sombrero, como si fuera la cosa más lógica le saludaron con una descarga cerrada de cáles á la media vuelta, tan nutrida y constante, que á mí mismo me daba lástima de él.

Al cabo de tantos atropellos, mi espanto se trocó en furor. Recordé que yo también tenía puños y no flojos, y á ciegas como estaba por la vergüenza y el despecho, comencé á esgrimir los brazos en todas direcciones y á machacar cráneos, halláranse ó no coronados por apéndices tan ignominiosos como el que á tales malandanzas me arrastraba en aquel día infausto. Pero mi heroica resolución sólo contribuyó á que me persiguieran más y más los odios populares, los cuales al fin me estropearon un ojo y me rasgaron el faldón de la tuina. En tal situación logré llegar á la Ribera, que estaba, á Dios gracias, despejada de calaveras y pilletes, que todos eran unos.

Allí me atreví á contemplar entre mis manos el sombrero. ¡Cómo me le habían puesto! La copa se habia derrumbado á la derecha, y como si todo él hubiese participado de la irritación en que se hallaba mi espíritu, tenía el pelo erizado como los gatos en pelea, y hasta se me antojó que su color plumoso se habia trocado en verde bilioso, como debía ser entonces el de mi cara. Enderecé la copa como mejor pude, no por cariño, bien lo sabe Dios, y me dispuse á volverme á casa por calles solitarias.

A poner iba en práctica mi plan, despues de prender con un alfiler el giron de la tuina, cuando distinguí un grupo de camaradas de colegio que venían hácia mí. Volé á su encuentro, ansioso de rodearme para un evento de corazones nobles y caras amigas. Pero me engañé miserablemente. Ellos no corrieron hácia mí con la franca cordialidad que acostumbraban cuando yo llevaba gorra. Léjos de ello, se detuvieron sorprendidos; despues se miraron unos á otros, enseguida se sonrieron, luego me rodearon apostrofando irónicamente á mi sombrero, y hasta pretendió alguno de ellos tomarle el pelo. Este desengaño me aplanó. Prometí solemnemente romper el bautismo al que tocara la copa maldecida, y por consejo de los mismos, que parecieron condolerse de mi situación cuando se la referí detalladamente, me dirigí á mi casa. Pero al pasar bajo el Puente de Vargas, y cuando apenas habia salido del término de su sombra, una descarga de tronchazos llovió sobre mi cabeza. Al volver los ojos hácia arriba, no sin ciertas precauciones, sorprendí á mis amigos en el acto de saludarme con otra descarga. Huyeron al verse cogidos *in fraganti*; y yo, jurando romperles las narices en cuanto me pusiera la gorra, metí el sombrero bajo la tuina y apresuré la marcha, prefiriendo asarme la mollera al sol á sufrir un martirio como el pasado.

De este modo llegué á casa, donde faltó muy poco para que me solfeasen las espaldas por término de mis desventuras, pues nadie quiso creer el relato que de ellas hice, y todos se empeñaban en que las abolladuras del sombrero, y el giron de la tuina y la hinchazón del ojo, eran consecuencias de alguna travesura *indigna de un mocetón como yo*. ¡Pícará justicia humana!

Este nuevo golpe me dió fuerzas con que ántes no contaba. Entré en mi cuarto, y con el placer que puede sentir un africano al desbandallar á un sábio inglés, rasgué con el corta-plumas en cuatro pedazos la execrable copa.

—Esto, pensé, me costará una felpa; pero me pone á cubierto de nuevas afrentas. *Sub lata causa, tollitur effectus*, añadí, hasta con entusiasmo, recordando algo del poco latin que sabia.

Y á pique estuve de llevar la felpa cuando se supo en casa lo que yo habia hecho con el peludo regalo; pero

no volví en adelante á sufrir amarguras como las de aquel infausto día, y puedo asegurar á ustedes que tenía bien cumplidos los veinte cuando me atreví á presentarme en las calles de Santander con sombrero de copa alta.

III.

Repito que no saco á plaza las aventuras de *mi primer sombrero*, por lo que ellas puedan interesar á otra persona que no sea la que iba debajo de él cuando ocurrieron. Cítoles por lo dicho más atrás, y añado ahora, que lo que me pasó á mí en el mencionado día solemnemente estaba pasando en Santander á todas horas á cuantos infelices cometían la imprevisión de echarse á la calle con sombrero de copa y sin algun otro signo característico de *persona mayor* y además *decente*.

Como hoy se proveen los chicos de novelas ó de cajas de fósforos, entónces se proveían de tronchos de berza y de pelotillas de plátano; y habia sitios en esta ciudad, como el Puente de Vargas, los portales del Peso Público, los del Principal, la embocadura de la cuesta de Garmendia y la esquina de la Plaza Vieja y calle de San Francisco, que constantemente estaban ocupados por esterminadores implacables del sombrero alto. Los pobres aldeanos de los cuatro lugares que no gastaban, como hoy, finos y elegantes hongos, si no enhiestos tambores de paño rapado, caían incautos en estas emboscadas que muchas veces dieron lugar á furiosas represalias.

Para estos pobres hombres, para los *señores de aldea* y los polluelos de la ciudad, no se conocía en esta la compasión si llevaban sombreros de copa. En tales circunstancias no habia amigo para amigo, ni hermano para hermano. Se perseguía á sus sombreros como á los perros de rabia, sin descanso, sin cuartel.

Esto es lo que se hizo conmigo el día del *Corpus*; esto lo que yo habia hecho tantas veces con el prójimo; esto lo que yo alegaba ante mi familia para no ponerme el sombrero; esto lo que mi familia no queria creer... y todo esto pasaba en la ciudad de Santander, llamada ya *el Liverpool de España* por su riqueza mercantil y pretendida ilustración, ¡en el año del Señor 1848 y en algunos de más acá!

Y no se ria de ello la generacion que siguió á la mia, y que no sólo se encasquetó el sombrero impunemente al cumplir los catorce años, sino que le llevó al teatro, y á butaca, despues de haberle lucido en la Alameda, y fumigado con el aroma de un habano de á dos reales, lujos que á nosotros nos estaban prohibidos hasta en sueños; no se ria, digo, y acepte de buena fé lo que le refiero; que más gorda se ha de armar cuando ella cuente dentro de quince años que en el de gracia de 1868, aún estaban en gran boga en Santander las *cencerradas* y *los gigantones*.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

EL HUÉSPED.

CUENTO FANTASTICO.

(Continuacion.)

VII.

Al caer de una tarde del mes de julio atravesaban los dos amigos la puerta del Rio, y despues de cruzar el famoso puente romano, una de las antigüedades más preciosas de la ciudad, dirigieron sus pasos á lo largo de la orilla del Tórmes.

Andan despacio y de cuando en cuando se detienen; sus cabezas y sus brazos no guardan el mismo reposo: parece que disputan ó debaten acaloradamente. Acercámonos á ellos y escuchémosles; si el medio es indiscreto es el único para salir de la duda.

—Pero, ¿es posible, dice maese Jacobo, es posible que un hombre como vos caiga por mera obstinación, por no pararse á reflexionar un poco sobre sus palabras, en un error tan craso? ¡Vamos! No lo creería si no lo viera con mis propios ojos... y con mis propios ojos lo estoy viendo y no lo creo todavía.

Sonriese el licenciado y el otro continúa cada vez con mayor exaltación:

—¿De qué sirve la ciencia, la sabiduría acumulada durante tantos años de trabajo continuo, si no basta á resistir un capricho que se le pone delante? Os digo que la empresa es disparatada, que ni vos, ni ningun hombre de la tierra, es capaz de llevarla á término, y que mientras más ahinco y más tiempo y más estudios y desvelos gasteis en ella, la obra saldrá más defectuosa y falsa. Y os conjuro lealmente á que borreis de vuestra imaginación semejante idea... Mirad por vos; mirad que

será gran lástima que quien es hoy las delicias del emporio de las ciencias, se vea mañana contemplado con compasión, si no con burla, por los mismos que hoy le celebran y admiran, y acabe su desdichada existencia en un hospital de locos.

—Pues yo os digo á mi vez, replicó Fajardo con cierto aire de broma, á través del cual parecia distinguirse una mal contenida irritación, que he meditado detenidamente mi plan, que he medido mis fuerzas y que las encuentro suficientes para ponerlo en planta, pese á vuestras dudas y á vuestras desconfianzas y á vuestros escrúpulos de monja. Todo lo que decís en contra de mi proyecto no vale nada; no tiene otro fundamento que una afirmación que el mundo ha venido repitiendo como el eco del monte las voces de los pastores, sin darse cuenta de lo que oye ni de lo que repite.

—¿Luego creéis que el hombre puede conocerse á sí mismo con facilidad?

—No creo semejante disparate; pero si únicamente fuese posible lo fácil, el esfuerzo humano seria inútil, cuando no fuera innecesario. Creo que es difícil para todos los hombres llegar á adquirir una idea exacta de sus cualidades; conozco que la inmensa mayoría de ellos no podria adquirirla jamás; pero no considero imposible que algunos, dotados de condiciones excepcionales de entendimiento, de edad, de carácter, de situación, si se lo proponen con firmeza y no perdonan medio para ello, se salgan con su intención al fin y á la postre. Además, yo no considero esta tarea sino como un ejercicio de mi inteligencia y de mi voluntad, que á estas fechas están ya muy acostumbradas á él; desde que concebí la idea de escribir el *Estudio de mí mismo*, es decir, la historia y la crítica de mi vida, no he dejado una sola noche de apuntar en mi libro de memorias mis actos y pensamientos culminantes durante el día, y á renglón seguido su calificación imparcial y desapasionada.

—¿Hecha por vos?

—Hecha por mí... Refos enhorabuena; no os contengais...

—Con vuestro permiso. ¿Pero vos no os reis también?

—¿Yo?

—Pues es extraño, porque si os conocierais como pretendéis, no dejaríais de hacerlo al oiros desbarrrar tan desdichadamente.

—Una pregunta para terminar esta conversacion enojosa.

—Decid.

—Nuestro trato continúa, las muchas confianzas que vuestra discreción han merecido de mí, ¿son suficientes para que me conozcais?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien; tened la bondad de acompañarme hasta mi casa. Voy á daros lo que llevo escrito de mi obra; vais á leerlo esta misma noche, y mañana á la tarde hablaremos.

—Sea en buen hora. Pero, ¿sabéis lo que os digo?

—Lo sabré apenas lo digais.

—Que sois un loco.

—Bueno.

—Y de los más temibles, de los incurables, de los que pretenden razonar su locura.

—En ese caso, más loco sois vos que discutís conmigo.

—No os olvidéis de intercalar esa frase en vuestra obra.

—¿Para qué?

—Para que haya alguna verdad en ella.

Mordiése los labios el licenciado, y huyendo del relente de la noche que ya habia cerrado por completo, dieron la vuelta los dos amigos y penetraron en las murallas que rodean á la ciudad, sin haber tornado á reanudar su conversacion. El uno iba realmente enfadado y no trataba de disimularlo en lo más mínimo; el otro, abstraído en profunda meditacion, dejaba de cuando en cuando entrever en sus labios una maliciosa sonrisa.

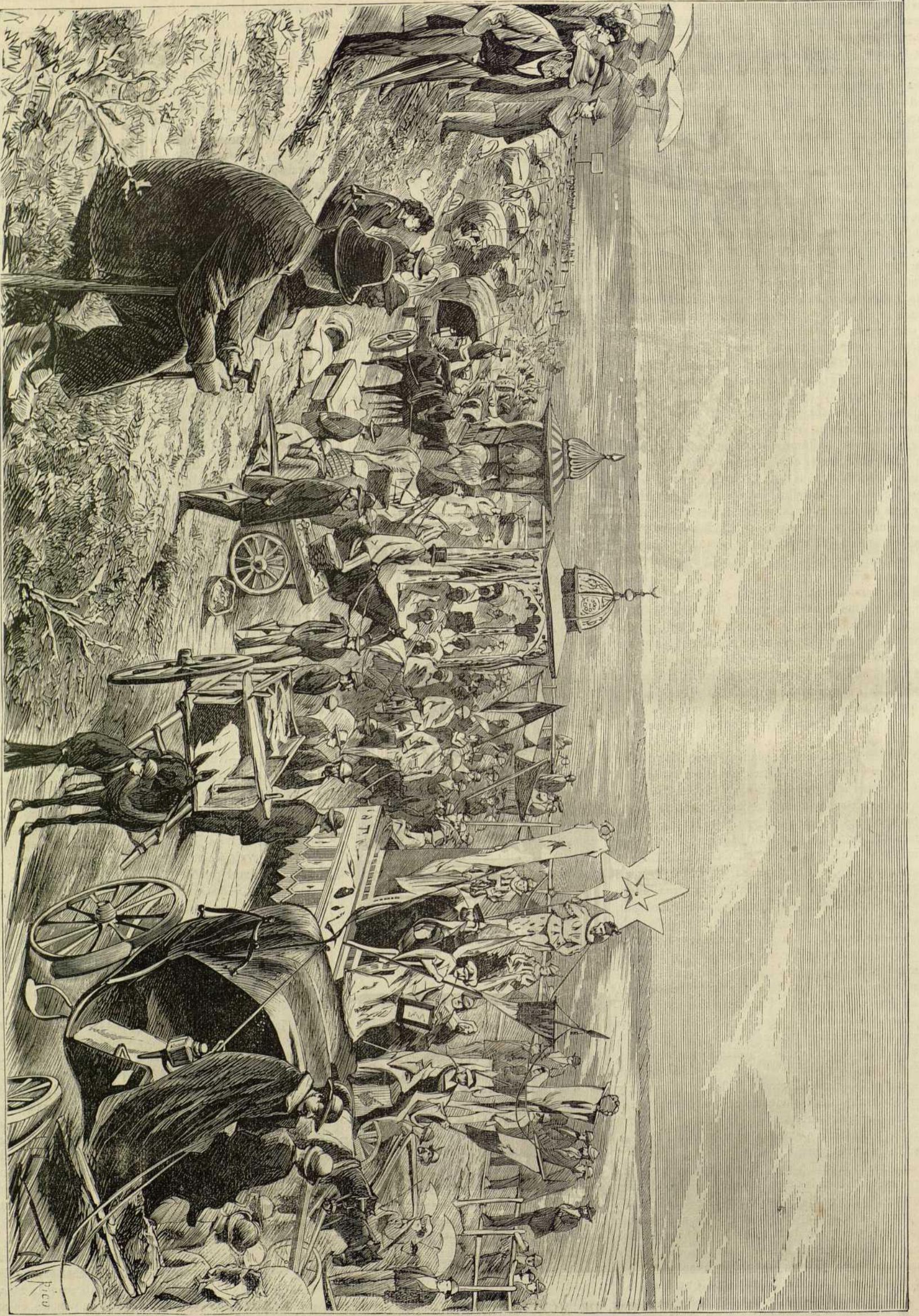
VIII.

Maese Jacobo abrió la puerta de su camaranchon y dió dos vueltas á la llave apenas estuvo dentro; encendió la lámpara, colgó el sombrero y la capa, y arrojando sobre la mesa un legajo de papeles, se arrellanó cómodamente en el sillón, soltó la cinta que los sujetaba y comenzó á leerlos.

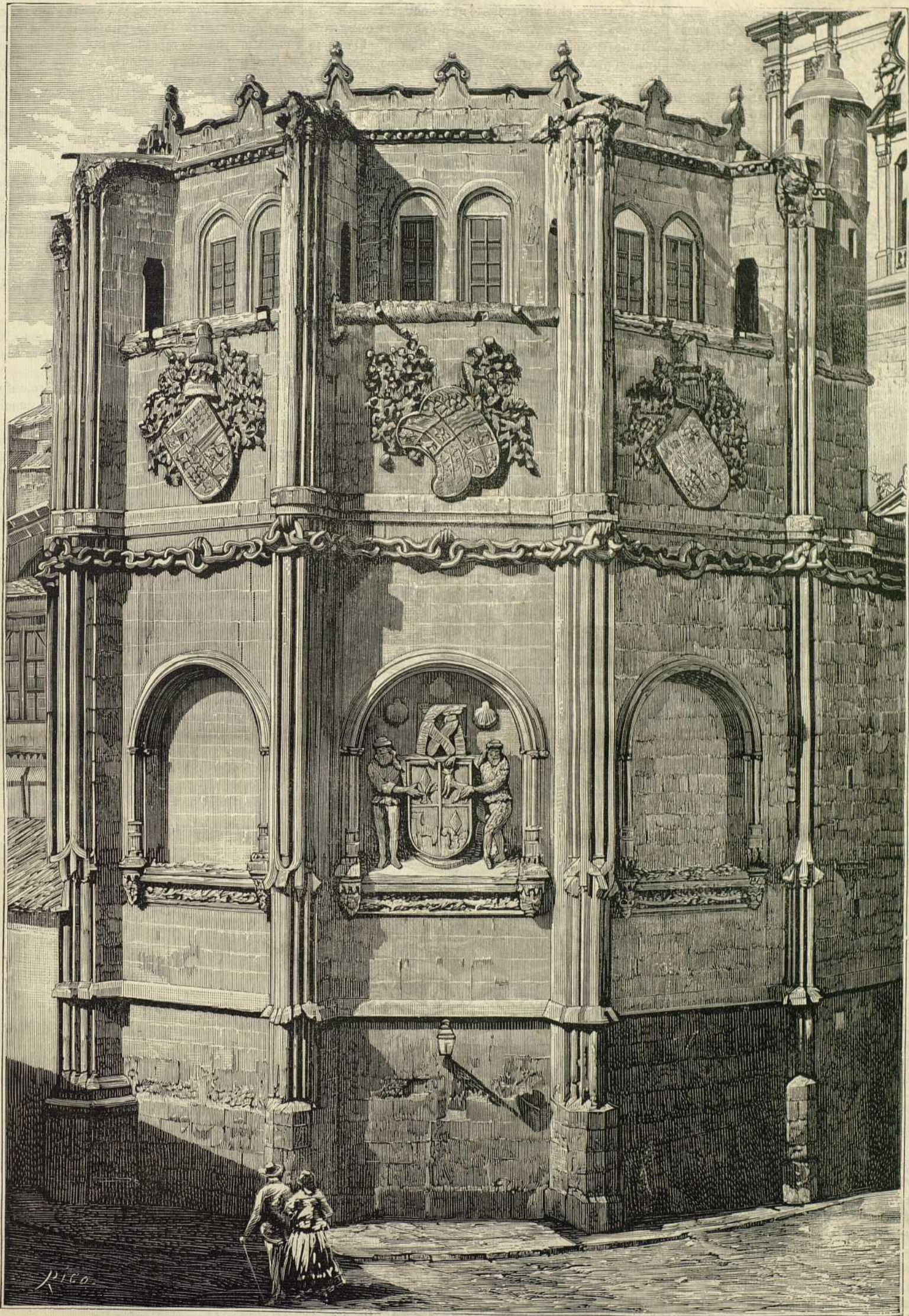
Era el principio de la obra del licenciado Fajardo.

IX.

El libro que poseo la inserta íntegra; es un documento curioso sin duda, pero largo y pesado. No me determino á extractarlo, porque de ese modo perderia el interés para mis lectores; lo que sí haré es copiar algunos



EL 25 DE ABRIL.—FIESTA DE LOS ARTISTAS EN ROMA.



CATEDRAL DE MURCIA.—CAPILLA DE LOS CONDES DE VELEZ.

trozos que basten á mostrar el estilo y la índole del trabajo.

El primer capítulo, que hace veces de introduccion, comienza del siguiente modo:

«Me propongo, con la ayuda de Dios, mirarme atentamente, descubrir lo bueno y lo malo que exista en mí y decírmelo con la mayor llaneza que pudiere. Cargado de años y más cargado de desengaños aún, libre de pasiones y de ambicion, no por virtud sino por inclinacion y por gusto, con la ciencia bastante para saber lo mucho que hay que saber, y comparándolo con lo que yo sé, ver cuán poco es esto último, no temo que el amor de mí mismo me oscurezca los ojos de la razon.»

Más adelante, hablando de sus condiciones físicas, se expresa así:

«Cualquiera que se pare á examinar la estrechez de mi cuerpo, la escasa robustez de mis miembros y lo descolorido de mi rostro, me juzgará de complexion débil y enfermiza; en este error ha caído hasta el mismo doctor que me asiste en mis enfermedades, y que, por el mucho tiempo que viene haciéndolo, parece debía conocer mi naturaleza. Apesar de sus consejos y advertencias y recelos contínuos, el trabajo constante ni me fatiga, ni me enerva las fuerzas, ni lleva camino de destruirme; ántes creo que me proporciona aliento y vigor, por lo cual espero poder soportarlo como hasta aquí todo el tiempo que me resta de vida. Y éste ha de ser mucho: no tengo miedo á la muerte.»

«He permanecido más de una hora delante del espejo ántes de determinarme á hablar de mi figura, pues aunque ni mi edad ni mis costumbres son para que yo me forme ilusiones sobre ella, entre tantos feos como he visto en el mundo, no he visto todavía uno que se conozca y que se resigne. Yo, sin embargo, como me contento con poco, he salido satisfecho del exámen. Mi figura es vulgar, no hay en mi semblante una sola faccion perfecta, no soy, sin duda, bien proporcionado de miembros, pero me considero recompensado de no ser gallardo, con no ser ridículo, y de que nadie elogie mi buen talle, con que nadie se burle de mi facha.»

Hé aquí las apreciaciones que hace de sus cualidades morales:

«Si yo afirmara que me tengo en concepto de necio y de ignorante, mentiría, y mentiría inútilmente; ni diría lo que siento ni nadie me daría crédito. Si, por el contrario, me declaro satisfecho con el entendimiento que Dios Nuestro Señor se ha servido concederme y seguro de poseer alguna instruccion, va á creérseme esclavizado por el demonio de la vanidad. Pues, véase si me encuentro con energía para arrostrar todos los obstáculos que lleva consigo la tarea que me he impuesto: no quiero que se me tilde de mentiroso. Pero si confieso que no estoy descontento de mí, comprendo que hubiera podido estarlo más y no me consolaré nunca del error que me ha privado de ese bien. Yo he dedicado casi por completo las fuerzas de mi espíritu á la filosofía, habiendo otras ciencias en que, con ménos trabajo, habria hecho quizás mayores adelantos por mis disposiciones naturales para ellas. La poesia por ejemplo. Desde mi juventud tuve yo gran aficion y facilidad para componer versos, y si mis padres no hubiesen contrariado esta inclinacion, yo seria hoy un poeta excelente. En prueba de mi aserto, copio á continuacion una oda, imitacion de las de Horacio, que escribí cuando estudiaba el latin.»

«Dicen mis amigos que mi genio es burlon, que murmuro con frecuencia, que nada me contenta y en todo encuentro defectos; mi criada afirma que casi siempre estoy gruñendo y regañando, y mis discípulos opinan que soy excesivamente severo y riguroso con ellos. Cierta es que me burlo y murmuro, pero nunca lo hago con ánimo de dañar la opinion de nadie, sino por pasar el rato y divertir el ánimo de otras fatigas. Si en las obras ajenas señalo algun defecto, será porque yo crea que existe allí, no porque la animadversion hácia su autor me ciegue y me extravié. No niego que alguna vez me domine el mal humor, podrá ser; pero siempre será con motivo. No soy yo de esas personas que tienen aficion á enfadarse, y cuando no encuentran motivo para ello lo toman del no encontrarlo. Mis discípulos dicen verdad; no les perdono ni les paso la falta más leve, les impongo castigos fuertes y los trato amenudo con dureza, pero todo es porque aprendan y me deban algun día honra y gratitud. No me remuerde la conciencia de haberles hecho pagar una sola vez en la cátedra los disgustos que haya yo podido recibir fuera de ella.»

«Mi carácter no ha sido apreciado casi nunca con estricta justicia; soy mejor de lo que suponen los que me rodean continuamente, y aunque abrigo escasísimas esperanzas de que esta afirmacion sea atendida, la hago sin empacho; si la imparcialidad me obliga á señalar los defectos que encuentro en mí, también debe obligarme á no ocultar ninguna de mis buenas dotes, por lo mismo que los primeros son muchos y las segundas pocas.»

X.

El reloj de las monjas dió cinco campanadas, que semejaban otros tantos quejidos al romper el profundo silencio de la noche. Y como si hubieran sido una seña convenida de antemano, apenas se perdió en el espacio la vibracion del último, unos vapores blanquecinos se estendieron á modo de inmensa gasa sobre el manto de los cielos, haciendo palidecer su claridad; amarilleó el alba en el horizonte; un tímido rayo de sol penetró por los cristales de la ventana y mezclándose con la luz azulada y vacilante de la lámpara, bañó con un resplandor extraño la habitacion de maese Jacobo.

Éste, con los codos echados sobre la mesa y la cabeza sepultada entre los brazos, dormía ó meditaba, teniendo algo apartado de sí el libro del filósofo.

Dos golpes dados con cierta blandura resonaron en la puerta y se repitieron con más fuerza despues de algunos instantes.

Maese Jacobo alzó la cabeza, su mano acudió á defenderle los ojos de la luz matinal, y arrastrándose perezosamente, acudió á abrir.

—Soy yo, dijo el licenciado, desembozándose y entrando.

—Os esperaba, contestó maese.

—¿A estas horas?

—No; creí que vendriais un poco ántes.

—Adivinabais mi impaciencia por saber el efecto que os habia producido la lectura de mis papelotes...

—Ciertamente.

—¿La habeis terminado?

—¿Cuánto há!

—Y... decidme...

—¿Amigo mio! (y al pronunciar estas palabras maese Jacobo tendió la mano á Fajardo, que le alargó la suya con la indecision pintada en el semblante), de majaderos como yo es propio cometer yerros, y de sabios como vos desvanecerlos y disculparlos. Perdonadme la injusticia con que os traté ayer tarde, nacida del engaño de teneros por un hombre con las flaquezas inherentes á la condicion de tal, y no por un sér verdaderamente superior que sois.

Las mejillas del licenciado se colorearon, sus ojos se alzaron del suelo y su mirada apareció iluminada por la alegría; la mano que tenia libre corrió en ayuda de la otra, y ambas estrecharon con efusion las de maese Jacobo, y, pasado un momento, le preguntó, con la voz tranquila, con el rostro compuesto ya:

—¿Con que tanto os ha complacido mi trabajo?

—¿Tanto, tanto me ha complacido que lo reputo por un esfuerzo inexplicable, milagroso de la humana inteligencia, que asombrará á los siglos futuros y hará imperecedero vuestro nombre!

—¿No os burlais? tornó á interrumpir Fajardo, acompañando con una indulgente sonrisa la terrible suposicion, y su interlocutor prosiguió diciendo:

—Obra admirable. ¡Cuánto arte, cuánta verdad, cuánta maravilla! ¡Con qué sana crítica habeis apreciado los efectos! ¡Con qué sutilidad de ingenio habeis descubierto las causas! ¡Con qué valor están atacadas las dificultades y con qué facilidad vencidas! Al abarcar la imaginacion vuestros propósitos, presentados por vos en toda su magnitud, el ánimo se sobrecoje y duda de vuestras mismas fuerzas; al seguiros anhelante, prendido en las redes de vuestro encantador estilo, al ver que los obstáculos huyen de vos como el soldado cobarde que esquivo la lucha en la conviccion de que ha de ser vencido, parece que se tranquiliza y que presiente vuestra victoria, y cuando al fin la contempla realizada, completa y pronta, y á costa, al parecer, de poco ó ningun esfuerzo, no puede uno ménos de decirse:—«Pues esto es fácil... De la manera que se conoce el que ha escrito esto, también me conocería yo el día que se me antojara.» ¡Eterna flaqueza del humano espíritu, cuya impotencia es tan grande que sólo cabe en su soberbia!

—Pero, entre tantas bellezas, ¿no habeis encontrado un solo defecto?

—Ninguno.

—Jurádmelo.

—Os lo juro.

—Bien. Es que yo os agradecería que no me lo ocultáseis, temeroso de ofenderme ó de ver despreciado vuestro juicio, como suele acontecer á quien habla con ingenuidad á los autores. Yo, aunque lo soy, creo diferenciarme algo de la generalidad de mis compañeros: nunca me pago de mis obras, y agradezco siempre que se me proporcione ocasion de borrar los lunares que pueda haber en ellas.

—Ni uno solo empañá la tersa superficie de ese espejo en que os habeis retratado de mano maestra. Ese sois vos en cuerpo y alma, y el menor rasgo añadido á los trazados por vos haria desaparecer la absoluta semejanza que existe entre el original y la copia. Tened presente, sin embargo, amigo mio, que todo lo que yo hablo es por mi cuenta y riesgo, y que yo no soy infalible. La amistad no disfruta en el mundo fama de imparcial, y no seria extraño que la mía hácia vos me hiciese teneros por perfecto, ni que aunque vos os tratárais con blandura os hallara yo justo, no más que por hallaros conforme conmigo. Desconfiad de mi dictámen.

—Confío en él, maese.

—Quizá no lo acerteis.

—¡Vamos! no me obligueis á tributaros elogios que pudieran parecer paga de los vuestros, por desinteresados que fuesen.

—Sobre todo, no os hincheis con el triunfo, que en las obras humanas suele ser un acierto nuncio de mil errores.

—¿Qué mal me conoceis! Vuestras alabanzas no me dan otra cosa que bríos para combatir la continúa desconfianza que tengo de mí propio, y llevar á feliz término mi empresa. Y adios, que es tarde...

—¿Qué prisa teneis? ¡No estais en vacaciones ahora?

—Sí, ya hace quince ó veinte días lo ménos.

—¿Pues adónde diablos vais entónces?

—A misa á San Martin, y luégo á casa: no podeis figuraros lo atareado que ando.

—A mí tampoco me falta que hacer... Hoy precisamente debo dar principio á un experimento con el cual tengo trabajo de sobra para toda la semana.

—En ese caso no vuelvo á poner aquí los piés hasta que vos vayais á visitarme en señal de haberos desocupado.

—Como gustéis.

—Quedad con Dios, maese.

—Vaya enhorabuena el filósofo insigne, la gloria de Salamanca y el pasmo del mundo, decia el italiano desde lo alto de la escalera con cierto retintín, mientras Fajardo bajaba por ella con paso lento y como temeroso de perder una sola de sus palabras.

(Se concluirá.)

CÁRLOS COELLO.

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Continuacion).

CERVANTES.

V.

¿Qué escucho? ¡En la patria mia,
En España, do nació
De la fé el divino fuego
Se puede acaso extinguir!
¡En el suelo venturoso,
En la nacion más feliz
Que el astro bello del día
Alumbra desde el cenit,
Desde que al Ebro dichoso
Visitar y sonreir
Se dignó la Virgen madre
Del que tronó en Sinaí!
¡En la católica patria
De mártires mil y mil
Millares, que consiguieron
Al averno confundir!
¡De Recaredo en la patria,
Y de Pelayo y del Cid,
De Isidoros y Leandros
Podria la fé morir!
No es posible, hermano mio:
Mirad bien lo que decís.
¿Puede un español acaso
Convertirse en marroquí?
Esplicad lo que habeis dicho,
Ó me vuelvo sin oír

Más palabras al sepulcro
De que hace poco salí.
¡Dulce patria de mi alma!
He sido bien infeliz,
Porque en Lepanto ó Argel
Espirar no merecí,
Cual deseaba impaciente,
Con el religioso fin
De dar mi vida por Dios,
Que en la cruz murió por mí.
Perdon, perdon, patria mia,
Perdon... más al sucumbir,
No por mi fé contra infieles,
Sino ya anciano en Madrid;
Cuando los santos auxilios
De la iglesia recibí,
Que tanto me confortaban
En la postrimera lid,
A mi dulce Redentor
Mis deseos ofrecí,
Deseos, que al buen Jesús
Plugo amoroso admitir.

YO.

VI.

Señor Cervantes Saavedra,
¡Qué bueno, qué bueno sois,
Como lo canta la Fama
Con su metálica voz!
Hace más de cincuenta años
Que no lo ignoraba yo,
Mas tan clara esta verdad
Nunca descubrí hasta hoy,
Que aparece ante mis ojos
Luminosa como el sol,
Cuando en mañana de mayo
Ostenta su resplandor.
Creedme, señor Miguel:
Al presente hay español,
Y españoles, y no pocos,
(Os lo digo con rubor)
Que olvidados del bautismo,
El santo nombre de Dios
Profanan públicamente,
Cual no se hace en el Mogol;
Sin que haya una autoridad
Que al audaz blasfemador
Refrene su impía lengua
Con mordaza ó con prision.
Pasmaos: hasta los niños,
Y lo que es mucho peor,
Hasta mujeres y viejos
Blasfeman sin ton ni son.
Por supuesto muchos, muchos
Vemos con pena y horror
Tamaño crimen que á España
Cubre de afrenta y baldon.
Mas puesto que paso á paso
Hemos llegado los dos
A la plaza de las Cortes,
Donde cual digno blason
La estatua vuestra aparece,
Si algun obstáculo vos
No hallais, sentarnos podemos,
Que estoy fatigado yo.
Soy viejo, señor Miguel,
Y además un reuma atroz
Me atormenta y martiriza;
Tened de mí compasion.
Mirad al frente, mirad
Hecha con arte y primor
La imagen vuestra de bronce,
Orgullo de la nacion.
Con ella los españoles
Aunque tarde, quieren hoy
Reparar la ingratitud
De aquella generacion
Infame, que en la miseria
De hambre morir os dejó,
Sin que pan ni otro consuelo
Os diera en vuestro dolor.
De San Antonio del Prado
Observad con atención
La iglesia que todavia
La impiedad no destruyó.
En ese templo sin duda
Veces mil á Sabaot
Con las rodillas en tierra
Pediais gracia y perdon,
Al augusto sacrificio

Asistiendo con fervor,
Que un capuchino ofrecia
En santa contemplacion.
Ved aquel mismo palacio
Que el de Lerma levantó
En vida vuestra: magnate,
Que mercedes y favor
Al talento y á las letras
Imbécil no dispensó,
Aunque de la iberá nave
Él dirigia el timon.
¡Pobre España, pobre España!
Entónces, siglos en pos
Y al presente, Sandoval
Tiene algun imitador.
¡Algunos? Innumerables.
No hay en Esperia bribon,
Sobre todo en estos días
De discordias y de horror,
Que sin ciencia y sin virtud
Cegado por la ambicion,
No pretenda ser ministro,
Diputado ó senador.

(Se concluirá.)

GASPAR BONO SERRANO.

EL HOMBRE AZUL.

(Continuacion.)

III.

De repente, y como desgajada del fantástico ramaje, se dibujó delante de mí una forma humana de apariencia muy singular, que en el primer momento me pareció una ilusion de mi acalorada fantasía. Llevé las manos á los ojos para destruir el prisma engañoso que, á lo que al pronto creí, engendraba aquellas visiones, y otra vez dirigí la vista al sitio donde habia creído ver la aparicion.

No era un capricho de la imaginacion; allí estaba la fantasma, inmóvil como la imagen de la inercia, y sólo en lo profundo de sus órbitas, rodeadas de un círculo negro, se movian dos focos de una luz fria y fosforescente, únicos signos de una vitalidad más glacial que la muerte misma. Sus miembros, casi desnudos, eran un conjunto de huesos y tendones cubiertos de una piel azulada que á la vista parecia bañada tenuemente en la luz fosfórica que de los ojos despedia. Un harapo de tela cenicienta, sujeto sobre los huesos salientes de sus caderas, caía en girones lácidos y deshilachados sobre sus piernas descarnadas, y formando extraño contraste con este mísero atavío, ceñíale las sienes una diadema de oro, cuajada de piedras preciosas, que despedian los reflejos sombríos del carbunco y la esmeralda. Por encima del hombro de la extraña vision asomaba el extremo de un arco indio, y su mano diestra oprimia entre los dedos descarnados una flecha terrible, cuya sola vista ponía frio y pasmo en el corazon. Este conjunto de indefinibles horrores respiraba no sé qué terrible majestad, cuya misteriosa grandeza se reflejaba en aquel exterior sórdido y repugnante, como el rayo del sol á través de las aguas cenagosas.

Quedé petrificado contemplando con pasmados ojos la siniestra aparicion, y creyéndome juguete de una infernal pesadilla, de una obsesion diabólica, formulé una plegaria en lo íntimo de mi corazon.

La fantasma abandonó de pronto su actitud inmóvil, y salvó lentamente la distancia que de mí la separaba, envolviéndome al acercarse en una atmósfera glacial. Esperaba yo con pavor el momento en que se abriesen sus labios y su voz resonase en mis oídos, dándome una prueba terrible de su realidad, cuando su mano cadavérica se apoyó en mi mano temblorosa. Su contacto húmedo y glacial cuajó la sangre en mis venas, y apenas tuve aliento para pronunciar estas palabras:

—¡Infernal vision! ¿Quién eres? ¿Por qué me asaltas en esta soledad?

La voz cavernosa de la fantasma me respondió:

—Tienes miedo, ya lo veo; la forma exterior te subyuga; la apariencia ejerce en tí su ordinaria tiranía. La mezquina humanidad será siempre la misma: los males la rodean, las miserias la devoran, el dolor la amaga por todas partes, y ella los arrostra con valor ó los tolera con resignacion, con tal que vengan cubiertos de una capa de púrpura ó ceñidos de una corona de flores. Pero llega un mal que tiene la franqueza de su crueldad, que no cubre de galas su desnudez, ni de afeites su fealdad; un mal que rehuye toda complicidad con las pasiones, las vanidades ó las quimeras de los hombres;

que viene á desempeñar su mision sin cubrirse de apariencias falaces; y en presencia de este mendigo, de este pária, de este hijo bastardo del dolor, os llenais de asombro, de miedo y de indignacion, como si por primera vez se ofreciera á vuestros ojos el espectáculo de vuestra miseria. Tú hubieras preferido, añadió la fantasma, que en vez de mi desnuda majestad te asaltase en esta fresca alameda alguna deidad insidiosa, de rostro seductor, que asiéndote de la mano con sus dedos de rosa por senderos de flores te condujese á los abismos del dolor.

—¿Quién eres? volví á preguntar á la fantasma.

—Llámame como quieras; Alejandro, Atila, la diosa desenfadada de la libertad, el genio del fanatismo, el vicio, el odio, la venganza... De cuantos males han afligido á la tierra elige aquel cuya apariencia te sea menos odiosa, y figúrate que le ves en mí; porque afeite más ó menos, todas las calamidades somos hermanas en la destruccion.

—Vision ó realidad, exclamé en la especie de delirio que se apoderó de mi espíritu; creo adivinar la mision que te trae á este mundo, y á fé mia te digo que eres el más odioso de todos los males.

—Eso lo dices porque soy el mal presente; pero, mírame bien; no soy un hombre, aunque tengo con él alguna semejanza, y el más odioso de los males sólo el hombre es capaz de inventarle.

—¿Tirano! le respondí. ¿Pretendes insultar con tu ironía á los que gimen bajo tu yugo despiadado?

—¿Lo ves? Tú ponderas mi tiranía, y sin embargo, puedes ofenderme impunemente. ¿Has visto en la especie humana, y entre los poderosos de la tierra, muchos ejemplos de tamaña mansedumbre? ¿Cuán raras veces entre vosotros la fuerza se contiene en los límites de la moderacion! Mi poder es ciego y no conoce los esquivos placeres de la pasion inteligente y de la maldad razonadora, que son en el hombre el voluptuoso refinamiento del mal. Así mis flechas emponzoñadas no elijen nunca la víctima ni el suplicio, y la más débil y apocada criatura se puede burlar de mi inexperto poderío. Deja, pues, de mirarme con torvo ceño, y pues des puntas de poeta, da gracias á la fortuna que te depara la ocasion de caminar con tan inverosímil y fantástica persona como la mia. Tengo mis ribetes de culto, aunque otra cosa manifieste mi apariencia salvaje, y no has de hallar mi trato desabrido. Y aunque esto no fuera, ¿dónde hallarias mejor compañero que yo para andar el camino del cementerio? Por lo demas, nada tienes que temer de mi inopinada aparicion; no vengo á tí con siniestro designio, y si me observas atentamente echarás de ver que mis ojos, aunque te ven como un átomo que forma parte de la humanidad, no te miran con especial predileccion.

Y así era la verdad, porque al examinar más atentamente á la vision, observé que las dos irradiaciones ténues que partian de sus cuencas vacías, no eran más que dos focos luminosos, sin mirada y sin movimiento. El impulso nervioso que poco antes habia precipitado mis pasos en pos del fúnebre convoy, volvió á irritar en aquel momento mi sistema nervioso, y obedeciendo la silenciosa indicacion de la fantasma, que con el brazo extendido me mostraba el límite de la arboleda, envuelta ya en las medrosas sombras de la noche, dejéme llevar de la extraña fascinacion que dominaba mi espíritu, y seguí resueltamente á mi siniestro compañero. Pero cuando siguiendo con la vista la línea de atraccion, mis ojos sondearon en vano la sombría masa que á lo léjos presentaban las entrelazadas ramas de la arboleda, una imagen querida paralizó de pronto los vuelos fantásticos de mi espíritu febril, y el deseo ardiente de ver y escuchar á un sér amado en el seno de una realidad no turbada por la fúnebre fantasma que me empujaba se apoderó impetuosamente de mi corazon. Y al mismo tiempo sentia una angustia imponderable, un *dolor de ausencia* en el cual no sabia discernir si era yo el que me alejaba del objeto amado, ó era éste quien se alejaba de mí.

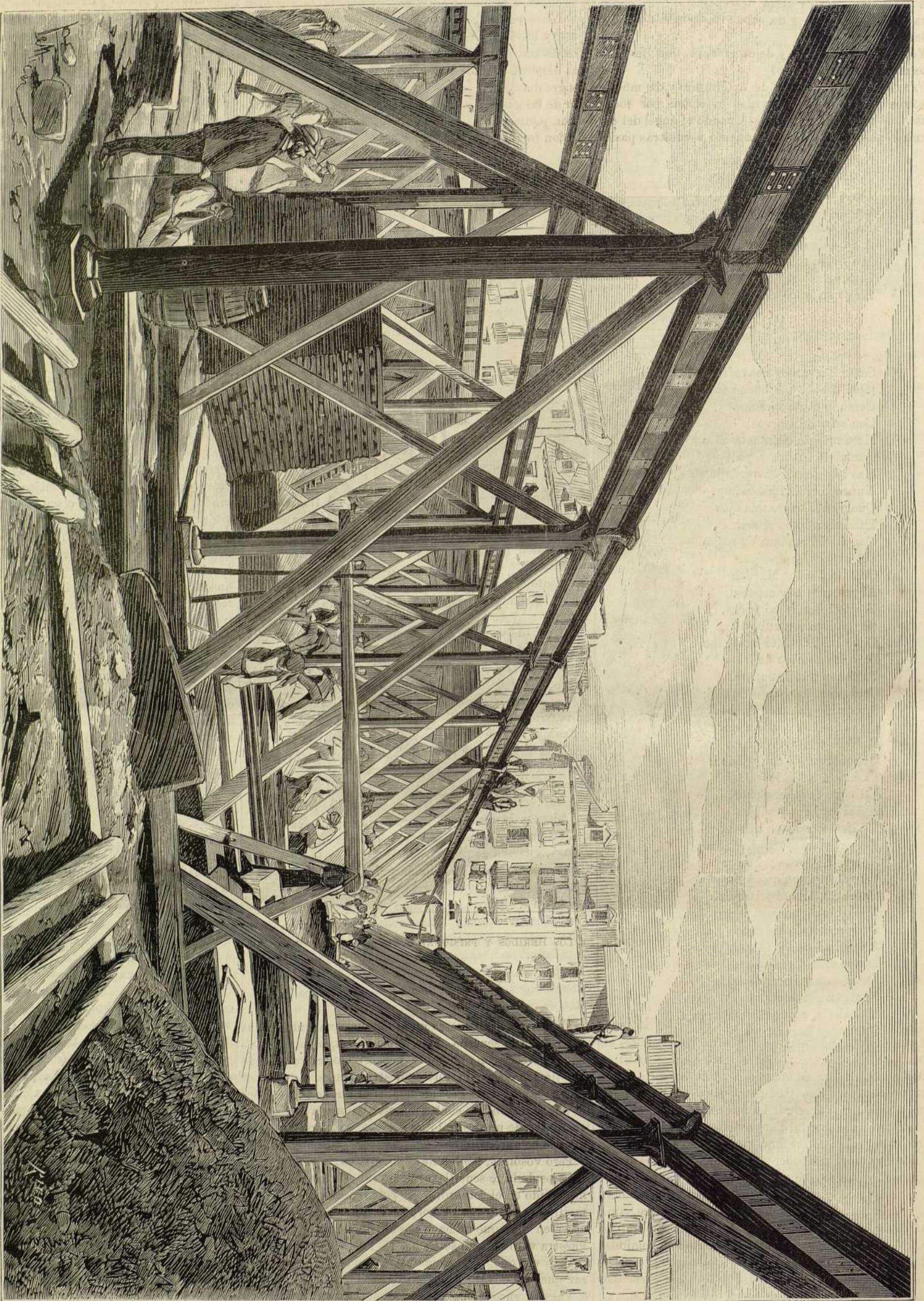
VI.

Yo.—Vision ó realidad, pues no sé si eres un delirio de mi fantasia ó si te percibo verdaderamente con los sentidos: ¿adónde me conduces? Siento circular por mis venas la sávia de la vida, y creo que no es llegada para mí la hora de bajar á los sombríos reinos de la muerte.

FANTASMA.—¿Dónde está la muerte? ¿Dónde está la vida? El hombre no lo sabe: muchas veces corre en busca de la una, y se encuentra en brazos de la otra. ¿Has visto esa caja fúnebre que acaba de pasar por tu lado despertando en tu alma ideas de muerte? ¿Podrias decir lo que va en ella?

Respondí con voz moribunda:

—Polvo... sombra...nada...



ALMACENES DEL NUEVO MERCADO DE LA PLAZA DE LA CEBADA.

FANTASMA.—Así sois los hombres; exuberantes en la felicidad, en el infortunio estériles. El ángel de la alegría te niega por un momento su sonrisa, y ya ves en todas partes la desolación y la nada. La muerte es menos fatal que vuestra ciega desesperación. Inventan para vosotros la vida, y no sabéis revestirla de esperanza.

Yo.—¿Hablas de vivir y de esperar, tú, que llevas el exterminio por el universo?

FANTASMA.—¿No habláis de exterminio y de muerte vosotros que con febril actividad extendéis por todas partes los gérmenes de la vida? Cuando el ángel del exterminio puede servir de instrumento á vuestras pasio-

persiguen á todo trance y confunden y exterminan á ese enemigo implacable del género humano? Dí, amigo, ¿no son estas vuestras eternas contradicciones?

Yo.—Indio abominable, hieres con la segur, sin amargar con el sofisma. La ambición insaciable, la crueldad sin freno ya no ensangrientan la tierra: pasaron los Silas y los Tarquinos; quedan los entusiasmos fecundos; la trabajosa labor de la humanidad que marcha á sus destinos siempre palpitará sobre la tierra; pero la sangre derramada en esa obra de regeneración es el sudor de las generaciones que trabajan por las que vendrán. ¿Quieres comparar este sacrificio glorioso y fecundo con tu ciego instinto de destrucción?

gre de que te glorias ha sido una crisis saludable para la humanidad. Ya ves, amigo, que no estoy desprovisto de buena fé, y que á mi naturaleza álgida no hace falta el calor para sentir la verdad. Pero fuerza es confesar que refundís el mundo al fuego de la fiebre y no á la llama de la fé; trabajáis con ardor sin ejemplo; pero como no desarrolláis todas las fuerzas de vuestra naturaleza, estais enfermos; dais pasos de gigante, pero como el orgullo os pone en los ojos la venda que desdénais en la fé, las piernas se os traban á cada paso, y caéis; inventáis símbolos preñados de soberbia que os guien por el camino de un progreso delirante, y no volvéis la vista atrás sino para insultar las augustas som-



CONDUCCION DE LOS HERIDOS Y PRISIONEROS DE LA ACCION DE MAÑARIA Á DURANGO.

nes, á vuestros errores, á vuestros fanatismos, á vuestras ambiciones soberbias, entónces cubrís de flores su camino, el entusiasmo inflama vuestro pecho, vuestros poetas pulsan la lira en honor del ídolo sombrío, y la fama prepara sus cien trompetas para rendir tributo digno á su negra magestad. La muerte se llama entónces el genio de la guerra. Pero avviene que otro día se le ocurre el capricho de recobrar su iniciativa, de ejercer por derecho propio el poder que recibió de manos de la divinidad, y al efecto se aparece entre vosotros sin aparato, cubierta de harapos repugnantes, en toda su clásica deformidad. Entónces vuestro valor desfallece, cunde la inquietud por todas partes, los ánimos se amilanan, los gritos de entusiasmo se convierten en gemidos, la dulce melancolía, la poética resignación que la certeza de un destino inevitable infundía en las almas, truécase al instante en férvida impaciencia, en loca desesperación. Ya entónces es de lamentar el dolor de la madre, el desolado tálamo de la joven esposa, el desamparo del huérfano; ya entónces el genio de la muerte no pasea por la tierra su carro deslumbrador: mónstruo aborrecible, viene por su propio impulso á robar el sosiego á la humanidad, á saciar su ciego instinto de destrucción; ya la muerte no llena el objeto de la nada; ya no tiene razón de ser. ¡Alerta! ¿Qué hacen los poderes de este mundo, la ciencia de los hombres en qué se ocupa que no

FANTASMA.—Si fueras un alma cristiana templada al calor de la fé sencilla, de la fé primitiva, te diría: Eso que encareces con el nombre de sacrificio fecundo, y eso que llamas ciego instinto de destrucción, son dos fines inescrutables de la Providencia. ¿Por qué te engrías con el uno y te rebelas contra el otro, como si ambos no emanasen de un designio misterioso, superior á tu limitada comprensión?

Pero vosotros, los hombres de hoy, no queréis ver por los ojos de la fé sencilla: el demonio del análisis se os ha metido en el cerebro, y el rubor enciende vuestras mejillas cuando se os sorprende infraganti delito de creer en algo que no haya pasado ántes por el crisol de vuestra vanidosa filosofía.

Pero veo que te impacientas, amigo; no puedes tolerar que un salvaje como yo aluda en tono de chanza á vuestro encofetado racionalismo. Enhorabuena; no rompamos las amistades por tan poca cosa; y pues la suerte ha querido que al amor de esta brisa apacible y bajo estos frondosos árboles departamos como buenos camaradas, hablemos con la menor acrimonia posible y sin dar á las verdades más amargura que la que pueda sobrellevar buenamente nuestra vanidad. Y así, te diré en términos de cordial advertencia: Habeis trabajado por el bienestar de la especie, no lo niego; habeis curado llagas repugnantes, y más de una vez ese sudor de san-

bras del pasado que al través de los siglos han guiado la marcha de las generaciones. En una palabra: no comprendéis que vuestro cerebro se desarrolla por efecto de una cefalalgia relacionada con una atrofia del corazón.

Yo.—¿Hablas de buena fé ó te burlas de lo que en la apariencia glorificas?

FANTASMA.—¿Tan hijo del siglo eres que así desconfías de que el desnudo lenguaje de la verdad encuentre labios sinceros? De veras hablo; no me inspira en este momento vuestro númen de la ironía. Necesitais apóstoles sencillos que vistan otra vez de candor las nociones del bien, porque no respiran á su placer bajo el fastuoso atavío de vuestra sabiduría. Te lo repito: el orgullo guía vuestros pasos sobre la tierra: no parecéis obreros que obedecen á un impulso providencial, llevando una piedra más al edificio del porvenir: parecéis infatuados arquitectos, orgullosos de su obra, convencidos de su fuerza, adoradores de su genio. En vuestra soberbia quisiérais que el caos envolviere todas las verdades que han llegado hasta vosotros, para que brotasen otra vez al calor de vuestra inteligencia. ¡Y yo creo que Dios os parecería más grande si lo hubiérais descubierto vosotros! No te ofendas, amigo; pero debo decirte que vuestra atonía moral tiene más gérmenes de corrupción que las emponzoñadas flechas de mi aljaba.

Yo.—Sin razon me acusas. Yo soy de los que creen;

yo soy de los que recogen su alma en la soledad, de los que gimen cuando la humanidad se extravía en el camino de sus nobles destinos.

FANTASMA.—Eres poeta, amigo: ya se me iba de la memoria: tu historia será la de todos tus compañeros de infortunio: buscar la satisfacción de un anhelo insaciable, y sentir el vacío; buscar lo que es desconocido, lo que es único, lo que es perfecto, y poner el amor y el sentimiento en cualquier objeto baladí, incapaz de realizar ese soñado ideal... Perdona, amigo; estás enfermo del corazón y mi voz de salvaje te atruena los oídos. Pero, créeme; los tiempos están malos para los soñadores, y yo te aconsejo que abras tu espíritu á nuevos horizontes. Cambia de númen si no quieres recibir el más terrible de los desengaños que pueden afligir á un alma de artista: el de no merecer siquiera un martirio digno de tu *augusta espiritualidad*. Los poetas de ahora ya no son objeto de las iras terribles de los grandes de la tierra, ya no sufren muerte y pasión. Reviste como quieras tu semblante; espiritualiza como quieras tu mirada para explorar los espacios etéreos; haz que asome á tus labios la sonrisa melancólica del génio; pon el amor y el entusiasmo más allá de las estrellas nebulosas: todo será en vano; no renovarás las emociones del Capitolio y de la roca Tarpeya.

(Se continuará.)

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

EL CRÁNEO DEL REY DON PEDRO.

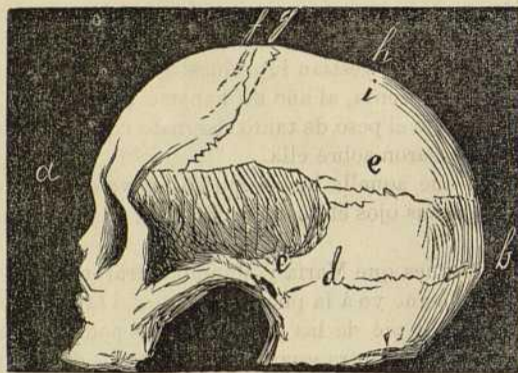
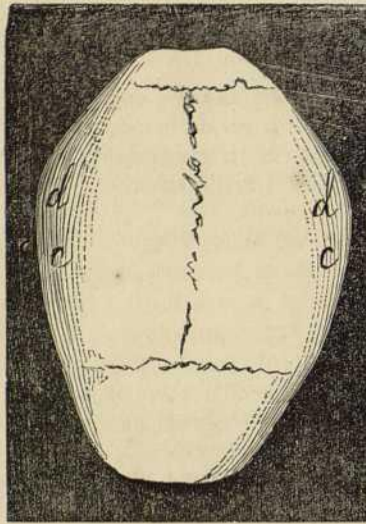
Hállanse depositados actualmente en el Ateneo Arqueológico Nacional los despojos mortales del rey don Pedro I de Castilla, de aquel príncipe que después de un agitado reinado acabó en Montiel de tan trágica manera. El cráneo de D. Pedro, que entre sus restos se encuentra y del que vamos hoy á ocuparnos, no con toda la extensión con que la materia brinda, sino lo más brevemente posible, es digno de particular estudio para poder, á la luz que suministra la frenología, determinar el carácter verdadero del personaje histórico que todavía, hasta cierto punto, es un enigma, resolviendo las dudas y los opuestos juicios que acerca de él se han formado durante largos cuatro siglos, por la oscuridad é insuficiencia de las noticias que se conocen del tiempo en que vivió. ¡Fué, según Lopez de Ayala, favorecido cronista de los primeros reyes de la casa de Trastámara, y según Mariana, Saavedra y demás historiadores que le han imitado, un príncipe violento, sanguinario y henchido de feos vicios, ó por el contrario, un monarca valeroso, amante de sus súbditos y algunas veces severo, sólo por necesidad, conforme se asegura que aparecía en la crónica perdida del obispo de Palencia, D. Juan de Castro, y conforme nos le describen sus vindicadores y panegiristas, desde el conde de la Roca hasta Amado Salazar! ¡Fué un monstruo caprichoso, arrebatado y vengativo como nos le presenta el poeta Gil y Zárate en su *Blanca de Borbon*, ó un soberano valiente y justiciero como nos le pintan Moreto en su *Rico-Hombre de Alcalá*, y Zorrilla en sus dos partes del *Zapatero y el Rey*? ¡Fué un príncipe que mereció por su inclinación natural el epíteto de Cruel con que se le conoce vulgarmente, ó debe dársele el de Justiciero, adjetivo que le aplicó Felipe II? A estas preguntas no se ha podido contestar hasta ahora de un modo seguro, ni siquiera medianamente satisfactorio.

Veamos, examinando el cráneo de D. Pedro, lo que nos dice la frenología.

Desde luego se nota, á una simple mirada, cuando se le contempla, que el cráneo no se distingue por tener un gran volúmen; que es en proporción más largo que alto; que su parte superior-posterior baja bastante, y que visto por encima se observa un considerable desarrollo alrededor y en particular detrás del oído, así como en la región occipital. Tomando algunas medidas con el craneómetro, ofrece las dimensiones siguientes: Desde lo que se llama la individualidad á la filojenitura, *ab*, (véanse los grabados), 18 centímetros y 5 milímetros: desde la destructividad á la destructividad, *cc*, 12 centímetros y 6 milímetros: desde la acometividad á la acometividad, *dd*, 13 centímetros y 5 milímetros: desde la circunspección á la circunspección, *ee*, 12 centímetros y 8 milímetros: desde el oído al centro de la filojenitura, *b*, 11 centímetros y 2 milímetros: desde el oído á la individualidad, *a*, 11 centímetros: desde la raíz de la nariz á la de la nuca, ó al extremo occipital, por encima del cráneo, 34 centímetros y 3 milímetros. Finalmente, el cráneo tiene unos 52 centímetros de circunferencia horizontal.

Examinándole con algun detenimiento se vé que el intelecto perceptivo, localizado en la base de la frente,

es mejor que el reflexivo, situado en la parte superior; que la veneración y la esperanza, *fg*, son más regulares que la firmeza y la concienziosidad, *hi*; que en la parte



efectiva es notable la filojenitura, y en la impulsiva muy prepotente la acometividad, y que la destructividad es grande, sin ser desmedida, y la circunspección harto moderada.

¿Qué nos demuestran las dimensiones expresadas, y qué nos dice la inspección de este cráneo? Que no alojó el alma de un génio, de uno de esos hombres privilegiados que marcan en la humanidad una profunda é indeleble huella. Que el hombre á quien el cráneo perteneció tenía más entendimiento que razón; que en las contrariedades de la vida no dejaba de sostener su ánimo la esperanza; que era susceptible de sentimientos religiosos y de buenas amistades; que era más inconstante que tenaz; que no encontraba en su conciencia y en su circunspección grandes escrúpulos ni dudas para satisfacer sus deseos, y que su valor del momento debía ser extraordinario, degenerando con frecuencia en furiosa ira, bajo cuyo dominio no repararía en destruir cuanto se le opusiese.

Un hombre del pueblo con un cráneo parecido, estando dotado á la vez de un buen temperamento, se hubiera señalado por su fácil comprensión, su amor á la familia, su actividad y resolución para asuntos arriesgados. Probablemente hubiera pecado por exceso de temeridad en los negocios, ó por repeler con demasiada viveza lo que considerase perjudicial ú ofensivo.

Colocado semejante hombre en el trono, en tiempos poco ilustrados, en un país hondamente dividido por odios inveterados y revuelto por ambiciosas parcialidades, temibles siempre, y más en una época de transición como aquella en que el feudalismo, amenazado de muerte, pero aún formidable, luchaba contra el poder absoluto de los reyes, que se levantaba auxiliado por los pueblos, venía á ser, mal su grado, un nuevo elemento de perturbación, porque su cabeza no era suficientemente robusta para sobreponerse y dominar á las demás, y su limitada previsión, su escaso sentimiento de lo justo y su grandísimo espíritu belicoso había de ocasionar á cada paso funestas consecuencias. ¡Cuántos enemigos no le habrían de producir, por poco que los sucesos se complicasen, su irreflexión, su falta de carácter y su ira?

Don Pedro, pues, según aparece de su cráneo, considerado frenológicamente, no reunía todas las elevadas condiciones cefálicas que exigían su crítica y azarosa época y la posición en que le colocara el nacimiento; pero era un hombre de entendimiento claro, de sentimientos religiosos, cuando las pasiones no le agitaban, buen padre, apasionado amante y capaz de ser un excelente amigo. Su valor del momento era sin duda inmenso. Dado el particular desarrollo ó la depresión de cada uno de sus órganos, por poco que se le estimulase podría tornarse en coraje rabioso. No tenía la cabeza destructora de un Martín ni de un Thibets, célebres ho-

mícidas, ni la latitud craneal de un Vitelio, que se complacía en matar y torturar á sangre fría, ni el aplastamiento frontal de un malvado como Cavacalla, ni la organización que daba á Nerón sus monstruosas pasiones y su feroz vanidad; si derramaba sangre era principalmente impulsado por la ira, cuando se encendía al sentir herido su amor propio, ó al verse atacado, ó al tropezar con algun obstáculo en su camino; porque su acometividad no hallaba contrapeso bastante en su razón, en su circunspección y en su concienziosidad, que no eran en él tan enérgicas como convenía, sobre todo no estando fortalecidas por una sólida educación moral.

Creemos que á D. Pedro no se le ha aplicado con estricta propiedad ni el adjetivo de *Cruel*, ni tampoco el de *Justiciero*; figúrasenos, por lo que en el cráneo hemos examinado, que le cuadraría mejor el dictado de *Iracundo*.

J. B. DANTIN.

DON SABINO MEDINA Y PEÑAS.

Este antiguo escultor que tanta parte ha tenido en el progreso del arte en España, y que con tanta fortuna mantiene su nombre á la feliz altura en que ha sabido colocarlo, nació en Madrid, en 1814. Estudió bajo la dirección de D. Valeriano Salvatierra, y en la Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 1832 obtuvo una pensión en Roma, y recibió allí lecciones de composición de Minardi, y fué el discípulo predilecto de Tenerani.

Cuatro años después presentó en la Exposición de pintura, escultura y arquitectura de aquella ciudad el modelo de la estatua de *Euridice*, representada ésta en el momento en que fué mordida por el áspid al huir de Euristeo que la perseguía; notable trabajo cuyo grabado publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID, afanosa siempre por atesorar en sus páginas las producciones de valía del arte patrio.

Este modelo obtuvo en Roma los mayores elogios, y remitido, como obra de pensionado, á la Academia de San Fernando, mereció la aprobación de ésta, que le nombró su académico de número y mérito. Instado por los artistas y aficionados, y especialmente por el ilustrado pintor D. Federico de Madrazo, trasladó este modelo al mármol. *Euridice* se halla hoy expuesta en el Museo de pinturas del Prado. S. M. el emperador de las Rusias ha mandado colocar una reproducción fotográfica de la mencionada estatua en la fábrica de estampas del Museo imperial de San Petersburgo.

En 1845 fué nombrado profesor supernumerario de la Escuela superior de pintura, escultura y grabado, y en 1866 la municipalidad de Madrid le agració con el título de su escultor honorario y consultor.

Entre las numerosas obras debidas á su inteligente cincel se deben el modelo de las estatuas de Murillo, fundidas en bronce, y erigidas en Sevilla y en Madrid, cuya reproducción ha dado también esta ILUSTRACION: la *Vertud*, estatua de piedra colocada en el monumento del 2 de mayo de 1808, en esta corte: la *Purísima Concepción*, estatua de mármol expuesta en el Museo del Prado: *Argüelles*, busto colocado en el salón de conferencias del Congreso de Diputados: las *Cariátides* del salón de sesiones del mismo: *España victoriosa*, estatua de mármol colocada en la fuente monumental de Bailén, y otras muchas que el público ha tenido ocasión de admirar en las diferentes exposiciones artísticas celebradas de algunos años á esta parte en Madrid; la academia de San Fernando le ha nombrado para varias comisiones de importancia, y según datos que tenemos á la vista, el Sr. Medina tiene encargo de ejecutar el modelo de la estatua de *Velasquez*, que ha de fundirse en bronce para ser colocada delante de la fachada del Museo de pinturas del Prado.

X.

DESCRIPCION DEL FIGURIN DE MODAS.

Falda de foulard gris ceniza, guarnecida con dos bieses, superados por una tira recortada á picos puesta hácia arriba y orillada de faja azul: sobre esta guarnición tres bieses, sosteniendo cada uno otra banda igualmente cortada en picos y subiéndola por el costado, de modo que forman un ángulo. Túnica del mismo foulard, guarnecida de una tira igual á las otras que está superada por dos bieses azules; esta túnica se halla levantada en los costados y drapeada bajo un lazo colocado en la parte inferior de la espalda: un bies guarnecido en ambas orillas, con una tira cortada en picos, adorna el centro de la espalda desde el escote hasta el lazo. Una cintura

de faja azul forma en el costado derecho dos anchas lazadas, y se termina en dos bandas guarnecidas de fleco.

Falda de faya negra, adornada solamente en la delantera con tres volantes plegados y superados cada uno de un biés rosa que termina en cada extremo con un lazo sin hojas: desde estos volantes, la falda está completamente plegada perpendicularmente: cuerpo liso y alto, y mangas semilargas con otras interiores blancas. Polonesa de gasa de seda negra (ó granadina) guarnecida de un volante fruncido, y sostenido con un bucle de tafetan, color de rosa, recortado: el cuerpo de la polonesa queda entreabierto sobre el cuerpo del vestido: las mangas anchas de la polonesa están guarnecidas de un volante fruncido, sujeto con un bucle rosa; en el escote del vestido interior, encaje blanco fruncido: sombrero de crin negra, adornado de plumas, rosas; y de cintas rosa y negras.

X.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Conclusion).

EPÍLOGO.

Dos años han trascurrido desde que el pueblo de María fué teatro de las sangrientas escenas ocasionadas por la cuadrilla del Sr. Francisco.

Pocos meses despues de aquellos acontecimientos, ausentéme del lugar, adonde por razones particulares no pude volver hasta pasado el tiempo que dejó apuntado al principio de estas líneas.

Lo primero que hice en cuanto al pueblo llegué fué tratar de informarme del estado de mis antiguos conocidos.

Dirigíme á casa de María, pero tiempo perdido, no ví á nadie.

La casa blanca como una paloma y cerrada á piedra y lodo, á modo de castillo encantado, se alzaba más nueva y más bonita en el mismo sitio donde fué asaltada por el Sr. Francisco; pero no ví alma viviente por aquellos alrededores á quien poderle preguntar el paradero de sus habitantes.

Entre ser importuno y satisfacer mi curiosidad, me resigné á pasar por lo primero y púseme á golpear fuertemente la puerta de la casa de Antonia, esperando que de ese modo alguien contestara, y al primero que á mi vista se presentase rogarle satisficiera el interés que allí me traía.

Pero vean Vds. como aunque llamé repetidas veces, siempre tuve la desgracia de encontrar la callada por respuesta.

Viendo, pues, que me cansaba en balde, dirigíme al pueblo á ver si por las calles encontraba alguno de mis antiguos conocimientos.

Pero como corría á la sazón el mes de julio, y el calor á pesar de ser poco más de las nueve y media de la mañana, se dejaba sentir de firme, pocas personas hallé en mi camino y esas eran todas desconocidas para mí.

Acordéme entonces que aquel día era domingo, y como inspirado del cielo me dirigí á la Plaza á ver si por suerte mía aún no se había concluido la misa mayor.

También fué inútil; las puertas de la iglesia estaban ya cerradas. Pero como á la mitad de la calle Mayor ví un hombre, apreté el paso á ver si le alcanzaba, decidido, fuera amigo ó no, á entablar conversacion con él y pedirle razon de lo que yo buscaba.

Pocos minutos tardé en estar á su lado, y cuál sería mi asombro al encontrarme cara á cara con Pepillo, á quien sólo á fuerzas de trabajo pude conocer, pues no era ni sombra del muchacho que yo en otro tiempo conocí.

Andaba tan distraído que no se apercibió que yo marchaba junto á él.

Pepe iba diciendo por lo bajo:

Mis amigos me desprecian
Porque me ven abatido,
Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caído.

Decidíme, por fin, á hablarle y le llamé, pero Pepillo sin atenderme se metió en una casa situada ya casi al final de la calle, dejándome á mí en medio del arroyo hecho una figura de retablo.

Si aquel pobre chico no estaba loco, poco debía faltarle.

Encontrábame yo en aquel entonces junto á la puerta principal del pueblo. Las verdes hojas de los copudos árboles que crecen á un lado y á otro del camino real, que nace al pié de aquella puerta, me incitaron á que me espaciara un poco á favor de su sombra bienhechora, y entrando por la alameda de la derecha seguí por el camino arriba.

Poco trecho llevaba andado, cuando al final de una veredita que nace al pié de la carretera ví una pareja que vestida de luto se dirigía al cementerio del pueblo.

Un rayo de alegría brilló en mi corazón; ya encontré parte de lo que buscaba.

Aquella pareja era María y Manolo, pero no iban solos ni acompañados de Antonia; un pequeñuelo más bonito que los ángeles llevaba María en sus brazos.

Manolo estaba algo cambiado.

En el ojal izquierdo de su chaqueta lucía una cinta pajiza y encarnada, mientras que agarrotados los dedos de su mano izquierda se plegaban unos sobre otros dejando aquella sin movimiento.

Es decir, que Manuel tenía una cruz de más y una mano de ménos.

No hubiera sido muy satisfactorio el cambio si aquella falta no le hubiera proporcionado también otra cruz que llevaban á medias entre María y él.

¡Pero por quién vestían luto nuestros dos muchachos?

La pobre Antonia, al año de haberse casado su hija, sucumbió bajo el peso de tanto disgusto como los últimos años pesaron sobre ella.

¡Parece que aquella buena mujer estuvo esperando á que cerrara sus ojos el beso angelical de su primer nietezuelo!...

Poco despues que María y Manolo entraron en el cementerio, llegué yo á la puerta de él y ví á la muchacha arrodillada al pié de las tumbas de sus padres, que al lado la una de la otra guardaban los restos de los que juntos habían vivido, mientras que Manolo se ocupaba en colocar un ramito de pensamientos sobre cada uno de aquellos dos nichos.

Una pobre mujer, pálida como la cera, delgada como la muerte, descalza y andrajosa, llevando en sus brazos una niña tan estenuada y haraposa como ella, llegaba á la puerta del cementerio á tiempo que salía de él nuestro matrimonio.

Aquella mujer hizo un movimiento involuntario al ver á los muchachos, y alargó su mano derecha en señal de pedirles una limosna.

María y Manolo se detuvieron, y este último conoció que la presencia de aquella pobre había impresionado á su mujer, y la obligó á que se retirara de aquel sitio pretestando pudiera el sol hacerle daño á su pequeño.

Obedeció María, y Manuel, sacando unas monedas, se las dió á aquella infeliz, la cual al recibir aquella limosna se echó á llorar como una Magdalena.

—¿Por qué llorais, buena mujer? la preguntó Manolo cariñosamente.

—De agradecimiento y de tristeza, replicó la pobre. Llora, continuó diciendo, lo que quizá no comprendéis, pues

¡La inocencia y la salud
Son prendas de gran valía,
Que no las aprecia el alma
Hasta que las ve perdidas!

Y Manolo volvió á meter las manos en sus bolsillos y la dió nuevamente unas cuantas monedas.

La pobre recogióndolas le dijo:

—¡Dios os de en el cielo tanta gloria como bien hacéis sobre la tierra!

Reunióse Manolo á María, que á la sombra de los árboles le esperaba, y encuanto estuvieron juntos preguntó esta última á su marido:

—¿Le diste limosna?

—Sí, Maruja, repuso Manuel.

—¿Cuánto?

—Todo lo que llevaba...

—¡Jesus, Manolo!... añadió la muchacha. Si vieras á quién me ha recordado esa pobre.

—Á Carmen... la hija de la señora Petra, ¿verdad? replicó el interpelado.

—Sí, Manolo, á Carmela.

—¿Y qué se ha hecho de esa muchacha? preguntó aquel.

—Desde que se fué de casa, contestó María, no hemos vuelto á saber de ella para nada, y eso que mi pobre madre la buscó de verdad.

—¡Pobre muchacha, qué desgraciada fué! exclamó Manuel.

Despues de una breve pausa, volvió á decir María.

—¿Te has informado de dónde viene esa pobre?

—No: ¿por qué? preguntó el chico.

—Tengo una sospecha... repuso María preocupada.

—¿Que pudiera ser?... ¡Espérate! contestó Manolo echando á correr hácia el cementerio.

María se detuvo y murmuró para sí:

—¡Pobre Manuel, tiene un alma de oro! ¡Qué feliz soy á su lado!...

Un rato bastante largo había pasado desde que se fué el muchacho sin que hubiera vuelto á aparecer.

Ya empezaba á impacientarse María, cuando vió que volvía su marido.

—¿Qué hay? le preguntó aquella en cuanto estuvo á su lado.

—Nada; la he buscado por todas partes y ha desaparecido.

Con efecto, había desaparecido y no volvió á saberse más de aquella pobre mujer.

—¿Qué pena me ha dado ver á aquella niña tan estenuadita! ¡Dios nos libre!... dijo la muchacha mirando á su pequeñuelo.

—¡La santa Virgen María,
Ángel de mi corazón,
Te bendiga desde el cielo
Como te bendigo yo!...

Exclamó Manuel inclinándose para besar el rostro de su hijo; mas, sin duda por descuido, sus labios fijáronse ántes en la purísima frente de María.

MODAS.

Madrid 26 de mayo de 1872.

Podría creerse á primera vista que la moda se halla estacionada, al mirar los trajes siempre levantados al estilo de Luis XV, que se hacen para la estación presente, y que se han confeccionado desde la última vez que tuve el gusto de hablar con mis lectoras; pero no es así: la moda sufre en estos momentos trasformaciones graduales, y no obstante muy ciertas. Los trajes á lo Luis XV son demasiado caprichosos para que constituyan la moda exclusiva, y aun para ser generalmente adoptados: se verán muchos este verano, y sobre todo durante la temporada de baños, y en las poblaciones donde afluyen más las damas de gran fortuna y que pueden tener gran número de vestidos; pero al lado de esos trajes de fantasía que ostentan al estilo Wateau y el Pompadour, se ven, y se verán cada día más, equipos sencillos que las mujeres elegantes llevan con una gran distinción: nada hay exclusivo en nuestras modas actuales, y el sello general de ellas consiste en la gracia del corte, en el esmero de los adornos, en la perfección de los detalles.

En uno de los palcos del elegante teatro de Madrid se hallaba hace pocas noches una joven encantadora que acababa de llegar de París; lucía un traje de esquisita novedad y buen gusto.

Solamente tenía una falda, y era de grós verde-agua: el cuerpo, con largas aldetas en punta á los costados, se abría sobre un chaleco que formaba dos agudos petos delante y quedaba escotado en el pecho: una camiseta de encaje blanco lucía su delicado dibujo, y se abría en chal, para dejar ver un collar de granos de oro muy menudos, y de diez vueltas. Las mangas, largas y casi ajustadas, eran del mismo encaje blanco que la camiseta, y ensanchaban junto á la mano por medio de una nube de encajes.

Un echarpe de crespon de la China, verde como el vestido, y que guarnecido de un fleco de seda del mismo color se anudaba en dos cabos sobre cada hombro, en el pecho y en la espalda, quedaba escotado, formando el ornato más gracioso y más nuevo que es posible imaginar: todo el cuerpo del vestido estaba adornado con un biés de la tela del mismo, y con un encaje blanco: en los cabellos llevaba guirnalda de flores de los campos, empezando sobre la frente con un grupo, y cayendo todo lo largo del peinado hasta cerca del tallo.

Algunas veces el capricho imita al lujo, y desde el mes que viene se verán sencillos vestidos de persa con faldas drapadas á lo Wateau, sobre otras faldas de percal de mil rayas, con una coquetería encantadora: porque, sabedlo, la persa es lo que se va á llevar más este estío, para trajes de casa, de paseos matinales, de viaje, campo y playa.

La generación actual no hemos visto emplear la persa más que para cortinas y fundas de sillería; pero las



FIGURIN DE MODAS.

tejidas ahora con el objeto de que sirvan para vestidos, tienen dibujos apropiados, llenos de gracia y de frescura: el fondo de estas telas es gris, blanco, verde muy claro y azul serpiente, y las ramas floridas, los ramitos á la Pompadour ó las guirnaldas de hiedra, forman los dibujos más encantadores.

El mismo estilo se reproduce en los tejidos de seda, y alternan con los pequines alemanes de mil rayas, tan graciosos para los vestidos de las niñas y de las jovencitas.

En cuanto á hechuras, según la descripción del primer traje que he citado en esta revista, se ve que se empieza á ensayar el hacer los vestidos con una sola falda, y que el éxito, aunque algo lento, parece seguro: he visto un traje de foulard, de fondo color de paja sembrado de ramitos azules, y hecho con una sola falda: ésta se hallaba completamente cubierta con diez y nueve volantes, orillados con un vivo de raso azul: el cuerpo tenía unas aldetas muy pequeñas adornadas con dos volantitos iguales, y la manga, ajustada, tenía tres grupos de cuatro volantes cada uno, que le daba alguna semejanza con las bullonadas, aunque el efecto de los volantes era mucho más lindo que el de los bullones: era uno de los trajes más distinguidos y más nuevos de la actual estación.

**

En mi última revista ofrecí á mis amables lectoras hablarles de peinados y sombreros, y voy á cumplir mi promesa.

La disposición de los cabellos ha variado algun tanto, y las castañas larguísimas han desaparecido por completo: igualmente se hallan proscriptas aquellas fabulosas cantidades de tirabuzones que salían por debajo de los sombreros, y que elogiaban desde muy lejos, no la abundancia de la cabellera, si no la habilidad del peluquero: tales exageraciones, que nunca han sido de buen gusto, son hoy inadmisibles: hoy se ven adorables cabezitas femeninas arregladas con sencillez, y muchas peinadas sólo con su propio cabello: si el rodete redondo y alto no ha tenido el gran éxito que se esperaba, se admite adicionado por algunos rizos ligeros, y colocados con esa sencillez que es tan encantadora, porque parece natural; las trenzas dobladas y puestas desde la parte superior de la cabeza hasta el nacimiento del cabello, se dividen también con algunos tirabuzones: los bandós de las sienes, ondulados, aunque más ligeramente que ántes, se siguen llevando echados hácia la frente, dando así á las cabezas cierto carácter que participa de la belleza griega, la más dulce y simpática de todas.

Los sombreros van creciendo: ya tienen ala, copa y bavolet: es decir, todo lo que tenían cuando eran enor-

mes: la forma ha variado sensiblemente, aunque el tamaño sea todavía bastante reducido: la verdadera y encantadora novedad son los de paja calada, adornados con capullos de rosas, con espigas ó con flores de los campos, tres géneros de ornato que son los únicos propios de los sombreros del cálido estío.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	85 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	160 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »





LA ILUSTRACION

MANAGERIA
DE MADRID

1872

B
24
31